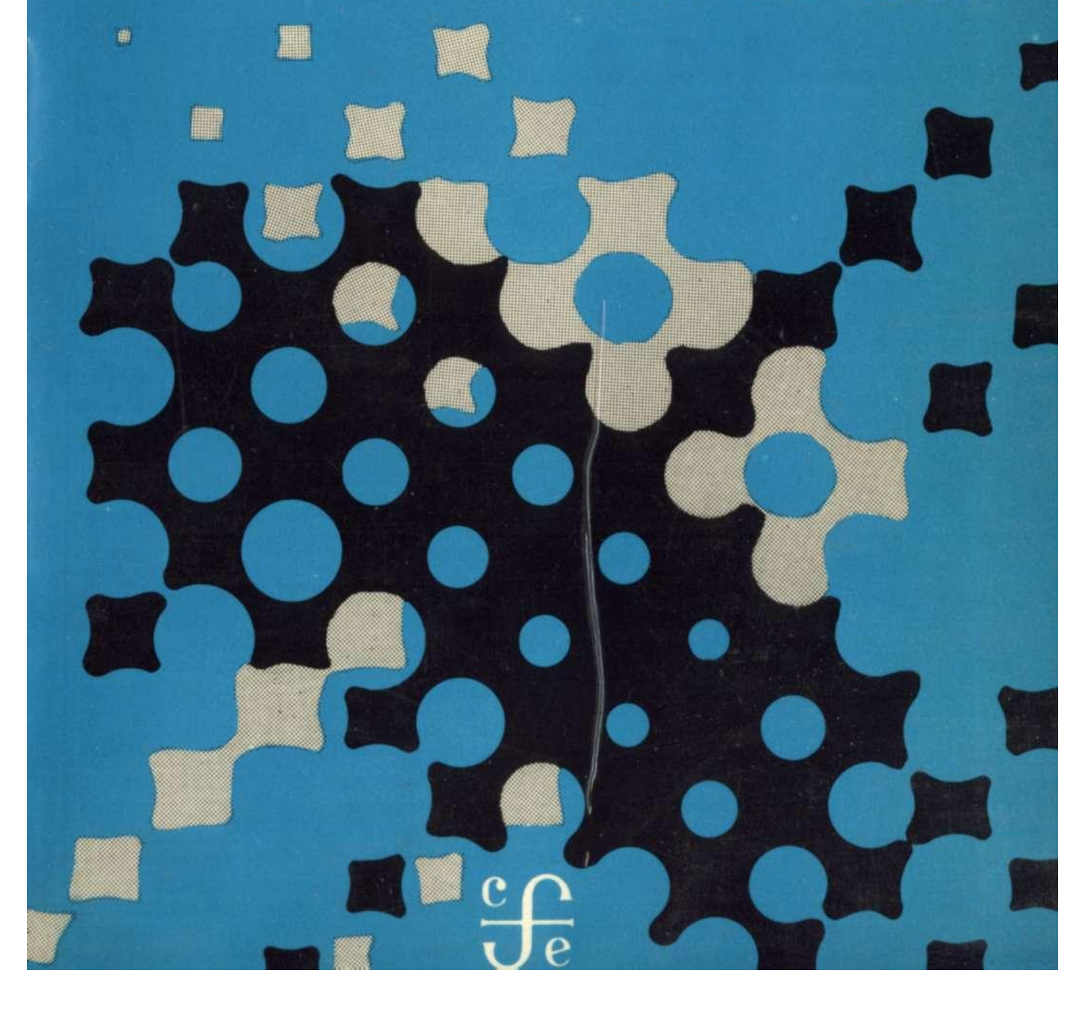
# HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

## III

## La Segunda Internacional 1889-1914

G. D. H. COLE



# Historia del pensamiento socialista

## *III. La Segunda Internacional*

En este tercer volumen de la HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA, Cole estudia el período que va desde la formación de la Segunda Internacional en 1889 —año del centenario de la Revolución Francesa— hasta su crisis en el año de 1914. El lector podrá seguir con todo detalle el desarrollo de la Internacional, así como los apasionados debates en que los obreros europeos virilmente se enfrentaron al creciente peligro de una guerra que, al fin, fue inevitable. Pero esta obra es algo más que una historia de la Internacional, ya que gran parte de ella está dedicada a estudiar el surgimiento de los distintos movimientos socialistas en varios países y de sus diferencias; a examinar las relaciones entre los partidos políticos, los sindicatos y las cooperativas, sin descuidar los importantes aspectos teóricos que tuvieron las disputas entre los marxistas ortodoxos y los revisionistas en Europa occidental y que tanta influencia han ejercido en el desenvolvimiento posterior de este movimiento.

Se incluyen también los análisis de la revolución rusa de 1905, es decir, los prolegómenos de la etapa que desembocaría doce años después en la primera revolución socialista; del socialismo inglés, fenómeno peculiar, sobre todo en la etapa de la *Fabian Society,* con el irreductible Shaw y la brillante pareja de los Webb, y se revisan los agitados días de Jean Jaurès y de Sorel, el teórico de la huelga general, en la Francia de principios de este siglo, así como la lucha del sindicalismo y movimientos derivados en favor de las ocho horas de trabajo y contra los socialistas parlamentarios, hechos dotados aún de una profunda vigencia y actualidad.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

G.D.H. COLE

# HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

## III

## *La Segunda Internacional*

*1889 -1914*

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1956
Primera edición en español, 1959
Primera reimpresión, 1964
Segunda reimpresión, 1974

Traducción de:
Rubén Landa

Titulo originai:
*The Second International (1889-1914),*
por Macmillan and Co., Londres


Av. de la Universidad 975; México 12, D. F.

Impreso en México

FIGURAS PRINCIPALES

| Nombre | Cap. |
|---|---|
| [ENGELS, 1820-1895][1] | |
| LAVROV, 1823-1900[2] | 9 |
| W. LIEBKNECHT, 1826-1900[2] | 5 |
| TOLSTOI, 1828-1910 | |
| LONGUET, 1833-1901 | 7,8 |
| [MORRIS, 1834-1896][3] | |
| BEBEL, 1840-1913[2] | 5,6 |
| VAILLANT, 1840-1915[2] | 7,8 |
| MALON, 1841-1893[2] | 7 |
| GREULICH, 1842-1925 | 15 |
| [HYNDMAN, 1842-1921][2] | |
| [KROPOTKIN, 1842-1921][3] | |
| LAFARGUE, 1842-1911 | 7 |
| MIKHAILOVSKY, 1842-1904 | 9 |
| ANT. LABRIOLA, 1843-1904 | 19 |
| BROUSSE, 1844-1912 | 7 |
| DANIELSON, 1844-1918 | 9 |
| SINGER, 1844-1911 | 6 |
| GUESDE, 1845-1922[2] | 7, 8 |
| MEHRING, 1846-1919 | 5,6 |
| NIEUWENHUIS, 1846-1919 | 17 |
| SOREL, 1847-1922 | 8 |
| AXELROD, 1850-1925 | 9 |
| BERNSTEIN, 1850-1932 | 5 |
| IGLESIAS, 1850-1925 | 20 |
| LEDEBOUR, 1850-1947 | 6 |
| VOLLMAR, 1850-1922 | 5 |
| BLATCHFORD, 1851-1943 | 3 |
| ZASULICH, 1851-1919[2] | 9 |
| V. ADLER, 1852-1918 | 12 |
| COSTA, 1852-1910 | 19 |
| DE LEON, 1852-1914 | 21 |
| [CUNNINGHAME GRAHAM, 1852-1936][2] | |
| STEPNIAK, 1852-1895 | 9 |
| [MALATESTA, 1853-1932][3] | |
| [BAX, 1854-1926][3] | |
| KAUTSKY, 1854-1938[2] | 5,6 |
| DEBS, 1855-1926[2] | 21 |
| ANSEELE, 1856-1938 | 16 |
| BERTRAND, 1856-1943 | 16 |
| HARDIE, 1856-1915 | 3,4 |
| MANN, 1856-1941 | 3,4 |
| SHAW, 1856-1950 | 3,4 |
| PLEKHANOV, 1857-1918[2] | 9, 10 |
| TURATI, 1857-1932 | 19 |
| ZETKIN, 1857-1933 | 6 |
| J. A. HOBSON 1858-1940 | 4 |
| B. WEBB, 1858-1943 | 3,4 |
| BURNS, 1859-1941[2] | 3,4 |
| CHAMPION, 1859-1928 | 3 |
| JAURÈS, 1859-1914 | 7,8 |
| LANSBURY, 1859-1940 | 4 |
| MILLERAND, 1859-1943 | 7 |
| S. WEBB, 1859-1947 | 3,4 |
| BRANTINC, 1860-1925 | 18 |
| POUGET, 1860-1932 | 8 |
| TROELSTRA, 1860-1930 | 17 |
| W. LANE, 1861-1917 | 23 |
| LEGIEN, 1861-1920 | 6 |
| BRIAND, 1862-1932 | 7,8 |
| DAVID, 1863-1930 | 6 |
| HAASSE, 1863-1919 | 6 |
| HENDERSON, 1863-1935 | 4 |
| SNOWDEN, 1864-1937 | 3,4 |
| SCHEIDEMANN, 1865-1939 | 6 |
| MACDONALD, 1866-1937 | 3,4 |
| VANDERVELDE, 1866-1938 | 16 |
| SUN YAT SEN, 1866-1925 | 26 |

[1] Estudiado en los volúmenes I y II.
[2] Estudiado también en el volumen II.
[3] Estudiado en el volumen II.

## PRÓLOGO

Este volumen ha sido difícil escribirlo por la extensión del socialismo a tantos países y por la escasez de material para muchos de ellos en lenguas que yo pueda leer. No creo que hava podido salvar muchas equivocaciones o juicios falsos, aunque espero haber conseguido que la mayor parte de lo esencial sea acertado. Cuando ha sido posible, he buscado la ayuda y el consejo de especialistas conocidos, y sus valiosas respuestas me han permitido corregir algunos errores. Debo profunda gratitud a Mr. H. N. Brailsford, quien una vez más ha leído todo el volumen y me ha ayudado mucho, y también a Mr. Julius Braunthal, secretario de la Internacional Socialista, quien no sólo ha leído todo el texto, sino que además me ha prestado numerosos libros e informes que de otro modo me hubiese sido muy difícil consultar. Por préstamo de libros estoy también muv agradecido a Mr. Raymond Postgate, Mr. H. L. Beales, Mr. C. A. Macartney, Mr. K. J. Scott de Nueva Zelanda y a Miss Florence Bradfield. Mi esposa ha leído alguno de los capítulos y hecho útiles comentarios.

Debo a otras numerosas personas información y ayuda referentes a determinados capítulos, especialmente datos biográficos o sobre otros hechos. Tengo que agradecer a Mr. James Joll por haberme ayudado en la sección que trata de la Segunda Internacional; Mr. J. F. Horrabin, Mr. Mauricc Reckitt, Mrs. A. J. Penty, al Profesor Michael Oakeshott y a Mr. John Mahon (Gran Bretaña); M. Maurice Dommanget y M. Michel Crozier (Francia); Mr. Julius Braunthal y la Sra. Gertrude Magaziner (Austria); Thomas Balogh y el Sr. K. Szigeti (Hungría); al Dr. H. G. Schenk (Bohemia); al Sr. Charles Barbier, al Profesor Max Weber, al Sr. Hans Handschin y a la Verband Schweiz Konsumvereine (Suiza); M. Rene Renard (Bélgica), al Dr. von Wiessing, al Profesor A. C. Rüter y al Instituto Internacional de Historia Social (Holanda); al Sr. Poul Hansen (Dinamarca); al Sr. Costar Langenfelt, al Barón Palmstierna y al Dr. J. W. Ames (Suecia); al Sr. B. Hindahl (Noruega); al Sr. R. H. Oittinen (Finlandia); Signor L. Valiani (Italia); al Sr. L. Popov (Bulgaria); al Sr. V. Tunguz (Yugoslavia); a la Srta. Marjorie Plant, Sr. Isaiah Berlín, Sra. Kuskova-Prokopovitch, Dr. Rudolf Schlesinger y al Sr. Henry Collins (Unión Soviética); Dr. H. W. Laidler (Estados Unidos); los Sres. C. A. Fleming, E. M. Higgins, N. S. Lynravn y Lloyd Ross (Australia); Profesor Iwao Ayusawa (Japón); su Excelencia el Señor Francisco A. de Icaza (México); y Mr. Desmond Crowley, Mr. K. J. Scott. v Miss E. G. Simpson (Nueva Zelanda); Mr. Crowley especialmente tuvo la

bondad de prestarme su libro todavía inédito acerca del movimiento obrero en Nueva Zelanda, que me ha sido sumamente útil. Mr. Higgins también me ha facilitado material inédito acerca de Australia.

Por último, tengo que dar las gracias a dos secretarias, la Sra. Rosamund Broadley y la Sra. Audrey Millar, que sucesivamente han soportado mi mala letra y me han ayudado de otras muchas maneras..

G. D. H. COLÉ

*Oxford.*
*Sepiemhre de* 1954.

# INTRODUCCIÓN

En el segundo volumen de este estudio he expuesto el desarrollo del pensamiento y la acción socialistas desde la mitad del siglo xix (es decir, desde la derrota de las Revoluciones europeas de 1848) hasta 1890 aproximadamente, cuando en la mayoría de los países europeos y en algunos no europeos fueron creados los partidos social-demócratas o laboristas. El presente volumen continúa la exposición desde que la Segunda Internacional fue fundada en 1889 (año del centenario de la Revolución Francesa) hasta que estalló la guerra europea en agosto de 1914. Durante el periodo que abarca el volumen segundo, la lucha entre el marxismo y el anarquismo constituye el asunto central. Esta lucha no había terminado en 1889; pero ya no ocupaba el centro de la atención, y ambos combatientes habían sufrido una transformación importante. El marxismo había tomado una nueva forma en toda la Europa Occidental como Social Democracia, y había llegado a organizarse en una serie de partidos nacionales, que, unos, actuaban en el campo electoral y trataban de afirmar su fuerza parlamentaria por procedimientos constitucionales, y otros, en donde estaba demasiado poco extendido el derecho al voto como para permitirles triunfar en las elecciones, se agitaban y manifestaban en favor del voto para todos los varones o incluso para todos los adultos a fin de poder seguir el ejemplo de aquéllos. Mientras tanto el anarquismo había sido profundamente influido por el crecimiento de los sindicatos obreros, y en parte vino a reencarnar en lo que primero fue llamado Sindicalismo Revolucionario y más tarde sencillamente Sindicalismo, a base de una exaltación de los efectos de la acción directa con la huelga general como arma, y opuesto a la acción parlamentaria. La huelga general también fue propuesta y empleada por los social-demócratas como arma para implantar el sufragio universal; y en Rusia se inició en esa forma la revolución de 1905. Pero la huelga general tal como se empleó en Austria y en Bélgica como medio de conseguir el sufragio universal, fue algo completamente distinto a la huelga general "social" de los anarquistas y sindicalistas y de los revolucionarios rusos: tenía por objeto no iniciar una revolución violenta, sino lograr una reforma constitucional limitada y de este modo despejar el camino para una acción parlamentaria eficaz, y, por consiguiente, debería ser algo disciplinado, ordenado por el partido Social-demócrata, y no un movimiento espontáneo de masas, en el cual los militantes arrastrarían a la mayoría de los trabajadores hacia la acción revolucionaria. Incluso en esta forma limitada fue rechazada por los social-demócratas de Alemania, que tenían el partido

socialista más fuerte y mejor organizado, y gozaban de enorme prestigio tanto por ser considerados guardianes de la tradición marxista como por el éxito con que resistieron el intento de Bismarck para destruirlos por medio de las leyes antisocialistas. Estas leyes todavía estaban en vigor al nacer la Segunda Internacional; pero dejaron de regir al año siguiente v el partido alemán quedó en libertad para rehacer su organización legalmente en territorio alemán y para adoptar su nuevo programa de Erfurt de 1891, el cual influyó mucho en la política de los partidos socialistas de otros países.

El Partido Social-Demócrata Alemán, completamente unificado y que verdaderamente dominaba al movimiento sindicalista alemán, el cual, aunque nominalmente no dependía de él, seguía obedientemente su dirección, era sin duda la fuerza más poderosa dentro de ía Nueva Internacional y del movimiento socialista mundial. A los alemanes seguían en influencia y poder los franceses; pero en 1889 el movimiento socialista y el movimiento obrero francés se dividió en varias facciones enemigas. En Francia existían no sólo partidos socialistas rivales, sino también movimientos sindicales rivales; y ni siquiera cuando los partidos rivales quedaron unificados bajo la presión internacional en 1905, el movimiento sindical estuvo en modo alguno dispuesto a aceptar la dirección del partido socialista. En los congresos de la Segunda Internacional los delegados franceses estaban siempre divididos, mientras que los alemanes casi siempre presentaban un frente sólido.

A los alemanes y franceses seguían en importancia los rusos, aunque no tenían una organización de masas comparable a la de los países en los cuales la labor de organización podía ser realizada abierta y legalmente. En realidad, hasta 1905 los rusos no desempeñaron papel muy importante en los asuntos de la Internacional; e incluso después continuaron muy divididos, no sólo entre social-demócratas y social-revolucionarios sino también, dentro del partido social-demócrata, entre bolcheviques y mencheviques. Sin embargo, los rusos tenían algo en común: todos eran revolucionarios, porque para ellos no había otro camino frente al régimen autocrítico zarista. Después de la derrota de la revolución de 1905 es verdad que hubo una especie de Parlamento, la Duma; pero las condiciones de su elección impedían que los socialistas consiguiesen tener en ella ninguna representación importante, y, en todo caso, su poder era muy reducido.

En la Rusia zarista no había posibilidad de establecer un partido socialista que fuese sobre todo parlamentario siguiendo el modelo alemán o cualquier otro de Occidente, y aunque los delegados social-demócratas rusos de los congresos de la Internacional continuaban considerando al partido social-demócrata alemán como el principal representante del credo marxista, su propia situación era tan diferente de

la de los países occidentales que dominaban la obra de la Internacional, que era difícil para ellos tomar gran parte en muchas de las discusiones. Su intervención más importante fue en Stuttgart, en 1907, cuando Lenin y Rosa Luxemburgo consiguieron modificar la resolución que precisaba la actitud que habrían de tomar los socialistas en el caso de una guerra internacional.

La participación de los socialistas ingleses en la Internacional era pequeña en relación con la posición mundial de la Gran Bretaña, porque estaban divididos y, además, retrasados en la creación de un movimiento político poderoso. El Congreso de sindicatos obreros ingleses, aunque mandaba delegados a la Internacional, no desempeñaba un gran papel en los asuntos de ésta ni daba mucha importancia a su participación en ella; ni significó mucho que el partido laborista se uniese a la sección británica. La Federación Social-Demócrata y el partido Laborista Independiente de Keir Hardie trasladaron sus disputas del terreno nacional al internacional, y entre ellos dominaba la delegación inglesa. La defensa que Keir Hardie hacía de la huelga general contra la guerra hizo de él una figura destacada después de 1905; pero ningún otro delegado inglés produjo una impresión profunda. Las enérgicas opiniones de Hyndman acerca de la amenaza alemana le impedían, a pesar de su marxismo, desempeñar un papel importante. Los ingleses eran censurados constantemente en la Internacional por su incapacidad para crear un poderoso partido socialista unificado v por el retraso de su movimiento sindical respecto a la lealtad internacional hacia la lucha de clases.

Entre los partidos menores los austríacos y los beloas desempeñaban la parte más activa. Víctor Adlcr y Émile Vandervelde eran personalidades internacionales sobresalientes. En general, los austríacos seguían la dirección dada por los alemanes, pero eran mucho más conciliadores con la oposición; los belgas estaban en mejor situación para actuar como mediadores entre los germanos y los latinos, especialmente cuando se trataba de la situación de los sindicatos obreros y de las cooperativas en relación con los partidos políticos. Los italianos siempre estaban divididos entre sí, como los franceses, y lo mismo sucedía con los holandeses. Los escandinavos todavía no habían adquirido la importancia que tuvieron a partir de 1918. Los españoles estaban representados sólo por el pequeño partido marxista de Pablo Iglesias, que seguía lealmente la dirección social-demócrata alemana. Los países balcánicos sólo tenían pequeños partidos socialistas, por lo general muy perseguidos. Su grupo más importante, el de búlgaros, estaba muy dividido en sectas rivales. Los norteamericanos también estaban divididos en partidarios de De León y en social-dernócratas moderados; pero ninguno de estos grupos tenía un partido numeroso ni influyente. Otros

países no europeos hicieron sólo apariciones intermitentes y ejercieron muy poca influencia en los asuntos de la Internacional. Por lo común los alemanes, los franceses, los austríacos y los belgas dominaban los debates; los ingleses, los italianos y los holandeses desempeñaban un papel secundario, pero considerable, y los rusos intervenían a veces eficazmente.

Es inevitable que este tercer volumen esté integrado principalmente por exposiciones del desarrollo del socialismo en diferentes países, porque durante el período que va de 1889 a 1914 el pensamiento y la acción socialista siguieron sobre todo derroteros nacionales. Cada partido socialista y cada movimiento de sindicatos obreros, a medida que fortalecía su posición y conseguía algún éxito y alguna organización, se veía enfrentado a problemas propios y peculiares, y trataba de responder a las necesidades e intereses de sus partidarios. Ésta era sin duda una condición necesaria tanto para los éxitos electorales como para consolidar a los sindicatos obreros como una fuerza en su relación con los patronos; y los dirigentes de la Internacional, aunque a veces contra su deseo, reconocían la necesidad de dar a cada partido nacional amplias facultades para adaptar su política y su programa a las condiciones bajo las cuales tenían que trabajar. La Segunda Internacional, a lo largo de toda su carrera, fue sólo una federación no estrechamente unida de grupos nacionales, con muy poco poder para enlazar los elementos que la constituían. En realidad, sólo podía llegar a decisiones imperativas en cuanto a la política a seguir únicamente cuando exis» tía una proporción grande en el acuerdo; y siempre puso cuidado en formular sus resoluciones, cuando requerían una acción positiva, de tal modo que asegurasen la aprobación por lo menos de las delegaciones principales. Sobre todo no podía lanzarse a nada contrario al sólido voto de los alemanes, cuya disciplinada unidad les daba de hecho un veto casi ilimitado, aunque no siempre el poder de que fuesen aprobadas sus propuestas.

Durante los primeros años de la Internacional, las discusiones trataron de numerosos asuntos, sin que ninguna cuestión predominase sobre las otras. Después vino la viva disputa provocada por el *affaire Millerand,* que fue consecuencia del asunto Dreyfus, acerca de si debía aprobarse la participación socialista en ministerios burgueses; y fue evitada una división por la manera hábil con que Kautsky redactó la resolución que lleva su nombre. Más tarde el centro de interés pasó al intento de favorecer la unidad socialista, sobre todo en Francia; y cuando se consiguió que los partidos franceses unieran sus fuerzas en 1905 y la revolución rusa de aquel año fue dominada, la Internacional atendió principalmente al peligro creciente de una guerra entre las grandes potencias imperialistas. Esta cuestión continúo ocupándola hasta 1914,

cuando al fin se puso de manifiesto la inutilidad de sus pretensiones para sobreponerse a la lealtad nacional de los obreros en los principales países, y cuando su organización se hizo pedazos al estallar la guerra en Europa.

Después, como un resultado de la guerra, vino la revolución rusa de 1917; y con el establecimiento del comunismo en Rusia desapareció la posibilidad de crear de nuevo una Internacional socialista común, porque el comunismo, en su nueva forma, implicaba el rechazo completo de la estructura federal nada rígida que había hecho posible que grupos muy divergentes coexistiesen dentro de una organización internacional única a base de hacer y dejar hacer. El nuevo credo de centralismo democrático, no sólo dentro de cada país, sino también internacionalmente, era completamente incompatible con el tipo de socialismo parlamentario que había sido puesto en práctica por los partidos nacionales social-demócratas y laboristas de los países liberales democráticos de Occidente; y estos partidos, que en su mayor parte salieron de la guerra con mucha más fuerza electoral, en modo alguno pensaban abandonar su aspiración a tener poder parlamentario para aspirar en su lugar a una revolución mundial bajo una dirección comunista. Por esto, mientras los rusos establecían una Tercera Internacional como instrumento de la revolución mundial, los partidos social-demócratas y laboristas empezaron a actuar para restablecer una Internacional análoga a la que quedó deshecha en 1914. No fue por casualidad que fracasaron los intentos de los austríacos y de los que se les unieron en la llamada Internacional de los "Dos y Medio" de Viena para reunir a los elementos de la Segunda y Tercera en una organización común. Los comunistas sólo podían aceptar una Internacional centralmente disciplinada; y sólo una Internacional federal muy flexible podía ser compatible con las necesidades de los partidos socialistas que buscaban una conquista constitucional del poder parlamentario. Porque atraerse a una masa de electores implica dar lugar preferente a programas de demandas inmediatas que tengan una aceptación lo más amplia posible, y estas demandas tienen que variar mucho de un país a otro y, en donde existen a la vez un derecho al voto muy extendido y un gobierno parlamentario responsable, es muy difícil que tomen un carácter revolucionario. Los partidos socialistas parlamentarios, donde existen estas condiciones, se hayan irresistiblemente impulsados hacia el desarrollo de un "Estado benefactor" más bien que hacia una abierta revolución social. Ni les es posible ser más internacionalistas que la mayoría de los electores cuyos votos deben conseguir a fin de conquistar el poder.

Todo esto ha llegado a ser mucho más evidente hoy que hace cuarenta o cincuenta años, cuando los revolucionarios y los reformistas

podían actuar dentro de una Internacional común. Antes de 1914 era muy reducido el número de países que tenían a la vez muy extendido el derecho al voto y un gobierno parlamentario completamente responsable. Entre elos estaban la Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Suiza, los Estados Unidos, el Canadá, Australia v Nueva Zelanda, y no muchos más. En Alemania y en Austria estaba muy extendido el derecho al voto, pero no había un gobierno responsable. Los rusos no tenían ni lo uno ni lo otro. En Italia el derecho al voto había sido extendido sólo poco antes de 1914. En España y en algunos otros países atrasados, las listas electorales e incluso las votaciones podían ser alteradas por las autoridades. En estas circunstancias era difícil trazar claramente el límite entre revolucionarios y reformistas. En Rusia incluso los moderados tenían que ser revolucionarios; y ni los alemanes ni los austríacos podían limitarse a ser constitucionalistas, porque en los dos casos tenían que enfrentarse a regímenes autocráticos de los cuales no podían liberarse por medios puramente constitucionales. Aunque en la práctica tanto el partido alemán como el austríaco eran reformistas, los dos siguieron proclamando su fe en la revolución socialista. Sólo con la revolución bolchevique y la caída de las monarquías de los Hohenzollern y de los I lapsburgos quedó claramente trazada la línea divisoria entre revolucionarios y reformistas y dividido el movimiento obrero mundial en dos elementos irreconciliables, abriendo así la puerta al fascismo más bien que a la revolución mundial, sin la cual los dirigentes bolcheviques creían que su propia revolución rusa estaba destinada a la derrota.

He pensado mucho qué título debía dar a este volumen. Al fin decidí llamarle "La Segunda Internacional"', porque no pude encontrar un nombre realmente satisfactorio. "Social-dcmocracia contra Sindicalismo" me pareció poco amplio, aunque me hubiese gustado incluir en el título el tema de la acción directa frente a la acción parlamentaria. "¿Revolución o Reforma?"' no sería adecuado, porque, como he dicho, hasta 1914 la divisoria -entre revolucionarios y reformistas no se pocha trazar claramente. El nombre que he elegido no es satisfactorio, porque da toda la importancia a los partidos que formaban la Internacional, con exclusión de los sindicatos obreros j de otros elementos que también contribuyeron al conjunto del movimiento obrero. Sin embargo, es el mejor que he podido encontrar; y en todo caso delimita con exactitud el período que he tratado de abarcar, si bien en alounos pocos casos he creído necesario retroceder más allá del año de 1889 o prolongar la exposición de un determinado movimiento después de 1914. Mi próximo volumen, si tengo vida para escribirlo, probablemente continuará esta historia hasta el año 1939.

CAPÍTULO I

# LA SEGUNDA INTERNACIONAL: PRIMEROS AÑOS

Hacia el final de la década de 1880 existían, al menos en embrión, en varios países europeos partidos social-demócratas que, en gran parte, habían tomado por modelo el de Alemania; y parecía que había llegado para ellos el momento de unir sus fuerzas en una nueva Internacional. Después de la división que se produjo en el Congreso de La Haya en 1872, lo que en Europa quedó de la Primera Internacional había pasado a manos de los federalistas, quienes rechazaron la dirección autoritaria de Marx. Pero, como hemos visto, la Internacional federalista (llamada con frecuencia "anarquista") desapareció gradualmente durante el decenio de 1870. Había celebrado su último congreso en Verviers, Bélgica, en 1877, inmediatamente antes del congreso de la Unión Socialista de Gante del mismo año, convocado con el propósito de restablecer una Internacional muy amplia. En Gante se había reanudado la acostumbrada batalla entre anarquistas y defensores de la acción política. Los anarquistas puros habían sido derrotados en las votaciones, y se había decidido establecer en Verviers una Oficina Internacional de Correspondencia y Estadística abierta a organizaciones de todos los matices de opinión. Pero este organismo nunca llegó a existir. Ante las irreconciliables diferencias de actitud puestas de manifiesto durante el congreso, la mayoría favorable a la acción política convocó, sólo para ella, sin ios anarquistas, a una reunión, y estableció una comisión federal, con instrucciones para convocar otro congreso. El acuerdo para 'hacerlo, y para romper con el grupo anarquista, fue firmado, entre otros, por César de Paepe, quien había sido figura prominente en la Internacional Federalista, y también por Wilhelm Liebknecht, quien representaba al partido alemán. Entre otros firmaron asimismo Hermán Greulich, Jefe Social-demócrata de Zurich, Louis Bertrand y otros belgas, T. Zanardelli, de Milán, que se había separado de sus compañeros italianos, Leo Fránkel, de Hungría, André Bert, de Francia, y los delegados ingleses, John Hales y Maltman Barry.

Estos hechos anunciaban el nacimiento de la Segunda Internacional. Pero, aunque la Comisión de Gante consiguió que se celebrase otro Congreso Internacional en Coira, Suiza, el año 1881, la cosa terminó allí. Liebknecht y Louis Bertrand fueron a Coira como representantes del partido alemán y del belga respectivamente; también acudieron representantes del Partido Obrero Francés (Benoít Malón y Jules Joffrin, *ex-communards* los dos) y del Partido Socialista La-

borista norteamericano (P. J. McGuire, secretario de la hermandad de carpinteros). Pero, en su mayoría, el congreso estaba integrado por delegados de la Suiza alemana, incluyendo al fiel veterano J. P. Becker, de Ginebra. Paul Axelrod, de Rusia, asistió como delegado fraternal; y hubo algunos polacos en representación de grupos de exiliados. No acudió nadie de la Gran Bretaña ni de Holanda, España o Italia. Los anarquistas, a quienes no se les invitó, estaban ocupados con su propio Congreso de Londres, en el cual se propuso la formación de una Internacional declaradamente anarquista.

El congreso de Coira, aunque sus debates abarcaron muchos asuntos, llegó a la conclusión de que no había llegado aún el momento de establecer una Internacional Socialista. En ninguna parte, excepto en Alemania, existía ya un partido socialista bien constituido, aunque Bélgica ya estaba en camino de tener uno. Alemania, con sus leyes antisocialistas en vigor, no podía ponerse a la cabeza de la acción internacional. En Francia, el Partido Obrero de Jules Guesde estaba en proceso de formación. El Congreso de Gante, en uno de sus pocos momentos de acuerdo, había decidido que debía formarse una Internacional de sindicatos obreros, y que debía convocarse con este objeto un congreso internacional de sindicatos obreros; pero nadie se encargó de convocarlo. Ni era esto lo que los alemanes querían; porque hubiese sido imposible prescindir de los anarquistas o de los sindicatos obreros moderados que rechazaban la idea de una acción obrera política e independiente. Así, pues, el Congreso de Coira no tuvo sucesores, y la idea de una internacional Socialista nueva, aunque nunca abandonada, fue pospuesta para un futuro indeterminado.

Sin embargo, el intento de restaurar la Internacional se renovó pronto, tomando la iniciativa los franceses. El movimiento obrero francés se recuperaba rápidamente en los comienzos de la década de 1880, pero estaba dividido en varios grupos rivales. Hacia 1882 el Partido Obrero de Guesde estaba ya completamente establecido e iba adquiriendo una influencia considerable sobre el movimiento sindical. Pero contra Guesde y sus marxistas se organizaron los posibilistas, dirigidos por Paul Brousse, que formaron el Partido Obrero Socialista Revolucionario en 1882, y que tenía un número considerable de partidarios en los sindicatos obreros. En 1883 los posibilistas hicieron su primera tentativa para convocar en París un congreso internacional obrero. Éste, como la mayor parte de los congresos obreros franceses convocados durante ese decenio, era una verdadera mezcla, abierto a una variedad de organizaciones, tanto obreras como políticas, representativas de tendencias diferentes. Su importancia estriba, no en que realizase algo, sino meramente en el hecho de haber sido convocado respondiendo a la idea de que los movimientos obreros de diferentes países que iban

en aumento debían coordinar sus demandas de mejoras en las condiciones de trabajo, y especialmente para abreviar la semana de trabajo. Este objetivo fue formulado mucho más claramente en un segundo congreso internacional, convocado por los mismos elementos, que se reunió en París en 1886. Entonces había llegado a ser punto principal la acción simultánea en todos los países donde fuera posible para conseguir la jornada de ocho horas. La agitación en favor de las ocho horas ya había estado en marcha durante bastante tiempo en los Estados Unidos. En Australia los obreros especializados de Melbourne, aprovechando la falta de brazos que siguió a los descubrimientos de yacimientos de oro, habían conseguido ya la jornada de ocho horas en 1856, amenazando con una huelga general, y esta concesión no tardó en extenderse a otros Estados; pero, por faltarle la sanción legislativa no llegó a ser universal.[1] Durante los últimos años de la década de 1870 hubo una agitación para establecerla obligatoriamente; y en 1885 se hizo obligatoria por la ley para las mujeres y los niños. La presencia en el congreso de París de un delegado australiano, John Norton, hizo que el congreso tuviese conocimiento de estas conquistas; y en los Estados Unidos se siguieron estos hechos con mucho interés. Allí, las Ligas de las Ocho Horas, organizadas bajo la influencia de Ira Steward en la década de 1860 y en los primeros años de la de 1870 se habían derrumbado durante la depresión que se produjo poco después; pero, en 1883, los Caballeros del Trabajo (Knights of Labor) habían hecho de la jornada de ocho horas uno de los puntos de su programa inmediato, y de 1885 a 1886 se habían promovido muchas huelgas locales para hacerla obligatoria. En París, el "broussista" Víctor Dalle presentó un informe con la petición de que la legislación internacional obrera atendiese esta demanda y fue enérgicamente apoyada tanto por su correligionario posibilista, Simón Dereure, como por Édouard Anseele y César de Paepe, que estuvieron presentes como delegados de los socialistas belgas. Ambos propusieron que se estableciese una organización obrera internacional que tuviera como primer objetivo la jornada de ocho horas, y abogaron por la celebración de otro congreso internacional en 1889, como parte de la celebración del centenario de la Revolución Francesa, a fin de implantarla. Esta propuesta fue aprobada, y el Partido Posibilista francés fue encargado de actuar como organizador. La única oposición a la propuesta vino de los delegados ingleses, que no discutieron la conveniencia de acortar la jornada de trabajo; pero que no eran partidarios de que se legislase con este fin, v se abstuvieron de votar sobre la resolución principal. Los delegados franceses fueron inmediatamente del congreso internacional a su propio

[1] Véase capítulo XXIII.

congreso obrero de Lyon, donde Raymond Lavigne (1851-1930) y Antoine Jourde, de Burdeos, dirigieron la defensa de la jornada de ocho horas ayudados por la oratoria de Jean Dormoy. En Lyon, la agitación en favor de la jornada de ocho horas estuvo en relación con la idea de la huelga general de que eran partidarios los anarquistas. Se pidió que, si los gobiernos o los patronos se negaran a conceder la jornada de ocho horas, los obreros recurrirían a la huelga general a fin de implantarla. Esta propuesta no fue completamente aprobada: la mayoría prefería comenzar con una serie de manifestaciones simultáneas para presentar esta demanda a los patronos y a las autoridades oficiales, dejando de trabajar un solo día con este objeto; mientras que la minoría insistió en que nada había que esperar de los gobiernos, y que las manifestaciones sólo podían ser útiles en la medida en que sirviesen para educar a los trabajadores para una acción más militante.

Después, como veremos en uno de los capítulos que siguen,[2] a los sindicatos obreros franceses les interesó cada vez más la idea de prepararse para una huelga general, considerada por algunos como el primer paso de la insurrección de los trabajadores y por otros como un arma para obtener concesiones económicas sin recurrir al Estado "capitalista". Hacia 1888 el movimiento, claramente relacionado con la demanda de la jornada de ocho horas, había logrado mucho más apoyo, y se hacían con toda actividad preparativos a fin de suspender simultáneamente el trabajo durante un día a principios del año siguiente.

Mientras tanto, se había organizado otro Congreso Internacional Obrero. Se reunió en Londres en 1888, y a él asistieron representantes del Congreso de Sindicatos Obreros Británicos, así como socialistas, incluyendo a John Burns, Annie Besant, Tom Mann y Keir Hardie. El Congreso de Sindicatos Obreros había estado representado en los congresos internacionales de 1883 y 1886, a pesar de la resistencia del Comité parlamentario, que tuvo que someterse a los deseos de la mayoría de los delegados. Cuando los franceses le pidieron que emprendiese la organización del congreso internacional de 1888, el Comité parlamentario al principio insistió en llevar de nuevo la cuestión al pleno del Congreso de Sindicatos Obreros, y publicó un folleto que criticaba fuertemente la inestabilidad y la falta de seguridad que inspiraban los sindicatos obreros del continente. Cuando, a pesar de sus objeciones, los delegados les encargaron la organización de la reunión internacional, redactaron normas dirigidas a excluir a las organizaciones socialistas, a fin de convertirla en algo puramente sindical. Esto impedía que estuviesen representados la Federación Social Demócrata y la Liga Socialista, lo mismo que los partidos socialistas del continente;

2 Véase p. 309 s.

pero no sirvió para excluir a socialistas que podían recibir mandatos de las organizaciones obreras. Los alemanes quedaron excluidos; pero los belgas, los franceses y los holandeses se presentaron con pleno derecho con dos daneses y un único italiano, Constantino Lazzari, de Milán. Las sesiones fueron tumultuosas; y a falta de actas y de informes completos no es fácil averiguar con exactitud lo que sucedió. Sin embargo, no cabe duda que fue aprobada la propuesta principal en favor de una agitación internacional para implantar la jornada de ocho horas mediante una ley, y que se decidió celebrar otro congreso en París, el año siguiente, durante la exposición internacional, a fin de establecer una organización internacional.

El congreso de Londres de 1888 no avanzó tan de prisa como los que le precedieron por la insistencia de los directivos del Congreso de Sindicatos Obreros Ingleses en que no tuviese carácter político en la medida en que ellos pudieran conseguirlo. Esto naturalmente contrarió a los socialistas del continente, sobre todo a los alemanes, a los franceses guesdistas, y también a los belgas. La consecuencia fue que los socialdemócratas alemanes, de acuerdo con sus aliados, empezaron a organizar un congreso socialista internacional propio, que habría de reunirse en París el año siguiente, mientras que en Francia los posibilistas enviaron sus invitaciones para el congreso internacional obrero que en Londres acordaron celebrar, pero ya no estaban limitados por las reglas que habían impuesto los directivos de los sindicatos obreros ingleses. Como consecuencia hubo una gran confusión. Convocada por los holandeses y los belgas se celebró en La Haya una reunión con la esperanza de unir a los congresos rivales; pero las negociaciones quedaron rotas ante las profundas desavenencias entre los marxistas y los antiautoritarios, de modo que los dos se celebraron y los dos aprobaron resoluciones casi idénticas acerca de la jornada de ocho horas. Esta uniformidad de acción se debió sobre todo a la presión norteamericana. Dos delegados de los Estados Unidos, los dos impresores, tomaron parte en el congreso convocados por los posibilistas; y, aunque ningún delegado norteamericano fue enviado al congreso marxista, Hugh MacGregor, más tarde secretario del sindicato de marineros, estuvo presente como observador, y trasmitió un mensaje de los norteamericanos que sirvió de base a la resolución finalmente adoptada.

Por entonces, en los Estados Unidos, la dirección del movimiento en favor de la jornada de ocho horas había pasado a los Caballeros del Trabajo (Knights of Labor) a la Federación Americana del Trabajo (American Federation of Labor), la cual, gracias a Samuel Gompers, se estaba constituyendo en organización poderosa. En 1888 la A.F.L. había decidido iniciar una nueva campaña en favor de la jornada de ocho horas; cada año habían de producirse simultáneamente huelgas

en una sola industria en favor de la jornada de ocho horas, recibiendo los huelguistas ayuda financiera de los obreros que permaneciesen trabajando, hasta que le hubiese llegado el turno a todas las industrias y la concesión hubiese sido universalmente asegurada. La idea de hacer del primero de mayo la ocasión para un avance en el movimiento obrero no era nueva; pero parece que entonces vino de los Estados Unidos y que fue incluida en las resoluciones propuestas a los dos congresos de París como resultado directo de la acción que la A.F.L. había ya decidido realizar. De hecho, antes de que los congresos se reuniesen, los obreros franceses, en febrero de 1889, habían llevado a cabo la primera de sus manifestaciones simultáneas en favor de la jomada de ocho horas, que se hicieron con entusiasmo en la mayoría de los centros industriales. En París se decidió que, en adelante, el primero de mayo sería la fiesta del trabajo, y que se daría preferencia a la jornada de ocho horas como demanda inmediata. Durante las prematuras discusiones acerca de la unidad sostenidas en La Haya, existió el temor de que los alemanes, temerosos de que Bismarck tomase más medidas represivas, no se adhiriesen a la propuesta; y su representante, Wilhelm Liebknecht, insistió efectivamente en que cada movimiento nacional debía ser dejado en libertad para adaptar su acción a las condiciones nacionales, y que no debía adquirirse el compromiso de lanzarse a la huelga en todos los países. Concedido esto, los alemanes aceptaron la resolución.

Los dos congresos de París de 1889 fueron muy concurridos, y en los dos tuvieron los franceses una mayoría abrumadora. La reunión de los posibilistas en la Rué Lancry fue la más numerosa, con más de 600 delegados, de los cuales más de 500 eran franceses. El congreso marxista de la Sala Pétrelle reunió 391, de los cuales 221 eran franceses. Teniendo una participación internacional más numerosa, con 81 alemanes, 22 ingleses, 14 belgas, 8 austríacos, 6 rusos y menores delegaciones de Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, Suiza, Polonia, Rumania, Italia, Hungría, España, Portugal, Bohemia, Bulgaria, aparte de visitantes de los Estados Unidos, Argentina y Finlandia. Algunas de las delegaciones más pequeñas eran sin duda poco más que nominales, integradas por representantes de pequeños grupos de emigrados. Sin embargo, el congreso reunió un número considerable de dirigentes de los nuevos partidos socialistas de Europa. Entre los alemanes estaban Wilhelm Liebknecht y Augusto Bebel, ya veteranos; Eduardo Bernstein, todavía no conocido como "revisionista", pero que ya había prestado grandes servicios como periodista; Karl Legien, el principal organizador de los sindicatos obreros; Georg Heinrich von Vollmar, el dirigente bávaro; Hermán Molkenbuhr, que era ya el especialista alemán en legislación obrera, y Clara Zetkin. Entre los franceses estaban

Jules Guesde, Édouard Vaillant, Charles Longuet y Paul Lafargue (los dos últimos hijos políticos de Marx), Zépherin Camélinat, Raymond Lavigne y Víctor Jaclard. Sebastián Faure también estuvo presente, como representante de los anarquistas franceses.

Al frente de los belgas estaban César de Paepe y Édouard Anseele, el principal fundador de la famosa cooperativa Vooruit de Gante. Víctor Adler dirigía a los austríacos y Leo Fránkel a los húngaros; Pablo Iglesias y José Mesa llegaron de España y S. Palmgreen de Suecia; Pedro Lavrov y G. V. Plekhanov representaban respectivamente la tendencia "narodnik" y la marxista entre los rusos. De Holanda acudió Domela Nieuwenhuis, que pronto había de pasarse al anarquismo. Sin embargo, algunos de los italianos, incluyendo a Andró Costa y el antigua garibaldino y *communard,* Amilcare Cipriani, se presentaron en los dos congresos. Lo mismo hizo Émile Vandervelde, nueva esperanza del partido obrero belga. La ausencia más importante fue la de la Federación Inglesa Social-Demócrata (British Social Democratic Federation), la cual de manera inexplicable, pero con gran satisfacción de Engels, se halló en el campo contrario.

La delegación inglesa en la Sala Pétrelle era extraña. En la contienda entre la S.D.F. (Federación Social-Demócrata) y la Liga socialista, Engels había apoyado a la Liga, y había tratado de que la mayor parte de la representación inglesa procediese de ella. En consecuencia, William Morris, el principal delegado, se vio a la cabeza de un grupo que en su mayoría era opuesto a los métodos parlamentarios defendidos por los marxistas. Entre ellos estaban anarquistas como Frank Kitz y Arthur Tochatti; el tercer hijo político de Marx, Fdward Aveling y su mujer Eleanor Marx Aveling y, para diversificar las opiniones, R. B. Cunninghame Graham y Keir Hardie, del recientemente establecido Partido Laborista Escocés.

En el congreso rival de la calle de Lancry no hubo alemanes, y los franceses constituían el grupo dominante tanto por el número como por las personalidades eminentes. H. M. Hyndman y John Burns eran las figuras principales de la delegación inglesa. F. S. Merlino, y también Costa y Cipriani, representaban a Italia; entre los franceses estaban Paul Brousse, Jean Allemane, J. B. Clément, Víctor Dalle y Joseph Tortelier, el notable orador anarquista. Los nombres de algunos de los delegados extranjeros no fueron dados a conocer, por temor a que la policía pusiese la atención en ellos cuando regresasen a sus respectivos países. Entre los conocidos, y que desempeñaron papel importante, estaban Boleslaw Limanowski, de la Polonia Rusa; el danés Haral Jensen; el holandés Willem Hubert Vliegen; F. V. de Campos, portugués, y los norteamericanos W. S. Wandly y P. F. Crowley.

Así pues, el congreso marxista fue con mucbo la reunión más nota-

ble, y fácilmente superó a su rival. En consecuencia, los primeros congresos de la Internacional que contribuyeron a preparar el camino para la Segunda Internacional habían quedado en gran parte olvidados y •con ellos la estrecha relación de todo el movimiento, en sus primeras etapas, con la lucha por la jornada de ocho horas y con la iniciativa norteamericana en este respecto. Lo que en realidad sucedió fue que el impulso hacia una nueva Internacional, en gran parte de origen norteamericano y francés, por lo menos tanto de los sindicatos como de los socialistas, fue reanudado por los social-demócratas alemanes dándole un carácter esencialmente distinto como movimiento dirigido a una federación internacional de partidos socialistas que aceptaban la primacía de la acción política y que, cuando las circunstancias lo permitían, empezaron a da sus principales batallas en terreno parlamentario. Esto pudo suceder tanto más a causa de que la iniciativa de los alemanes se produjo en vísperas de ser derogadas las leyes antisocialistas de Bismarck y del triunfo resonante del partido social demócrata alemán en las elecciones del Reichstag de 1880.

La resolución aprobada el último día en la Sala Pétrelle acerca de la acción a seguir como resultado del congreso decía lo siguiente:

> Se organizará una gran manifestación en fecha fija, de tal manera que simultáneamente en todos los países y en todas las ciudades en el mismo día convenido, los trabajadores pedirán a las autoridades oficiales la reducción, mediante una ley, de la jornada del trabajo a ocho horas, y que se lleven a efecto las demás resoluciones del congreso de París.
>
> En vista de que una manifestación análoga ha sido ya aprobada para el primero de mayo de 1890 por la Federación Norteamericana del Trabajo (American Federation of Labor) en su congreso celebrado en San Luis en diciembre de 1888, se adopta esta fecha para la manifestación internacional.
>
> Los trabajadores de los distintos países realizarán la manifestación en las condiciones que les sean impuestas por la situación especial de cada país.

El último párrafo de esta resolución fue incluido a ruegos de la delegación alemana, que no quería comprometerse a recurrir a la huelga ni a nada que provocase el restablecimiento de las leyes antisocialistas, las cuales debían terminar en 1890, a menos que el Reichstag acordase que fuesen renovadas.

Como hemos visto, el congreso de la calle Lancry aprobó una propuesta de términos muy análogos, poniendo al principio de su programa inmediato la petición de "una jornada máxima de ocho horas, establecida por una ley internacional". Pero es de notar que el informe

oficial del congreso de la Sala Pétrelle, que fue publicado en alemán, aunque incluye el texto de la resolución y dice que fue presentada por Raymond Lavigne en representación de la Federación Nacional Francesa de Sindicatos Obreros, no da cuenta del debate ni otorga importancia especial a esta decisión. Es indudable que los alemanes consideraban la jornada de ocho horas y el acuerdo de actuar simultáneamente el primero de mayo de 1890 como asunto de importancia relativamente menor.

No obstante, el primero de mayo de 1890 fue notable e impresionante. Se celebraron grandes manifestaciones en favor de la jornada de ocho horas en muchos países y en muchas ciudades dentro de ellos, y hubo extensos paros no sólo en Francia, sino también en Austria, en Hungría, en partes de Italia y España, en Bélgica y Holanda, y en los países escandinavos, así como en los Estados Unidos. Los sindicatos obreros ingleses, sin embargo, se contentaron con celebrar grandes reuniones el primer domingo de mayo a fin de evitar la suspensión del trabajo. En algunos lugares, los trabajadores se limitaron a manifestaciones y reuniones ordenadas; pero en Francia, España e Italia, en donde los anarquistas iban en la vanguardia, hubo algunos choques serios con la policía y con los soldados. Incluso antes del primero de mayo se habían producido muchas detenciones de periodistas y militantes acusados de incitación a la violencia, especialmente de anarquistas y simpatizadores de éstos. Especialmente en Francia hubo desacuerdos importantes. El ala derecha de los posibilistas y los sindicatos obreros que la apoyaban, se opusieron a suspender el trabajo, y pidieron a sus partidarios que se contentasen con desfiles pacíficos para presentar las peticiones a las autoridades oficiales; mientras que el ala izquierda, dirigida por Jean Allemane, pidió una suspensión general del trabajo. Ésta fue una de las causas de la división del Partido Posibilista y de la formación de la nueva ala izquierda de Allemane por grupos disidentes, con el nombre de Partido Socialista Revolucionario.

Sólo en los Estados Unidos tuvo el movimiento de primero de mayo de 1890 éxitos prácticos inmediatos. Un número considerable de organizaciones obreras, sobre todo de carpinteros, consiguió la jornada de ocho horas; y muchos más triunfaron en los años siguientes inmediatos, pues la American Federation of Labor siguió la política de lanzar en cada primavera a la lucha a tipos distintos de trabajadores. En otros casos no se consiguió la jornada de ocho horas, pero sí la de nueve.

El hecho es que las manifestaciones internacionales de obreros iniciadas en 1890 se convirtieron en un acto realizado con regularidad todos los años y en la demostración más impresionante de la solidaridad internacional de la clase obrera conocida hasta entonces. La conferencia convocada por el emperador de Alemania en 1890 para estu-

diar el problema de la "legislación internacional obrera" y la encíclica papal *Rerum Novanim* de mayo de 1891 se relacionan claramente con la rápida difusión de la demanda de legislación social, especialmente de la jornada de ocho horas y la prohibición de que se trabajase en condiciones insalubres o peligrosas. La iniciativa del emperador de Alemania no produjo resultados prácticos; porque la conferencia intergubernamental de Berlín no llegó a ningún acuerdo. Pero el comienzo de la década de 1890 fue un período durante el cual la "cuestión social" atrajo la atención de la opinión pública y fueron seriamente amenazados los fundamentos del antiguo liberalismo económico del *laissez-faire*.

El movimiento obrero de estos años fue profundamente conmovido por un conflicto de ideas que no se limitó a dividir la derecha y la izquierda o ambas de una masa de opinión central. Al mismo tiempo se produjeron varias batallas acerca de la estrategia y los objetivos. Una de las batallas fue acerca de la acción política, no sólo entre marxistas y anarquistas, sino también entre políticos reformistas y los que tenían fe en una conciliación entre patronos y obreros, sin recurrir al Estado para una acción legislativa; y otra, relacionada con ella, pero en modo alguno idéntica, acerca de la actitud que los movimientos obreros debieran tomar hacia los Estados y gobiernos capitalistas. Como hemos visto, los marxistas eran defensores decididos de una acción política muy disciplinada mediante partidos centralizados empleando los sindicatos obreros como agencias de reclutamiento y auxiliar electoral, pero teniendo cuidado de mantener la dirección política en manos de los jefes del partido. Querían apoderarse de la dirección de las legislaturas nacionales mediante la organización y la propaganda electorales; pero todavía, en su mayor parte, no consideraban el triunfo electoral, inclusive en el caso de conseguir una mayoría parlamentaria, como portador de ningún cambio en el carácter esencial del Estado. Todavía consideraban las victorias electorales como si sólo preparasen el camino para algún tipo de revolución que destruyese el Estado existente, y lo sustituyese por un Estado de los trabajadores o del pueblo. Tenían, sin duda, sus programas de demandas inmediatas, incluyendo cada vez más peticiones de legislación del trabajo. Pero todavía consideraban principalmente que estas reformas tenían que ser arrancadas a un Estado hostil, más bien que como etapas en el proceso de transformar al Estado en un instrumento democrático. En la mayor parte de Europa, tanto los marxistas como los no marxistas, cuando pensaban en "el Estado", instintivamente lo consideraban como una autoridad ejecutiva más bien que legislativa. Tanto en Alemania como en Rusia, y sin duda en gran medida casi en todas partes, excepto en Suiza y acaso en Dinamarca, "el Estado" quería decir el gobierno, y el Parlamento, donde existía, era considerado como un factor que limitaba al Estado, más bien que

como un órgano supremo de poder. Esto era, en gran parte, verdad incluso en Francia, en donde la Tercera República había heredado mucho de la tradición del Segundo Imperio napoleónico, y no era fácil ver en la cámara de diputados o en el senado una fuente de regeneración social.

Esta actitud hacia el Estado, como veremos más adelante en el capítulo en que examinaremos la orientación de la Social Democracia Alemana después de 1890,[3] efectivamente impidió que los socialistas alemanes al formular sus programas incluyesen la nacionalización de los medios de producción por procedimientos parlamentarios. La dirección nacional, dado el Estado que existía, significaría, según Kautsky o Liebknecht, no la socialización, sino la entrega de más poder económico a una autoridad ejecutiva que representaba a la burguesía capitalista aliada al feudalismo y a la autocracia. Sólo después de que el Estado fuese reconstruido por la revolución, podría convertirse en instrumento para que la causa de los trabajadores avanzase mediante la administración del Estado popular. .De aquí se seguía que el gran partido de los trabajadores tenía que constituirse con entera independencia de los otros partidos, y que sería equivocado que los social-demócratas tomasen en consideración, incluso con el fin de conseguir algunas de sus demandas inmediatas, cualquier clase de coalición o colaboración gubernamental con un partido burgués. Estas opiniones pronto habían de ser discutidas, dentro del Partido Social-Demócrata Alemán, por heterodoxos como Vollmar y Bernstein; pero en 1889 esta discusión apenas se había iniciado, e incluso cuando se produjo tuvo que enfrentarse a toda la tradición marxista.

En Francia, la situación era diferente, porque Francia, en una medida mucho mayor, era un país con régimen parlamentario. La república, a diferencia del Imperio Alemán, era una estructura política que muchos socialistas se sentían obligados a mantener en contra de cualquier reaparición del cesarismo o de una reacción monárquica. Esto llegó a ser una cuestión vital en los años críticos del *affcáre Dreyfus* y del *affaire Millerand,* que directamente plantearon la cuestión de la defensa de la república, y dividieron el movimiento socialista francés en dos facciones rivales.[4] Los alemanes no tenían una república que defender ni un verdadero sistema parlamentario. Los franceses sí los tenían; e incluso los que estimaban poco el parlamento no estaban igualmente sordos al llamamiento de la república. Sin embargo, los marxistas franceses, en el momento de peligro producido por el caso Dreyfus, se negaron a ser conducidos a colaborar con la burguesía republicana, e incluso se inclinaban a sostener que las luchas entre los políticos bur-

[3] *Cf.* pp. 262 ss.
[4] *Cf.* pp. 320 ss.

gueses no era asunto suyo. Como es natural, los blanquistas estaban de acuerdo; Jaurès, Malon y los independientes francamente en desacuerdo; los broussistas o posibilistas se dividieron en dos facciones rivales.

El conflicto dentro del movimiento obrero francés fue, sin embargo, mucho más complicado que lo que indican estas divergencias. En Alemania la influencia de los anarquistas sobre la opinión de las masas había sido prácticamente eliminada, aunque pudieron proporcionar unos pocos supuestos asesinos durante la nueva actividad anarquista de la década de 1890, y hubiera siempre un pequeño grupo antiparlamentario en la extrema izquierda. Los sindicatos obreros, excepto los grupos relativamente pequeños ayudados por cristianos o liberales (Hirsch-Duncker), estaban firmemente disciplinados bajo la jefatura social-demócrata. Pero en Francia el anarquismo, bajo formas muy diversas, que iban desde la "propaganda por el hecho" al anarco-sindicalismo, era una fuerza viva; y el intento de los guesdistas de atraerse a los sindicatos tras el partido había dado sólo un resultado precario y parcial. Paul Brousse, el jefe de los posibilistas, había empezado como anarquista y continuado como enemigo de la centralización; pero había pasado del anarquismo a defender la acción socialista municipal, y su partido había llegado a incluir una buena proporción de moderados que eran igualmente hostiles al marxismo y al blanquismo por una parte y al creciente movimiento sindicalista revolucionario por otra. Cuando Jean Allemane condujo a los izquierdistas fuera del partido posibilista, éste se convirtió en un partido de la derecha socialista, pero conservó bastantes de las relaciones que tenía con los sindicatos obreros. Los socialistas independientes, con los cuales se halló entonces aliado, se diferenciaban de él por ser sobre todo un grupo parlamentario de dirigentes más bien que un movimiento que tuviese tras de sí una organización local considerable.

Durante los años anteriores a que el proceso de Dreyfus y la amenaza contra la república trajesen a primer plano la cuestión de colaborar con los republicanos burgueses, el gran problema que dividía a los franceses era el del papel que relativamente habían de desempeñar la acción política y la obrera. Los guesdistas y blanquistas podían unirse con otros grupos para pedir la jornada de ocho horas y para desear que los trabajadores utilizasen el primero de mayo a fin de manifestar su solidaridad nacional e internacional; pero no existía verdadero acuerdo ni acerca de la mejor manera de manifestarse ni acerca del objetivo inmediato que había de proseguirse. Broussistas, marxistas, blanquistas y sindicalistas, todos podían estar de acuerdo en pedir una legislación del trabajo, aunque los verdaderos anarquistas ponían objeciones incluso a esto. Pero mientras que los broussistas querían sólo desfiles

pacíficos y hacer peticiones a las autoridades, y los guesdistas estaban interesados principalmente en aprovechar la ocasión para aumentar el partido marxista, los blanquistas, o por lo menos algunos de ellos, todavía soñaban con convertir las manifestaciones en una insurrección, mientras que los sindicalistas consideraban cada primero de mayo sobre todo como un ensayo para la gran huelga que habría de iniciar la transformación de la sociedad, tan pronto como la conciencia de los trabajadores estuviese suficientemente preparada. Todo esto, por supuesto, expone el estado de opinión de manera demasiado sencilla: en realidad había mucha confusión de ideas dentro de todos los grupos rivales. Pero de todos modos es verdad que en Francia, a diferencia de Alemania, siempre hubo fuerzas poderosas que no estaban dispuestas a aceptar una dirección política de ninguna parte (ni de la derecha ni de la izquierda ni del centro) y buscaban inspiración más bien en los sindicatos obreros que en algún partido político. Estos grupos eran hostiles al Estado, no como lo eran los alemanes, porque fuese el Estado de la burguesía, destinado a ser sustituido por el Estado centralizado del proletariado, sino porque era el Estado y, por consiguiente, el enemigo del pueblo mientras existiese. En el mejor de los casos lo consideraban como un organismo del cual los trabajadores podían arrancar concesiones empleando su poder organizado de clases; pero nunca, ni remotamente, como una institución que pudieran transformar oportunamente para que sirviese de expresión a su voluntad colectiva.

¿Cuál era entonces el objetivo de las manifestaciones del primero de mayo? ¿Hacer peticiones a las autoridades y afirmar la solidaridad de la clase obrera? Ésta era una opinión. ¿Conseguir, mediante la huelga, concesiones tanto de los patronos como de las autoridades? Ésta era una segunda opinión, y, por cierto, la de la American Federation of Labor, que tanto había influido en la marcha de los hechos en Europa. ¿Pieunir a los trabajadores detrás de los socialistas, hasta que fuesen capaces de lograr una mayoría parlamentaria y de tomar el Estado en sus propias manos y rehacerlo como un Estado de los trabajadores? Ésta era una tercera opinión, sostenida por los marxistas franceses bajo la influencia de sus inspiradores alemanes. ¿Preparar a los trabajadores para una acción huelguista en escala cada vez mayor y mientras tanto declararse en huelga para lograr concesiones de los patronos, de las autoridades municipales e incluso del mismo Estado sin necesidad de emprender una acción parlamentaria o perderse en las maniobras y transacciones del parlamento? Ésta era una cuarta opinión, sostenida por la masa creciente de sindicalistas. ¿O, por último, provocar choques con la policía y el ejército, a fin de adiestrar a los trabajadores no solamente para la huelga, sino para convertirlos en verdaderos revolucionarios, y preparar de este modo el camino para la huelga

general insurreccional en la cual el Estado sería destruido y surgiría la sociedad libre del futuro? Ésta era una quinta opinión, la de los anarco-sindicalistas. O, finalmente, sólo producir la mayor perturbación posible y desencadenar el máximo de furia destructora, a fin de lograr... ¿qué?: el anarquismo en su forma menos atenuada, con una sociedad sin gobierno alguno, libre incluso de la tiranía del sindicato obrero, y la aniquilación completa de la moralidad burguesa y a la vez del gobierno burgués. Esta última actitud la tomaban, por supuesto, sólo unos pocos; pero *era* sostenida, y ponía en relación, en pocos centros anarquistas, a los defensores de las manifestaciones del primero de mayo con los pequeños grupos clandestinos que abrigaban esperanzas en la "propaganda por el hecho".

En 1890 no se celebró ningún congreso socialista; pero los 337 delegados de 15 países que se reunieron en Bruselas en agosto de 1891, muy animados por el éxito de las manifestaciones del primero de mayo en 1890 y 1891, decidieron celebrar el primero de mayo anualmente, y dedicar esta celebración a tres objetivos: pedir la jornada de ocho horas, hacer presión para que se ampliase la legislación del trabajo internacional y afirmar la voluntad de los trabajadores de todos los países para que se mantuviese la paz entre las naciones. El Congreso acordó, además, que los obreros debían abstenerse de trabajar el primero de mayo "en todas partes excepto en donde sea impracticable".

Parece que ésta fue la primera vez en que el primero de mayo quedó claramente asociado a la petición de paz. Este nuevo objetivo fue introducido principalmente por iniciativa alemana, pues los social-demócratas alemanes deseaban dar al primero de mayo un carácter más bien político que puramente económico y emplearlo para hacer resaltar el internacionalismo del movimiento obrero y su oposición a la guerra imperialista. Los alemanes dijeron con orgullo a sus compañeros trabajadores cómo habían protestado contra la anexión de Alsacia-Lorena, y seguirían protestando; cómo habían votado contra el presupuesto imperialista dé Alemania, y cómo deseaban hacer causa común con los socialistas de Francia y de otros países. Tenían sin duda también la esperanza de que, si el primero de mayo podía ser dirigido hacia esta finalidad, se evitara el tener que lanzarse a una huelga para conseguir la jomada de ocho horas, para la cual no se consideraban preparados, y que temían que trajese otra vez la represión legal de que tan recientemente se había visto libre su país.

En realidad, los alemanes estaban sumamente reacios a comprometerse en nada que pudiera mezclarlos en una acción huelguística. Como vimos, habían insistido en que en el acuerdo de 1889 se incluyese una cláusula que dejaba a cada país libre para decidir qué forma había de darse a su participación en las manifestaciones internacionales del pri-

mero de mayo. En Bruselas se unieron con los delegados ingleses para proponer que esta celebración del primero de mayo se realizase el primer domingo de mayo. Esto hubiese significado que no eran necesarias las huelgas, y hubiese sido, por supuesto, abandonar completamente el plan presentado al principio por la *American Federation of Labor,* el cual implicaba la acción huelguística dirigida a arrancar la concesión de la jomada de ocho horas; es decir, declarar la huelga no sólo por un día, sino por todo el tiempo que fuese necesario para triunfar. Sin embargo, el plan americano nunca había sido adoptado por las organizaciones europeas. Estaba basado en que cada año se eligiese una determinada industria, a la cual se limitaría la petición inmediata, y que se mantuviese la huelga con la ayuda de los oficios que siguiesen trabajando. A diferencia de esto, el plan europeo, fraguado principalmente en Francia, consistía en una huelga general limitada a un solo día, y empleada en primer lugar sobre todo para manifestaciones de masas dirigidas a las autoridades. Esto también implicaba el cese del trabajo, en realidad un cese mucho más extendido, aunque sólo por un día, y de este modo habría el camino para despidos y para represalias legales en donde el derecho a la huelga estaba de algún modo limitado por la ley, como sucedía en la mayoría de los países. A los ojos de los protagonistas franceses, uno de los méritos del plan era que pedía a los obreros que desafiasen las leyes injustas a que estaban sometidos.

Los alemanes, por otra parte, y también los dirigentes de los sindicatos obreros ingleses, estaban muy lejos de querer incitar a los trabajadores para que faltasen a la ley, y hubiesen preferido hacer del "día de mayo" una mera demostración de solidaridad obrera completamente legal y pacífica realizada sin perturbación alguna en la industria y sin faltar a los contratos o acuerdos colectivos. Pero no pudieron convencer ni a los franceses ni a los austríacos, ni, en realidad, a la mayoría de los otros delegados. En Francia, las manifestaciones de 1891 habían producido graves choques con la policía en varios lugares,[5] y hechos semejantes sucedieron en otros países, por ejemplo, en Austria, Italia, España y Bélgica. En donde se produjeron esos conflictos, los obreros se enardecieron, y la mayor parte de ellos estaban más decididos que nunca a no ceder, renunciando a que el primero de mayo fuese día de manifestación. Hicieron a los alemanes y a los ingleses la concesión de que sólo se recurriría a la huelga en donde no fuese considerada como "impracticable", es decir, considerada así por los directivos de un país determinado. Pero se mantuvieron firmes en con-

[5] En Fourmies, cerca de Avesnes, los soldados y los gendarmes dispararon contra una multitud de manifestantes en la plaza y mataron a diez, hiriendo a muchos más, entre ellos a mujeres y niños.

\

servar el primero de mayo, e insistieron en que, en general, las manifestaciones debían ir unidas al abandono del trabajo en ese día.

El congreso de Bruselas censuró severamente el fracaso de la conferencia intergubernamental acerca de la legislación del trabajo celebrada el año anterior en Berlín. Consideró el fracaso como prueba del carácter esencialmente reaccionario de los Estados capitalistas, y como una advertencia de que la clase trabajadora, para mejorar su posición, tendría que confiar únicamente en sus propios esfuerzos. Pero, por supuesto, dejó pendiente la cuestión de si el procedimiento principal sería la acción obrera o la obtención de victorias parlamentarias; y en este punto las opiniones seguían tan divididas como siempre. Los pocos anarquistas que estuvieron presentes en el congreso de Bruselas como delegados de grupos sindicales fueron derrotados en las votaciones; pero ésta no fue en modo alguno su última aparición. En todo caso, aun sin ellos, había bastantes diferencias entre los marxistas, que ponían toda su esperanza en el poder de un partido sólidamente organizado, y los que atribuían un importante papel creador a los sindicatos obreros, los que fueron atraídos por las posibilidades de una huelga general como la expresión más alta de la solidaridad obrera.

El Congreso de Bruselas empleó gran parte del tiempo en la controversia entre social-demócratas y anarquistas, y hubo un buen número de delegados que manifestaron su impaciencia por la pérdida de tanto tiempo precioso por los delegados que habían acudido desde muy lejos a la reunión ocasionando gastos considerables a sus organizaciones, y que deseaban poder exponer a sus representados resultados prácticos. Lo mismo sucedió en el congreso de Zurich de 1893 y aun después en el congreso de Londres de 1896. Todos estos primeros congresos, como hemos visto, eran de una composición no muy clara. Generalmente se les llamó "congresos de los obreros socialistas"; pero a veces, como en 1896, "congresos de los obreros socialistas y de los sindicatos", y nadie negaba que tanto los sindicatos obreros como los partidos de asociaciones socialistas tuviesen derecho a estar representados en ellos. En Alemania, el problema de los sindicatos obreros no dio lugar a ninguna dificultad, porque los sindicatos obreros, bajo la dirección de Karl Legien, estaban firmemente aliados al partido social-demócrata, y sus representantes en realidad formaban parte de la delegación socialista. Las dificultades planteadas por alemanes vinieron de una ala izquierda semianarquista dirigida por Gustav Landauer, director de *El Socialista* de Berlín, y H. Werner, que sólo tuvieron oportunidad en los primeros momentos, antes de que fuesen revisadas las credenciales de los delegados. Según las normas de estos congresos, la revisión de las credenciales correspondía en primer lugar a cada delegación nacional, la cual presentaba en una sesión plenaria un informe exponiendo cuáles ha-

bía aceptado y. cuáles había rechazado. Este informe podía ser discutido ante el congreso; pero generalmente, aunque no siempre, era aceptado. Los alemanes procedían firmemente con las minorías molestas, negándoles la admisión. Otras delegaciones no podían actuar con vara tan alta. Los franceses, por ejemplo, siempre estaban muy divididos, y en los puntos más importantes la división era siempre casi igual, no porque hubiese sólo dos grupos, pues había muchos, sino porque en última instancia se trataba siempre de la diferencia de enfoques entre reformistas y revolucionarios. Ésta no era la misma división que existía entre los partidarios de la acción política y los de la acción obrera, porque los primeros estaban muy divididos. Los blanquistas y los guesdistas estaban en contra de los posibilistas y del grupo principal mente parlamentario de los independientes, dirigidos por Jaurès y Millerand, y los "allemanistas" cada vez se iban apartando más de los posibilistas en dirección al campo revolucionario. También los representantes de los sindicatos obreros estaban divididos por lo menos en tres grupos principales: moderados, guesdistas y sindicalistas, y había un numeroso grupo de anarquistas, algunos de cuyos miembros fueron con credenciales de sindicatos obreros y otros como representantes de varios grupos titulados socialistas. Entre los franceses la situación era siempre confusa y había poca diferencia entre el número de votos contrarios. No había una sólida mayoría que pudiera arriesgarse a rechazar las credenciales de sus adversarios. En el congreso de Londres de 1896, los franceses se vieron obligados a reunirse como dos delegaciones separadas, pidiendo cada una de ellas el reconocimiento por la sesión plenaria; y hubo una disputa tremenda acerca de la admisión de Jaurès, Millerand y Viviani, que fueron como delegados del grupo Socialista independiente de la Cámara de Diputados, y que se negaren a someter sus credenciales a nadie que no fuese el congreso en pleno, el cual al fin los admitió.

Los ingleses no tenían menos dificultades. Es verdad que la Federación Social-Demócrata había conseguido tomar parte en el congreso después del fracaso de 1889; pero nunca estuvo en situación de asumir la dirección, como pudo hacerlo el partido social-demócrata alemán. El "Congreso de los Sindicatos Obreros" (Trade Union Congress) había sido puesto al frente para organizar el congreso de Londres de 1888, cuando la cuestión principal había llegado a ser la jornada de ocho horas; y, aunque su comité parlamentario era moderado, constituía sin duda la organización más representativa de los trabajadores ingleses, y estaba llamado a que se le diese importancia mientras los congresos tratasen principalmente de gestiones como la jornada de ocho horas v la legislación internacional del trabajo. Sobre todo, cuando el congreso internacional se reunió en la Gran Bretaña, la responsabilidad de orga-

nizarlo y de enviar las invitaciones tenía que recaer especialmente en el "Congreso de los Sindicatos Obreros" (T.U.C.). Pero, por supuesto, entonces ni el Comité Parlamentario ni el mismo "Congreso de Sindicatos Obreros" como tampoco la "Federación Americana del Trabajo (American Federation of Labor) podían ser considerados como socialistas. Los delegados que fueron a los diferentes congresos internacionales representando al T.U.C. o a los sindicatos afiliados a él que prefirieron ser representados especialmente, incluían algunos pocos socialistas; pero la mayoría de ellos eran miembros de los sindicatos de opiniones "liberales-laboristas", y no hallaban de su gusto estas discusiones que, con frecuencia, les eran completamente incomprensibles.

Cuando se trataba de aprobar o rechazar la "acción política" votaban en favor de ella; pero la entendían de manera completamente diferente a los alemanes o austríacos o a los marxistas y blanquistas franceses, los cuales insistían en que la "acción política" tenía que tomar la forma de acción mediante un partido obrero independiente, libre por completo de compromisos con los partidos burgueses. El Partido Laborista Independiente Inglés fue, por supuesto, también de esta opinión (así como la Federación Social-Demócrata); pero no fue fundado hasta 1893, y antes de esta fecha sólo había algunas organizaciones locales "laboristas independientes", incluyendo al Partido Laborista Escocés creado en 1888-89. Desde 1893 en adelante, al pasar al anarquismo la "Liga Socialista" y desaparecer después, había tres organizaciones principales representadas por la delegación inglesa: la Federación Social-Demócrata, el Partido Laborista Independiente y el Congreso de Sindicatos Obreros (T.U.C), siendo los restantes los fabianos y algunas organizaciones de menor importancia. En esta situación confusa, los delegados ingleses tomaban el partido de votar en favor cuando se trataba de resolver quien debía ser admitido; pero en las cuestiones de fondo la mayoría de ellos votaba con los "políticos" en contra de los partidarios de la acción obrera, y se dividían en derecha e izquierda, como los franceses, cuando se planteaba el problema de reforma contra revolución.

De las otras delegaciones numerosas, los austríacos, que habían organizado su Partido Social-Demócrata siguiendo casi completamente el modelo alemán en su congreso de Hainfeld de 1889, generalmente se presentaban en un frente unido, aunque aceptaban a los social-demócratas checos como un grupo distinto dentro de su delegación. El Dr. Víctor Adler era ya su principal representante; Karl Kautsky, que por nacimiento era austríaco, había tomado parte muy considerable en la redacción de su programa, y su mujer, Luise Kautsky, era una directiva eminente entre las mujeres de Viena. Hungría (con un grupo de Croacia) tenía una delegación separada, al frente de la cual iba Leo

Fránkel, que antes había actuado en la Primera Internacional y en la Comuna de París, y que era un marxista consecuente. Los suizos estaban menos unidos; pero los anarquistas y filoanarquistas habían perdido su antiguo predominio, y las dos organizaciones principales, la Unión Grütli y la Gewerkschaftsbund, trabajaban en buena relación con el creciente Partido Social-Demócrata. Las figuras sobresalientes eran el veterano Karl Bürkli y el joven Hermán Greulich, los dos de la Unión Grütli, y el segundo miembro activo del partido también, y Robert Seidel, del Partido Social-Demócrata. August Merk era el delegado más eminente de la Gewerkschaftsbund, y el anciano Dr. Pierre Coullery, adversario durante mucho tiempo de los anarquistas del Jura, también volvió a reaparecer como delegado.

Los belgas, que estaban consolidando su Partido Laborista, en estrecha relación con los sindicatos obreros y las cooperativas, no se inclinaban ya hacia el lado "federalista". Sus hombres nuevos: Édouard Van Beveren, Edouard Anseele, Émile Vandervelde, con Louis Bertrand como su representante principal y en el Parlamento, tenían opiniones propias, y en modo alguno eran fieles satélites de los alemanes; pero creían firmemente en la acción política, aunque las limitaciones del derecho al voto en Bélgica les daban poca posibilidad de victorias parlamentarias. Creían que debía darse a los sindicatos obreros y a los cooperativas de trabajadores una posición de influencia independiente dentro del partido, y no eran tan partidarios "del socialismo de Estado" como los marxistas ortodoxos. Aún existían grupos de anarquistas y semianarquistas, especialmente en las minas de carbón; pero habían perdido mucha de su influencia. En Holanda, en cambio, las tendencias anarquistas y casi anarquistas todavía predominaban, con Dómela Nieuwenhuis y Christian Cornelissen como las figuras sobresalientes de la Liga Socialista Holandesa. En el congreso de Londres de 1896, la mayoría de los delegados holandeses, dirigidos por los dos citados, terminaron por retirarse cuando se hizo una declaración precisa excluyendo a los anarquistas. Detrás de ellos dejaron a los cinco delegados del Partido Laborista Social-Demócrata Holandés, a los cuales acusaban de ser meros satélites de los alemanes. Sus figuras principales eran H. H. van Kol, P. J. Troelstra y W. H. Vliegen.

Los suecos eran social-demócratas que seguían principalmente el modelo alemán, aunque entre ellos los sindicatos obreros tenían mayor influencia. No enviaron ninguna delegación a Zurich en 1893; pero en 1896 Hjalmar Branting, ya miembro del parlamento, y el dirigente sindical Charles Lindley, de los obreros del transporte, pudieron hablar en representación de un movimiento social-demócrata que crecía rápidamente. Los noruegos generalmente se contentaban con enviar un solo delegado del Partido Laborista Social-Demócrata. Los daneses, por otra

parte, estaban bien representados por un Partido Social-Demócrata muy unido a los sindicatos obreros, con los cuales compartía su delegación en muy buenas relaciones. J. Jensen, de los sindicatos obreros, y P. Knudsen, del Partido Social-Demócrata, eran sus principales representantes.

En el otro extremo de Europa los italianos todavía seguían riñendo furiosamente entre ellos. Generalmente enviaban una numerosa delegación, que incluía muchas tendencias diferentes. En 1889, como ya vimos, se movían entre los dos congresos rivales. Andrea Costa, que había roto con los anarquistas y fundado un Partido Socialista en la década de 1880, se unió en 1892 con otros grupos para formar un Partido Socialista Unido; y hombres nuevos, Filippo Turati, de Milán, y el Profesor Enrico Ferri, de Roma, reforzaron a los delegados Constantino Lazzari y al sabio marxista, profesor Antonio Labriola. Pero en contra de estos socialistas políticos se alineaban todavía poderosas organizaciones anarquistas, con partidarios en los sindicatos obreros y relaciones que a través de Francia llegaban hasta Barcelona. El representante principal del último grupo era Amilcare Cipriani, que unas veces aparecía como delegado italiano y otras como delegado francés. Afirmaba hablar en nombre de una sección latina de cierta Liga General de Pueblos, y protestaba una y otra vez cuando el congreso socialista trataba de librarse de los anarquistas. El más importante de los anarquistas italianos, Errico Malatesta, desde el primer momento se mantuvo fuera de la Nueva Internacional, aunque se presentó en ella por lo menos una vez.

España envió pocos delegados. El jefe político era Pablo Iglesias, fundador del Partido Socialista Obrero Español según el modelo marxista; y con él iba generalmente por lo menos un delegado de la Unión General de Trabajadores, que estaba asociada al partido. Los anarquistas españoles en general se mantuvieron alejados.

Rusia, como vimos, tuvo representantes de varias tendencias en el congreso de París de 1889, desde Pedro Lavrov, el teórico "narodnik", y Jusef Beck, del Grupo Voluntad del Pueblo, a George Plekhanov, el principal representante del marxismo en Rusia. Plekhanov fue el único representante ruso en Zurich en 1893; pero en Londres el año 1896 hubo siete rusos, incluyendo, además de Plekhanov y su mujer, Rosalie, los social-demócratas Paul Axelrod y Vera Zasulich. Hubo dificultades acerca de la aceptación de otros delegados, Tchaikovsky y Felix Volkhovsky, por ejemplo, que fueron rechazados por los grupos marxistas. Plekhanov pudo informar acerca del rápido desarrollo del movimiento clandestino social-demócrata en Rusia, y hacer a un lado a los "narodniks" como supervivientes de una época pasada.

Polonia siempre tuvo su delegación. En 1889, fueron al frente de

ella Félix Daszynski, Stanislas Mendelssohn y María Joukowska, con Leo Winiarski de la Sección Polaca de la Liga Eslava. En Zurich Daszynski y Mendelssohn fueron reforzados por Stanislaw Grabski y algunos más; y en Londres, en 1896, hubo trece en total, incluyendo además de Daszynski tres importantes recién llegados, Józef Pildsudski y J. Moscicki, del partido Socialista Polaco, y Rosa Luxemburgo, que representaba a los polacos de Posen v Breslau. Estas delegaciones polacas fueron representando a todas las partes de Polonia: la rusa, la austríaca y la alemana. Ya estaban muy divididos entre los que miraban hacia oriente, a Rusia, y los que miraban más bien hacia Alemania, y también entre el marxismo y un tipo de socialismo más nacionalista, del cual Pilsudski habría de llegar a ser un representante conspicuo. Algunos de ellos eran desterrados, enviados por grupos políticos de los Estados Unidos, de Londres y de París. No tomaron parte importante en los primeros debates de la Internacional y a la mayoría no les fue fácil situarse en relación con las discusiones producidas entre las delegaciones principales.

De los países balcánicos Rumania tuvo siempre delegados, sobre todo del Partido Social-Demócrata. Los búlgaros tenían ya sus facciones rivales, representadas en 1893 por Christian Rakovsky y N. C. Gabrowsky; pero en 1896, en Londres, Rakovsky fue al frente de una sola delegación. Serbia también tuvo un solo delegado en Zurich, pero ninguno en Londres. Un social-demócrata australiano se presentó en 1893; pero en 1896 le pidieron a Edward Aveling que hiciese de delegado australiano. No hubo verdaderos representantes de los sindicatos obreros o de los partidos laboristas de Australia, y ninguno que se presentase como representante de Nueva Zelanda.

Por último, llegamos a los norteamericanos. Como vimos, dos miembros de los sindicatos obreros norteamericanos asistieron al congreso posibilista de 1889, y un tercero acudió como visitante al congreso marxista, en el cual también hubo delegados de algunos grupos dispersos de extranjeros residentes en los Estados Unidos; pero la Federación Americana del Trabajo no estuvo oficialmente representada en ninguno de ellos, aunque a los dos fueron enviados mensajes en su nombre. En congresos posteriores hubo siempre delegados norteamericanos; pero no procedían de la organización principal del obrerismo norteamericano. La figura más importante procedente de los Estados Unidos era el marxista Daniel De León, del Partido Socialista Obrero. Con él fue a Zurich Louis Sanial, de la Federación Central Obrera de Nueva York y Abraham Cahan, de los gremios judíos de Nueva York. Sanial estuvo presente otra vez en 1896, representando entonces a los gremios "de leonitas" y a la Alianza Obrera (Labor Alliance); y con él fueron Mathew Maguire del S.L.P. (Socialist Labor Party) y otros cinco ue

representaban a grupos separados de sindicatos obreros, de los cuales fueron discutidas algunas credenciales. Por entonces el S.L.P. estaba dividido por luchas internas: el partido Socialista Norteamericano (American Socialist Party) todavía no había surgido.

En todos estos primeros congresos de la Segunda Internacional los social-demócratas, que sabían lo que querían y actuaban estrechamente unidos, eran los que decidían. Una y otra vez derrotaron a los anarquistas, les dijeron que se marchasen, y afirmaron que nada común tenían con ellos. Pero no pudieron librarse de ellos; y aunque muchos de los verdaderos anarquistas se sacudieron de sus pies el polvo de la Internacional, siempre hubo otros que regresaron, haciendo protestas de que también ellos eran hombres y hermanos, y pedían sólo una Internacional "libre", abierta a todos los enemigos del capitalismo, que trataban de unir a la clase obrera a fin de preparar su derrocamiento. Además, siempre hubo, decían los marxistas, sentimentales necios impresionados por las afirmaciones de fraternidad que hacían los anarquistas, y querían que todos tuviesen libertad para exponer sus opiniones; y también había personas que no eran anarquistas pero tampoco partidarias de un partido disciplinado ni de tomar parte en las elecciones, en lo cual confiaban los social-demócratas. Era difícil reunir una mayoría para expulsar a estos grupos intermedios; ni querían los social-demócratas expulsarlos en masa. Esperaban arraerse a algunos de ellos, e ir eliminando a los demás poco a poco, a medida que consiguiesen influir bastante en cada delegación nacional y en los movimientos por ella representados. Su táctica era continuar aprobando en el congreso propuestas que exigían de la Internacional la acción política como arma necesaria, y aprovechar todas las ocasiones que se ofreciesen de señalarles la puerta de salida a cualquier grupo perturbador contrario.

Sin embargo, existía la dificultad muy grave de que, aunque las credenciales de anarquistas podían ser rechazadas cuando procedían de organizaciones declaradamente anarquistas o de otras ligeramente camufladas de socialistas, no era posible evitar que los anarquistas volviesen una y otra vez cuando lograban obtener la representación de sindicatos obreros. Esta dificultad no surgía en donde existía una verdadera organización central de sindicatos obreros estrechamente unida o subordinada al partido social-demócrata o a un partido obrero de opiniones análogas. Pero en la mayoría de los países no existía una organización así. En Francia existían grupos rivales de sindicatos obreros que representaban tendencias diferentes, y lo mismo sucedía en Italia, en España y en los Estados Unidos. En la Gran Bretaña el Congreso de los Sindicatos Obreros unía a los sindicatos, pero él mismo era un campo de batalla de tendencias rivales: el antiguo y el nuevo sindicalismo; no existía tampoco ningún partido social-demócrata con autoridad bastante

para que los sindicatos obreros le siguiesen. En los congresos de la década de 1880 fueron admitidos delegados de sindicatos obreros aislados y a la vez otros que lo eran de organizaciones nacionales, incluso tratándose de países en donde existían las dos clases de organizaciones; nadie supo hallar una definición intemacionalmente aplicable de lo que era un sindicato obrero con suficiente *bona fide* para aprobar sus credenciales. En la lucha por la jornada de ocho horas era sin duda indispensable conseguir la mayor ayuda posible de los sindicatos obreros y darles un importante lugar en los sucesivos congresos. Pero esto no podía hacerse sin admitir por una parte a los *Lib-Labs* (Laboristas liberales) ingleses contrarios a la creación de un partido obrero o socialista y, por otra parte, a los sindicalistas y anarquistas que consideraban la acción parlamentaria como un engaño y una deslealtad.

De este modo, los social-demócratas se hallaban siempre ante un dilema. No podían declararse completamente en favor de una Internacional puramente social-demócrata, marxista, sin perder en los congresos gran parte de la ayuda de los sindicatos obreros; pero tampoco les era fácil soportar que éstos fuesen utilizados como plataformas de propaganda por los anarquistas o los sindicalistas. En realidad, podían sufrir aun menos esto último, porque una nueva oleada de violencia anarquista se había extendido por Europa y en dondequiera los reaccionarios aprovechaban todas las ocasiones para afirmar que los socialistas eran iguales que los dinamiteros y asesinos. No se podía impedir que fuesen algunos anarquistas; y, si acudían, era imposible impedir que los injuriados social-demócratas empleasen el tiempo de que disponía el congreso en tratar de manifestar su oposición a las declaraciones revolucionarias de aquéllos. Y así se prolongaba la disputa de manera desesperante de un congreso en otro.

En Zurich, en 1893, el resultado de la discusión fue que se aprobase una propuesta que decía lo siguiente:

> Todos los sindicatos obreros serán admitidos en el congreso; también los partidos y organizaciones socialistas que reconozcan la necesidad de organizar a los obreros y de la acción política. Por "acción política" se entiende que las organizaciones obreras, siempre que sea posible, tratan de hacer uso de los derechos políticos o de conquistarlos, como asimismo el establecimiento de leyes a fin de conseguir mejoras para el proletariado y la conquista del poder político.

Más tarde hubo discusiones acerca del significado de este acuerdo y también acerca de su texto correcto. Quería decir claramente que se excluía a las organizaciones no sindicales que no fuesen partidarias de

una acción política dirigida a la conquista del poder político y a conseguir una representación parlamentaria; pero este texto no podía aplicarse a los sindicatos obreros. Sin embargo, si todos los sindicatos habían de ser admitidos, la puerta quedaba completamente abierta no sólo para cualquiera que fuese designado por un sindicato obrero va existente, por pequeño que fuese, sino también delegados de sindicatos obreros formados sólo con este propósito. Por consiguiente se argüyó, tanto por los social-demócratas como por las organizaciones nacionales de los sindicatos obreros, que aquel acuerdo sólo se refería a los sindicatos obreros de *bona fide*. ¿Pero qué era un sindicato obrero de *bona fide?* Algunos sostenían que tenía que ser un sindicato obrero que se comprometía a la acción política, aunque sólo la redujese a defender la legislación obrera, basándose en que ningún sindicato obrero que no llegase a esto tenía nada que ver con la Internacional. Pero ni esto era aceptable: el Comité Parlamentario del Congreso Inglés de Sindicatos Obreros no estaba dispuesto a ver excluidos a los miembros suyos que eran contrarios a la jornada de ocho horas. Quedaba en duda qué era lo que se quería decir con la expresión "*todos* los sindicatos obreros"; y de esta manera algunos delegados sospechosos podían introducirse por el resquicio.

Tomemos, como ejemplo, la composición de la numerosa delegación inglesa en el Congreso de Londres de 1896. De los 476 delegados no menos de 159 lo eran de sindicatos obreros, otros 26 de "Consejos Obreros y de Gremios" (Trade and Labour Councils), 2 de la Liga de Sindicatos Obreros Femeninos y 3 del Consejo Obrero Femenino (Women's Industrial Council). La Federación Social-Demócrata envió 121, el Partido Laborista Independiente 117 y la Sociedad Fabiana 22. Tres procedían de la asociación Socialista de Hammcrsmith, de William Morris, 3 de las sociedades socialistas de Bristol, Oxford y Berkshire y 3 de la Unión Eclesiástica Obrera de John Trevor. La única credencial no admitida por los delegados fue la de la Sociedad Socialista de Berkshire, la cual tenía sólo 4 socios y de ellos envió a dos. La delegación inglesa admitió a uno y rechazó al otro.

Ésta fue, por supuesto, una delegación muy numerosa, porque el congreso se reunió en Londres. El año 1893, en Zurich, el número de delegados ingleses fue de 64, y su origen era aún más diferente. La S.D.F. había enviado 8, el I.L.P., apenas formado, 5, y el Partido Laborista Escocés 2. Los fabianos tenían 5, y varias sociedades socialistas locales otros cinco. Uno venía del Club Comunista de Londres, formado principalmente por extranjeros. Otro procedía de una sociedad cooperativa de producción de ideas socialistas y uno más de un sindicato y sociedad socialista judíos. Por parte de los sindicatos obreros el comité del Congreso de los sindicatos obreros y la federación de

mineros, cada uno, envió 4, y los mineros de Durham 2. El sindicato de obreros del gas tenía 3 y otros sindicatos 16 en total. Consejos locales de gremios (Trades Councils) enviaron 6 y la Liga de Sindicatos Obreros Femeninos 2. Uno o dos anarquistas, por ejemplo, C. W. Mowbray, acudieron como delegados de sindicatos obreros.

Esto no era nada comparado con la complejidad de las delegaciones francesa e italiana, cuyos miembros lograron cada uno traer credenciales de organismos distintos, de tal modo que, si una era rechazada, la otra pudiese servir. Los franceses procedían de partidos socialistas rivales y de federaciones nacionales de sindicatos obreros también rivales; de asociaciones de estudiantes v de cámaras sindicales *(Chambres Syndicales)* locales, de periódicos socialistas; de sindicatos locales y de federaciones nacionales de sindicatos; de bolsas de trabajo y de sociedades de propaganda; y, en 1896, también del grupo parlamentario de socialistas independientes. Sencillamente, los delegados no podían ser clasificados para ver a qué organizaciones representaban predominantemente o en nombre de quién hablaban.

La resolución de Zurich fue el primer asunto tratado en el Congreso de Londres de 1896. Tom Mann y Keir Hardie hablaron en favor de una amplia tolerancia para las diferencias, en cambio Jaurès y Hyndman defendieron la opinión contraria. Nieuwenhuis, de Holanda, puso en duda la validez de la resolución de Zurich, y sostuvo que los anarquistas comunistas, como Kropotkin, eran buenos socialistas, aunque algunos anarquistas no lo fuesen. James Mawdsley, de la Alianza Inglesa de Hilanderos de Algodón, que pronto había de ser candidato conservador al parlamento, dijo que la sección inglesa defendería la decisión de Zurich. Luego se votó por nacionalidades. Alemania, Australia, Austria, Bélgica, Bohemia, Bulgaria, Dinamarca, España, Hungría, Polonia, Portugal, Rumania, Rusia, los Estados Unidos, Suecia y Suiza votaron, sin delegados disidentes, por confirmar la resolución de Zurich. Francia votó en contra, teniendo 57 votos la mayoría y 56 la minoría, y también Holanda, con mayoría de 9 y minoría de 5. Los italianos, habiendo empatado entre ellos, se abstuvieron, los ingleses votaron en favor de la resolución, con 223 votos la mayoría contra 114 de la minoría. Esto sucedió antes de aprobar las credenciales, así que todo el que afirmó que era delegado pudo votar. A continuación las delegaciones nacionales se reunieron para revisar la situación de cada uno de los presentes, y se hicieron algunas exclusiones. Hubo una disputa, a que ya nos hemos referido, acerca de la posición de los socialistas franceses independientes y otra acerca de un polaco que fue rechazado. Aún se produjo otra acerca del informe italiano. Louise Michel afirmaba que tenía una credencial italiana, mientras que Malatesta tomaba asiento entre los delegados franceses. El presidente de la sesión, Hynd-

man, declaró que ya se había decidido excluir a los anarquistas, y varios, después de protestar, se retiraron. Los holandeses, que tenían una mayoría casi anarquista, por fin anunciaron que habían acordado aceptar a la minoría parlamentaria. Los franceses expusieron su pretensión de dividirse en dos secciones separadas, y a Millerand se le permitió hablar en favor de ello. Después de haber puesto en claro que los dos grupos franceses participarían por igual en el número de lugares reservados en las comisiones para los franceses, la propuesta fue aceptada no por unanimidad, pues la mayoría francesa votó en contra. Ya habían pasado 4 sesiones sin que se tratase ningún asunto constructivo; pero las comisiones sobre la política a seguir, en las cuales el congreso había acordado dividirse, todavía no estaban preparadas para informar, así que acaso la pérdida de tiempo no importaba mucho.

La mayoría de los informes de las comisiones, cuando estuvieron terminados, no resultaron muy importantes. No hubo tiempo para tener en cuenta las complicaciones que suponía la aplicación de propuestas a las distintas circunstancias de cada país; y el resultado fue que en la mayoría de los casos sólo generalidades fueron aprobadas, y las propuestas especiales fueron presentadas como informes de minoría y casi todas en las votaciones fueron rechazadas casi sin discusión. Así, la comisión agraria declaró que la tierra debía ser socializada, pero confesó que no había podido llegar a un acuerdo para hacer una propuesta referente a los medios. Sólo pudo recomendar que se diesen pasos eficaces para organizar al proletariado agrícola y dejar a cada país la tarea de elaborar su propio programa. La comisión de acción política, cuyo ponente fue George Lansbury, perteneciente entonces a la S.D.F. (Federación Social-Demócrata), se declaró en favor de la acción política de la clase obrera para conquistar el poder político, y en el empleo de medios legislativos y administrativos dirigidos a la emancipación de los trabajadores. Definía estos medios como orientados hacia el establecimiento "de la República Internacional Socialista"; pedía "independencia respecto a todos los partidos políticos burgueses; el sufragio universal, incluyendo la emancipación de la mujer; segunda votación, el referéndum y la iniciativa; autonomía completa de todas las nacionalidades y la destrucción de la explotación colonial". Hacía un llamamiento a los trabajadores de todos los países sometidos al militarismo y al imperialismo "para que se uniesen con los trabajadores de todo el mundo que tuviesen conciencia de clase, a fin de organizarse para derrocar el capitalismo internacional y establacer la social democracia internacional".

Sobre esto habló el anarquista francés Tortelier, que tenía credencial de un sindicato obrero, y a continuación Vaillant y Jaurès, que eran del lado opuesto. Después los *Lib-Labs* (Laboristas liberales) ingleses, que se opusieron a la petición de independencia política, y Pete

Curran del I.LJP. (Partido Laborista Independiente), que la defendió. Le siguió Bebel, como representante del partido alemán, y Ferri por los italianos, los dos en favor de la independencia. Después de que la enmienda de los *Lib-Labs* ingleses y algunas otras fueron desechadas, el informe fue aceptado sin ningún voto en contra.

En la sesión siguiente Sidney Webb presentó el informe de la comisión de educación, resumido en siete propuestas, que entraban en muchos más detalles que la mayoría de los informes. Pedía que la "administración pública" en cada país proporcionase "un sistema completo de educación bajo una dirección pública democrática", que comprendería desde el "Kindergarten a la Universidad". Se daría de comer a todos los niños en la escuela; no se saldría de la escuela antes de los 16 años, y continuaría la educación, pero no de tiempo completo, hasta los 18; se ofrecerían becas y pensiones para la manutención; y habría limitaciones muy estrictas respecto al trabajo de los niños y un código de legislación internacional respecto a las fábricas, también muy severo.

Todo esto era algo utópico, incluso para los países más adelantados; pero no encontró oposición importante. Keir Hardie creyó advertir en él una intención oculta en favor de los niños inteligentes a expensas de los demás; y Clara Zetkin contestó que desde luego la comisión no había pensado que todos los niños, sin tener en cuenta su aptitud, deberían recibir una enseñanza universitaria. A continuación Hardie negó que hubiese querido decir esto. Hubo una discusión acerca de supuestas discrepancias entre los textos inglés, alemán y francés del informe; y fue aprobada una enmienda de H?rdie para que se suprimiese la palabra "beca" que, al parecer, tenía para muchos un sabor burgués. Luego, a propuesta de los franceses, fue suprimida toda la cláusula que trataba de las comidas escolares y de pensiones, basándose en que no era necesario entrar en detalles y en que el congreso de Bruselas de 1891 ya había declarado que era obligación del Estado hacer todo lo necesario para proporcionar educación a todos los niños. La Sra. Pankhurst consiguió que la palabra de Webb "gradualmente" fuese suprimida por "tan pronto como sea posible"; y después el informe fue aprobado.

A continuación se trató del informe de la comisión de organización, presentado por C. A. Gibson de la S.D.F. En éste se proponía el establecimiento del congreso como una organización permanente, creando un comité internacional permanente, con un secretario responsable y un lugar fijo. Pedía que el congreso nombrase un comité provisional que redactase un proyecto completo e informase al congreso siguiente. Además, proponía que en cada país que enviase o recibiese emigrantes se estableciesen organizaciones especiales a fin de que se perdiesen para

el movimiento obrero, con una propuesta especial para que se les distribuyesen folletos de información antes de que saliesen de sus respectivos países, y hacer que a su llegada fuesen recibidos por las organizaciones obreras de los países a que se trasladasen, especialmente los del otro lado del Atlántico. Se acordó que Londres fuese la sede de la Internacional, y la propuesta fue aprobada, pero el congreso al fin terminó sin haber dado ningún paso para establecer el comité propuesto; y no resultó nada. Las discusiones fueron interrumpidas al recibir el informe de la Comisión de Guerra, el cual dio lugar a un debate tan largo que las propuestas de la comisión de organización nunca fueron debidamente discutidas.

La comisión de guerra empezaba por afirmar que antagonismos económicos y no religiosos o nacionales eran la causa principal de las guerras en el capitalismo. Decía que los trabajadores de todos los países tenían que conseguir el poder político a fin de privar de los medios para hacer la guerra a los gobiernos "que eran instrumentos de la clase capitalista". Pedía la "abolición simultánea de los ejércitos permanentes y el establecimiento de una fuerza nacional de ciudadanos"; el establecimiento de tribunales de arbitraje para resolver los conflictos internacionales; v que "la última decisión acerca de la guerra o la paz debía dejarse directamente al pueblo en los casos en que los gobiernos se negasen a aceptar la decisión del tribunal de arbitraje".

En el debate, el Dr. R. M. Pankhurst propuso que se suprimiese la referencia a "una fuerza de ciudadanos", pero fue derrotado. Belfort Bax propuso se añadiese que la decisión de los tribunales de arbitraje debían ser definitivas; y esto fue lo que se acordó, aunque Sanial declaró que el arbitraje era "una blandura de las clases medias". A continuación Bax trató de que se suprimiese la petición de recurrir al pueblo; pero Greulich, de Suiza, habló enérgicamente en favor de que se conservase, y quedó victorioso. Por último, el informe enmendado fue aprobado por unanimidad.

A continuación, se trató del informe de la Comisión Económica e Industrial que se refería a muchos asuntos. Empezaba con una amplia declaración en favor de la "socialización universal de los medios de producción, transportes, distribución y cambio, todo lo cual había de ser dirigido por una organización completamente democrática conforme a los intereses de toda la comunidad"'. Se decía que esto cada día se hacía más necesario a causa del desarrollo de los monopolios, los cuales "no pueden ser impedidos de manera eficaz por los sindicatos obreros corrientes y por la acción política aislada". La comisión defendía el establecimiento de algún organismo internacional que vigilase a los *trusts* y coaliciones de empresas y sus intrigas políticas, v que trabajasen en favor de la socialización "mediante el establecimiento de leyes

nacionales o internacionales". Luego continuó atribuyendo las crisis y el desempleo a la obstrucción que el capitalismo hacía al uso completo del poder productivo de la humanidad, que aumentaba rápidamente, e hizoiconstar su opinión de que las minas de carbón y la industria del hierro, la química, los ferrocarriles y las grandes fábricas "habían llegado a la etapa en que su nacionalización y socialización no presentaba dificultad alguna desde un punto de vista económico". Por consiguiente los trabajadores de todo el mundo eran requeridos para que "procediesen inmediatamente a pedir medidas precisas en sus respectivos países en favor de la socialización, la nacionalización y la municipalización".

La sección siguiente trataba de la misión de los sindicatos obreros. Decía que éstos eran indispensables para defender y mejorar las condiciones de los trabajadores; pero mediante sus esfuerzos "la explotación de los trabajadores sería sólo disminuida, pero no abolida". Su abolición exigía la conquista del poder político y su empleo para fines legislativos. Los sindicatos obreros deberían ayudar en esto: "la organización de la clase trabajadora es incompleta y queda trunca mientras sólo es política". Pero la lucha económica también requiere de la clase trabajadora la acción política. "Todo lo que los trabajadores consiguen de sus patronos en disputas abiertas tiene que ser confirmado por la ley a fin de ser mantenido, mientras que en otros casos los conflictos se hacen superfluos mediante medidas legislativas."

Después de estas propuestas más generales la comisión pasaba a tratar propuestas más detalladas. Pedía la "abolición de todos los aranceles, impuestos sobre artículos de consumo y premios r. la exportación", y una legislación internacional protectora de los trabajadores. Respecto a esta última, recomendaba que la inmediata "agitación paliativa" se limitase a tres demandas específicas, encabezadas por la jornada de ocho horas e incluyendo el derecho completo de asociación, y que se aboliese la explotación patronal del obrero. Después la comisión reproducía ocho peticiones para la legislación obrera internacional aprobadas en el Congreso de París de 1889 y, volviendo a la cuestión de los sindicatos obreros, pedía a los trabajadores "que se organizasen en sindicatos obreros nacionales en sus respectivos países, evitando así la pérdida de poder mediante organizaciones pequeñas independientes o locales". Decía que la "diferencia en las opiniones políticas no debía ser considerada como razón para una acción separada en la lucha económica; por otra parte, la naturaleza de la lucha de clases hace que sea deber de las organizaciones obreras enseñar a sus miembros las verdades de la democracia social". Se pedía después a los sindicatos obreros que admitiesen a las mujeres y que asegurasen "la igualdad de salarios para la misma clase y cantidad de trabajo". Por último, como

base de una organización internacional, se proponía que "una comisión central de los sindicatos obreros debía constituirse en cada país", y que "en caso de huelgas, *lock-outs y boycotts,* los sindicatos obreros de todos los países debían ayudarse mutuamente de acuerdo con sus medios".

Éste fue el informe de la mayoría de la comisión económica e industrial. Su adopción fue defendida por Harry Quelch de la S.D.F. (Federación Social-Demócrata) después de haber sido presentada por el alemán Molkembuhr. El informe de la minoría, que era breve, llamaba la atención sobre las declaraciones de varios congresos franceses obreros sucesivos: Marsella (1892), París (1893), Nantes (1894) y Limoges (1895), en favor de la huelga general, y pedía a los trabajadores de todos los países que "estudiasen esta importante cuestión, que debería decidirse en el congreso próximo". Así empezó el gran debate acerca de la huelga general que habían de ocupar tanto el tiempo de la Segunda Internacional en los años siguientes. Debe advertirse que en la forma en que se planteó en 1896 no hacía referencia especial al problema de evitar la guerra; formaba parte del informe de la minoría de la comisión económica, y fue presentado como "un método de emancipación". Este informe de la minoría fue rechazado en el Congreso de Londres casi sin discusión, y el informe de la mayoría fue aceptado sólo con pocas enmiendas más bien secundarias, la más importante de las cuales fue presentada por el Dr. Pankhurst estableciendo que "cuando las empresas privadas no bastasen para dar trabajo a todos, debería darse trabajo público con salarios razonables". Otra enmienda, presentada por Edward Aveling, representante de Australia, y que fue aprobada, requería de las organizaciones obreras que no pidiesen leyes restrictivas contra la inmigración de extranjeros; y otra más, presentada por A. Fauquez, de Suiza, reafirmaba la decisión de continuar las manifestaciones del primero de mayo, teniendo "como objetivos principales la obtención de la jomada de ocho horas y protestar contra el militarismo".

Por último se trató del informe de la comisión de Asuntos Varios, presentado por J. Bruce Glasier, del I.L.P. inglés. Éste afirmaba "el derecho fundamental de libertad de pensamiento, de expresión y de imprenta, y el derecho de reunión y asociación tanto en la esfera local como en la nacional", pedía una amnistía para los presos políticos y protestaba contra el sistema policiaco de provocación. Además pedía la supresión de las bolsas de trabajo particulares y la introducción general de bolsas de trabajo gratuitas dirigidas por los municipios o los sindicatos obreros; por último decía que no podía presentar el informe acerca del problema de la lengua internacional al cual se había hecho referencia; pero invitaba al congreso para que declarase "qué lengua,

la inglesa, la francesa o la alemana, preferiría adoptar" El Congreso no tuvo tiempo para hacerlo.

Al final, el Congreso se ocupó de los preparativos jara el Congreso siguiente. Liebknecht, en nombre del comité, presentó la siguiente proposición:

La Comisión de reglamento del Congreso queda encargada de enviar las invitaciones para el congreso próximo sólo a:

1. Los representantes de aquellas organizaciones que traten de sustituir la propiedad y producción capitalistas por la propiedad y producción socialistas, y que consideran la acción legislativa y parlamentaria como uno de los medios necesarios para alcanzar este fin.
2. A organizaciones puramente sindicales obreras, que aunque no tomen parte activa en la política, declaran que reconocen la necesidad de la acción legislativa y parlamentaria; por consiguiente, quedan excluidos los anarquistas.

A esto seguía un párrafo proponiendo el establecimiento de una comisión de credenciales, a la cual se podría apelar respecto a las decisiones de la comisión nacional. La S.D.F. trató de modificar la redacción de Liebknecht a fin de que el congreso tuviese aún más el carácter de una reunión de representantes de los Partidos Social-Demócratas, pero su enmienda fue desechada. Un delegado de los sindicatos obreros ingleses, W. Stevenson, de los obreros de la construcción, protestó de que los sindicatos obreros habían sido llevados al congreso con simulaciones apoyadas sólo por una minoría de la delegación inglesa y que les hacían escuchar una porción de "disquisiciones sobre una sociedad ideal que estaba tan lejana como el milenio". Después de algunas formalidades y de aprobar el informe de Liebknecht, terminó el congreso.

He contado más bien con detalle lo que sucedió en el Congreso de Londres de 1896 a fin de dar una idea de la marcha de estas primeras reuniones de la Segunda Internacional, mientras todavía sólo estaba en vías de constitución como una agrupación esencialmente política basada en los nuevos partidos socialistas.

Ya se verá que casi todas las cuestiones principales que habrían de dividir a la Internacional hasta 1914 habían ya sido planteadas durante estos primeros congresos. Aparte de la.lucha para excluir a los anarquistas, la cual casi terminó después de 1896, aunque el conflicto entre los "políticos" y los sindicalistas realmente continuó, los puntos discutidos en 1896 aún seguían discutiéndose en 1914, o hubiesen sido discutidos, si el congreso convocado para aquel año no hubiese sido sus-

pendido por haber estallado la guerra. La mayor diferencia entre los primeros congresos y los últimos fue que, desde 1900 en adelante, la cuestión de la guerra y la paz ocupó un lugar cada vez mayor en los debates de la Internacional y tendió más bien a relegar a un último término la cuestión de la legislación obrera, que durante los primeros años había ocupado el primer término. También existía una diferencia nacida del hecho de que en varios países los cambios en el número de personas con derecho a votar habían hecho posible conquistar bastantes lugares en el parlamento para convertir a los socialistas de pequeños grupos en partidos poderosos, a los cuales tenían los parlamentos que adaptar, en proporciones distintas, su actuación. Todavía en 1914 había países representados en la Internacional en donde no había sido posible establecer ese tipo de partidos, y todavía tenían que desarrollar la mayor parte de sus actividades políticas fuera del parlamento. Pero en general el socialismo en 1914 había adquirido un carácter mucho más parlamentario que el que tenía en la década de 1890.

A este cambio siguió, como era natural, una disminución en la intransigencia revolucionaria de los movimientos socialistas de los países afectados por él y, por consiguiente, una división más acentuada entre estos países y los que permanecían sujetos a un gobierno absoluto. Hasta 1896 el reformismo, aunque claramente existía como una tendencia, no había sido claramente formulado como un cuerpo de doctrina que desafiase al marxismo de tal manera que condujese a una franca confrontación de las actitudes rivales en un nivel internacional. El fabianismo era una doctrina inglesa, el posibilismo era francés; el revisionismo alemán aún no tenía forma, aunque sí la tenía el reformismo de la Alemania del sur. Internacionalmente el marxismo era dueño de la situación gracias a su victoria sobre los anarquistas. La lucha con los sindicalistas estaba sólo en sus comienzos.

CAPÍTULO II

# LA SEGUNDA INTERNACIONAL: LOS ÚLTIMOS AÑOS

## (i) 1900-PARÍS

El Congreso Socialista de París de 1900 fue notable sobre todo, aparentemente, por tres cosas: su manera de tratar la crisis nacida del asunto Millerand, su decisión de crear un Comité Socialista Internacional y su aparente solidaridad respecto a varias cuestiones que durante mucho tiempo habían sido causa de profundas disenciones. Se celebró en un momento en que la controversia revisionista se había producido ya con gran vehemencia entre los alemanes; pero que todavía no se había planteado completamente como un problema internacional, o más bien no había sido separada internacionalmente del problema de la participación socialista en gobiernos no socialistas, el cual planteó algunas de las mismas cuestiones de ideología y de política práctica; mas lo hizo de tal manera que produjo una mayoría artificial de la izquierda, poniendo al centro firmemente al lado de los revolucionarios en contra de los colaboracionistas. En la lucha contra los reformistas del tipo de Millerand, los social-demócratas que tenían esperanzas en organizar partidos que pronto serían bastante fuertes para dominar los parlamentos de sus respectivos países, tendían naturalmente a ponerse al lado de la izquierda revolucionaria, porque consideraban la coalición con los radicales burgueses como un obstáculo para el crecimiento electoral de la social-democracia. Las coaliciones podían sin duda asegurar progresos en la legislación, que los partidos socialistas todavía no podían esperar por sí solos; pero si era realmente probable lograr, en una fecha no demasiado lejana, una decisiva mayoría social-demócrata, parecía tonto y a la vez incluso desleal, renunciar a esta posibilidad entrando en coaliciones con la izquierda burguesa, o incluso en alianzas electorales, excepto en forma de acuerdos para segundas votaciones, o quizá ni siquiera esto. En opinión de la mayoría de los alemanes el objetivo principal era conseguir que el partido fuese una gran fuerza electoral, y todas las demás consideraciones había que subordinarlas a este fin. El inmenso prestigio e influencia del partido social-demócrata alemán hizo que pesase mucho su insistencia respecto a este punto; y entre los alemanes ésta era la opinión, no sólo de la izquierda y del centro, sino también de muchos de los revisionistas que seguían a Bernstein, aunque no de los reformistas de Alemania de] sur, los de Baviera y de Badén. El revisionismo y reformismo de Alemania, aunque

estaban aliados en la lucha contra Bebel y Kautsky, no eran lo mismo: era muy posible, y de hecho frecuente, que un revisionista fuese tan decididamente contrario al "milleranismo" como Kautsky, porque el "colaboracionismo" podía impedir al partido que tomase el camino que, con el tiempo, había de llevarle a tener una mayoría propia. Así como en el decenio de 1930 el Partido Laborista Inglés no quiso tener nada que ver con el intento de formar un "Frente Popular" contra el fascismo, porque esperaban conquistar el poder político por sí mismo en el momento oportuno, del mismo modo en 1900 la mayoría de los alemanes era completamente opuesta a colaborar. Es conveniente tener en cuenta que, en realidad, ellos no se enfrentaban en la política del Reich con un problema semejante, porque no había probabilidad inmediata de que nadie les pidiese que entrasen a formar parte de un gobierno del Reich. Sin embargo, de hecho tuvieron que enfrentarse con este problema en algunos de los estados del imperio; y el reformismo, a diferencia del revisionismo, recibía su fuerza de la política de los Estados más bien que de la política del Reich.

En la mayor parte de los demás países representados en la Internacional, los partidos socialistas tenían muchas menos probabilidades que en Alemania de conquistar la ayuda de una mayoría de los electores o incluso, si lo lograsen, de obtener una mayoría de puestos en el parlamento, ni siquiera en la cámara popular. Pero muchos de ellos estaban bajo la influencia de los triunfos de los alemanes, que continuamente aumentaban sus votos y sus representantes, y estaban por ello dispuestos a adoptar como modelo la política electoral alemana, en la esperanza de que a la larga les permitiría lograr lo que la social-democracía alemana parecía estar en camino de conseguir. Para muchos de ellos el primer objetivo parecía ser que se estableciese en el Estado el sufragio universal, que, por lo que se refiere a las elecciones del Reich, los alemanes lo habían recibido de Bismarck sin necesidad de luchar por ello. En realidad, podían esperar obtener esto constitucionalmente sólo con la ayuda de los partidos burgueses y, por consiguiente, se veían obligados a respaldar a los burgueses reformistas que trabajaban por ello en el parlamento. Pero en la mayoría de los casos no se inclinaban por esta necesidad a favorecer la colaboración con los partidos burgueses, pues pensaban que la lucha en favor de la extensión del sufragio tenía dos aspectos. En los parlamentos era necesario que los partidos burgueses tomasen la dirección porque, dadas las normas existentes respecto al voto, ellos tenían mayoría de representantes. Pero las probabilidades de lograr la reforma electoral dependía principalmente, según los socialistas, de la energía con que la campaña en favor de ella fuese llevada fuera del parlamento, mediante una agitación constante, manifestaciones de masas y, hasta donde fuese posible, huelgas

generales de corta duración con la finalidad de mostrar la opinión de los trabajadores. Las probabalidades de conseguir la extensión del derecho al sufragio no aumentarían apreciablemente en la mayoría de los países porque los socialistas ingresasen en gobiernos de coalición dominados por los burgueses, aun en el caso de que éstas se lo pidiesen. Sería mejor que votasen las medidas más avanzadas que los partidos burgueses se decidiesen a adoptar cediendo a una presión exterior, y no entrando en coaliciones en las cuales tendrían que actuar como partes que aceptaban transacciones, lo cual quitaría eficacia a sus campañas extraparlamentarias.

Por esto era muy posible reunir una buena mayoría en contra de la colaboración. Sin embargo, porque la posibilidad de constituir partidos socialistas capaces de obtener algún día mayorías decisivas dependía sin duda de una unión completa o casi completa de las fuerzas socialistas, no era deseable llevar la oposición contra el colaboracionismo hasta el extremo, por temor a producir el alejamiento del ala derecha. Por consiguiente, el objetivo de la mayoría de los dirigentes de la Internacional era preparar una propuesta que a la vez hiciese constar la oposición al "milleranismo" y a casi todas las clases posibles de coalición y, sin embargo, no cerrar de hecho y definitivamente la puerta por completo. No era necesaria la conciliación con Millerand, que claramente había traspasado los límites permitidos al conducirse sin siquiera consultar a su partido; pero era necesario complacer a Jaurès, que lo había apoyado, aunque con reservas, si se quería que el movimiento socialista francés no quedara dividido de una manera sumamente peligrosa. Correspondió a Kautsky la tarea de preparar una fórmula que satisficiese al centro y desarmase a la extrema izquierda sin dejar al ala derecha fuera de la Internacional, y sin hacer imposible la posición de Jaurès.

Esto es lo que hizo Kautsky, en una propuesta elocuentemente defendida por Émile Vandervelde en el congreso de París:

> La conquista del poder político por el proletariado en un Estado democrático moderno no puede ser resultado de un *coup de main,* sino que ha de venir solamente como conclusión de una larga y paciente actividad para organizar al proletariado política y sindicalmente, para su regeneración física y moral, y para ir consiguiendo gradualmente puestos representativos en los ayuntamientos y en los cuerpos legislativos.
>
> Sin embargo, en donde el poder gubernamental está centralizado no puede conquistarse de esta manera fragmentaria. La entrada de un solo socialista en un ministerio burgués no puede ser considerada como el comienzo normal de la conquista del

> poder político: nunca puede ser más que un expediente temporal y excepcional en una situación de emergencia.
>
> Cuando en un caso dado existe una situación así, de emergencia, la cuestión es de táctica y no de principios. El congreso no tiene que decidir esto. Pero en todo caso este peligroso experimento sólo puede ser ventajoso si es aprobado por un partido unido, y si el ministro socialista es, y continúa siendo, delegado de su partido.
>
> Siempre que un socialista llega a ser ministro independientemente de su partido, su entrada en el gobierno, en lugar de ser un medio para fortalecer al proletariado, lo debilita, y, en lugar de ser un medio que favorezca la conquista del poder político, se convierte en una manera de retrasarla. El congreso declara que un socialista debe dimitir de un gobierno burgués, si la organización del partido opina que ese gobierno se ha mostrado parcial en un conflicto industrial entre el capital y los trabajadores.

Esta propuesta fue al fin aprobada por 29 votos contra 9, siendo la votación por delegaciones nacionales y no por delegados individuales, teniendo cada delegación dos votos. Sólo dos delegaciones, la de Bélgica y la de Irlanda votaron unánimemente en contra. Francia, Italia, Rusia, Polonia y los Estados Unidos estuvieron divididos, y dieron un voto a favor y otro en contra. Las demás delegaciones votaron unidas en favor de la resolución, aunque, por supuesto, hubo disidentes individuales en el interior de sus filas. En el debate los principales oradores en favor de la propuesta fueron Vandervelde, Jaurès, Anseele y Auer, y en contra Ferri, Guesde y Vaillant. El italiano Ferri, entonces en la izquierda, defendió una enmienda redactada por Guesde en los términos siguientes:

> El quinto Congreso Internacional de París declara otra vez que la conquista del poder político por el proletariado, ya sea por medios pacíficos o por medios violentos, implica la expropiación política de la clase capitalista.
>
> Por consiguiente, permite al proletariado participar en un gobierno burgués sólo en la forma de conquistar puestos por su propia fuerza y a base de la lucha de clases, y prohibe cualquier participación de los socialistas en los gobiernos burgueses, contra la cual los socialistas tienen que adoptar una actitud de oposición inflexible.

Aparte del lenguaje, la enmienda de Guesde y Ferri no hacía más que formular la política que había sido dada casi por supuesta por casi

todos los social-demócratas hasta el momento del *affaire Millerand.* Pero, efectivamente, hasta que surgió ese *affaire,* ese punto apenas había surgido en forma práctica. Cuando surgió, dividió a los socialistas franceses no sólo por el problema de revolución contra reforma, o por la conveniencia de coaliciones socialistas-burguesas en general, sino más bien por la de defender la república, que se consideraba estaba en peligro a consecuencia del caso Dreyfus. Millerand mismo, sin duda, favorecía la participación en un ministerio radical buscando las reformas sociales que esperaba obtener así; pero sólo muy pocos más eran de esta opinión. Jaurès, aunque empezó defendiendo a Millerand, basó su defensa en la necesidad de que los socialistas se pusiesen al lado de la república en, su hora de peligro; y al avanzar la discusión, él, en efecto, lanzó a Millerand por la borda, aunque seguía defendiendo la participación en defensa de la república. Al seguir esta conducta tenía un argumento muy fuerte encontra de los guesdistas, que tomaron la extraña actitud de que el asunto Dreyfus no afectaba a los socialistas, y que realmente no importaba de qué clase fuese el régimen no socialista con que tuviesen que tratar. Sin embargo, hubiese sido posible acudir a la defensa de la república apoyando al gobierno radical desde fuera, sin formar parte de él. En realidad, esto es lo que efectivamente hicieron los partidarios de Jaurès y Brousse. Sin embargo, el congreso socialista nunca llegó a examinar la cuestión de la línea correcta a seguir. La discusión que en él tuvo lugar trató únicamente del problema de la participación en un ministerio burgués.

En este punto podía condenar a Millerand sin temor a producir una división en sus filas. Pero no podía llegar al extremo de condenar la colaboración en todas sus formas. Tal condenación hubiese hecho imposible establecer en Francia un partido unido y probablemente hubiese causado muchas perturbaciones en otros países, por ejemplo, en Bélgica y en la Gran Bretaña. Era preciso dejar la puerta abierta a una posible colaboración durante una grave emergencia, y no solamente a la posible ayuda en favor de un gobierno burgués desde fuera. Pero, a fin de atraerse la masa central de opinión, era necesario dejar la puerta que conducía a la participación de hecho lo menos entreabierta posible, estableciendo condiciones rigurosas; y a fin de no ampliar los puntos en disputa fue conveniente no decir absolutamente nada acerca de la conveniencia de una política de ayuda sin colaboración. Es difícil suponer que alguien creyera que las condiciones bajo las cuales se permitía a un socialista en una emergencia llegar a ser miembro de un gobierno burgués pudiesen llevarse a la práctica al pie de la letra: porque chocaban con los métodos establecidos del gobierno del gabinete y habrían colocado a cualquier ministro socialista en una posición completamente imposible en relación con sus colegas. Ni podían los delegados haber

pensado que sería fácil interpretar la cláusula incluida a petición insistente de Plekhanov, exigiendo a todo ministro socialista que dimitiese si el gobierno no se mostraba imparcial con respecto a los conflictos sociales, porque ¿quién habría de decidir si había sido imparcial o no? Estas condiciones no se habían incluido con la intención de aplicarlas en la práctica: estaban destinadas a expresar la oposición a los colaboracionistas hasta donde la Internacional podía hacerlo sin peligro grave de una división. La mayoría del partido alemán, que era el que más pesaba en el congreso, era decididamente anticolaboracionista, pero la necesidad de la unión tuvo para él más importancia que la franca expresión de sus opiniones.

Habiendo despachado el asunto Millerand, el Congreso de París trató de la cuestión del imperialismo colonial. La proposición, defendida por el holandés van Kol, obligaba a la Internacional no sólo a luchar por todos los medios posibles contra la política de expansión colonial de las potencias capitalistas, sino también a estimular la formación de partidos socialistas en los países coloniales y semicoloniales y a colaborar con esos partidos lo más posible. Es interesante advertir que esta propuesta claramente antiimperialista fue aprobada por unanimidad. Los delegados ingleses, tanto los de la S.D.F. como los del I.L.P., aprovecharon la ocasión para censurar el imperialismo "inglés tal como se había mostrado en la guerra de África del Sur. Pocos años más tarde, el colonialismo habría de encontrar defensores en las filas de los social-demócratas alemanes,[1] los belgas estarían profundamente divididos acerca de la cuestión de aceptar responsabilidad por el Estado libre del Congo,[2] los holandeses estarían en desacuerdo con respecto a las Indias Orientales, y estos conflictos de opinión hallarían ecos en los debates de la Internacional. Pero, en 1900, estos desacuerdos no habían pasado al primer plano por la creciente rivalidad imperialista de las principales potencias, y todavía era posible para les socialistas unirse casi unánimemente en una sincera denuncia del colonialismo.

A continuación, en París, tuvo lugar el debate acerca del militarismo, siendo Rosa Luxemburgo la ponente. La delegación de Galitzia, dirigida por Daszynski, una vez más discutió el derecho de Rosa Luxemburgo para representar a Polonia; pero el congreso aprobó su credencial. El discurso de Rosa Luxemburgo fue notable, sobre todo por la importancia puesta en la probabilidad de que la crisis final de la sociedad capitalista fuese precipitada, no por un derrumbamiento económico, sino por las rivalidades imperialistas de las grandes potencias. Hablando en un momento en que, en un sentido puramente económico, el capitalismo estaba haciendo avances muy rápidos, sobre todo en

1 Véase p. 79.

2 Véase capítulo xvi,

Alemania y en los Estados Unidos, era evidente que ella no esperaba que aquél, pronto habría de morir a consecuencia de un derrumbamiento interno o de la "miseria creciente" del proletariado de las naciones capitalista más adelantadas. En realidad, dijo que el gobierno capitalista "quizás durase largo tiempo", pero que más pronto o más tarde les llegaría su hora, probablemente como resultado de una guerra entre los grandes Estados explotadores, y que era esencial que los trabajadores se preparasen para ese momento decisivo desarrollando constantemente una acción internacional. De acuerdo con esto, la propuesta pedía a los partidos socialistas que emprendiesen unidos una lucha contra el militarismo y el colonialismo, incluyendo entre los métodos propuestos, primero la organización y educación de la juventud de todos los países para continuar la lucha de clases; segundo, que en el parlamento de cada país los socialistas votasen en contra de todos los presupuestos militares o navales y contra cualquier forma de gastos en aventuras coloniales; y, tercero, la organización de protestas y manifestaciones simultáneas contra el militarismo en todos los países, siempre que amenazasen una crisis internacional.

También esta propuesta fue aprobada por unanimidad: hasta este extremo no comprendía la mayoría de los socialistas que pronto iban a enfrentarse con un tremendo conflicto entre las exigencias de la solidaridad nacional y de la internacional. Los delegados en París aún trataban de conjurar con nobles sentimientos una amenaza que todavía no había llegado a ser bastante inminente para obligarles a descubrir cuál era la lealtad que había de prevalecer. A continuación aprobaron la propuesta denunciando la Conferencia de la Paz de La Haya de 1898 como un descarado engaño, basándose en que había estado formada por representantes de los mismos gobiernos que buscaban abiertamente fines imperialistas, y que no tenía sentido que los explotadores capitalistas y militaristas hablasen de desarme, de arbitraje y de humanizar las leyes de la guerra.

En la última sesión, el Congreso de París inició el debate acerca de la huelga general en contra de la guerra, que tanto había de ocupar la atención en adelante. La discusión que tuvo lugar en París fue breve, por falta de tiempo; pero dio la oportunidad a Briand, entonces en la extrema izquierda, de pronunciar un fogoso discurso en favor de la huelga general, y a Legien, por su parte, la de afirmar enérgicamente la oposición de los sindicatos obreros alemanes y de predecir un fracaso seguro de ese intento, si es que alguna vez se realizaba. Briand habló en favor de la huelga general en aquella ocasión no sólo como medio de evitar la guerra, sino como el comienzo de una revolución que en todas partes permitiría al proletariado apoderarse de los medios de producción y establecer una nueva sociedad basada en la apropiación perma-

nente de aquéllos. El ala izquierda de los franceses, de los italianos y de los españoles y los social-revolucionarios rusos lo apoyaron; pero la gran mayoría prefirió aplazar toda esta cuestión para discutirla de manera más completa dentro de cada partido nacional antes de llegar a una decisión colectiva.

Otro acuerdo importante del Congreso de París fue el que condujo a establecer el año siguiente una Oficina Socialista Internacional con sede en Bruselas, siendo su primer secretario el belga Víctor Serwy. La Oficina habría de tener dos órganos principales: un Comité Internacional compuesto de representantes nombrados por las secciones nacionales, y también una Comisión Interparlamentaria que coordinase la acción entre los grupos parlamentarios nacionales. Incluiría una secretaría, elegida por el Comité Internacional, la cual actuaría de congreso a congreso llevando la voz de la Internacional, y haría lo que fuese necesario con respecto a los acuerdos tomados en los congresos. Sin embargo, no tenía poderes para ordenar a los partidos nacionales que emprendiesen una acción determinada; en realidad esto hubiese sido imposible, ya que el congreso mismo no tenía autoridad para ejercer coacción sobre ellos y sólo podía tratar de persuadirlos para que cumpliesen sus acuerdos. No obstante, fue un resultado de importancia considerable v, hasta donde era posible, un intento efectivo de poner a las secciones nacionales en contacto más estrecho y más continuo. En adelante la Oficina Internacional Socialista desempeñó un papel importante para influir en la política socialista durante las diferentes crisis que se produjeron hasta 1914, pero un contacto más estrecho no podía hacer desaparecer las diferencias fundamentales de actitud y de política, y el temor de hacer algo que pudiera provocar una división siempre estuvo presente para limitar una acción efectiva dentro de los términos de las transacciones acordadas. La Comisión Interparlamentaria fue aún menos eficaz, porque en cada país el partido organizado consideraba que tenía la última palabra para decidir la política a seguir y no al grupo parlamentario, y cada grupo tendía a ser influido, incluso con más fuerza que el partido en su conjunto, por consideraciones tácticas que variaban mucho de un país a otro.

De este modo, aparte de haber establecido la Oficina Socialista Internacional y de la transacción cerca de la "colaboración", el Congreso de París fue notable sobre todo por haber aprobado una serie de propuestas que le hicieron aparecer mucho más combativo de lo que realmente fue. Cuando se consiguió que triunfase la propuesta de Kautsky, los delegados pudieron pensar acerca de la cuestión colonial y del militarismo, y tuvieron que detenerse sólo cuando se enfrentaron con el problema práctico de autorizar la huelga general como arma revolucionaria. Los problemas principales planteados por los revisionistas

alemanes todavía no estaban maduros para una discusión internacional: aún eran principalmente asunto interno entre los alemanes. Habrían de pasar al primer plano sólo en el congreso siguiente, que tuvo lugar en Amsterdam en 1904.

## (II) 1904 — AMSTERDAM

Cuando el siguiente Congreso Internacional Socialista se reunió en Amsterdam en 1904, el revisionismo había reemplazado al colaboracionismo como problema principal. Desde la publicación de los primeros artículos de Bernstein hasta el Congreso de Dresde del Partido Social-Demócrata de 1903 ardió la lucha, mezclándose con las discusiones a que dio lugar el *affaire Millerand,* pero teniendo más importancia que éste para los alemanes. Después de la moderada censura acerca de la 'actuación de Bernstein aprobada en el Congreso de Hannóver de 1899,[8] vino la condenación algo menos vaga de ella por el Congreso de Lübeck de 1901, incorporada en una propuesta que cuidadosamente evitaba pronunciarse acerca de las conclusiones de Bernstein, aunque censuraba los métodos de éste. Sólo en Dresde, el año 1903, fue el revisionismo al fin condenado expresamente por el partido alemán, e incluso entonces lo hizo en una propuesta aprobada por enorme mayoría, de la cual participaban casi todos los jefes revisionistas. Cuando llegó el momento de voltear las cartas, hombres como Ignaz Auer, Wolfgang Heine y Hermann Südekum, que se habían destacado entre los revisionistas, votaron entre los 288 que apoyaron la propuesta oficial; y sólo un pequeño grupo de 11 votó en contra. Así de poderoso era el llamamiento a la unidad, a la aceptación por las minorías de las decisiones de la mayoría, siempre que la mayoría estuviese dispuesta a no expulsar a la minoría o a hacer imposible que continuasen dentro del partido. En Dresde el voto fue público, dando cada delegado su nombre al votar. Esto se hizo a fin de dar a este acuerdo el carácter de una declaración solemne, que comprometiese al partido en su totalidad de acuerdo con el llamado de sus jefes.

El acuerdo de Dresde, que pronto había de ser muy conocido fuera de Alemania, después de haber sido aprobado por los guesdistas franceses y trasladado por ellos a la Internacional a fin de que fuese aprobado como principio básico de la acción socialista, fue cuidadosamente redactado en términos que, si bien condenaban claramente el revisionismo, dejaban la puerta abierta para que los revisionistas permaneciesen dentro del partido. Los intentos de Rosa Luxemburgo y del ala izquierda, iniciados en 1899 y continuados a lo largo de toda la controversia, para que fuesen expulsados los revisionistas y los reformistas, no tuvieron éxito. Bebel estuvo siempre dispuesto a hacer discursos fogosos

[8] Véase p. 260.

y elocuentes contra el ala derecha y a proclamar que el Partido Social-Demócrata alemán se mantenía firme en su fe revolucionaria. Citaba las enérgicas expresiones del jefe recientemente fallecido, Wilhelm Liebknecht, tomadas de su famoso panfleto *;Nada de transigencia!,* y declaraba que cualquier concesión hecha a los revisionistas sería fatal para el porvenir del socialismo. En realidad, tenía que dar la impresión a su auditorio de hombre muy revolucionario, a fin de aislar tanto a la extrema izquierda como a la derecha, y evitar que Rosa Luxemburgo y su grupo dividiesen el partido. Sus discursos indicaban que, si se produjese una división, sólo un grupo muy pequeño de la extrema izquierda se marcharía, y que la gran mayoría de los miembros del partido pensarían que no había razón para hacerlo. Él sabía que el ala derecha no se separaría; y se propuso hacer imposible que lo hiciese el ala izquierda, sin perder la mayor parte de su influjo. En 1903 Bebel alcanzó el máximo de su reputación como marxista y como revolucionario, de tal modo que llegó al congreso de la Internacional celebrado en Amsterdam el año siguiente cubriendo su frente con los laureles de Dresde y pudo repetir allí su triunfo.

No quiero hacer pensar que al seguir esta conducta Bebel no fuese completamente honesto, ni tampoco Kautsky. Los dos reprobaron con toda sinceridad la actitud de Bernstein y también muy sinceramente se opusieron a las tendencias reformistas dentro del Partido Social-Demócrata alemán. Bebel creía honradamente que la política acertada para el partido era rechazar toda clase de transacción con el régimen alemán establecido y toda coalición con los radicales burgueses, a fin de ir formando en la oposición una indudable mayoría de electores social-demócratas, y, en el Rcichsta", una fuerza suficiente para hacer imposible que continuase el irresponsable gobierno imperial. Creía con toda honradez que éste era el camino para hacer la revolución alemana, enfrentando al Kaiser y a las clases gobernantes con una masa de oposición socialista decididamente demasiado fuerte para resistirla excepto recurriendo a la mera fuerza. No dio muestras de saber lo que ocurriría una vez realizado esto. Si el Kaiser y las clases gobernantes decidían luchar, los socialistas tendrían que responder luchando; pero creo que él claramente alimentaba la esperanza de que, cuando llegase el momento, no se atreverían a recurrir a la fuerza, y permitirían que la revolución se consumase por medios constitucionales o al menos no violentos. En uno o en otro caso, no consideraba incompatible en modo alguno llamarse revolucionario y concentrar toda la energía del partido en la lucha para lograr una mayoría por medios parlamentarios; y ésta era la política que invocaba a fin de derrotar tanto a Bernstein como a Rosa Luxemburgo y para reunir tras de sí a la masa principal del partido en nombre del marxismo y de la revolución.

La propuesta aprobada en el congreso de Dresde empezaba con una condenación expresa de toda la posición revisionista.

> El congreso condena de la manera más decisiva el intento revisionista de alterar nuestra táctica, puesta a prueba dos veces y victoriosa, basada en la lucha de clases. Los revisionistas desean que la conquista del poder político, sobreponiéndonos a nuestros enemigos, sea sustituida por una política que se enfrente a medias con el orden actual. La consecuencia de esta táctica revisionista sería la transformación de nuestro partido. Ahora trabaja por una rápida conversión del orden burgués existente de la sociedad en un orden socialista; en otros términos, es un partido verdaderamente revolucionario en el mejor sentido de la palabra. Si se adoptase la política revisionista se convertiría en un partido que se conformaría con sólo reformar la sociedad burguesa.
>
> Además, el congreso de nuestro partido condena cualquier tentativa de no tener en cuenta los conflictos de clase existentes y siempre en aumento, con el propósito de convertir a nuestro partido en un satélite de los partidos burgueses.

Esto parecía un lenguaje muy claro, lo bastante claro para hacer muy difícil que los revisionistas votasen su propia condena. Lo que posibilitó que ellos hiciesen esto, aunque fuesen condenados, fue que no se les excluyó, ni siquiera se les obligó a guardar silencio; de tal modo que podían repetir el intento, sí no con la bandera del revisionismo, en todo caso presentando la mayoría de sus ideas y propuestas sin emplear este nombre, el cual, realmente, muchos de los reformistas nunca habían usado. Auer y Südekum y los demás que votaron en favor del acuerdo de Dresde podían decir que ellos nunca se habían llamado "revisionistas", debiéndose el nombre no a ellos mismos. El reformismo, como diferente del revisionismo, había sido sin duda implícitamente condenado; pero no había sido prohibido explícitamente, y había quedado muy en claro que Bebel no había querido expulsar a sus representantes del partido, si estaban dispuestos a adaptar su conducta a la decisión de la mayoría. La única amenaza manifestada por Bebel fue su insistencia en que el grupo del partido en el Rcichstag tenía que aceptar las instrucciones del congreso y renunciar a la pretensión de seguir una línea propia contra la voluntad explícita del congreso. Dijo a Wolfgang Heine, representante del ala derecha, que sería expulsado a menos que estuviese dispuesto a no salirse de filas en este respecto. Pero estaba bien seguro de que el ala derecha, bastante numerosa, de diputados del Reichstag no se atrevería a desafiar la disciplina del partido, pues darían por seguro que, si lo hacían, la máqui-

na del partido pronto trataría de que la mayoría de ellos perdiesen sus puestos. La única esperanza que les quedó a los "reformistas" después de 1903, fue la de evitar el empleo de la palabra "revisionista" y continuar trabajando tranquilamente dentro del partido sobre puntos especiales que fuesen surgiendo, con la esperanza bien fundada de que pronto el partido asentiría en detalle a buena parte de lo que había rechazado cuando fue presentado en conjunto y considerado como doctrinalmente heterodoxo. El ala derecha, tanto como Bebcl y Kautsky, vio la necesidad de unidad; y también vio, más claramente que Bebel o Kautsky, que a la larga la unidad significaría moderación, y significaría aplazar para un futuro impreciso todo lo que fuese realmente revolucionario.

Así pues, Bebel y Kautsky llegaron al Congreso Socialista de Amsterdam de 1904 con la reputación de haber salvado gloriosamente del peligro revisionista a la social-democracia alemana, y de tenerla tras de ellos como representante de una política revolucionaria dirigida contra toda clase de colaboracionismo y de transacción reformista. Sin embargo, llegaron tan decididos a no dividir la Internacional, como lo habían estado para no dividir su propio partido, y no tan seguros de poder convencer a sus camaradas de la Internacional que eran de opiniones más o menos reformistas de votar en contra de sí mismos en nombre de la unidad. No obstante, esto era lo que ellos querían conseguir en la medida en que fuese posible sin arriesgarse a una división; pero se daban cuenta de que no sería fácil apaciguar las pasiones despertadas por el *affaire Millerand,* y de que no habría pocos delegados de Francia y de otros países fácilmente satisfechos con una transacción que permitiese a sus contrarios practicar el reformismo bajo la égida de la Internacional. En realidad, Bebel tendría que tratar de conseguir en Amsterdam dos objetivos casi incompatibles: lograr que el Congreso Socialista reafirmase su fe revolucionaria, y al mismo tiempo persuadir a las facciones en lucha, sobre todo en Francia, para que se fusionasen en partidos nacionales unificados lo bastante amplios para incluirlos a todos. Tenían de algún modo que reconciliar a Cuesde y Jaurés, y, al mismo tiempo convencer a todos los socialistas del mundo o casi todos de que tomasen como modelo al Partido Social-Demócrata alemán: su doctrina, su política y todo lo demás.

En la práctica, esta tarea no era tan difícil como parecía. En todo caso en la Internacional había dos partidos de gran prestigio, de los cuales podía esperarse que se opusiesen enérgicamente a una división, y a la vez que estuviesen dispuestos a hacer mucho para que se aprobase la actitud alemana. Éstos eran los partidos austríaco y belga, dirigidos respectivamente por Víctor Adler y Émile Vandcrvelde, que ya eran los dos figuras sobresalientes de la Internacional. De estos dos,

probablemente era Vendervelde el que más simpatía sentiría por los reformistas, no sólo porque su temperamento le inclinase hacia ese lado, sino también porque la situación del partido belga, especialmente en 1904, cuando acababa de salir de una derrota en una huelga general declarada para seguir la reforma electoral,[4] le haría pensar seriamente en las posibilidades de una colaboración electoral, si no verdadera coalición, con los liberales. En Austria, esta cuestión en modo alguno se planteó de la misma manera;[5] pero Adler era por naturaleza conciliador, y seguramente pondría la exigencia de la unidad por encima de las afirmaciones de fe revolucionaria, a costa de provocar una división. De las demás delegaciones importantes, la inglesa y la francesa seguramente se dividirían: siempre lo estaban. Los social-demócratas españoles probablemente seguirían a los alemanes y con la misma probabilidad en este caso Plekhanov v los rusos. El peligro estaba en que algunos de los partidos menores estuvieran demasiado decididos a afirmar su fe revolucionaria para saber dónde deberían detenerse, y no hiciese en ellos impresión el peligro de que su intransigencia produjese una división. Sería necesario tratarlos con mucho tacto y permitirles el goce de toda la fraseología revolucionaria que pudiese tolerar el ala derecha.

Los delegados alemanes llegaron a Amsterdam con algo más que ofrecer al congreso que el acuerdo de Dresde como señal de su triunfo. En las elecciones para el Reichstag de 1903 había aumentado el número de sus votos del 18 al 24 % del total y sus representantes de 32 a 55. Por supuesto, a pesar de esto, les quedaba mucho camino que recorrer para llegar a la conquista constitucional del poder político; pero era muy alentador para los que creían que era ésta la mejor manera de actuar en favor del socialismo, y sin duda otras delegaciones quedarían impresionadas. Jaurés, sin embargo, que era el adversario más importante a que habían de enfrentarse en Amsterdam, se negó a bajar la cabeza y manifestar su admiración. Se daba cuenta de que su propia política no tenía probabilidades de ser aceptada por el congreso y de que la lucha principal se produciría entre los que deseaban imponer el acuerdo de Dresde y los que se limitaban a desear suavizarlo. Pero pensó que no había motivo para no exponer su pensamiento; y, aunque elogió la solidaridad de los socialistas alemanes y sus recientes triunfos electorales, les dijo claramente que no tenían una verdadera política y que, lejos de ser en realidad el partido socialista más poderoso del mundo, como ellos creían, era de los más impotentes. Les acusaba de impotencia, porque, poniendo sus esperanzas en una victoria futura, no hacían nada para mejorar las condiciones de vida actuales de los trabajadores alemanes o para disminuir su opresión dentro del sistema capi-

[4] Véase capítulo xvi.

[5] Véase capítulo XII.

talista. Les acusó de que en el cuerdo de Dresde habían ocultado con frases revolucionarias su incapacidad para la acción inmediata. Continuó atribuyendo su impotencia a la falta de toda tradición revolucionaria entre el proletariado alemán, recordando a los alemanes que ni siquiera habían conquistado el sufragio universal, como los franceses lo habían hecho y como otros pueblos estaban en camino de hacerlo, mediante una lucha incesante, sino que les había sido concedido desde arriba; e indicó que lo que había sido logrado sin lucha, podía quitárselo la misma mano que se lo había dado, como lo había probado la derogación sin resistencia en la Sajonia "roja" del voto popular. El revolucionismo de los alemanes, afirmó, era de frases, no de hechos, y a su inexistencia correspondía un fracaso igual para comprender las condiciones de una acción parlamentaria eficaz, en el sentido de que la obsesión por las frases revolucionarias impedía al partido alemán obtener ninguna verdadera mejora con su creciente fuerza parlamentaria. Los alemanes, argumentaba Jaurès, trataban con su acuerdo de Dresde de poner a todos los socialistas del mundo en la camisa de fuerza de una política que se contradecía, y que quitaba sentido hasta a su propia acción. Sostenía que las condiciones a que han de sujetarse la táctica y la política, tienen que ser muy diferentes entre países que en medida importante tienen ya instituciones democráticas como premio a luchas pasadas y países sujetos todavía a un gobierno autocrático. Decía que era completamente equivocado tratar a todos los partidos no socialistas del primer grupo de países como si constituyesen una única masa reaccionaria, cuando, en realidad, algunos de ellos estaban dispuestos a apoyar una parte considerable de las medidas que constituía el programa inmediato de los socialistas. Para Francia, con su gran tradición revolucionaria; para Bélgica, con sus problemas especiales de divisiones nacionales y religiosas; para la Gran Bretaña, con su larga tradición de gobierno parlamentario, Jaurès creía que era completamente inconveniente la fórmula del acuerdo de Dresde. No indicaba que lo que era adecuado para estos países lo fuese también para Alemania o para Rusia: afirmaba la necesidad de permitir a cada país que elaborase su estrategia y su táctica para adaptarlas a sus propias condiciones. Hacía un llamamiento a los alemanes, no para que hiciesen lo que él deseaba hicieran los franceses, pero sí para que mostrasen más combatividad en su acción y no sólo en sus palabras, y para que reconociesen que el mero hecho de conseguir una mayoría en el Reichstag (si alguna vez llegaban a tenerla) no bastaría para bacer de ellos dueños del Estado alemán. Los alemanes le habían acusado a él y a quienes con él estaban conformes de abandonar la lucha de clases: les devolvió la censura, comparando las realizaciones verdaderas que habían sido conseguidas en Francia, contribuyendo a la defensa de la república, con la incapacidad de los

alemanes para defender en Sajonia incluso lo que ya antes habían conquistado. Decía que en Francia las escuelas habían quedado libres de la intervención de la Iglesia y que el laicismo había sido establecido como base de la república; los "chauvinistas" y los colonialistas habían sido derrotados, y se había avanzado considerablemente en el camino de la paz; y se habrían logrado algunos progresos efectivos en la legislación social y obrera. Atacó enérgicamente a los guesdistas que se habían negado a hacer absolutamente nada en defensa de la república durante el asunto Dreyfus, y les acusaba de mantenerse en un blanquismo anticuado en lugar de ayudar en la lucha diaria de los trabajadores.

El discurso de Jaurès fue un magnífico *tour de force.* Fue contestado por Bebel, en un discurso que en modo alguno fue tan elocuente, pero que sí estuvo más en armonía con lo que la mayoría de los delegados deseaban oír. Bebel empezó por afirmar que el gobierno alemán era el peor de Europa (una expresión que pronto modificó, exceptuando a Turquía y a Rusia) y que los socialistas alemanes eran, por supuesto, republicanos, y envidiaban a Francia sus instituciones republicanas. Sin embargo, eran republicanos socialistas, y no estaban dispuestos a dar su vida por la república burguesa. Continuó refiriéndose a la historia lamentable de las repúblicas, tanto la de los Estados Unidos como la de Francia, empleando el poder del Estado para hacer fracasar las huelgas y para disparar contra los huelguistas. Dijo que de la república burguesa siempre se podía esperar que defendiese los intereses capitalistas. Y en cuanto a los beneficios inmediatos, afirmó que Francia estaba más atrasada que Alemania en la legislación social, y que tenía un sistema de impuestos más reaccionario. Negó que los alemanes hubiesen dejado de actuar en colaboración con los partidos burgueses cuando se trataba de votar una legislación de mejoras, y afirmó que esa legislación que había beneficiado a los trabajadores se debía únicamente a los socialistas, y que esas reformas habían sido excedidas por los temores que despertaba su fuerza creciente. Sostuvo que los socialistas alemanes no se oponían a votar en favor de buenas leyes, siempre que eran propuestas; a lo que se oponían era a aliarse con partidos no socialistas para algo más que estas meras votaciones. Bebel declaró que el acuerdo de Dresde daba una orientación acertada a los socialistas de todos los países y en toda clase de circunstancias, cualquiera que fuesen las diferencias locales, porque hacía resaltar el antagonismo fundamental entre el proletariado y el Estado capitalista. Por otra parte, la política de Jaurès corrompería al proletario y serla causa de confusión. Jaurès había sostenido que el acuerdo de Dresde era contradictorio, porque conducía a una política negativa y a un intento, llamado a fracasar, de combinar frases revolucionarias con métodos par-

laméntanos. Bebel negó esto: sostuvo que con aquel acuerdo se hizo precisamente lo que era necesario para sancionar actividades meramente paliativas a fin de subordinarlas a los objetivos revolucionarios. No trató de contestar, sino dándolo por entendido, lo dicho por Jaurès acerca del fracaso para evitar que en Sajonia se suprimiese el derecho al voto; pero de hecho se refirió a ello preguntando si Jaurès quería decir que los socialistas alemanes debían haber recurrido a la insurrección mientras todavía eran una minoría, y dijo que no podía imaginarse lo que Jaurès pensaba que ellos debían haber hecho para hacer sentir su fuerza de una manera más efectiva que en sus recientes victorias electorales. Dijo que los socialistas podían permitirse esperar hasta que hubiesen conseguido la conquista electoralmentc; e hizo resaltar, por su influencia en la posibilidad de conseguir una mayoría, el hecho de que no habían expulsado ni siquiera a una persona, ni a uno de los revisionistas extremos. Todo lo que habían hecho era insistir en que la minoría tenía que aceptar la disciplina de la mayoría. Querían unión, no expulsiones; pero la unión tiene que implicar disciplina en la acción, o de otro modo el programa del partido quedaría de hecho anulado.

Después de Bebel habló Víctor Adler, como ponente de una enmienda de transacción convenida con Vandervelde, y apoyada por la delegación austríaca y la belga. La enmienda de Adler y Vandervelde se diferenciaba del acuerdo de Dresde sobre todo en dos puntos: omitía el rechazo explícito del revisionismo en todas sus formas, y esto lo sustituía por una declaración positiva de la necesidad de mantener sin modificación la táctica presente basada en la lucha de clases y en la oposición a la burguesía, teniendo por objetivo la conquista del poder político; y en lugar de expresar una prohibición completa de la participación en el gobierno dentro de una "sociedad burguesa", se limitaba a reafirmar las advertencias contra los peligros de esa participación contenidas en la propuesta de Kautsky del año 1900. Adler, al defender la enmienda, hizo resaltar los peligros de tratar de imponer una disciplina internacional en los partidos de los diferentes países. Los movimientos nacionales, dijo, tienen ya bastante con disciplinarse a sí mismos.

En la votación hubo 21 votos en favor de la enmienda de Adler y Vandervelde y 21 en contra. Por consiguiente, la enmienda no llegó a ser aprobada. En la votación acerca del acuerdo de Dresde ligeramente modificado hubo 25 votos en favor y sólo 5 en contra, con 12 abstenciones. La votación fue, por supuesto, por países, teniendo cada país 2 votos. Sólo Australia dio dos votos en contra de la propuesta, Francia 1, Noruega 1 y otro Inglaterra. Las abstenciones incluían a los belgas, los suizos, los suecos, los daneses y los argentinos.

La votación de la enmienda (véase cuadro siguiente) da mejor idea de la verdadera división de opiniones.

VOTACIÓN DE LA ENMIENDA DE ADLER Y VANDERVELDE

| *En favor* | | *En contra* | |
|---|---|---|---|
| Argentina | 2 | Alemania | 2 |
| Australia | 2 | Bulgaria | 2 |
| Austria | 2 | España | 2 |
| Bélgica | 2 | Estados Unidos | 2 |
| Dinamarca | 2 | Hungría | 2 |
| Gran Bretaña | 2 | Italia | 2 |
| Holanda | 2 | Japón | 2 |
| Suecia | 2 | Rusia | 2 |
| Suiza | 2 | Otros * | 2 |
| Francia | 1 | Francia | 1 |
| Noruega | 1 | Noruega | 1 |
| Polonia | 1 | Polonia | 1 |

* Probablemente Serbia y Armenia, representada cada una por un solo delegado.

Antes de votar este asunto tan discutido el Congreso de Amsterdam había aprobado por unanimidad una propuesta declarando que era indispensable que en cada país hubiese sólo un partido socialista, "como hay un solo proletariado", y afirmando que era deber fundamental de los socialistas trabajar en favor de esta unión "basándose en los principios establecidos por los congresos de la Internacional y en los intereses del proletariado internacional". De este modo quedó en claro, antes de la votación, que no habría ninguna exclusión, de ningún modo, a menos que algún grupo se negase a aceptar la decisión del congreso acerca del acuerdo de Dresde. De hecho, las frases enérgicas empleadas en el acuerdo de Dresde no impidieron que los partidos franceses uniesen sus fuerzas el año siguiente bajo la jefatura de Jaurès, que era su principal opositor. Por el momento, el problema de la participación no se planteó. Cuando John Bums entró a formar parte del gobierno liberal inglés en 1905, no planteó ningún problema, porque él se había puesto fuera de la jurisdicción de la Internacional y de sus correligionarios ingleses. Las frases revolucionarias del acuerdo de Dresde y Amsterdam constaban en las actas; pero, aunque parezca extraño, fueron ineficaces para evitar una corriente continua en la dirección del reformismo tanto en Alemania como en otros países.

El Congreso de Amsterdam tenía que ocuparse de otros puntos importantes además de los planteados por la discusión acerca de los revisionistas y reformistas. Especialmente recibió de Henriette Roland-Holst, en representación de la delegación holandesa, un informe acerca de la huelga general como arma en la lucha del proletariado. Presentó con su informe una propuesta que abarcaba los puntos principales de éste. La propuesta sostenía que una huelga que realmente fuese completamente general sería impracticable, porque sería causa de que pasasen hambre los trabajadores lo mismo que todas las demás personas, y que las condiciones necesarias para el éxito de cualquier huelga muy extendida tienen que ser una organización fuerte y una disciplina voluntaria del proletariado. Seguía diciendo que un esfuerzo repentino de este tipo no podía tener por resultado la emancipación de la clase trabajadora; pero que una extensa huelga de las industrias claves podría resultar un procedimiento poderoso para producir cambios sociales muy importantes o de defensa contra ataques reaccionarios dirigidos contra los derechos de la clase trabajadora. A continuación la propuesta hacía una advertencia en contra de la propaganda anarquista en favor de la "huelga general", con su tendencia a distraer a los obreros de su verdadera e incesante lucha: es decir, de la acción política, de la sindical y la de las cooperativas. Hacía un llamamiento a los trabajadores para que desarrollasen sus organizaciones de clase, y reforzasen su unidad, porque de estas condiciones dependía el éxito de la lucha política, si algún día se pensase que esto era necesario y ventajoso.

El debate que siguió al discurso de Henriette Roland-Holst se produjo más bien entre los franceses, con dos contribuciones contradictorias de los alemanes. El Dr. Freideberg, de Berlín, en representación de la minoría sindical alemana, pocas veces bien definida, defendió una propuesta lamentando la importancia indebida que se daba a la acción parlamentaria y afirmando la primacía de la acción sindical directa en el campo obrero, sobre todo teniendo en cuenta su efecto en la psicología de la clase trabajadora. Censuraba la propuesta holandesa, porque tendía a aumentar la separación entre socialistas y anarquistas, y pedía que se abandonasen los métodos parlamentarios y que se concentrase el esfuerzo en "la elevación intelectual y moral del proletariado y en la lucha económica". Esta propuesta, defendida en nombre de la "Federación Libre de Sindicatos Obreros Alemanes" no tuvo apoyo. Contestó Robert Schmidt, también de Berlín, que dijo que la propuesta era una "pompa de jabón" y, si bien afirmó que los sindicatos obreros alemanes habían conseguido muchas concesiones útiles, dijo que se oponían a ser arrastrados mediante la huelga general hacia la política, "que no es lo propio de ellos". Dijo que durante algún tiempo sólo un pequeño grupo había defendido en Alemania la huelga gene-

ral. Freideberg sólo podía hablar en nombre de esa insignificante minoría.

Entre los franceses Jean Allemane, Albert Wilson, Adrien Meslier y Aristide Briand defendieron contrapropuestas en favor de la huelga general o por lo menos pidiendo que se hiciese una investigación más completa acerca de sus posibilidades. Ustinov, en representación de los Social-Revolucionarios rusos, habló en el mismo sentido, y calificó al informe alemán de "utópico e ilusorio" por oponerse al empleo de la fuerza. W. H. Vliegen, de Holanda, apoyó la propuesta holandesa, haciendo la observación de que todos los oradores favorables a la huelga general parecían desdeñar la acción parlamentaria, y que sus defensores se encontraban en los países en que las organizaciones obreras eran débiles, y no en donde existía un fuerte movimiento sindical obrero. Briand, en un elaborado discurso, se limitó a pedir una nueva investigación; preguntó qué otra arma que no fuese la huelga general proponían los socialistas que se emplease, si los gobiernos reaccionarios trataban de privarles del voto o prohibir sus organizaciones, y les pidió que no se apartasen del sentimiento de la clase obrera renunciando a un arma en favor de la cual existía un fuerte apoyo psicológico. Heinrich Beer, de Austria, hizo resaltar la necesidad de oponerse a la idea anarquista de la huelga general, sin descartarla como arma política, y la necesidad de una organización fuerte y de una preparación cuidadosa para su empleo político, y sostuvo que no era necesario hacer nuevas investigaciones. Cuando llegó el momento de votar, la propuesta francesa principal fue rechazada por 34 votos con 8 en su favor, y la propuesta holandesa fue aprobada por 36 votos con 4 en contra y 3 abstenciones.

De lo demás que se habló en Amsterdam no es necesario decir mucho. Molkenbuhr, el socialista alemán experto en servicios sociales y legislación obrera, presentó un informe que contenía demandas en favor del seguro contra el paro, la enfermedad, los accidentes de trabajo, la vejez, etc. El informe pedía que estos servicios se pagasen mediante contribuciones impuestas sobre los grandes ingresos y sobre la herencia, y que su administración debía confiarse a organizaciones que representaran al asegurado. James Sexton, representante de los obreros del puerto de Liverpool, trató, en vano, de que fuera aceptada una enmienda excluyendo las aportaciones de los obreros. Vliegen, de Holanda, acusó a Molkenbuhr de haber dedicado la mayor parte de su informe a elogiar el sistema alemán, el cual fuera de Alemania era bien acogido sobre todo por antisocialistas. Pero todas las enmiendas presentadas fueron rechazadas, y el informe fue aprobado, votando en contra de él los ingleses, los norteamericanos, los españoles y uno de los grupos franceses.

Hubo también una discusión sobre colonización e imperialismo. Van Kol, de Holanda, defendió una extensa propuesta requiriendo al congreso para que sin atenuaciones se opusiese a toda clase de medidas imperialistas o coloniales, y a todos los gastos que éstas requieren. A continuación se declaraba en contra de todas las concesiones o monopolios en los territorios coloniales, censuraba la opresión sufrida por los pueblos sometidos, aconsejando medidas para mejorar la condición de esos pueblos mediante obras públicas, servicios de salubridad y escuelas libres de la influencia de los misioneros. Pedía con ellas "la mayor cantidad posible de libertad y de autonomía compatible con el estado de desarrollo de los pueblos respectivos, aspirando como fin último a la emancipación completa". Por último, pedía también que el parlamento fiscalizara la explotación de los territorios sometidos. Esta propuesta fue aprobada por unanimidad, y a propuesta del italiano Rossi, el congreso decidió establecer una oficina de colonias en relación con la Oficina Socialista Internacional de Bruselas.

Entre las personas presentes en el congreso de Amsterdam estaba el dirigente indio Dadhabhai Naroije, uno de los fundadores y presidente del Congreso Nacional Indio, que fue invitado a hablar después de que S. G. Hobson, representante de la Sociedad Fabiana, había defendido una propuesta acusando enérgicamente el saqueo que los ingleses hacían de la India como causa principal de las grandes crisis de hambre que sufría este país, y haciendo un llamamiento a los trabajadores ingleses, insistiendo en que el pueblo indio tuviese un gobierno autónomo bajo la soberanía inglesa. Dadhabhai Naroije confirmó todo lo que Hobson había dicho y acusó a la Gran Bretaña de faltar a su promesa de que trataría a los indios como compatriotas, y de agobiarlos con una multitud de funcionarios y con impuestos intolerables sobre sus recursos naturales. Pidió a los delegados que expresasen su simpatía por el pueblo indio en su lucha por la libertad. La propuesta de Hobson fue aprobada con entusiasmo, y el presidente Van Kol hizo resaltar que la política inglesa imperialista había sido condenada por la Internacional de manera inequívoca.

El único incidente del congreso que resta, digno de mencionarse se relaciona con la guerra que hacía poco había estallado entre Rusia y el Japón. Sen Katayama, que estaba presente como delegado japonés, apareció en la plataforma con Plekhanov, y los dos se dieron solemnemente la mano a fin de afirmar la solidaridad de sus respectivas clases obreras contra los gobiernos autocráticos de los dos imperios.

El Congreso de Amsterdam con frecuencia ha sido considerado como el momento en que llegó a nivel más alto la Segunda Internacional, teniendo en cuenta tanto el haber condenado el revisionismo como el impulso dado hacia la unificación socialista dentro de cada país. Sin

embargo, estos dos acuerdos muy elogiados eran en realidad completamente contradictorios. La insistencia en la unidad dentro de cada país significaba, como hemos visto, que ninguna masa importante de opinión socialista podía ser expulsada o excluida, aunque los anarquistas puros podían ser excluidos, porque no pertenecían a ningún partido político. Pero era imposible obligar al silencio a los revisionistas y reformistas al mismo tiempo que se les mantenía dentro de los partidos nacionales; y, por consiguiente, el acuerdo de Dresde no podía tener más valor que el de una declaración y no podía ser implantado. Lo que el Congreso de Amsterdam produjo fue más unidad, pero no más disciplina. Los partidos franceses se unieron en 1905, y se mantuvieron juntos con Jaurès como jefe y Guesde, el defensor del acuerdo de Dresde, como un lugarteniente descontento. Los ingleses, con sus numerosas organizaciones separadas, formaron una sola sección inglesa de la Internacional, que consiguió actuar unida sin demasiados rozamientos. Es verdad que los búlgaros se resistieron mucho a la unificación, y lo mismo hicieron los rusos, excepto en pequeña medida durante la revolución de 1905 a 1906. Pero, en general, la política de unidad socialista hizo progresos, a expensas no de los reformistas, sino de los que se llamaban revolucionarios, que pronto habían de dividirse en facciones rivales de la izquierda y el centro, apoyándose cada vez más los antiguos revolucionarios en la derecha.

### (III) 1907 — STUTTGART

Tres años pasaron entre el congreso de la Internacional celebrado en Amsterdam y el congreso siguiente que tuvo lugar en Stuttgart en 1907. Entre las dos reuniones había estallado la primera revolución rusa y había terminado por ser derrotada, y la enorme excitación que produjo tuvo tiempo para ir desapareciendo. Los acontecimientos de Rusia habían dado nueva actualidad a las discusiones referentes a la huelga general; porque las huelgas de grandes masas habían desempeñado papel principal en el movimiento revolucionario ruso y habían motivado, especialmente en Alemania, peticiones urgentes de la izquierda para que se estudiase el empleo de la huelga general como arma política, o incluso como primera fase de una revolución alemana. En esta campaña había desempeñado papel muy prominente Rosa Luxemburgo, en su doble capacidad de activa dirigente de la izquierda alemana y de los social-demócratas polacos que eran aliados del bolchevismo ruso;[6] y ya en 1907 la desintegración de la mayoría antirreformista de Amsterdam había comenzado como consecuencia de la actitud de precaución cada vez más acentuada que tomaron los sindicatos obreros alemanes. En

[6] Véase pp. 454 ss.

Francia, Jaurès había fortalecido su posición como jefe del Partido Socialista Unificado, y los sindicatos obreros, dirigidos por Victor Griffuelhes, habían entrado ya en su gran período de acción militante obrera. En la Gran Bretaña el comité de representación obrera (Labour Representation Committee), antes sin importancia, había surgido con su nuevo nombre de Partido Laborista como fuerza electoral considerable, con 30 representantes en el parlamento, de tal modo que por primera vez los ingleses tuvieron un importante partido obrero, aunque no con bases completamente socialistas. En 1907 los austríacos consiguieron gran ampliación del derecho al voto, que les permitió enviar 87 delegados al Reichstag. En contraste con esto los social-demócratas alemanes, en lugar de prolongar su triunfo electoral de 1903 con un avance hacia su objetivo de tener mayoría en el Reichstag habían sufrido en 1906 un grave retroceso en el número de representantes, aunque no en el de votos, como consecuencia de la defección de partidarios pertenecientes a la clase media, cuando von Bülow les hizo aparecer como enemigos de la emancipación nacional en relación con la crisis internacional de 1905-6.

Realmente, desde el momento de la crisis de Marruecos, que fue arreglada a medias por el Tratado de Algeciras de 1906, el ambiente internacional de Europa había llegado a ser mucho más amenazador, y en Stuttgart los asuntos de la Segunda Internacional empezaron a estar dominados por la amenaza de guerra entre las grandes potencias europeas, y especialmente entre la Gran Bretaña y Alemania, los dos rivales imperialistas principales. Por el momento Rusia estaba fuera de acción a consecuencia de su derrota a manos del Japón y por la dislocación causada por la revolución; pero Francia, y en menos proporción la Gran Bretaña, acudieron a ayudar al zarismo con dinero para el programa de desarrollo económico de Stolypin, y ya se anunciaba que se enfrentarían las fuerzas de la Triple Alianza con las de la Triple Entente, como habría de suceder en 1914. En estas circunstancias, el Congreso de Stuttgart se ocupó ya menos que sus predecesores de diferencias teóricas doctrinales y más de la cuestión práctica de la acción socialista para evitar la guerra, o para hacer frente a la muy difícil situación en que se verían los partidos que lo componían en el caso de que estallase la guerra a pesar de sus esfuerzos. Por supuesto, esta cuestión no podía separarse de la discusión doctrinal; porque estaban estrechamente relacionados los problemas de guerra y paz, de nacionalismo e internacionalismo y de reformismo y revolución. Pero ante el peligro de la guerra todos ellos tenían que ser considerados desde un nuevo punto de vista. Ya no se trataba principalmente de examinar los méritos respectivos de las teorías de Bernstein y de Kaustsky, o de la acción sindical o parlamentaria como medio de realizar cada día la

lucha de clases, o de obtener mejoras parciales. Era ya claro que el socialismo internacional podía ser llamado en cualquier momento a hacer frente a una gran crisis inmediata, y que las discusiones acerca del revisionismo y del reformismo le habían dejado desprovisto de una política clara que guiase su conducta en una situación semejante.

La orden del día del Congreso de Stuttgart indicaba claramente el cambio en la situación a que tenían que enfrentarse los socialistas. Se tenía la intención de que se ocupara ampliamente de los problemas referentes a las debidas relaciones entre los partidos socialistas y los sindicatos obreros; pero, llegado el momento, este punto, aunque fue discutido, quedó relegado como secundario, y las discusiones principales trataron de los problemas referentes al colonialismo y a la guerra. Los socialistas tenían que decidir si su hostilidad manifiesta a los Estados capitalistas era hasta tal punto profunda que les relevase de todas sus obligaciones de defender sus territorios nacionales, si éstos fuesen atacados, o si reconocían una obligación de defensa nacional que estaba por encima de su oposición a los gobiernos bajo los cuales tendría en la práctica que ser conducida a aquélla. Tenían que decidir si estaban dispuestos a cooperar con los pacifistas burgueses en sus intentos para evitar la guerra, si apoyarían los proyectos burgueses de arbitraje internacional y de convenios para reducir los armamentos; y si estarían dispuestos a señalar grados de culpa a las potencias rivales imperialistas en el caso de que amenazase o estallase un conflicto. Tenían que pensar si distinguirían entre guerras ofensivas y guerras defensivas, y si considerarían el comienzo de una gran guerra como señal para una revolución proletaria internacional o para suspender la lucha interna dentro de cada nación. También tenían que decidir si realmente reprobaban el "colonialismo" en todas sus formas, o si estaban dispuestos a permitir o incluso a apoyar las reclamaciones de las potencias que no tenían colonias en favor de participar en las ganancias o ventajas de la expansión colonial.

Tuvo alguna importancia el hecho de que el Congreso de Stuttgart se reuniese en territorio alemán. En todos los casos anteriores se había pensado que Alemania no era lugar adecuado para una reunión socialista internacional a causa de las facultades policiacas del Estado alemán, y del peligro de que los delegados fuesen arrestados y acaso entregados a sus propios gobiernos, y que los debates fuesen suspendidos por una orden de las autoridades, si los delegados menos transigentes manifestaban su opinión con toda libertad. Pero en 1907 los alemanes estaban preparados para arriesgarse a celebrar una asamblea, no ciertamente en Prusia, pero sí en la atmósfera menos antiliberal de Württemberg; y la Oficina Socialista Internacional decidió correr este riesgo. Durante el Congreso un delegado, Harry Quelch, de la Federación Social-Demó-

crata inglesa, tuvo dificultades con la policía, y fue deportado de Alemania, a pesar de las protestas del Congreso, por supuestas alusiones insultantes al gobierno alemán; pero, salvo este único incidente, el congreso no fue molestado. En realidad, las autoridades alemanas acaso no quedarían descontentas de sus debates, que parecían indicar la probabilidad de que, en caso de guerra, perturbasen más las clases obreras de Francia y Rusia que las de Alemania.

El principal debate del Congreso de Stuttgart fue el referente al militarismo y la guerra, y terminó con la aprobación casi unánime de la elogiada propuesta que definía los deberes de los socialistas y de los movimientos socialistas de los distintos países ante la amenaza o el comienzo de una guerra. Esta casi unanimidad fue el resultado de los esfuerzos de una subcomisión especial nombrada después de que el congreso se encontró ante sí con no menos de 4 propuestas rivales y con la presentación de varias enmiendas. Las cuatro propuestas procedían respectivamente de Bebel, en representación de los alemanes, de Vaillant y Jaurès, en representación de la mayoría del Partido Socialista Unificado Francés, de Guesde en representación del segundo grupo francés y de Gustave Hervé en representación de la extrema fracción antipatriótica. La propuesta de Hervé era una invitación breve y franca dirigida a la clase obrera de todos los países para que rechazasen cualquier forma de "patriotismo burgués y gubernamental, que mentirosamente sostiene la existencia de una comunidad de intereses entre todos los habitantes de un país". Pedía a los obreros que luchasen unidos en contra del capitalismo nacional y que se negasen a combatir, excepto para el establecimiento de un sistema colectivista o comunista, o por su defensa después de haber sido establecido, e invitaba a todo ciudadano a responder a cualquier declaración de guerra, viniese de donde viniese, con la rebelión y negándose a prestar el servicio militar.

Desde un punto de vista enteramente distinto, la propuesta de Jules Guesde se oponía a cualquier campaña especial contra el militarismo, que tratase de apartar a la clase obrera de su tarea principal: apoderarse del poder político para expropiar a los capitalistas y socializar la propiedad de los medios de producción. Sostenía que hacer una campaña especial en contra del militarismo estorbaría la propaganda y reclutamiento en favor del socialismo, y que la única forma de campaña antimilitarista que no era ni utópica ni peligrosa, era una campaña para organizar a los obreros de todo el mundo con el fin de destruir el capitalismo. A continuación declaraba que, mientras tanto, los socialistas deberían trabajar para acortar el período del servicio militar, y debían votar en contra de todos los créditos para las fuerzas armadas, y en favor de que se armase a todo el pueblo en sustitución de los ejércitos permanentes como manera de evitar los conflictos internacionales.

La propuesta presentada por Vaillant y Jaurès empezaba por declarar que el militarismo y el imperialismo eran en realidad el armamento organizado del Estado a fin de mantener a la clase obrera bajo el yugo económico y político de la clase capitalista. A continuación proclamaba que una nación no podía amenazar la independencia de otra sin atacar a esa nación, a su clase obrera y a la clase obrera internacional; que la nación atacada y su clase obrera tenían el deber imperativo de defender su independencia y autonomía contra un ataque así, y por consiguiente el derecho de contar con el apoyo de la clase obrera de todos los demás países; y que la política antimilitarista puramente defensiva del partido socialista exigía que éste procurase, con este objeto, el desarme militar de la burguesía, y que armase a la clase obrera armando en general a todo el pueblo. La propuesta, en su segunda parte, consideraba que la solidaridad internacional era el primer deber de los proletarios y socialistas de todas las naciones; les recordaba que declaraban esta solidaridad todos los años en el día primero de mayo y, por consiguiente, proclamaba, como su primera consecuencia necesaria, el mantenimiento de la paz internacional, y recordar la actuación de la Oficina Socialista Internacional v de la Conferencia Socialista Interparlamentaria ante la revolución rusa y ante la ayuda dada al zarismo por sus vecinos imperialistas para sofocarla. Después hacía un llamamiento a los trabajadores para que hiciesen efectivas estas decisiones mediante la organización socialista nacional e internacional de una acción bien preparada, ordenada y combinada que en cada país, y en primer lugar en los países afectados, dirigirían toda la fuerza de la clase obrera y del partido socialista a evitar y estorbar la guerra por todos los medios, desde la intervención parlamentaria, la agitación pública y las manifestaciones populares hasta la huelga general y la insurrección.

Por último, la propuesta de Bebel empezaba por afirmar que las guerras entre Estados capitalistas eran generalmente la consecuencia de rivalidades en el mercado mundial, buscando cada Estado nuevos mercados y siguiendo una política de esclavizar pueblos extranjeros y confiscando sus territorios. Decía que las guerras eran favorecidas por los prejuicios de un pueblo contra otro, y que estos prejuicios eran deliberadamente fomentados entre las naciones civilizadas en interés de las clases gobernantes. Las guerras eran algo esencial al capitalismo; cesarían sólo cuando el sistema capitalista fuese abolido o cuando la magnitud de los sacrificios en hombres y en dinero, exigidos por el desarrollo de la técnica militar, y la rebelión provocada por los armamentos, llevase a los pueblos a renunciar a este sistema. La clase obrera era el antagonista natural de las guerras, tanto porque era la que más sufría en ellas, como porque ellas estaban en contradicción con la aspiración

de aquélla de crear un nuevo orden económico basado en las concepciones socialistas y destinado a convertir en realidad la solidaridad de los pueblos. A continuación la propuesta afirmaba que era deber de todos los trabajadores y especialmente de sus representantes parlamentarios luchar con toda su fuerza en contra de los armamentos terrestres y navales, poniendo de manifiesto el carácter de clase de la sociedad burguesa y los motivos que la impulsaban a mantener los antagonismos nacionales. Debían negar todo apoyo financiero a esas políticas. Inmediatamente después la propuesta se declaraba en favor de una organización democrática del sistema de defensa, incluyendo a todos los ciudadanos capaces de llevar armas, como una verdadera garantía, haciendo imposibles las guerras de agresión y favoreciendo la desaparición de antagonismos nacionales. El párrafo final decía que, si amenazara el comienzo de la guerra, los trabajadores y sus representantes parlamentarios en los países afectados tendrían la obligación de hacer todo lo que pudiesen para impedir que estallase, empleando los medios que les pareciesen más eficaces y, en caso de que estallase a pesar de sus esfuerzos, de ponerle término rápidamente.

Estas cuatro propuestas son interesantes tanto por su desacuerdo como por los puntos en que están conformes. Todas, excepto la de Hervé, pedían algún tipo de ejército de ciudadanos o de pueblo armado, en lugar de los ejércitos permanentes, y parecían considerar esto como una garantía contra la guerra, o al menos contra guerras de agresión. Los delegados ingleses y norteamericanos se opusieron a esta propuesta por su hostilidad a toda forma de servicio militar obligatorio. No consiguieron que fuese suprimida en la propuesta que al fin se aprobó; pero recibieron la garantía verbal de que no tenía la intención de obligarles a apoyar el servicio militar obligatorio en sus propios países.

La propuesta de Vaillant y Jaurès como la de Hervé, hacían referencia a la huelga general (la de Hervé a la "huelga militar") y a la insurrección como un medio posible de combatir la guerra, mientras que ni la propuesta de Guesde ni la de Bebel hacían mención alguna de ninguna de estas armas, excepto, en el caso de Guesde, la de negar su valor. El arma de Guesde como último recurso era la "revolución social", sin definirla más; pero ésta no iría dirigida especialmente contra la guerra. La propuesta de Bebel hablaba sencillamente de "hacer todo lo posible", sin referirse específicamente a los medios; pero por dos veces se salía de su camino para hacer resaltar el papel especial de los representantes parlamentarios del socialismo en la oposición contra la guerra, y esto parecía implicar que la lucha antimilitarista tomaría sobre todo una forma parlamentaria.

Sólo la propuesta de Vaillant y Jaurès afirmaba el derecho y el deber de la defensa nacional contra la agresión desde fuera, añadiendo

a ello el deber de los trabajadores de otros países de unirse a la ayuda de la nación atacada. Sólo la propuesta de Hervé negaba expresamente estos deberes. La de Bebel reconocía implícitamente la defensa nacional como un deber, y establecía una distinción entre la guerra de agresión y la de defensa. La de Guesde no establecía esta distinción.

La propuesta de Bebel fue más allá, afirmando que el origen de las guerras estaba principalmente en las rivalidades económicas capitalistas. La de Guesde también hacía resaltar la relación entre el capitalismo y la guerra, y declaraba que las guerras continuarían mientras el capitalismo no fuese abolido. La propuesta de Vaillant y Jaurès no decía nada acerca de este punto, salvo que confirmaba los acuerdos de congresos anteriores que trataron de este problema. Tampoco Hervé decía nada acerca de las causas de la guerra, y sencillamente pedía a los trabajadores que se negasen a luchar, excepto en una insurrección de guerra de clases.

Después de la de Hervé, la propuesta de Vaillant y Jaurès era la más explícita en proclamar la solidaridad internacional de la clase obrera, aunque esto iba implícito en la propuesta de Guesde. Bebel no decía nada acerca de esto.

Salvo la de Hervé ninguna de la propuestas daba una orientación clara para actuar. La propuesta de Vaillant y Jaurès aconsejaba el uso de todos los medios, sin dar especial importancia a ninguno. Ni recomendaba la huelga general ni la desechaba. La propuesta de Bebel no decía nada concreto acerca de los métodos, aparte de recomendar que se hiciese oposición en el parlamento. Por otra parte, sólo la proposición de Bebel trataba explícitamente de cuál sería el deber de los socialistas en el caso de que la guerra llegase a producirse a pesar de sus esfuerzos; y sólo les decía "que actuasen de manera que le pusiesen término rápidamente", lo cual en modo alguno era un consejo claro. La propuesta de Vaillant y Jaurès les recomendaba que tratasen de "estorbar" la guerra; pero no estaba claro si esto se refería a la situación posterior o sólo a la anterior al momento de estallar la guerra.

Por consiguiente, las cuatro propuestas tenían puntos muy débiles. La de Hervé podía en efecto haber sido rechazada por ser completamente impracticable. En realidad en el congreso nadie la acogió. La de Guesde era, como podía esperarse de su autor, del tipo de los que esconden la cabeza para no ver: concordaba con su negativa a encontrar en el asunto Dreyfus nada que debiera interesar a los socialistas o sobre lo cual debieran actuar. Era, sin duda, la acostumbrada parodia doctrinaria guesdista del evangelio de Marx. La propuesta de Vaillant y Jaurès era notable por su afirmación inequívoca de que se tenía el deber de defender a la nación, un punto sobre el cual los alemanes estaban de completo acuerdo con ellos, pero prefirieron no decir nada. Su debi-

lidad. estriba en el hecho de que al recomendar todos los métodos prácticamente no recomendaba ninguno; y era de suponer que se le opusiesen los delegados alemanes por la aprobación condicional que daba a la huelga general. Por último, el punto esencial de la propuesta de Bebel era su afirmación de que las guerras nacían principalmente de rivalidades imperialistas, pero, una vez dicho esto, no ayudaba en nada para encontrar los medios que habrían de emplearse para evitarlas.

Después de un largo debate iniciado por Bebel, a quienes siguieron Hervé, Troclet, Vaillant, Jaurès, Vollmar, Vandervelde, Victor Adler, Rosa Luxemburgo, Russell Smart, Franz Weiss, de Italia, Branting, Scheu, Costa, Jeppesen, de Noruega, Gudelevsky, de la Argentina, Henriette Roland Holst, y E. E. Carr, de los Estados Unidos, se decidió nombrar a una comisión para que, si fuese posible, redactase una propuesta aceptable para todos. Esta subcomisión quedó formada por Vandervelde, como presidente, Bebel y Vollmar (Alemania), Adler y Skatula (Austria), Jaurès y Guesde (Francia), Andreas Scheu y T. Russell Smart (Gran Bretaña), Ferri y Costa (Italia), Rosa Luxemburgo y Bystrenine, este último por los social-revolucionarios (Rusia), Johann Sigg (Suiza) y Branting (Suecia). Durante el debate se recibió un mensaje de Karl Liebknecht contestando a ciertas afirmaciones hechas acerca de él por Vollmar y considerando sumamente necesaria una propaganda especial antimilitarista, incluyendo propaganda entre los soldados. Entonces Karl Liebknecht estaba procesado por su conocido folleto antimilitarista.[7] Al final del debate Rosa Luxemburgo, Lenin y Matov, en representación de los social-demácratas rusos, presentaron algunas enmiendas a la propuesta de Bebel. El propósito de la más importante de estas enmiendas fue, en primer lugar, completar la referencia de Bebel atribuyendo las guerras a rivalidades económicas capitalistas, añadiendo una referencia a la competencia militarista de armamentos; en segundo lugar, poner de manifiesto la necesidad de educar a la juventud en las ideas del socialismo y de fraternidad de los pueblos y la conciencia de clases; y en tercer lugar, redactar de nuevo el último párrafo de Bebel a fin de dar una orientación más precisa en los términos siguientes:

> Si existe la amenaza de que estalle la guerra, es deber de la clase obrera en los países afectados, y deber también de sus representantes parlamentarios, hacer toda clase de esfuerzos para evitar la guerra por los procedimientos que le parezcan apropiados, procedimientos que naturalmente varían y se desarrollan con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y a la situación política en general.

» Véase p. 296.

> Si a pesar de todo estalla la guerra, es su deber intervenir a fin de ponerle término en seguida, y con toda su fuerza utilizar la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista.

De los debates de la subcomisión (de los cuales no existen actas) salió la conocida propuesta de Stuttgart en su forma última. Era, como dijo Vandervelde al presentarla, demasiado larga; porque con el propósito de incorporar los pasajes de todas las redacciones, excepto la de Hervé, acerca de los cuales existía acuerdo, y de tener en cuenta las objeciones que habían sido hechas, llegó a tener un volumen no acostumbrado. Empezaba por confirmar los acuerdos de congresos anteriores y a continuación incluía la referencia de Bebel a las causas económicas de la guerra, con la adición rusa acerca de las rivalidades militaristas, y sus observaciones acerca de los prejuicios nacionalistas. Decía que las guerras eran propias de la esencia del capitalismo y sólo cesarían cuando éste terminase, o cuando las cargas y sacrificios que llevan consigo hiciesen que los pueblos renunciasen a ellas. Conservó el párrafo donde se afirmaba que los trabajadores eran los que principalmente sufrían con la guerra y los naturales enemigos de ésta, y el párrafo siguiente sobre el deber que tenían los obreros y sus representantes parlamentarios de oponerse a los armamentos y a las concesiones de dinero que éstos exigían... y aquí incluía la cláusula rusa acerca de la educación de la juventud. A continuación venía el párrafo pidiendo la sustitución de los ejércitos permanentes por milicias nacionales, y la declaración de que éstas servirían para asegurarse contra guerras de agresión.

Después se insertó un párrafo afirmando que era imposible "encerrar dentro de una fórmula rígida" la acción que debiera tomarse, pues ésta necesariamente variaría con el momento y con los antecedentes de los diferentes partidos. Luego se hacía consignar lo que el proletariado había hecho desde el congreso de Bruselas para combatir el militarismo y la guerra, con referencia especial a las relaciones anglo-francesas después del incidente de Fashoda, a las relaciones franco-alemanas durante la crisis marroquí, a las relaciones austro-italianas y a la asamblea socialista austro-italiana de Trieste, a la ayuda que los socialistas suecos dieron a Noruega cuando se separaron estas dos naciones y a los aspectos internacionales de la revolución rusa en 1905. Se llamaba la atención sobre la necesidad de que la Internacional coordinase con más fuerza las actividades de los partidos nacionales, y terminaban los párrafos preliminares afirmando que, bajo la presión del proletariado, una práctica seria del arbitraje internacional podía substituir al lamentable

uso que de él hacían los gobiernos burgueses, y que, siguiendo este camino, los pueblos podían beneficiarse con un desarme general, de tal modo que los enormes recunos consumidos por los armamentos y las guerras podrían ser destinados al progreso de la civilización.

Al final venían los dos párrafos afirmando el deber que tenían los trabajadores ante la amenaza de la guerra o su comienzo.

> Si existe la amenaza de que la guerra estalle, es obligación de la clase trabajadora de los países y Estados, y obligación de sus representantes parlamentarios, con la ayuda de la Oficina Internacional como poder activo y coordinador, hacer toda clase de esfuerzos para evitar la guerra por todos los medios que le parezcan más apropiados, medios que naturalmente variarán con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y a la situación política en general.
>
> En el caso de que a pesar de esto estalle la guerra, es su obligación intervenir a fin de ponerle término en seguida, y con toda su fuerza aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista.

De este modo, en los últimos párrafos de carácter práctico prevaleció la opinión de los social-demócratas rusos, y los partidos de la Internacional se comprometieron formalmente no sólo a hacer todo lo que pudiesen para evitar la guerra, sino también, en el caso de que ésta estallase, a hacer lo más posible para que terminara inmediatamente y aprovechar la ocasión para actuar a fin de derrocar al capitalismo. En la propuesta definitiva por influencia de los alemanes, nada se decía acerca de la huelga general ni acerca de la insurrección; pero gracias a la adición rusa, la orden de actuar iba mucho más allá de las meras protestas parlamentarias que era lo único que indicaba expresamente el texto de Bebel. La huelga general no era rechazada: se guardaba silencio sobre ella; y lo mismo puede decirse de la insurrección, la cual, sin duda, puede considerarse implícita en el párrafo final.

La propuesta, en su forma última, parece que satisfizo a todo el mundo. Incluso Hervé la votó, saltando a una mesa para mostrar su entusiasmo. Los delegados estaban seguros de haber hecho algo casi heroico, a la vez que evitaron preocupar a sus compañeros alemanes con torpes referencias a la insurrección, que podían haberles creado un conflicto con el gobierno alemán. Los debates que siguieron en Stuttgart, sin embargo, hacen dudar de que, en realidad, se aceptase unánimemente la propuesta principal que se pidió al congreso que aprobase. Especialmente el debate acerca del problema colonial puso de manifiesto diferencias de actitud que, evidentemente, podían llevar a

serias dificultades ante la amenaza efectiva de una guerra. Van Kol de Holanda, actuando como ponente en nombre de la comisión colonial del congreso, expuso enérgicamente la necesidad de una política socialista positiva respecto al problema colonial, diciendo que el anticolonialismo negativo de los acuerdos tomados en congresos anteriores no habían servido para nada, y que los socialistas, en la práctica, tenían que reconocer la existencia indiscutible de imperios coloniales, los cuales, dijo, habían existido durante toda la historia humana, y presentar propuestas concretas para mejorar el tratamiento de los indígenas, el desarrollo de los recursos naturales y el aprovechamiento de estos recursos en beneficio de toda la raza humana. Preguntó a los contrarios al colonialismo si estaban realmente preparados, teniendo en cuenta la situación real, para prescindir de los recursos de las colonias, aunque sus pueblos los necesitasen mucho. Recordó que Bebel había dicho que nada era malo en el desarrollo colonial como tal,[8] y se refirió a los éxitos de los socialistas holandeses al conseguir mejoras en las condiciones de los indígenas.

En contra de esta opinión, Georg Ledebour, como representante de la minoría de la comisión, atacó al colonialismo en todos sus aspectos, e hizo resaltar el absurdo de pedir a las potencias imperialistas que se convirtiesen en representantes de una política favorable a los intereses de los indígenas. Este punto dividió profundamente a los alemanes; Eduard David y Bernstein, entre otros, se manifestaron apoyando a van Kol. Cuando el asunto se puso a votación en una sesión plenaria, la minoría de la comisión derrotó por pocos votos a la mayoría, 127 votos contra 108, y de este modo quedó consignado que la Internacional era contraria al colonialismo, declarando que "la política colonial capitalista, por su misma esencia, necesariamente conduce a la servidumbre, al trabajo forzado y a la destrucción de los pueblos indígenas bajo el régimen colonial". También declaró que la "misión civilizadora proclamada por la sociedad capitalista, no era más que un pretexto para cubrir su sed de explotación y de conquista, y que, lejos de aumentar la capacidad productora de las colonias, destruía sus riquezas naturales por la esclavitud y la pobreza a que reducía a sus pueblos. El acuerdo decía que el colonialismo aumenta la carga de los armamentos y el peligro de guerras; y pedía a los socialistas de todos los parlamentos que no cesasen de oponerse a la servidumbre y a la explotación que predominaba en todas las colonias existentes, que pidiese reformas para mejorar la situación de los indígenas, que vigilasen el respeto a los derechos de los indígenas, y que trabajasen, por todos los medios posibles, en favor de la educación de los pueblos indígenas para hacerlos independientes.

[8] Creo que en el Congreso de Amsterdam.

La propuesta, en esta forma intransigente, fue finalmente aprobada sin oposición, absteniéndose sólo los holandeses, pero representaba una grave derrota para los colonialistas. En la votación de la enmienda, el lado derrotado incluía a los alemanes, "que votaron unidos a pesar de un profundo desacuerdo", a los holandeses, los daneses, los austríacos, los suecos, los belgas y los de África del Sur. Del lado de los que triunfaron estaban los rusos, los polacos, los húngaros, los servios, los búlgaros, los rumanos, los españoles, los australianos, los japoneses, los norteamericanos, los argentinos, los finlandeses y los noruegos. Los franceses, los ingleses y los italianos se dividieron. Los suizos se abstuvieron.

Esos debates pusieron de manifiesto una peligrosa división de opiniones en dos grupos casi iguales. La cuestión principal era si el congreso debía oponerse al colonialismo en principio, o debiera expresar que, si bien oponiéndose a las políticas coloniales presentes de las potencias imperialistas, no "condenaba en principio y para siempre toda política colonial, la cual, bajo un régimen socialista, podía realizar una obra civilizadora". David deseaba ir aún más allá, y hacer constar que "el congreso, afirmando que el socialismo necesita de las fuerzas productoras del mundo entero, que están destinadas a ser puestas al servicio de la humanidad y elevar a los pueblos de cualquier color y de cualquier lengua a la cultura más alta, ve en la colonización, concebida de esta manera, un elemento integrante de los fines universales de la civilización perseguidos por el movimiento socialista". Pero la propuesta de David fue apoyada por muy pocos: la mayoría de la comisión deseaba sólo evitar una completa condenación del colonialismo en todas sus formas.

El congreso de Stuttgart tenía todavía que tratar de tres informes: sobre las relaciones entre los partidos socialistas y los sindicatos obreros, sobre problemas referentes a la mujer y sobre la emigración.

El debate acerca de las relaciones entre los partidos y los sindicatos obreros estuvo dedicado, en su mayor parte, a la cuestión de si debía haber o no relaciones orgánicas entre las dos organizaciones centrales de cada país. Aparte de algunos disconformes dirigidos por Daniel de León, que insistían en la prioridad de la lucha económica sobre la política, hubo acuerdo general en que los sindicatos obreros debían tener libertad para orientar la lucha económica diaria sin interferencias del partido, y que el partido quería tener una autonomía análoga en la esfera política. También se acordó que siendo necesario que los sindicatos obreros se elevasen por encima del egoísmo gremial de cada oficio y resolver sus asuntos con el espíritu de la lucha de clases, la unidad era indispensable en la esfera económica y, por consiguiente, sería una imprudencia exigir ninguna prueba política para ser miembro de un sindicato obrero o insistir en que los sindicatos perteneciesen al partido

como individuos. Al mismo tiempo, algunas delegaciones, incluyendo a los belgas y a los suecos, eran partidarios de un sistema bajo el cual los sindicatos obreros estarían colectivamente afiliados al partido, mientras otras, especialmente los alemanes, se oponían a esta afiliación expresa y creían en una estrecha cooperación personal *de jacto* sin lazos expresos. La mayoría de la delegación francesa no pudo aceptar ninguna de estas soluciones, y mantuvo el principio de una completa independencia de los sindicatos obreros de acuerdo con la política de la federación general del trabajo. También ellos creían en la necesidad de que los sindicatos obreros y el partido trabajasen juntos en favor del socialismo; pero aceptaban que en Francia esto tenía que hacerse respetando la opinión sindicalista de la C.G.T.

Detrás de estas diferencias se ocultaba una diferencia más profunda acerca de las funciones de los sindicatos obreros. Louis de Brouckére, belga, que presentó el informe sobre el conjunto de esta cuestión, sostuvo que, aunque tanto los partidos como los sindicatos obreros tenían misiones diferentes que les eran propias y que debían dirigir con autonomía, también existía entre ellos una amplia y creciente esfera de acción que no podía ser asignada exclusivamente a ninguno de ellos, y que esta esfera común incluía especialmente la tarea de crear una sociedad socialista. Esta opinión fue inmediatamente combatida por los alemanes y los austríacos, quienes sostuvieron que los sindicatos obreros tenían que ocuparse únicamente de la lucha económica, y que el establecimiento del socialismo era esencialmente cuestión que correspondía al partido. En este punto, por supuesto, la mayoría de los franceses estuvo de acuerdo con De Brouckére. En gran medida, lo que los oradores discutían era la huelga general, aunque también trataron de otros, asuntos. Los sindicatos obreros alemanes acababan de rechazar la huelga general como un método de los sindicatos en su propio congreso, y habían hecho consignar que, si en algún caso se recurría a ella, la responsabilidad de ordenarla correspondía al partido y no a los sindicatos obreros, basándose en que era esencialmente "política". Por otra parte, la mavoría francesa, con la oposición de los guesdistas, consideraba la huelga general como un arma tanto económica como política, y la C.G.T. sostuvo que su empleo en los dos aspectos era legítimo. De Brouckére, ante la negativa de los alemanes y los austríacos para aceptar su propuesta, retiró los pasajes discutidos, y como transacción redactó una propuesta inocua que afirmaba la necesidad de llevar a los sindicatos obreros el espíritu de socialismo sin llegar a impedir su unión, y declarándose en favor de la autonomía de los sindicatos obreros en la esfera económica y de las relaciones cordiales entre el partido y los sindicatos obreros, sin manifestarse ni en favor ni en contra de alguna forma de unidad orgánica. Sobre esta base se aprobó (sin el voto de

los deleonitas) una propuesta, después de que la mayoría francesa hubo leído una declaración manifestándose partidaria del principio de independencia completa en los sindicatos obreros. Pero las diferencias continuaban, no sólo entre los franceses y los demás, sino también entre los alemanes y los belgas; y esta resolución lo que hizo fue más bien ocultar una divergencia fundamental que realizar un verdadero acuerdo. Porque la cuestión capital discutida era si el socialismo constituía esencialmente un asunto que correspondía sólo al partido v los sindicatos obreros eran sólo medios de proteger los intereses de la clase obrera bajo el capitalismo, o si el partido y los sindicatos obreros debían ser considerados como colaboradores iguales en la construcción de la sociedad socialista.

El debate de Stuttgart acerca de la cuestión del voto femenino se produjo como consecuencia de una asamblea internacional de mujeres socialistas que preparó una propuesta para el pleno del congreso. Lo que se discutía no era si la mujer debía votar, porque sobre esto todas las delegaciones estaban de acuerdo, y congresos anteriores habían aprobado resoluciones terminantes. La cuestión principal era si los partidos de la Internacional debían emprender dentro de cada país campañas en favor del sufragio universal, incluyendo el voto femenino o, si por razones de táctica, era preferible, como los austríacos acababan de hacer en una notable campaña, dar preferencia al sufragio de los varones. También se planteó la cuestión secundaria de si los proyectos para conceder un derecho limitado de sufragio a la mujer, dependiendo de que tuviese propiedades o de otras condiciones, deberían ser aceptados como un avance hacia la justicia social o rechazados por favorecer a las mujeres burguesas en contra de las mujeres obreras. En este último punto todos, excepto parte de la delegación inglesa, fueron contrarios a las propuestas de un derecho de sufragio limitado. Clara Zetkin, que presentó la resolución aprobada en la asamblea de mujeres socialistas y también más tarde la resolución aprobada por la comisión, pidió que en adelante cualquier partido socialista que emprendiese una campaña en favor de la reforma del derecho al voto debía exigir el voto tanto para la mujer como para el hombre, en términos idénticos. Víctor Adler defendió la actuación del partido austríaco al no hacer esta demanda en su campaña reciente, y el congreso aceptó una enmienda reconociendo que no era posible fijar una fecha para el comienzo de la campaña general en favor de la reforma de la ley electoral, pero insistiendo en que, cuando esta campaña se emprendiese, la petición debiera hacerse para los dos sexos y sobre una base universal.

Finalmente, el congreso de Stuttgart se ocupó del problema de la emigración. La dificultad principal en este respecto surgió del deseo de los australianos, de un delegado de África del Sur, y de algunos

norteamericanos de excluir a los inmigrantes de color, basándose en que serían utilizados para bajar el nivel de vida de los obreros blancos. Las demás delegaciones, aunque reconocían la fuerza de este argumento, no estaban dispuestas a aceptar ninguna exclusión de inmigrantes por razones de raza o de color. Sin embargo, estaban dispuestos a manifestarse en contra de una importación deliberada de masas emigrantes con el propósito de minar el nivel de vida de los obreros en los países de inmigración, y de hacer presión para que las normas públicas sobre inmigración tuviesen esto en cuenta, como también la mejora de los barcos que transportaban emigrantes y para evitar una propaganda engañosa en favor de la emigración hecha por compañías de navegación y agencias comerciales. La resolución aprobada por el congreso afirmaba la necesidad de instruir y organizar a los obreros inmigrantes y de hacerlos partícipes de los mismos salarios, las mismas condiciones de trabajo y los mismos derechos sociales y económicos reconocidos a los obreros del país.

Se verá que el congreso de Stuttgart se ocupó de numerosos asuntos y trabajó mucho. Sin embargo, en ningún punto de su labor se avanzó mucho desde el punto de vista de la política socialista internacional, excepto en la resolución referente al problema del militarismo y de la guerra. Acerca de este punto el congreso llegó a un acuerdo importante, si bien cuando en 1914 llegó el momento de llevar a la práctica sus valientes palabras, quedó de manifiesto que su aparente unanimidad carecía tanto de la voluntad como del poder de actuar conforme a sus declaraciones. En efecto, había permitido que Rosa Luxemburgo y Lenin le comprometiesen más de lo que estaba realmente dispuesto a hacer. Al transformar la letra de la propuesta original de Bebel, los jefes rusos no tuvieron poder para transformar también las verdaderas actitudes de los partidos que nominalmente aprobaron su propuesta.

### (iv) 1910 — COPENHAGUE

El congreso socialista internacional que se reunió en Copenhague en 1910 fue notable sobre todo porque volvió a ocuparse de la cuestión de la huelga general en contra de la guerra, asunto que los alemanes esperaban haber despachado definitivamente en Stuttgart. La orden del día había sido dispuesta dando preferencia a una discusión sobre las relaciones entre los partidos socialistas y las cooperativas, paralela a la discusión que hubo en Stuttgart sobre las relaciones con los sindicatos obreros. También se había decidido dar importancia al estudio de todo el problema referente a la legislación obrera y social, incluyendo las disposiciones que habían de incluirse acerca de los parados. Éstos eran los principales asuntos nuevos de la orden del día. Además, debían

producirse debates acerca de lo que se había hecho y de lo que debiera hacerse para cumplir el acuerdo de Stuttgart sobre el militarismo y la guerra; y la cuestión de los sindicatos obreros debía ser estudiada de nuevo para cumplir las recomendaciones hechas en Stuttgart. También había un número excepcionalmente grande de propuestas referentes a asuntos especiales, que habían sido enviadas por grupos o partidos afiliados; y el congreso de Copenhague se dividió en cinco comisiones, una para cada asunto principal y otra para que se ocupase de las diferentes propuestas que habían sido recibidas. Como en Stuttgart, el congreso fue precedido por una asamblea especial femenina y por una reunión de la comisión socialista interparlamentaria. De las personalidades sobresalientes de la Internacional estuvo ausente Augusto Bebel por hallarse gravemente enfermo, y la jefatura de la delegación alemana fue compartida por Ebert y Legien.

Desde el congreso de Stuttgart al de Copenhague habían sucedido muchas cosas. Las grandes potencias habían seguido aumentando sus armamentos, y especialmente la rivalidad entre la Gran Bretaña y Alemania respecto a armamentos navales se había desarrollado en proporciones graves. Otra vez había surgido la crisis sobre Marruecos: se habían producido "incidentes" entre Francia y Alemania, que fueron llevados al Tribunal de La Haya, y los españoles habían lanzado a una guerra colonial en gran escala; también había habido una lucha continua en los territorios del protectorado Francés. En la Europa Oriental los austríacos habían provocado una crisis anexándose Bosnia y Herzegovina; y las rivalidades entre Rusia, Austria-Hungría y Alemania en el próximo Oriente habían llegado a ser más amenazadoras. En Rusia, la ayuda francesa y la política de Stolypin de desarrollo económico habían restablecido la autoridad del Zar por el momento; pero las fuerzas revolucionarias se estaban uniendo para una nueva intentona. Turquía y Persia habían pasado por revoluciones; y en China la revolución estaba a punto de estallar.

En el mundo obrero el acontecimiento principal había sido la huelga general sueca de 1909, en la cual los sindicatos obreros suecos habían sido derrotados por el poder de las grandes empresas capitalistas unidas. Existía mucho descontento acerca de la inadecuada ayuda dada a los suecos en su lucha, especialmente por los sindicatos obreros ingleses; y una gran parte de la discusión acerca de los sindicatos obreros en Copenhague fue dedicada a examinar cómo los movimientos sindicales de los distintos países podrían no sólo ser fortalecidos internamente sino colocados en posición de ayudarse mutuamente con más eficacia en las grandes disputas sociales. Mucho se habló acerca del crecimiento de los *trusts* y uniones de empresas capitalistas, nacionales e internacionales, y acerca de la creciente tendencia de los capitalistas a crear

poderosas organizaciones centrales para combatir a los sindicatos obreros. Estos hechos fueron considerados como signos de una mayor intensidad en la lucha de clases, y que requerían una contraofensiva por parte de los sindicatos obreros. Existía descontento respecto a la secretaria internacional de los sindicatos obreros, por no ser más que una oficina de información y porque nada hacía por la unión internacional de las fuerzas obreras. Sin embargo, no era fácil ver lo que la internacional socialista podía hacer para mejorar la situación, a no ser que la internacional de sindicatos obreros estuviese dispuesta a actuar; y de esto había pocas esperanzas en vista de la profunda división de opiniones entre los alemanes y los franceses acerca de las funciones de los sindicatos obreros y de los métodos más adecuados que éstos debieran seguir. Existían también graves dificultades sobre los asuntos sindicales en Austria,[9] en donde un sector de los checos había insistido en organizar un movimiento sindical nacional propio, separándose de la organización sindical multinacional que había existido en Austria hasta entonces, incluso después de que el partido socialista había empezado a dividirse en una serie de partidos nacionales que representaban a las varias nacionalidades del imperio austríaco. A pesar de la vehemente defensa de la independencia de los checos hecha por Antonín Némec, tanto respecto a los sindicatos obreros como a los asuntos políticos, el congreso de Copenhage se manifestó casi unánimemente en contra de él, condenando enérgicamente todo intento de dividir a los sindicatos obreros dentro de un Estado en movimientos nacionales, por mucha diversidad que existiese dentro de éste. Esas divisiones, se dijo, debilitarían muy peligrosamente la posición económica de los trabajadores en su luchas diarias; pero sobre todo existía un fuerte sentimiento contra todo lo que tendiese a reforzar el nacionalismo dentro del movimiento obrero.

Los debates acerca de los sindicatos obreros no tuvieron resultados eficaces. Una vez más los delegados hicieron consignar su creencia de que, en cada país, debía haber una sola organización obrera, lo mismo que un solo partido que luchasen por la unidad de la clase trabajadora. Advirtieron a la Oficina Socialista Internacional de debía prestar toda la ayuda posible para fomentar la unidad sindical tanto nacional como internacional; pero no se obtuvo mucho de los esfuerzos de la Oficina. Sin duda, los socialistas tendían a exagerar el grado de unidad del lado de los patronos, tanto respecto a *trusts* como a uniones antiobreras. Era una firme convicción entre los jefes alemanes ortodoxos, sobre todo Kautsky, que los *trusts* y las grandes empresas capitalistas estaban preparando rápidamente el camino para el socialismo; y los socialistas podían hablar en un momento del desarrollo del capitalismo internacional

[9] Véase capítulo XII.

como una amenaza creciente para los derechos de los trabajadores y a continuación de la creciente rivalidad entre grupos capitalistas nacionales como peligro principal para la paz mundial.

La amplia discusión que hubo en Copenhague acerca de las relaciones entre los partidos socialistas y el movimiento cooperativo tampoco fue de muchos resultados positivos. Se trató principalmente de si los socialistas debían procurar organizar sus propias sociedades cooperativas de partido como organizaciones que ayudasen a los sindicatos obreros en sus luchas y a los partidos socialistas ofreciéndoles lugares de reunión y ayuda financiera. Si se hacía esto, como en gran medida se hacía en Bélgica, en el norte de Francia y en parte de Italia, conduciría a la existencia de sociedades cooperativas rivales de carácter cristiano, liberal o neutral. El congreso no estaba dispuesto a aceptar esto. A la mayoría de los delegados les parecía claro que, del mismo modo que debía haber un partido socialista unificado y una organización que abarcase a todos los sindicatos obreros, también debía haber en cada país un solo movimiento cooperativo abierto a todos como expresión de la unidad de la clase obrera. Los socialistas querían que este movimiento estuviese inspirado en las ideas socialistas o por lo menos en el espíritu de la lucha de clases. Querían que fuese autónomo, del mismo modo que reconocían la necesidad de la autonomía de los sindicatos obreros en la esfera económica. Pero también deseaban que actuase en armonía estrecha tanto con los partidos como con los sindicatos obreros de los distintos países. Trataban, en efecto, de atender a dos necesidades: evitar el crecimiento del movimiento cooperativo cristiano y de otros rivales y, a la vez, hacer del movimiento cooperativo unificado un aliado en la campaña en pro de la clase obrera.

Ésto, por supuesto, no podía hacerse realmente. Los belgas, y los que pensaban como ellos, no estaban dispuestos a renunciar a sus sociedades cooperativas socialistas como tampoco a sus sindicatos obreros socialistas; y en Francia los guesdistas creían firmemente en la eficacia de las cooperativas socialistas. Por otra parte, los defensores de la unidad no se mantenían menos firmes. Sin embargo, por el momento no había posibilidad de unidad en las cooperativas sino a base de neutralidad política, incompatible con la aspiración socialista a que las cooperativas se considerasen como colaboradoras del socialismo y de los sindicatos obreros en una lucha común en favor de la clase trabajadora. También en esto tenían los alemanes su punto de vista especial. Así como tenían una opinión de límites muy estrictos acerca de la función de los sindicatos obreros, del mismo modo tendían a considerar a las cooperativas como un movimiento que se ocupaba de los intereses inmediatos de la clase obrera más bien que de la tarea de transformar la sociedad, función que ellos reservaban exclusivamente para el partido social-

demócrata. Por esto podían renunciar a la ambición de bacer a las cooperativas expresamente socialistas, o de emplearlas para ningún fin político, aunque deseaban utilizarlas como aliadas de los sindicatos obreros en los conflictos sociales. De hecho, las sociedades cooperativas alemanas se componían sobre todo de miembros del partido social-demócrata, y las relaciones entre ellos eran buenas. Esto en general satisfacía a los socialistas alemanes; y, como de costumbre, pudieron, con von Elm[10] como su representante principal, influir a favor de su opinión en el congreso hasta el punto de asegurar que nada incompatible con ella aparecería en el acuerdo que finalmente se tomase.

Lo dicho en el párrafo anterior se refiere principalmente a las cooperativas de consumo, que eran las que especialmente interesaban a los delegados. Por lo que hace a las cooperativas de producción y a las agrícolas la situación era algo diferente. Con las cooperativas agrícolas, que todavía se ocupaban principalmente de facilitar préstamos, los socialistas tenían muy poco contacto, y apenas se trató de ellas. Las cooperativas de producción interesaban más a los sindicatos obreros, aunque no a los partidos socialistas. En muchos países, y especialmente en Francia c Italia, existía un importante movimiento de cooperativas de producción, que en muchos casos estaban en relación estrecha con los sindicatos obreros, funcionando algunas de esas sociedades con la ayuda de los sindicatos obreros. En este terreno era mucho menos probable que apareciesen en proporción considerable movimientos rivales con otras ayudas; y el problema de la unidad era, por consiguiente, de menos importancia. Pero el problema de las cooperativas de producción apenas fue examinado en Copenhague: el congreso se ocupó principalmente de las cooperativas de consumo.

Es verdad que la propuesta aprobada en Copenhague incluía entre las funciones propias del movimiento cooperativo la de "educar a los trabajadores para dirigir con independencia completa sus propios asuntos, y ayudándoles así para preparar la democratización y socialización de las fuerzas de cambio y producción". Esta cláusula del acuerdo hizo que Lenin presentase una enmienda proponiendo que se reconociese el papel de las cooperativas en la socialización y democratización sólo como algo que habría de seguir a la expropiación de los capitalistas. La propuesta de Lenin fue rechazada por una gran mayoría. La propuesta en su forma final eliminaba las críticas hostiles de Guesde contra las cooperativas "neutrales": también eliminaba toda referencia directa a las cooperativas de producción y a las agrícolas, las cuales los franceses habrían deseado que fuesen especialmente reconocidas. Después de afirmar la insuficiencia de las cooperativas por sí mismas para

[10] Véase p. 295 s.

realizar el fin del socialismo: la propiedad colectiva de los medios de producción, y previniendo a los socialistas en contra de los miembros de las cooperativas que siguiesen la opinión contraria, el acuerdo final estaba dedicado principalmente a pedir que las ganancias en modo alguno fuesen distribuidas como dividendos proporcionados a las compras, sino que se dedicaran, en parte, a desarrollar la producción cooperativa y la educación; se afirmaba también la necesidad de que se fijasen, de acuerdo con los sindicatos obreros, los salarios y condiciones referentes a las cooperativas. A continuación decía que correspondía a las diferentes sociedades cooperativas de cada país decidir si con sus recursos y en qué medida debieran ayudar directamente a las organizaciones políticas y sindicales. Se instaba a todos los socialistas y miembros de sindicatos a que tomasen parte activa en las cooperativas "a fin de desarrollar el espíritu socialista dentro de ellas y de evitar que las sociedades cooperativas descuidasen su misión de educación y solidaridad de la clase trabajadora".

En la comisión de legislación obrera y social, las discusiones empegaron con el problema del desempleo. Fueron iniciadas por Molkenbuhr con un discurso caracterizado por su espíritu reaccionario, en el curso del cual, aunque defendiendo un sistema estatal de ayuda a los desempleados, rechazó la idea del derecho al trabajo. Esto provocó protestas de Ramsay MacDonald y de Harry Quelch; pero Braun, de Austria, apoyó a Molkenbuhr diciendo que el derecho a trabajar con salarios justos era una aspiración irrealizable bajo el capitalismo. "No el derecho al trabajo, sino la desaparición del capitalismo, es lo que acabaría con el paro." Se discutió mucho acerca de la mejor manera de hacer frente a los gastos necesarios para mantener a los desempleados, sosteniendo algunos que debían pagarlos totalmente los patronos, en interés de los cuales estaban inactivas las "reservas de obreros", mientras que otros querían que una parte o el total de los gastos se pagasen con un impuesto general. El acuerdo final pedía "a las autoridades oficiales un sistema general de seguro obligatorio, la administración del cual debiera confiarse a las organizaciones obreras, y cuyos gastos debieran pagarlos los propietarios de los medios de producción". Pedía también estadísticas exactas y regulares sobre el desempleo; un desarrollo adecuado de las obras públicas, con salarios normales para los que trabajasen en ellas; subsidios especiales para el fondo destinado al desempleo en los períodos de crisis; que conservasen todos sus derechos políticos los que recibiesen los beneficios; el establecimiento de bolsas de trabajo dirigidas o sólo por los sindicatos obreros o en colaboración con los patronos; la reducción de la jornada de trabajo mediante una ley; y que se concedieran subsidios al servicio que en favor de los desempleados prestan Jos sindicatos obreros, hasta que se estableciera un sistema obligatorio

general. Durante la discusión se propuso que las obras públicas se realizasen en cuanto al tiempo y al lugar de tal manera que compensasen las fluctuaciones en la demanda de trabajo.

Del desempleo, la misma comisión pasó a discutir en general la legislación social y obrera. El acuerdo hacía resaltar la deficiencia de la legislación existente en todos los países, y a continuación formulaba una serie de peticiones. Éstas incluían la jornada de ocho horas, la prohibición del trabajo de los niños menores de 14 años y durante la noche, excepto en casos especiales; un período seguido de descanso de por lo menos 36 horas por semana; la abolición del pago de salarios en especie; la garantía del derecho a coaligarse; y la inspección del trabajo tanto industrial como agrícola con la colaboración de representantes de los obreros. A continuación la propuesta trataba de los escasos resultados conseguidos mediante las conferencias gubernamentales acerca de la legislación internacional obrera, y a continuación pedía el establecimiento en todos los países de "instituciones, que asegurasen medios adecuados de subsistencia a los enfermos, a las víctimas de accidentes, a los inválidos y a los ancianos, ayuda adecuada a las mujeres antes y después de dar a luz y también a sus hijos, y protección para las viudas y huérfanas, como asimismo a los desempleados para librarles de la indigencia". Después llamaba la atención sobre la falta de protección en que se hallaban los trabajadores agrícolas y del servicio forestal. Por último, se pedía a todos los trabajadores de cualquier rama de la actividad económica que hiciesen una propaganda incesante y que estableciesen poderosas organizaciones políticas y económicas a fin de vencer la resistencia de las clases pudientes a que se estableciese una legislación efectiva para la protección de sus derechos.

Esto era puro reformismo, no limitado por el temor de aumentar el poder del Estado capitalista. Por supuesto, en las peticiones mismas no había nada nuevo: muchas de ellas habían formado parte del programa de la Internacional desde su comienzo. Además, su defensa todavía iba unida a afirmaciones de que nunca podrían ser completamente realizadas mientras existiera el capitalismo. Sin embargo, podía advertirse un cambio en qué era lo que más se acentuaba. Los representantes de la Internacional pensaban más en sus peticiones de reformas inmediatas al capitalismo, y mucho menos como revolucionariamente hostiles al Estado capitalista. En todo caso, esto era lo que sucedía a los alemanes, aunque no a los franceses. Era algo extraño ver que los ingleses tuviesen más reservas que los alemanes respecto a los peligros de concesiones hechas por los gobiernos burgueses.

Llegamos ahora al debate más importante del congreso de Copenhague, referente al problema de la guerra. Se trataba de examinar principalmente los pasos efectivos que habrían de darse para poner en mar-

cha el acuerdo de Stuttgart, y especialmente la actitud que habría de tomarse sobre el arbitraje y el desarme. Debe advertirse que en Copenhague encontró un apoyo enorme la petición de que todos los conflictos entre Estados se sometieran a un arbitraje internacional, y que con este fin se estableciera un organismo permanente. También hubo acuerdo general acerca de que la Internacional hiciese presión tanto mediante sus representantes parlamentarios como a través de una agitación de masas para que las grandes potencias acordasen reducir los armamentos. También se habló mucho de la necesidad de que, si bien debía confiarse sobre todo en las organizaciones obreras, se utilizara también la ayuda que para estos fines pudiera encontrarse entre la burguesía. Se fijó la atención sobre todo en la necesidad de llegar a un acuerdo para reducir los armamentos navales, especialmente entre Inglaterra y Alemania; y los alemanes, en un informe especial presentado al congreso, dieron cuenta de su lucha sobre este asunto en el Reichstag, y de cómo el gobierno alemán había rechazado la propuesta de Asquith para celebrar una conferencia a fin de reducir los gastos navales. Muchos delegados presentaron frente a esta negativa alemana la negativa de Inglaterra a renunciar al derecho de apoderarse de los barcos mercantes en tiempo de guerra, y el congreso se mostró enérgicamente partidario de que no se reconociese este derecho. Los italianos, cuyo representante fue Morgari, pidieron que se concentrasen los esfuerzos en un solo punto, y trataron de persuadir al congreso para que adoptase el acuerdo de pedir a todos los partidos socialistas parlamentarios que propusieran a sus diferentes parlamentos la reducción de todos los armamentos en un 50%, siendo apoyada esta petición con manifestaciones populares que habrían de repetirse todos los años hasta conseguir su objeto. Sin embargo, los delegados rechazaron este plan.

Se produjo un gran desacuerdo respecto a la enmienda presentada juntamente por Vaiílant y Keir Hardie, con el apoyo del partido laborista inglés y también del I.L.P. y del partido socialista francés. La enmienda decía así:

> Entre todos los medios que puedan emplearse para evitar la guerra y oponerse a ella, el congreso considera especialmente eficaz la huelga general de trabajadores, sobre todo en las industrias que producen los instrumentos de guerra (armas, municiones, transportes, etc.), como también la agitación y la acción popular en sus formas más activas.

El hecho de que fuese planteado de nuevo el problema de la huelga general era una contrariedad para quienes lo consideran definitivamente resuelto en Stuttgart. Keir Hardie, en el discurso con que inició el

debate, dejó en claro que no proponía una acción unilateral por los trabajadores de un solo país, y que en lo que pensaba era en una huelga simultánea de los obreros de los países beligerantes. También declaró que no se refería a una huelga general de todos los trabajadores, sino más bien en primer lugar a suspender los aprovisionamientos de guerra, negándose a producir municiones o a transportar tropas o material. No dijo nada acerca de si la clase de huelga que él defendía era un comienzo de insurrección, ni habló como si pensase en esto. Como ilustración de su argumento dijo que una huelga de los mineros ingleses bastaría por sí misma para detener las actividades guerreras. Su propuesta, en esta forma modificada, no agradó a los contrarios a la huelga general más que los proyectos extremistas de los franceses o de Rosa Luxemburgo. Ledebour, aunque pertenecía a la izquierda alemana, no estaba más dispuesto que Legien a tomarlo en consideración. La opinión de los alemanes, apoyada por otras varias delegaciones, era que nada podía incluirse en un acuerdo del congreso a menos que fuese aceptada por casi todos, pues el congreso no tenía autoridad para dar órdenes a los partidos nacionales sin su consentimiento. Sin embargo, el curso del debate puso de manifiesto que la enmienda de Hardie y Vaillant no podía ser completamente rechazada sin producir un gran descontento; y Émile Vandervelde muy poco después propuso que se aplazara para ser estudiada en el congreso siguiente. La oposición aceptó esto, y la propuesta principal fue aprobada por unanimidad, sin hacer referencia alguna a la huelga como medio para evitar la guerra. No obstante se hicieron objeciones incluso a esta transacción, aunque al final los que se oponían fueron persuadidos para que cediesen. Los delegados alemanes y austríacos sostuvieron que el hacer referencia al empleo de la huelga en contra de la guerra, incluso mencionándola sólo como asunto que la Internacional se comprometía a examinar, podía conducir a la persecución de los partidos social-demócratas de esos países por traición, y podía dar a los gobiernos ocasión para prohibirlos y para confiscar sus bienes. Los jefes social-demócratas en modo alguno estaban dispuestos a enfrentarse con una crisis así con respecto a una política a la que eran completamente opuestos; pero al fin se les convenció para que aceptasen la opinión de que una mera promesa de estudiar el problema en un futuro congreso difícilmente podría acarrearles esos peligros, especialmente en vista del hecho de que ya había sido discutido en más de una ocasión. Siguieron de mala gana la indicación de Vandervelde, sin ninguna intención de modificar su oposición a la propuesta de Hardie y Vaillant, sino porque no querían empujar a los delegados franceses e ingleses para que la continuasen independientemente de la Internacional.

Sin hacer referencia alguna a la huelga, la propuesta aprobada en Copenhague consideraba que eran los socialistas de los diversos parla-

mentos los que estaban obligados principalmente a oponerse a la guerra. Les pedía que votasen en contra de los gastos militares y navales; que exigiesen la aceptación del arbitraje obligatorio en todos los pleitos internacionales; que trabajasen en favor del desarme general y, como paso hacia él, en favor de convenios que limitasen los armamentos navales y aboliesen el derecho de apoderarse de los barcos mercantes; de trabajar también por la abolición de la diplomacia secreta y por la publicación de todos los tratados internacionales, los presentes y los futuros, y, finalmente, por la autonomía de todos los pueblos y su defensa contra todo ataque guerrero y toda opresión. La mayor parte de esto era casi idéntico a los programas de los movimientos pacifistas no socialistas, excepto la recomendación final acerca de la autonomía de todos los pueblos.

El acuerdo de Copenhague reafirmaba a continuación los dos párrafos principales del acuerdo de Stuttgart, precisando los deberes de la clase obrera ante la amenaza de la guerra o ante la guerra misma. Daba instrucciones a la Oficina Socialista Internacional para que fomentase la acción común entre los partidos de los países amenazados por la guerra y, si alguno de esos partidos se retractase o vacilase, para convocar a la Oficina y a la Comisión interparlamentaria a una reunión de emergencia.

Habiendo resuelto este punto, el congreso de Copenhague tenía que ocuparse todavía de varias propuestas nacidas la mayoría de ellas de hechos recientes. Aprobó una enérgica propuesta pidiendo la abolición de la pena de muerte y acusando a los partidos burgueses de haber abandonado la campaña contra ella, y de invocarla cada vez más como arma en contra de los obreros en la lucha de clases. En relación con esto, aprobó también una proposición protestando contra violaciones recientes del derecho de asilo, sobre todo por Rusia, pero también por otros países, entre ellos la Gran Bretaña. Protestó contra la conducta de la oligarquía de la Argentina falsificando la práctica del sufragio universal y promoviendo "revueltas parciales" que favorecían los intereses del capitalismo nacional y extranjero. Censuró en términos enérgicos la persecución de los socialistas en el Japón. Hizo constar su profundo interés por los socialistas españoles y por los trabajadores de Cataluña por la bárbara represión que habían sufrido por haberse opuesto a la aventura militar en Marruecos; protestó enérgicamente contra la ejecución de Ferrer, y se congratuló de que Iglesias hubiese sido elegido diputado en el Parlamento. Censuró fuertemente la política de represión de los Jóvenes Turcos contra los sindicatos obreros; dio la bienvenida a los comienzos de un movimiento socialista en Turquía, y pidió reformas democráticas radicales en los países balcánicos y una íntima comprensión entre ellos como medio mejor para combatir la política colonial capitalista que las grandes potencias seguían en los Balcanes. Condenó

severamente la política despótica del gobierno ruso en Finlandia, y acusó a las grandes potencias de ayudar cínicamente al zarismo en su violación de las promesas hechas a los finlandeses. Por último, acusó al gobierno ruso de intervención armada contra la revolución persa, y también en Turquía, y pidió a los partidos socialistas europeos que empleasen todos los medios de que dispusiesen para poner término a la actuación reaccionaria del zarismo.

Esta gran cantidad de acuerdos basta para mostrar cuan numerosos eran en 1910 los conflictos que la Internacional sintió que le interesaban íntimamente. También se daba cuenta de que el mero hecho de aprobar protestas no suponía una gran mejora, y de que su poder era pequeño incluso para hacer que los partidos socialistas parlamentarios llevasen a la práctica sus acuerdos con energía. Cada país se preocupaba de sus propios asuntos y estaba reacio a hacer suyos los problemas que no parecían atraer gran apoyo popular, o que incluso podían atraer su oposición. Con arreglo a esto el congreso de Copenhague hizo constar su opinión acerca del deber que recaía en los partidos nacionales respecto a los acuerdos del congreso en los términos siguientes:

> El congreso, reconociendo que sería difícil formular un modelo de instrucciones para cumplir los acuerdos de los congresos de la Internacional, declara que es necesario dejar a los partidos nacionales la facultad de elegir la forma de acción y el momento oportuno.
>
> Sin embargo, insiste enérgicamente en que es deber de los partidos hacer lo más que puedan por cumplir los acuerdos de los congresos de la Internacional.
>
> La Oficina Socialista Internacional preparará, antes de cada congreso Internacional, un informe dando cuenta de lo que hayan hecho los partidos nacionales para poner en práctica los acuerdos de los congresos.

El congreso de Copenhague, considerado en su conjunto, significó claramente un movimiento hacia la derecha. Aunque confirmó las cláusulas esenciales del acuerdo de Stuttgart acerca de la guerra, no hizo nada para aclararlas o para indicar que existía alguna intención efectiva de actuar respecto a ello más allá de las protestas parlamentarias. Se acercó mucho más que el congreso de Stuttgart a identificarse con el movimiento pacifista burgués; y sus debates acerca de la legislación obrera y social y acerca del desempleo tuvieron un carácter mucho más reformista que los de congresos anteriores. Hizo poco en el sentido de definir una política clara respecto a las cooperativas, y su nueva discusión acerca de los sindicatos obreros y la política socialista no hizo más que reafirmar su creencia en la necesidad de un partido

único y de una única organización sindical en cada país. A quien estudia su actuación 45 años después de realizada, le da la impresión de una organización que tiene conciencia de que se enfrenta con una crisis producida en muchas partes del mundo, y que se halla muy incierta de su poder para enfrentarse a la situación con éxito. A pesar de las palabras enérgicas, ya se veía claro en 1910 que, en caso de que estallara la guerra europea, no podía esperarse una oposición eficaz por parte de los socialistas alemanes, aunque era lo más probable que harían cuanto pudiesen por seguir la política de la Internacional hasta el momento de estallar la guerra. La actitud de los franceses y de los ingleses era todavía más difícil de prever. Pero en el campo obrero la acometividad de los sindicatos franceses ya había rebasado su punto máximo, y en la Gran Bretaña era un punto discutible si Keir Hardie gozaba de suficiente apoyo popular para que fuese eficaz su política antiguerrera. Ya Blatchford y Hyndman habían roto con la masa principal de los socialistas ingleses, y habían empezado una cruzada en favor de armamentos en contra de la amenaza alemana; y, aunque el partido laborista parecía estar al lado de Hardie, era por lo menos dudoso en qué medida le apoyarían los sindicatos obreros. No era difícil prever, incluso el 1910, que si llegase la guerra, la Internacional se vendría abajo; pero todavía había alguna esperanza de que su influjo contribuyese algo a conjurar el peligro.

## (v) 1912-BASILEA

El congreso socialista de emergencia que se reunió en Basilea en noviembre de 1912, en realidad no fue tanto un congreso como una manifestación. Los 555 delegados que acudieron a él, no fueron para discutir, sino para presentar un frente socialista unido en contra de la guerra. El motivo fue el comienzo de la guerra de los Balcanes, en la cual Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro habían combinado sus fuerzas para destruir lo que quedaba en Europa del imperio turco y repartírselo entre ellos. Cuando el congreso se reunió, ya podía asegurarse cuál iba a ser el resultado de la guerra. Las fuerzas turcas habían sido derrotadas en Tracia por los búlgaros, en Macedonia por los serbios, búlgaros y montenegrinos puestos de acuerdo, y, desde el oeste, por los griegos, cuya escuadra había hecho imposible que los turcos reforzasen sus ejércitos de ocupación con tropas procedentes de Anatolia. Ya estaba en marcha el reparto entre los triunfadores de las provincias de la Turquía europea. La guerra había sido emprendida sin intervención de ninguna de las potencias principales de Europa. Pero estas potencias seguramente no se iban a desinteresar del resultado, y quedaba el peligro de que la guerra se extendiese, si alguna de ellas consideraba que sus intereses estaban seriamente amenazados. El temor a esto era lo que

dominaba a los delegados reunidos en Basilea, e hizo que les preocupase mucho el elaborar un arreglo que permitiese a los pueblos de los Estados balcánicos vivir en el futuro juntos y en relaciones amistosas. Los jefes socialistas se daban cuenta de que la mayor esperanza de evitar que la lucha de los Balcanes diese lugar a la intervención de grandes potencias rivales que pensaban en satisfacer sus distintos intereses, estaba en persuadir a los pueblos balcánicos que conviviesen en una federación común, y que olvidasen sus mutuas enemistades uniéndose para oponerse a cualquier potencia exterior. Ya al principio, antes de que la guerra estallase, la Internacional había procurado influir para que los Estados balcánicos se federasen, y les pidió que se opusiesen a la política de guerra de sus gobiernos por temor a que causasen una conflagración general; y Sakasov, jefe del partido socialista "amplio" de Bulgaria, desde el primer momento había adoptado una valiente actitud en contra de los expansionistas búlgaros, y se había constituido en defensor de la federación balcánica. En todos los Estados balcánicos los socialistas eran demasiado débiles para ejercer una influencia importante en la marcha de los acontecimientos: lo único que podían hacer era protestar, e incluso esto era muy peligroso ante la ebullición del nacionalismo popular.

Vandervelde, que presidía la Oficina Socialista Internacional, estaba enfermo cuando se reunió el congreso de Basilea, y su lugar como presidente lo ocupó Édouard Anseele. Con esta excepción, el congreso fue una reunión de todos los talentos, un motivo para hacer discursos elocuentes, habiendo participado en los debates todos los principales oradores. El acuerdo sobre la guerra aprobado en Stuttgart y confirmado en Copenhague fue aprobado de nuevo, con gran entusiasmo; y a los delegados se les dijo que cada partido socialista había actuado conforme a él, haciendo enérgicas declaraciones en favor de la paz y esforzándose lo más posible para evitar que la guerra se extendiese. El congreso les aconsejó que continuasen su buena labor empleando "todos los medios apropiados". Afirmó que "el temor que la clase gobernante tenía a la revolución proletaria había sido una garantía esencial para la paz", con lo cual probablemente querían decir que se había contribuido a impedir que las grandes potencias interviniesen activamente en el conflicto. Cabe razonablemente dudar de que en realidad este temor hubiese pesado mucho; pero a un socialista le animaba pensar esto. Como es natural, en vista de la debilidad del movimiento obrero en los países balcánicos, no había posibilidad de que detuviesen la guerra mediante una huelga o mediante la insurrección; y nadie había propuesto que los trabajadores de otros países debieran declararse en huelga a fin de obligarles a hacer la paz o dejarles sin provisiones. Lo más que la Internacional podía hacer era pedir a los socialistas de Francia, Ale-

manía y la Gran Bretaña que adoptasen una actitud enérgica a fin de evitar que sus gobiernos prestasen ayuda alguna a Austria o a Rusia, las dos potencias que con más probabilidad pudieran intervenir en el conflicto. Ningún socialista quería realmente evitar que los Estados balcánicos se repartiesen la Turquía europea, o lamentaba el derrumbamiento de la resistencia turca. Lo que querían los socialistas era evitar que la guerra de los Balcanes se convirtiese en una guerra europea general. Aunque el peligro más evidente era que Austria y Rusia intervinieran directamente, el temor principal entre los socialistas era que, si esto ocurría, Francia, la Gran Bretaña y Alemania fuesen arrastradas a intervenir. Sobre todo temían que el resultado de la rivalidad entre Inglaterra y Alemania fuese la intervención de ambas en campos opuestos; y de acuerdo con esto el congreso pidió a los socialistas ingleses y a los alemanes que hiciesen causa común a fin de producir una *detente* entre estas dos potencias.

La lucha de los Balcanes estaba todavía en su primera fase cuando se reunió el congreso de Basilea. Sólo después de haberse dispersado riñeron los triunfadores acerca de la distribución del botín, y en lugar de establecer la federación balcánica defendida por la Internacional, se lanzaron uno contra otro en la segunda guerra balcánica de 1913. Tampoco entonces se produjo la intervención directa de las grandes potencias. Se hizo la paz, despojando Serbia, Montenegro y Grecia, ayudadas por Rumania, a los búlgaros de parte de los frutos de la victoria y permitiendo a los turcos que recuperasen un poco de lo que habían perdido. Pero aunque la guerra mundial fue conjurada en 1912 y 1913, el respiro fue breve, y era dudoso que la actitud de los socialistas en favor de la paz pudiera hacer algo para conseguirla. Los partidos socialistas, tanto dentro como fuera de los parlamentos, hicieron lo más que pudieron en forma de protestas y manifestaciones; pero la verdad es que no tenían fuerza para evitar el desastre. En los países occidentales no tenían ni fuerza ni voluntad para evitar la guerra por el único medio que podía evitarla: la revolución; e incluso en Rusia la revolución vino no para evitar la guerra sino como consecuencia de ella.

## (vi) 1914 — VIENA Y PARÍS. EL DERRUMBAMIENTO DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL

En agosto de 1914 debiera haberse reunido en Viena un congreso de la Internacional socialista. Pero el 28 de junio el Archiduque Franz Ferdinand, heredero del trono de Austria, fue asesinado en Sarajevo, la capital de Bosnia. Después de varias negociaciones diplomáticas, el gobierno austríaco, el 23 de julio, envió a Serbia un ultimátum en términos tan extremados que excluía toda posibilidad de ser aceptado; y

cinco días después el ultimátum fue seguido por una declaración de guerra. Los austríacos no hubiesen procedido como lo hicieron sin estar seguros de la ayuda de Alemania en el caso de que los rusos fuesen a defender a Serbia, como de hecho estaban obligados a hacerlo. Si Alemania se unía a Austria-Hungría contra Rusia, era muy difícil que Francia no interviniese; y Francia por su parte esperaba que la Gran Bretaña acudiese en su ayuda. El caso es que el 1° de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia y, el día siguiente, envió un ultimátum al gobierno belga pidiéndole permiso para que el ejército alemán marchase a través de Bélgica para la invasión de Francia. Los belgas se negaron, basándose en su neutralidad garantizada y reforzados por una inteligencia con Francia y la Gran Bretaña. A continuación el gobierno alemán declaró la guerra a Francia, el 3 de agosto, y lanzó por el territorio de Bélgica su fuerza invasora. Al día siguiente, el 4 de agosto, la Gran Bretaña, sosteniendo que la neutralidad de Bélgica había sido violada, declaró la guerra a Alemania. El día 5 Austria-Hungría declaró la guerra a Rusia; Francia, el día 10, declaró la guerra a Austria-Hungría; y la Gran Bretaña lo hizo dos días más tarde. Los alemanes habían entrado en Bélgica el 4 de agosto, y las tropas inglesas empezaron a desembarcar en Francia el día 9. Los austríacos invadieron Serbia el día 13, y los rusos la Prusia Oriental el 16. El día 20 los alemanes ocuparon Bruselas, y el día 26 empezó la batalla de Tannenberg, en la cual derrotaron decisivamente a los rusos. Los austríacos fueron rechazados temporalmente en Serbia, pero el 5 de septiembre los alemanes se hallaban a 10 millas de París, y ahí fueron detenidos en el último momento. La gran guerra había empezado en muchos frentes; y el movimiento socialista internacional, en lugar de ponerse de acuerdo para ponerle fin, había quedado roto en fragmentos enemigos.

Antes de que estallase la guerra, el congreso de la Internacional en Viena acordó primero trasladarlo a París y luego se renunció a él definitivamente. Pero el 15 y 16 de julio se reunió en París un congreso especial del Partido socialista francés y a él asistieron varios jefes de otros países, entre ellos Plekhanov y Rubanovich, de Rusia, Anseele y Wauters, de Bélgica, Vliegen, de Holanda y Karl Liebknecht, de Alemania. Dándose cuenta del peligro inminente, Vaillant, apoyado por Jaurès, reiteró su demanda para que se declarase una huelga general internacional a fin de evitar la guerra. Marcel Sembat estuvo de acuerdo con ellos: Guesde y sus partidarios, como siempre, se opusieron enérgicamente. El resultado, dijo Guesde, sería llevar al desastre al país más socialista y producir seguramente el aplastamiento del socialismo y de la civilización. Gustave Hervé, que antes era el jefe de los antimilitaristas extremistas, sorprendió al mundo apoyando a Guesde, basándose en que no había manera de asegurar que la huelga se produjese a la vez en los

distintos países. A pesar de estas censuras, el congreso aprobó por una pequeña mayoría "la huelga general, organizada simultánea e internacionalmente en los países interesados".

Pocos días después, el 29 de julio, cuando Austria ya había declarado la guerra a Serbia, la Oficina Socialista Internacional celebró en Bruselas una reunión de emergencia. A ella asistieron, entre otros, Jaurès, Guesde, Vaillant, Sembat y Jean Longuet, de Francia; Victor y Friedrich Adler, de Austria; Burian v Nèmec, de Hungría y Bohemia; Rubanovich, de Rusia; Vandervelde, de Bélgica; Morgari, de Italia; y Keir Hardie, Bruce Glasier y Dan Irving, de la Gran Bretaña. Hugo Haase, jefe del partido social-demócrata v de su grupo en el Reichstag, fue el único que asistió de Alemania; pero Rosa Luxemburgo asistió como representante de Polonia. Fue en esta runión donde se tomó el acuerdo, a propuesta de Haase, de convocar a una sesión especial del congreso de la Internacional, que debía celebrarse en Viena el 23 de agosto, para que se celebrase en París el 9 de agosto. En la reunión de la Oficina, Victor Adler, con el asentimiento de Nêmec, declaró que la guerra contra Serbia era muy popular en Austria, y que sería sumamente difícil para los socialistas austríacos hacer nada en contra de ella, aunque ellos habían protestado contra los términos tan extremados del ultimátum dirigido a Serbia. Ya se podía prever claramente que los jefes del socialismo austríaco no harían nada para oponerse a la guerra contra los serbios, y que lo que querían de sus compañeros socialistas era que actuasen para limitar el conflicto, especialmente para evitar la intervención de Rusia. Estas propuestas fueron mal recibidas; y entonces los miembros de la Oficina se dirigieron a Haase para que declarara las intenciones de los socialistas alemanes. Haase, quien pronto había de perder su posición de líder en Alemania, informó acerca de los pasos que ya había dado su partido para oponerse a la entrada de Alemania en la guerra y para protestar contra la actitud del gobierno austríaco. Dio a entender a sus compañeros, miembros de la Oficina, que los socialistas alemanes se opondrían a la intervención alemana incluso si los rusos declaraban la guerra a Austria, y que se negarían a votar los créditos de guerra a pesar de las gestiones que ya se habían hecho acerca de ellos en representación del gobierno. En una gran manifestación pública realizada inmediatamente después de la victoria de la Oficina, Haase repitió públicamente estas declaraciones y habló de las grandes manifestaciones contra la guerra que se estaban celebrando en Alemania. Recibió una ovación.

La propuesta aprobada por la Oficina Socialista Internacional pedía a todas las organizaciones obreras de los países afectados, no sólo que continuasen, sino que intensificasen sus demostraciones en contra de la guerra, y que insistiesen en que se solucionase el pleito austro-serbio

mediante un arbitraje. Declaraba que especialmente los trabajadores franceses y alemanes harían sobre sus gobiernos toda la presión posible, los unos para que el gobierno francés evitase la intervención rusa, y los otros para convencer al gobierno alemán a fin de que ejerciese sobre Austria-Hungría una influencia moderadora.

La Oficina se dispersó después de otra reunión celebrada en la mañana del 30 de julio, y los delegados regresaron a sus países para informar acerca de lo que se había acordado. Al día siguiente, los jefes franceses, y al frente de ellos Jaurès, que seguían confiados en que la paz podría ser salvada, trataron de ver al primer ministro francés, el antiguo socialista Viviani, a fin de pedirle que siguiese actuando para contener a Rusia. Viviani no les vio y el subsecretario que los recibió en su lugar no se mostró dispuesto a hacer nada. Aquella misma noche Jaurès, todavía esperanzado, fue asesinado por un joven reaccionario en un restaurante donde había estado cenando con varios colegas de la redacción de *L'Humanité*.

La muerte de Jaurès, el eminente orador y jefe intelectual del movimiento socialista, fue un golpe terrible para los socialistas, no sólo de Francia, sino de todo el mundo. A pesar de profundos desacuerdos con los social-demócratas alemanes y con quienes admiraban a éstos en otros países, había sido respetado y admirado casi umversalmente. Incluso Rosa Luxemburgo, que se había opuesto a él enérgicamente, era una gran admiradora suya y su amiga personal. En Francia había sobresalido sobre los demás jefes políticos, y había mantenido buenas relaciones con los directivos de la Confederación General del Trabajo, a quienes había tenido mucho cuidado de no herir. Es cierto que en la Internacional había defendido enérgicamente el derecho y el deber de la defensa nacional contra una agresión extranjera; pero también había sido uno de los partidarios más destacados de la amistad entre la clase obrera francesa y la alemana, y había hecho lo más que pudo para mejorar las relaciones franco-alemanas y para favorecer la causa del arbitraje internacional. Su muerte repentina dejó a los socialistas franceses sin jefe; porque ni Guesde ni Vaillant eran de talla suficiente para sustituirle.

Es muy probable que la situación internacional inmediata no hubiese variado en nada, si Jaurès hubiese sobrevivido. La corriente marchaba ya con fuerza hacia una guerra en la cual entrarían las cinco grandes potencias de Europa. Los rusos ya habían decidido intervenir en contra de Austria; y el gobierno alemán ya había decidido declarar la guerra a Rusia, lo cual hizo al día siguiente de su muerte. A pesar de las valientes palabras de Haase en Bruselas no era de esperar que los socialistas alemanes, como tampoco los austríacos, hiciesen oposición efectiva a los planes de su gobierno. La diferencia que Jaurès podía

haber producido consistía no en evitar la guerra, sino en guiar la actuación de los socialistas franceses, y acaso influir en la de otros, después de haber estallado. Se ha dicho con frecuencia que Jaurès, si hubiese vivido, se habría unido a la causa de la defensa nacional contra Alemania, como hicieron tanto Guesde como Vaillant. Probablemente esta opinión es acertada; pero también es probable que hubiese mostrado mayor prudencia que ellos para trabajar en favor de una paz negociada. Su oportunidad para esto sólo se habría presentado más tarde, después que Alemania hubiese fracasado en el intento de conseguir una victoria rápida. Pero se habría presentado; y en la situación posterior a 1916 acaso su presencia hubiese significado una diferencia grande.

Por el momento, el efecto de su muerte fue paralizar a los socialistas franceses hasta después de que los alemanes habían entrado en Bélgica camino de París. Pero en la noche del 31 de julio todavía no era evidente que la suerte estuviese irrevocablemente echada. El gobierno inglés todavía trataba de detener a los rusos; y la declaración de guerra de los alemanes a Rusia, aunque decidida, aún no había sido hecha. Todavía habían de producirse discusiones entre los socialistas de los países que pronto habrían de combatir entre sí.

El 1º de agosto, el día siguiente al asesinato de Jaurès, Hermann Müller llegó a París como emisario del partido social-demócrata alemán. Llegó, acompañado por el belga Henri de Man, no para hacer ninguna propuesta precisa, sino para un intercambio de informes. Müller dijo a los socialistas franceses que el partido alemán no había llegado a tomar ninguna decisión acerca de su actitud respecto al voto de los créditos de guerra. Declaró que seguramente el partido no los votaría, pero que existía una tendencia a abstenerse. Puso en claro que para muchos de los alemanes la guerra que se aproximaba era sobre todo una lucha alemana contra la barbarie rusa; e insistió en que la culpa, si la guerra estallaba, no la tendría principalmente Alemania, sino las clases gobernantes de todas las potencias imperialistas. Esto, por supuesto, sucedía antes de que el gobierno alemán hubiese exigido el derecho a marchar a través de Bélgica; pero sólo el día antes. La tarde del día siguiente a las conversaciones de Müller en París, fue recibido el ultimátum alemán a Bélgica, y sólo fueron dadas doce horas para la contestación. El resultado fue unir fuertemente a los socialistas belgas en favor de la defensa nacional y, dos días más tarde, que la Gran Bretaña entrase en la guerra el 4 de agosto.

Este mismo día fueron votados los créditos de guerra en el Reichstag alemán; y todos los social-demócratas alemanes votaron en favor de ellos. Esto no quería decir que todos estuviesen de acuerdo: en la reunión del partido, de 111 diputados socialistas 14 votaron en contra

de los créditos. Pero la minoría, a cuyo frente estaba el jefe del partido Haase, se sometió a la disciplina de éste; y correspondió a Haase, cuya dimisión no fue aceptada, pronunciar el discurso oficial en favor de la política a que personalmente era opuesto. Incluso Karl Liebknecht, que muy pronto había de desafiar la disciplina del partido, cedió a ella en esta ocasión.

Puede decirse en favor de los alemanes que hasta el momento en que se puso en claro que los rusos tenían intención de hacer la guerra a Austria-Hungría en ayuda de los serbios, habían hecho lo que habían podido, dentro de los límites constitucionales, para evitar la extensión del conflicto. Sus periódicos tomaron una enérgica actitud en contra de la intervención de Alemania; y habían realizado reuniones y manifestaciones gigantescas en favor de la paz. Pero en ningún momento habían dado señales de ir más allá de una protesta constitucional. Siempre habían sido decididamente enemigos de oponerse a la amenaza de guerra mediante la huelga y de toda clase de protesta mediante la insurrección; y lo habían declarado con toda claridad en varios congresos de la Internacional. Pero en la situación que existía en julio de 1914 las manifestaciones de masas estaban llamadas a ser inútiles. El gobierno asutriaco indudablemente había sondeado a los alemanes antes de enviar su ultimátum a Serbia, y había recibido promesas de que, si Rusia intervenía, también lo haría Alemania. El gobierno alemán, al estimar las probables reacciones de la clase obrera alemana, pudo darse cuenta de la fuerza del sentimiento antirruso que existía tanto entre los jefes como entre la masa, y podía estar casi seguro de que, aun en el peor caso, la mayor parte de los social-demócratas no harían más que protestar, y ni se rebelarían ni se declararían en huelga de modo que constituyesen un obstáculo para la movilización o impidiesen los aprovisionamientos de guerra. En defensa de su actuación contra Bélgica podía argumentar que, si los alemanes no entraban en este país, lo harían los franceses, por ser su camino más fácil hacia Alemania; y este argumento, incluso si era incorrecto, tenía algún fundamento en las conversaciones que se sabía que habían tenido lugar entre los jefes militares de Bélgica, Francia e Inglaterra. Esto no justifica la acción de Alemania, pero contribuye a explicar, aunque en modo alguno justifica el consentimiento de los socialistas alemanes. Los franceses, por su parte, ante la perspectiva de una invasión casi inmediata cuando los ejércitos alemanes hubiesen barrido a los belgas, no podían elegir. La mayoría de ellos se unieron inmediatamente en defensa de la causa nacional.

En Rusia, había habido grandes huelgas y manifestaciones en contra de la guerra en el mes de julio. Pero los socialistas rusos, incluso si hubieran estado unidos, no se hallaban en 1914 en situación de ofre-

cer una resistencia eficaz a la política de guerra del zarismo. En realidad, no estaban unidos. Cuando el gobierno ruso decidió ayudar a Serbia contra los austríacos, se produjo una oleada de sentimiento proeslavo que se hizo más fuerte cuando Alemania declaró la guerra a Rusia. No sólo muchos de los social-revolucionarios, sino también Plekhanov, el decano del marxismo ruso, llegaron a convertirse al patriotismo ruso. La mayor parte de los social-demócratas, tanto los de dentro de Rusia como los que, como Lenin, se hallaban en el destierro, se mantuvieron inconmovibles en su hostilidad a la guerra; pero sólo una pequeña minoría estuvo de acuerdo con Lenin en ver en ésta el medio para una revolución rusa y mundial, o estaban dispuestos a adoptar su política de derrotismo, como parte de su credo revolucionario. En Austria, como hemos visto, Víctor Adler había sostenido, casi desde el momento del asesinato de Sarajevo, que la opinión de las masas era demasiado hostil para que los socialistas pudieran hacer una política de oposición eficaz al gobierno. Es verdad que los socialistas habían protestado contra la intransigencia de su gobierno, y que habían pedido que el pleito con Serbia se resolviese mediante un arbitraje; pero habían dicho desde el principio que Austria tenía el derecho de exigir garantías y reparaciones de Serbia, y se habían opuesto al gobierno sólo en el sentido de que había ido demasiado lejos. Quedaba en el socialismo austríaco una pequeña minoría, dirigida por Friedrich Adler, contraria a la guerra, aun después de que otros países fueron arrastrados a ella. Pero por el momento esta minoría no podía hacer nada.

En cuanto a la Gran Bretaña, la última de las grandes potencias que entró en la lucha, el problema de una acción positiva para evitar la participación fue finalmente dejada a un lado por la invasión alemana de Bélgica. Los jefes ingleses, al regresar de la reunión que celebró en Bruselas la Oficina Socialista Internacional, pudieron persuadir a la sección inglesa de la Internacional para que organizase manifestaciones contra la guerra en las cuales hablaron, entre otros, Keir Hardie y Arthur Henderson. Pero nunca se pensó en hacer algo más que manifestaciones; la idea de Keir Hardie de emplear las huelgas para evitar el traslado de tropas y de materiales de guerra, que en realidad había defendido como parte de un movimiento internacional combinado, nunca se tomó ni siquiera en consideración. Se pusieron algunas esperanzas en los intentos del gobierno inglés para disuadir a Rusia y Alemania a fin de que no interviniesen; y hubo una minoría que deseaba que Inglaterra se mantuviese al margen, incluso cuando ya aquéllas habían intervenido con las armas; pero era sólo una pequeña minoría, formada por el partido laborista independiente y una parte del partido socialista inglés. Hyndman, el jefe del B.S.P., durante largo tiempo habló predicado en favor de armarse en contra de Alemania; y los sindicatos

obreros, que en realidad eran los que dominaban al partido laborista, se unieron por gran mayoría a la ayuda de la guerra cuando se hallaron ante el hecho de que el ejército alemán estaba atravesando Bélgica camino de Francia. Probablemente hubiesen hecho lo mismo incluso si no hubiera habido violación de la neutralidad de Bélgica; pero todo sucedió de prisa para que esta cuestión pudiera ser examinada.

Así pues, en ninguno de los principales Estados que entraron en guerra en 1914 influyó inmediatamente de manera considerable el hecho de que existiese una organización socialista internacional que se había obligado a hacer lo más posible para evitar la guerra o para detener a los gobiernos en su política guerrera. Se puede sostener con fuerza que la culpa de esto la tuvieron sobre todo los socialistas alemanes y austríacos, porque sus gobiernos en modo alguno tenían razón; los austríacos por no haber permitido que se negociase un arreglo con Serbia, y los alemanes, primero por haber prometido a los austríacos su ayuda y después por haber violado la neutralidad de Bélgica. Es, pues, claro que Austria y Alemania fueron los agresores y que, si la política de la Internacional había de seguirse seriamente, la obligación de detenerlas la tenían los socialistas austríacos y alemanes, quienes, unos y otros por igual, dejaron desgraciadamente de cumplirla. Sin duda, también el gobierno zarista mostró un espíritu intransigente; pero en Rusia, en donde el socialismo era todavía un movimiento clandestino de rebelión, los socialistas aún no estaban en situación, en 1914, de hacer más de lo que habían hecho hasta entonces. Nada que no fuese una verdadera revolución podía detener al gobierno zarista, y la revolución estaba más allá de sus posibilidades, hasta que el «mino hacia ella fuese abierto por la tensión y los desastres de la guerra. En cuanto a los socialistas franceses e ingleses ¿qué se podía esperar que hicieran durante los días fatales de julio y de principios de agosto? Sus gobiernos, cualesquiera que hubiesen sido sus pecados durante largo tiempo, no eran responsables de la crisis: todo lo que se les podía pedir que hiciesen, durante aquellas dos semanas críticas, era influir lo más que pudieran para detener a Rusia y Alemania, a fin de localizar el conflicto y de obligar al gobierno de Austria a aceptar un arbitraje o una mediación.

Pero, por supuesto, era preciso considerar toda la situación no como si la hubiese iniciado el asesinato de Sarajevo, sino como la última fase de una compleja guerra fría internacional que se había ido prolongando, y que cada día se había agravado, durante muchos años, y que durante largo tiempo había sido estudiada con alarma creciente por los jefes socialistas. Detrás de la disputa entre Austria y Serbia quedaba una larga historia de rivalidades imperialistas en los Balcanes, en que entraban no sólo Rusia y Austria-Hungría sino también Alemania y la Gran Bretaña; tras ella quedaba también la lucha casi mundial por

la influencia colonial entre la Gran Bretaña, la muy rica en colonias, y Alemania, la muy pobre en ellas. A esto hay que añadir en el occidente de Europa, el legado que, en Alsacia-Lorena, había dejado la guerra de 1870. Los socialistas alemanes, cuando fueron atacados por apoyar la política agresiva del gobierno alemán, pudieron contestar que en la situación existente en Europa, las frases "guerra agresiva" y "guerra defensiva" habían perdido su significado, y que la culpa la tenía, no el inmediato "agresor", si es que podía señalarse alguno, sino la política imperialista de todas las grandes potencias que habían convertido en mera farsa todo lo que se decía acerca de la moralidad internacional. Mucha importancia se dio a la negativa de la Gran Bretaña para aceptar que se modificasen los derechos navales respecto al bloqueo, a la alianza de Francia-Inglaterra con la reaccionaria Rusia y al legítimo derecho de Alemania a tener un "lugar en el sol". Estas demandas no llegaron a convencer a una considerable minoría de los mismos socialistas alemanes; pero en ellas había lo bastante para atribuir un tono hipócrita a la réplica de que la Gran Bretaña había entrado en la guerra sólo para defender a la "pequeña y valiente Bélgica".

Así sucedió que los jefes del partido laborista independiente inglés, que durante años habían censurado la política extranjera de Sir Edward Grey y la alianza con Rusia como una amenaza contra la paz, sintieron en 1914 sospechas profundas de que la política inglesa de hecho había llevado al país a la guerra a espaldas del pueblo. Pidieron al gobierno británico que no entrase en la guerra, incluso si Rusia y Francia intervenían, y que estuviese dispuesto a actuar como mediador en la primera oportunidad. Pero ante la actitud alemana y ante el hecho de que los socialistas alemanes no se opusieron a ella, tenían muy pocas probabilidades de que les siguiese la mayoría de los obreros ingleses. El partido laborista y los sindicatos obreros, a diferencia del partido laborista independiente y de otras asociaciones socialistas, habían participado en la Internacional sólo marginalmente, y habían intervenido poco en sus grandes debates acerca de los problemas de la guerra y de la paz; el partido laborista entonces ni siquiera pretendía ser un partido socialista: la Gran Bretaña siempre había sido considerada en la Internacional como un país políticamente retrasado, y se ponía a los socialistas alemanes como un ejemplo que contrastaba con ella. A pesar de que Keir Hardie aconsejaba la huelga general en contra de la guerra, nadie en el continente, y en este punto tampoco en la Gran Bretaña, había esperado seriamente que los obreros ingleses recurriesen a ella; y la posición del partido laborista en el Parlamento era sin duda demasiado débil para que pudiese hacer mucho allí; incluso si hubiese estado unido no quedaba más recurso que el de las manifestaciones de masas; pero desde el momento en que los ejércitos alemanes iniciaron

su avance, los socialistas que todavía eran contrarios a la guerra carecieron de todo poder para sacar a las masas a la calle. De hecho, el problema que tenían que afrontar desde aquel momento era el de si, siendo pocos, estaban dispuestos a oponerse al esfuerzo de la guerra frente a una poderosa opinión pública hostil, o si, estando la Gran Bretaña en guerra con una Alemania agresiva, debían unirse a la causa nacional, en todo caso en la medida de hacer lo más que pudiesen para evitar una victoria alemana.

Respecto a este punto el mismo Partido Laborista Independiente no estaba unido. Una parte de él, dirigida por J. R. Clynes, su principal figura sindicalista, ayudó plenamente al esfuerzo de la guerra. La mayoría, a cuyo frente estaba Philip Snowden, mantuvo su oposición, pero por el momento pudo hacer muy poco en este sentido. De sus dos figuras principales, Keir Hardie, deshecho al derrumbarse sus esperanzas, cayó enfermo y murió en septiembre de 1915; mientras que Ramsay MacDonald, después de dimitir la jefatura del partido laborista en favor de Arthur Henderson, unió su ataque a la política extranjera de Grey con la afirmación de que la guerra, una vez iniciada, tenía que ser ganada o, en todo caso, no perdida y, por consiguiente, se negó a oponerse a la campaña de reclutamiento.

Mientras tanto, en Francia, el 26 de agosto, dos socialistas, Jules Guesde y Marcel Sembat, habían llegado a ser miembros del gobierno reorganizado de Viviani. En Bélgica Émile Vandervelde ya había entrado a formar parte del gabinete el 4 de agosto. En la Gran Bretaña, la entrada del partido laborista en el gabinete no se produjo hasta mayo de 1915, cuando Arthur Henderson, que había sido hecho consejero privado en enero, llegó a ser ministro de educación (President of the Board of Education), mientras otros dos, William B. Brace y G. H. Roberts, fueron nombrados para puestos menos importantes. En los otros países beligerantes, la entrada de los socialistas en los gobiernos se produjo sólo mediante la revolución: en Rusia en 1917 y en Alemania y Austria al terminar la guerra.

Después de la reunión de Bruselas de julio de 1914 la Segunda Internacional dejó de funcionar como expresión colectiva de una política socialista internacional. No había que pensar en que continuara de ninguna forma en territorio belga: lo que quedó de ella tuvo que buscar refugio en un país neutral. Su secretario, el belga Camile Huysmans (nacido en 1871), trasladó su oficina central a Holanda, y desde este lugar más ventajoso trató de mantener relaciones con los partidos afiliados, tanto los de los Estados beligerantes como los de los neutrales. Ya en septiembre de 1914 los socialistas norteamericanos escribieron a la Oficina Socialista Internacional proponiendo que se convocase a una reunión de la Internacional; y poco después se recibieron propuestas

iguales de Italia y de otros países neutrales. En enero de 1915 una conferencia de socialistas neutrales se reunió en Conpenhague y pidió a la Oficina que convocase a una reunión de la Internacional "tan pronto como las circunstancias lo permitiesen y, en todo caso, no más tarde de que se iniciasen las negociaciones para la paz". El mes siguiente se reunió en Londres la primera de una serie de conferencias de socialistas aliados; y una conferencia de socialistas de las potencias centrales se celebró en Viena en abril de 1915. Una segunda conferencia de neutrales se celebró en julio de 1916 en La Haya, y pidió que se reuniese la Oficina Socialista Internacional. Mientras tanto, en septiembre de 1914 tuvo lugar en Lugano una reunión socialista italo-suiza, y el socialista suizo Robert Grimm había empezado sus gestiones para que se celebrase una reunión internacional de socialistas opuestos a la guer rra. En marzo de 1915, debido principalmente a los esfuerzos de Clara Zetkin, se reunió en Berna una conferencia internacional de mujeres socialistas, y publicó acuerdos pidiendo que la guerra terminase inmediatamente. En esta reunión, bajo la influencia de Lenin, los socialdemócratas rusos se separaron, pidiendo un rompimiento completo con el "social-patrioterismo" y el establecimiento de una nueva Internacional. Mientras tanto, Grimm, en unión de Morgari, del partido socialista italiano, continuó sus esfuerzos para persuadir a los dirigentes de la Segunda Internacional que reuniese a los diversos sectores de ésta; y ante su negativa, los italianos decidieron actuar sin ellos, y convocar a una asamblea con el objeto, no de formar una Internacional, sino de restablecer las relaciones internacionales y de promover una acción común en favor de la paz. De esta iniciativa nació la conferencia de Zimmerwald de septiembre de 1915, considerada generalmente como precursora de la Tercera Internacional. Lenin propuso allí que la nueva Internacional debía establecerse inmediatamente, pero no logró que su propuesta fuese aprobada ni en Zimmerwald ni en la conferencia siguiente a ésta, la de Kienthal, de abril de 1916. Estas dos reuniones, aunque estaban formadas por personas contrarias a la guerra, fueron una mezcla de elementos revolucionarios y pacifistas: iban desde los que, con Lenin, esperaban convertir la guerra entre naciones en una guerra civil revolucionaria entre los capitalistas y los trabajadores, hasta los que sólo deseaban reunir a las naciones en guerra en una paz negociada, y entre estos extremos había sindicalistas y socialistas de izquierda de matices diversos. En Zimmerwald los representantes franceses y alemanes (Merrheim y Bourderon de la C.G.T. francesa y Georg Ledebour y Adolf Hoffmann de la minoría alemana) firmaron una declaración unida de fraternidad, incluyendo una denuncia de la violación de Bélgica (escrita por el mismo Ledebour). Trotsky, con Grimm y Henriette Roland-Holst, de Holanda, redactó la declaración princi-

pal de la conferencia de Zimmerwald, la cual firmó Lenin después de haber sido rechazada su propuesta por 19 votos en contra y 12 en favor,

De este modo, antes de que la revolución rusa de 1917 hubiese cambiado dramáticamente la situación, ya empezaron a tomar forma dos movimientos rivales para volver a una acción socialista internacional, uno patrocinado por los neutrales que habían seguido en contacto con la Oficina Socialista Internacional, y el otro, defendido por un grupo suizo-italiano, entre los partidos y las minorías que habían adoptado una actitud contraria a la guerra. El primero de éstos en manos de un comité escandinavo-holandés presidido por Hjalmar Branting, de Suecia, y Pieter Troelstra, de Holanda, intentó, después de la primera revolución rusa, reunir en Estocolmo, con la ayuda de los rusos, una conferencia socialista de paz, en la cual se esperaba que tomarían parte partidos socialistas de los dos grupos de beligerantes. El segundo, después de prescindir de sus elementos pacifistas, había de preparar el camino para que los bolcheviques fundasen la Tercera Internacional en vísperas de su victoria en Rusia. El relato de estos hechos tenemos que aplazarlo para el próximo volumen de esta obra.

A esta altura sólo resta indicar que el derrumbamiento de la Segunda Internacional en 1914, aunque entonces produjo consternación en muchos socialistas, podía haber sido previsto, y, sin duda, fue previsto por los gobiernos de las grandes potencias, los cuales entraron en la guerra sin hacer gran caso de las amenazas socialistas. Había quedado bastante en claro, tanto en Stuttgart como en Copenhague, que la Internacional no tenía una política común que pudiera ser eficaz para detener la guerra, a menos que los gobiernos de las grandes potencias pudieran ser atemorizados tomando las meras manifestaciones por una verdadera voluntad para resistir. En todos los países interesados, excepto en la Gran Bretaña, erraba implantado el servicio militar obligatorio, y aun antes de empezar las hostilidades gran número de socialistas estaban expuestos a ser llamados repentinamente a filas. Una resistencia eficaz contra la guerra sólo podía haber sido ofrecida si los partidos socialistas hubiesen estado dispuestos a aconsejar a sus miembros que se negasen a obedecer este llamamiento. Pero este punto capital nunca fue ni siquiera examinado, excepto por Hervé y unos pocos extremistas. Se dio por supuesto que los reservistas obedecerían a esta llamada. Pero, una vez que hubiesen obedecido, si el resto de los trabajadores intentaba oponerse a la guerra, podía censurársele que hacía traición a sus compañeros: no podría hacer nada, a menos y en la medida en que los soldados en filas estuvieran dispuestos a rebelarse. Ante la actitud conocida de los partidos principales, la propuesta aprobada en Stuttgart y confirmada en Copenhague y en Basilea, incluso prescindiendo de su vaguedad, carecía de sentido.

## CAPÍTULO III

# LA GRAN BRETAÑA: EL SOCIALISMO ANTES DEL PARTIDO LABORISTA

### (I) LOS COMIENZOS DE SOCIALISMO FABIANO

En el segundo volumen de esta obra, la historia del movimiento socialista en la Gran Bretaña llegó casi hasta el final de la década de 1880, con excepción de lo referente a la Sociedad Fabiana que fue aplazado para este volumen. La razón de esto es que, aunque la Sociedad Fabiana fue fundada a principios de 1884, de hecho antes de que la Federación Social-Demócrata hubiese adoptado un programa claramente socialista, su influencia fue pequeña hasta la publicación de los "Ensayos Fabianos acerca del socialismo" (Fabián Essays in Socialism) a fines de 1889, y su influencia en el pensamiento socialista pertenece al período que había empezado hacia entonces con la aparición del "nuevo sindicalismo" en las huelgas de los obreros londinenses del gas y del puerto. El socialismo fabiano llegó a ser un cuerpo de doctrina definido sólo al aparecer los "Ensayos Fabianos". Tiene que ser estudiado en relación no con la Federación Social-Demócrata o con la Liga socialista de William Morris, sino con el Partido Laborista Independiente, fundado bajo la jefatura de Keir Hardie en 1893, y con el "Nuevo Sindicalismo", del cual John Bums, Tom Mann y Ben Tillett eran los directivos sobresalientes.

En realidad, en los primeros tiempos de la Sociedad Fabiana no había nada que indicase que iba a llegar a ser importante. Era, sin duda, significativo que en el invierno de 1883 un grupo compuesto casi por completo de intelectuales de la clase media, la mayoría de los cuales habían tenido muy poca relación con los obreros, hubiese decidido establecer una sociedad dedicada a una labor socialista; y sin duda es verdad que sólo un grupo de esta clase podía llegar a constituir el tipo de sociedad en que los fabianos se convirtieron. Pero al principio nada indicaba cuáles habían de llegar a ser la doctrina y la política característicamente fabianas, ni que esta sociedad tenía más probabilidades de sobrevivir que otras agrupaciones casi casuales de unos cuantos individuos desconocidos, que no estaban satisfechos con las bases existentes de la sociedad, y se unían con la esperanza de hallar el camino que condujera a un mejoramiento social. De hecho, las intenciones originales del grupo de que salió la Sociedad Fabiana apenas tenían nada en común con el fabianismo que nació de ellas; y la sociedad fue conse-

cuencia de una desviación del plan primitivo. Todo empezó cuando Thomas Davidson, conocido por "el sabio errante", se estableció por algún tiempo en Londres en 1883 y, según su costumbre, reunió a su alrededor a un grupo de discípulos, la mayoría jóvenes de uno y otro sexo, a quien propuso la fundación de una "asociación de la vida nueva".

Thomas Davidson (1840-1900), hermano mayor de John Morrison Davidson, que escribió Annals of Toil (Anales de la faena) y tomó parte en el movimiento laborista escocés, era hijo de pequeños labradores, y llegó a ser maestro de escuela en la aldea donde nació y más tarde en Oundle y Aberdeen. Dejó su puesto preocupado por hallar una filosofía, y se dedicó a viajar. En Roma tuvo una larga entrevista con el Papa, a quien propuso una nueva edición de las obras de Santo Tomás de Aquino; y empezó a trabajar para publicar y traducir las obras de Antonio Rosmini (1797-1855), el fundador del instituto de los Hermanos de la Caridad. Se trasladó a América y llegó a ser un precursor del movimiento de las escuelas de verano, organizando campamentos anuales regulares de verano para el estudio de la filosofía, de la religión y de cuestiones sociales. Su filosofía, muy idealista, era confusa y desconcertante, y no es posible resumirla. Incluía la opinión de que el progreso social depende de la regeneración del individuo, y que la manera de traer al mundo una forma mejor de vida era que grupos de individuos se obligasen a vivir de acuerdo con un elevado ideal de amor y fraternidad, estableciendo donde y como pudiesen comunidades con este fin, pero, salvo esto, practicando su ideal al mismo tiempo que continuaban dedicados a sus ocupaciones ordinarias. La finalidad de la asociación de la vida nueva era explorar las posibilidades de una forma de vida comunal, y mientras tanto estudiar las condiciones de una buena vida. Davidson se marchó a los Estados Unidos, en donde estableció una organización análoga, antes de que su asociación de Londres ni siquiera se hubiese iniciado; y faltando su dinámica personalidad, los miembros del grupo pronto decidieron seguir cada uno su camino. Una sección, presidida por Percival A. Chubb, conocido después como dirigente de una "iglesia ética" en Norteamérica, pero entonces empleado en el ministerio del gobierno local, continúo con la asociación de la vida nueva, que duró hasta 1898, y publicó durante el resto de su vida un periódico mensual, *Seedtime.* Entre sus miembros había algunas figuras notables: Havelock Ellis (1859-1939), el psicólogo; Henry S. Salt (1851-1939), el humanitario; Edward Carpenter (1844-1929); John Francis Oakeshott (1860-1945), y también James Ramsay y MacDonald El otro grupo, que incluía a Edward R. Pease, Frank Pcdmore (1856-1910), Hubert Bland (1856-1914), Frederick Keddell y John Hunter Watts (que murió en 1924), se separó y, a principios de 1884,

fundó la Sociedad Fabiana. Escépticos acerca de la idea de Davidson de fundar comunidades, y queriendo un programa más preciso de reforma social, los miembros de este segundo grupo, que al principio no llegaban a doce, admitían su inseguridad acerca del camino que habrían de seguir, y decidieron que necesitaban de tiempo para reflexionar y discutir antes de que pudiesen formular una política. A propuesta de Podmore adoptaron el nombre de "fabianos" a fin de indicar su deseo de pensar más antes de dar el salto. Acaso tuvieron en cuenta los versos de John Gay:

> Que nadie censure mi lentitud:
> como Fabio, gano con la demora,

pero más tarde eligieron como su divisa, no estos versos, sino dos supuestas citas en prosa, las cuales, según parece, fueron invención de Podmore.

> Porque no puede negarse que el fruto de la larga deliberación de este hombre, y de los que muchos consideraban inoportunos aplazamientos, fue la garantía del bien público para todos los hombres, conciudadanos suyos.
>
> Tienes que esperar hasta el momento preciso, como hizo Fabio con gran paciencia, cuando guerreaba contra Aníbal, aunque muchos censuraban sus aplazamientos; pero cuando llegue la hora tienes que golpear con fuerza, como lo hizo Fabio, y si no, tu espera habrá sido en vano y sin fruto.

Así pues, el empleo del nombre de Fabio indicaba, al principio, no una anticipación de que el socialismo sería necesario realizarlo gradualmente, por etapas, sino más bien el deseo de tomarse tiempo para elaborar un método y una política acertados. El gradualismo fue un injerto fácil hecho sobre esta idea inicial, pero no formaba parte de ella. En realidad, parece que fue introducido en la Sociedad Fabiana bastante después de su fundación, como contribución especial de Sidney Webb.

No existía necesariamente antagonismo entre los fabianos y la asociación de la vida nueva. De hecho, algunos del grupo original continuaron perteneciendo a los dos, entre ellos William Clarke, que contribuyó a los *Ensayos Fabianos;* Havelock Ellis y J. F. Oakeshott, quien durante muchos años actuó en el Comité Ejecutivo de la Sociedad Fabiana. Pero las dos organizaciones siguieron distintos caminos, haciendo cada una adeptos propios. La Sociedad Fabiana pronto publicó su primer folleto *¿Por qué son pobres los muchos?* (Whv are the Many Poor?), escrito por el único obrero que entonces había en sus filas, el pintor de

casas W. L. Phillips. Su segundo folleto, *Un manifiesto,* publicado también en el primer año de la sociedad, era de un brillante recién llegado, George Bernard Shaw (1856-1950), que pronto trajo con él a otro, Sidney Webb (1859-1947). La llegada de los dos significó una diferencia capital. Entre los dos, Shaw y Webb, procedieron a convertir a la Sociedad Fabiana de un pequeño grupo no muy notable de afanosos buscadores de la verdad en una poderosa fuerza intelectual armada con un evangelio social nuevo y eminentemente práctico.

En 1884 Shaw tenía 28 años, y ya había estado 8 en Londres, dedicado principalmente a escribir novelas, que nadie quiso publicar, y viviendo de escribir ocasionalmente para los periódicos. Se había hecho socialista en 1882, inspirado en parte al oír conferencias de Henry George, y él mismo empezó pronto a dar conferencias y a hablar en las esquinas de las calles. En este período le atrajo al anarquismo, y tuvo contactos con la Federación Social-Demócrata, que todavía no se había desprendido de sus antimarxistas. Estudió a Marx, y no tenía todavía una actitud socialista claramente definida, aunque sí estaba ya lleno de ideas. Le llevó algún tiempo a Sidney Webb atraerlo al socialismo gradualista que aquel apóstol infatigable implantó pronto en el terreno casi virgen del entusiasmo fabiano que se hacía tantas interrogaciones.

Sidney Webb tenía 25 años cuando ingresó en la Sociedad Fabiana el año 1884. Estaba empleado en el ministerio de colonias, y tenía una mente muy ordenada, una memoria prodigiosa y una pasión por la justicia social. Del resto del grupo, Edward R. Pease tenía 27 años, Frank Podmore 28, Sidney Olivier 25, y John Francis Oakeshott 24. Graham Wallas tenía 28 cuando ingresó en 1886. Algunos hombres y mujeres de más edad ingresaron más tarde; pero los que principalmente constituyeron la sociedad eran hombres jóvenes, entre 20 y 30 años, jóvenes profundamente interesados en el socialismo; pero que todavía (con la excepción notable de Sidney Webb) no estaban seguros de lo que significaba.

El año de la fundación de la Sociedad Fabiana fue también el de la "ley de reforma" la cual extendió el derecho al voto urbano, ampliado en 1867, a todo el país, haciendo elevar el número de electores británicos (sin incluir a Irlanda) de tres millones a cinco. Fue además el año de la gran división en la Federación Social-Demócrata, de la cual se separó William Morris y una mayoría del comité ejecutivo para formar la Liga socialista. Hasta la división, algunos de los fabianos pertenecieron a la S.D.F. (Federación Social-Demócrata); y muy pocos siguieron en ella. Pero la Sociedad Fabiana en 1885 se unió al clamor producido contra la S.D.F. cuando se dio a conocer el fracaso de sus candidatos financiados por "el oro de los conservadores";[1] y Bernard

[1] Véase volumen II, p. 376.

Shaw, aunque continuó dando conferencias en los centros de la S.D.F., estaba mucho más próximo a William Morris que a Hyndman. En 1885 la sociedad no publicó nada, salvo una sátira escrita por Shaw: al año siguiente publicó un folleto de doce páginas, *What Socialisme Is* (Qué es el socialismo) tores, dos concepciones rivales del socialismo. La colaboradora de Kropotkin, Mrs. Charlotte Wilson, que permaneció en la Sociedad Fabiana durante muchos años como la representante casi única del anarquismo, expuso el "socialismo libre" de los anarco-comunistas, mientras que el socialismo colectivista fue presentado en una traducción de August Bebel, el jefe social-demócrata alemán. Las dos opiniones opuestas estaban precedidas por un resumen histórico del desarrollo de la sociedad capitalista; pero no se trataba de decidirse por una de las dos. La impresión general producida en el lector era que el movimiento socialista inglés todavía estaba sin formar; pero que probablemente con el tiempo surgirían de él dos grandes partidos, el uno colectivista y el otro anarco-comunista, repitiendo las divisiones que desde hacía tiempo habían separado a los socialistas del continente. Respecto a estas tendencias, la sociedad todavía no había tomado una posición: el folleto tenía por objeto proporcionar una información, más bien que llegar a una conclusión.

Durante el mismo año empezó ya la agitación de los desempleados siendo John Burns su jefe. Los fabianos participaron poco en ella; pero nombraron a un comité, del cual Webb y Podmore fueron los miembros más activos, para publicar un informe. El resultado fue el informe muy combativo sobre Government Organisation of the Unemployed (La organización gubernamental de los desempleados), al cual me referí en el segundo volumen de esta historia.[2] Este informe, con sus curiosas propuestas, entre ellas la del servicio militar obligatorio como remedio posible, fue causa de la primera seria tormenta producida dentro de la sociedad. El informe fue impreso para los socios; pero, en una reunión de la sociedad, fue rechazada la propuesta de publicarlo como un folleto fabiano. Acaso hubo más de una razón para rechazarlo: el proyecto de cultivo del tabaco por el Estado quizás molestó a algunos, y las referencias favorables al servicio obligatorio sin duda atrajeron la oposición de otros. Pero también había en todo el documento una fuerte concepción reformista y gradualista para aceptar la cual todavía no estaba preparada la sociedad. Así pues, el primer escrito de Sidney Webb para la Sociedad Fabiana fue rechazado; pero su influencia se reafirmó fuertemente en el siguiente año, cuando publicó *Facts for Socialists* (Hechos para los socialistas), el primero de una larga serie de folletos informativos de propaganda, que contribuyeron mucho a arraigar la repu-

[2] Véase volumen II, p. 378.

tación de la sociedad por la solidez de su obra. La importancia de *Facts for Socialists* en su forma original estriba menos en las sorprendentes estadísticas acerca de ricos y pobres que Webb reunió en él, que en su intento de basar la defensa del socialismo sobre todo en citas tomadas de autoridades no socialistas y a presentar al socialismo no como un movimiento revolucionario que trata de derrocar la sociedad existente, sino más bien con un desarrollo lógico y necesario de las tendencias que ya actuaban dentro del capitalismo. Ya en este notable folleto se hallaba por completo presente el punto de vista característico de Webb: el socialismo era considerado como una realización de plenitud, y no como un cambio violento, de tendencias existentes y, por lo tanto, su advenimiento se esperaba como resultado no de un cambio revolucionario repentino, sino más bien de un proceso evolutivo consistente en añadir una reforma a otra, con ningún rompimiento violento en ningún punto. En *Facts for Socialists* esta concepción se hallaba sólo implícita, y no formalmente expresada; pero estaba claramente supuesta.

A ésta que puede considerarse como la primera publicación típicamente fabiana, siguieron, dos años más tarde, *Facts for Londoners* (Hechos para los londinenses) y *Figures for Londoners* (Números para los londineses), los dos escritos por Webb en el momento de fundarse el *London County Council* * y concebidos como propaganda en favor de los candidatos progresistas. Pero antes de esto, en 1887 Bemard Shaw había escrito *The True Radical Programme* (El verdadero programa radical) como réplica a las insuficiencias del nuevo programa recientemente adoptado por el partido liberal. En este folleto los fabianos pedían el derecho de sufragio para todos los adultos, incluyendo a las mujeres; que se pagase a los miembros del Parlamento el impuesto sobre las rentas no ganadas por el propio esfuerzo; la jornada de ocho horas y la nacionalización de los ferrocarriles, como una serie suficiente de peticiones inmediatas "para llenar las manos del verdadero partido radical, el nuevo partido laborista, en una palabra, el que de hecho era el partido socialista".

Este folleto de Shaw fue publicado con la ayuda de un organismo especialmente constituido, la Liga parlamentaria fabiana, y no de la Sociedad en su conjunto. Se hizo esto, porque en las filas de la Sociedad Fabiana todavía había personas contrarias a la acción parlamentaria, o anarquistas o revolucionarios que pensaban que las luchas parlamentarias ejercían una influencia corruptora. Así pues, a pesar de *Facts for Socialists* la Sociedad todavía consideraba abierta la cuestión; pero pronto se puso de manifiesto que la gran mayoría de los miembros estaban del lado de Webb, y que la Liga parlamentaria ya había des-

* [Consejo del Condado de Londres, que realmente es el ayuntamiento de toda la ciudad de Londres. (T.)]

aparecido completamente, o, más bien, se había fusionado con la labor general de la Sociedad.

Al año siguiente, en 1888, Sidney Olivier (1859-1943) escribió para los fabianos su primer ensayo sobre economía teórica, el folleto titulado *Capital and Land* (El capital y la tierra). Era principalmente un ataque contra los partidarios de Henry George, destinado a mostrar que el capital lo mismo que la tierra era una forma de monopolio antisocial, por medio del cual la "renta" era obtenida de los productores. Por supuesto, ésta era una pugna ya corriente entre los socialistas: la habían expuesto Hyndman y otros jefes de la S.D.F. (Federación Social-Demócrata) en muchas ocasiones. Pero mientras que la S.D.F., argumentaba en este punto basándose en el concepto marxista de la "plusvalía", los fabianos sencillamente hacían uso de la teoría ricardiana de la renta, y extendían la aplicación de Henry George de esta teoría de la tierra a otros bienes de capital como productora igualmente de una renta que el propietario podía obtener mediante el trabajo del pueblo. Del mismo modo que Webb, en *Facts for Socialists,* había citado a Mili y a Jevons como testigos de la verdad de sus argumentos socialistas, Olivier citaba a Ricardo y a sus sucesores.

El ensayo siguiente de la Sociedad Fabiana sobre "socialismo práctico" fue un folleto, escrito por Sidney Webb, conteniendo la redacción completa de *An Eight Hours Bill* (Un proyecto de ley de jornada de ocho horas). Éste apareció en 1889; y al final del mismo año la sociedad publicó su primer libro, la colección de *Fabián Essays in Socialism* •(Ensayos fabianos acerca del socialismo), editado por Bernard Shaw. Este volumen, que ha seguido reimprimiéndose hasta nuestros días, dio por primera vez a la sociedad fabiana un público verdaderamente extenso y la caracterizó como defensora de una clase especial de socialismo muy diferente tanto del marxismo de los social-demócratas como del semianarquista "comunismo libre" de William Morris y de la Liga socialista. Estaba basado en una serie de conferencias dadas por los siete ensayistas en el otoño y el invierno de 1888. La línea general de las conferencias fue elaborada por los siete consultándose entre ellos, y el libro fue editado por Bernard Shaw, que propuso numerosos cambios a la mayoría de sus colaboradores, contribuyendo él mismo con dos ensayos. Los siete autores fueron Shaw, Sidney Webb, Graham Wallas (1858-1932), Annie Besant (1847-1933), William Clarke (1852-1901), Sydney Olivier y Hubert Bland.

El volumen estaba dividido en tres secciones. En la primera sección, acerca de "las bases del socialismo", Shaw escribió el ensayo titulado "Economía", Webb el ensayo "Histórico", Clarke el "Industrial", y Oli--vier el "Moral". La segunda sección "La organización de la sociedad", se componía de dos ensayos: "La propiedad bajo el socialismo", por

Wallas, y "La industria bajo el socialismo" por Annie Besant. Por último, bajo el título "La transición hacia el socialismo", aparecía el ensayo de Shaw sobre "Transición" y después el de Hubert Bland, ya conocido, con el nombre de "Hubert", como un interesante periodista político del *Sunday Chronicle,* que escribió "Perspectivas", y que era muy escéptico acerca de las posibilidades de influir en el partido liberal, o de "impregnarlo". Es curioso el hecho de que la palabra "impregnar", que apareció bajo la protección fabiana en el ensayo de Bland, se usa en un sentido peyorativo.

Edward Reynolds Pease (1857-1955), que fue secretario de la sociedad desde 1890 a 1913, sirvió en su comité ejecutivo desde 1884 a 1929, y fue el último superviviente del grupo primero, en su *History of the Fabián Society* (Historia de la sociedad fabiana), expone las demandas de los *Ensayos* en los términos siguientes:

> Los *Ensayos fabianos* defendían la tesis del socialismo en un lenguaje sencillo que todos podían comprender. Basaban el socialismo, no en las especulaciones de un filósofo alemán, sino en la evidente evolución de la sociedad como la observamos a nuestro alrededor." Aceptaron la ciencia económica como la enseñaban profesores ingleses de prestigio; construyeron el edificio del socialismo sobre los cimientos de nuestras existentes instituciones políticas sociales, probaban que el socialismo no era más que el paso próximo en el desarrollo de la sociedad, que habían hecho inevitable los cambios producidos a consecuencia de la revolución industrial del siglo xvin.

Así, pues, los ensayistas fabianos, del mismo modo que Karl Marx, proclamaban que el socialismo era inevitable, y basaban su confiada profecía en una teoría de la evolución económica. La interpretación fabiana de la historia no era menos económica que las demás, y hacía resaltar igualmente la tendencia hacia la concentración del poder económico. Las contribuciones de Bernard Shaw y de William Clarke a los *Ensayos fabianos* están llenas de referencia a esta tendencia, al rápido avance de *trusts* y de uniones de empresas, al anacronismo del productor en pequeña escala y al lógico resultado de la centralización capitalista: la socialización de los medios de producción, distribución y cambio, preparada así, sin querer, por los capitalistas para transferirla a la posesión común de los pueblos. La diferencia entre los marxistas y los fabianos no era que un partido aceptase y el otro rechazase la concepción de un avance inevitable del socialismo bajo la presión de las fuerzas económicas, sino que mientras que Marx había considerado la revolución social como la forma necesaria de transacción, los fabianos

sostenían que el socialismo estaba destinado a realizarse como culminación de un proceso evolutivo que ya había avanzado considerablemente, y que continuaría avanzando bajo la presión creciente de un electorado democrático, que cada vez tenía más conciencia de su capacidad para dirigir sus propios asuntos y para prescindir de los terratenientes y capitalistas particulares, a quienes hasta ahora les había permitido obtener varias formas de "renta económica" como retribución por la mera propiedad.

En la teoría marxista de la historia hay, como hemos visto, dos elementos diferentes, que fueron combinados para formar una sola doctrina. En la base de todo el proceso de cambio social se halla el desarrollo de las "fuerzas de producción", los recursos materiales que los hombres emplean para crear riqueza con la ayuda de su conocimiento de las artes productoras. Para explotar estas "fuerzas de producción" tiene que haber cierto arreglo social, y en cada etapa de su desarrollo surge una estructura económica especial como la más adecuada para el empleo completo de los recursos y de los conocimientos disponibles. Esa estructura económica a su vez tenía que ser mantenida y defendida por el empleo de fuerzas suficientes para asegurar la obediencia a las reglas establecidas por las personas consideradas como directores y beneficiarios principales, y la estructura política de la sociedad, con sus leyes y sus agentes coactivos: jueces, policías y, como último recurso, la fuerza armada, constituía este mecanismo para mantener el orden económico. De este modo el Estado era, según Marx, esencialmente un instrumento de las clases económicas gobernantes para coaccionar a sus súbditos; y como ninguna clase gobernante cederá nunca su autoridad excepto ante una fuerza superior, el único medio de cambiar el sistema de gobierno de clases representado por el Estado es la revolución mediante la fuerza y desde abajo, dando por resultado la victoria de una nueva clase gobernante y la creación de un nuevo Estado hecho a su imagen para la defensa de un nuevo orden económico que realice sus aspiraciones. Por supuesto, en opinión de Marx, esa revolución sólo puede producirse cuando las condiciones económicas básicas (el avance en las "fuerzas de producción") hayan hecho anticuado al antiguo sistema económico; y la nueva clase gobernante será la clase designada para asumir la autoridad por su mayor capacidad para organizar la vida económica de la sociedad. La nueva clase vencerá, no a causa de sus aspiraciones, sino porque las condiciones naturales de la producción harán necesaria su victoria. Así pues, el segundo elemento de la doctrina de Marx era la afirmación de que la historia estaba constituida por una serie de luchas de clase, y que toda transición de una época a otra estaba necesariamente señalada por un cambio revolucionario en el poder de clase.

La segunda parte de la doctrina marxista los fabianos la rechazaban

de una manera tan completa como sostenían la otra parte. En realidad no formularon, como lo hizo Marx, una teoría universal de la historia. Se ocuparon únicamente de la fase que había empezado con el nacimiento del moderno capitalismo, y principalmente con el período que empieza en la revolución industrial; y tomaron casi todos sus argumentos y ejemplos de la historia del capitalismo inglés, partiendo del supuesto amplio de que lo que había estado sucediendo en la Gran Bretaña, como nación precursora, estaba ocurriendo también o habría de ocurrir en otras sociedades capitalistas. Se hallaban tan convencidos como Kautsky y los demás social-demócratas alemanes que redactaron el programa de Erfurt en 1891 de que las empresas privadas estaban destinadas a ser aplastadas por el avance de las grandes uniones de empresas capitalistas y que el advenimiento del capitalismo de *trusts* estaba preparando el terreno al socialismo facilitando el camino hacia la propiedad pública. Pero mientras que los marxistas de aquel tiempo sostenían que el proceso de socialización implicaría una revolución política, y que la victoria de la clase obrera significaría el establecimiento de una nueva clase de Estado que representaría el poder de clase de los victoriosos, los fabianos consideraban el proceso de transformación social y económica no como lucha de clases o una revolución, sino como una modificación gradual y progresiva de sistema por medios democráticos, como resultado de la presión ejercida por el electorado popular, que insistiría más y más en las demandas de justicia social, y que llegaría a convencerse de que nada que no fuese la socialización de los medios de producción bastaría para asegurar su empleo a fin de llegar al nivel prácticamente más alto de bienestar general.

Los fabianos, en efecto, concebían el avance del socialismo no solamente como una fuerza, sino como una fuerza animada por la convicción racional e inspirada por el impulso ético para realizar la justicia social. No desdeñaban el poder; pero no lo consideraban, como hizo Marx, como una mera fuerza de necesidad económica a la cual de hecho no podían hacer ninguna contribución los ideales. La consideraban como una presión del electorado popular y del influjo de una opinión enterada, más bien que referida a una clase; y consideraban la eficacia de estas formas de presión como suficientemente comprobadas por el progreso efectivo hecho en la legislación social y por la transformación progresiva de la opinión. Sin duda no dudaban de que este progreso había sido posible sólo por el desarrollo de la industrialización, y en esto coincidían fundamentalmente con el diagnóstico marxista. Pero negaban completamente que la concepción catastrófica que formaba parte integral del marxismo fuese realmente consecuencia de la interpretación económica de la historia, ni siquiera compatible con ella. Sostenían que el capitalismo había llegado a ser la fuerza dominante en las

sociedades adelantadas, no por haber derrocado repentina y violentamente al feudalismo y establecido en su lugar un Estado representante de una nueva clase social, sino más bien por un largo y gradual proceso de infiltración en el antiguo orden, transformándolo por etapas en algo esencialmente distinto y en conformidad con las exigencias económicas de una sociedad industrial. ¿No debería esperarse que el socialismo se desarrollase de la misma manera? ¿No estaba realmente sucediendo ya esto de manera evidente?

Esta forma de argumentar fue expuesta muy claramente en el capítulo con que Sidney Webb colaboro mucho más tarde (en 1910) al volumen de la *Cambridge Modern History,* el cual trata de las tendencias del siglo xrx, un capítulo que los fabianos reimprimieron como un folleto con el título *Towards Social Democracy.* Pero la doctrina expuesta en este capítulo es esencialmente la misma de los *Ensayos fabianos.* Implicaba, fundamentalmente, una identificación del socialismo con el control y planificación colectivos bajo los auspicios de un sistema democrático parlamentario. Reunía en una sola doctrina la tendencia política hacia el control de la sociedad por un gobierno responsable ante un electorado democrático y la tendencia económica hacia la planificación centralizada de la producción, la distribución y el cambio, y acogía estas dos tendencias como dirigidas a un resultado que sólo podía designarse con el término socialismo.

Sin embargo, los fabianos no pensaban que la nacionalización constituía la esencia del socialismo. Importancia capital se daba más bien a la apropiación social de la "renta" en todas sus formas, con los impuestos como instrumento principal para realizar la transferencia. Aunque durante un período muy largo las "bases" fabianas (la breve declaración de doctrina socialista que se pedía a los nuevos miembros que suscribiesen) se declaraban expresamente en contra del pago de compensación por la propiedad capitalista adquirida por el público, ya Shaw, en los *Ensayos fabianos* defendía con toda claridad la indemnización a cada propietario individual que fuese desposeído de su propiedad. No sería justo, decía, que el Estado se apoderase de la propiedad de un hombre o de parte de ella, sin indemnizarle mientras dejase a otros sus posesiones; y la opinión inglesa nunca defendería esa actuación. Si el socialismo había de venir por etapas graduales, lo natural era que se indemnizase al individuo expropiado; pero las sumas necesarias para esto debían obtenerse mediante un impuesto pagado por todos los que tuviesen propiedades; de tal modo que hubiese una verdadera ganancia para el público y no solamente una mera transferencia de propiedad, que cargaría al público con un pago continuo de intereses. Esa indemnización no costaría nada al público: no haría más que extender la confiscación de la "renta" por igual a toda la clase poseedora.

Partiendo de la propuesta de Henry George de "impuesto único'* y sosteniendo que otras formas de capital, lo mismo que la tierra, producían una "renta" extraída de los productores, que era a la vez justo y conveniente transferirla al goce del público, los fabianos, sin embargo, continuaban pensando que la renta de la tierra era la forma principal de "ingreso no ganado" que debía pasar a ser propiedad del público. A pesar de esto, no deseaban "nacionalizar" la tierra, en el sentido de que pasase a ser propiedad del Estado y a estar controlada por él. Siempre que se trataba de esta cuestión en los *Ensayos fabianos,* se sostenía que la tierra debía pasar a ser posesión de organismos locales o regionales públicos más bien que nacionales, y que no se podía hacer un avance grande hacia el socialismo sin la ayuda de una poderosa y completamente democrática máquina de gobierno local. Los *Ensayos fabianos* fueron escritos en el año (1888) en que el gobierno conservador estableció consejos elegidos de condados para reemplazar la no democrática jurisdicción de jueces de paz de los condados. Y un ensayista tras otro elogió la ley de los consejos de condado por proporcionar una parte esencial de los cimientos para una sociedad socialista. Los nuevos consejos de condado y los consejos municipales de condado, que entre los dos abarcaban todo el país, fueron considerados como los organismos adecuados para recibir el producto del impuesto sobre la "renta", y que después llegarían a ser los propietarios de la tierra, tanto rural como urbana. Además, el impuesto sobre la renta pondría en manos de estos consejos grandes sumas que necesitarían emplear no sólo para atender los gastos del gobierno local y los servicios sociales, sino también para reemplazar la inversión privada de capital tanto en la agricultura como en la industria, a medida que esa inversión fuese necesariamente disminuyendo. Los consejos de condado y de municipios de condado llegarían de este modo a ser gradualmente, a medida que los impuestos sobre la renta se acercasen cada vez más al ciento por ciento, los proveedores principales del capital necesario para toda forma de desarrollo económico.

En realidad, había ciertas industrias y servicios que los fabianos deseaban que pasasen a la propiedad y control del Estado, por ejemplo, los ferrocarriles y otros servicios que exigiesen, por razones técnicas, ser administrados como monopolios nacionales. Además, se argumentaba que en donde bajo el capitalismo una industria había pasado a manos de un gran *trust* privado, el Estado no tendría más que encargarse de él y continuar explotándolo como un monopolio nacional bajo una administración pública; y los autores de los ensayos a veces hablaban como si esperasen que la constitución de esos *trusts* avanzase muy de prisa. Sin embargo, es indudable que pensaban que la gran mayoría de las industrias pasarían por etapas a manos de organizaciones públicas

locales o regionales y no nacionales; y hacían resaltar la necesidad de que los consejos de condados y otros estableciesen nuevas empresas productoras en competencia directa con las capitalistas, que esperaban que fuesen desapareciendo rápidamente una tras otra por la mayor eficiencia de las que tuviesen una dirección pública. Sostenían que estas últimas, no teniendo que pagar renta ni intereses, podrían vencer Fácilmente a sus rivales que buscaban ganancias;[3] y estarían en situación de ofrecer salarios mínimos y condiciones de trabajo que privarían a la industria privada de todos los mejores obreros, y que, finalmente, harían que los buscadores de ganancias no dispusieran de obrero alguno. Todo esto era una repetición de las ideas de Louis Blanc en la década de 1840 y de las de Lassalle en la década de 1860. Excepto en el caso de servicios básicos, como los ferrocarriles, y de industrias dominadas por *trusts* y uniones de empresas privadas, los autores de los ensayos concebían el proceso de socialización menos como una incautación de las empresas ya existentes que como el establecimiento de otras nuevas con capital público derivado de la confiscación progresiva de las "rentas". Insistían en que una gran parte de los productos del impuesto sobre la "renta tenía que ser utilizado como capital para inversiones públicas, más bien que como una renta a gastar que pudiera ser aplicada al consumo".

Estos argumentos en favor de las empresas municipales y de condado, en la mente de los ensayistas estaban estrechamente enlazados con la demanda socialista de su tiempo del "derecho al trabajo" y con la agitación de los desempleados de mediados del decenio de 1880 en la cual esa demanda había ocupado un lugar preferente. Una vez más aquí era muy estrecha la relación con Louis Blanc, que también había expuesto su "idea de los talleres nacionales" en relación íntima con la demanda en favor del "derecho al trabajo".[4] Los ensayistas pedían a los nuevos consejos de condado que proporcionasen trabajo a los desempleados, primero desarrollando las obras públicas: caminos, puentes, escuelas, hospitales, viviendas y servicios públicos, y, además, estableciendo granjas e industrias propias. Censuraron las obras emprendidas sólo con el fin de socorrer, en las cuales eran empleados los obreros sin trabajo sin tener en cuenta ni su competencia ni su aptitud, y sólo a fin de darles trabajo en lugar de un mero auxilio. Insistían en que los consejos tenían que proporcionar colocaciones adecuadas a la aptitud de los trabajadores que estuviesen desempleados, y que tenían que entrenarlos cuando fuese necesario adquirir nuevas aptitudes. Había, además, en los *Ensayos fabianos,* una vuelta a la propuesta de establecer comunidades rurales para la práctica de la agricultura colectiva con

[3] Esta idea reaparece en *Freeland de* Hertzka, véase cap. xxn, apéndice.

[4] Véase volumen I, cap. xv.

ayuda de la maquinaria y de las técnicas más modernas, y de establecer, alrededor de estas granjas de consejo, empresas industriales auxiliares y servicios comunales, una propuesta que tiene su origen en Robert Owen y en Fourier, y que también debe algo a la concepción de Pedro Kropotkin de integrar la agricultura y la industria en los caseríos rurales basándose en la posibilidad general de disponer de energía eléctrica.

Cuando por razones técnicas las industrias o servicios necesitasen ser dirigidos bajo auspicios nacionales más bien que locales, los *Ensayos fabianos* proponían que su administración se confiase a juntas o comisiones públicas muy análogas a las empresas públicas actuales. Mrs. Besant, en su ensayo "Industry under Socialism", rechazaba la idea de que se diese a los obreros la dirección de sus industrias o de que eligiesen a sus gerentes, y proponía que la dirección se confiase a autoridades públicamente elegidas, las cuales nombrarían a las comisiones y, directamente o mediante éstas, a los gerentes e inspectores. Se consideraba como lo más importante hacer que la industria fuese propiedad y asunto de toda la masa de ciudadanos, más bien que de una parte de ellos; y la idea de "democracia obrera" era decididamente rechazada. Pero ha de tenerse en cuenta que la administración nacional era considerada como una excepción, y que para la mayor parte de las industrias los fabianos preferían que la dirección estuviese a cargo del municipio o del consejo de condado (y en algunos casos de autoridades locales menores) más bien que de un comité o departamento nacional. Su empresa socialista modelo era un organismo administrativo local o regional de elección popular; y tendían a pensar que incluso el parlamento estaba destinado a convertirse cada vez más en algo como un consejo local en su método de trabajo, a medida que se encargase de más funciones de administración y dirección económica. La idea de que los primeros fabianos eran esencialmente partidarios de la nacionalización, que deseaban colocar a todas las industrias bajo la dirección de departamentos gubernamentales, es completamente equivocada. Es verdad que no se oponían a la centralización en los casos en que, por las condiciones técnicas o el haberse convertido la industria en un *trust* bajo el capitalismo, parecieran requerirlo; pero daban por supuesto que la democracia, para marchar con eficacia, exigía una fuerte base en la autonomía del gobierno local, y que la propiedad de la tierra y la responsabilidad por la mayoría de las empresas industriales pasaría a organizaciones públicas locales o regionales.

Considerándolas retrospectivamente, hay algo más bien cómico en las enormes esperanzas que los fabianos de 1889 ponían en los consejos de condado, recién establecidos, como instrumentos principales para avanzar hacia el socialismo. Sin embargo, hay que tener en cuenta que los ensayistas fabianos eran un grupo de londinenses, y que gran parte de su es-

peranza la ponían en el nuevo consejo del condado de Londres (London County Council), en el cual pronto habían de desempeñar un papel importante al trazar la política del partido progresista. No fue con los fabianos que nació el "progresismo de Londres", el cual se había desarrollado en relación con el movimiento londinense de reforma radical mucho antes de que fuese establecido el consejo de condado. Pero ellos se unieron a este movimiento; y la política de "impregnación", que llegó a ser considerada como su doctrina política característica, en realidad fue elaborada principalmente en relación con los asuntos de la metrópoli. Su concepción del gradualismo, y del socialismo como una tendencia ya en activo desarrollo, y que tenía por sí misma un impulso poderoso, derivada de los procesos necesarios de la evolución técnica y económica, les inclinaba a tratar de emplear a los organismos ya existentes más bien que a crear otros nuevos; y el movimiento londinense de reforma, pensaron, o al menos la mayoría de ellos, que podía ser un instrumento ya dispuesto para utilizarlo, y que sería mucho más probable que diese resultados positivos que no la Federación Social-Demócrata marxista o cualquier otra organización apartada de las tendencias contemporáneas y creada para trabajar más bien en favor de la revolución que en favor de un cambio evolutivo. Debe tenerse siempre en cuenta que los *Ensayos fabianos* fueron escritos, y la política fabiana elaborada, principalmente antes de que las huelgas de obreros del gas y del puerto, en 1889, hubiesen determinado el nacimiento del "Nuevo Sindicalismo", y antes de que se hubiese organizado el movimiento para una representación obrera independiente, excepto en muy pocos sitios. Acaso el fabianismo habría tomado una dirección distinta si la Sociedad Fabiana hubiese sido fundada, por ejemplo, en 1890 y no en 1884. Tal como se produjeron los hechos, el nacimiento del Nuevo Sindicalismo y de los movimientos políticos que se reunieron en 1893 en el Partido Laborista Independiente, hallaron a los jefes fabianos dedicados por completo, en Londres, a la alianza progresista en el consejo de condado y, por consiguiente, instintivamente contrarios a cualquier acción que amenazase deshacer la alianza por el intento de establecer un partido laborista independiente en el distrito de Londres. Al mismo tiempo, no podían, como socialistas, desentenderse de un movimiento que se había iniciado para predicar un socialismo no dogmático, que se parecía mucho al suyo; ni podían ignorar el hecho de que el "progresismo", que florecía en el distrito de Londres, no tenía análogo en la mayor parte del país. Por ejemplo, en la mayor parte de las poblaciones industriales del norte y del centro y en Escocia, los liberales de ningún modo pensaban entrar en ninguna clase de colaboración municipal con los socialistas y se estaba luchando vivamente entre los antiguos miembros *Lib-Lab* de los sindicatos obreros y cooperativistas, por una parte, y el "nuevo sindicalismo" y socialistas,

por otra; y como la influencia del fabianismo se extendió a las provincias después de 1889, las sociedades fabianas de provincia, aunque estuviesen dispuestas a aprobar el resto de la doctrina de los ensayistas, no podían aceptar la parte de ella que implicaba una coalición con los liberales en los asuntos municipales. Por esto fue que las numerosas sociedades fabianas locales creadas después de 1889 en su mayor parte desaparecieran en pocos años, fusionándose con el Partido Laborista Independiente, para dar allí la batalla contra el liberalismo capitalista para satisfacción propia. Mientras tanto, la Sociedad Fabiana matriz seguía en política una línea ambigua, como aliada de los progresistas en el consejo del condado de Londres y, al mismo tiempo, como tibio colaborador del Partido Laborista Independiente en el resto del país. En realidad, durante el decenio de 1890, los jefes fabianos pensaban que su misión principal era "impregnar" el Partido Laborista Independiente, del mismo modo que trataban de "impregnar" al partido liberal, sin lanzarse de hecho al movimiento en favor de una representación obrera independiente.

En Londres, en donde Sidney Webb era miembro progresista muy activo del consejo del condado de Londres desde 1892, los fabianos influyeron principalmente en la esfera de la educación, primero a través de la Junta de Educación Técnica y, más tarde, después de la ley sobre educación de 1902, en la Autoridad Local Sobre Educación, que sustituyó a la Junta Escolar de Londres. En el decenio de 1890, hasta donde he podido averiguar, no hicieron ningún intento de municipalización; desde luego no se indispusieron con los liberales progresistas acerca de este punto. En realidad, salvo en la esfera de la educación, los fabianos del consejo del condado de Londres parece que hicieron o intentaron muy poco que no hubiese ya sido defendido por los radicales londinenses bajo la jefatura de J. F. B. Firth (1842-89), antes de que ellos apareciesen en escena. Siempre fueron un pequeño grupo en relación al número total de miembros del consejo y del partido progresista dentro de él: ninguno en el primer consejo y sólo alrededor de media docena en el consejo después de 1892. No les hubiese sido fácil persuadir a los progresistas para que adoptasen una política avanzada de municipalización, por muchos esfuerzos que hubiesen realizado para conseguirlo. Pero no parece que lo intentaron. Por supuesto, defendían una forma de propiedad municipal para varios servicios: el de abastecimiento de aguas, los tranvías, el puerto, etc.; mas así lo habían hecho Firth y los radicales antes de ellos, y siempre tenían cuidado de defender este asunto indicando que éstos y otros servicios análogos ya habían sido municipalizados de una manera o de otra en varias grandes ciudades que no habían tenido que esperar tanto tiempo como Londres para tener instituciones eficaces de gobierno local. Las principales actividades de Webb en el

consejo del condado de Londres, aparte las de la esfera educativa, fueron en cuestiones de reforma financiera y en relación con las discusiones que condujeron a establecer los Consejos Municipales Metropolitanos (Metropolitan Borough Councils) en 1899. En general, los fabianos, en el consejo del condado de Londres, se condujeron más bien como radicales que como socialistas: estaban más interesados en el desarrollo de la educación y en la reforma del sistema de impuestos que en la municipalización; e incluso cuando favorecieron la propiedad pública tendieron a favorecer el establecimiento de la Junta Metropolitana de Aguas más bien que la administración directa del servicio de aguas por el consejo del condado de Londres. El libro de Webb, *The London Programme* (1891), no era mucho más avanzado que lo que Firth había escrito en numerosos folletos publicados por la Liga de Reforma Municipal de 1870 a 1890; y la Unión para la reforma de Londres, formada en 1892 como el organismo de propaganda del Partido Progresista, aunque tuvo por secretario a Tom Mann desde aquel año hasta 1898, en casi todo no hizo más que repetir lo que Firth y su grupo habían defendido durante largo tiempo en el pasado. Los fabianos, en la política de Londres, se ocuparon menos de la municipalización como tal que de la mejora de los servicios metropolitanos (que a veces la implicaban) y de una distribución más justa de la carga para pagarlos. Como en los asuntos nacionales, era la "renta", más bien que la administración, lo que ellos trataron de socializar en primer lugar. Esto no es necesariamente una censura: en realidad la labor que Webb llevó a cabo en favor de la educación en Londres fue verdaderamente notable; pero es contrario a la leyenda de que los fabianos fueron los inspiradores principales de la política social progresiva de Londres.

Ya vimos antes que *The True Radical Programme,* folleto publicado en 1887 por la Liga Parlamentaria Fabiana, proponía la nacionalización de los ferrocarriles, pero no incluía ninguna otra propuesta de propiedad pública. Su demanda principal en el campo económico fue la de que se elevase la escala del impuesto sobre ingresos no ganados. Las "bases" fabianas, adoptadas a principios del mismo año, se declaraban en favor de "emancipar la tierra y el capital industrial de la propiedad individual de clase, y de conferir su propiedad a la comunidad para beneficio general". A continuación decía que "La sociedad [fabiana] trabaja además porque pase a la comunidad la administración del capital industrial que pueda ser manejado colectivamente". Pero no dice nada acerca de las formas que tomaría la administración colectiva de ese capital o acerca de lo que se haría con la tierra y otras clases de capital después de que su propiedad hubiese pasado a la comunidad. Quedaba pendiente la cuestión de si la propiedad socializada había de ser municipal, regional o nacional. Se hacía resaltar no la administra-

ción socializada, sino el paso a la comunidad del sobrante a que los fabianos daban el nombre general de "renta", con preferencia al término marxista de "plusvalía". Las Bases establecían expresamente que "La Sociedad... trabaja por la extinción de la propiedad privada de la tierra y de la consiguiente apropiación individual, en forma de renta del precio pagado por el permiso para utilizar la tierra como también por la ventaja de terrenos y sitios mejores". Esta clásula, considerada en sí misma, parece como un eco directo de Henry George, o quizás más bien de los "nacionalizadores" de la tierra, con los cuales él estuvo en gran parte identificado en los comienzos de su propaganda.[5] Pero esta cláusula, en las Bases fabianas, se halla entre la declaración inicial en favor de la propiedad pública de la "tierra y del capital industrial", y las frases menos decisivas acerca de la administración de "el capital industrial que puede convenientemente ser manejado de una manera colectiva". Los fabianos, en 1887, tenían ideas claras acerca de la *propiedad* de la tierra, como la clave para la incautación de la "renta" en el sentido corriente de la palabra. También tenían ideas claras respecto a otras formas de capital, que, como la tierra, producían a sus dueños lo que propiamente podía llamarse una "renta", lo que Marshall poco más tarde llamó una "casi renta". Pero había vaguedad en ellos, o, en todo caso, no estaban dispuestos a convertirlo en un artículo de fe, respecto a la declaración referente a cómo debía administrarse la tierra cuando llegase a ser de propiedad pública; y eran mucho más vacilantes de lo que fue Shaw en su primera contribución a los *Ensayos fabianos* al afirmar que la tierra y el capital son por completo fuentes de un tributo universal impuesto a la comunidad por los poseedores de ellos. En relación al capital, como distinto de la tierra, las palabras empleadas en las Bases eran que "Debido al monopolio de los medios de producción en el pasado, los inventos industriales y la transformación de los ingresos por plusvalía en capital han enriquecido principalmente a la clase propietaria, dependiendo ahora el trabajador de esta clase para poder ganarse la vida". Además, el párrafo siguiente seguía diciendo que, si las medidas propuestas para el paso a la propiedad pública fuesen ejecutadas, 'la Renta *y los intereses* serían añadidos a la retribución del trabajo, teniendo necesariamente que desaparecer la clase ociosa que ahora vive a costa del trabajo de los demás, y la igualdad de oportunidades sería mantenida por la acción espontánea de las fuerzas económicas, con mucha menos interferencia en la libertad personal de la que ocasiona el sistema actual". De este modo, en las Bases, la palabra "renta" era usada únicamente con respecto a la tierra, y con respecto al capital los fabianos hablaban

5 Acerca de la actitud de Henry George respecto a la nacionalización de la tierra, véase vol. II, pp. 348-49.

de "interés". Pero cuando los *Ensayos fabianos* fueron escritos, la casi ¡denudad de la renta de la tierra y del producto del capital como especies de un género más amplio, "la renta", se afirmaba con precisión. "Coloquialmente —escribió Bernard Shaw en su exposición de la economía socialista—, una propiedad con una granja en ella, es llamada capital que produce un interés. Pero económicamente no hay diferencia entre ellos cuando llegan a ser fuentes de ingresos." Shaw, en realidad, en otro pasaje del mismo ensayo, establece una distinción entre renta en general y renta puramente económica que corresponde a ventajas diferenciales de fertilidad y de situación. La última, renta en el sentido estricto de "Ricardo, dice, tiene que ser tomada por el público y empleada para proporcionar los recursos del desarrollo económico; mientras que todo lo demás, dice, es utilizado para añadirlo a los ingresos de los productores". Pero esta distinción precisa no llegó a formar parte de la doctrina esencial de los fabianos.

Habrá de advertirse que los fabianos, en el pasaje de sus "Bases" que acabamos de citar, hablan de "Igualdad de oportunidades", mantenida "por la acción espontánea de las fuerzas económicas", como la situación de hecho que existirá cuando los ingresos no ganados de los terratenientes y capitalistas no sigan en su poder. Esto parece indicar que preveían un futuro en el cual la competencia de empresas continuaría, pero sería conforme a la justicia al eliminar los privilegios nacidos del monopolio que van unidos a la propiedad privada de los medios de producción. Mas no está claro hasta qué punto querían decir esto: probablemente más bien pensaban que, dada la propiedad pública de la tierra y del capital, cada individuo tendería a ser retribuido con arreglo a su capacidad y sus servicios, es decir, una situación de hecho que se parecería mucho a la que Marx, en la *Crítica del programa de Goiha,* había previsto como propia del período de transición entre la economía capitalista y una economía completamente socializada. En todo caso, los ensayistas fabianos dijeron con toda claridad que, durante la transición hacia el socialismo, los comités públicos, nacionales o locales, encargados de las empresas establecidas para beneficio general, necesitarían pagar a sus gerentes y administradores salarios bastante altos para atraer a los hombres mejores. Al principio esto significaría superar a las empresas capitalistas, o por lo menos pagar lo que fuese necesario para hacer que los puestos en el servicio público fuesen tan atractivos como los que pudiesen ofrecer las empresas privadas, después de tener en cuenta las diferencias de riesgo y respecto a la seguridad del puesto. Sin embargo, los fabianos sostenían que, a medida que las empresas públicas mostrasen su mayor eficacia, las empresas capitalistas tendrían que ofrecer cada vez menos, de tal modo que la necesidad de dar salarios altos disminuiría progresivamente. Ya vimos

que esperaban que las empresas públicas, a causa de estar libres de las cargas del capital, podrían ofrecer mejores salarios que los capitalistas y, sin embargo, ir eliminando a éstos de los negocios. De modo análogo las empresas públicas podrían proporcionar retribuciones altas a los buenos administradores y buenos técnicos, mientras esto fuera necesario.

El supuesto en que se basa esta idea de la capacidad de la empresa pública para sobreponerse a la privada era, pues, no sólo que la empresa pública se mostraría superior en eficacia, sino también que el capital empleado en ella podría ser utilizado libre de interés, tomándolo de lo que produjesen los impuestos sobre la renta de la tierra y sobre otros ingresos no ganados. El proceso de socialización que los fabianos preveían entonces era principalmente no comprar a los propietarios de manera que quedasen en poder de bonos que recibiesen de la autoridad pública rentas no ganadas, sino el establecimiento de empresas públicas nuevas, cuyo capital procediese de nuevos impuestos sobre las rentas producidas por propiedades, sin tener que pagar ningún interés por el capital invertido de este modo. Cuando las empresas particulares fuesen adquiridas de sus propietarios privados, Shaw aconsejaba el pago de una compensación al propietario particular de quien se adquiriesen. Pero esta compensación habría de pagarse, no creando una deuda pública, sino del mismo fondo de impuestos que proporcionaría el capital para fundar las nuevas empresas públicas. Cuando los fabianos afirmaban en sus "Bases", que la adquisición de tierra y de capital se haría "Sin compensación, si bien no sin la ayuda a los individuos expropiados que pareciese conveniente para la comunidad", parece que pensaban, no en negar la compensación al capitalista individual que fuese elegido para las primeras expropiaciones a causa de que a la adquisición de su negocio se le diese prioridad fundándose en el interés público, sino más bien en que la forma principal de expropiación sería un impuesto creciente sobre los ingresos derivados de la propiedad, y, además, en la eliminación progresiva de las empresas capitalistas por la competencia que la harían con éxito las nuevas empresas públicas. Era indudable que los capitalistas no habían de recibir ninguna compensación porque tuviesen que pagar impuestos cada vez más altos; y del mismo modo no recibirían ninguna porque sus ganancias desapareciesen a causa de la competencia que les hiciesen las empresas que estuvieran libres del pago de intereses iniciadas bajo propiedad pública, o porque sus obreros las dejasen por las ventajas superiores que les ofrecía el trabajar en empresas públicas.

Quedan aún dos párrafos de "Las Bases" fabianas de los cuales no hemos hecho mención hasta ahora. El primero de ellos, que aparece al comienzo de todo el documento, consistía en una breve declaración: "La Sociedad Fabiana está integrada por socialistas." El otro, el párrafo

final, establece que, "para conseguir estos fines", es decir, los objetivos expuestos en los demás párrafos, "La Sociedad Fabiana piensa en la difusión de las opiniones socialistas, y en los cambios sociales y políticos que se deriven de esto. Trata de realizar estos fines mediante la divulgación general de los conocimientos referentes a la relación entre el individuo y la sociedad en sus aspectos económico, ético y político". De este modo, los fabianos proclamaban a la vez su fe en los métodos democráticos y en la educación política y social, y reconocían que los aspectos éticos y políticos tienen tanta importancia como los aspectos económicos. Pensaban que el advenimiento del socialismo era necesario producirlo persuadiendo a los hombres para que adoptasen las opiniones socialistas, a la vez que por las fuerzas históricas que contribuyen a la socialización a base de desarrollar las técnicas de producción y de administración. Lo mismo que los marxistas, pensaban que no era incompatible considerar al socialismo a la vez como una tendencia inevitable y como una causa que podía ser favorecida mediante un esfuerzo de educación y propaganda. Se diferencian de los marxistas en que su interpretación de la historia es gradualista más bien que revolucionaria, de tal modo que esperaban que el socialismo se realizase mediante etapas graduales y progresivas más bien que por la victoria repentina de una clase social sobre otra, y por la extensión de las convicciones democráticas más bien que por la fuerza.

Es bastante asombroso el hecho de que las "Bases" fabianas, redactadas en 1887, al parecer sin mucha discusión ni controversia, permaneciesen sin cambio alguno hasta 1905, cuando recibieron una sola enmienda, y más tarde en 1919, cuando una revisión más importante fue hecha por el Comité Ejecutivo y aprobada en la reunión anual a propuesta de Sidney Webb. La enmienda de 1905 surgió de la agitación feminista de aquel período, y sencillamente obligaba a la Sociedad Fabiana a procurar "el establecimiento de una ciudadanía igual para hombres y mujeres". De hecho la igualdad de los sexos había sido aceptada como uno de los objetivos de la sociedad desde sus primeros años; pero como cuestión de política práctica los primeros fabianos estuvieron dispuestos en primer lugar a pedir el derecho al sufragio para todos los varones, aplazando el voto para todos los adultos para un momento posterior, cuando la opinión pública estuviese mejor preparada para aceptarla. En el nuevo siglo esta actitud no era ya aceptable para los feministas, muchos de los cuales estaban decididos a oponerse a toda ampliación del derecho de sufragio en favor de los varones, a menos que se hiciese lo mismo en favor de la mujer. La Sociedad Fabiana cedió al ataque feminista; pero en todos los demás respectos fracasaron los intentos de alterar las "Bases", no tanto porque las palabras empleadas fuesen consideradas como completamente satisfactorias, sino porque nin-

guna propuesta de cambio no consiguió llegar a un acuerdo respecto a la nueva fórmula. Incluso la revisión de 1919 dejó lo esencial inalterado, siendo la principal modificación de importancia la promesa de apoyar al Partido Laborista y a la Internacional Socialista; y después de 1919 ningún otro cambio se hizo durante otros veinte años. Por último, en 1939, cuando la Sociedad Fabiana se fundió con su retoño de 1930, la Nueva Oficina Fabiana de investigación, la "Base" desapareció y fue reemplazada por una declaración muy sencilla de fe socialista incorporada a los estatutos de la reorganizada sociedad.[6]

Hasta 1890 la Sociedad Fabiana fue una organización pequeña, pero activa, compuesta principalmente de londinenses, aunque tenía miembros dispersos en varias poblaciones de provincia y de Escocia, y algunos pocos que vivían en el extranjero. El número de miembros en 1890 era sólo de 173; pero en la primavera de 1891 había ascendido a 361, y además habían sido fundadas varias sociedades fabianas locales como organizaciones independientes, cuyos miembros no pertenecían automáticamente a la sociedad matriz. Al año siguiente la sociedad misma tenía 541 miembros, y en 1893 hubo otro aumento hasta de 640. Pero entonces hubo también no menos de 74 sociedades fabianas locales, además de varios grupos locales en el distrito de Londres. De las sociedades locales había 24 en el Lancashire y en el Cheshire (resultado principalmente de una campaña de conferencias de propaganda), 14 en el Yorkshire, y 7 en los cuatro condados del norte. En los condados de Middland había 8, en Gales y en Monmouthshire 4, en Escocia 3 y en Irlanda 2. Las demás estaban muy dispersas en Inglaterra, excepto una en Australia y otra en la India. La sociedad matriz n< se hizo responsable de las actividades de ellas, si bien las tenía registradas, y en 1892 organizó una asamblea, la única, a la cual enviaron delegados 14 de ellas, que representaban a unos 1,100 miembros.

La ampliación de la actividad fabiana a las provincias fue de poca

[6] En 1954, el artículo correspondiente (Artículo 2), que había permanecido inalterado desde 1939, dice lo que sigue: "Esta Sociedad está integrada por socialistas. Por consiguiente, aspira a establecer una sociedad en la cual quede asegurada la igualdad de oportunidades y sean abolidos los poderes y privilegios económicos de individuos y de clases mediante la propiedad colectiva y el control democrático de los recursos económicos de la comunidad. Trata de conseguir estos fines mediante los métodos de la democracia política. Esta Sociedad, por creer en la igualdad de ciudadanía en su pleno sentido, se halla abierta a las personas, sin diferencia de sexo, raza y creencias, que se dediquen a sus objetivos y propósitos y traten de favorecer su obra. Esta Sociedad estará afiliada al Partido Laborista. Sus actividades consistirán en favorecer el socialismo y en educar al público en la dirección Socialista, celebrando reuniones, conferencias, discusiones, asambleas y escuelas de verano, promoviendo la investigación de problemas políticos económicos y sociales, tanto nacionales como internacionales, la publicación de libros, folletos y periódicos, mediante otros métodos adecuados."

duración. En 1894 sólo había 53 sociedades locales, aunque habían sido creadas bastantes nuevas, incluyendo la de Ottawa; y al año siguiente el informe anual declaraba que "sólo pocas sociedades locales tienen ahora algo más de una existencia nominal". En 1896, en el Congreso Socialista Internacional celebrado en Londres, estuvieron representadas 13 sociedades fabianas locales; pero su número continuó disminuyendo, y en 1900 sólo había 8, incluyendo 4 sociedades fabianas universitarias en Oxford, Cambridge, Glasgow y Aberystwyth. La única organización local importante era la de Liverpool: en todas las demás ciudades grandes las sociedades locales habían dejado de existir. Mientras tanto, el número de miembros de la sociedad matriz había llegado a 861 en 1899 y después, con algunas oscilaciones, tendió durante algunos años a descender, principalmente porque fue más estricta para dar de baja a los que no cotizaban. En 1904, precisamente antes del nuevo aumento de que se hablará en el capítulo siguiente,[7] el número de socios era de 730.

El rápido aumento y la decadencia de las sociedades fabianas locales se explica fácilmente. Su aumento siguió a la publicación de los *Ensayos fablanos* y fue parte de la rápida difusión de la opinión socialista después de la huelga del puerto de Londres y del desarrollo del Nuevo Sindicalismo. Su descenso fue resultado directo de la creación en 1893 del Partido Laborista Independiente, que llegó a ser el representante político de la nueva tendencia, y absorbió las sociedades fabianas locales o las redujo a la inactividad atrayendo a la mayor parte de sus miembros. La sociedad matriz de Londres, la cual hizo poco para crearlas, tampoco hizo nada para mantenerlas cuando el Partido Laborista Independiente apareció ofreciendo un punto de unión más arráyente para los socialistas de provincias. Los jefes fabianos no lamentaron que sus partidarios locales desertaran para ingresar en el Partido Laborista Independiente. Acaso incluso les agradó, porque quedaron en libertad de continuar casi sin oposición su política de "inpregnación" y de colaborar con los liberales progresistas del Congreso del Condado de Londres, una política a la cual, como hemos visto, eran contrarias muchas de las sociedades locales. Después de 1893, aunque la Sociedad Fabiana continuó prestando servicios valiosos al Partido Laborista Independiente aportando proyectos sociales y proporcionándole folletos y conferenciantes socialistas, la obra principal de elaborar un nuevo socialismo reformista como un movimiento nacional pasó a manos del Partido Laborista Independiente. Ahora, por lo tanto, tenemos que dirigir nuestra atención a este partido, y volver a hablar de los fabianos cuando tratemos de señalar el carácter y la fuerza de los elementos que se unieron bajo la jefatura de Keir Hardie para dar expresión política a las aspiraciones del

[7] Véase p. 197 ss.

"Nuevo Sindicalismo" y que encontraron en el *Clarion* de Robert Blatchford una inspiración para la camaradería que tuvo no menos importancia en la formación de un movimiento socialista de tipo peculiar inglés.

### (n) EL NUEVO SINDICALISMO Y SUS ANTECEDENTES

Cuando Henry Mayers Hyndman inició su Federación Democrática,[8] las cosas aún no estaban maduras para que surgiese en la Gran Bretaña un partido socialista considerable, ni siquiera un partido laborista dedicado a defender las reclamaciones inmediatas de la clase obrera. Los sindicatos obreros, después de su aumento repentino del comienzo de la década de 1870, en el cual habían tomado parte memorable Joseph Arch y los trabajadores agrícolas, se habían quedado reducidos, al final del mismo decenio, a meras agencias defensivas de una minoría de obreros especializados, que se daban por satisfechos si podían conservar lo que tenían a pesar del desempleo y de la baja de precios. Los partidarios ingleses de la Primera Internacional se habían disuelto, dejando apenas rastro. La dirección política de la "izquierda" había pasado a manos de Joseph Chamberlain y de Charles Dilke, quienes hacían lo más posible por radicalizar el Partido Liberal, y estaban predicando en favor no sólo de una política radical, sino también de una economía radical, incluyendo las dos reformas sociales que habían de ser realizadas en gran parte por la acción municipal y por los impuestos progresivos sobre los ricos. La baja de los precios, aunque perjudicaba a ciertos grupos de trabajadores, sobre todo a los de los minas de carbón, cuyos salarios dependían del precio de éste, y aunque eran causa de pobreza mediante el paro, a los obreros que trabajaban les producía la compensación de alimentos más baratos. Sin duda, por término medio, el nivel de vida de hecho iba subiendo, al menos para los obreros más especializados. El resultado fue que los distritos de descontento más agudo fueron limitados. Había malestar en las minas de carbón, en los barrios miserables y en los demás de clase obrera inferior habitados por los trabajadores menos especializados, y en todos los sitios especialmente afectados por el desempleo; pero no existía en la clase obrera un espíritu de revuelta, ni por parte de los sindicatos obreros de oficios una inclinación a ponerse a la cabeza de cualquier movimiento que mostrase esta tendencia. A falta de un movimiento que atrajese a las masas, los descontentos individuales que existían entre los obreros tendían a unirse al republicanismo ateo de Charles Bradlaugh o, si eran menos extremistas, a los clubes radicales que apoyaban a Chamberlain y a Dilke en sus esfuerzos para democratizar al partido liberal dando la batalla a los *whigs.*

[8] Sobre la Federación Social-Demócrata véase vol. II, p. 364.

En 1881, cuando fue creada la Federación Democrática, aunque el término medio de los salarios había bajado algunos puntos con relación al nivel alcanzado en la primera mitad del decenio de 1870, los salarios efectivos habían subido de hecho para los que estaban empleados, y el desempleo, de un 3 o 4 %, en modo alguno era muy grave entre los obreros especializados. Sin duda la situación de los obreros menos especializados era terriblemente mala, especialmente en los barrios más pobres de las gTandes ciudades, pero no eran peores seguramente de lo que lo habían sido en los diez años anteriores, o de cualquier época de que se tuviese memoria. Habiendo bajado los precios, especialmente los de los alimentos, y existiendo un desempleo suficiente para que los sindicatos obreros fuesen precavidos para evitar dificultades, parecía que la acción política presentaba perspectivas más favorables que la obrera, ocupando el segundo lugar la acción municipal. Por consiguiente, Chamberlain ejerció una atracción fuerte sobre todo entre los que no tenían derecho a votar, en nombre de los cuales pedía que se ampliase el derecho de sufragio para padres de familia (conseguido para las ciudades en 1867) a los distritos rurales, incluyendo, por supuesto, los grandes distritos mineros y también los centros industriales que se hallaban fuera de las ciudades. Además, Chamberlain era el jefe del movimiento en favor de la reforma municipal a la vez que de los políticos radicales, y podía de este modo atraer eficazmente tanto a los obreros de las poblaciones como a los de los condados.

Sin embargo, en pocos años la situación cambió por completo. Chamberlain, habiendo conseguido que se aprobase la Ley de Reforma de 1884, democratizando así considerablemente al electorado rural, rompió con el partido liberal a causa de la autonomía de Irlanda en el momento mismo en que la Ley de Reforma había dado a los nacionalistas irlandeses un predominio completo en las circunscripciones irlandesas fuera de Ulster, llevando así a la Cámara de los Comunes un poderoso partido irlandés, sin cuyo apoyo los liberales apenas podían esperar mantenerse en el poder, incluso si se mantenían unidas su sección *whig* * y su sección radical. Pero había tantos *whigs* como partidarios de Chamberlain que no podían aceptar la autonomía de Irlanda. Y la disidencia liberal-unionista acerca de este punto destruyó ᶠ )da esperanza de que surgiese, a base de la extensión al derecho al voto, un partido liberal unido llevado hacia el radicalismo bajo la jefatura de Chamberlain, y creó una confusión que preparaba el camino para el advenimiento de un partido obrero independiente. Porque ¿qué iba a hacer un buen obrero radical, cuando el verdadero jefe del radicalismo

* *Whig,* que antes equivalía a liberal por oposición a *tary,* conservador, en la época a que aquí se refiere el autor significaba liberal moderado por oposición a los radicales que pertenecían al mismo partido liberal. (T.)

político, en compañía de varios *whigs* reaccionarios, dejó el partido liberal a causa de la cuestión de Irlanda y lo privó de una gran parte de la fuerza que impulsaba hacia una política radical? Seguir a Chamberlain en el unionismo liberal significaba abandonar el liberalismo en favor no de un radicalismo más puro, sino de una alianza antiirlandesa contra los conservadores, mientras que el apoyo al nacionalismo irlandés era paite del credo radical tradicional. Por otra parte, continuar con los liberales significaba seguir el intento de radicalizar el partido liberal bajo condiciones mucho menos favorables de las que habían existido bajo la poderosa jefatura de Chamberlain; y el dilema se hizo mucho más difícil cuando el único jefe que quedaba del liberalismo radical, Charles Dilke, desapareció de la escena política en 1886 a consecuencia de un divorcio. La puritana Inglaterra de entonces no podía ni siquiera pensar que la dirigiese una persona a quien pudieran suceder tales cosas. Los liberales radicales se quedaron sin jefe, o al menos sin un jefe capaz de atraer a la opinión popular. Por el momento, la mayoría de ellos continuaron perteneciendo a los clubes radicales; y la mayor parte de los directivos de los antiguos sindicatos obreros continuaron sus tentativas de convencer al partido liberal para que adoptase un programa lo bastante avanzado para atraer a los obreros organizados; mas su escaso éxito los exponía cada vez más a la crítica destructora de los grupos pequeños, pero crecientes, de socialistas, anarquistas e izquierdistas independientes que acusaban al partido liberal de ser el partido del capitalismo y de la creencia inveterada en las virtudes del *laissez-faire.*

El otro gran factor en la transformación que se produjo a mediados de la década de 1880 fue la grave repetición del desempleo. El porcentaje de descmpleados en los sindicatos obreros, es decir, principalmente de obreros especializados, subió desde el 2.3 % en 1872 y 2.6 % en 1883 al 8.1%, 9.3% y 10.2% en los tres años siguientes. Después bajó a 7.6% en 1877, 4.9% en 1888 y 2.1% en 1889 y 1890; así pues, desde 1884 a 1887 hubo un desempleo muy considerable, mucho más entre los obreros menos especializados que lo que indican estas cifras; y la disminución de trabajo coincidió con la gran ampliación del derecho al voto en el primero de esos años y con la división del movimiento radical causada por la disidencia de Chamberlain y por el eclipse repentino de Dilke. Los miembros de la Federación Social-Demócrata v de la Liga Socialista que se pusieron a la cabeza de la agitación de los desempleados no convirtieron a mucha gente a sus doctrinas socialistas rivales; pero sí difundieron considerablemente las ideas socialistas entre los desempleados. La oposición enérgica de Charles Bradlaugh al socialismo más bien ayudó a esto que lo dificultó porque constituyó una excelente publicidad y atrajo a grandes auditorios a los cuales, sin esta ayuda, no hubiese sido fácil que llegase el evangelio socialista. Los partidarios de Brad-

laugh y los socialistas estuvieron unidos para defender los derechos a reuniones y manifestaciones públicas, no sólo en Londres, sino también en otras ciudades; y los intentos de la policía para detener las manifestaciones fortalecieron esta alianza e inclinaron a muchos de los partidarios de Bradlaugh a escuchar con buena disposición a los oradores socialistas que, al dirigirse a los obreros sin trabajo, modificaron su dogmatismo y se ocuparon de las reclamaciones inmediatas. John Bums (1859-1941) desempeñó en esta etapa un papel principal predicando un socialismo sincero y sencillo sin mucha terminología marxista: Annie Besant, que había sido colaboradora principal de Bradlaugh, se convirtió al socialismo atrayendo tras sí a muchos radicales. La alarma producida por el asunto Dilke disgustó a muchos que antes se habían adherido a alguna de las doctrinas no conformistas, y aumentaron la desconfianza de los capitalista liberales que trataban de rebajar los salarios en vista de la depresión. Los sufrimientos de los sin trabajo, la defectuosa aplicación de la ley de beneficencia y el fracaso del gobierno para responder a las demandas de un auxilio adecuado, despertó la conciencia social de muchas personas de la clase media que antes no parecían haberse dado cuenta de la "cuestión social". Entre éstas había muchos sacerdotes, novelistas como Walter Besant y, lo más importante de todo, un número creciente de periodistas populares, dirigidos por un colaborador de la prensa de deportes conocido por el seudónimo de "Nunquam Dormio" (Nunca duermo), y cuyo verdadero nombre era Robert Blatchford.

En realidad, Blatchford y su amigo A. M. Thompson eran de los convertidos a la causa socialista que habían sido llevados a la política por los problemas del desempleo y .por su experiencia de la miseria de la clase obrera, que la falta de trabajo contribuyó no poco a dar a conocer. Los fabianos, aunque eran demasiado pocos para desempeñar un papel importante en la agitación de los desempleados, aportaron una porción de hechos y de números acerca de la riqueza y de la pobreza, que los oradores y periodistas utilizaron eficazmente. El nuevo pensamiento y sentimiento sociales que contribuyeron a formar el nuevo movimiento socialista inglés de la década de 1890 ya estaban en marcha antes de que terminase la depresión, y cuando volvió a aumentar el trabajo se preparó el camino para el gran desarrollo de los sindicatos obreros en 1889.

El "nuevo sindicalismo" de aquel año nació realmente del socialismo producido por la falta de trabajo y a ello contribuyó la desconfianza en el partido liberal. Por todo el país, al aumentar de nuevo el trabajo tomaron ímpetu fuerzas que no habían dejado de aumentar durante la depresión. Ben Tillet (1869-1943) había empezado a organizar su sindicato londinense de peones y trabajadores del puerto en general en 1887 cuando la situación económica era mala. Annie Besant se había puesto a la cabeza de la huelga de las obreras de fábricas de ceri-

líos de Londres que sin querer había provocado, en 1888; y en el mismo año, una parte considerable de los mineros, cansados de que sus salarios fuesen disminuidos una y otra vez con el sistema de hacerlos variar con arreglo al precio del carbón, habían fundado la Federación de mineros de la gran Bretaña fundándose en el rompimiento de este sistema y la fijación de un salario que correspondiese al costo de la vida. Fue como una vuelta a los buenos tiempos del comienzo de la década de 1870, cuando, durante un breve período, los sindicatos obreros se habían extendido considerablemente entre los obreros urbanos menos especializados, como también entre los trabajadores agrícolas, sólo para que desapareciesen entre éstos casi por completo cuando terminó el período de prosperidad. Pero el nuevo movimiento se diferenciaba del anterior en que los hombres nuevos que aparecían como sus dirigentes eran en su mayor parte socialistas, al menos en la medida de reclamar del gobierno que se hiciese responsable de la concesión del "derecho al trabajo". La mayoría de ellos pedía un jornal mínimo legal y la jornada legal de ocho horas, considerando esta última como la más urgente, porque era generalmente considerada como un medio para distribuir más equitativamente los empleos disponibles entre quienes buscaban trabajo.

En 1885 el número de miembros de los sindicatos obreros pertenecientes al Congreso de Sindicatos Obreros era sólo de medio millón. En 1890 era de cerca de 1.600,000, y el número total de afiliados, incluyendo los "consejos de gremios", se había elevado de 631,000 a 1.927,000. Parte de este crecimiento fue efímero; dentro del año siguiente se produjo un descenso muy importante; pero el renacimiento de los sindicatos obreros en 1889 dejó doblemente reforzados por mucho tiempo a los sindicatos obreros, por haber ingresado un gran número de miembros en los antiguos sindicatos, y también porque se establecieron numerosos sindicatos nuevos que, aunque perdieron miembros, consi guieron sobrevivir a la depresión que luego se produjo.

Estos nuevos sindicatos eran esencialmente organizaciones encargadas sobre todo de hacer contratos colectivos y no sociedades de ayuda mutua. Se ocupaban principalmente de obreros que no podían pagar cuotas semanales altas; y por consiguiente no podían ofrecer muchos beneficios. Muchos de ellos consideraban como una virtud esta necesidad, considerando las actividades de ayuda mutua de los antiguos sindicatos como la causa principal de su falta de acometividad y de su fracaso para prestar atención a las demandas de los menos especializados. Los oradores de la Federación Social-Demócrata y de la Liga Socialista ya hacía tiempo que habían hablado con elocuencia sobre este tema. Los partidarios de Hyndman habían atacado a los sindicatos de oficios como monopolistas inclinados a defender exclusivamente los intereses del oficio en contra de la clase obrera en su conjunto, y los consideraban como los peo-

res enemigos de quienes trataban de organizar a los obreros políticamente en un partido de clase. La Liga Socialista se había mostrado más dispuesta a apoyar a los sindicatos obreros en todas sus luchas sociales, por ejemplo, los sindicatos de las minas de carbón del nordeste y los obreros mecánicos y textiles del Yorkshire; pero también ellos habían acusado con vehemencia a los jefes de los sindicatos, y efectivamente no estaban conformes con la Federación Social-Demócrata, sobre todo porque no creían en las ventajas de participar en la lucha electoral ni tampoco en el mecanismo disciplinado de un partido. El hecho de que la mayoría de los jefes de los antiguos sindicatos estuviesen tratando todavía de radicalizar al Partido Liberal, a pesar de la defección de Chamberlain, fue un nuevo motivo de hostilidad entre el antiguo sindicalismo y el nuevo, el cual estaba dirigido principalmente por hombres que ya se habían separado del radicalismo liberal o que habían empezado a actuar sólo cuando éste ya estaba dividido por la disidencia de Chamberlain.

Sin embargo, el "nuevo sindicalismo" no era una fuerza única o unida. Los nuevos sindicatos de obreros del puerto, de obreros del gas, de braceros y otros grupos que antes estaban casi sin organizar, fueron organizados y dirigidos casi exclusivamente por hombres que ya eran socialistas o estaban preparados para aceptar el evangelio de la "independencia de los obreros", el cual predicaban entre los socialistas. Por otra parte, entre los mineros y los obreros textiles el sindicalismo estaba ya fuertemente arraigado; y la afluencia de nuevos miembros y la adopción de una nueva política no trajo consigo desplazamiento de los antiguos jefes. La federación de mineros tenía una nueva política (salario mínimo, no aceptar la reducción de los salarios al bajar los precios, y la jomada de ocho horas); pero en su mayor parte los antiguos dirigentes aceptaron esta nueva orientación sin cambiar su filiación política. De modo análogo, los trabajadores del algodón presentaron demandas más exigentes para mejorar la legislación referente a las fábricas, pero siguieron aferrados a los sindicatos por oficios y a sus antiguos jefes. Por otra parte en el Yorkshire, en donde los sindicatos obreros habían sido mucho más débiles, los trabajadores de la lana y del estambre entraron en acción con nuevos sindicatos y bajo nuevos directivos, que estaban mucho más dispuestos a aceptar las consecuencias políticas del nuevo evangelio de la clase obrera. En algunas minas de carbón, especialmente en el oeste de Escocia y en algunas partes del sur de Gales, la debilidad de los sindicatos obreros hizo más fácil que asumiesen la dirección nuevos hombres y nuevas ideas. Pero Keir .Hardie no pudo atraer completamente la Federación de Mineros ni al socialismo ni a la acción política del Partido Laborista Independiente, aunque éstos pedían al Estado que legislase en beneficio de ella. Ni pudieron los

socialistas de Lancashire convencer a la mayoría de los obreros del algodón de que su demanda de legislación del trabajo industrial implicaba lógicamente su separación del Partido Liberal, en el cual tenían tanta fuerza sus patronos.

Los mineros del carbón y los obreros del algodón llegaron, en efecto, a ocupar un lugar intermedio entre el sindicalismo antiguo y el nuevo. Excepto los sindicatos de los mineros especializados de Durham y Northumberland, la mayoría de los mineros eran partidarios de la jornada legal de ocho horas y del salario mínimo; pero continuaron enviando a sus directivos al Parlamento como *Lib-Labs* y votando por los candidatos liberales que estaban dispuestos a prestar alguna ayuda a sus reclamaciones económicas. Los obreros del algodón estaban más divididos; pero, en general, seguían a dirigentes que continuaban unidos al liberalismo y combinaban sus peticiones de una legislación nueva con una política sumamente moderada en el campo obrero. Casi todos los mineros y los obreros del algodón eran partidarios de que aumentase la intervención del Estado en la reglamentación del trabajo industrial; pero no llegaron a ser fácilmente convertidos a ninguna clase de socialismo.

Así pues, los nuevos sindicalistas que se unieron a la causa del socialismo y a los representantes del Partido Laborista Independiente, eran, en su mayoría, o sindicalistas muy recientes, que pertenecían a sindicatos creados últimamente, o pertenecían a una minoría dentro de los sindicatos antiguos dirigidos todavía sobre todo por hombres que tenían la esperanza de que el partido liberal en masa llegase a apoyar un programa obrero moderado, y también la esperanza de más avances en la política radical. Alguno de los hombres nuevos habían hecho su aprendizaje en la Federación Social-Demócrata o en la Liga Socialista, o en las agitaciones de mediados del decenio de 1880 en favor de los desempleados. Algunos de ellos habían sido partidarios de Bradlaugh y de Annie Besant en el movimiento laicista, o habían actuado en organizaciones como la Liga de restauración agrícola (Land Restoration League). Algunos habían sido influidos por Stewart Headlam u otros representantes del socialismo cristiano; pero la mayoría de ellos, incluyendo algunos de los principales, eran hombres nuevos, que no habían tomado parte activa en ningún movimiento anterior; si bien habían sentido la agitación de la época y habían despertado a la conciencia social precisamente cuando estaba organizándose el nuevo movimiento obrero independiente. Estos hombres y mujeres, la mayor parte jóvenes y entusiastas, no tenían que ser apartados del liberalismo, al cual nunca habían estado afiliados; pero muchos de ellos necesitaban en gran medida compartir un sentimiento de camaradería y de aventura en una nueva forma de vida que era bastante más que la mera aceptación de

trabajar juntos para fines únicamente económicos o incluso para fines económicos y políticos.

Los hombres y las mujeres que crearon el nuevo socialismo de los años posteriores a 1889, querían un nuevo tipo de vida, y no solamente un credo económico o político; pero la forma de esta aspiración no era la misma en modo alguno para todos ellos. En el nuevo evangelio había dos elementos entrelazados: uno puritano, profundamente serio e inclinado a ser hipercrítico; el otro, en rebeldía contra la monotonía y miseria del mundo contemporáneo, absolutamente decidido a ser alegre, y en modo alguno descontento cuando los puritanos consideraban desdeñosamente su conducta. Keir Hardie y Philip Snowden, aunque de temperamento y actitud muy distintos, pertenecían al primer grupo; habían sido *Good Templars* y predicadores laicos antes de llegar a ser socialistas, y trajeron a su socialismo el rigor puritano de su antiguo evangelismo. Robert Blatchford y la asociación del *Clarion* fueron los protagonistas del otro grupo, que sin duda no estaba menos movido por un fervor moral; pero que dirigía su cruzada más bien contra el sufrimiento que contra el pecado, y trató de atraerse amistosamente a los pecadores y de enlistarlos bajo la bandera socialista, más bien que pedirles que se arrepintiesen y que se convirtiesen en personas respetables; personalmente, los dirigentes principales del segundo grupo eran individuos de una pureza extraordinaria y, sin duda, no más pecadores que los puritanos; pero les inspiraba horror el fanático y la respetabilidad que sentían estaba secando los sentimientos humanos de sus colaboradores puritanos, especialmente cuando se trataba de ayudar a los de clase más baja. Se indignaban cuando oían que sus compañeros socialistas insistían en los peligros de la bebida y censuraban a los pobres por sus debilidades y por sus hábitos decuidados, en lugar de echar la culpa de sus vicios al sistema y de atribuir a los pobres un buen corazón. No fue por casualidad que Blatchford llegó a ser un ardiente determinista, y escribió *Not Guilty* para demostrar que lo que los hombres hacían mal no era culpa de ellos, sino resultado necesario de su crianza y del medio en un mundo entregado a las doctrinas perniciosas de la competencia y del *laissez-faire*. Los moralistas franceses del siglo xviii pensaban lo mismo; y también Robert Owen, a través del cual la creencía de que el carácter del hombre es un producto de su medio social, fue trasmitida a los laicistas y racionalistas de las generaciones siguientes. Blatchford, aunque la pobreza le había llevado a la clase obrera, procedía de las filas más modestas de la bohemia artística; se hizo soldado y amigo de los soldados y del pueblo corriente, que vivía con arreglo a costumbres muy apartadas tanto de la iglesia anglicana como de las sectas protestantes no conformistas. Proclamaba con satisfacción su amor por todos los hombres y mujeres tal como realmente eran, y no

como debieran ser, lo cual no le impidió disimular con mucho éxito su amor por los que eran o explotadores o personas superiores; pero en su vida privada se condujo de una manera que no era ni en un ápice menos respetable que los puritanos que tan cordialmente le desagradaban. Los Clarionettes eran aficionados a exaltar la virtud de la alegría, pero en la práctica se alegraban con té o con café mucho más que con vasos de cerveza, y censuraban la indiferencia del obrero en política tanto como si no hubiese probado de manera concluyente que no era por culpa suya.

Blatchford y Keir Hardie, jefes principales respectivamente de los Clarionettes y del Partido Laborista Independiente, nunca congeniaron, aunque los dos eran hombres de altos ideales, y sus ideales tenían mucho de común. Blatchford equivocadamente pensaba que Hardie era un aguafiestas; Hardie, no menos equivocadamente, consideraba a Blatchford como a una persona ligera y como un obstáculo en el camino del socialismo, porque se oponía precisamente a la clase de gente que más importaba atraer. De hecho, Hardie tenía mucho sentido del humor y le gustaba, tanto como a Blatchford, ver que la gente se divertía, siempre que no perdiese el dominio de sí misma: mientras que Blatchford tenía algo de solitario y pasaba por ataques de tristeza durante los cuales en modo alguno estaba alegre. Sin embargo, el uno representaba la tradición puritana y el otro la reacción contra ella. Era por supuesto realmente necesario, si había de crearse una organización eficaz, atraer a las dos clases de personas, a los puritanos y a los que se revelaban contra ellos; pero esto no era fácil hacerlo con los mismos métodos y con los mismos hombres.

Entre los puritanos y los "Ingleses alegres" había una gran masa que no pertenecía a ninguno de los dos grupos. Había blasfemos profesionales a quienes les agradaban los ataques de "Nunquam"* contra la religión, pero que careciendo del sentido del humor censuraban su manera divertida de escribir acerca de asuntos serios casi tanto como le censuraban aquellos a quienes molestaba su irreligiosidad. Había antiguos obreros radicales y antiguos socialistas que compartían la hostilidad sin atenuaciones de Blatchford contra los "partidos capitalistas", pero que rechazaban su hostilidad hacia la revolución y el que no creyese en la posibilidad de pasar de un salto a un tipo de vida socialista. Había grupos que participaban del celo de Blatchford en favor de la enseñanza y de la cultura popular, pero se diferenciaban de él en sostener que la nueva cultura tenía que estar basada en la negación terminante de los valores burgueses. Por último, había los que sencillamente buscaban un nuevo evangelio, que no eran ni puritanos ni anti-

* "Nunquam Dormio", seudónimo empleado por Blatchford. Véase p. 134.

puritanos, ni abstemios ni bebedores en principio, ni muy aficionados a la fornicación ni asustados por ella, ni religiosos ni irreligiosos, ni revolucionarios ni reformistas, en resumen, los hombres y mujeres corrientes que se afiliaban a los sindicatos obreros por primera vez en su vida, y escuchaban con aplauso las acusaciones de los oradores socialistas contra los malvados aristócratas, terratenientes y capitalistas, sin tener una idea clara de lo que los oradores deseaban poner en su lugar ni darse cuenta de la necesidad de ello.

Sin embargo, no ha de olvidarse que en el momento en que el nuevo sindicalismo y el nuevo socialismo estaban formándose, era todavía muy fuerte la influencia del "no conformismo" y, por consiguiente, de la actitud puritana, en una gran parte de la clase obrera. Era menor en Londres y en los barrios más pobres de otras grandes poblaciones; y en toda gran ciudad había una parte de la gente trabajadora que había roto violentamente y odiaba la afectación de los no conformistas aún más que a la iglesia anglicana. Estos hombres eran el elemento principal del laicismo, que tenía una tradición ininterrumpida desde Richard Carlile e incluso desde los partidarios de Tom Paine. En la década de 1880 se dividieron en republicanos de Bradlaugh, social-demócratas de Hyndman y anarquistas y semianarquistas de la Liga Socialista o de los grupos formados alrededor de Kropotkin y de Charlotte Wilson. Todos estos grupos eran bastante reducidos; pero eran activos y, llegada la ocasión, sabían sacar a la calle a los andrajosos que vivían en los barrios más pobres. Por otra parte, tenían muy poco influjo en la masa principal de los obreros más especializados, aunque muchos de ellos eran artesanos y miembros de los antiguos sindicatos obreros.

Incluso en las grandes poblaciones el no conformismo tenía fuerza en los barrios "mejores" de la clase obrera. Estaba bien arraigado en las grandes cooperativas como también en los sindicatos de oficios. Espiritualmente estaba orientado hacia el "otro murió", y el salvar almas del fuego eterno todavía constituía gran parte de la labor de sus capillas, aunque ya no tan frecuente como a principios del siglo, cuando hacían que sus devotos fuesen en gran parte indiferentes a la infelicidad de este mundo. Pero donde el no conformismo tenía más fuerza no era en las grandes ciudades, sino en los distritos industriales que estaban fuera de ellas, sobre todo en las minas de carbón, cuyos trabajadores habían sido evangelizados principalmente por metodistas de uno u otro tipo. En estos distritos era donde las "capillas" influían en la formación política y social, y también como factores capitales en la estructura entera de la vida de familia y de la comunidad. Por consiguiente, los distritos mineros eran los más difíciles de apartar del partido liberal, que estaba estrechamente unido con las comunidades religiosas no conformistas.

También en las ciudades, aunque de manera menos exclusiva, las "capillas" eran centros de la vida comunal, como también del culto religioso y de las filiaciones político-sociales. El individuo o la familia que se apartaba de la "capilla" era muy probable que se sintiese solo y perdido en un mundo hostil. Estos desterrados, aunque lo fuesen por decisión propia, echaban de menos el pertenecer a algo, la camaradería dentro de algún grupo lo bastante pequeño para tener relaciones personales íntimas. No pocos de ellos querían además que este nuevo grupo repitiera, de manera no demasiado diferente, algunas de las prácticas a que estaban acostumbrados: cantar juntos, escuchar juntos, tomar parte en alguna forma de servicio común. El movimiento de la Iglesia obrera de John Trevor (1855-1930), que tuvo éxito principalmente en los "mejores" distritos obreros de Lancashire y Yorkshire, trató de satisfacer esta necesidad de la forma más completa, organizando "servicios obreros", con himnos morales y lecturas y alocuciones que eran mitad conferencias y mitad sermones que hacían que quien había sido un buen parroquiano de la "capilla" se sintiese satisfecho, y le proporcionase otro centro en donde podía hacer amigos que tenían sus mismas opiniones y al cual podía asistir los domingos *en famule.* Pero había otros muchos que querían tener camaradas nuevos, mas no un capilla que sustituyese a la anterior; y muchas de estas ovejas descarriadas hallaron parte de lo que necesitaban en la intimidad personal con los escritos de Robert Blatchford en el *Sunday Chronicle* y más tarde en el *Clarion,* que fundó cuando el *Chronicle* no le permitió manifestar va todo lo que pensaba. Las numerosas actividades sociales iniciadas por el *Clarion,* las sociedades corales, los clubes de ciclismo, las sociedades de excursiones, los "Scouts" del *Clarion* y muchas más, nacieron directamente de la relación muy personal que Blatchford supo establecer con la multitud de sus lectores; y en las organizaciones del *Clarion* muchos de los nuevos conversos hallaron la camaradería y el sentimiento de comunidad de los cuales no podían prescindir.

Sin embargo, había muchos otros para quienes los *Clarionettes* eran a la vez demasiado bulliciosos y, pronto, a medida que Blatchford exponía sus opiniones, demasiado irreligiosos, demasiado antirrespetables y, políticamente, demasiado extremistas. Porque en manera alguna no todos los que se convirtieron al socialismo y al partido laborista independiente dejaron sus capillas o perdieron su fe, incluso si abandonaron algunas de sus creencias. Para estos socialistas que asistían a la iglesia, les proporcionaron un hogar los sindicatos obreros, los consejos obreros y las organizaciones análogas que, en 1893, unieron sus fuerzas bajo la jefatura de Keir Hardie para fundar el Partido Laborista Independiente. Esto no quiere decir, por supuesto, que el Partido Laborista Independiente estuviese compuesto sobre todo de asistentes a la iglesia,

o que la mayoría de los asistentes a la iglesia que votaban por este partido perteneciesen nunca a él. El Partido Laborista Independiente aspiraba a organizar sobre la base más amplia posible a todos los partidarios de que los obreros fuesen políticamente independientes de los demás partidos, y partidarios también de alguna clase de socialismo como objetivo. Pero bajo la jefatura de Hardie aquél ejerció una atracción especial en los socialistas que habían cambiado de opiniones políticas sin haber abandonado completamente su fe religiosa, y habían conservado intacta buena parte de su puritanismo. La pregunta de Hardie *¿Puede un hombre ser cristiano con una libra por semana?* (el título de una alocución que circuló mucho como folleto) dio con el clavo de lo que estos conversos necesitaban. Porque el socialismo de Hardie fue siempre la doctrina política del Sermón de la Montaña, un evangelio que había de predicarse en el nombre de Dios y bajo el supuesto de que existía un Dios que cuidaba de todos los hombres y que les ayudaría, si ellos se ayudaban entre sí. En realidad no había mucha diferencia entre su evangelio y el de Blatchford, salvo en la manera de formularlo. Pero la manera de formularlo lo hacía muy diferente.

No debe entenderse por esto que Blatchford y Hardie eran jefes de dos movimientos completamente separados. Por el contrario, durante algunos años Blatchford fue uno de los protagonistas más activos del Partido Laborista Independiente, y muchos socialistas estaban en relación con los dos grupos. F. W. Jowett, de Bradford, por ejemplo, repartió su contribución entre los dos durante muchos años sin pensar que esto fuera incongruente. Pero a Hardie, que tenía su órgano propio, *The Lábour Leader,* siempre le desagradaron los *Clarionettes,* y Blatchford antes de mucho tiempo dejó de actuar en el Partido Laborista Independiente, cuando su política de exigir que los socialistas nunca votasen por un candidato que no fuera socialista, incluso cuando no se presentase ningún candidato socialista, fue rechazada por Hardie y por los demás jefes principales del partido. El *Clarion* se convirtió cada vez más en un órgano socialista independiente, que no debía lealtad más que a sus propios partidarios, y que esperaba de éstos que siguiesen con entusiasmo a Blatchford a donde éste se sintiese llamado a llevarles.

Manteniéndose aparte de todos los grupos de que hemos hablado hasta ahora, pero en relaciones amistosas con todos o casi todos ellos, estaba el socialista idealista Edward Carpenter (1844-1929), cuyo poema en verso libre, *Towards Democracy* (1883) fue muy leído entonces, no sólo en la Gran Bretaña, sino también en América y en el Oriente. Carpenter empezó su carrera como miembro pensionado del Trinity Hall, Cambridge, y como auxiliar en Cambridge de F. D. Maurice, el socialista cristiano. Cuatro años más tarde, en 1864, renunció su ayudantía y su beca, y se hizo conferenciante de la organización reciente-

mente fundada con el nombre de Extensión Universitaria. En 1877 visitó por primera vez los Estados Unidos y conoció a Walt Whitman, quien influyó mucho en él. Escribió *Towards Democracy* en un estilo derivado principalmente de Whitman, y que reflejaba sobre todo las ideas de éste. En 1886 dejó sus conferencias, por razones de salud, y se estableció cerca de Sheffield como huésped de un amigo obrero, Albert Femehough, para escribir *Towards Democracy.* En 1882 murió su padre, y él heredó algunos miles de libras, gran parte de los cuales repartió pronto. Su dinero ayudó a que la Federación Social-Demó-<:rata fundase *Justice.* Compró en Derbyshire, también cerca de Sheffield un huerto de varios acres, y se dedicó al cultivo de árboles frutales, a lo cual pronto añadió la fabricación de sandalias. Carpenter, después de su visita a los Estados Unidos, se convirtió en un defensor entusiasta de la vida sencilla, un crítico agudo de la llamada "civilización", y un convencido utopista, muy seguro de que la humanidad rechazaría pronto los errores de la vida "civilizada" y hallaría paz y unidad en una forma de vida sencilla y comunista que se basaría en una igualdad social completa. Estaba seguro de que las enfermedades casi desaparecerían si los hombres volviesen a una vida sencilla en armonía con la naturaleza; y el amor sería purificado cuando los hombres aprendieran a prescindir de los numerosos males de la propiedad y de la producción en masa de cosas innecesarias.

Durante el resto de su vida Carpenter permaneció fiel a este ideal, que expuso en varias obras en prosa como también en adiciones a *Towards Democracy.* Entre sus libros más conocidos se encuentran *England's Ideal* (1885) y *Civilization, its Cause and Cure* (1839). Sus últimos escritos tratan principalmente de la filosofía oriental y de sus pensamientos acerca de la creación artística: *From Adam's Peák to Elephanta* (1892) y *The Art of Creation* (1904), o de la cuestión sexual; *Love's Corning of Age* (1896). En 1916 publicó sus memorias: *My Days and Dreams.* Aunque tomó poca parte activa en el movimiento socialista, excepto a través de sus escritos, hizo una contribución considerable al nuevo pensamiento socialista de los últimos decenios del siglo xrx. Durante muchos años tuvo su casa abierta a visitantes socialistas, especialmente de Sheffield, y a los peregrinos que venían a visitarle desde muchos países. Sin haber construido un sistema, era más bien anarquista que socialista en sus ideas esenciales: aspiraba a que desapareciese completamente el gobierno coactivo, y a que se estableciera una sociedad libre en la cual todos los hombres encontrarían placer en trabajar con sus manos, y de ella desaparecería todo trabajo desagradable. Era sin duda un poco raro o chiflado; pero los que le conocían le amaban y le respetaban profundamente. Su elevado idealismo, que rechazaba toda duda, satisfacía una necesidad fuertemente sentida por muchos de los

nuevos convertidos al evangelio igualitario; y su influencia fue aún mayor en la India que en la Gran Brataña. Con la fundación del Partido Laborista y la transformación del socialismo en un movimiento político organizado, el estado de espíritu que correspondía a sus escritos pasó, y su influencia disminuyó. Pero durante algún tiempo, aunque nunca fue un jefe, fue un notable profeta de segunda fila.

Incluso hoy, cuando pocos leen *Towards Democracy,* el canto socialista de Carpenter, "*England, Arise*"; ("¡Inglaterra, levántate!") sigue cantándose en innumerables reuniones, y sirve para recordar el optimismo exaltado de los antiguos tiempos socialistas.

El propósito de esta sección ha sido analizar algo las fuerzas que condujeron a la aparición del "nuevo sindicalismo" en 1889 y a los sentimientos y opiniones que acompañaron a esta aparición y proporcionaron una multitud de conversos a la causa del "laborismo independiente" y de un socialismo esencialmente distinto del marxismo "científico" de los social-demócratas del continente y de la Federación Social-Demócrata de la Gran Bretaña. Sin embargo, además de las agrupaciones obreras de que hemos hablado en este capítulo, había un grupo importante de intelectuales de la clase media que se pusieron del lado de los obreros y estaban impulsados por sentimientos muy semejantes. En este grupo no figuraba sólo la Sociedad Fabiana; pero sí fue la que ejerció una influencia más grande, y antes de que intentemos ningún análisis del contenido positivo del nuevo socialismo del Partido Laborista Independiente tenemos que pasar revista a la elaboración de la doctrina característicamente inglesa del socialismo fabiano. Éste fue obra sobre todo de Sidney Webb, quien al final de la década de 1880 había formulado claramente una filosofía amplia del socialismo basada no en Marx, sino en una combinación del utilitarismo de Bentham, como lo interpretó de nuevo John Stuart Mili, del evolucionismo darvinista y de la economía de Jevons, con una concepción materialista de la historia privada de sus partes revolucionarias.

## (III) EL PARTIDO LABORISTA INDEPENDIENTE

El movimiento en favor de que en la Gran Breteña tuviese una representación el obrerismo "independiente" tomó forma en el Partido Laborista Independiente fundado en 1893, y preparó el camino para el Partido Laborista. Se inició con varias organizaciones locales separadas contrarias al intento de constituir un grupo laborista dentro del partido liberal. El origen de este grupo *Lib-Lab* (laboristas liberales) fue la Liga de representación obrera *CLabour Representation* Leagwe), la cual fue establecida después de la "Ley de Reforma" de 1867 y tuvo sus primeros triunfos cuando los dos jefes mineros, Alexander Macdonald

y Tomas Burt, fueron elegidos miembros del Parlamento en 1874. Estos dos, con el albañil Henry Broadhurst, secretario del Congreso de los Sindicatos Obreros, triunfaron en la elección de 1880, en la cual también fue electo Charles Bradlaugh, aunque con el único resultado de que la Cámara de los Comunes le privase de su puesto, y para ser reelegido en 1871, 1882 y 1884 a lo largo de una larga lucha en favor del derecho de prometer en lugar de jurar. Macdonald murió en 1881; y su vacante fue disputada y perdida. En 1884 y 1885 dos leyes ampliaron el derecho de sufragio en los distritos rurales e hicieron una distribución de representantes con ventaja para los distritos industriales; y en las elecciones siguientes de 1885 fueron elegidos seis mineros y otros cinco dirigentes de los sindicatos obreros, además de Bradlaugh y de dos representantes de los agricultores de las "tierras altas" de Escocia. Los once miembros sindicalistas del Parlamento constituyeron un grupo regular dentro del partido liberal, y hubo grandes esperanzas de que los liberales se convirtiesen a una forma de radicalismo que asegurara el apoyo de los obreros. Sin embargo, en este momento surgió la división de los liberales a causa de la autonomía de Irlanda, con la disidencia de Chamberlain y con el rompimiento de la alianza radical. Esta crisis coincidió con los trastornos causados por la falta de trabajo a mediados de la década de 1880, los cuales aumentaron mucho el influjo socialista en los distritos industriales. En las elecciones generales de 1886, que fueron consecuencia de la crisis referente a la autonomía de Irlanda, cinco de los seis mineros fueron reelegidos, pero tres de los otros cinco sindicalistas perdieron sus puestos, y sólo triunfaron dos nuevos representantes. Este retroceso fue causa de que el Congreso de los Sindicatos Mineros, que había-estado votando en contra de proposiciones pidiéndoles que se encargasen de organizar la elección de representantes obreros, cambiase de opinión, y estableciese en 1886 un Comité Electoral Laborista a propuesta de John Wilson, jefe de los mineros de Durham, que había perdido su puesto en el Parlamento. La antigua Liga de Representación Obrera desapareció en 1881; la nueva organización fue establecida al principio como un comité de Congreso de los Sindicatos Obreros; pero al año siguiente fue transformada en una Asociación Electoral Obrera independiente, que habría de actuar principalmente a través de los Consejos Locales de Gremios, más con poderes para establecer asociaciones locales propias cuando lo considerase conveniente.

El Comité Electoral Laborista fue establecido por el voto de todos los grupos del Congreso de Sindicatos Obreros que eran partidarios de una acción política de los obreros, y ya fuese o no asociándose con los liberales; pero fue esencialmente una organización *Lib-Lab;* porque la mayoría de los directivos de los sindicatos estaban todavía firmemente

unidos al partido Gladstonc, a pesar de la deserción de Chamberlain, y los liberales, como era natural, estaban haciendo toda clase de esfuerzos para conservar la ayuda de los Sindicatos obreros. En realidad, Schnadhorst y la organización central del partido liberal, hacían cuanto podían para convencer a las asociaciones liberales locales reacias a fin de que aceptasen candidatos de los sindicatos obreros en aquellos distritos en que la derrota era probable sin el apoyo de éstos. La política de la Asociación Electoral Obrera era presentar un candidato de los sindicatos por el Consejo Local de Oficios o por alguna otra organización sindical, como la Asociación de Mineros, y pedir luego a la Asociación Liberal Local que los aceptase. Si la Asociación Liberal se negaba a ello, la Asociación Electoral Obrera pedía a continuación que el nombre del candidato propuesto por los liberales y del propuesto por el sindicato fuesen sometidos a una votación secreta por los liberales de la localidad, compron-.ctióndose cada partido a apoyar al candidato que obtuviese más TOtos. Si esto era aceptado, y el candidato obrero ganaba, éste sería el candidato oficial de los liberales y radicales. Si, por otra parte, el candidato obrero era derrotado en la votación, o si los liberales se neoaban a votar, la Asociación Electoral Obrera generalmente retiraba a su candidato a fin de evitar la división de votos y de que se regalase el puesto a los conservadores. Esto, en la práctica, significaba que los candidatos *Lib-Lab* fuesen aceptados en varios distritos dominados por •el voto de los mineros, y para algunos otros más, pero que, ante una fuerte oposición de la mayoría de las asociaciones liberales locales, apenas podía hacerse nada. De los cinco sindicalistas, aparte los mineros, elegidos en 1885, tres fueron elegidos por distritos del este de Londres, uno por Birmingham y otro, Joseph Arch, por el distrito agrícola del noroeste de Norfolk. En 1886 Broadhurst, echado de Birmingham a •causa de la disidencia de Chamberlain, fue elegido por el oeste de Nottingham: los otros tres sindicalistas que triunfaron fueron elegidos en el este de Londres. Los liberales de las poblaciones industriales del Norte no estaban dispuestos a ceder distritos electorales a los obreros, ni siquiera como liberales.

En estas circunstancias se produjo como es natural una hostilidad creciente contra los liberales y contra la Asociación Electoral Obrera entre los trabajadores que habían quedado impresionados por la disidencia de Chamberlain, y a quienes habían abierto los ojos los trastornos del paro y las primeras agitaciones del "nuevo sindicalismo". En el campo político no sucedió nada más hasta 1888, cuando James Keir Hardie (1856-1915), el jefe de los mineros de Ayrshire y de un movimiento para unir a los mineros escoceses en una sola federación, fue presentado como candidato de los mineros en una elección parcial en Mid-Lanarkshire al retirarse el representante liberal. El nombre de

Hardie fue propuesto a la Asociación Liberal Local, que se negó a aceptarlo. Entonces los partidarios de Hardie pidieron que los electores liberales votasen secretamente, y también esto fue rechazado. La Asociación Electoral Obrera intervino en vano en su favor: Schnadhorst, en representación de la Organización Liberal Nacional, acudió, y no habiendo conseguido convencer a los liberales de la localidad, privadamente ofreció a Hardie un distrito seguro en otra parte en las próximas elecciones generales y la cantidad de 300 libras al año para atender a sus gastos mientras fuese miembro del Parlamento. Hardie se negó a retirarse, rechazando toda esta oferta, a pesar de la presión que para que aceptase hizo T. R. Threlfall, el secretario nacional de la Asociación Electoral Obrera. La Asociación Electoral Obrera retiró su apoyo, y Hardie luchó en las elecciones como candidato laborista independiente, obteniendo 617 votos contra 3,847 del candidato liberal y 2,917 del conservador. Esto fue el comienzo del "laborismo independiente" como distinto de la política *Lib-Lab* o social-demócrata.

Keir Hardie, cuando tomó parte en la lucha electoral de Mid-Lanark, todavía se consideraba a sí mismo como liberal. Tenía 31 años, y ya era conocido como jefe sindical por sus esfuerzos para organizar sindicatos obreros entre los mineros del oeste de Escocia. Esto había producido fuertes luchas contra la decidida oposición de los propietarios de las minas de carbón; y Hardie supo lo que era el boicot y el sacrificio, y lo habría pasado mal si no hubiese podido mantenerse con el periodismo en forma de artículos para los periódicos de Ayrshire, que trataban sobre todo de la situación de los mineros. En 1876 llegó a ser secretario del sindicato de mineros de Ayrshire, con un sueldo de setenta y cinco libras al año, y en enero del año siguiente había fundado su periódico mensual, *The Miner* (El minero). Durante el mismo año había llegado a ser secretario de la recientemente formada Federación de Mineros Escoceses, y había sido designado como candidato de los mineros por North Ayrshire. En esta ocasión consiguió que los mineros de Ayrshire aprobasen una propuesta para formar un "partido laborista" y, cuando la asociación liberal se negó a apoyarlo, siguió la práctica de la Asociación Electoral Obrera pidiendo una votación de los electores liberales. También dijo que "trataría de que se formase una rama de la Asociación Electoral Obrera en todas las poblaciones y aldeas del distrito". Sin embargo, cuando se produjo la vacante de Mid-Lanark aceptó la invitación para luchar por este distrito renunciando al otro.

Hay pruebas de que Keir Hardie, aunque todavía era un liberal, ya se consideraba en 1887 en cierto modo como socialista. Ese año fue enviado a Londres como miembro de una Diputación de los mineros escoceses y aprovechó la ocasión para conocer a Engels y a Eleanor Marx, entre otras personas, y para ponerse en relación con la Federación

Social-Demócrata, con la intención de ingresar en ella; pero su espíritu puritano se reveló contra la atmósfera de cerveza y de blasfemia que halló entre los social-demócratas de Londres. Era un abstemio que quería hacer prosélitos, y había sido un colaborador activo en la Unión Evangélica; y aunque había empezado a renunciar a su dogmatismo, siguió siendo cristiano y también un abstemio rígido y completo. Regresó a Escocia sin realizar su primer propósito de ingresar en la Federación Social-Demócrata o de acabar con sus relaciones con los liberales. Pero en *The Miner* publicó con frecuencia colaboraciones de socialistas, de partidarios de la nacionalización de la tierra y de otros rebeldes; y sus propios artículos ya anunciaban como próxima la caída del capitalismo.

De las elecciones de Mid-Lanark salió el Partido Laborista Escocés, en el cual se unieron hombres procedentes de varios movimientos avanzados. John Murdoch, el dirigente de pequeños agricultores, presidió la reunión preliminar; el Dr. Gavin B. Clark (1846-1930), uno de los representantes de los pequeños agricultores en el Parlamento, fue uno de los vicepresidentes. R. B. Cunninghame Graham (1852-1936) el "terrateniente escocés socialista", que había obtenido un lugar en el Parlamento representando a Lanarkshire como radical en 1886, llegó a ser presidente; el irlandés de Glasgow, John Ferguson (1836-1906), vicepresidente; J. Shaw Maxwell (1885-1928), de la Liga escocesa de restauración de la tierra de Henry George, presidente del comité ejecutivo; y el socialista de Glasgow, George Mitchell, tesorero. Hardie mismo fue secretario, añadiendo este cargo a los muchos que ya tenía. Lo que quedó de las secciones escocesas de la Liga socialista se unió bajo el influjo de J. L. Mahon. El programa incluía la nacionalización de los ferrocarriles y de otros medios de transporte, un sistema nacional de bancos y el monopolio estatal de la acuñación de la moneda, y otras propuestas socialistas, como también las demandas más inmediatas en favor de la jornada de 8 horas, del derecho al trabajo, etc. Hardie y su grupo se pusieron a trabajar enérgicamente para organizar agrupaciones por toda Escocia.

Mientras tanto, Henry Hyde Champion (1859-1928) había reñido con la Federación Social-Demócrata después del escándalo referente al "oro *tory" y* había actuado en favor de la causa de la representación obrera. En 1887 había fundado un periódico, *Common Sense,* que pronto se convirtió en *The Labour Elector,* e ingresó en la Asociación Electoral Obrera de Londres, tratando de hacerla independiente de los liberales. En Londres había sido organizada una Federación Radical Metropolitana en 1886 como rival de la ortodoxa Unión Liberal y Radical de Londres, y esta agrupación había sido aceptada por la Federación Liberal Nacional al lado de su rival. En 1888 el establecimiento del Consejo del Condado de Londres (London County Couneil) plan-

teó de manera urgente el problema de si debiera existir una alianza "progresista" en la nueva corporación. Los partidarios de los Fabianos y de John Burns apoyaron este proyecto: Burns formó su propia Liga Obrera de Battersea y dejó la Federación Social-Demócrata en 1889, el año en que fue elegido para el Consejo del Condado de Londres. Champion, aunque también estaba fuera de la Federación Social-Demócrata, que lo expulsó en 1888, era contrario a la alianza "progresista", y llegó a ser un jefe activo del movimiento londinense en favor de un partido laborista independiente. Él también se ocupó enérgicamente de la cuestión de la jornada de 8 horas. Hardie, que había cambiado el título de su *Miner* por el de *The Labour Leader,* vio que no tenía medios para continuarlo, y lo fusionó con *The Labour Elector* de Champion, del cual llegó a ser corresponsal escocés. Pero en 1890 Champion riñó con Burns, Mann y Tillet, y *The Labour Elector* dejó de publicarse. Su lugar lo ocupó Joseph Burguess (1853-1934), con su *Workman's Times,* y Burguess en seguida trató de hacer de su periódico el órgano de unión para el movimiento nacional que crearía un partido laborista independiente. *The Workman's Times* pronto empezó a publicar varias ediciones locales, llenas de noticias referentes a los sindicatos obreros y al movimiento laborista, y a servir de primer órgano de amplia circulación para el nuevo movimiento.

Esto sucedió después de los acontecimientos de 1889, que fueron en todo el país un estímulo enorme para la opinión de la clase obrera. El triunfo de los obreros londinenses del gas, seguido de la victoria aún más resonante de la huelga de los obreros del puerto de la misma ciudad, inició el "nuevo sindicalismo" en su cruzada entre los trabajadores no especializados. Will Thorne (1857-1946), jefe de los obreros del gas en Londres, y Pete Curran (1860-1910), recorrieron el Yorkshire, organizando ramas del sindicato de obreros del gas; y se produjo una rápida difusión de la organización de sindicatos de obreros en muchos oficios, incluyendo a los muy mal organizados de la industria de la lana y del estambre. John Andrew (1850-1906), propietario del *Cotton Factory Times* de Lancashire, fundó en 1889 un *Yorkshire Factory Times* con Joseph Burguess como director, y, al año siguiente, de él brotó como un vastago londinense el *Workvian's Times.* Los sindicatos de obreros portuarios fueron organizados en Merseyside, Tyneside y en otros lugares, y algunos de ellos se ampliaron en sindicatos que se ocupaban de una gran variedad de obreros menos especializados. Existía un fermento de actividad de la clase obrera, que pronto empezó a tener repercusiones políticas. Al final de 1890 los obreros textiles se declararon en huelga en Manningham, cerca de Bradford, dirigidos por W. H. Drevv, y esto se señaló por serios conflictos entre los huelguistas, que carecían de sindicato, y la policía; y de aquí surgió el Sindicato

Obrero de Bradford, con Drew como presidente, y una actitud acometedora de independencia. Ben Tillett, el directivo de los obreros del puerto de Londres, y Robert Blatchford fueron designados como candidatos laboristas independientes para luchar por la representación de Bradford en el Parlamento contra los liberales que ya la tenían. Pocos meses más tarde fue fundado un sindicato análogo en el valle de Coiné, y Tom Mann fue elegido candidato. La Asociación electoral laborista de Salford se unió a los independientes un mes más tarde; y hacia el mismo tiempo el consejo de Sindicatos de Londres formó su propia Liga de representación obrera. A principios del año siguiente, Blatchford y John Trevor se adelantaron a establecer un partido laborista independiente del distrito de Manchester; y al mismo tiempo Burguess lanzó en *The Workman's Times* un llamamiento a todos los que estuviesen conformes con la existencia de un partido laborista independiente para que le enviasen sus nombres a fin de que los que quisieran ayudar pudieran ponerse en comunicación y hacer posible la fundación de grupos del partido en proyecto en diversas regiones. Este llamamiento tuvo bastante éxito: en realidad puso en actividad a las organizaciones locales, que enviaron sus delegados para fundar al año siguiente el partido Laborista Independiente. En junio de 1892 el grupo de Burguess fundó en Londres un Partido Laborista Independiente, con Shaw Maxwell como secretario, y trató de conseguir que el comité de Londres fuese aceptado como organizador del partido nacional. Los escoceses y los del norte de Inglaterra se opusieron a esto, e insistieron en que el nuevo partido debía formarse con su colaboración. Convencieron a Hardie (que fue elegido para el parlamento por un distrito del "Londres grande", el de South West Ham, en julio de 1892) a fin de que tomase la iniciativa de convocar a una reunión preparatoria durante el congreso de sindicatos de obreros celebrado en Glasgow. Allí se decidió la convocatoria de una conferencia nacional que debía reunirse en Bradford, en enero de 1893, a fin de constituir un partido laborista independiente.

En las elecciones generales de 1892 volvieron a ser elegidos miembros del Parlamento 6 mineros con el carácter de *Lib-Lab,* con otros 4 miembros de sindicatos obreros de la misma orientación. En Escocia fue derrotado Cunninghame Graham; pero el Dr. G. B. Clark conservó su puesto como radical. En Irlanda fueron elegidos 3 laboristas, incluyendo a Michael Davitt (1846-1906), de la Liga Agraria Irlandesa (Irish Land League); pero Davitt no fue aceptado. En Inglaterra, el laborismo independiente obtuvo sus primeras victorias. John Burns triunfó en Battersea y Keir Hardie en West Ham. El dirigente de los marineros Joseph Havelock Wilson (1859-1929), ganó la elección de Middlesbrough, en donde luchó contra otros dos candidatos, uno liberal

y otro conservador, pero en seguida hizo las paces. De este modo correspondió a Burns y a Hardie exponer en el Parlamento las aspiraciones del nuevo partido; sin embargo, Burns se retrajo. Hardie se ofreció a trabajar bajo la dirección de éste; pero Burns no estaba bien dispuesto hacia Hardie y estaba muy unido a la "Alianza Progresista" del Consejo del Condado de Londres. Correspondió sólo a Hardie presentar las demandas del nuevo movimiento, actuando como defensor de los sin trabajo y de la jornada legal de 8 horas. Muchos escritores han contado su llegada a la Cámara de los Comunes, vestido de obrero con una gorra de tela, en un carricoche lleno de trabajadores del puerto, uno de los cuales escandalizó a los respetables miembros del Parlamento tocando una corneta. Esta exhibición, que no fue preparada de antemano, estuvo algo fuera de lugar, porque Hardie era una persona sumamente seria, poco inclinado a esta clase de manifestaciones, aunque estaba muy dispuesto a dar un espectáculo en una ocasión seria. Pronto lo hizo, al protestar contra la ligereza con que la Cámara de los Comunes se ocupó de un desastre minero; y siempre estaba dispuesto a hacer lo mismo cuando no veía mejor manera de atraer la atención hacia el caso que exponía; pero si daba un espectáculo era como resultado de un sentimiento profundo y no porque le gustase una acción llamativa. Siguió siendo el inflexible y exigente puritano que fue desde el primer momento; y aunque a veces podía gozar con lo mejor, le desagradaba profundamente todo lo que considerase como frivolo o como un alarde estúpido de revolucionarismo. Aunque llegaron a considerarle como un extremista, realmente era un verdadero moderado, decidido a dedicarse a reformas inmediatas, y le impacientaban los que creían que el socialismo podía ser introducido de repente mediante una revolución violenta.

Los hombres y las mujeres que se unieron en torno de la jefatura de Hardie en enero de 1893 para establecer el Partido Laborista Independiente, formaban una masa heterogénea. Incluía delegados del Partido Laborista Escocés, que pronto se fundió con la nueva organización; de varias Uniones Laboristas y grupos similares, tales como la Unión Laborista de Bradford, el Partido Laborista Independiente de Manchester y de varios partidos laboristas independientes que se habían creado bajo los auspicios de *The Workmarís Times;* de cierto número de secciones de la Federación Social Demócrata de la Sociedad Fabiana de Londres y de cierto número de sociedades fabianas que surgieron desde la publicación de los *Ensayos fabianos* en 1889. Había muy pocos sindicatos obreros y una o dos organizaciones misceláneas, tales como la Liga de la jornada de 8 horas, de Edward Aveling (1851-1898). Bernard Shaw, en representación de los fabianos de Londres, anunció desde un principio que la Sociedad Fabiana más antigua no

tenía intención de fusionarse con el nuevo partido, porque estaba decidida a continuar su política de infiltrar las ideas socialistas en los partidos existentes. Las credenciales de la Sociedad Fabiana fueron discutidas, en parte por esto y en parte por su compromiso de alianza con los liberales en la política municipal de Londres, que chocaba con la opinión de la mayor parte de los delegados provinciales, que estaban ocupados en luchar con los liberales en sus propios ayuntamientos. En este punto la mayoría de las Sociedades Fabianas de fuera de Londres se declararon en contra de Shavv, y pasaron a unirse al Partido Laborista Independiente.

Desde su fundación, el Partido Laborista Independiente tuvo el propósito de ser una federación, basada sobre todo en las Uniones Laboristas locales, pero abierto para recibir como afiliados a los sindicatos obreros y a otras organizaciones laboristas y socialistas. Pero los sindicatos obreros se mantuvieron a cierta distancia, y las secciones de la Federación Social-Demócrata se negaron a bandonar su antigua organización. A los pocos meses de haberse constituido el Partido Laborista Independiente, se había convertido en una asociación nacional con secciones, y las uniones laboristas locales y otras organizaciones análogas habían aceptado que fuesen consideradas como secciones independientes del Consejo administrativo nacional creado en la Asamblea de Bradford. Después, el objetivo de convertir a los sindicatos obreros a la política laborista independiente tuvo que ser perseguido de otra manera, persuadiéndoles para que creasen un partido federal, en el cual pudiesen actuar juntos los grupos socialistas y sindicales. Costó 7 años de mucho trabajo conseguir esto, convenciendo al Congreso de los Sindicatos Obreros para que convocasen a una asamblea que creó al comité de representación obrera. Mientras tanto, la Asociación electoral obrera siguió existiendo hasta 1896, pero gradualmente perdió terreno porque varios de sus grupos locales ingresaron en el Partido Laborista Independiente o murieron por carecer de fuerza. Las elecciones generales de 1895 redujeron el número de representantes mineros en el Parlamento: disminuyó de 6 a 5 y el resto del grupo *Lib-Lab* de 4 a 3, incluyendo a Havelock Wilson. Burns y el Dr. Clark fueron reelegidos, también los tres irlandeses, incluyendo a Davitt, que representó a South Mayo. Pero en South-West Ham fue derrotado Keir Hardie, aunque ningún liberal se presentó en contra de él; y, por consiguiente, el partido independiente no tuvo ningún representante en los Comunes. Luchó en 28 distritos, de los cuales 8 estaban en Lanscashire y en Chcshire, 7 en Yorkshire y 7 en Escocia, pero no triunfó ni siquiera en uno. La Federación Social-Demócrata presentó 4 candidatos y otros 4 socialistas lucharon con la ayuda de varias organizaciones locales. Pero para 1895 el Nuevo Sindicalismo había perdido gran parte del terreno que

ganó en 1889 y en los años siguientes, y procuró únicamente no desaparecer. A pesar de la fundación del Partido Laborista Independiente, la causa del laborismo independiente no siguió avanzando. Muchos de los antiguos dirigentes sindicales, como George Howell (1833-1910), anunciaban la rápida desaparición de los sindicatos nuevos y el retorno a la alianza *Lib-Lab.*

Sin embargo, aunque los progresos espectaculares de comienzos de la década del 90 no continuaron, el nuevo socialismo iba infiltrándose gradualmente en los antiguos sindicatos obreros y en los sucesivos Congresos de Sindicatos Obreros los socialistas iban ganando más partidarios. En 1895, cuando estaba en su apogeo la reacción contra el nuevo sindicalismo, el Congreso de Sindicatos Obreros decidió, a instancias de John Burns, entonces completamente apartado del nuevo movimiento político, expulsar como miembros a los Consejos Obreros Locales y limitar la elección de delegados a hombres que de hecho trabajasen en sus oficios o que ocupasen un puesto en los sindicatos obreros. La razón aducida para la primera de estas decisiones fue que los representantes de los consejos obreros duplicaban la representación de Jos sindicatos obreros: el motivo verdadero fue librarse de los rebeldes, que eran numerosos entre los delegados de los consejos obreros. Durante algún tiempo este cambio sirvió para restaurar el poder de los antiguos directivos. En 1893 y 1894 el Congreso de Sindicatos Obreros había aprobado propuestas socialistas e incluso había votado en favor de un fondo destinado a apoyar a los candidatos de los Sindicatos Obreros, decisión que el Comité Parlamentario del Congreso no cumplió fundándose en que faltó apoyo suficiente de los sindicatos obreros. Desde 1895 a 1898 propuestas análogas fueron rechazadas por gran mayoría, e incluso en 1899 el congreso rechazó otra propuesta para establecer un fondo político central. Aquel año, sin embargo, los socialistas por fin se recuperaron persuadiendo a los delegados para que votasen en favor de una propuesta, según la cual el comité parlamentario habría de encargarse de convocar una asamblea de sindicatos obreros y otras organizaciones laboristas y socialistas a fin de que fuese creado al año siguiente el Comité de Representación Laborista.

El progreso hecho por el nuevo socialismo durante el período de aparente retroceso entre 1895 y 1900 fue debido principalmente a sus éxitos en la esfera del gobierno local. Detenido en Londres por la Alianza progresista, el Partido Laborista Independiente siguió en las ciudades de provincia una política de oposición a los dos partidos antiguos y pudo conseguir entrar en varios Consejos Locales, aprovechando esta ventaja para exigir reformas inmediatas, tales como la mejora de las escuelas, el fomento de construcción de viviendas y provectos para acabar con los barrios miserables, proporcionar trabajo a los desemplea-

dos de la localidad y subir los salarios muy bajos que se pagaban a los empleados de los consejos locales. Esta política de "Socialismo práctico" le valió un gran aumento de apoyo, y también sirvió para definir su carácter como partido reformista más que revolucionario, con aspiraciones socialistas a largo plazo, pero con un programa inmediato que atraía a muchos de los que rechazaban el evangelio marxista de la Federación Social-Demócrata en la misma medida en que estaban descontentos con la frialdad que mostraba el Partido Liberal respecto a las partes más avanzadas de su programa de Newcastle de 1892. En los casos mejores los representantes laboristas todavía no eran más que pequeñas minorías en los consejos municipales, y apenas estaban re' presentados en los consejos de condado establecidos en 1888. Todavía había menoí. en los consejos de distritos urbanos y rurales; y eran algo más numerosos en los patronatos de escuela y en las comisiones tutelares de las áreas industriales. Pero en muchos sitios consiguieron ejercer un influjo mucho mayor del que correspondía a su número en los comités que se ocupaban del problema de la vivienda y de otras cuestiones sociales; y esta labor local dio a conocer a los dirigentes del Partido Laborista Independiente y con frecuencia prepararon el camino para éxitos posteriores en las luchas parlamentarias. La Sociedad Fabiana, a pesar de lo que le preocupaba mantener la llamada alianza progresista en el Consejo del Condado de Londres, ayudó mucho a los miembros laboristas con intervención en el gobierno local en todo el país proporcionando una información estadística útil y folletos que explicaban las facultades de los distintos consejos y trazando proyectos de actuación política.

El segundo factor que ayudó al Partido Laborista Independiente a aumentar su influencia durante los últimos años de la década del 90 fue la actividad de sus secciones para ayudar los movimientos huelguísticos. En 1897 se prestó mucha ayuda a la asociación federal de mecánicos en su fracasada resistencia contra el *lock-out* declarado por los patronos con motivo del problema de la intervención de los sindicatos obreros en las "funciones de gerencia", y al año siguiente la ayuda dada a los mineros del sur de Gales durante su huelga y el *lock-out* dio al Partido Laborista Independiente un fuerte arraigo en el sur de Gales, que ni siquiera había tenido representación en la asamblea inaugural de 1893. Hardie debió el ser elegido por Merthyr en 1900 a la gran participación que tuvo en esta lucha; y después el sur de Gales pronto llegó a ser uno de los elementos más fuertes del laborismo.

En la política local el Partido Laborista Independiente, en casi todos los sitios, luchaba en las elecciones contra los dos partidos antiguos aunque sus representantes, cuando triunfaban en una elección, frecuentemente colaboraban con otros progresistas en el trabajo de los comités.

En la política nacional, la cuestión con que en seguida se enfrentó el nuevo partido fue la de su actitud en las elecciones en los distritos en que no presentaban candidato propio, es decir, en la mayoría de ellos. Cuando Blatchford y su grupo fundaron el Partido Laborista Independiente del distrito de Mancbester en 1892, incluyeron en los estatutos una cláusula que exigía de los miembros no sólo prescindir de toda conexión con los demás partidos, sino que también les prohibía que votasen a un candidato no socialista en cualquier distrito. Esto suponía exigir a la mayoría de sus miembros que se abstuviesen por completo de votar hasta que el partido estuviese en disposición de presentar sus propios candidatos en los distritos en que residían. En la asamblea inaugural del Partido Laborista Independiente celebrada en Bradford y posteriormente los miembros de Manchester lucharon mucho por conseguir que la "Cláusula cuarta" (llamada así por el lugar que ocupaba en los estatutos del Partido Laborista Independiente de Manchester) fuese aceptada como política nacional. En esto no tuvieron éxito: la política aprobada para toda la nación fue que los miembros del Partido Laborista Independiente renunciarían a toda conexión con los otros partidos, y que deberían votar en las elecciones municipales como decidiesen sus agrupaciones locales y en las elecciones parlamentarias de acuerdo con la decisión de la asamblea nacional del partido. Esta última disposición fue puesta a prueba en las elecciones generales de 1895; y en aquella ocasión la asamblea nacional se decidió en favor de aplicar rigurosamente la política de la "cláusula cuarta", aunque se dice que esta decisión no fue con frecuencia obedecida y que muchos miembros del Partido Laborista Independiente votaron por los *tories* (conservadores).

La explicación de esta política de abstención, excepto en donde fueron presentados candidatos del Partido Laborista Independiente o de otras organizaciones socialistas, es que el Partido Laborista Independiente se inclinaba a romper la antigua alianza *Lib-Lab* y a apartar a los trabajadores de su unión tradicional con el antiguo radicalismo, hasta el punto de estar dispuestos a perder la posibilidad de influir en las elecciones de la mayoría de los distritos. Existía el gran riesgo de que, si los miembros o las secciones tenían permiso para votar al mejor candidato donde no existiese uno socialista, quedase abierto el camino para pactos entre distritos vecinos, con arreglo a los cuales los liberales recomendarían a sus partidarios que votasen al laborista en un lugar a cambio de un favor recíproco en otro. Si esto se permitía, sería imposible no votar por candidatos *Lib-Lab* en algunos lugares, y la distinción entre laborista independiente y *Lib-Lab* correría el peligro de desaparecer. Había entre los dirigentes del Partido Laborista Independiente bastantes diferencias de opinión respecto a evitar que la "cláusula

cuarta" fuese incluida en los estatutos del partido; pero en 1895 los partidarios de la "cláusula cuarta" triunfaron. Los miembros del Partido Laborista Independiente fueron autorizados y estimulados a votar en favor de los candidatos de la Federación Social-Demócrata o de otros candidatos independientes; y en 1900 hubo en Rochdale incluso un candidato presentado a la vez por el Partido Laborista Independiente y por la Federación Social-Demócrata. La política de la "cláusula cuarta" y la política menos rígida aceptada por el Partido Laborista Independiente como su línea oficial estaban inspiradas en la decisión de no pactar con los liberales o con los miembros de sindicatos que presentasen su candidatura bajo el auspicio de los liberales.

A pesar de esta intransigencia electoral, el Partido Laborista Independiente fue desde el principio y decididamente un partido no revolucionario en todo lo que se refería a su programa y política inmediatos. Blatchford, el principal defensor de la "cláusula cuarta", era también presidente de la Sociedad Fabiana de Manchester cuando fue elegido por el Partido Laborista Independiente del distrito de Manchester, y criticó abiertamente las ideas revolucionarias de la Federación Social-Demócrata. Insistía en que una revolución, aunque fuese posible, no podía hacer bien, porque los socialistas en modo alguno estaban preparados a reemplazar al capitalismo con un sistema social completamente nuevo. Hacía resaltar la capital importancia de la educación socialista como una preparación para introducir el tipo de vida socialista, y le interesaba mucho menos ganar puestos en el Parlamento que hacer una propaganda francamente socialista. En realidad, la verdadera división que existía dentro del Partido Laborista Independiente era entre los que pensaban sobre todo en éxitos parlamentarios y los que no estaban seguros del valor que tuviese el llevar socialistas al Parlamento hasta que hubiese bastante opinión socialista detrás de ellos para evitar que quedasen sometidos a las tradiciones parlamentarias y a las exigencias de la propaganda electoral. William Morris, en los días de su Liga Socialista, había mantenido una idea análoga, y había considerado prematura la lucha por conseguir puestos en el Parlamento. La izquierda del Partido Laborista Independiente no llegó a este extremo, porque la mayoría de sus miembros aceptaban la necesidad de una realización gradual. Pero dudaban lo bastante de las transacciones parlamentarias para insistir en que sus candidatos tenían que comprometerse firmemente en contra de toda asociación con otros partidos y en contra de toda clase de pactos que pudieran implicar una desviación del puro evangelio socialista. Sin embargo, temían mucho menos la influencia corruptora de la política municipal, aunque también en esta esfera rechazaban decididamente todo acuerdo electoral con los no socialistas. Fred W. Jovvett (1864-1944), por ejemplo, precursor en el

municipio de Bradford, estableció una clara distinción entre el procedimiento de los Comunes y el de un ayuntamiento, con sus comités administrativos, en los cuales trabajaban juntos miembros de todos los partidos. Lejos de ver en el sistema de comités del Gobierno Local una tendencia peligrosa a atenuar las divisiones entre partidos en la colaboración administrativa diaria, consideraba que el sistema municipal era muy superior al parlamentario, y pedía que este último fuese reformado imitando al primero. Sin embargo, era tan contrario a los pactos entre partidos dentro del municipio como a los pactos entre partidos en el Parlamento. Todos los dirigentes del Partido Liberal Independiente estaban conformes en que la gran tarea que tenían por delante era inculcar a la clase obrera el evangelio de una estricta independencia política.

En la conferencia de Bradford de 1893 una parte de los delegados, dirigidos por dos representantes escoceses, George Carson y Robert Smillie (1857-1940), más tarde directivos de la federación de mineros y figura sobresaliente del movimiento socialista, querían incluir la palabra "socialista" en el nombre del nuevo partido. La propuesta fue derrotada por razones tácticas; pero nunca hubo duda alguna de que el Partido Laborista Independiente se consideraba a sí mismo como un partido socialista. El objetivo del partido lo definieron en Bradford como "la propiedad colectiva de todos los medios de producción, distribución y cambio". La propuesta al principio decía "propiedad colectiva o comunal"; pero las palabras "o comunal" fueron suprimidas por tener un cierto sabor de comunismo anarquista. El intento que hizo John Lincoln Mahon (1866-1933) de definir el objetivo meramente como el "asegurar la representación y protección separadas de los intereses obreros en las corporaciones públicas", sin comprometer al partido con ninguna manifestación de doctrina socialista, fue derrotado por gran mavoría. Otra propuesta exigía de todos los candidatos del Partido Laborista Independiente, si eran elegidos, que actuasen con la mayoría del "Partido Socialista Independiente en el parlamento para favorecer los intereses obreros sin tener en cuenta las conveniencias de ningún partido político".

¿Qué significaban estas declaraciones de socialismo? Obligaban completamente al nuevo partido a una socialización general como objetivo último: en realidad este compromiso fue considerado como la única manera de distinguir claramente a sus partidarios de los *Lib-Labs* y de los sindicatos de tipo antiguo. Pero esta declaración de fe dejaba al partido en libertad para concentrar sus esfuerzos inmediatos principalmente en la defensa de reformas sociales importantes, especialmente la jornada de 8 horas, el derecho al trabajo o al sustento y un jornal mínimo legal. La jornada de ocho horas fue la demanda en que más

se insistió en un principio a la vez que en la adopción de medidas públicas para reducir el desempleo y para asegurar una mejora a los desempleados, sobre todo por las autoridades municipales y de beneficencia. La petición de mejores viviendas y de mejor enseñanza, con atención médica y comida escolar para los niños también apareció ampliamente en la propaganda local del Partido Laborista Independiente.

Al abogar por algunas reformas en lugar de la destrucción catastrófica del orden social existente, los propagandistas del Partido Laborista Independiente de la década de 1890 distinguían con frecuencia entre las reformas parciales que consideraban practicables "bajo el capitalismo", y las que consideraban que sólo podían realizarse "bajo el socialismo". De este modo, era considerado como completamente posible que el Estado, bajo el capitalismo, encontrase trabajo para algunos de los desempleados y que mantuviese a los demás en condiciones tolerables; pero el desempleo mismo era considerado como inherente al sistema capitalista. Era posible mejorar las viviendas derribando los barrios miserables sin compensación para sus dueños y mediante la construcción realizada por el municipio; pero para librarse de la suciedad y del horror de las ciudades industriales en conjunto, sería necesario sustituir la ganancia como motivo por un sistema de esfuerzo comunal hacia una vida mejor. Nunca llegó a trazarse con claridad la línea divisoria entre lo que era realizable bajo el capitalismo y lo que no lo era; porque esa claridad no era muy necesaria mientras 'hubiese tanto por hacer para aliviar la miseria mediante reformas secundarias, y mientras los socialistas no tuvieran esperanzas inmediatas de llevar a cabo los cambios mayores de estructura. Paradójicamente hubo en estas circunstancias un renacimiento de utopismo entre los reformistas, que hicieron descripciones de una futura utopía, al mismo tiempo que realizaban campañas contra abusos concretos y en favor de reformas legislativas y administrativas muy moderadas.

Aunque, en la conferencia de Bradford, la socialización fue considerada como criterio de la naturaleza socialista del nuevo partido, la inspiración que existía tras ella era más bien ética que económica. En lo que más se insistía era en la miseria de los pobres, la miseria evitable que recaía en los miembros más débiles de la sociedad. En los hombres y las mujeres que formaban el Partido Laborista Independiente su indignación se había avivado al conocer las condiciones insalubres, de falta de alimentación y de suciedad en que vivía gran parte del pueblo, una serie de injusticias y de sufrimientos a los cuales el levantamiento de los obreros menos especializados en 1889 había aplicado la mecha para encender el fuego que iluminó la situación social. Los miembros del Partido Laborista Independiente trataban de luchar en favor de los más miserables mucho más que en favor de toda la clase obrera

en su conjunto. No se ocupaban mucho de los esfuerzos de los obreros especializados para mejorar su propia situación, aunque, por supuesto, se ponían a su lado cuando se producía una huelga o un *lock-out.* Se ocupaban principalmente de los más miserables, que en gran número habían .ingresado en los nuevos sindicatos y de la clase social más amplia de donde habían salido estos conversos a la acción colectiva. Estaban bien dispuestos para creer a los fabianos, que les decían cuánto más eficientes serían la industria y la agricultura socializadas y qué fácil sería producir lo suficiente para todos mediante un esfuerzo colectivo en que todos tomasen parte. Querían el socialismo, fundamentalmente, no porque fuese eficiente, sino porque favorecería la justicia social.

Sin duda, los *Lib-Labs* también querían justicia social y basaban su adhesión al evangelio liberal en fundamentos éticos. La diferencia estaba en que los "nuevos sindicalistas" consideraban la política desde un punto de vista que hacía resaltar las demandas especiales de los obreros menos especializados, e insistían constantemente en la necesidad de que el Estado interviniese en los asuntos económicos. Los *Lib-Lábs,* en su mayoría, representaban a grupos obreros entre los cuales la organización ya estaba bien arraigada, y se había conseguido en medida considerable el reconocimiento del derecho a contratos colectivos. Eran partidarios de que se aumentasen los impuestos sobre los ingresos no ganados, especialmente los de terratenientes y de otros hombres ricos que no tomaban parte activa en el proceso de la pioducción; pero sus principales objetivos inmediatos eran más bien políticos que económicos, y los aliaban más bien con los radicales que con los partidarios del nuevo sindicalismo. Ambos grupos querían el reconocimiento completo de su derecho a contratar colectivamente con los representantes de la industria capitalista, pero los "antiguos sindicalistas" querían esto más bien en beneficio de los obreros organizados que como un "nuevo trato" para la clase trabajadora en su conjunto; mientras que a los "nuevos sindicalistas" les impacientaban especialmente las restricciones que negaban a los obreros no especializados el derecho a ser considerados socialmente como iguales a los artesanos, o, en todo caso, que se les apoyase especialmente teniendo en cuenta que sus necesidades humanas eran más urgentes. Al mismo tiempo los miembros del Partido Laborista Independiente estaban deseosos de no repetir las equivocaciones de la Federación Social-Demócrata atrayéndose innecesariamente la oposición de los miembros de los sindicatos antiguos, a diferencia de los directivos *Lib-Lab.* En realidad, encontraron una parte importante de su apoyo entre los miembros más jóvenes de los sindicatos antiguos; y la mayoría de ellos estaban convencidos de la necesidad de atraer al partido del laborismo independiente, y, si fuese posible, al socialismo a los grupos ya establecidos, como los mineros y los obreros del algodón, que también necesitaban

una legislación que reforzase su situación para contratar. No pocos de los miembros activos del Partido Laborista Independiente estaban en conexión con los sindicatos más antiguos, y dentro de ellos luchaban por la causa del "nuevo sindicalismo" y de la acción política independiente. El objetivo de estos hombres, incluso cuando contribuían a fundar nuevos sindicatos entre los obreros no especializados, no era crear un movimiento sindical rival frente a los sindicatos antiguos, sino más bien convertir a estos últimos a las nuevas ideas y mostrar a sus miembros que su verdadero interés no estaba en mantener su posición de monopolio ante el cambio técnico, sino más bien en hacer causa común con los trabajadores menos especializados en un movimiento para establecer un mínimo de exigencias respecto a jornales y condiciones de trabajo, en la segundad de que, si los más miserables conseguían un mínimo más alto, esto traería consigo una mejora general en la distribución de los productos de la industria entre los obreros y los capitalistas, y que mientras más interviniese el Estado para establecer niveles mínimos, menos podrían los patronos emplear a los obreros no especializados para destruir el poder que ya tenían los sindicatos de obreros calificados para realizar contratos colectivos.

Así pues, mientras la Federación Social-Demóerata se había inclinado a censurar no sólo a los dirigentes *Lib-Lab* de los sindicatos antiguos, sino también a los sindicatos mismos como expresión de un monopolio particularista contrario a las aspiraciones de la totalidad de la clase obrera, los miembros del Partido Laborista Independiente trataron de atraerse a los miembros de estos sindicatos, a la vez que censuraban a sus directivos, y de ofrecerles un programa que combinaba lo ético con lo económico. En lugar de un marxismo y una lucha de clases doctrinarios, este programa se concentraba en demandas que prometían resultados no solamente para después de "la revolución", sino inmediatos; y este programa atraía no sólo a los obreros, sino también a simpatizantes pertenecientes a la clase media que estaban bien dispuestos para apoyarlo basándose en razones de justicia social, pero no para trocar por el "materialismo" marxista la ética cristiana que habían aprendido a considerar como el imperativo básico para la acción social.

En la década de 1890, los dirigentes del Partido Laborista Independiente constituían una mezcla de obreros y de socialistas de la clase media. Además de Hardie como presidente, el primer Consejo Administrativo Nacional de 1893 incluía a Pete Curran (1860-1910), Edward Aveling (1851-1898), W. H. Drew, de Bradford, George Carson, de Glasgow (murió en 1923), Joseph Burgess (1853-1924), y Katherine St. John Conway (1868-1950), más tarde esposa de James Bruce Glasier y luchadora, durante toda su vida, por el socialismo dentro del Partido Laborista Independiente. James Shaw Maxwell (1855-1928), fue secre-

tario. Tora Mann fue nombrado secretario en 1894, y Ben Tillett, que pronto renuncio, y Fred Brocklehurst, de Manchester (1866-?) entraron a formar parte del Consejo en ese año. El Dr. R. M. Pankhurst (murió en 1898), esposo de la dirigente sufragista, Emmeline Pankhurst, que también tomó parte activa en el Partido Laborista Independiente, fue elegido para el Consejo en 1896. En ese año, James Ramsay MacDonald (1866-1937), obtuvo el segundo lugar para el puesto que al fin ocupó en 1897. En 1898 la Sra. Pankhurst (1858-1928), y James Bruce Glasier (1859-1920) fueron elegidos. Philip Snowden (1864-1937) entró a formar parte del consejo en 1899 y F. W. Jowett (1864-1944) sólo en 1901. Hardie fue presidente hasta 1900, cuando Glasier le sucedió, para ser sustituido por Snowden en 1903 y por MacDonald en 1906. Mann dejó de ser secretario en 1897, cuando su puesto fue ocupado por John Penny, de Preston (1870-1938). En general, aumentó el elemento de la clase media en el Consejo y su influencia aumentó sin duda mucho más con la llegada de Snowden y de MacDonald; pero, por supuesto, la mayoría de los directivos locales eran obreros, y obreros y obreras preponderaban entre los delegados a la conferencia. Sin embargo, el Partido Laborista Independiente tuvo desde el principio número considerable de partidarios pertenecientes a la clase media, y la mayoría de sus secciones incluían por lo menos a algunos. Su tono fue fuertemente ético: atrajo, aún más que la Federación Social-Demócrata, a la mayor parte de los socialistas de la clase media en los distritos industriales, mientras que la Sociedad Fabiana se componía principalmente de londinenses, y en general reclutó a sus miembros sobre todo en la clase profesional más bien que en la clase media.

Ya hemos visto que ni MacDonald ni Snowden intervinieron de manera activa al principio en el Partido Laborista Independiente. Al comienzo, Hardie ejerció una jefatura casi indiscutible, teniendo como lugartenientes principales a Mann y a Cunan, y durante algún tiempo a Tillett. En 1893 había sido elegido un Consejo muy numeroso; pero por razones de economía fue reducido al año siguiente el número de miembros, y siguieron siendo pocos, hasta que el número aumentó en 1906. Excepto para los cargos nacionales, las elecciones se celebraban por regiones; y esta organización por regiones influyó mucho para mantener unidas las secciones locales. El progreso fue más bien lento durante los primeros años, porque el Partido Laborista Independiente fue afectado por la disminución del "nuevo sindicalismo", que se inició precisamente cuando se fundó el primero. Sin embargo, consiguió tener, si no una gran masa de miembros, por lo menos un número influyente de ellos entre los obreros jóvenes sindicados y entre otros jóvenes que habían sido influidos por el espíritu de la época; y su acción fue más eficaz de lo que podía esperarse de su número.

Los lugares en donde el Partido Laborista Independiente tuvo más fuerza durante estos primeros años estaban en Lancashire y en Yorkshire, en el Clyde, y en las minas de carbón del oeste de Escocia. Tenía algunos grupos fuertes en otros sitios, por ejemplo, en Leicester y en Nottingham. En Londres no era muy fuerte y hasta el final de la década de 1890 tuvo pocos partidarios en Gales. La Federación Social-Demócrata fue su rival, especialmente en Lancashire y en Londres y también algo en Escocia. Pero, por supuesto, ninguno de ellos llegó a ser partido comparable con los de Alemania o Austria, o incluso de Bélgica o Francia.

### (iv) PiOBERT BLATCHFORD Y "THE CLARION"

El movimiento socialista inglés, a diferencia del francés, ha producido pocos periodistas notables. Keir Hardie, aunque practicó la profesión casi toda su vida, no tenía gran talento para ella: su *Labour Leader* tuvo siempre una ejecución poco refinada y no compensada con un toque de humor, y sus escritos se elevaban por encima de la mediocridad sólo cuando él estaba muy emocionado o cuando contaba anécdotas de su infancia. William Morris ejerció el periodismo sólo contra su voluntad: su *Commonweal* contiene cosas excelentes, pero nunca fue un buen periódico. Harry Quelch en *Justice,* de la Federación Social-Demócrata, atacaba con energía, pero no mostró un talento especial. Joseph Burgess, cuyo *Workman's Times* hizo mucho para despertar sentimientos en favor de un Partido Laborista Independiente, fue un escritor desigual, incapaz de atraer la simpatía de sus lectores. Annie Besant, que tenía talento tanto de periodista como de oradora, hizo su contribución principal al periodismo en el *National Reformer* de Bradlaugh, y, después de mostrar su capacidad de buena escritora socialista en *The Link,* desapareció de la política para dedicarse en forma prominente a la Teosofía y al Nacionalismo Indio. A no ser que incluyamos a Bernard Shaw, que consiguió figurar en el periodismo, sobre todo como crítico musical y dramático, antes de llegar a su importante posición como dramaturgo, el único hombre que, en el período de que ahora tratamos, se destacó principalmente como periodista socialista, y consiguió que le siguiesen muchos partidarios políticos mediante sus escritos más que con discursos, fue Robert Blatchford (1851-1943), cuyo *Clarion* apareció por primera vez en 1891 y duró, pasando por muchas vicisitudes, hasta 1935.

El libro de Blatchford *Merrie England,* publicado por primera vez en serie en *The Clarion,* sobrepasó con mucho en venta a todas las demás obras socialistas de su tiempo. News *from Nowhere* y, por supuesto, los *Fabián Essays,* tuvieron sólo una circulación pequeña en com-

paración con él. En el mercado inglés se vendieron incluso más ejemplares que de *Progress and Poverty* de Henry George, su rival más próximo. La publicación de una edición al precio de sólo un penique fue en parte causa de su venta enorme; pero el interés que despertó se manifestó antes de esta edición. En realidad, incluso antes de que fuese escrita la obra *Merrie England* o de que apareciese *The Clarion,* ya Blatchford había conseguido ocupar un lugar en el periodismo popular, que era su campo propio.

En cuanto a su origen social, Robert Blatchford procedía de los "sin clase" más bien que de la clase obrera o de la clase media. Su padre, que murió cuando él tenía 2 años, fue un actor ambulante, y su madre una actriz hija de un compositor dramático de origen italiano, que, siendo muy joven fue guardia-marina en la batalla del Nilo. La infancia de Robert Blatchford transcurrió viajando con su madre y con su hermano mayor de teatro en teatro. Cuando él tenía 11 años y su hermano Montagu 13, Mrs. Blatchford se estableció en Halifax, en donde fue modista. A los 14 años, aprendió a hacer cepillos, y siguió en este oficio hasta los 20 años. Después se marchó a Londres, y durante algún tiempo vivió de varios trabajos casuales hasta que, en 1871, ingresó en el ejército. Permaneció en él durante 6 años; llegó al grado de sargento y, después de un breve intervalo, consiguió un puesto de tomador de tiempo en Northwich, en la "Weaver Navigation Company". Esto fue en 1878. En 1880 contrajo matrimonio con una antigua amada, Sarah Crossley, de Halifax, con la cual siguió unido por el resto de su vida.

La experiencia que Blatchford tuvo en el ejército fue lo que realmente le formó. Había sido más bien un joven soñador y estudioso, que se apartaba de los frivolos, y era tímido en las relaciones sociales; pero sentía afecto por. sus compañeros de armas a pesar de sus borracheras, de sus debilidades y de que quebrantaban casi todos los mandamientos. Salió del ejército con la creencia profunda de que los hombres y las mujeres corrientes tienen un corazón de oro, y también con la pasión de ilustrar su ignorancia intelectual sin pedantería ni dárselas de persona superior o de puritano. Después, siempre tendía a pensar que los civiles, especialmente los trabajadores, eran soldados vestidos de paisanos, y a perdonar las faltas de los menos respetables de ellos, porque se los figuraba de esta manera. Escribió mejor y con más naturalidad acerca de los soldados y de la vida de campamento y de cuartel. En su autobiografía mostró mucho más interés por sus experiencias del ejército que por toda su obra en favor del socialismo. Sus orígenes sociales, su crianza en la pobreza y su vida de soldado se unieron para despertar en él una intensa simpatía por los más miserables, más bien que por la clase obrera más respetable. En su vida privada fue una persona sumamente

respetable; pero, en general, le desagradaban mucho los que hacían de la respetabilidad una virtud. Esto le dio fama, entre los socialistas estrictos de antecedentes y maneras de pensar de las iglesias no conformistas, de ser un apóstol de maldad; pero en él no había pecado, a no ser que sea pecar sentir compasión por los pecadores y odiar a los fariseos.

Lo primero que Blatchford escribió fueron bocetos y narraciones de soldados; sus primeros ensayos en el periodismo fueron escritos humorísticos en periódicos poco importantes del norte de Inglaterra. Su oportunidad llegó al conocer al periodista y dramaturgo de Manchester Alexander Mattock Thompson (1861-1948), que llegó a ser en seguida amigo y admirador suyo. Thompson pertenecía a la redacción del *Sporting Chronicle* de Edward Hulton; y cuando Hulton compró el antiguo periódico de deportes, *Bell's Life in London,* a Blatchford se le ofreció un puesto en él, debido a Thompson, y renunció a su empleo en la compañía naviera. Después Hulton fundó el *Sunday Chronicle, y* Blatchford escribió primero artículos editoriales y después artículos distintos que lo hicieron famoso. O mejor dicho, los artículos hicieron famoso el seudónimo de "Nunquam", con el cual eran firmados. Al principio el seudónimo fue "Nunquam Dormio" (Nunca duermo), que fue tomado de un escritor anterior, de *Bell's Life.* En el *Sunday Chronicle,* que empezó en 1887, Blatchford pasó del periodismo humorístico y deportivo a los escritos sociales, con una fuerte inclinación hacia la defensa de las víctimas desamparadas del orden social, sobre todo de los niños de los barrios miserables, para quienes empezó sus Clubes de Cenicienta (Cinderella Clubs) para proporcionar alimento y diversión sin moralizar, a fin de no echar a perder el goce. Cuando empezó esta labor, no era un socialista, y en realidad se consideraba contrario al socialismo. Llegó a convertirse poco a poco, influido por su lectura de William Morris, de Henry George y de los escritos de la Federación Social-Demócrata y de los fabianos, pero aun mucho más visitando los barrios más miserables de Manchester, y reaccionando contra la defensa del orden existente que hacían los apologistas liberales y conservadores, y, sobre todo, por su amistad con Alexander Thompson y otros del grupo que poco después le siguieron para fundar *The Clarion.* En realidad, marchaba a lo largo de un camino por donde avanzaban con él muchos hombres y mujeres de los últimos años de la década de 1880; y su conversión completa se produjo precisamente a tiempo de permitirle proclamar su fe en medio de la excitación producida por la rebelión de los obreros del gas y del puerto. Al año siguiente, se manifestó enérgicamente apoyando la huelga de obreros textiles de Manningham,[8] y esto condujo a que le invitasen para que fuese en Bradford el candi-

**8** Véase p. 149.

dato laborista independiente de la Unión Laborista de Bradford. Después de muchas dudas aceptó, sabiendo que no era orador y sintiendo una fuerte repugnancia a entrar en el Parlamento.

La relación de Blatchford con el *Sunday Chronicle* terminó en 1891, cuando Hulton, a quien no le agradaba el socialismo, al fin se rebeló contra la intransigencia de su principal colaborador. Blatchford se negó a modificar su tono, renunció a un puesto lucrativo y halló un refugio temporal en el *Workman's Times* de Burgess. Thompson y Edward Francis Fay (1854-1896) (más tarde "The Bounder" del grupo de *Clarion)* dimitieron con él, y se llevaron con ellos a R. B. Suthers (1870-1950), que entonces era sólo un empleado de oficina, y que más tarde se hizo famoso como escritor de propaganda socialista popular. Apenas tenían dinero, porque Blatchford acababa de perder sus ahorros con una obra de teatro que había escrito y hecho representar. Pero con muchas esperanzas y con poca preparación, publicaron en diciembre de 1891 el primer número de *The Clarion.* La tirada, después de un buen comienzo, se estabilizó en unos 30,000 ejemplares, lo cual era mucho para aquellos días, pero no bastante para obtener grandes ganancias. Los fundadores ganaron poco: Thompson continuó escribiendo obras de teatro para ganarse la vida y los demás vivieron en parte a costa de las ganancias de él. A principios de 1892 Blatchford renunció a su candidatura parlamentaria, en la cual no podía permitirse gastar ni tiempo ni dinero, y se dedicó a la dirección del periódico precisamente cuando se formaba el Partido Laborista Independiente.

Con frecuencia se ha afirmado que el *Clarion* de Robert Blatchford convirtió a más personas al socialismo que el Partido Laborista Independiente, y que *Merrie England,* que primero apareció en las columnas de aquél, es la obra más eficaz de propaganda socialista popular que jamás se haya escrito. La primera de estas declaraciones no puede evidentemente ser comprobada, como tampoco la segunda: sobre los dos puntos caben diferencias de opinión. Sin embargo, no cabe duda de que en la década de 1890 Robert Blatchford era con mucho el escritor socialista más popular, con un público más numeroso que el de Bernard Shaw o que William Morris, que atraían sobre todo a intelectuales o a obreros excepcionales. Keir Hardie también tuvo muchos partidarios, pero sobre todo como orador y, desde 1892 a 1895, como "representante de los desempleados".

Blatchford no era orador: su presencia en la tribuna se libraba del fracaso sólo porque era un héroe popular por razón de sus escritos, y a sus auditorios les agradaba aplaudirle a rabiar dijese lo que dijese, incluso si no podían oír casi nada de ello. Tenía el arte de establecer una estrecha relación personal con sus lectores, incluso cuando no lo habían visto nunca, y, a causa de esto, sólo el hecho de verlo llegaba a ser una

experiencia memorable. Además, aunque en el grupo que hacía *The Clarion* era sin discusión el que más sobresalía, tenía el arte de inspirar a su leal grupo de colaboradores con su simpatía personal; de tal modo que todos los del grupo de escritores del *Clarion* llegaron a ser amigos de sus lectores, y eran considerados como un conjunto de hermanos, cuyos pasos todos, e incluso sus travesuras, eran seguidos con simpatía y con un interés placentero. Tanto los lectores como los escritores llegaron a ser como miembros de una hermandad común: nunca se sentían más felices que cuando estaban excitados haciendo cosas juntos y probando a sí mismos y al mundo que los socialistas, lejos de ser personas tristes, inclinadas a limitar la libertad personal para el bien común, sabían mejor que nadie cómo divertirse y adelantarse por su sana alegría, a la "alegre Inglaterra" (Merrie *Englanti)* que sería la herencia común de todos cuando el socialismo triunfase.

La atracción que ejercía Blatchford como escritor era inmensa: sin embargo, su contribución al *pensamiento* socialista, en el sentido corriente de la palabra, equivalió a casi nada. No era ni un teórico ni un proyectista, y a la doctrina socialista no contribuyó ni trató de contribuir con ninguna idea original. En esas cuestiones fue un divulgador, manejando las ideas de otros hasta hacerlas inteligibles a los hombres y mujeres corrientes, la mayoría de los cuales no podían entender las sutilezas de Bernard Shaw o el orden lógico con que Sidney Webb exponía los hechos y los razonamientos, ni la exhortación de William Morris, más apasionada, pero esencialmente literaria y artística. En realidad, las ideas de Blatchford acerca del socialismo venían de Morris, a quien admiraba, más que de ninguna otra persona; pero en sus manos la concepción de Morris acerca de una buena vida se convirtió en algo que "John Smith de Oldham" podía comprender mucho más fácilmente. Este "John Smith" era el obrero imaginario, honrado y bien intencionado, pero no demasiado bien formado ni de inteligencia sutil, a quien él dirigía las cartas abiertas en que hablaba de la "Alegre Inglaterra"; y el millón de ejemplares del libro debió llegar a un número mucho mayor de "John Smiths", número nunca alcanzado antes por ninguna clase de llamamiento socialista escrito.

La originalidad de Blatchford consistía no en sus ideas acerca del socialismo, sino en su convicción de que todo lo que le interesaba a él podía llegar a interesar lo bastante a los "John Smiths", para que llegara a "fermentar la masa". Cuando fundó *The Clarion* confiaba en su capacidad para convertir a la clase obrera inglesa al socialismo en pocos años. Esto, por supuesto, era una esperanza presuntuosa; incluso en el caso de que él hubiese sido un escritor aún más grande y más persuasivo de lo que en realidad era. Sin embargo, realizó mucho escribiendo vigorosamente en el momento preciso; y, si más tarde quedó desilusio-

nado cuando descubrió que no podía dirigir tan bien como podía inspirar, sin embargo, su obra se mantuvo en pie a pesar de que cada vez se inclinaba a quitar valor a lo mejor de ella y a lamentar el haber permitido que el propagandista hubiera apagado al artista creador de palabras que ansiaba ser.

Sin embargo, aunque a "John Smith" no se le atribuía un talento especial, en modo alguno se le hablaba como a una persona de gustos o de aptitudes naturales inferiores. Se esperaba que fuese capaz de tomar la política en serio, cuando se había atraído su atención a la trascendencia que ella tenía para su propia vida y para la de los demás; y además se esperaba que fuese sensible al encanto de la belleza, y que fuese capaz de ver no sólo la fealdad de lo que le rodeaba, sino también la engreída bajeza de mucho de lo que se le ofrecía como hermoso. Se suponía que amaba la belleza natural; y se le consideraba capaz de darse cuenta de la importancia que tenía el ampliar y profundizar sus percepciones. En realidad, Blatchford era la persona menos dispuesta para ministrar la vulgaridad de los gustos populares: siempre trataba de conseguir que "John Smith" gozase con lo que él mismo gozaba y de exigir plena oportunidad para los goces que un hombre razonable puede desear. Los gustos de Blatchford eran literarios y especulativos: le gustaban los libros, y tenía una sensibilidad lo bastante amplia como para admirar a Henry James y también a Dickens, a Shakespeare, a Browning y Walt Whitman. En realidad le interesaba mucho más la literatura que la política; y llegó a dedicarse a la política en contra de su inclinación personal. Su correspondencia privada está llena de lamentaciones por verse obligado a escribir acerca de política y de economía en lugar de desarrollar su talento para escribir narraciones u otras formas literarias de composición.

El "John Smith" a quien está dirigida *Merrie England* era concebido como un hombre capaz, como él, de desarrollar gustos por la cultura e intereses intelectuales a pesar de la falta de una instrucción completa, y que intervenía en la política no porque le gustase, sino porque se sentía obligado a enderezar lo que estaba torcido. Era el llamamiento del mero deber para acabar con toda clase de sufrimientos humanos y con la pérdida de los valores humanos. Era el llamamiento del idealista, dolido por el mal que le rodeaba, hacia el idealismo que él creía presente en todo hombre y mujer normales, porque no podía pensar que las demás personas fuesen en el fondo muy diferentes de sí mismo, o incapaces de reaccionar como él, a pesar de que en algunos de sus escritos insiste mucho en que el carácter del hombre es meramente producto de su medio, y censuraba el medio de la sociedad contemporánea como si estuviese destinado a producir indignidad y vicio.

Cuando Blatchford se hizo socialista, se unió a los fabianos, y utili-

zó mucho los folletos de éstos como arsenales de armas para sus ataques contra el capitalismo y la mala distribución de los ingresos. En realidad, su socialismo era esencialmente moderado, aunque con frecuencia lo expusiese con indignación cuando ésta había sido despertada por hechos reales de sufrimientos y de injusticia flagrante. En *Merrie England* y más tarde en *Britain for the British* y en su novela socialista *The Soreery Shop,* inculcó el evangelio de la propiedad colectiva como medio necesario para llegar a una distribución justa y a una producción mayor; pero tenía muy poco que decir acerca de la futura administración de los servicios socializados, excepto que algunos necesitarían ser dirigidos nacionalmente, pero la mayoría de ellos sería mejor administrarlos localmente, lo cual era precisamente la opinión expuesta en los *Ensayos fabianos.* Con los fabianos esperó mucho de la difusión de las empresas municipales, y confiaba en que los servicios administrados públicamente con facilidad harían fracasar a los competidores capitalistas, porque estarían libres de la carga del interés y de las ganancias, disfrutarían de todos los beneficios económicos de las obras de gran escala, y no tendrían por qué emplear métodos restrictivos para mantener los precios altos. No le cabía duda de que los "John Smiths" trabajarían más satisfechos y mejor cuando trabajasen para sí mismos colectivamente: nada tenía que decir acerca de cuestiones como la de la autonomía industrial de los productores. En realidad era un colectivista muy sencillo, y no dudaba de que la producción reducida era consecuencia de lo que se perdía a causa de la competencia y de las limitaciones impuestas por eI mopolio capitalista, o que era fácilmente posible producir lo bastante para todos dentro de los límites de una jornada de 8 horas como máximo y, antes de no mucho tiempo, incluso con una jornada más corta.

Sin embargo, Blatchford tenía algunas opiniones propias que lo ponían en desacuerdo con socialistas que habían traído del liberalismo una creencia en las virtudes del libre cambio. Sostenía ahincadamente la opinión de que todo país debía ser capaz de alimentar a toda su población y a satisfacer la mayor parte de sus necesidades con su propia producción, y que el comercio extranjero debería limitarse lo más posible. Odiaba las grandes poblaciones industriales. Le gustaba la belleza del campo; estaba seguro de que las fábricas destruían la salud y la felicidad, como también la belleza, y estaba completamente convencido de que la Gran Bretaña podía fácilmente alimentar a toda su población si la tierra se utilizase debidamente y se aplicasen técnicas modernas de agricultura intensiva. Nunca se cansaba de citar a este respecto a Kropotkin y otras autoridades ahora olvidadas, y cuando se le argumentaba que era más barato importar alimentos que producirlos en el propio país, replicaba que el precio de la comida no era el criterio último, y

que, contra su baratura, había que poner las malas condiciones y la falta de salud de los obreros industriales que tenían que trabajar para producir artículos de exportación que la pagasen. Censuraba también los resultados de la competencia en el comercio de exportación, que hacía que los trabajadores industriales de cada país avanzado tratasen de bajar los jornales de sus compañeros de trabajo de otros países, y contra la tendencia del comercio capitalista de exportación a fomentar el imperialismo a expensas de los pueblos de países menos desarrollados. Por último, solía reforzar el argumento en favor de que la Gran Bretaña se alimentase a sí misma, indicando el peligro de morirse de hambre en el caso de guerra, porque él tendía a pensar como,un militar mucho antes de que Alemania llegase a ser el objeto de sus temores particulares.

Blatchford, en efecto, concebía al socialismo principalmente en la forma nacional de su libro "La Alegre Inglaterra" *QAerrie England), y* al mundo socialista compuesto de naciones libres y colectivistas, cada una capaz de vivir de sus propios recursos, y que intercambiarían los sobrantes o lujos de que pudieran prescindir, en caso necesario. Su concepción de las ventajas de una producción en gran escala no iba más allá de las fronteras nacionales: pensaba que el comercio internacional conducía a rivalidades y competencias y a la explotación de una nación por otra, siendo causa dentro de otra nación de que una clase explotase a otra. Su mismo punto de vista nacional en este respecto constituía sin duda parte de la atracción que ejercía en los "John Smiths" a quienes se dirigía; porque a la mayoría de ellos le interesaba mucho más "Inglaterra para los ingleses" que el enderezar al mundo entero, aunque estuviesen bien dispuestos hacia los sentimientos de fraternidad internacional de la clase obrera.

En sus primeros escritos, incluyendo los comienzos de *The Clarion y* de *Merrie England,* Blatchford escribió mucho acerca de las fechorías de determinados cristianos, pero poco acerca de la cristiandad misma y nada en contra de ella. Sin embargo, más tarde tomó parte en acaloradas controversias religiosas, y se puso decididamente del lado, primero de quienes negaban la *verdad* de la teología cristiana, y, después, de los que, a base de un determinismo estricto, atacaban la noción entera de la responsabilidad humana por la mala conducta y del castigo divino del transgresor. Estas doctrinas fueron expuestas sobre todo en dos libros: *God and My Neighbour,* 1903), y Not *Guily: a Plea for the Bottom Dog* (1906). En estos dos libros trata sobre todo del aspecto social de la religión y de las creencias religiosas. En Dios *y mi prójimo,* aunque empezaba diciendo que no creía que el cristianismo fuese *verdad,* de lo que más se ocupa es de negar el derecho de Dios a castigar a los hombres por pecados que no eran falta de ellos, sino de un mundo que se suponía creado por Dios en su omnipotencia.

1. Respecto a Dios: Si no existe Dios, o si Dios no es un amante padre celestial, que responde a las oraciones, el cristianismo como religión no puede mantenerse.

   No pretendo decir ni que exista *un* Dios ni negarlo, pero niego que exista un amante padre celestial que responde a las oraciones.

2 y 3. Si no existe la voluntad libre, los hombres no pueden pecar contra Dios, y el cristianismo como religión no puede mantenerse.

   Niego la existencia de la voluntad libre y de la posibilidad de que el hombre peque contra Dios.

4. Si Jesucristo no es necesario para la "salvación" del hombre', el cristianismo como religión no puede mantenerse.

   Niego que Jesucristo sea necesario para salvar al hombre del infierno o del pecado.

5. Ni afirmo ni niego la inmortalidad del alma. No sé nada acerca del alma, y nadie es ni ha sido capaz de decirme acerca de esto más de lo que yo sé.[9]

El argumento de Blatchford era la sencillez misma. Hallaba al mundo que le rodeaba lleno de miseria y de injusticia, y oía decir a hombres que se consideraban buenos cristianos que estos males tenían que ser aceptados como voluntad de Dios. Les oía exaltar la misericordia paternal de Dios y proclamar la omnipotencia de Dios. Se preguntaba por qué Dios, si verdaderamente era a la vez misericordioso y omnipotente, había hecho que el mundo contuviese tanto sufrimiento y tanta injusticia, y por qué Dios, si se daba cuenta de ellos, no los suprimía inmediatamente. Oía a los cristianos condenar el pecado, y preguntaba por qué Dios, si es omnipotente, había hecho a los hombres inclinados a pecar, en lugar de darles sólo el impulso para hacer bien. A estas preguntas no podía hallar respuestas satisfactorias; y llegó a la conclusión, primero, de que no había razón suficiente para creer en la existencia de Dios, o en su omnipotencia o misericordia si existiese. Negaba que los hombres buenos necesitasen del perdón divino, y que Dios pudiese castigar o perdonar justamente a los pecadores, si era obra de él mismo que ellos tuviesen una naturaleza inclinada al pecado. Por último, afirmaba, como antes que él lo había hecho entre otros Robert Owen, que los hombres no eran responsables de sus actos, porque su conducta está determinada por su medio social, y como el universo está regido por leyes y el hombre es parte de la naturaleza, las acciones humanas

• *God and y Neighbour,* p. 122.

no pueden estar menos determinadas que los hechos de los demás objetos naturales. Por consiguiente, la libertad de la voluntad es una ilusión: los hombres se conducen como sus circunstancias les obliguen a conducirse.

De todo esto Blatchford sacó una moral amplia y benévola, que era de hecho la actitud que había tenido mucho antes de que la razonase en una filosofía. En el ejército había tomado a sus camaradas soldados tal como eran, le agradaban aunque no se conducían como él, había tratado de ayudarles cuando se veían en dificultades, pero no de predicarles o de reformarlos. Ya entonces pensaba que eran lo que la naturaleza y la crianza habían hecho de ellos, y que cuando se conducían mal y caían en dificultades, la falta era, más que de la naturaleza, de la manera como los habían criado. Quería cambiar el medio a fin de enmendar la conducta de sus víctimas. Del mismo modo que los grandes filósofos del siglo xviii habían culpado de todo mal a las formas no naturales de la sociedad, y habían imaginado que todo se corregiría si los hombres ordenaban sus instituciones sociales de acuerdo con los dictados de la naturaleza, así Blatchford llegó a creer que todo se enderezaría bajo el socialismo.

Por supuesto, esto le enfrentó con la contradicción de pensar que podía ser útil exhortar a los hombres para que adoptasen el socialismo, y que sus actos estaban estrictamente determinados por un medio no socialista. Trató de salvar esta dificultad proclamando que las acciones de los hombres estaban determinadas por el propio interés y que el interés de los trabajadores se orientaba claramente hacia el socialismo tan pronto como podían comprender sus ventajas. Fsto implicaba el mantener que los actos de los hombres no estaban determinados, aparte de lo que fuese comprensión, de lo que era bueno para ellos, y que podían ser influidos ilustrándolos acerca de sus intereses comunes. Pero Blatchford, como ningún otro optimista determinista, no podía darse cuenta de esto. Se lo impedía su deseo de disculpar a los que se conducían mal proclamando que no eran responsables de sus actos; pero se permitía aceptar una doctrina completamente determinista, que no era compatible con sus propios esfuerzos para persuadir a otros hombres para que modificasen su conducta.

Al defender esta doctrina de leyes necesarias, Blatchford, siguiendo el espíritu de su tiempo, utilizó mucho el darwinismo y el recurso a la ciencia en contra de las concepciones teológicas e idealistas. Pero su determinismo y su empleo de argumentos racionalistas en realidad se desarrollaron en él a medida que disminuía su primitivo optimismo. Mientras menos esperanza iba teniendo en persuadir a los "John Smiths" para que se condujesen cuerdamente conforme a sus intereses comunes (y al comienzo tenía muchas esperanzas) más se consolaba del

fracaso de sus exhortaciones afirmando que el hecho de que no respondiese a ellos la mayoría de la masa de trabajadores no era falta de éstos, sino de su desgracia. *God and My Neighbour y Not Guilty* fueron escritos después de que Blatchford había dejado de pensar que estaba destinado a salvar a la sociedad y que convertiría a toda la clase obrera al socialismo en pocos años por el mero poder de su pluma.

Antes de que esa esperanza se debilitase, trabajó en relación estrecha, en la década de 1890, con John Trevor (1895-1930), creador del movimiento llamado "Iglesia Laborista", que se extendió rápidamente por el norte de Inglaterra durante los años en que ingresaron un gran número de recién llegados en los sindicatos obreros y en las organizaciones socialistas. Trevor había sido un ministro unitario, y había trabajado como ayudante del coadjutor Philip Wicksteed, en Londres, antes de ser llamado a una iglesia de Manchester. Allí se adueñaron de él las nuevas corrientes del sentimiento laborista, y fueron causa de que abandonase la fe unitaria y de que abriese una capilla laborista de libre-pensadores, en donde los convertidos al socialismo pudieran hallar una comunidad y una especie de servicios religiosos lo suficientemente parecidos a los de las capillas no conformistas que había abandonado, llenando de este modo el vacío que sintieron al romper con sus vínculos familiares. En lugar de comentarios a pasajes de la Biblia, les leyó pasajes de grandes pensadores humanitarios; en lugar de sermones, largas alocuciones por personalidades eminentes del socialismo y del nuevo sindicalismo; en lugar de los himnos antiguos, cantos morales, canciones adaptadas a las melodías que les eran familiares. Pronto existieron otras iglesias fundadas en el modelo de Trevor: Wicksteed y otros progresistas conocidos le ayudaron con dinero, y también dirigiendo la palabra a las nuevas congregaciones. Se establecieron escuelas dominicales para los niños: las "Iglesias", que al principio utilizaban en su mayoría locales alquilados, adquirieron edificios propios que proporcionaron lugares de reunión para otras muchas organizaciones laboristas. Trevor fundó un periódico *The Labour Prophet* (el Profeta laborista, 1892-8), como órgano del movimiento; en 1893 se estableció una Unión de Iglesias Laboristas a fin de coordinar las iglesias locales. Durante algunos años este movimiento se mantuvo muy floreciente, sobre todo en Lancashire y Yorkshire. Después empezó a decaer: dejaron de fundarse nuevas iglesias laboristas, y algunas de ellas murieron. Algunas sobrevivieron durante largo tiempo, incluso hasta la década de 1920: acaso existan unas pocas todavía. No estoy seguro de esto; pero creo que el movimiento perdió su ímpetu después de los primeros años, principalmente porque los nuevos conversos a las ideas laboristas y socialistas ya no necesitaban tanto de él como en la década de 1890. Cuando el socialismo y el nuevo sindicalismo llegaron a ser

movimientos bien arraigados, la mayoría de los que ingresaban en él ya no pasaban por la experiencia espiritual de un rápido rompimiento con sus asociaciones. Muchos continuaban en las capillas de las varias sectas disidentes, y hallaron un puente entre la política y la religión en las hermandades y tardes dominicales de esparcimiento que organizaron estas sectas como medio de conservar a sus partidarios de la clase obrera. Otros, los de la generación más joven, se apartaron de la observancia religiosa, sin sentir la necesidad de sustituirla. El movimiento de la Iglesia Laborista fue esencialmente parte del fermento que acompañó a la aparición repentina del "nuevo unionismo" y del Partido Laborista Independiente; y en ese período Blatchford pudo trabajar en relación estrecha con Trevor, a base de un evangelio humanitario común. Durante algún tiempo coincidieron en gran medida los partidarios de las iglesias laboristas y los de *The Clarion.* El número de ambos se redujo al disminuir el primer entusiasmo de los años posteriores a 1889: sin embargo, el movimiento del *Clarion* duro más, porque el interés por lo social continuaba atrayendo a los jóvenes mucho después de que la necesidad de una religión socialista había perdido casi toda su fuerza. *The Clarion,* como hemos visto, empezó en diciembre de 1891. En mayo del año siguiente Blatchford, ya presidente de la Sociedad Fabiana de Manchester, y John Trevor se unieron para formar el Partido Laborista Independiente del distrito de Manchester, el cual ingresó en el Partido Laborista Independiente nacional después de la Conferencia de Bradford. Entonces *The Clarion* no tenía una organización aparte propia. El periódico todavía estaba tratando de encontrar su camino, estableciendo relaciones amistosas con los lectores y formando la personalidad colectiva del grupo que llegó a constituir. La aparición de los "clarionettes" como un elemento organizado en el movimiento socialista, siguió a la publicación de *Merrie England* en 1894. Ese mismo año ios "Scouts" del *Clarion* fueron fundados y en Birmingham se inició el primero de los numerosos Clubes ciclistas del *Clarion.* El primer "Carro del Clarion" apareció en los caminos en 1895, copiando un método de propaganda ambulante que ya había sido empleado por los partidarios de Henry George; pero la principal campaña del "Carro del Clarion" fue hecha bastante más tarde, en los primeros años del nuevo siglo.

El grupo de escritores de *The Clarion* incluía, además de Robert Blatchford, a su hermano mayor Montagu Blatchford (1849-1910), que componía versos, y era el inspirador principal de los Clubes corales del *Clarion* para cantar en comunidad; Alexander Thompson, que sobrellevó una parte muy grande de la tarea directiva, y se mantuvo con sangre fría a través de todas las dificultades, y a Edward Francis Fay, un bohemio irlandés irresponsable, que podía escribir en broma acerca de casi todo, y que era enteramente incapaz de hacer nada de una manera

ordenada, pero podía confiarse en él para lastimar y herir a lo respetable en todas sus formas. Fue Fay, y no Blatchford ni Thompson, quienes los primeros años atrajo a *The Clarion* la censura horrorizada de los socialistas puritanos. Un quinto miembro del grupo, R. B. Suthers, empezó como un mero escribiente, y pronto trabajó como escritor. Pronto fueron reclutados otros: Julia Dawson (murió en 1947), que se encargó de la página femenina y consiguió que el periódico influyese mucho en las mujeres, a pesar de la excesiva masculinidad de sus fundadores; Tom Groom, el jefe de los ciclistas y de otras organizaciones auxiliares, que se difundieron rápidamente en los distritos industriales; y, poco después, Albert Neil Lyons (1880-1940), con sus excelentes narraciones acerca de la vida de la gente baja (la mejor es *Arthur's,* acerca de un puesto de café en el este de Londres). El mismo Robert Blatchford prefería escribir acerca de libros que de política, excepto cuando hacía sus llamamientos directos a "John Smith of Oldham"; incluso éstos no lo dejaron satisfecho durante mucho tiempo. Le gustaba más escribir sus narraciones sobre soldados, muchas de las cuales son realmente muy buenas (por ejemplo, *The Scrumptious GirV)* o recuerdos de su vida de soldado, o, más tarde, sus ataques a las doctrinas de la responsabilidad humana y a la falta de lógica de la creencia cristiana.

En conjunto, los "clarionettes" era un grupo muy peculiar, que no podía tener un lugar fijo en el nuevo movimiento laborista. Un elemento importante de su divergencia con Hardie y con la dirección del Partido Laborista Independiente era que, mientras el Partido Laborista Independiente se inclinó desde el principio hacia el internacionalismo y el pacifismo, Blatchford pensó siempre sobre todo en forma nacional, y principalmente como un soldado. Cuando sostenía que la Gran Bretaña podía alimentar a su pueblo, y pedía que no dependiese de los alimentos importados, hizo resaltar desde el primer momento el peligro de morirse de hambre en caso de guerra. Esto desagradaba a los pacifistas y a los internacionalistas, que pensaban que hablar de esto podía aumentar el peligro y agravar el sentimiento nacionalista, y también a los librecambistas, que estaban indignados porque rechazaban bruscamente las demandas de una división internacional del trabajo. Al principio, el punto de vista nacional y militar de Blatchford no influyó mucho en sus llamamientos a "John Smith", aunque en realidad podía haberle ayudado, pero cuando, en la guerra de Sudáfrica, se puso en contra de los boers, hubo una profunda división entre los partidarios de *The Clarion,* muchos de los cuales consideraban la guerra contra la república boer como un ejemplo de imperialismo económico, y se pusieron del lado de los laboristas radicales contrarios a ella. Hubo divisiones análogas en la Sociedad Fabiana, de la cual se separaron algunas personas importantes a causa del escrito de Bernard Shaw titulado *Fabianism and the*

*Empire.* Estas disensiones desaparecieron casi por completo al volver la paz; y en el nuevo siglo *The Clarion* volvió a recobrar su influencia y, durante algún tiempo, a aumentarla considerablamente a medida que la opinión pública fue movilizándose para preparar la victoria liberal de 1906. Pero una disensión mucho más grave había de producirse cuando Blatchford, habiendo sido enviado a Alemania para informar a *The Daily Mail* acerca de las maniobras del ejército alemán, regresó convencido de las intenciones agresivas de ese país y de la falta de preparación de la Gran Bretaña para hacerles frente. Sus artículos, reimpresos en un folleto con el título *The Truth about Germany* (1910) se vendió mucho y fue muy criticado en los medios obreros. El Partido Laborista Independiente y una gran parte del Partido Laborista le atacaron enérgicamente porque apoyaba a los conservadores y no tenía en cuenta los movimientos socialistas y sindicalistas internacionales como medio de evitar la guerra. Los social-demócratas alemanes eran entonces todavía el grupo principal de la Internacional Socialista, y era considerado como el partido socialista más avanzado y mejor organizado del mundo; y el "antigermanismo" de Blatchford produjo aún más enfado porque se le había pagado para manifestarlo en el periódico jingoísta de Alfred Harmsworth *Daily Mail.*

Blatchford y *The Clarion* nunca se recuperaron del daño que a su influencia produjo esta controversia. Tuviese o no razón Blatchford con respecto a Alemania, la circulación de *The Clarion* y la influencia de la "hermandad del *Clarion*" *y* de otras organizaciones auxiliares que se habían desarrollados en torno de este periódico dependían de atraerse el apoyo de la izquierda más bien que de la derecha del movimiento obrero. Pero la izquierda era predominantemente internacionalista, si no decididamente pacifista; y aunque el atractivo del *Clarion* era lo bastante poderoso para conservar el grupo más íntimo de entusiastas, el periódico perdió mucho de sus lectores menos adictos. Los "clarionettes" todavía continuaron sus actividades sociales y tuvieron numerosos partidarios, pero Blatchford de hecho dejó de escribir acerca del socialismo, y su influencia política desapareció. *The Clarion* se mantuvo bajo la dirección del grupo primitivo o de los que de él quedaban, a través de la década de 1920. Ernest Davies, político fabiano y laborista, se encargó entonces de él y trató de continuarlo como un periódico serio que tratase de la política socialista, pero no consiguió que volviese a tener tanta circulación como antes. Por último, la Odhams Press, los editores del *Daily Herald,* lo compró y lo convirtió en un periódico popular que aspiraba a tener muchos lectores, pero cuando fracasó, lo suprimió en 1935. Mucho antes había dejado de tener importancia.

Blatchford mismo vivió hasta 1943, muriendo a la avanzada edad de 92 años; pero su labor en favor del socialismo pertenece casi toda ella

a los años que van desde 1889 hasta la vuelta de los liberales al poder en 1906 y, principalmente, a la década de 1890. Entonces encarnó, mejor que nadie, esa alegría que fue uno de los atractivos del socialismo para tantos nuevos adeptos, como para otros habría de serlo su contrapartida, es decir, la seriedad. Keir Hardie y, poco después, hombres como Ramsay MacDonald y Philip Snowden proporcionaron la otra. Había algunos socialistas como F. W. Jowett, quien podía responder a las dos, pero las personalidades principales de los dos grupos nunca pudieron unirse. Al fin ganaron los puritanos, sobre todo porque, cuando la alianza laboristaliberal, contra la cual se habían rebelado los dos grupos, reapareció en forma nueva en 1906, el Partido Laborista Independiente se adaptaba mucho más fácilmente a la nueva situación que la "hermandad del *Clarion*", la cual era en el fondo un movimiento de protesta contra la monotonía en la vida y un llamamiento en favor de los derechos de los más miserables, más bien que un heredero de los no conformistas de la época victoriana o un partidario de las reclamaciones de los sindicatos obreros.

# CAPÍTULO IV

# LA GRAN BRETAÑA: EL PARTIDO LABORISTA Y EL GRAN MALESTAR

## 1. EL DESARROLLO DEL PARTIDO LABORISTA; SOCIALISTAS Y LIBERALES; H. G. WELLS

Hemos visto en un capítulo anterior de este volumen cómo el Partido Laborista Independiente, dejando a un lado la Federación Social-Demócrata del Hyndman, llegó a ser el punto principal de unión para los "nuevos sindicalistas" y para el número creciente de antiguos liberales que se alejaban del Partido Liberal y basaban su política en la "cuestión social". El Partido Laborista Independiente mantenía, lo mismo que la Federación Social-Demócrata, que era una organización socialista; pero su socialismo no descansaba en bases marxistas. Su llamamiento era decididamente, ético; y fundaba su propaganda sobre todo en pedir una acción colectiva a fin de acabar con el sufrimiento humano evitable y con la pérdida de vidas humanas y para asegurar que, en la medida que hubiese medios para ello, todo el mundo, desde el nacimiento hasta la muerte, tendría oportunidad de una existencia normal y feliz. Sus gritos de batalla más frecuentes eran la jornada de ocho horas, jornal mínimo y el derecho al trabajo, y a ellos iban unidas las demandas de mejoras en la vivienda y en sanidad, de una enseñanza mejor y más igualitaria e igualdad entre hombres y mujeres.

Este tipo de socialismo del Partido Laborista Independiente era parte de un movimiento mucho más amplio, en su mayoría no socialista, de reacción contra los males manifiestos de la sociedad industrial y especialmente contra el gran contraste entre la riqueza rápidamente creciente de la sociedad inglesa, considerada en su conjunto, y la espantosa sordidez y miseria en una gran parte de la población de Londres y de otras grandes ciudades. Estas condiciones no eran nada nuevo, ni tampoco era nuevo el exponerlas. Charles Kingsley y otros socialistas cristianos, los hermanos Mayhew y muchos más, habían procedido así en la década de 1850 y en la de 1860 con muy poco resultado. Durante aquel período dos factores influyeron en contra de que se despertase la conciencia de los acomodados, y también en contra de que se produjese ningún movimiento de revuelta desde abajo. Un factor fue la mejora que se estaba produciendo como resultado, en su mayor parte, no de la intervención del Estado, sino de una mayor producción y de una situación notablemente favorable de la Gran Bretaña en el mercado mundial. La

continuada miseria de los más desposeídos en gran parte quedaba ocultada por la mejora en las condiciones económicas de los obreros más especializados, por el aumento que tuvieron la clase media y la clase media inferior, aumento que se reclutaba principalmente de abajo, y por haber desaparecido las actividades revolucionarias o casi revolucionarias de los directivos de los grupos mismos que habían formado el núcleo primero del owenismo y después del movimiento "cartista". La década del 40, la del hambre, había pasado; y con los obreros especializados muy ocupados en organizar sus sindicatos y sus sociedades cooperativos para prestar atención a la mala situación de los obreros no especializados, y los rebeldes en potencia que pudiera haber en la clase media ya no percibían el llamamiento de los que se levantaban por hambre, y que les pedían que simpatizasen y les apoyasen. Las cosas parecían marchar bastante bien para hacer innecesario el llegar a extremos a fin de avanzar más de prisa; y la condescendencia había sustituido a la inquietud social de las décadas anteriores.

El segundo factor fue el predominio de un punto de vista religioso que, en contraste grande tanto con el "owenismo" como con el socialismo cristiano, daba importancia sobre todo en cada hombre individual a su responsabilidad para la propia salvación, y hacía que la masa religiosa se inclinara a ver en la miseria el castigo justamente impuesto por el pecado individual. Cuando tantas personas estaban mejorando su posición económica y elevando con ello sus hábitos sociales, era muy fácil censurar a los que en la carrera en busca de prosperidad y respetabilidad se quedaban atrás como autores de su propia desgracia y, siempre que los hechos dejaban manifiestamente de adaptarse a este diagnóstico, volver a la cómoda conclusión de que en todo caso se compensaría de algún modo al pobre virtuoso en el otro mundo. Además, era muy sencillo, con arreglo a las ideas económicas predominantes, demostrar que la ayuda al pobre con más frecuencia hacía daño que bien al destruir la confianza que tuviera en sí mismo y su voluntad de producir, de las cuales dependía la prosperidad nacional.

La pregunta que tenemos que hacernos aquí, no es por qué surgió este estado de espíritu, sino por qué fue cambiando rápidamente en la década de 1890. Un factor fue la disminución del impulso radical en el Partido Liberal después de la deserción de Chamberlain. Otra parte de la respuesta ha de buscarse en la destrucción de la confianza en un continuo aumento de la prosperidad económica, destrucción debida al gran número de desempleados que hubo a final de la década de 1870 y en la década siguiente; y esto sirvió para dar a conocer las condiciones extremadamente malas bajo las cuales vivía una parte considerable de la población de las ciudades, y poco después hizo que empezasen a trabajar estadísticos como Charles Booth, mostrando hechos y números que refu-

taban de manera convincente la idea de que el pecado era la causa principal de la pobreza, y puso en evidencia especialmente los sufrimientos, por un lado de los niños y por otro de los ancianos pobres. El conocimiento de estas condiciones llevó consigo el revelar el apartamiento en que una gran parte de la población urbana vivía con respecto a las iglesias, y en realidad con respecto a todo contacto amistoso con las clases más acomodadas; y en una sociedad profundamente religiosa la conciencia de este apartamiento pesaba por lo menos tanto como las revelaciones de privaciones físicas para despertar la conciencia social de un sector tanto de las personas acomodadas como de la clase obrera que estaba en mejor posición económica. El resultado fue poner de moda la visita a los barrios más miserables y el hacer una obra social hasta el punto de influir en la población universitaria y, al mismo tiempo, que algunos "agitadores" de la clase obrera tratasen de organizar a los trabajadores no especializados y de volver a los antiguos gritos de combate en favor del jornal mínimo, de la jornada máxima y del derecho al trabajo. El mismo ímpetu hallamos detrás del establecimiento de misiones en los barrios pobres de las grandes ciudades y detrás de la organización de los "nuevos sindicatos" por hombres como John Bums, Will Thorne, Keir Hardie, Havelock Wilson y Tom Mann. El ímpetu era el mismo: un poderoso impulso ético para remediar una situación que era considerada como humanamente intolerable en una sociedad que no sólo se llamaba a sí misma cristiana, sino que también se enorgullecía de ser la que iba a la cabeza del mundo en el arte y ciencia de crear riqueza.

El impulso era fundamentalmente el mismo; pero las ideas y los procedimientos que surgieron de él eran completamente diferentes. La mayoría de los idealistas de la clase medía que contribuyeron a despertar la conciencia social de sus conciudadanos, no pensaban establecer el socialismo o una sociedad sin clases. Por el contrario, la mayoría de ellos no aspiraba a *fusionar* las clases, sino a *reconciliarlas,* reconstruyendo las relaciones sociales que habían sido destruidas por el desarrollo de las formas de vida industriales y urbanas. Les parecía, por ejemplo, a los fundadores de Toynbee Hall y de otras misiones una cosa terrible que en los barrios más miserables no hubiese individuos de la clase social de "los caballeros" que proporcionasen una dirección al pueblo, dirección que era natural que ellos ejercieran. Veían a cada barrio miserable como a una aldea privada de su hidalgo, o, si esto es demasiado decir, privada de hombres y mujeres de cultura e instrucción superior capaces de sobreponerse a la lucha diaria por la mera existencia y hacerse responsables de obras de socorro y de organización que los pobres no podían emprender por sí solos. Del mismo modo que en Rusia los primeros narodniks habían tratado de salvar un abismo social yendo hacia los

aldeanos, estos idealistas, inspirados por Arnold Toynbee y Thomas Hill Green, querían ir a convivir con los habitantes de los barrios más miserables; pero como el Estado inglés era un Estado constitucional en marcha ya hacia la democracia política, y que permitía libertad de palabra y de organización, no vieron la necesidad de ir a ellos como revolucionarios. Fueron buscando conciliación, esperando en la mayoría de los casos, aunque no en todos, encontrar en la religión, en alguna clase de cristianismo *social,* los medios para crear de nuevo relaciones sociales a través de las barreras dé clase. Políticamente eran de todas las opiniones, desde refomadores sociales conservadores a varias clases de socialistas éticos. De hecho la mayoría de ellos eran liberales, del ala del liberalismo que esperaba persuadir al partido seriamente para que se ocupase de la cuestión social y se constituyese en campeón de los desposeídos. La curiosa mezcla de ideas que existía detrás de este movimiento en ningún sitio puede estudiarse mejor que en la novela social, popular por un tiempo, de Sir Walter Besant, *All Sorts and Conditions of Men* (1872).

Hasta ahora he hablado sobre todo de los movimientos hacia una ética social y una reforma social tal como se produjeron en las antiguas universidades; pero, por supuesto, esto fue sólo una manifestación de una tendencia mucho más amplia. Por todo el país impulsos análogos fueron sentidos por grupos de gente de la clase media, principalmente jóvenes que sentían vocación por algún servicio social. Algunos de éstos se lanzaron a actividades filantrópicas de una u otra especie, o a prestar servicio en corporaciones públicas locales, las cuales eran todavía en su mayoría elegidas sin basarse en los partidos. Algunos encontraron campo dentro de las organizaciones locales del Partido Liberal, al cual trataron de persuadir para aprobar un amplio programa social; y un pequeño número se convirtió en "conservadores demócratas"; pero en las provincias, o por lo menos en los distritos industriales, una importante minoría, desconfiando de los dos grandes partidos, se pasaron al socialismo y llegaron a ser miembros de las secciones locales del Partido Laborista Independiente. Para muchos de estos conversos el rompimiento con los antiguos partidos fue acompañado o de una pérdida de la fe religiosa o, con más frecuencia, de un debilitamiento de ella, que aun dejaba intactos los impulsos morales del sentimiento religioso al hacerse independientes de sus antiguas relaciones con la iglesia anglicana o con las iglesias no conformistas. Estos creyentes a medias sentían, como hemos visto, la necesidad de que continuase un tipo de asociación que hasta entonces le había proporcionado el hecho de pertenecer a una comunidad religiosa. Algunos se hicieron miembros de las iglesias laboristas o de las éticas; otros buscaron en el Partido Laborista Independiente mismo o en el movimiento del *Clarion* la satisfacción de sus

impulsos gregarios éticos. Esto produjo una mezcla de clases en las nuevas organizaciones laboristas independientes, diferente y a la vez análoga al movimiento de reconciliación de clases *de haut en loas* que procedía principalmente de las antiguas universidades. Porque en el Partido Laborista Independiente y en las organizaciones del *Clarion* los miembros de clases sociales diferentes, pero sobre todo de la clase media inferior, de los profesionales y de las capas superiores de la clase obrera, se reunían a base de igualdad y, lejos de buscar la reconciliación de clases, se unían como defensores de una sociedad sin clases basada en la propiedad socialista y en el reconocimiento de la necesidad como titulo más importante para participar en el producto del esfuerzo común.

Por supuesto, la línea de separación entre estas dos clases de unión a través de la barreras sociales no estaba claramente trazada. Había algunos que sentían los dos impulsos, y vacilaban entre los dos, y algunos que no llegaban a ver la diferencia. Pero, en general, la distinción es exacta.

A los que se pasaron al socialismo, generalmente les parecía que nada podía esperarse de los liberales, porque constituían el partido del capitalismo del *laissez-faire* en su forma más extremada. Pero este sentimiento era mucho más fuerte, en general, en los centros industriales y en los distritos mineros, en donde el patrono liberal y los obreros de los sindicatos se enfrentaban con frecuencia, más que en Londres o en ciudades principalmente residenciales o en los distritos rurales, en los cuales el liberalismo constituía con mucha más frecuencia la oposición a una tradición conservadora fuertemente arraigada. En esos lugares, y de modo análogo en las universidades, los liberales y los socialistas tendían a unirse, porque ninguno de estos grupos tenía muchas esperanzas de triunfar, por lo menos solo. Londres, en cierto modo, constituía un caso especial, porque los liberales y los socialistas se habían unido en una labor combinada para la reforma del gobierno metropolitano y, cuando esto se realizó en 1889 al establecerse el Consejo del Condado de Londres, existían fuertes motivos para que los dos grupos que habían cooperado continuasen unidos a fin de recoger el fruto de su esfuerzo. El nuevo gobierno de Londres estuvo obligado desde el principio a ser conducido siguiendo las diferencias de partidos políticos; y la única cuestión en este respecto era la de cuántos partidos debería haber. Si los liberales y laboristas hubieran de luchar entre sí, el resultado casi seguro era que gobernarían los conservadores; mientras que un partido de los progresistas unidos, si no se dividían, tendrían muchas probabilidades de dominar; pero también era seguro, que, en tal caso, hallase la oposición del gobierno nacional cuando los conservadores estuviesen en el poder. Esto explica en gran parte por qué mientras las ramas locales del Partido Laborista Independiente de las provincias se esforzaron

por conseguir la elección de consejeros independientes y miembros de otras corporaciones públicas, en Londres, por lo que se refiere al consejo de condado, la mayor parte de la fuerza laborista apoyó al partido progresista. Esto explica también en gran parte la política de infiltración de los fabianos; porque en la década de 1890 la organización en la cual los fabianos (asociación principalmente londinense) trataban principalmente de infiltrar sus ideas era el Partido progresista dentro del Consejo del Condado de Londres. En la mayoría de los distritos industriales una parte considerable de los hombres y mujeres jóvenes que actuaban en los sindicatos obreros y en otras organizaciones obreras locales estaban a punto de convertirse a las causas de una representación Laborista Independiente y de un socialismo ético; y en todas partes se les unían algunos hombres y mujeres de otras clases sociales; pero el caso era distinto con las personas de más edad, la mayoría de las cuales seguía unida a las asociaciones liberales de los días de su junventud, y habían sido mucho menos afectadas por la disminución de la influencia de la iglesia anglicana o de las sectas no conformistas. Como los sindicatos obreros, y aún más las sociedades cooperativas, estaban administrados y dirigidos sobre todo por estas personas de más edad, no tuvieron mucho éxito los intentos de los socialistas y de los nuevos sindicalistas de atraerlos en masa hacia la representación obrera independiente. Se hizo evidente que la única esperanza de atraer a los sindicatos obreros y a las cooperativas hacia el movimiento laborista independiente *en cuanto asociaciones organizadas* era no pedirles que hiciesen profesión de fe socialista y que la independencia que se les exigiese no llegase al extremo de tener que romper completamente con el liberalismo. Por supuesto, había socialistas que en modo alguno estaban preparados para hacer estas concesiones, que eran consideradas por ellos como una traición a la causa socialista; pero la mayoría de los dirigentes del Partido Laborista Independiente se daban también cuenta de las inmensas dificultades que existían para establecer un partido parlamentario socialista, ni siquiera laborista, sin el apoyo de los sindicatos obreros y eran además en sus ideas básicas más bien socialistas éticos y evolucionistas que marxistas revolucionarios, que consideraban lo que Keir Hardie llamaba la Alianza Laborista como merecedora de muchas y grandes concesiones. Año tras año, Hardie y su grupo habían insistido en los Congresos de los sindicatos obreros esforzándose en persuadir a los sindicatos afiliados a éstos para que creasen, si no un partido francamente socialista, sí un partido laborista independiente del liberalismo, y hubiese sido falta grande de lógica por su parte, que cuando al fin persuadieron a la asamblea que dijese a su comité parlamentario que convocase a una reunión con los socialistas para este fin, que hubiesen tratado de aprovechar esa ocasión para fundar un partido declaradamente socialista o que insistiesen desde el primer momento en

que se aceptase una ideología socialista. Además, si hubieran hecho esto, sólo alguno de los nuevos sindicatos habrían ingresado en este partido, y probablemente la mayoría de los sindicatos se hubiesen echado otra vez en brazos del liberalismo.

En estas circunstancias, aunque a la asamblea de 1900, que estableció al Comité de Representación Laborista, asistieron bastantes delegados de sindicatos obreros, sin embargo, las sociedades cooperativas, que también fueron invitadas, se mantuvieron alejadas, y un buen número de sindicatos cuyos delegados votaron en favor de que se crease el Comité de Representación Laborista, después no apoyaron a éste. Especialmente los mineros se abstuvieron, y continuaron en relación con los liberales a través de sus asociaciones locales, sobre todo a causa de que en parte habían conseguido imponer a sus candidatos en las asociaciones liberales y radicales de los distritos mineros dominados por ellos, pero también porque su relación con el liberalismo a través de las sectas disidentes era muy estrecha entre los mineros. Se ha dicho con frecuencia que el momento decisivo en el destino del Comité de Representación Laborista fue el llamado juicio de Taff Vale, que convenció a los sindicatos de tener sus propios hombres y su propio partido para que defendiesen sus derechos en el Parlamento. Este pleito judicial, en el cual se condenó al pago de indemnizaciones considerables a la sociedad de ferroviarios por perjuicios causados a la compañía del ferrocarril del Taff Vale durante una huelga, manifiestamente ponía en peligro toda la concepción de los contratos colectivos basados en el derecho a la huelga como último recurso; y los sindicatos obreros se veían obligados a actuar de la manera que considerasen más eficaz para anular esa sentencia. Sin embargo, había dos maneras de resolver esto: una, la creación de un partido laborista separado, y la otra una campaña intensificada dentro del partido liberal para asegurar que serían presentados candidatos que se obligarían, en esta cuestión, a apoyar las demandas de los sindicatos obreros. En realidad, los sindicatos emplearon los dos procedimientos con gran éxito; no cabe duda de que para esta finalidad inmediata, la combinación de los dos fue lo mejor para ellos. Lo que no es verdad es que, al tener que enfrentarse con la sentencia del Taff Vale, el movimiento sindicalista no tenía más alternativa que suprimir el Comité de Representación Laborista. En donde la sentencia de Taff Vale contribuyó a atraer apoyo al Comité de Representación Laborista, fue al reforzar la masa de opinión que apoyaba a la balanza de la justicia y al orden social existente para que fuesen injustos contra los trabajadores, y así se consideraba que la creación de un Partido Laborista Independiente era parte indispensable del proceso que había de acabar con esta tendencia.

De hecho, el Comité de Representación Laborista de 1900 fue establecido con muy poca ayuda de los sindicatos obreros. Al fin de su

primer año de existencia el número de sus miembros pertenecientes a sindicatos obreros era sólo de 353,000 de un total de casi dos millones de obreros sindicados, de los cuales aproximadamente 1.400,000 pertenecían al congreso de sindicatos obreros. Los "sindicatos nuevos" ingresaron en él como algo muy natural; pero el número de sus miembros no era muy alto: sólo el sindicato de ferrocarrileros, con 60,000 miembros, y el de trabajadores del gas con 48,000 tenían más de 20,000. El único otro sindicato que pasaba de este número, y que ingresó en el Comité de Representación Laborista en el primer año, fue el Sindicato Nacional de Obreros del calzado con 32,000. Los mineros, los de la industria textil, los mecánicos y los caldereros permanecieron fuera de él, aunque los mecánicos y los de la industria textil estaban estudiando si debían afiliarse, y estos dos sindicatos ingresaron antes de los dos años siguientes. En 1903 el número de afiliados había subido a 873,000, manteniéndose aparte todavía los mineros que presentaban candidatos propios, generalmente bajo la protección de las asociaciones liberales y radicales locales. Sólo entonces se podía asegurar que el nuevo barco había sido botado.

Incluso entonces todavía faltaba mucho para constituir un partido. No era más que un Comité, y cada una de las organizaciones que lo formaban tenían derecho a dirigir sus propios asuntos. Cada organización afiliada —sociedad socialista o sindicato obrero— presentaba y ayudaba económicamente a sus candidatos. No había un fondo central para financiar a los candidatos ni siquiera para actividades de propaganda o de organización. No había ni siquiera un programa, sólo la afirmación del deseo de "cooperar con cualquier partido que en un momento dado tratase de establecer una legislación favorable a los intereses de los trabajadores". Ni había ninguna organización local bajo la dirección de un partido. Aunque en algunos distritos existían Comités de Representación Laborista Locales o partidos laboristas, no se les admitía como afiliados del partido nacional ni estaban representados en las asambleas de éste. Sólo en los distritos en donde los consejos locales obreros se habían unido al partido, tenía éste una verdadera organización local. Esto se debía en parte a que el Comité de Representación Laborista estaba abierto a los consejos obreros, y las secciones de los sindicatos obreros preferían actuar más bien a través de ellos que a través de los consejos locales de representación laborista que podían pasar más fácilmente a tener una dirección socialista; pero también se debía a que el Partido Laborista Independiente, consideraba el establecimiento de consejos locales de representación laborista como una amenaza al influjo de sus propias ramas locales: de este modo tanto la derecha como la izquierda contribuían a impedir el desarrollo de una verdadera organización por distritos electorales.

Pronto se hizo manifiesto que el Comité de representación Laborista no podia progresar mucho mientras no tuviese algún ingreso seguro. Esta cuestión había sido ya planteada en 1901, cuando la Sociedad Fabiana había propuesto que se estableciese un fondo central. El Partido Laborista Independiente, temiendo por su situación, se unió a los sindicatos obreros del ala derecha, y esta propuesta fue rechazada. Volvió a ser planteada al año siguiente la propuesta de los obreros del gas y del puerto, y esta vez fue nombrado un comité para que redactase un proyecto. En 1903 este comité presentó un informe, y la asamblea acordó que cada miembro de las organizaciones afiliadas contribuyesen con un penique cada año. Arthur Henderson, que pronto había de llegar a ser el arquitecto principal de la estructura del partido, quería que la contribución de cada miembro fuese de 4 peniques y Paul Weighill, de los albañiles, propuso que fuese de un chelín; pero ninguno de los dos consiguió mucho apoyo.

Sin embargo, incluso un penique era mejor que nada. No permitió al Comité de Representación Laborista financiar a ninguno de sus candidatos, pero hizo posible que se pagasen 200 libras por año para mantener a cada miembro de la Cámara de los Comunes elegido bajo los auspicios del Comité de Representación Laborista; y la concesión de esta ayuda sirvió para introducir una "promesa ante el partido" que obligaba a los candidatos del Comité de Representación Laborista, si eran elegidos, a votar de acuerdo con las decisiones de la mayoría del grupo laborista parlamentario o a renunciar a su puesto. En aquel tiempo los miembros del Parlamento no percibían ningún salario, y dependían de lo que las organizaciones que defendían sus candidaturas decidían concederles. Los sindicatos obreros podían resolver el problema incluyéndolos en la nómina del sindicato o pagándoles una gratificación a cargo de fondos especiales políticos; pero el Partido Laborista Independiente y otras organizaciones socialistas tenían muy poco dinero, y les hubiese sido difícil encontrar buenos candidatos, a menos que se atendiese a esta necesidad. El nuevo arreglo era, sin embargo, aún más importante como el primer paso para unir a los candidatos elegidos del Comité de Representación Laborista en un solo partido, aunque una serie de intentos para persuadir a la asamblea de 1903 a que se obligase a aceptar un programa fueron rechazados en las votaciones. El sindicato obrero de electricistas quería una declaración que reconociese como base de las actividades la lucha de clases y la defensa de la socialización de los medios de producción; Jack Jones, en representación del Consejo Obrero de West Ham, hizo otra propuesta para que la organización se declarase partidaria de acabar con el capitalismo y de la propiedad pública de los medios de producción. La asamblea no aprobó ninguna de ellas; y cuando Jones propuso que se crease un comité para que redac-

tase un programa común, Keir Hardie se opuso a ello, y también fue rechazado. Lo más que la asamblea estaba dispuesta a aceptar era que los miembros del Parlamento del Comité de representación Laborista deberían constituir un "grupo", aún no "partido", en la Cámara de los Comunes, con directivos propios.

Incluso estos moderados avances hacia la conversión del Comité de Representación Laborista en un partido costaron la pérdida de uno de los dos miembros elegidos en 1900, Richard Bell, del sindicato de obreros ferroviarios, que insistió en apoyar candidatos liberales, incluso contra laboristas, y acabó rompiendo con el Comité de Representación Laborista por esta causa en 1904. Entonces el grupo laborista ya había sido reforzado por tres nuevos miembros del Parlamento: David Shackleton, de los obreros textiles; Will Crooks, de la Sociedad Fabiana y del sindicato de metalúrgicos; y Arthur Henderson, de los fundidores de hierro. La llegada de Henderson, que llegó a ser tesorero del Comité de Representación Laborista en 1903, fue de gran importancia. Había sido un agente del partido liberal en el distrito electoral por el cual fue elegido, y cuando la junta del partido para la elección de cargo de la legislatura lo eliminó de la sucesión en caso de retirada del miembro propietario, consiguió que se fueran con él numerosos partidarios de la Asociación Liberal. Este grupo formó el núcleo de un Comité de representación Laborista organizado a base de miembros individuales independientes, iniciando de hecho de este modo el método de construir, tras el nuevo partido, una estructura de partidarios individuales que trabajaban directamente por él y no sólo por una de sus organizaciones afiliadas. Will Crooks, en Woolwich, adoptó un método análogo; pero a causa de la oposición del Partido Laborista Independiente y de los sindicatos obreros no fue adoptado en la mayor parte del país hasta que Henderson reorganizó completamente el partido Laborista durante la primera Guerra Mundial, y al fin consiguió que se reconociese de una manera completa a los partidos laboristas locales como parte integrante de la estructura del partido. Este cambio no pudo llevarse a la práctica hasta 1914, porque a él se opusieron lo mismo muchos sindicatos obreros que el Partido Laborista Independiente, y también los consejos obreros en algunos distritos, temiendo los tres grupos, desde sus diferentes puntos de vista, que se desarrollase una poderosa máquina de partido.

Como hemos visto, la Federación Social-Demócrata se unió al Comité de Representación Laborista desde el primer momento; pero se separó al año siguiente, al no conseguir que, como base de unidad, fuese aceptada la doctrina de la lucha de clases. En adelante, actuó sola bajo la jefatura de Hyndman. En 1903 una parte de sus miembros de Escocia se separaron para formar un Partido Laborista Socialista

siguiendo el modelo de la organización norteamericana dirigida por Daniel de León, y defendió, como los partidarios de éste, una forma extrema de sindicalismo industrial, que trataría de unir a todos los trabajadores en un gran sindicato con secciones, basado en el principio de la lucha de clases y procurando sostenerla, sometido a una dirección común, tanto en el campo obrero como en el político. El Partido Laborista Socialista llegó a tener influjo considerable en Glasgow, y en algunas otras ciudades de Escocia; pero no pasó de ser una organización casi únicamente escocesa. Duró lo bastante para desempeñar un papel importante en las fábricas de Clyde durante la primera Guerra Mundial y para tomar parte en la dirección del rebelde Comité de Obreros de Clyde de 1915. Después de la guerra la mayoría de sus miembros ingresaron en el Partido Comunista.

Dos años después de la separación del Partido Laborista Socialista, la Federación Social-Demócrata sufrió otra ruptura. Un grupo dirigido por C. L. Fitzgerald, sobre todo en Londres y Lancashire, se separó para formar el Partido Socialista de la Gran Bretaña. El partido socialista de la Gran Bretaña defendía una política de completa intransigencia socialista. Consideraba inútil la acción sindical para la realización del socialismo y, aunque afirmando la necesidad de la acción política, rechazaba en los programas toda clase de paliativos e insistía en que ningún candidato parlamentario merecía ser elegido, a menos que defendiese el establecimiento completo e inmediato de un sistema socialista. Como no era lo bastante fuerte para presentar candidatos por sí solo, y como ningún candidato laborista o socialista de los que fueron presentados reunía las condiciones exigidas por el Partido Socialista de la Gran Bretaña, los directivos de éste pidieron a sus partidarios que no votasen, sino que se dedicasen a una propaganda y educación socialistas activas con la esperanza de crear un apoyo popular en favor de la revolución socialista. El Partido Socialista de la Gran Bretaña no pasó de ser un grupo pequeño, que actuó principalmente en Londres. La Federación Social-Demócrata se debilitó con estas disidencias, y en la mayoría de los distritos dejó el campo al Partido Laborista Independiente; pero hasta 1906 el Partido Laborista Independiente mismo hizo sólo progresos lentos.

También la Sociedad Fabiana estuvo menos activa durante estos años. Había perdido bastante terreno al entrar el nuevo siglo a causa de haber apoyado la guerra de Sudáfrica, a la cual se opusieron tanto el Partido Laborista Independiente como la Federación Social Demócrata. Su defensa de la guerra la manifestó principalmente en el folleto de Bernard Shaw, *Fabianism and the Emfñre,* en el cual manifestó la opinión de que la república Boer era completamente reaccionaria, ni a uno ni a otro lado les importaba un ardite el bienestar de los habi-

tantes indígenas de Sudáfrica, y que, como no había un Estado o federación mundial que se encargase de estas repúblicas, y las obligase a conducirse conforme al interés común de la humanidad, lo mejor que podía hacerse con ellas era que el Imperio Británico se las anexase, y las obligara a convertirse en agencias más eficientes de civilización. "El problema que se nos plantea es de cómo el mundo puede ser ordenado por grandes potencias que de hecho tengan una extensión internacional... El reparto de la mayor parte del globo entre esas potencias, como hecho al cual es necesario enfrentarse lo aprobemos o no, es ahora sólo cuestión de tiempo." Y añadía: "La idea de que una nación tiene derecho a hacer lo que le plazca con su propio territorio, sin tener en cuenta los intereses del resto del mundo, no es ya más defendible desde el punto de vista de la Internacional socialista (es decir, desde el punto de vista del siglo xx) que la idea de que el terrateniente tiene derecho hacer lo que quiera con sus tierras sin tener en cuenta los intereses de sus convecinos." Y también añadía: "el Estado que ponga obstáculos a la civilización internacional tendrá que desaparecer, sea grande o pequeño".

Shaw sostenía, en efecto, que el mundo debía ser considerado como patrimonio común de la humanidad, y que la explotación eficiente de sus recursos conforme al interés común de todos los pueblos debía anteponerse a todas las demandas nacionales limitadas. Sostenía también que en el siglo xx el nacionalismo debía tenerse por anticuado, y que los hombres debían procurar la creación de un orden mundial basado en los principios socialistas; pero también adoptaba el punto de vista de la *realpolitik* y sostenía que, le agradase a uno o no, el futuro era de las grandes potencias, que estaban llama las a dejar a un lado a las pequeñas potencias en el desarrollo del mercado mundial; y descansaba en la convicción de que "una gran potencia, consciente o inconscientemente, tiene que gobernar conforme a los intereses de la civilización en su conjunto". Con respecto a las repúblicas Boers, sostenía "que no convenía a estos intereses que fuerzas tan poderosas como las minas de oro y los armamentos formidables de que pudiera disponerse a base de ellas, estuvieran manejados sin responsabilidad por pequeñas comunidades que se hallaban al borde de la civilización. Teóricamente deberían ser internacionalizadas, no absorbidas por el Imperio Británico; pero mientras la federación mundial no llegue a ser una realidad, tenemos que aceptar a las Federaciones Imperiales más responsables de que disponemos como un sustituto de aquélla". Como consecuencia, Shaw defendía el reparto de China, cuestión entonces de actualidad, basándose en los mismos argumentos con que más tarde había de oponerse a la independencia de Irlanda. Hablaba con admiración de la política imperial Alemana de fomento del comercio exterior, y terminaba con la afirmación de que "la moral que de esto se saca es que lo que el Imperio Británico más

necesita en su gobierno no es ni conservadurismo, ni liberalismo, ni imperialismo, sino cerebros y ciencia política".

Como es natural, las ideas de Shaw chocaban a bastantes personas, incluyendo a algunos fabianos. Medio siglo más tarde me chocan a mí profundamente: en realidad, toda la actitud fabiana en este punto me parece deplorable; pero a Shaw le apoyó enérgicamente el matrimonio Webb, y la política que él defendía fue aprobada por gran mayoría en la reunión de fabianos convocada para que opinase acerca de su escrito. Algunos, pocos, fabianos, y al frente de ellos H. W. Massingham, se separaron de la sociedad; pero fueron voces solitarias. Robert Blatchford y la mayoría de los directivos del grupo de *The Clarion* siguieron la misma línea y perdieron mucho apoyo por haberlo hecho; porque los partidarios de *The Clarion* pertenecían por instinto a la izquierda, e instintivamente se colocaron en contra de los apóstoles del imperio. Los fabianos, que hasta entonces habían prestado muy poca atención a los asuntos internacionales, y que en su mayoría eran por temperamento reformistas, estaban mucho más inclinados que los socialistas de la clase obrera a aceptar la afirmación de Shaw de que "la eficiencia es lo primero". La mayoría de ellos estaba dispuesta a considerar la causa del socialismo principalmente en forma de una organización más eficiente para el bienestar general, y aplicar a los asuntos internacionales la idea de una sociedad mundial planificada y ordenada dirigida por la competencia y el saber de los expertos. Especialmente el matrimonio Webb, en sus intentos de infiltrar en los partidos existentes las ideas socialistas, hallaron mejor acogida entre los conservadores y liberales imperialistas que entre los conservadores de tipo antiguo y los liberales también de tipo antiguo de la escuela del *laissez-faire*. Sus amigos entre los liberales fueron Grey y Haldane más bien que los gladstonianos; y entre los conservadores tenían más en común con hombres como Milner. Estaban de acuerdo con Shaw en considerar al nacionalismo como un estorbo anticuado y en considerar a los grandes Estados como instrumentos necesarios de progreso.

Mientras que Shaw y la mayoría de los fabianos se mostraron respecto a la guerra de Sudáfrica, como contrarios al "nacionalismo reaccionario de las repúblicas Boers, el gran economista y sociólogo John Atkinson Hobson (1858-1940) que entonces era todavía defensor del Partido Liberal, se manifestó del lado opuesto con su importante estudio *Imperialism* (1902). Hobson, que ya había proclamado su teoría del subconsumo en una obra anterior, *The Physiology of Industry* (1889) escrita en colaboración con A. F. Mummery, era un defensor del nacionalismo, que consideraba como la base en que había de fundarse el internacionalismo mundial. El imperialismo que él censuraba, era a sus ojos la perversión del nacionalismo: surgía siempre que un Estado nacio-

nal trataba de extender su dominio o supremacía sobre otros pueblos que tenían tradiciones diferentes o cuyas formas de vida eran distintas de las suyas propias. Hobson distinguía claramente entre colonialismo, que tomaba la forma de emigración a regiones no habitadas, en las cuales los inmigrantes repetían el tipo de vida del país que habían dejado (como en las colonias inglesas de Australasia y parte del Canadá), e imperialismo como se encuentra en las "colonias" de Asia y África, en donde los colonizadores se establecen como una casta gobernante en medio de una población cuyas tradiciones y forma de vida son esencialmente diferentes de las suyas. Llamó la atención sobre la difusión enorme de este segundo tipo de desarrollo colonial durante las últimas décadas del siglo XIX, sobre el rápido aumento del área y población de los territorios sometidos o dependientes del Imperio Británico y de otros imperios, y sobre el carácter esencialmente competitivo de este tipo de extensión imperialista. Sostenía que en el nacionalismo no había nada que impidiese a los pueblos de la tierra para vivir juntos en paz y establecer una colaboración amistosa mediante el comercio y relaciones mutuas; pero el imperialismo era por naturaleza agresivo y rapaz, y favorecía tanto la concentración del poder económico del capitalista como la alianza de este poder con la clase gobernante de cada país imperialista. Tanto directamente como a través de las rivalidades que engendraba, el imperialismo conducía a aumentar los armamentos y a la amenaza creciente de guerra para la posesión de esferas de influencias y para mantener alejados de ellas a los Estados imperialistas rivales. Llevaba consigo la voluntad de someter a los Estados menos poderosos al dominio de las grandes potencias; y despertaba el espíritu nacionalista entre los pueblos amenazados por él, especialmente en las partes menos desarrolladas del mundo. En opinión de Hobson, el imperialismo era esencialmente rapaz. Producto principalmente de técnicas capitalistas avanzadas y de la busca insaciable de nuevos mercados debida a la limitación del poder de consumo de los pueblos sometidos a la dominación capitalista, el imperialismo llevaba al mundo a una lucha sanguinaria que amenazaba destruir las victorias del liberalismo del siglo XIX, sumiendo al mundo en guerras tremendamente destructivas.

Hobson relacionaba de este modo su crítica del subconsumo propia de la economía capitalista y su censura de la expansión imperialista. Sin embargo, no era entonces un socialista. Era un radical que seguía con la esperanza de que el partido liberal podía ser inclinado a una política social avanzada de distribución de los ingresos, que contrarrestaría las tendencias a la extenuación propias del capitalismo moderno, y con ello la anulación del impulso imperialista al desaparecer la necesidad de conquistar nuevos mercados, debido al aumento del poder de consumo en el interior. Con respecto a la guerra de Sudáfrica fue

"pro-boer", pero fue también el más constante defensor de una política completamente radical en los asuntos internos. Es sabido que su libro acerca del *Imperialismo* ejerció una gran influencia en el pensamiento socialista, no sólo o principalmente en la Gran Bretaña, sino en todos los partidos de la Segunda Internacional, y sobre todo en Lenin, cuya propia obra sobre *Imperialismo, última etapa del capitalismo* (escrita en 1916) está basada principalmente en el estudio de Húbson.

Más tarde, Hobson había de oponerse a la gran guerra de 1914 y renunciar a su liberalismo e ingresar en el partido laborista; pero hasta 1914 continuó figurando como radical. El desarrollo posterior de su doctrina del subconsumo en *The Industrial System* (1909) y en otras obras dio lugar a una gran controversia entre los economistas liberales, la mayoría de los cuales rechazaron su teoría indignados. Sólo con la grave crisis económica de la década de 1930 consiguieron una aceptación mayor sus ideas económicas, incluso entre los socialistas, cuando en parte fueron recogidas y expuestas de nuevo por J. M. Keynes. Incluso entonces pocas veces se reconoció en Hobson el mérito que merecía por ir a la vanguardia de la "Nueva Economía". Modesto y retraído por naturaleza, no intervino activamente en el movimiento socialista, excepto mediante sus escritos, pero tiene tanto derecho como los fabianos a ser considerado como el filósofo precursor del "Estado benefactor" y por encima de esto la distinción suprema de haber sido el primero en someter la economía y la política del imperialismo capitalista a un análisis completo y destructor.

En 1903, Joseph Chamberlain inició su cruzada en favor de la reforma de los aranceles y la preferencia imperial; y la Sociedad Fabiana pidió otra vez la ayuda de Shaw para definir su actitud. El resultado fue el folleto, *Fahianism and the Fiscal Question* (1904), en el cual Shaw atacaba tanto al librecambio como a la reforma de los aranceles, defendiendo en su lugar un proyecto para el desarrollo del comercio del imperio mediante la nacionalización de los ferrocarriles, proporcionar transportes marítimos gratuitos para favorecer las exportaciones y consolidar las relaciones económicas del imperio, organizar mejor los servicios consulares y un amplio sistema de educación técnica a fin de mejorar la producción industrial. Este proyecto también fue aprobado por los fabianos con muy poca oposición, aunque produjo la pérdida de algunos, pocos, miembros eminentes, incluyendo a Graham Wallas. Considerado desde nuestros días, lo más notable acerca del folleto de Shaw es que indudablemente él esperaba que la cruzada de Chamberlain arrastrara a la nación, y no preveía la proximidad del triunfo electoral de los liberales o el advenimiento del Partido Laborista, semialiado con el liberalismo, como una verdadera fuerza política. La verdad es que los fabianos, bajo su influencia y la del matrimonio Webb, estaban extra-

ñámente ciegos a los signos de la época. No mostraron gran interés en el Comité de Representación Laborista, y no pusieron en él esperanzas importantes (lo cual no fue una equivocación extraña); pero también estuvieron ciegos para el renacimiento que se estaba produciendo dentro del Partido liberal y del movimiento general hacia la izquierda de la opinión pública en todo el país.

Este movimiento hacia la izquierda al principio tuvo mucho que ver con el conflicto de actitudes acerca de la guerra de Sudáfrica. Al final del mismo año en que fue establecido el Comité de Representación Laborista, *Reynolds' Newspa-per,* la revista dirigida por W. M. Thompson, tomó la iniciativa para convocar a una convención democrática formada por elementos contrarios a la guerra. La convención puso en marcha a la Liga Nacional-Democrática, apoyada por diversos elementos procedentes del campo socialista y del liberal. Thompson fue presidente; Lloyd George, vicepresidente; Tom Mann, secretario; y entre los proponentes activos estaba John Burns, Robert Smillie, de los mineros escoceses, y John Ward, del sindicato naval, y a la vez antiguos *Lib-Labs* como George Howell y Sam Woods, de la Federación de mineros, que era entonces secretario del Congreso de Sindicatos Obreros. La Liga Democrática Nacional era claramente una organización radical y no socialista. Pedía el sufragio universal, que se pagase a los miembros del Parlamento, abolición de la Cámara de los Lores, y lo restante del programa tradicional de los radicales, unido a un amplio programa de reformas sociales. Durante algún tiempo atrajo más la atención que el Comité de representación laborista; pero las principales organizaciones socialistas: el Partido Laborista Independiente y la Federación social demócrata, se mantuvieron alejadas de ella a causa de sus conexiones con los liberales, y por negarse a aceptar un programa socialista; y a medida que las cuestiones planteadas por la guerra de Sudáfrica fueron pasando a segundo término, poco a poco fue perdiendo su importancia, pero no sin desempeñar una parte muy importante en la nueva orientación hacia la izquierda del Partido liberal, impidiendo de este modo considerablemente el movimiento hacia la independencia del laborismo. Fue indudablemente uno de los factores de la gran victoria liberal de 1906, que arrastró al Comité de Representación Laborista y dio por resultado la aparición de un Partido laborista lo bastante numeroso para que contase como un factor en la política, pero todavía dependiente de los liberales a pesar de su profesión de independencia.

El gran triunfo de los liberales de 1905-6 sorprendió a mucha gente, aparte de los dirigentes fabianos. El liberalismo, que los socialistas habían estado acusando de ser una doctrina anticuada y en decadencia, resurgió de pronto, bajo la influencia de un renacimiento radical, con un amplio programa social. El ministerio liberal, con una gran mayoría

detrás de sí, incluía a numerosos radicales en puestos importantes. El partido laborista, con treinta representantes, no tenía importancia para las votaciones de la Cámara de los Comunes: por lo que se refiere a votos, los liberales eran, con mucho, bastante fuertes para poder prescindir de su ayuda. Sin embargo, estaba en firme conexión con los liberales, porque la gran mayoría de sus miembros había sido elegida con el apoyo de votos liberales y no hubiese podido triunfar sin esta ayuda. Sólo tres de ellos, F. W. Jowett, en West Bradford; J. W. Taylor, en Chester-le-Street, y G. N. Barnes, en Glasgow, habían ganado en luchas de tres candidatos, venciendo tanto al liberal como al conservador. Otro, S. W. Bowerman, en Deptford, había derrotado a un *Lib-Lab* no oficial, y Keir Hardie había triunfado en un distrito electoral de dos representantes, Merthyr, contra un liberal oficial y otro no oficial, sin que allí se hubiese presentado ningún conservador. Todos los demás habían sido elegidos con el apoyo de los electores liberales, aunque sin ningún pacto declarado con el Partido liberal. Por supuesto, a la vez, muchos liberales habían sido elegidos con la ayuda de votos laboristas, ya fuese en distritos electorales de dos representantes, en donde cada partido había presentado sólo un candidato, o en los distritos corrientes, en que no se presentó ningún candidato laborista. Muchos de estos liberales habían prometido defender determinadas medidas propuestas por el partido laborista, especialmente la anulación de la sentencia de Taff Vale. Los dos partidos defendían el librecambio, la autonomía de Irlanda, eran contrarios a la situación de los trabajadores chinos en Sudáfrica, y proponía que se resolviese la cuestión de ésta mediante una solución federal que reconciliase a los colonizadores holandeses con les ingleses; y los dos esperaban, y estaban preparados para hacer frente, a la oposición y obstrucción de la Cámara de los Lores. Había mucho que los mantenía unidos, y no mucho, en cuanto a política práctica, que los separase, en vista del hecho de que el Partido Laborista no se había declarado socialista, y no había acudido a las elecciones con un programa socialista. La mayoría de los laboristas elegidos pertenecían a los sindicatos obreros, y la mayor parte de ellos, sin duda, eran socialistas de uno u otro tipo, pero muchos de ellos no muy lejos todavía de las características de los *Lib-Labs,* sobre todo los representantes de los mineros.

En el primer año del Parlamento el Partido Laborista consiguió dos éxitos notables. Pudo obligar a los liberales a retirar las medidas de transacción que habían acordado acerca de la sentencia de Taff Vale, y aprobar una ley sobre conflictos de trabajo que accedía completamente a las demandas de los sindicatos obreros; y convenció a la Cámara de los Comunes para que aprobase el proyecto de ley de F. W. Jowett facultando a las autoridades locales para que, si querían, proporcionasen "comida en la escuela a los niños necesitados". El triunfo referente a

la sentencia de Taff Vale fue debido a los ofrecimientos hechos por la mayoría de los candidatos liberales durante las elecciones, ofrecimientos que el gobierno comprendió que no podía anular. La Ley de Jowett fue aprobada porque no obligaba, sino únicamente permitía. Después de estos triunfos iniciales, el Partido Laborista, que había adoptado oficialmente este nombre después de las elecciones, halló que su papel prácticamente se limitaba a apoyar las medidas del gobierno liberal, que comprendían muchas reformas sociales: una ley que mejoraba lo referente a indemnizaciones percibidas por los obreros, juntas que se ocupaban de los trabajos en que se explotaba a los obreros, inspección médica para los niños de las escuelas, pensiones para los ancianos a condición de que no contasen con medios de vida, la jornada de ocho horas y mejora en las normas referentes a la seguridad dentro de las minas de carbón, creación de bolsas de trabajo, etc., como también la Federación de Sudáfrica y pago a los miembros del Parlamento. También apoyó poco después a Lloyd George en su famoso presupuesto de 1909, que incluía el impuesto sobre la tierra, y en la lucha que siguió con la Cámara de los Lores. Además era inminente la batalla acerca de la autonomía de Irlanda, en la cual tendría que ponerse al lado del gobierno.

Aparte de estos factores que contribuían a que los laboristas apoyasen al gobierno, no había en el Parlamento asuntos urgentes que dividiesen a los dos partidos; pero había un fuerte sentimiento socialista contrario a la política de cooperación de liberales y laboristas. El Partido Laborista en gran medida fue creado por el Partido Laborista Independiente de Keir Hardie, que se había abierto camino principalmente censurando a los liberales y pidiendo a los obreros que cortasen sus relaciones con ellos, y que formasen un partido propio independiente; y era natural que se resistiese a aceptar como realización de este propósito un partido que apenas hacía nada más que aumentar la mayoría liberal. Además, pronto surgieron conflictos en la elecciones parciales. Los liberales vencedores no estaban inclinados a ceder más puestos a los laboristas renunciando a presentar candidatos propios; y los jefes del Partido Laborista no querían poner en peligro los puestos que ya tenían, oponiéndose a la ayuda liberal. Cuando el Partido Laborista tomó parte en luchas de tres candidatos, en general obtuvo malos resultados, mientras que en lucha con un solo candidato conservador triunfaron dos *Lib-Labs* mineros. En un caso, un laborista, Pete Curran, del sindicato de obreros del gas y del Partido Laborista Independiente, triunfó en Jarrow, como resultado de una lucha entre cuatro candidatos, en contra de un liberal, un conservador y un nacionalista irlandés contrarios. En Leicester, cuando el antiguo *Lib-Lab,* Henry Broadhurst murió en 1907, su puesto, en este distrito de dos representantes, lo ganó un liberal sin oposición laborista, probablemente porque el haber luchado allí contra

los liberales hubiese puesto en peligro el otro puesto ocupado por James Ramsay MacDonald. Sin duda, la elección parcial más importante de aquel año fue la de Coiné Valley, en Yorkshire, en donde un joven socialista independiente, Victor Grayson (1881-?), luchó sin la aprobación oficial del partido, y fue elegido sobre todo por defender un tratamiento mejor para los parados, pero también con un programa socialista amplio y agresivo.

Ésta fue, en realidad, una lucha muy significativa. El problema del desempleo, que no había sido grave en 1906, empeoró mucho en el año siguiente; y los esfuerzos de Keir Hardie y de otros laboristas del Parlamento para obligar al gobierno a que actuase, tuvieron poco éxito. El Partido Laborista tenía su proyecto de ley referente al derecho al trabajo, pero no halló facilidades para que fuese aprobado; la opinión socialista del ala izquierda se basó en este punto para acusar al partido de negligencia en la defensa de las demandas obreras. Grayson fue designado en Coiné Valley contra el deseo de los jefes del Partido Laborista Independiente, como también contra el de los demás jefes del partido. Era un joven estudiante de teología, de 25 años de edad, con grandes dotes de orador y una personalidad atractiva, pero sin mucha firmeza o carácter. Pertenecía' al Partido Laborista Independiente, pero se había revelado contra sus jefes. De los miembros parlamentarios más eminentes del Partido Laborista Independiente sólo Philip Snowden fue a Coiné Valley para apoyarlo. Cuando fue elegido como candidato "laborista y socialista", en seguida surgió un conflicto acerca de su situación en el Parlamento. Se negó a firmar la "promesa del partido", la cual le hubiese obligado a votar conforme decidiese la mayoría parlamentaria del partido, y a causa de esto no fue reconocido; y a continuación se condujo en contra de las normas de la Cámara pidiendo escandalosamente que se diese prioridad al examen de las reclamaciones de los desempleados. Suspendido en sus derechos por el resto de la legislatura, quedó en libertad para recorrer el país hablando en contra del sometimiento del Partido Laborista a los liberales.

En aquel momento la Cámara de los Lores, en su capacidad de tribunal de justicia, perjudicó gravemente al Partido Laborista decidiendo en la sentencia Osborne que los sindicatos obreros no tenían legalmente derecho a actuar en política o a gastar dinero en ella. Esta decisión legal trastornó la base de las finanzas del Partido Laborista, y también las de la Federación de Mineros, que tenía un grupo parlamentario aparte. Como aún no estaba en vigor el pago a los miembros del Parlamento, los laboristas que tenían asiento en el Parlamento se veían amenazados de un desastre; y era indudable que el partido se hallaría en mala situación cuando tuviese que luchar en unas elecciones generales. Uno de los resultados de la sentencia Osborne fue que la Fede-

ración de Mineros se unió al Partido Laborista a fin de luchar por su anulación; pero el problema era grave. Los sindicatos obreros de hecho habían estado gastando dinero en actividades políticas durante muchos años, sin que se hubiese puesto en duda su derecho a hacerlo. La decisión de los Lores, que se basaba en una interpretación estrecha de las facultades concedidas por las leyes referentes a los sindicatos obreros, pero también en parte en la opinión de los jueces de que la acción política de los sindicatos obreros era contraria al interés público —opinión basada en parte en la existencia de la "promesa del partido", por considerarla incompatible con los deberes que los representantes parlamentarios tenían con sus lectores— fue una sorpresa para el Partido Laborista y para los sindicatos obreros. La "promesa del partido" fue oficialmente abolida; pero con esto no mejoró la situación, pues la sentencia siguió en pie. Entonces en 1910, la disputa acerca del presupuesto de Lloyd George llevó al Partido Laborista en un mismo año a dos sucesivas elecciones generales, en las cuales luchó en condiciones que lo imposibilitaban económicamente para contender en muchos distritos y lo obligaban a tratar de atraerse el apoyo liberal a fin de que la sentencia fuese anulada por una ley. La política de colaboración electoral tuvo que ser continuada para que el partido no quedase virtualmente aniquilado; y al mismo tiempo entre los miembros del partido se hada más fuerte el sentimiento contrario.

De estas dos elecciones, el Partido Laborista salió nominalmente más fuerte, porque en 1909 se habían unido a él los mineros; pero en realidad un poco debilitado por la pérdida de algunos, pocos, puestos en el Parlamento y en una situación financiera muy difícil. El pago a los miembros del Parlamento, establecido en 1911, hizo más llevaderas estas dificultades, pero no acabó con ellas. En un respecto la posición del Partido Laborista debía haber quedado reforzada; porque los liberales habían perdido un número suficiente de puestos para hacerles depender en el futuro del apoyo de los laboristas y de los irlandeses; pero, en la práctica, esto no hizo más que aumentar la situación de dependencia del Partido Laborista; porque no podía dejar que el gobierno liberal fuese derrotado hasta que se aprobara la ley que anulase la sentencia Osborne, y también estaba obligado a apoyar la legislación que limitase los poderes de la Cámara de los Lores y que concediese la autonomía a Irlanda y, asimismo, la reforma electoral.

En las dos elecciones generales de 1910 el Partido Laborista volvió a luchar aliado, aunque no oficialmente, con los liberales. De los 40 miembros del Parlamento que triunfaron en enero, 39 no tuvieron adversarios liberales, y el otro restante tuvo a uno que era liberal, pero no oficialmente. En diciembre, de los 42 elegidos, 3 no tuvieron oposición y los otros 39 encontraron sólo oposición conservadora. Todo candidato

laborista o socialista, lo fuese oficialmente o no, que tomó parte en luchas de tres candidatos, fue derrotado. Victor Grayson perdió su puesto en enero y no le sustituyó ningún representante de la política de izquierda. Mientras continuó la lucha con la Cámara de los Lores, fue imposible proponer otras reformas; y el descontento con la actuación del Partido Laborista y con el alza de precios tuvo que manifestarse fuera del Parlamento. Esto afectó especialmente al Partido Laborista Independiente, muchos de cuyos miembros estaban contrariados por no haber conseguido convertir al Partido Laborista en una organización decididamente socialista. Estos descontentos empezaron a cooperar con el Partido Social-Demócrata, nuevo nombre adoptado en 1908 por la Federación Social-Demócrata. Los partidarios de *The Clarion* también estaban inquietos. En 1909 estos elementos formaron en Manchester un Comité de Representación Socialista e iniciaron una campaña en favor de la Unidad Socialista. Organizaciones análogas fueron creadas en otras poblaciones; y en 1911 un congreso de unidad socialista creó el Partido Socialista Inglés, formado por todo el Partido Social Demócrata, por la mayoría del grupo del *The Clarion,* dirigido por Blatchford, y por un número importante del Partido Laborista Independiente. De hecho, lo que sucedió fue que el Partido Social-Demócrata absorbió a los otros, porque Blatchford pronto rompió con la nueva organización y empezó su campaña en favor del rearme en contra de Alemania, y al grupo procedente del Partido Laborista Independiente le faltaba un jefe capaz. La nueva línea seguida por Blatchford, que él expuso en una serie de artículos alarmistas publicados en el *Daily Mail y* que después circularon mucho en un folleto, suponía un franco rompimiento con el ala izquierda, y acabó con la influencia de *The Clarion* dentro del movimiento laborista; y el Partido Socialista Británico en seguida quedó dividido a causa de las nuevas cuestiones planteadas por las declaraciones de huelgas y el malestar obrero que coincidieron con su fundación.

Durante estos años, la Sociedad Fabiana también pasó por un período de crisis. H. G. Wells, que había ingresado en ella en 1903, empezó antes de las elecciones generales de 1906 a pedir una nueva política. Quería que la sociedad hiciese un esfuerzo máximo para conseguir un gran número de miembros, para reorganizar sus ramas locales por todo el país y para presentarse como apóstol de un nuevo socialismo científico basado en la asimilación de las lecciones de la ciencia moderna y en su aplicación a la solución de los problemas sociales. En 1905, publicó *A Modern Utopia,* en la cual expuso la concepción de una orden de "Samurais" que se constituirían en organizadores y tutores de la humanidad; y parece que durante algún tiempo tuvo la esperanza de convertir a la Sociedad Fabiana en esa orden, bajo su jefatura. En algunos respectos sus ideas eran análogas a las de Shaw, que era tam-

bien defensor de un gobierno de competentes y también a las del matrimonio Webb. Pero la campaña de Wells iba dirigida a desplazar al grupo de los antiguos fabianos para sustituirlos por un nuevo grupo de dirigentes, y se produjo un conflicto de personalidades. Wells tomó la iniciativa con un escrito sobre *The Faults of the Fabián y* después de esto consiguió el nombramiento de un comité especial que estudiase la reforma de las bases y la política de la Sociedad. Algunas de sus propuestas fueron aceptadas, incluyendo el desarrollo de sociedades locales; y como el proyecto se dio a conocer en el momento en que las victorias laboristas en 1906 habían despertado el interés por el socialismo, el número de fabianos aumentó rápidamente tanto en la organización nacional como en las locales; pero gran parte del plan de Wells era sencillamente impracticable. Wells quería que la Sociedad fundase un periódico de gran circulación, que se constituyese en una gran editorial de libros y folletos, y que emprendiese una campaña organizadora, que estaba fuera del alcance de sus medios financieros. Era un mal orador, y esto favoreció la formación de un círculo, en los debates, que apoyaba a Shaw. Poco después se cansó de una campaña en la cual claramente se veía que no lograba más que una pequeña parte de sus propósitos, y se marchó de la Sociedad Fabiana cuando ésta todavía se hallaba discutiendo sus propuestas. En realidad el grupo de los antiguos había tenido cuidado en no llevarle a una votación decisiva. Constantemente había preferido aceptar algunas de sus propuestas, y sobre otras aplazar una decisión última, y después desvirtuar las que adoptaba modificando su ejecución. En muchos puntos, el grupo de los antiguos fue ayudado por la vaguedad de muchos de los proyectos de Wells y por sus frecuentes cambios de frente. Cuando su jefe se sacudió de sus pies el polvo del fabianismo, el partido de Wells se desintegró en seguida, y su lugar fue ocupado por un nuevo movimiento de reforma del fabianismo, que no tuvo más éxito que el anterior. Una de las propuestas de Wells fue que la Sociedad, habiendo "organizado sus propias ramas locales, se convirtiera en un partido socialista y presentara sus propios candidatos en las elecciones para el Parlamento; y se había hablado de un "partido socialista de la clase media", que hubiese convertido a las clases medias al socialismo como un evangelio de eficiencia y de gobierno científico ordenado. Los nuevos reformistas fabianos, que ocuparon el lugar de Wells, insistían, por otra parte, en que la Sociedad debía deshacerse de sus adeptos *Lib-Lab,* algunos de los cuales ocupaban sitios en el Parlamento como liberales; en que debía identificarse completamente con el Partido Laborista; y en que debía renunciar por completo a la técnica fabiana de infiltración.

Estas dos rebeliones fabianas, aunque fueron derrotadas, dejaron una gran huella en la Sociedad. El ingreso y actuación de Wells

aumentó el número de sus miembros; y el segundo grupo de reformistas hizo mucho para desarrollar una colaboración más estrecha entre ella y el Partido Laborista Independiente, especialmente en el campo de gobierno local y en el de la labor de educación socialista. Un Comité unido del Partido Laborista Independiente y de la Sociedad Fabiana emprendió algunos trabajos en estos campos y contribuyó a difundir las ideas y la política fabianas dentro del movimiento laborista: de tal modo que se abrigó la ilusión de que los fabianos habían sido desde el principio los inspiradores principales de la política del Partido Laborista Independiente, lo cual estaba lejos de ser verdad. Es indudable que los *Ensayos fabianos y* los *Folletos fabianos y* también los conferenciantes ambulantes enviados por la sociedad con el Patronato Hutchinson, habían ejercido un influjo importante proporcionando a los socialistas ingleses hechos, números y propuestas, y apartándoles del marxismo dogmático y de la idea de una revolución, orientándolos hacia doctrinas gradualistas y hacia la defensa de la ampliación de las empresas públicas bajo los auspicios del Estado existente y de los órganos del gobierno local; pero la idea de gradualismo estaba implícita desde el principio en toda la política del Partido Laborista Independiente. No fue la Sociedad Fabiana, sino el "nuevo sindicalismo" el que enseñó al Partido Laborista Independiente a considerar de principal importancia el salario mínimo, la jornada de ocho horas y el derecho al trabajo. Aún menos fue la Sociedad Fabiana la que inculcó en el Partido Laborista Independiente su fuerte insistencia ética en los derechos de los más miserables. Tanto Blatchford como Hardie hicieron mucho más que Wells o Shaw para dar al Partido Laborista Independiente su fuerte carácter humanitario. En esta etapa los fabianos eran apóstoles más bien de la eficiencia que del amor fraternal, y se inclinaban a considerar a los Blatchfords y a los Hardies como unos sentimentalistas alocados. Sólo más tarde, y sobre todo bajo la influencia de Beatrice Webb, que tuvo muy poca participación en el trabajo de la sociedad antes de 1909, aparecieron los fabianos como los principales proponentes del "Nivel mínimo nacional de vida civilizada".

Herbert George Wells (1866-1946) sobresalió sobre todo como novelista; pero también tuvo mucha importancia en los primeros años del siglo xx como divulgador de las ideas socialistas. Como novelista sobresalió principalmente al describir con penetración basada en su experiencia personal la vida y el pensamiento de gentes nacidas en la clase media inferior, a la cual había pertenecido él mismo, y especialmente de los que se abrieron camino hacia la enseñanza superior a través de politécnicos, colegios técnicos y otras instuticiones en las cuales las ciencias naturales servían de base. Aunque en sus últimos años escribió mucho acerca de los ricos y triunfadores, nunca se sintió tan a gusto

entre ellos; y su descripción de la *high Ufe* siempre tiene huellas de su primera crianza con su madre, que fue ama de llaves de una gran mansión en el sur de Inglaterra. Tampoco entendió nunca realmente a la clase obrera ni al movimiento sindicalista. Poseía un talento notable para las novelas cortas y largas, que tenían como tema central alguna maravilla científica, como *The Invisible Man o The Food the Gods.* En su manera de concebir el socialismo estaba dominado por la idea de una sociedad bien ordenada que pondría fin a los desgastes inútiles y a los fracasos que él había visto acosar al hombre corriente. Sentía una simpatía profunda por los hombres corrientes maltratados y fastidiados por una sociedad compleja, que su educación no le permitía comprender; y esto le despertó el entusiasmo por la instrucción popular, -que encontró expresión en obras como *The Outline of History* y *The Science of Life.* Esto lo llevó también a exaltar el papel de una orden de dirigentes, organizadores y educadores devotos, que enderezaría el mun-<k>, no estableciendo una especie de dictadura, sino haciéndolo un lugar más agradable para el hombre corriente, con todos sus caprichos y rarezas, que él podía describir con tanta amenidad y a la vez con tanta comprensión. La pasión por el orden que aparece a lo largo de sus escritos contrasta curiosamente con el desorden de su propio espíritu y de su conducta. Era muy poco capaz de cooperar con ningún grupo: siempre se exasperaba con sus colegas y se lanzaba lleno de esperanzas a trazar nuevos planes. Sin embargo, en sus momentos mejores fue extraordinariamente influyente como formador de socialistas. Su gran período va desde 1896 (cuando creó a su héroe, el "hombre corriente", en la excelente comedia *The Wheels, of Chance,* escrita cuando llegó al máximo la moda de ir al campo en bicicleta) a 1911, cuando publicó *The* New *Machiavelli,* que contiene con gran cantidad de escoria su mal intencionada, pero divertida sátira de Sidney y Beatrice Webb. Durante estos años escribió su serie principal de estudios socialistas científicos, desde *Anticipations* (1901), *Mankind in the Máking* (1903) y *A Modern Utopia* (1905), hasta New *Worlds for Oíd* (1908), que fue sin duda la labor más influyente de propaganda socialista en la Gran Bretaña desde la *Merrie England* de Blatchford; y durante el mismo período escribió sus mejores novelas sociales: *Love and Mr. Levñsham* O900), *Kipps* (1905), Tono-Bwwgay (1909) y, la mejor de todas, *The History of Mr. Polly* (1910). Un nuevo período mucho menos socialista, pero dedicado todavía a la idea de un orden mundial, empezó con *The Outline of History* (1920), y continuó con una incesante serie de narraciones y de estudios pedagógicos hasta su muerte. A estos últimos años pertenece su otra novela "utópica" *The Shape of Things to Come* (1933), y su revelador *Experiment in Autobiography* (1934). Sus ideas pedagógicas se hallan expuestas principalmente en *Joan and Peter*

(1918), pero aparecen en gran parte de su obra. Uno de los mejores de sus escritos breves es el folleto fabiano *This Misery of Boots* (1907), en el cual pone de manifiesto el despilfarro y la pérdida que implica la producción capitalista en competencia. Fue editado muchas veces, y constituyó una de sus contribuciones más influyentes en la propaganda socialista.

Las mejores obras de Wells aparecieron cuando un gran número de jóvenes de la clase media se inclinaban al socialismo como resultado de la difusión de la enseñanza superior, sobre todo mediante las clases nocturnas. Él sabía muy bien cómo había de dirigirse a su público, y hasta cierto punto, su influencia sobre él puede compararse con la de Blatchford en el público de la década de 1890. Blatchford, sin embargo, aunque también influyó en muchos lectores que pertenecían a la clase media, escribió sobre todo para los obreros más inteligentes, mientras que Wells, aunque llegó a muchos obreros, atrajo principalmente a los empleados de oficina y a las clases más instruidas que leían tanto sus novelas como sus folletos. Además, Wells era sobre todo un escritor de libros, y no un periodista: necesitaba espacio para extenderse, y no tenía talento especial para los artículos breves, aunque sí mucho para las novelas cortas. Excepto su breve intervención en la política fabiana, no tomó parte en el movimiento organizado, socialista o laborista; se movió en torno de él, pero era demasiado individualista para prestarse a servir en una organización.

El duelo que se produjo en la Sociedad Fabiana entre Wells y Bernard Shaw fue un asunto curioso, porque consistió en un choque de personalidades mucho más que de ideas. Lo que h'zo Shaw no fue tanto mantener un principio como defender a los Webb contra su atacante. El primer ataque de Wells en su escrito acerca de *The Faults of the Fabián,* estaba dedicado principalmente a criticar a la Sociedad Fabiana por conformarse con continuar su pequeña obra, sin hacerse propaganda ni tratar de atraer a muchos miembros. "Haced socialistas y realizaréis el socialismo: no hay otro plan", exclamaba; y el "grupo de los antiguos", lejos de rechazar sus proyectos, no solamente se dispuso a aumentar el número de miembros y a establecer sociedades fabianas locales, sino que apoyó la idea de crear un "Partido Socialista de la clase media", probablemente por completo distinto del Partido Laborista, al cual estaba afiliada la Sociedad Fabiana. Nunca más volvió a hablarse de esta propuesta cuando todo el episodio terminó con la retirada de Wells de la sociedad en 1909.

Durante estos años la Sociedad Fabiana, aparte de sus batallas internas, no hizo mucho, especialmente porque su espíritu más activo, Sidney Webb, había dedicado casi toda su atención a los asuntos del Consejo del Condado de Londres y a trabajar con Beatrice Webb en

la preparación del material para el informe de la minoría de la comisión de Ley de beneficencia que había sido establecida en 1905. Este famoso informe, que apareció en 1909, contenía un amplio plan de seguro social que había sido elaborado por el matrimonio Webb como un ensayo práctico de "infiltración". Estaba firmado por Beatrice Webb, por los dos representantes laboristas de la comisión: George Lansbury y F. W. Chandler, secretario de la asociación de carpinteros, y por H. Russell Wakefield, entonces un prebendado de la catedral de San Pablo y más tarde obispo de Birmingham. A fin de hacer campaña en favor de sus propuestas, el matrimonio Webb creó una organización especial, llamada primero el "Comité nacional para promover la derogación de las leyes de beneficencia" y después el "Comité nacional para evitar la indigencia", al cual atrajeron a un gran número de partidarios tanto socialistas como no socialistas, incluyendo a muchos miembros activos de los gobiernos locales. Su propuesta principal era que las leyes de beneficencia, y con ellas la mancha que iba unida al estado legal de indigente, debían ser derogadas, y que las funciones de las "juntas de patronos o guardianes", establecidas por primera vez en 1834, transferidas a los consejos municipales y de condado y fusionadas con los servicios de sanidad y otros que ya estaban en manos de estas autoridades. A base de esto el informe proponía que se creara una amplia serie de servicios sociales para cuidar de los enfermos, de los inválidos, de los ancianos, de los niños y de los que no podían encontrar trabajo. Todos estos servicios debían ser organizados de manera que no llevasen consigo la descalificación de los que los recibiesen respecto a los derechos políticos o sociales; serían considerados como servicios que la comunidad debía a sus miembros como un derecho, y debían estar controlados democráticamente por las autoridades locales electivas y financiados por los fondos públicos, en parte locales y en parte proporcionados por el Ministerio de Hacienda. Con respecto al desempleo, el informe proponía que se proporcionase manutención a los que no tuviesen trabajo, teniendo las autoridades derecho para insistir en determinados casos en suspenderla a cambio de ofrecer trabajo, y que, a fin de reducir el desempleo cíclico, el gobierno y otras corporaciones públicas debían trazar un plan de ejecución de obras públicas a fin de limitarlas en los años buenos y aumentarlas cuando la situación fuese mala.

El informe de la mayoría de la comisión también proponía reformas importantes, pero quedaban muy lejos del ambicioso plan de la minoría. En realidad, el informe de la minoría de la Comisión de ley de beneficencia hace época: es la primera elaboración completa de la concepción y política de "Estado benefactor", más amplio, porque abarca un campo más extenso, que el informe Beveridge de 1942, que en muchos puntos reproduce sus ideas. La diferencia esencial entre los dos es que desde

el uno hasta el otro, la Gran Bretaña de hecho desarrolló un amplio plan de seguridad social basado en el principio de contribución obligatoria al seguro, que el informe de la minoría rechazó en favor de un plan costeado completamente por un impuesto general. Esta cuestión de principio llegó casi inmediatamente al momento decisivo cuando Lloyd George, imitando la legislación social alemana de Bismarck, introdujo el proyecto de seguro nacional de 1911, y logró que fuese aprobado frente a todos los esfuerzos que hicieron los partidarios del informe de la minoría para evitar que pasase.

Inmediatamente, los esfuerzos del matrimonio Webb tuvieron gran éxito. Publicaron una edición barata del informe, que se vendió mucho; y su Comité Nacional fundó un periódico *The Crusade,* dirigido por Clifford Sharp (1883-1935), que fue el antecesor del *New Statesman* fundado por ellos, también con Sharp como director en 1912. El Comité Nacional también publicó un gran número de folletos y de informes especiales; y una gran parte de la actividad de los dirigentes fabianos pasó a él. Él presidente de la Junta de Gobierno Local bajo los liberales fue el antiguo socialista, John Burns; y se tenía la esperanza de que apoyaría el proyecto del matrimonio Webb. Pero sucedió que bajo la influencia de sus empleados, se opuso a él enérgicamente, y una viva lucha se produjo entre él y el matrimonio Webb. Burns, que entonces se ocupaba principalmente de su ley de planificación de las viviendas y de las ciudades de 1909 (que fue el comienzo de la legislación moderna sobre planificación de las ciudades), sostenía que las partes aceptables del proyecto Webb podían ser en gran parte realizadas, y con gastos moderados, mejorando la ejecución de la ley existente; y también favoreció el seguro obligatorio contra el financiamiento de los servicios de seguro social enteramente o casi enteramente mediante un impuesto general. A pesar del gran apoyo que el matrimonio Webb consiguió que recibiese el comité nacional, el gobierno liberal no quiso tener nada que ver con su proyecto, que era demasiado socialista y también demasiado caro, a su manera de ver. En lugar de ello, empezó a trabajar en la preparación de un proyecto de seguro referente a sanidad unido a un plan experimental de seguro contra el desempleo limitado a unas pocas industrias elegidas; y cuando estos proyectos llegaron a regir mediante la ley de seguro nacional de 1911, quedó claro que el proyecto Webb había sido derrotado, al menos por el momento.

El proyecto de seguro nacional de Lloyd George del que entonces se dijo con frecuencia que había "atrapado a los Webb", dividió profundamente a los laboristas. Conforme a él, los sindicatos obreros, como las sociedades mutualistas y las compañías capitalistas de seguro, podían establecer secciones reconocidas de las sociedades para administrar los beneficios proporcionados, recibiendo subvenciones para cubrir los gastos

de administración. Muchos sindicatos obreros vieron en esto una posibilidad de extender su influencia y de aumentar el número de sus miembros y, por lo tanto, apoyaron el plan. Los sindicatos obreros de las industrias seleccionados fueron encargados, con un arreglo semejante, de administrar los fondos para los desempleados, y a los sindicatos de otros oficios se les ofrecieron subsidios para sus fondos destinados a los sin trabajo.

De este modo, la mayor parte de la opinión de los sindicatos apoyó las propuestas del gobierno. Por otra parte, la mayoría de los socialistas las censuraron, y a ella se unieron algunos liberales, dirigidos por Hilaire Belloc (1870-1953), quien vio en las deducciones obligatorias por los patronos como agentes del gobierno, sobre los jornales, un paso peligroso en la dirección de un "estado servil". El libro de Belloc *The Servilé State* (1912) fue una elaboración de los argumentos que había empleado en contra del proyecto de Lloyd George. Sostenía que en principio era equivocado que el Estado convirtiese a los patronos en agentes suyos para obligar a los obreros a contribuir con parte de sus salarios al pago de un servicio esencial público. El resultado sería dar al patrono un derecho disciplinario sobre el obrero, y este primer paso fácilmente podía ser empleado como base para un sistema general de reglamentación de los obreros por el Estado y de imponer que los trabajadores estuviesen bajo el control de los patronos. Entre los socialistas, Philip Snowden fue a la cabeza de la oposición en el Parlamento contra el proyecto de Lloyd George; la Sociedad Fabiana intervino en la lucha con un folleto sobre *El proyecto de seguro y los trabajadores,* en el cual insistía en que no se cobrase a los obreros para los fines del seguro. George Lansbury y sus partidarios del este de Londres también tomaron parte muy activa en la oposición; y varios socialistas independientes lucharon en elecciones parciales sobre todo basándose en el problema del seguro social. Pero ante la gran proporción de ayuda que dieron al proyecto los directivos de los sindicatos obreros, la oposición estaba llamada a ser inútil. El Comité nacional para evitar la indigencia duró hasta después de que estalló la Guerra Mundial; pero poco a poco fue perdiendo importancia, y el matrimonio Webb dedicó sus energías sobre todo a fundar la revista *New Statesman* como un periódico de la opinión socialista culta, y a establecer un departamento fabiano de investigación a través del cual se lanzaron a una ambiciosa investigación acerca del Control de la Industria. Sin embargo, la narración de estas actividades corresponde más bien hacerla en un capítulo posterior; porque van estrechamente unidas al gran malestar obrero, que, de 1910 en adelante, puso al movimiento socialista inglés frente a una situación nueva, tanto en la esfera de la práctica diaria como en la de las ideas socialistas.

### (ii) EL SOCIALISMO FABIANO: EL MATRIMONIO WEBB, SHAW Y WALLAS

En el capítulo anterior ya se ha dicho algo acerca de la nueva política del socialismo gradualista que fue iniciada por Sidney Webb, Bernard Shaw y sus colaboradores en los *Fabián Essays.* Ha llegado el momento en que es necesario tratar de estudiar de manera más completa la obra del matrimonio Webb y de Shaw en el terreno del pensamiento socialista. La colaboración de estas tres personas muy diferentes fue en realidad algo notable. Los dos Webb, aunque trabajaron estrechamente unidos durante muchos años, abordaban de manera muy diferente los problemas sociales; y Shaw, aunque tenía gran fe en ellos y congeniaba con los dos, no obstante, era, por temperamento, aún más distinto en cuanto a su tipo de mentalidad. La primera idea de Sidney Webb, al estudiar cualquier cuestión, era hallar una solución realizable desde el punto de vista administrativo; y aparte de algunas, muy pocas, ideas esencialmente sencillas, no se preocupaba por una filosofía básica. Estaba completamente convencido de que la marcha de los acontecimientos en el mundo moderno se dirigía hacia el socialismo, y que esta tendencia continuaría: de tal modo que no veía la necesidad de oponerse revolucionariamente al curso general del desarrollo. Consideraba que su tarea era más bien la de acelerar una tendencia que consideraba como irresistible, pero capaz de ser acelerada o retardada y de ser dirigida para bien o para mal. Tenía lo que a veces se llama la mentalidad de un "funcionario público o burócrata" (civil *service mind),* es decir, el hábito de traducir toda idea en forma del mecanismo necesario para llevarla a efecto; y, supuesta esa tendencia, por lo demás no se veía afectado por dudas o vacilaciones espirituales. Esto no quiere decir que no tuviese en cuenta a los demás; por el contrario, era capaz de tratarlos con gran paciencia, cuando veía la posibilidad de utilizarlos para que sirviesen a sus fines. Sin embargo, le impacientaban los soñadores, y no le interesaban las teorías que no pudiera traducirse en proyectos prácticos.

Beatrice Webb tenía mucho más de filósofo que él. En realidad, empezó más como socióloga que como socialista, y en sus primeros escritos se ocupa más de criticar las inexactitudes de la economía ortodoxa y de la sociología de Spencer que de un evangelio que mejorase los males sociales. Insistía mucho en que la economía, como una ciencia abstracta, proporcionaba una visión limitada de los problemas sociales, y era necesario integrarla en una "ciencia social" más amplia, que tendría en cuenta de manera completa los factores no económicos de la conducta humana. Además, mientras que Sidney Webb pensaba instintivamente en la acción del Estado y del municipio y en la administración pública, Beatrice Potter, incluso después de haber llegado a ser

Mrs. Webb, instintivamente daba mucha más importancia a la acción y organización no gubernamental. Lo demostró en su primer estudio titulado *The Co-operative Movement in Great Britain* (1891), escrito antes de casarse; e hizo que Sidney Webb trabajase con ella en sus estudios sobre los sindicatos obreros *The History of Trade Unionism,* (1884), *Industrial Democracy* (1897), y en su obra posterior sobre las cooperativas *The Consumers' Co-operative Movement* (1921). Los numerosos estudios sobre la historia del gobierno local que publicaron juntos, fueron resultado de intereses convergentes; porque mientras Sidney Webb consideraba al gobierno local democrático como base necesaria para una estructura socialista de la administración pública, ella tendía a considerarlo como un puente entre la esfera pública y la privada de acción social.

En algunos respectos, Beatrice Webb era menos afable que Sidney. Procedente de la clase más elevada de los negociantes capitalistas (su padre era un financiero de importancia y presidente del consejo de administración de un ferrocarril, mientras que Sidney pertenecía a la clase inferior de los intelectuales profesionistas), ella tenía una gran arrogancia nativa, y podía llegar a tratar con una rudeza desconcertante a quienes rechazaba por estúpidos. En cambio, Sidney no tenía nada de arrogante y podía soportar más fácilmente a los tontos. Beatrice en la práctica se dominaba ante ellos, salvo en ciertos momentos, pero su esfuerzo se hacía visible con frecuencia.

Shaw, atraído por Webb, quedó milagrosamente sujeto a él, y aceptó la colaboración de Beatrice casi con la misma cordialidad. Sin embargo, su actitud permaneció siempre esencialmente distinta a la de ellos. Consideró al socialismo sobre todo, no como un problema de administración social ni como el de adaptar la sociedad a las necesidades de los seres humanos, sino más bien como una cuestión de eficiencia y de utilidad. Webb estaba interesado en la administración, pero insistía en que los administradores tenían que trabajar bajo la saludable disciplina de un control democrático. A Shaw, fundamentalmente, no le interesaba nada la democracia: quería que las cosas fuesen hechas por expertos, no meramente como administradores, sino como autores de una política, y se inclinaba a admirar a los dictadores con la condición de que dejasen las manos libres a los expertos. No obstante, en el socialismo de Shaw había un segundo estrato: un todo o nada que estaba muy lejos del experimentalismo práctico de los dos Webb. Esto se puso de manifiesto en la insistencia de Shaw en que el único principio que debiera permitirse para la distribución de los ingresos en una sociedad socialista, fuese una igualdad absoluta, que implicaba un divorcio completo del ingreso de cualquier forma de remuneración por los servicios prestados, y una confianza absoluta en estímulos no económicos para conseguir que fuese

realizado el trabajo necesario. Shaw no proponía esto como medida inmediata, porque también él había aprendido a ser un gradualista; pero por lo que respecta a la teoría socialista, hasta que se convirtió a la desigualdad stalinista, fue en esto completamente intransigente. Inmediatamente deseaba atacar los ingresos no ganados, a todos los cuales los designaba de manera amplia como "renta", y, mediante la apropiación de este sobrante esencial, transferir los medios de producción a la propiedad pública; pero nunca formuló realmente ningún plan para realizar la labor de la sociedad durante el período de transición, cuando la renta hubiese sido socializada, sin que hubiese llegado todavía el momento de llevar a la práctica el sistema de ingresos iguales, separado de toda conexión con los servicios productivos. De hecho apoyaba la demanda del matrimonio Webb en favor de un nivel mínimo nacional de vida civilizada, como una etapa de transición; pero la transición le interesaba mucho menos que al matrimonio Webb, y nunca lo consideró como un problema de educación social para la democracia, lo cual estaba en primer término en el pensamiento de Sidney Webb.

En realidad, Shaw, como muchos socialistas anteriores a él, tenía una opinión exagerada de los beneficios económicos inmediatos que habrían de derivarse de la confiscación de la "renta" y de la transferencia de los medios de producción a la propiedad y control públicos. Creía que el sistema capitalista era, no sólo la causa de una indisculpable producción insuficiente, sino también de un gasto enorme debido a la producción de cosas no necesarias y al consumo inútil de los ricos. Le parecía que, si la "renta" fuese socializada y empleada en equipar de nuevo a las industrias y a los servicios en beneficio de todo el mundo, no habría dificultad para producir lo bastante, a fin de que todos recibiesen los medios necesarios para una buena vida. Por consiguiente, prestaba poca atención a los problemas que implican el organizar la producción bajo las nuevas condiciones. Hasta tal punto daba por supuesto que la socialización pondría fin a la escasez, que el problema de hallar nuevos estímulos para el esfuerzo no tenía para él ninguna importancia.

En *Industrial Democracy* el matrimonio Webb prestó un servicio sumamente valioso para el desarrollo de los sindicatos obreros, que nunca antes había sido estudiado científicamente como un problema de ingeniería social. Pero siempre estudiaban a los sindicatos obreros desde fuera y sospechando no poco del punto de vista del "productor". Especialmente Beatrice siempre consideraba los problemas obreros desde el punto de vista de los fines del "consumidor". Era sumamente escéptica respecto a las cooperativas de producción por considerarlas sólo como una forma más democrática de participar en los beneficios, pero dominada todavía por el motivo de la ganancia. Todo su entusiasmo lo reservaba para las sociedades cooperativas de consumo, como capaces de expresar

las necesidades de toda la masa de ciudadanos en cuanto consumidores, y no sólo de los intereses de un sector. Vio la necesidad propia del productor en los sindicatos para proteger sus intereses bajo el capitalismo, y tuvo imaginación suficiente para prever que esta protección seguiría siendo necesaria en una sociedad socialista; pero ni a ella ni a Sidney les agradaba nada la idea de que bajo el socialismo se permitiese a los obreros conducir sus industrias bajo una administración elegida por el productor. La democracia obrera significaba para ellos la responsabilidad de los directivos ante todo el pueblo, a través de sus represententes elegidos para el Parlamento, para el gobierno local y para el movimiento de las cooperativas de consumo. En realidad, concebían al Estado sobre todo como una grande y amplia organización de consumidores más bien que como un cuerpo político. La cuestión del "control obrero" les interesó poco, hasta que forzaron a ello los años de malestar obrero anteriores a 1914; entonces su primera reacción, en un folleto titulado *What Syndicalism Means* (1913), fue sumamente desfavorable. Les desagradaban sumamente los aspectos bergsonianos y sorelianos de la doctrina sindicalista francesa, y no eran menos hostiles a toda la filosofía de la acción directa. Pusieron en circulación una frase, de la cual hicieron uso frecuente en sus discusiones con los industrialistas: decían que lo que se necesitaba era "una libertad discretamente regulada": una expresión calculada para enfurecer a los partidarios de la acción directa, quienes les lanzaron la censura de Hilaire Belloc de que lo que realmente buscaban era el "estado servil".

El matrimonio Webb no creía que la mayoría de los obreros quisiesen tomar parte en la gerencia de sus industrias o que se pudiera confiar en que participasen en ella con eficiencia en favor del interés general. Insistían en la necesidad del reconocimiento completo de los sindicatos obreros como agentes de contratación; pero querían que los sindicatos obreros actuasen como organismos disciplinados y no como insurgentes. Sentían gran respeto por los directivos de los sindicatos obreros, e insistían en la necesidad de entrenarlos de manera adecuada para esta labor, especialmente en vista del cambio de técnicas industriales que exigía una reducción de las prácticas tradicionales en los sindicatos obreros. Sidney Webb, especialmente, hacía resaltar este punto en sus obras *The Works Manager To-day* (1917) y *The Restoration of Trade Union Conditions* (1918).

A pesar de la admiración que ellos sentían por la obra que habían realizado las sociedades cooperativas de consumo, veían también el peligro de que el movimiento cooperativo quedase retrasado por no adaptar su mecanismo democrático a las oscilaciones que eran consecuencia necesaria de sus éxitos. En su obra *The Consumers' Co-operative Movement* hicieron muchas propuestas a fin de poner al día los métodos de gobier-

no de las sociedades cooperativas; pero nunca consiguieron que se prestase mucha atención a sus proyectos.

Durante el período anterior a 1914, el matrimonio Webb fue considerado, acaso equivocadamente, como el exponente principal de las virtudes de la nacionalización y municipalización burocráticas. Esto se debió principalmente a que aparecían como los críticos principales de las doctrinas del sindicalismo y del control ejercido por los obreros, y también porque la Sociedad Fabiana, de la cual eran con razón considerados como los jefes durante este período, actuó en defensa de la propiedad pública. Sin embargo, en realidad el matrimonio Webb no tuvo gran participación en este aspecto de la actividad fabiana, que estuvo más estrechamente relacionada con el ingreso de H. G. Wells y con los fabianos jóvenes que en contra del "grupo de los antiguos" pedían una política socialista más agresiva. El matrimonio Webb hasta 1911 estuvo demasiado ocupado con la campaña referente a la ley de beneficencia para poder prestar mucha atención a ningún otro asunto. Después se ocuparon activamente de esta cuestión a través del Comité Fabiano de Investigación acerca del Control de la industria, que se convirtió en eL Departamento de Investigación Fabiano y más tarde laborista. Sin embargo, lejos de abordar este asunto con una preferencia dogmática por la nacionalización de las industrias bajo el control de la administración pública, se afanaron por explorar otras posibles alternativas y, especialmente, dejar un campo lo más amplio posible para empresas municipales o regionales o cooperativas. Tampoco tenían ningún prejuicio en contra del procedimiento de empresas públicas, como Webb lo había mostrado en los casos de la Junta Metropolitana de aguas y la Autoridad del Puerto de Londres, siempre que estas empresas tuviesen en último caso que responder ante un control democrático ejercido por representantes electivos, y tendrían que estar organizadas de modo que se adaptasen a una forma general de planificación económica bajo el control del gobierno. Estas ideas fueron desarrolladas por Sidney Webb en el volumen *How To Pay for the War,* que publicó para la Sociedad Fabiana en 1916.

Al hacer resaltar la necesidad de desarrollar lo más posible las empresas municipales con preferencia a las nacionales, el matrimonio Webb y, en realidad, toda la Sociedad Fabiana se daban cuenta de que la extensión de los territorios de cada gobierno local en muchos casos no era la adecuada para organizar servicios esenciales bajo las condiciones técnicas modernas. La serie de folletos fabianos publicada en 1891, como el *Fabián Municipal Programme,* trataba casi exclusivamente de asuntos de Londres. Incluía propuestas para la municipalización del gas, de los tranvías, del agua, del puerto y de los mercados, como también para adquirir la propiedad de los gremios de la "City" y para refor-

mar el sistema de impuestos, y terminó con un folleto de carácter más general bosquejando de una manera amplia *A Lábour Policy for Public Authorities.* Después, la sociedad publico una serie de folletos que trataban de varios aspectos del gobierno local, algunos referentes a Londres, pero otros refiriéndose a casi todos los tipos de autoridades locales. Entre los asuntos especiales tratados en ellos estaban la municipalización de la venta de bebidas alcohólicas (1898), del abastecimiento de leche (1899), de las casas de préstamo (1899), de los rastros o mataderos (1899), de las panaderías (1900), de los hospitales (1900), de los seguros contra incendios (1901), de las embarcaciones a vapor del Támesis (1901) y del servicio de electricidad (1905), y un folleto de carácter general acerca de *Municipal Trading* (1908), y el volumen de Shaw, *The Commonsense of Municipal Trading* (1904). Frente a esto, hasta 1910, el único folleto en defensa de la nacionalización de un servicio especial, fue *State Railways for Ireland* (1899). Después Emil Davies, el fabiano más entusiasta de la nacionalización, publicó *State Purchase of Railways* (1911) (en el momento de la ley sobre seguros), y en 1913 H. H. Schloesser (más tarde Lord Slesser de la administración de justicia) escribió para la Federación de Mineros un folleto conteniendo el texto de un proyecto para nacionalizar las minas de carbón a base de la administración pública, y C. Ashmore Baker publicó un folleto sobre *Public versus Prívate Electricity Supply* (1913). Esta serie de publicaciones no hacen pensar en una excesiva preferencia por las empresas nacionales en contra de las municipales.

En 1905-6 los fabianos publicaron una serie de folletos con el título de *New Heptarchy,* en la cual tratan de resolver el problema planteado por la insuficiencia de la extensión de un término municipal para la organización de servicios esenciales. En el folleto 125, *Municipalisation by Provinces,* expusieron un plan para constituir unas siete autoridades regionales elegidas con este fin, para encargarlas por etapas de amplias funciones administrativas y para ejercer, con respecto a otras autoridades, un control de inspección sobre las actividades de las autoridades locales inferiores, que pudiera ser necesario coordinar en extensiones mayores. Fue hacia esta época cuando Sidney Webb, a causa de su apoyo a la ley sobre educación de 1903, fue retirado por los "progresistas" de su puesto de influencia capital en el Consejo del Condado de Londres, y cuando Beatrice Webb empezó su obra acerca de la Comisión de Ley de Beneficencia, con el resultado de que sus energías en gran parte se apartaron de la esfera del gobierno local. No desempeñaron ningún papel importante en la lucha entre fabianos que giró alrededor de H. G. Wells, prefiriendo dejar que Shaw se encargase de llevar la mayor parte de la lucha en representación del "grupo de los antiguos". Fue Emil Davies (1875-1950), y no el matrimonio Webb,

quien hasta 1914 defendió principalmente la nacionalización dentro de la Sociedad Fabiana después del episodio de Wells, especialmente en su libro *The Collectivist State in the Making,* titulado más tarde *The State in Business,* que apareció en 1913. Sir Leo Chiozza Money (1870-1944), cuyo libro *Riches and Poverty* (1905) fue una de las obras de propaganda más eficaces durante este período, también contribuyó con sus volúmenes *The Nation's Wealth* (1914) y *The Triumph of Nationalization* (1920). Sólo después de 1918 precisó el matrimonio Webb de una manera completa su concepción de la estructura de la futura sociedad socialista. Esto apareció en su obra *A Constitution for the Socialist Commonwealth of Great Britain* (1920), con su propuesta de que hubiese dos Parlamentos, elegidos ambos democráticamente por toda la masa de electores, uno de ellos dedicado a los asuntos políticos y el otro a los sociales. Unida a ésta iba una curiosa propuesta, muy parecida a una presentada por César de Paepe en la década de 1870, de un sistema de gobierno local basado en unidades locales determinadas que podrían asociarse abarcando extensiones distintas para la prestación de diferentes servicios, de tal modo que cada uno de ellos se organizaría en la extensión de territorio que él mismo exigiese: una unidad bastaría para algunos, pocas unidades para otros y una extensa provincia, compuesta de muchas unidades, para otros más. Los mismos representantes formarían parte de cada una de estas organizaciones como representantes directos de sus distritos. A este proyecto se hicieron muchas críticas: se dijo que, en la práctica, no se hallaría una manera satisfactoria de señalar las esferas separadas de los dos Parlamentos, y que el organismo que ejerciese poder definitivo respecto a las finanzas, es decir, respecto a los ingresos, necesariamente sería más poderoso que el otro. En contra del proyecto de gobierno local se argumentaba que, organizaciones cuya composición estuviera cambiando constantemente según el servicio de que se tratase, nunca llegarían a adquirir el hábito de trabajar en grupos, de lo cual dependería necesariamente su eficacia, y que el verdadero poder lo ejercerían los funcionarios que de hecho administrasen los servicios que los miembros elegidos se supondría que estaban encargados de controlar como representantes del público consumidor. El matrimonio Webb no intentó, o apenas intentó, contestar estas críticas: parecía como si, habiendo publicado su plan y no habiendo sido éste bien recibido hubieran perdido interés en él. Desde luego, en años posteriores apenas hicieron referencia a él.

*A Constitution for the Socialist Commonwealth of Great Britain* probablemente se debía al propósito del matrimonio Webb de contestar a los socialistas gremiales y a los diferentes defensores de algunas formas de representación por profesiones. La idea de una representación por profesiones o de una cámara de la industria, acaso para

sustituir a la segunda cámara existente, no era, por supuesto, en modo alguno nueva. Se habló de ello otra vez en la Gran Bretaña durante los años de la guerra, cuando fue propuesta, no por los socialistas gremiales, sino como respuesta a ellos por quienes querían algún tipo de administración autónoma industrial basado en la reconciliación de los intereses de clase. Generalmente tomó la forma de una petición en favor de un Parlamento industrial que representase igualmente a los patronos y a los trabajadores, en algunos casos con "personas imparciales" añadidas para que representasen al "público", mientras que los socialistas gremiales querían un Parlamento o Cámara que representase a los gremios siguiendo el principio de "un miembro un voto". El matrimonio Webb era contrario a estos dos proyectos; y adoptaron su actitud en la necesidad de basar los dos Parlamentos propuestos en el sufragio universal de los "consumidores", lo cual no satisfacía ni a los socialistas gremiales ni a los partidarios de la reconciliación de las clases sociales, y fue censurado por los parlamentarios por pensar que destruía la soberanía indivisible del Parlamento. Parece ser que la propuesta del matrimonio Webb acerca del gobierno local fue una idea brillante de Beatrice, que según su diario, se le ocurrió mientras oía a H. G. Wells.

Indudablemente el matrimonio Webb estaba entonces influido a la vez por la semitecnocrática defensa que hacía Wells de la empresa pública y por los ataques de los socialistas gremiales en contra del colectivismo burocrático. Se daban cuenta de los peligros de una administración industrial burocrática, y querían asegurar la mayor cantidad posible de control de los consumidores sobre las industrias y los servicios socializados; pero, aunque hicieron alguna concesión, se mantuvieron firmes en su idea de que el Estado era el verdadero protector de los intereses de los consumidores; y nunca elaboraron ningún proyecto preciso de control administrativo. En cierto modo es curioso que nunca lo hicieran si se tiene en cuenta el interés que siempre sintió Webb por los problemas administrativos. Creo que lo intentaron, pero que no lo lograron, dejando a otros que trazasen en detalle la forma de la nacionalización a través de empresas públicas que fue adoptada de hecho por los conservadores en la década de 1920, y tomada de ellos por Herbert Morrison cuando se presentó su proyecto para la socialización de los transportes de Londres en 1930.

No me propongo en modo alguno tratar en este capítulo de los últimos desarrollos del pensamiento del matrimonio Webb, que aparecen en su larga obra escrita en la década de 1830 acerca del comunismo soviético. En lugar apropiado para estudiar esta extraña combinación de ideas fabianas y de construcción leninista será el cuarto volumen de esta obra, donde será necesario también tratar la reacción de Shaw ante el advenimiento de los dictadores. Por el momento nos ocuparemos del

matrimonio Webb y de Shaw, sobre todo con respecto al desarrollo de sus ideas hasta 1914, aunque ha sido necesario seguir al matrimonio Webb hasta el comienzo de la década de 1920 a fin de completar la exposición de su actitud anterior a la guerra. La conclusión tiene que ser que, hasta 1914, el matrimonio Webb era más partidario de la municipalización que de la nacionalización, y que la inclinación de los fabianos a dar más importancia a la nacionalización se debió no a su influencia, sino a la de H. G. Wells, y, después a la de Emil Daves.

A Shaw es mucho más difícil definirlo como socialista. Durante muchos años fue el redactor principal de las publicaciones fabianas, considerándose él mismo como un fiel expositor de las ideas esenciales del matrimonio Webb, aunque exponiendo siempre realmente una posición propia muy precisa. Como hemos visto, las ideas esenciales de Shaw eran, en primer lugar, el deseo de confiscar y aplicar a usos públicos la renta producida por la propiedad de la tierra y del capital, a lo cual él dio el nombre común de "renta"; en segundo lugar, el propósito de avanzar hacia una igualdad económica completa; y, en tercer lugar, la creencia de que ningún grupo ni nación tenía derecho alguno a impedir el desarrollo completo, favorable a los intereses del mundo entero, de los recursos productivos que posea, y que, por consiguiente, las civilizaciones superiores tienen entero derecho a imponer su voluntad a los pueblos atrasados y a prescindir de reclamaciones nacionales o no universales, siempre que al hacerlo aumente la cantidad total de riqueza de la raza humana. Esta tercera idea llevaba directamente a su insistencia en que el derecho último a controlar los acontecimientos lo tenían quienes mejor supiesen conseguir este resultado. Lo que Shaw deseaba era que los expertos se encargasen de la administración: insistía en la idea de que la política debe ser asunto de los competentes, y que el derecho a tomar parte en ella depende de que se tenga la capacidad necesaria, y no debe extenderse a los aficionados que no se tomen la molestia de prepararse bien. Shaw era intolerante con la estupidez, y creía que casi todas las personas eran estúpidas: no simpatizaba en modo alguno con los lentos o con el deseo de los hombres limitados, de que no les condujesen demasiado aprisa y de no ser víctimas de los listos fanáticos.

Si bien es verdad que el matrimonio Webb influyó en Shaw hasta el punto de que él mismo se constituyó en intérprete popular de muchas de sus ideas, también lo es que Shaw influyó en los Webbs, especialmente en su actitud respecto a las cuestiones del imperio y de la nacionalidad. Durante largo tiempo no le interesaron mucho estos problemas o, mejor dicho, nada fuera de la Gran Bretaña. El tipo de socialismo del matrimonio Webb era peculiarmente inglés, y apenas intentaron elaborar sus aplicaciones a los problemas de otros países: tampoco les interesó nunca mucho la Internacional. Pero esto no sucedió porque fue-

sen conscientemente nacionalistas: decididamente no lo eran. Fue más bien porque hasta 1914 estuvieron tan entregados al estudio de las instituciones y de los problemas ingleses, que no podían prestar sino muy poca atención a lo demás. Por otra parte, Shaw pensaba siempre que era irlandés y no inglés, y que residía en un país extraño. Pero esto, lejos de convertirle en un patriota irlandés, lo hizo instintivamente no nacional en su manera de plantearse los problemas. Sentía el desdén más grande por la política de su país, dirigida por el clero, y la aversión de un intelectual por la mentalidad de un campesino; y tendía a considerar a todos los pueblos atrasados como irlandeses inferiores, que necesitaban ser sacados de sus supersticiones primitivas y llevados a adoptar formas nuevas de vida. El matrimonio Webb, cuando empezó a prestar atención a los problemas internacionales, tomó mucha de su orientación de Shaw, primero en relación con la guerra de Sudáfrica, y más tarde en relación con los problemas más amplios del imperio. Ellos, como Shaw, no simpatizaban con el nacionalismo como sentimiento. No llegaron nunca a los extremos a que éste llego defendiendo el derecho de los pueblos avanzados a imponerse a los primitivos; pero, en general, en el conflicto acerca del imperialismo estuvieron al lado de Shaw.

Shaw, a diferencia del matrimonio Webb, no tiene verdadera importancia como pensador socialista. No hay nada original, excepto en el significado especial a la palabra "rentas", en su deseo de acabar, mediante los impuestos, con los ingresos no ganados, y de emplear su importe en el desarrollo de servicios públicos. Tampoco nada especialmente nuevo en su *Defensa de la Igualdad,* que se distingue de versiones anteriores del lema: "De cada uno según su capacidad; a cada uno según sus necesidades" principalmente en retener los ingresos monetarios, y en hacerlos iguales, en lugar de la concepción anarquista de una sociedad, en la cual cada uno podría tomar de cada cosa lo que quisiese sin pedirle que pagase por ello: una concepción utópica que su buen sentido le llevó a rechazar como impracticable bajo cualquiera situación imaginable. Tampoco había mucha originalidad en su insistencia en pedir que llevasen la batuta los que más sabían: esto no era más que la doctrina de los saint-simonianos expuesta en un lenguaje diferente. Shaw era un magnífico expositor y panfletista. Podía defender un punto con la mayor claridad de estilo, cuando se trataba de un asunto claro, y el matrimonio Webb, especialmente Sidney, eran excelentes para proporcionar materiales acerca de puntos claros; pero cuando, como en su *Intelligent Women's Guide to Socialism and Capitalism* (1928), trataba de exponer su propio punto de vista, el resultado en modo alguno era claro, porque no tenía una visión clara propia más allá de un número limitado de ideas muy generales y una gran capacidad para criticar las ajenas.

Después del matrimonio Webb y Shaw, el principal pensador fabiano fue Graham Wallas, que poco después se separó de la sociedad, cuando advirtió que se iba haciendo demasiado dogmática para sus gustos. Wallas, en sus últimos años, llegó a estar obsesionado por el desagrado que le producía el egoísmo de las organizaciones profesionales, y llegó a considerarlas como los principales enemigos de la libertad y del progreso. Esta actitud se advierte a lo largo de toda su obra Owr *Social Heritage* (1921), que adolece, a causa de ello, de un carácter negativo característico de sus últimos escritos. La verdadera aportación de Wallas la hizo antes, sobre todo en *Human Nature in Politics* (1908), su primera obra teórica. Con frecuencia se ha dicho que en esta primera obra se halla la promesa de un libro verdaderamente grande, que Wallas no llegó a escribir en todo el resto de su vida. En *The Great Society* (1914) hay señales de que se proponía escribirlo; pero incluso allí vacila, y no llega a desarrollar sus ideas de una manera realmente constructiva. *Human Nature in Politics* no sólo había reconocido y descrito con penetración el abundante elemento irracional de la conducta política ordinaria: otros lo habían hecho antes, aunque no tan bien. Como un racionalista que creía que era indispensable fortalecer el elemento racional en la práctica política, trató también de descubrir cómo hacerlo y de hallar la manera de hacer más eficaz la educación política y social. Su punto de vista era el de un partidario de Bentham, que sostenía que el objetivo supremo de la política era hacer felices a los hombres, y que todos tenían el derecho, dentro del marco general de la sociedad, de buscar la felicidad con arreglo a su propia inclinación. Eso debiera haber sido un punto de partida para examinar hasta qué punto era necesaria en una sociedad del siglo xx imponer a los individuos miembros de ella una forma de conducta; hasta qué punto se podía permitir que formas de conducta de grupos se desarrollasen dentro del marco general, y cómo podía modificarse la educación para aumentar el elemento racional en la formación de la acción social, y cómo todo esto podía hacerlo democráticamente el pueblo mismo, más bien que sometiéndolo al gobierno de personas superiores o la presión ejercida por intereses creados. Pero Wallas, en lugar de realizar este magnífico programa de investigación, se limitó a recomendar que debía ser llevado a cabo, y nunca dio un paso para ejecutarlo. Yo creo, por una sola conferencia que le oí, que era el mejor conferenciante que he oído nunca; pero cuando asistí a un curso suyo, llegué a la conclusión de que no podía llevarlo a buen término, porque, en su primer libro, había agotado su impulso para ponerse en marcha y ver a los hombres tal como son, y que después se contentó con rumiar una y otra vez la inspiración que había recibido de estos contactos admirables, pero insuficientes.

*Human Nature in Politics* y *The Great Society* constituyen ambos

una nueva afirmación del utilitarismo en su forma fabiana, en la cual •cambia del *laissez-faire* a la intervención del Estado para prevenir el sufrimiento y para promover la felicidad por medios colectivos. Ni el matrimonio Webb ni Shaw expusieron nunca claramente esta concepción, aunque constituye la base de gran parte de sus escritos fabianos. Wallas tuvo el gran mérito de ser a la vez un colectivista y un liberal. Su desgracia fue que le faltó persistencia para terminar la enorme empresa intelectual, que él tan claramente concibió como necesaria.

## (iii) EL GRAN MALESTAR; EL PARTIDO LABORISTA Y SUS JEFES; SINDICALISMO Y SOCIALISMO GREMIAL

A los años que van desde 1910 a 1914 se les denomina con frecuencia en la Gran Bretaña el período del "malestar obrero". De hecho se caracterizan por una serie de huelgas de extensión sin precedentes, por un rápido aumento en el número de miembros de los sindicatos obreros, y por un fermento de ideas y políticas nuevas El Partido Laborista, llevado tras los liberales en las luchas con la Cámara de los Lores sobre del presupuesto de Lloyd George, y con las nutridas fuerzas de los conservadores respecto a la autonomía de Irlanda, fue objeto de muchas críticas por su negligencia en apoyar las reclamaciones de la clase obrera, y los dirigentes de los sindicatos obreros también fueron atacados constantemente por negarse a contribuir a la política huelguística agresiva de los sindicatos industriales. Hubo enérgicos llamamientos para la Federación de los sindicatos obreros en organizaciones más amplias, a fin de reunir a todos los obreros de una industria en un solo sindicato y a fin de enlazar estos sindicatos en una estrecha federación o incluso en "un gran sindicato". Al mismo tiempo, la política de llegar a acuerdos separados con los patronos, que expiraban en fechas diferentes, impidiendo así la acción común de los sindicatos, fue muy censurada, y se defendió la doctrina de la huelga por solidaridad. Se pedía que ningún trabajador manejase mercancías tachadas de que procedían o iban consignadas a establecimientos implicados en las disputas sociales. Toda la clase obrera debiera organizarse y actuar conforme al principio de que "el daño causado a uno es daño para todos".

A estas demandas iba unida la propaganda del evangelio del "control ejercido por los obreros", tomado principalmente de los sindicalistas franceses, pero también de los Obreros Industriales del Mundo. El Sindicato obrero, se decía, o, más bien, los sindicatos por industrias, que debían sustituirles, debieran tener por objetivo, no sólo la protección de los intereses de sus miembros bajo el régimen del salario, sino la abolición del salario o del "esclavo asalariado" y apoderarse del control de la industria quitándoselo a la clase capitalista. Se prescindía de la

nacionalización por inadecuada, o se le combatía abiertamente, fundándose en que dejaría al obrero tan "esclavo asalariado" como antes, reduciéndose el cambio a que su patrono sería el Estado en lugar de la empresa privada. El nuevo evangelio de "las minas para los mineros" fue presentado como un desafío, en oposición a la nacionalización, en un famoso folleto de 1912, *The Miners Next Step,* preparado por un Comité no Oficial de Reforma de la Federación de Mineros de Gales del Sur, la cual había tenido una serie de enconados conflictos con las compañías de las minas de carbón, y especialmente con la "Cambrian Combine". Varias organizaciones de los sindicalistas industriales presentaron proyectos rivales, poniendo algunos toda su fe en la sección obrera revolucionaria, y desdeñando toda clase de "políticas" que no fuesen la revolución, mientras otros, aunque daban la primacía a la acción directa, se negaban a volver la espalda completamente a los métodos parlamentarios, pero querían que un partido socialista revolucionario reemplazase al partido Laborista *Lib-Lab,* y, sin embargo, otros seguían las directivas de De León, y pedían un partido revolucionario que organizase, bajo su propia jefatura, un movimiento obrero revolucionario. Al mismo tiempo apareció el movimiento de los "Gremios Nacionales", con su proyecto de gremios de trabajadores reconocidos por el Estado, basado en los sindicatos obreros, que se encargarían de la dirección de la industria como agentes de la comunidad bajo los auspicios de un Estado reformado, libre de la dominación capitalista. Los hombres de los "gremios nacionales" eran al principio un grupo de intelectuales, con la revista *New Age* de A. R. Orage como su órgano. Sólo a partir aproximadamente de 1912 empezaron a tener partidarios pertenecientes a la clase obrera, y el crecimiento mayor del socialismo gremial como un movimiento de bastante influencia sólo tuvo lugar después de 1914.

Este fermento de ideas y actividades en los círculos sindicales y socialistas era parte de un fermento más amplio. Siguió a la ebullición del sufragismo militante bajo la jefatura de la Unión Social y Política femenina de Mrs. Emmeline Pankhurst, la cual, después de establecer en 1903 una política moderadamente combativa, que consistía en interrumpir reuniones políticas, inició en 1906 una campaña para molestar a los miembros del ministerio y a los políticos de partido y destruir propiedades como medio de protesta contra la continua negativa a conceder los derechos políticos a la mujer. El fermento obrero fue acompañado de un creciente malestar en Irlanda y del anuncio, por políticos conservadores y generales, de que no aceptarían el someter a los protestantes irlandeses a los católicos irlandeses o la ruptura de la Unión, y que si los hombres de Ulster se rebelaban se negarían a contenerlos e incluso lucharían a su lado. Además, esto fue acompañado de una creciente tensión internacional y de repetidas crisis con amenazas de guerra.

El alza de los precios sin una correspondiente mejora en los salarios, contribuyó a causar el malestar obrero. Hasta 1906 las huelgas habían sido prohibidas, y el poder de los sindicatos obreros para contratar disminuyó mucho con la sentencia Taff Vale; y después de que la aprobación de la ley de conflictos obreros de aquel año hubo restaurado el derecho a la huelga, pasó algún tiempo antes de que los descontentos acorralados se entregasen a disputas en gran escala. Las huelgas habían aumentado desde 1906; pero disminuyeron con la depresión industrial de 1908-9, y sólo en 1910 se reprodujeron competiciones muy difundidas de mejoras. Fue 1911 el año crítico, con grandes huelgas, que se extendieron como el fuego entre los marineros y los obreros de la costa, con una huelga nacional de ferroviarios y con una lucha muy viva en las minas de carbón de Gales del Sur. En el año siguiente se produjo la gran huelga nacional de mineros y la derrota de los obreros del transporte de Londres en una segunda lucha. En 1913 no hubo ninguna disputa importante en la Gran Bretaña; pero en Irlanda había la gran huelga o *lock-out,* que simbolizaba el conflicto dentro de las filas obreras a la vez que el conflicto de clases entre los obreros y los capitalistas. En 1914 la oleada de malestar obrero pareció disminuir incluso antes de que estallase la guerra; pero hubo una lucha enconada en el ramo de la construcción en Londres, y los tres grupos que desempeñaron los papeles principales en los combates de 1911 y de 1912 trataban de unir sus fuerzas en una triple alianza de mineros, ferrocarrileros y obreros del transporte a fin de presentar decisiones simultáneas bajo la promesa de no volver al trabajo sin haber concebido un acuerdo común. Sin embargo, esta alianza sólo actuó después de la guerra, y posteriormente se derrumbó en la desastrosa lucha de 1921.

El gran malestar obrero se produjo cuando el gobierno liberal, habiendo agotado su primer impulso en la lucha con la Cámara de los Lores, estaba elaborando una nueva política social en forma de un seguro nacional, y, como hemos visto, trazó una línea de separación entre los jefes de los sindicatos y los socialistas, ofreciendo a los sindicatos obreros el derecho de tomar parte en la administración de este plan. No todos los directivos de los sindicatos obreros colaboraron en la ejecución del proyecto de Lloyd George, y muchos miembros de filas de los sindicatos obreros, además de los socialistas organizados, eran contrarios a la contribución que se exigía a los obreros; pero el proyecto tuvo ayuda suficiente para hacer imposible una oposición laborista unida, y, en contra, hubo sólo una guerra de guerrillas hecha por el ala izquierda. Los "nueve peniques por cuatro peniques" que Lloyd George ofrecía, principalmente a base de las contribuciones semanales de patronos y obreros, tenían sus atractivos; y sólo el ala izquierda atendió a los pronósticos de Hilaire Belloc de que las deducciones obligatorias que

se harían de los salarios, eran el anuncio del "Estado servil" que se aproximaba. No obstante, el proyecto de seguro social, por haber alejado a la izquierda, contribuyó a que los sindicatos se inclinasen a emplear la acción obrera con preferencia a la política.

Las grandes huelgas de estos años eran "oficiales", es decir, fueron convocadas por los sindicatos obreros dirigidos por sus jefes legítimos; pero fueron acompañadas de numerosas huelgas pequeñas, que en gran parte se produjeron de pronto y sin previa autorización del sindicato. En las grandes huelgas, excepto en la de Dublín de 1913-14, los sindicatos lucharon por objetivos bien determinados: reconocimiento del derecho a contratos colectivos, salarios más altos y mejores condiciones de trabajo. Muchas de las disputas de menos importancia se referían a las mismas cuestiones, porque todavía había muchos patronos que se negaban a reconocer a los sindicatos obreros, y los contratos colectivos, en la mayoría de las industrias eran todavía locales y en muchos casos un asunto a tratar con una empresa individual; pero también hubo disputas acerca de cuestiones menos familiares: huelgas contra capataces o gerentes impopulares, o contra actos de tiranía o de castigo de los agitadores, huelgas declaradas por solidaridad y huelgas contra el hecho de que se diese trabajo a los no sindicados. Hubo incluso una huelga, enérgicamente censurada por la mayor parte de la prensa, "huelga en favor del derecho a emborracharse", que fue declarada por haber sido despedido el maquinista de una locomotora por embriagarse fuera de las horas de trabajo. Los comentaristas advirtieron la existencia de un nuevo espíritu entre los trabajadores, una afirmación de los derechos personales y colectivos y una demanda de igualdad social que indignaba a los mantenedores del orden establecido. Los patronos se quejaban de que los obreros estaban interviniendo en cuestiones de disciplina y de administración que no correspondían a sus funciones legítimas; y aunque algunos pedían medidas enérgicas para conseguir un cambio total, otros, estimulados por el gobierno liberal, buscaban procedimientos que favoreciesen la "paz industrial".

Aquí tratamos de este malestar sólo en la medida en que afectó al socialismo y al movimiento socialista. Como hemos visto hubo una considerable discusión de ideas socialistas durante los primeros años de actuación del gobierno liberal; y de ello se aprovecharon tanto el Partido Laborista Independiente como la Sociedad Fabiana. La Federación Social-Demócrata, reforzada por otros grupos de izquierda, se había convertido en el Partido Socialista inglés; y el pequeño, pero muy enérgico Partido Laborista Socialista, empezaba a extenderse desde la región de Clyde a algunas ciudades inglesas, especialmente del norte. El Partido Laborista, aunque todavía no se había declarado socialista, tomaba parte en la labor de la internacional socialista, y era considerado por

el público por lo menos como una organización de tendencia socialista; pero en la Gran Bretaña no había nada análogo a los partidos socialistas de masas de Alemania y Austria, ni siquiera de Francia. Todas las organizaciones socialistas eran pequeñas; y el partido socialista, aunque grande por el número de sus afiliados, apenas tenía todavía una organización propia y apenas hacía propaganda. En algunos sitios, la labor principal de propaganda laborista y socialista la realizaron las secciones locales de las sociedades socialistas, y principalmente las del Partido Laborista Independiente, que era con mucho la más fuerte de todas ellas. Dentro del Partido Laborista Independiente, y algo menos después de romper con el Partido Socialista Inglés que antes, hubo gran descontento por la actuación del Partido Laborista en el Parlamento, y las nuevas ideas procedentes del extranjero ejercieron una influencia creciente; pero el Partido Laborista Independiente había sido el verdadero creador del Partido Laborista y estaba unido a él por estrechos lazos; y los jefes del Partido Laborista Independiente, que en gran parte lo eran también del otro, tenían un gran prestigio, lo cual hizo que la mayor parte de los partidarios no pasasen de murmurar.

Los principales jefes del Partido Laborista en el Parlamento y en el país entre 1906 y 1914 fueron Keir Hardie, Ramsay MacDonald, Philip Snowden, Arthur Henderson, todos, excepto el último, jefes también del Partido Laborista Independiente. En segunda fila estaban F. W. Jowett, de Bradford, y John Robert Clynes (1869-1949), de Manchester, también directivos del Partido Laborista Independiente, Will Croóles, de Woolvich, y George Nicol Barnes (1859-1942), de los mecánicos, también relacionados con el Partido Laborista Independiente. George Lansbury no figuraba entre los directivos del partido; después de que hubo renunciado su puesto en el Parlamento a fin de luchar por él otra vez como defensor del movimiento feminista, y perdió, llegó a ser el punto de unión de un grupo rebelde relacionado con el *Daily Herald,* que entonces en modo alguno era un órgano oficial, sino un periódico irreverente y rebelde, que pertenecía al ala izquierda. Entre las mujeres, la figura sobresaliente era Mary R. Macarthur (1880-1921), que en su vida privada llevaba el nombre de Mrs. W. C. Anderson, enérgica secretaria de la Federación Nacional de Obreras que también actuaba, con su marido, dentro del Partido Laborista Independiente. De los miembros de los sindicatos obreros, que eran principalmente sindicados más bien que políticos, John Hodge (1855-1937), de los fundidores de acero, Robert Smillie (1847-1940), de los mineros, Ben Tillett (1880-1943), de los obreros del puerto, y el relativamente recién llegado J. H. Thomas (1874-1949), de los ferroviarios, eran los más importantes: un grupo mezclado, con Smillie y Tillet en la izquierda y Hodge y Thomas en el ala derecha.

De todos estos jefes, Keir Hardie (1856-1915) era el que con mucho tenía mayor prestigio. Había luchado primero por crear el Partido Laborista Independiente y después la Alianza Laborista, y su dedicación y sinceridad estaba por encima de toda duda. En 1906 había sido elegido por el partido como el candidato natural a la jefatura; pero pronto se sintió muy a disgusto en este puesto. Las maniobras y acomodaciones parlamentarias eran muy contrarias a su manera de ser: tenía disposición para la lucha, y se sentía más feliz cuando luchaba en favor de los más miserables. Aunque en gran parte era responsable de la transacción que fue base del Partido Laborista, realmente nunca le agradó. Desconfiaba profundamente no sólo de los liberales, sino también de los Lt¡7-*Labs* de tipo antiguo, que habían sido persuadidos para llamarse "laboristas", y de los políticos de nuevo tipo, a quienes les agradaban los manejos de partido. Sin embargo, era muy leal al partido que él había formado y a sus correligionarios. Se sintió mucho más feliz cuando, en 1907, le permitieron renunciar a la jefatura que ocuparon sucesivamente D. J. Shackleton (1907), Arthur Henderson (1908-9) y G. N. Barnes (1910). En 1911 la ocupó Ramsay MacDonald, que fue reelegido todos los años hasta 1914, cuando Henderson lo sustituyó a causa de su actitud respecto a la guerra.

Hardie era esencialmente un predicador y un propagandista, no un jefe parlamentario. Su elocuencia sencilla era adecuada para la tribuna pública, pero no para el Parlamento, excepto cuando tenían libertad para desahogarse. Tenía un odio profundo a la crueldad y a la opresión, y una mentalidad que consideraba todas las cuestiones sociales desde un punto de vista ético. Su socialismo, como el de Blatchford, era un evangelio de fraternidad y de justicia, de compasión por las injusticias y los sufrimientos de que era víctima el pueblo corriente, y con una fe sencilla en que la mayor parte de los hombres y de las mujeres eran buenos y honestos en el fondo, y que podrían vivir siempre felices en una sociedad en que no se permitiese que oprimiesen o fuesen oprimidos. Se distinguía del de Blatchford, como hemos visto, en que era además un puritano, con un desprecio profundo por lo llamativo y por la bohemia, y con una mentalidad de sectario conformista, religioso a pesar de haberse apartado de los dogmas teológicos y muy inclinado a considerar la mala conducta como un "pecado". Hardie aceptaba la lucha de clases como un hecho; y probablemente hubiese aprobado el considerarla como una necesidad histórica. Pero, aunque se asimiló algunas ideas marxistas acerca del capitalismo y del desarrollo histórico, su mentalidad nunca hubiera podido ser de tipo marxista. No gozaba con la lucha; ni la veía como un hecho objeto de conocimiento científico, excluyendo toda clase de consideraciones éticas. Quería el socialismo por creer que favorecía el bienestar de los hombres, lo cual no sería posible en una

sociedad en la cual los medios de producción se poseían y se empleaban privadamente, o dejaban de emplearse o eran mal empleados, para servir los intereses de la obtención de ganancias. Mientras tanto, deseaba hacer todo lo posible para mejorar la situación de los derrotados, sobre todo de los desempleados y de sus familiares. El derecho al trabajo era la demanda que pedía con más vehemencia, y muy cerca de ésta juzgaba la del jornal mínimo y la de la jornada de ocho horas, que concebía como el derecho al ocio. Los accidentes que ocurrían en las minas de carbón le indignaban; y se inclinaba a atribuirlos a que los dedicados a hacer ganancias se negaban a gastar dinero para garantizar la seguridad en las condiciones del trabajo.

Además de todo esto, Hardie era un internacionalista de corazón, pero su gran pasión era más bien evitar la guerra que promover una revuelta internacional. Su internacionalismo no era, como el de Rosa Luxemburgo, sobre todo un llamamiento a la solidaridad de la clase obrera de todo el mundo, prescindiendo de las fronteras nacionales. Existía en él este elemento, pero dirigido menos a una revolución mundial que a evitar la guerra. A sus ojos la guerra era una especie de gigantesco desastre minero, e igualmente resultado de la codicia de los explotadores imperialistas que veían en ella su ganancia a expensas de la vida humana. Era fuertemente antiimperialista: su libro sobre *La India* (1909) es principalmente una exposición de cómo los oficios de la India eran destruidos por la competencia capitalista y del daño hecho al campesino por el cobrador de impuestos y por el prestamista. Sentía instintivamente las injusticias cometidas con los pueblos sometidos, y despreciaba a los que estaban dispuestos a sostener el imperio como medio de ganancia a base del trabajo colonial barato.

No le interesaban mucho las sutilezas de la teoría socialista, ni intentó nunca hacer una descripción clara de la sociedad socialista del futuro. Generalmente, se mantuvo alejado de las controversias que dividieron al movimiento socialista durante los últimos años que vivió, excepto cuando tocaban al gran problema de la guerra y la paz, y continuó predicando el mismo evangelio que había predicado en la década de "1890", excepto cuando no podía hacerlo para ser leal a su partido, y entonces prefería guardar silencio. Sin embargo, en relación con el peligro de guerra, tuvo que hablar; y su conciencia de la verdadera traición que sería el no hacer nada para evitar la guerra, lo convertía en un ardiente defensor de la huelga general contra ella. Cuando la guerra estalló en 1914 quedó materialmente deshecho, tanto por el desastre mismo como por el derrumbamiento de la Internacional a causa de éste. Entonces ya estaba enfermo, y poco podía hacer: tengo la convicción de que el mero hecho de la guerra adelantó su muerte.

El problema de la mujer lo preocupó profundamente. Compartía

la indignación de las sufragistas por el hecho de que la Cámara de los Comunes había aplazado ei acuerdo sobre sus reclamaciones, a pesar de que la mayoría de sus miembros había prometido apoyarlo. Pensaba sobre esta cuestión casi lo mismo que George Lansbury; pero no podía actuar lo mismo que Lansbury, porque se sentía ligado por su lealtad hacia el Partido Laborista Independiente, y hacia sus colegas obreros. El problema de la mujer, a sus ojos, era de mera justicia; y le dolió mucho aue las militantes lo acusasen de no haberles sido leal.

Ramsay MacDonald (1866-1937), que dirigió el Partido Laborista durante los años críticos anteriores a 1914, contrastaba fuertemente en casi todos los respectos con Hardie. Aunque los dos eran hijos ilegítimos de padres de la clase media y de mujeres obreras, ya adultos parecían pertenecer a clases sociales muy diferentes. Hardie siempre siguió siendo esencialmente un obrero, aunque empezó a ganarse la vida como periodista mucho antes de llegar a ser una figura nacional. MacDonald era la quintaesencia de la clase media, en cuerpo y apariencia como en mentalidad. Con su magnífica voz y con su distinguida presencia, tenía toda la apariencia de un caudillo, de tal modo que sus vacilaciones y sus dudas generalmente pasaban inadvertidas. Hablaba de manera tan impresionante y su aspecto era también tan impresionante, que la frecuente vaguedad de sus expresiones muchas veces fue tomada por profundidad. Era, por supuesto, por inclinación de su espíritu un intelectual, pero su inteligencia no era de primera calidad. Su libro acerca de los fundamentos del socialismo tal como él los entendía, *Socialism and Society,* es una obra de valor completamente secundario, dominada enteramente por la analogía orgánica y que en realidad casi no contiene nada más. Es un producto típico de su época, lleno de ecos de Herbert Spencer y de fraseología científica popular, todo empleado para presentar la imagen de una sociedad como un organismo compuesto de partes funcionales que contribuían de diferentes maneras a su vida común. La tendencia de la acción social se presenta como algo que tiende irresistiblemente hacia esta unidad orgánica, y de allí no pasa el pensamiento; termina en una teoría evolucionista del tipo más tosco, y casi sin idea alguna de fuerzas hostiles que haya que vencer durante el proceso. La concepción del socialismo en modo alguno es ético, aunque es presentada en una forma casi científica; pero carece completamente de la pasión por la justicia social y por el odio a la opresión que daba vitalidad a la ética de Keir Hardie.

La última obra de MacDonald sobre *Socialkm and Government* es un libro mucho mejor, porque en él escribe sobre todo acerca del proceso del gobierno más bien que acerca de ideas fundamentales. Era indudablemente un hábil parlamentario y tenía, dentro de los supuestos de su credo, visión para distinguir lo que daría resultado de lo que no lo daría.

Estaba en su terreno propio cuando atacaba la representación proporcional o defendía el método parlamentario contra sus críticos, como F. W. Jowett, que quería reformarlo tomando como modelo la administración del gobierno local; pero incluso cuando estaba mejor, desde el punto de vista de la calidad de su pensamiento, nunca era bueno, porque no había agudeza o precisión en su pensamiento. Prefería el compromiso ambiguo al preciso. Incluso su actitud respecto a la guerra de 1914 no fue clara. Atacó a la diplomacia que condujo a ella; pero titubeó acerca de lo que debiera hacerse ante el hecho de la declaración de guerra. Más tarde, esta inclinación a preferir la vaguedad y su resistencia a llegar a una decisión se acentuó en él más y más. Esto llegó al máximo de gravedad cuando fue primer ministro desde 1929 a 1931 en el segundo gobierno laborista.

MacDonald era un hombre vanidoso y, a causa de su vanidad, un mal colega. Cuando la cosas iban mal, siempre hallaba la falta en los demás; cuando iban bien, lo atribuía a sí mismo. Le gustaba mucho que lo admirasen, pero le era difícil estimar las buenas cualidades de las personas con quienes trabajaba. Estos defectos no aparecieron claramente, salvo a algunos pocos, hasta que las cualidades que sobresalían en él lo llevaron al puesto más alto. Entonces se mostraron muy claramente, sobre todo en sus relaciones con Arthur Henderson. MacDonald tenía además el defecto de ser un esnob incorregible y un adorador del santuario de la aristocracia, a la cual en cierto sentido se sentía con derecho a pertenecer.

Arthur Henderson (1863-1935) era muy distinto, tanto de Hardie como de MacDonald. No era vanidoso, pero carecía de la pasión de Hardie. Era un reformador social muy dedicado y honesto, con gran habilidad para la organización y con gran firmeza para perseguir fines más bien limitados. De origen obrero e importante figura de su sindicato (los fundidores de hierro) era un miembro muy representativo de su clase. Un no conformista durante toda su vida, nunca perdió su fe religiosa; pasó del liberalismo al laborismo, no porque se convirtiese al socialismo, sino porque llegó a convencerse de que los obreros necesitaban un partido independiente para exigir sus derechos. Nunca tuvo mucho de socialista, aunque con Sidney Webb trazó el "nuevo modelo" de Partido Laborista que desde 1918 hizo profesión de socialismo evolucionista. Concibió el futuro no en forma de una utopía socialista o de un cambio revolucionario en las bases de la sociedad, sino más bien como desarrollo gradual de un Estado benefactor, que implicaría un gran aumento en la intervención y control del Estado. Le interesaba profundamente la legislación obrera protectora y la ampliación del seguro social: estas reformas concretas le interesaban mucho más que cualquier concepción imaginaria de las cosas que habrían de venir. En sus últi-

mos años mostró su genuino internacionalismo; pero éste nunca fue específicamente socialista. Para él siempre fue principalmente un asunto de tratados de desarme, de aceptación del arbitraje internacional y de llamamientos a los hombres razonables más bien que de intentar movilizar a los obreros del mundo contra la guerra. En los problemas de los sindicatos obreros siempre fue un defensor paciente y persistente de la paz social.

La gran cualidad de Henderson como jefe era su lealtad al partido y su disposición para ponerse a sí mismo a un lado a fin de trabajar por él. A diferencia de MacDonald, estaba dispuesto a compartir las censuras cuando se cometiesen equivocaciones y a reconocer en los demás toda su participación en los éxitos. Lo que más le indignaba era la deslealtad. Prescindiendo de su pasado liberal, se entregó de lleno al servicio del nuevo partido que adoptó.

Por temperamento, Henderson era de los tres el que mejor encajaba en el medio en que vivía. Quería elevar a los más miserables y ofrecer a la gran masa de los obreros mejores condiciones de vida y más seguridad. Pero no pretendía cambiar radicalmente su manera de vivir. No tenía ambiciones sociales. Le gustaba vivir en común con su congregación no conformista, y también con la multitud que acudía al fútbol los sábados por la tarde. No quería ser rico, o socialmente distinguido, ni nada muy diferente de lo que era; y lo que quería para sí mismo, no era, en su opinión, demasiado bueno para los demás ni estaba fuera de su alcance si se estableciese una legislación en su ayuda. Como orador no era elocuente, pero era muy capaz de presentar claramente un asunto y de deshacer eficazmente a sus contrarios desatinados o irreflexivos. Carecía completamente de magnetismo personal, y me parece que desconfiaba de él. Con todas sus limitaciones, el Partido Laborista tiene una gran deuda con él, cuyo pago él sería el último en exigir.

Philip Snowden (1874-1937) era distinto de estos tres. Fue un hombre de una enorme fuerza de voluntad, luchando siempre contra una grave invalidez física, y amargado por esta lucha. Era sumamente dogmático y seguro de que tenía razón, y demasiado inclinado a pensar que los demás eran tontos. Le gustaba la contienda y no tenía compasión de los adversarios débiles en los debates; pero su actitud estaba atenuada por un humorismo burlón, y esto hacía que no fuese fácil odiarle. Su socialismo era más bien de un tipo estrecho y doctrinario. Creía firmemente en las virtudes de la nacionalización, y no percibía en absoluto los problemas humanos que implicaba. En doctrina económica seguía siendo un radical del tipo antiguo, sin admitir ideas heterodoxas o nuevas. Creía en el librecambio y en el patrón oro con un fervor propio del siglo xix, y no creía nada en el poder de los sindicatos obreros para obtener verdaderos beneficios mediante la lucha social. Incluso durante

los años del gran malestar obrero continuó diciendo a los trabajadores que sólo la legislación podía hacerles bien. Esto hizo que pareciese un socialista más auténtico que muchos de sus colegas, y si el socialismo ha de identificarse con el colectivismo, lo era. Además, hasta el final de su vida fue más agresivamente anticapitalista que la mayoría de ellos, tanto porque odiaba los matices delicados, como porque creía sinceramente en el Estado colectivista. Aparte de esta creencia no hizo ninguna contribución a la teoría socialista. Pero impresionaba mucho en la discusión, porque tenía un pensamiento rápido, y sus ideas estaban bien ordenadas. Nunca abandonó una tesis o reconoció que había sido vencido, y con frecuencia continuaba la oposición por mera obstinación. Él y MacDonald trabajaron juntos largo tiempo y en relación estrecha, pero a ninguno de los dos le gustaba el otro. Snowden se dio cuenta de la superficialidad e indecisión de MacDonald, y éste con frecuencia encontraba muy inconveniente la manera franca de hablar de Snowden; pero el destino hizo que colaborasen durante toda su vida, y no se podían permitir el reñir abiertamente.

Fred Jowett (1864-1944) nunca perteneció a este grupo de jefes; pero no se puede prescindir de él porque tenía un punto de vista peculiar, que, aunque nunca prevaleció, durante algún tiempo ejerció verdadera influencia en el pensamiento socialista. Hardie, MacDonald, Henderson y Snowden eran todos, esencialmente, figuras nacionales; pero es imposible pensar en Jowett más que como un hombre de Bradford: sus intereses más profundos eran locales, los asuntos de su ciudad y de sus convecinos; y cuando pensaba en el mundo, lo veía como una serie de Bradfords habitados por seres humanos con una capacidad análoga para la felicidad y para la desgracia. Para Bradford, él quería una educación mejor, niños mejor alimentados, casas mejores, mejores condiciones de trabajo y mejores normas para el goce del ocio; y lo que él buscaba para las gentes de Bradford lo buscaba también para las demás. Su gobierno ideal era una ciudad bien organizada que ofreciese bienestar con manos imparciales. Por esto, cuando pensaba en el Parlamento, su primera idea era recrearlo a imagen de lo que él había contribuido a hacer del Consejo de la Ciudad de Bradford. En lugar de perder el tiempo con oratoria en la Cámara, quería labor de comité; en lugar de un sistema de partidos que reducía a los miembros de filas a poco más que a una máquina de votar, quería dividir a la Cámara de los Comunes en varios comités funcionales, cada uno presidido por un ministro del gabinete para que en él se discutiesen problemas prácticos a la manera de un negocio. Cuando se le hizo la objeción de que un sistema así terminaría con la responsabilidad del Gabinete y haría de cada ministro el servidor de su comité, se mantenía firme, y decía: ¿Y por qué no? Así era como funcionaba el gobierno local; al menos en Bradford, fun-

cionaba bien; por supuesto, quería que su Parlamento reformado estuviese compuesto, hasta donde fuese posible, de socialistas, y no quería abolir los partidos. Era un decidido socialista, de la doctrina del Partido Laborista Independiente, y pertenecía en este partido al ala izquierda; pero los procedimientos parlamentarios le repelían, sobre todo en sus aspectos brillantes, que le gustaban a MacDonald. Era un hombre pesado de Yorkshire, todo sensatez y con mucha humildad y buena voluntad. No aspiró a una jefatura nacional: le gustaba más colaborar en un grupo y no deseaba ser su jefe.

Will Crooks (1852-1921) era del este de Londres, con mucha experiencia del gobierno local de este distrito, y un orador que atraía fuertemente por su emoción. Había hecho suya la causa de los más miserables y había trabajado en relación estrecha con George Lansbury en intentos para humanizar la aplicación de la ley de beneficencia y para asegurar un tratamiento mejor de los sin trabajo. Representaba la atracción ética del socialismo en su forma humanitaria más pura, y sobresalía especialmente en despertar las simpatías de los auditorios de la clase media. Tonelero de oficio y un miembro activo de sindicato obrero, se asoció políticamente con la Sociedad Fabiana y con su política de trabajar con los progresistas en los asuntos de Londres. En 1906, él y Lansbury fueron víctimas de un fuerte ataque oficial a causa de su actuación en la junta de patronos del barrio de Poplar. Fueron acusados no sólo de gastar con una generosidad indebida el dinero de los contribuyentes, sino incluso de negligencia en la administración y de verdadera corrupción. Una investigación oficial organizada por la Junta de Gobierno local se utilizó para proporcionar a la prensa gran cantidad de material sensacionalista; y cargos violentos fueron lanzados contra Crooks y Lar.sbury, aunque no había ni siquiera una mayoría laborista en la junta. Mientras tanto, sus intentos de proporcionar un auxilio suficiente y un nuevo aprendizaje que permitiese a los desempleados encontrar otro trabajo, fueron censurados; pero su integridad en la administración de fondos quedó completamente manifiesta. La sensación fue disminuyendo; pero las acusaciones que habían sido hechas en la prensa nunca fueron retiradas. Todo este episodio contribuyó a enconar las relaciones entre John Burns, presidente de la junta de Gobierno Local, y los socialistas.

George Lansbury (1859-1940) mismo no puede ser incluido entre los que figuraron como jefes del Partido Laborista en estos años. Fue una gran personalidad en el este de Londres, en donde vivía, y un gran luchador en favor de causas progresistas; pero, aunque pertenecía al Partido Laborista, siempre se rebeló en contra de su política de transacción. Desde diciembre de 1910 fue miembro durante cerca de dos años de la Cámara de los Comunes representando el distrito de Bow y Brom-

ley, del este de Londres; pero siempre estuvo en desacuerdo con los jefes del partido, y en 1912 su viva simpatía por las sufragistas le hizo renunciar a su puesto en el Parlamento para pelearlo —sin apoyo del partido— a base de la cuestión del voto femenino. Fue derrotado; y al año siguiente se encargó de dirigir el *Daily Herald,* que había empezado en 1911 como órgano de una huelga de impresores y había tenido una existencia precaria como representante de la opinión del ala izquierda. Fue el único periódico laborista o socialista hasta que el Partido Laborista y los sindicatos obreros publicaron el *Daily Citizen* en su contra en 1913; y llegó a ser el hogar de todas las causas de izquierda, desde las sufragistas militantes al sindicalismo y al socialismo gremial. Atacó no sólo a la Cámara de los Lores, sino también a la monarquía, y tenía la costumbre de llamar al rey "Su Maj." y le gustaba mucho atreverse con personas respetables de toda clase. Su principal importancia estriba en que estimuló constantemente la lucha obrera y los movimientos en favor de la reorganización de los sindicatos obreros a base de la guerra de clases. Ben Tillett, el jefe de los obreros del puerto, tomó gran parte en él. Su caricaturista australiano, Will Dyson (1883-1938) gozaba sobre todo cuando atacaba a los jefes laboristas ortodoxos o presentaba en sus dibujos al capitalista como "el hombre gordo". Dyson también publicó excelentes caricaturas contra el militarismo y la guerra: el *Daily Herald,* especialmente después que Lansbury se encargó de él, fue vehementemente pacifista. Reunió a su alrededor a un valioso grupo de escritores: el poeta Gerald Gould (1885-1936), libelista; C. Langdon Everard (nacido en 1888), encargado de la sección obrera; William Mellor (1888-1942), con quien yo colaboraba entonces; G. K. Chesterton (1874-1936), que rompió con el periódico liberal, *Daily News,* para ingresar en aquél, y varios más. Con frecuencia era dudoso de un día para otro si el número siguiente podría salir; porque el periódico no tenía una base financiera sólida, y con frecuencia fue salvado sólo por un donativo hecho en el último momento o porque sus impresores se negaron a abandonarlo, incluso cuando no había dinero para pagar sus salarios. Lansbury, en su historia del periódico, lo llamó *The Miracle of Fleet Street* (El Milagro de Fleet Street),* y ésa era la verdad: un milagro fastidioso, no sólo para los contrarios al laborismo, sino también para la mayoría de los jefes del Partido Laborista y de los sindicatos obreros.

El mismo Lansbury no era un obrero, aunque había trabajado por jornales, sino un pequeño comerciante en maderas. Era un cristiano, aunque no pertenecía a ninguna ortodoxia, y consideraba al socialismo como cristianismo aplicado: la política moderna que expresa el espíritu

* Fleet Street es en Londres la calle de los periódicos. (T.)

del Sermón de la Montaña. Su cristianismo social, que compartía con Will Crooks, hacía de él un perfecto pacifista además de un socialista. Odiaba la guerra y la violencia, excepto la violencia pacífica que era practicada como protesta contra la opresión. Basándose en esto admitía el espíritu combativo de las sufragistas y de los huelguistas, sin modificar en nada su completa oposición a la guerra. Su punto de vista cristiano lo separaba de muchos de los que trabajaban con él en el *Daily Herald* y en otros movimientos de izquierda, pero no le impidió seguir colaborando con ellos. Abundaba en cordialidad y en buena voluntad, era muy caritativo y creía en la honradez fundamental humana, y persistía hasta lo infinito en hacer lo que creía que era justo. Durante los años de la guerra, después de 1914, su *Herald,* reducido a la fuerza a revista semanal, fue el principal punto de unión de los socialistas contrarios a la guerra, y de internacionalistas de diferentes escuelas de pensamiento, y acogió cordialmente a los combatientes de los sindicatos obreros y, en general, a causas no populares. En 1917, se puso firmemente al lado de la Revolución Rusa, no sólo en su primera fase, sino también en la bolchevique, pero al mismo tiempo rechazó la doctrina del comunismo. Lansbury tenía un gran poder para despertar devoción entre quienes trabajaban con él. Era tan manifiestamente desinteresado, tan sencillamente amigo de los oprimidos y tan poco aficionado al poder, que incluso cuando exasperaba a sus amigos de izquierda con su pacifismo, con frecuencia estaban dispuestos aceptar de él lo que viniendo de otro hubiesen rechazado despreciativamente.

Otra figura sobresaliente de la extrema izquierda fue Tom Mann (1856-1941), que regresó en 1910 después de varios años de ausencia pasados principalmente en Australia, y se hizo cargo de dirigir la formación de la Federación de Obreros del Transporte. Mann, mientras estuvo en Australia, había tomado parte activa en el movimiento del ala izquierda del socialismo y de sindicatos obreros; y regresó a Inglaterra lleno de ideas de obrerismo y sindicalismo, y con afán de ponerse a la cabeza de los sindicalistas combatientes de la Gran Bretaña. Los obreros del transporte que no eran ferroviarios, estaban mal organizados: los marineros tenían su sindicato nacional, pero la mayoría de las empresas navieras no los habían reconocido, y hacían uso frecuente de los esquiroles en los puertos. Los obreros del puerto y cargadores estaban divididos en un gran número de sindicatos, la mayoría de ellos locales o regionales. La regla corriente era trabajar ocasionalmente; y las condiciones de trabajo y los salarios eran muy malos. Tom Mann se unió con Ben Tillett, Harry Gosling (1861-1930) del sindicato de descargadores, James Sexton (1856-1938), jefe de los obreros del puerto de Liverpool, y otros para formar la federación, que se concebía como una unidad de sindicatos para contratar, reemplazando a los sindicatos separados como

instrumento principal para conseguir un reconocimiento completo por parte de los patronos y a la vez condiciones mejores, incluyendo el poner término al empleo eventual.

Mann era un orador de multitudes muy eficaz, y le gustaba la lucha. Pronto la nueva federación estuvo en marcha. Los primeros que entraron en combate en 1911 fueron los marineros, dirigidos por Joseph Havelock Wilson. La huelga de marineros, extendiéndose rápidamente de puerto a puerto, sorprendió a los propietarios de barcos; y el sindicato obtuvo una notable victoria. De los marineros, el paro se extendió a los trabajadores de puerto, que también tuvieron mucho éxito en la obtención de concesiones, aunque no sin serios desórdenes y choques con la policía en Liverpool, en donde Mann y Sexton estuvieron a la cabeza del movimiento. Después el paro se extendió a los ferroviarios, cuyos sindicatos todavía no habían sido reconocidos por las compañías, basándose en que el trabajo de los ferrocarriles requería una disciplina casi militar. Los sindicatos obreros de ferroviarios ya habían estado a punto de declarar una huelga en 1907, cuando dirigieron un "movimiento de todas las categorías" para ser reconocidos y para establecer un mecanismo eficaz para contratos colectivos. Los entretuvieron, después de la intervención del gobierno, con un plan de conciliación completamente insuficiente, según el cual los obreros podían elegir representantes para formar parte de varios comités parciales correspondientes a distintas categorías; pero los sindicatos obreros todavía no habían sido reconocidos y sus directivos no podían ser elegidos para formar parte en los comités o para defender los intereses de los trabajadores. En 1911 el descontento producido por este proyecto llegó- hasta el punto de producir un paro general, que rápidamente fue solucionado por Lloyd George por medio de un plan de conciliación modificado que permitía a los directivos de los sindicatos obreros que fuesen secretarios de los comités de los obreros y que les defendiesen, pero negando todavía el reconocimiento y manteniendo el sistema de elegir a los comités prescindiendo de los sindicatos. Un resultado de la huelga de ferroviarios de 1911 fue que tres de los sindicatos de ferrocarriles se unieron para fundar a principios de 1913 un Sindicato Nacional de Ferroviarios abierto a todos los obreros de los ferrocarriles, y que fue considerado como una gran victoria del sindicalismo obrero. Sin embargo, en la práctica la negativa de los poderosos sindicatos de maquinistas y de empleados ferroviarios de oficinas para unirse al sindicato nacional de ferroviarios y las acaloradas discusiones con los sindicatos por oficios, que habían organizado a los obreros ferroviarios de talleres, impidió que fuese creado un verdadero sindicato de "todas las categorías"; y el sindicato nacional de ferroviarios, bajo la cauta jefatura de J. H. Thomas (1874-1949), en modo alguno llenó las esperanzas del ala izquierda, aunque fue uno de los factores que toma-

ron la decisión, en 1913, de crear una triple alianza de mineros, ferroviarios y obreros del transporte sobre la base ya expuesta.[1]

Tom Mann, no satisfecho con su posición ventajosa entre los obreros del transporte, había iniciado una campaña nacional para llevar al movimiento obrero hacia un sindicalismo combativo. En una serie de folletos bajo el título de *The Industrial Syndicalist,* y en un periódico, *The Syndicalist,* predicó con insistencia que era más importante la acción obrera que la parlamentaria, y pedía a los obreros que formasen sindicatos como una fuerza revolucionaria. Nunca llegó al extremo de rechazar completamente la acción parlamentaria, como pedían algunos sindicalistas y sindicatos obreros; pero era completamente hostil a la política de transacción del Partido Laborista, y pronto estuvo violentamente en contra de la mayoría de los sindicatos obreros, como también de los jefes políticos. Pronto se celebraron por todo el país asambleas de los "miembros de filas" de delegados de distintas ramas de los sindicatos obreros, bajo los auspicios de distintas organizaciones, desde la Liga sindicalista obrera de educación, de Mann, hasta las dos organizaciones inglesas rivales basadas respectivamente en las secciones de Chicago y de Detroit de la I.W.W. Movimiento de unión y de reforma por parte de "los soldados de filas" fueron establecidos en varias industrias, especialmente en las minas de carbón y entre los mecánicos; y muchos de los consejos locales de oficios actuaron al lado de los sindicalistas. La doctrina sindicalista, como apareció en la Gran Bretaña, era una mezcla de influencias francesas y norteamericanas. Los que estaban bajo la influencia norteamericana generalmente acentuaban la idea de un gran sindicato único, o de grandes sindicatos unidos de las diferentes industrias, a base de la lucha de clases y dando especial importancia a una disciplina centralizada para la lucha y en el combate diario; mientras los que estaban influidos principalmente por los franceses, tendían a insistir en que era necesaria la espontaneidad y prestar más atención a la necesidad del control obrero de las fábricas y demás lugares de trabajo y a la concepción de una sociedad futura, en la cual comunidades libres se encargarían de tomar de la clase capitalista la dirección de la industria. Estos dos grupos reñían; pero Tom Mann, que no se fijaba en nimiedades, llegó a ser el apóstol popular de unos y otros.

La política expuesta en *The Miners' Next Ste-p* ejerció gran influjo en la extrema izquierda.[2] Sus autores eran contrarios a la política de la Federación de Mineros (que pedían la nacionalización de las minas) y para ello se basaban en que el Estado no sería un amo menos tirano que el propietario privado de las minas de carbón, siendo incluso más poderoso. En lugar de ello pedían una política obrera combativa

1 Véase p. 218.

2 Véase p. 217.

\

dirigida, mediante el constante aumento de los salarios y de la mejora de las condiciones de trabajo, a que las minas no produjesen ganancia a sus propietarios. Cuando esto se hubiese conseguido, los mineros mismos se encargarían de la industria y la reorganización bajo el control obrero para que sirviese a los intereses de todas las clases trabajadoras. Mientras tanto, otras organizaciones trabajadoras seguían otra política análoga, y su acción combinada impediría que funcionase el sistema capitalista y de este modo prepararía el camino para la revolución social. *The Miners' Next* Step atrajo mucho la atención asustada de la prensa antisocialista, y fue considerado como representativo de una masa de opinión pública mucho mayor de la que realmente tenía tras de sí; pero expuso, en forma extremista, un conjunto de doctrina obrera lo bastante fuerte para atraer a grupos minoritarios considerables de muchos de los sindicatos obreros, aunque no llegó a dominar ninguno de ellos en favor de todo el programa.

En este momento se produjo la gran lucha en Dublín, dirigida por James Larkin (1876-1947) y James Connolly (1870-1916) de los sindicatos irlandeses del transporte y de oficios varios. Connolly, que poco después había de tomar parte en la rebelión irlandesa de Semana Santa en 1916, siendo fusilado por un pelotón inglés, después de la derrota, se dio a conocer en los asuntos ingleses en relación con la formación del Partido Laborista Socialista de Escocia. Como Larkin, había trabajado en los Estados Unidos, y estaba en relación estrecha con el ala izquierda del movimiento republicano irlandés. Habían regresado de Norteamérica para unirse con Larkin a fin de formar un sindicato combativo que consiguió tener un número considerable de partidarios, tanto en Belfast como en el sur de Irlanda. Se extendió de los obreros de transporte a otros muchos oficios, y emplearon mucho la huelga por solidaridad boicoteando a los patronos con quienes disputaban. Larkin trató de aplicar como arma de los sindicatos obreros combativos el concepto de que ningún trabajador debía tocar "mercancías de mala procedencia" proporcionando materias primas a empresas o manejando artículos producidos por empresas contra las cuales hacía demandas el sindicato. Entonces muchos de los trabajadores irlandeses pertenecían a sindicatos obreros que tenían sus centrales en Inglaterra, y estos sindicatos se opusieron enérgicamente a que sus miembros recibiesen la orden de huelga de I.T. & G.W.U. sin su autorización. Poco después los patronos de Dublín, al frente de los cuales estaba William Martin Murphy, decidieron tomar represalias, y muchas empresas anunciaron que, no sólo se negarían a contratar con el sindicato irlandés del Transporte y de oficios varios, sino que despedirían a todos los trabajadores que siguieran perteneciendo a él. Así empezó el famoso *lock-out* de Dublín y el de 1913, considerado por el ala izquierda como una lucha

contra la tiranía capitalista en favor del derecho a coaligarse, pero fuertemente censurado por muchos jefes de los sindicatos obreros como consecuencia necesaria de la política intransigente de Larkin y Connolly.

Sin embargo, los directivos de los sindicatos obreros ingleses se encontraron ante un serio dilema. Los irlandeses pidieron ayuda a los obreros ingleses y Larkin recorrió la Gran Bretaña pronunciando fogosos discursos tanto contra ellos como contra los "tiranos capitalistas". Era un orador muy impresionante y eficaz, con un fuerte tono místico en su concepción revolucionaria, y atrajo la ayuda de una gran parte de la clase obrera inglesa. El Congreso de los Sindicatos Obreros se vio obligado a enviar a Dublín un barco cargado de alimentos para aliviar la situación de los obreros que estaban pasando hambre. Se emprendió una gran campaña para encontrar hogares para los niños irlandeses entre los trabajadores ingleses, hasta que el conflicto terminase; y los grupos del ala izquierda trabajaron activamente para recoger fondos a fin de ayudar a las víctimas del *lock-out* irlandés. El *Daily Herald* asumió gran parte en la organización de esta campaña; pero no lograron evitar la derrota de los obreros de Dublín. El movimiento para recibir niños en la Gran Bretaña despertó una viva oposición de la Iglesia Católica; los jefes de los sindicatos obreros ingleses trataron de mediar, pero fueron rechazados por los patronos de Dublín. Poco a poco, en los primeros meses de 1914, el asunto se fue esfumando en medio de muchas recriminaciones. Larkin, ayudado por el *Daily Herald,* había tratado de conseguir que los sindicatos obreros ingleses, por solidaridad, boicoteasen las mercancías de Dublín; pero este intento fracasó y no hizo más que empeorar las relaciones con los jefes de los sindicatos obreros.

Los dos hombres que dirigieron la huelga de Dublín eran ambos personalidades muy notables. James Larkin era un gigante apasionado en quien se unía a un fuerte temperamento revolucionario un profundo sentimiento nacionalista que le hacía odiar a los ingleses usurpadores. Era un agitador y no un teórico: la teoría la había tomado de las tradiciones de la revolución irlandesa y de I.W.W. Connelly, por otra parte, era a la vez un teórico y un luchador. También él era intensamente irlandés, y siempre se mantuvo dentro de la Iglesia Católica a pesar de su odio contra su jerarquía, porque a él le parecía el catolicismo parte indispensable de la tradición nacional del levantamiento. En realidad era más antiprotestante que verdaderamente católico en cualquier sentido teológico. Sentía profundamente las injusticias de que eran víctimas los campesinos irlandeses y también los obreros de las ciudades; y escribió con vigor acerca de la historia de estas injusticias en su libro *Labour in Irish History.* Escribía también conmovedores cantos revolucionarios (*Rebel Song* es el más conocido) y era un periodista bien do-

tado. Hijo de un labrador, trabajó en muchos puestos como obrero no especializado a fin de ganarse la vida y de dedicar todo el tiempo posible a la agitación. Durante algún tiempo compuso e imprimió en una prensa de mano, y también escribió su periódico irlandés republicano. Escribía como hablaba, de una manera sencilla y directa: cada discurso y cada artículo suyo era, directa o indirectamente, un llamamiento a la revuelta. En gran medida, era la persona con capacidad organizadora que había detrás de I.T. y G.W.U., aunque Larkin era el jefe más conocido para el público.

Por supuesto, estos dos sólo tenían relaciones marginales con el socialismo inglés; pero pusieron en contacto a la extrema izquierda de la Gran Bretaña con la extrema izquierda de Irlanda, en un momento en que la guerra civil amenazaba en relación con la lucha por la autonomía*. Connolly, como observaba la situación internacional y veía venir la guerra mundial, no tenía empacho en declarar su opinión de que la "dificultad de Inglaterra sería la oportunidad de Irlanda". En 1916 tenía pocas esperanzas de que el levantamiento de la Semana Santa triunfase: creía que era mejor hacer un intento y fracasar que abstenerse. La idea de que los soldados irlandeses luchasen por Inglaterra despertó en él un apasionado resentimiento en contra. Ésto, en todo caso, debía resistirse hasta la muerte. James Connolly era un rebelde implacable, con una mezcla extraña de nacionalismo y obrerismo en su constitución mental.

Cuando estos distintos elementos revolucionarios fermentaban, al lado de ellos se iba desarrollando el socialismo gremial, y en parte, asociado con ellos, como una doctrina intelectual. Como hemos visto, el movimiento del socialismo gremial empezó con un libro del arquitecto socialista cristiano Arthur Joseph Penty (1875-1937), titulado *The Restoration of the Gild System.* Penty, un medievalista muy contrario al industrialismo moderno, pedía que se volviese a los oficios manuales y al sistema de producción en pequeña escala bajo la inspección reguladora de los gremios de oficios. Siguiendo a William Morris, negaba que la producción en masa de productos "baratos y feos" beneficiasen realmente a los consumidores, y sostenía que la producción de esos artículos condenaba a los trabajadores a una vida de trabajo fastidioso, en el cual no podían encontrar ni satisfacción ni placer. Poco después, Penty contestó a la obra *New Worlds for Oíd* de H. G. Wells con una réplica titulada *Old Worlds for New* (1917), y poco después completó sus proyectos para el renacimiento de los oficios manuales pidiendo que se desarrollase la agricultura intensiva. Creía que la Gran Bretaña podía fácilmente producir, mediante métodos intensivos, todos los alimentos que necesitaba su población, y que al mismo tiempo podía, produciendo obras duraderas de artesanía, satisfacer las demás demandas de los consumí-

dores, si se apartaba del sistema capitalista, con su continua creación de nuevas necesidades, que sólo podían ser satisfechas con una producción siempre en aumento de artículos de pacotilla.

Después la revista New *Age* (La Edad Nueva), bajo la dirección de Alfred Richard Orage (1873-1934), aprovechó las ideas de Penty y las transformó en algo completamente diferente. El causante del cambio fue sobre todo Samuel George Hobson (1864-1940), un periodista y comerciante técnico que durante mucho tiempo había estado unido al movimiento socialista y, dentro de la Sociedad Fabiana, había defendido el establecimiento de un partido socialista independiente. Hobson, lejos de compartir el medievalismo de Penty, era partidario de las técnicas modernas de producción, y las conocía bien. Había vivido en los Estados Unidos, y trabajado mucho allí como periodista; y quería que los trabajadores se hiciesen dueños de los medios de producción y los utilizasen para acabar con la pobreza poniéndolos al día en su utilización técnica. Hobson concebía la idea de los gremios, no como asociaciones reguladoras de artesanos independientes, sino como grandes agencias democráticamente controladas para encargarse de las industrias; y pensaba que estos gremios nacionales surgirían de los sindicatos obreros mediante su ampliación, de tal modo que incluyesen a todos los trabajadores, los manuales y los intelectuales, y mediante un cambio en sus objetivos pasando de un mero regateo de sus condiciones de trabajo a conquistar su autonomía como obreros. Su manera de concebir este cambio era una combinación de la lucha obrera con la conversión del gobierno a la idea de un "socialismo obrero". Los sindicatos obreros, transformados en amplios gremios que tendrían el "monopolio del trabajo", pedirían al Estado que reconociese su derecho a encargarse de la dirección de las industrias y servicios; y el Estado reconocería a los gremios este derecho y al hacerlo establecería las condiciones ante el público. Así, pues, Hobson no era un sindicalista: no esperaba que el Estado desapareciese o fuese desvaneciéndose, para ser sustituido por una estructura social basada en una organización económica de la clase trabajadora. Pensaba que el Estado no era el órgano adecuado para dirigir la industria; pero sí reconocía que era un órgano destinado a representar a la masa entera de los ciudadanos en su capacidad colectiva, y esperaba que continuase, en una forma democratizada, ejerciendo funciones legislativas y ejecutivas. Era un socialista que aceptaba el hecho de la lucha de clases y la necesidad de la propiedad colectiva de los medios de producción, pero era fuertemente contrario a la burocracia, y sostenía que los hombres no podían ser realmente libres como ciudadanos a menos que no fuesen también libres y autónomos en su vida diaria como productores. Estaba conforme con los sindicalistas en que "el poder económico precede al poder político"; pero no negaba que la po-

lítica desempeña una función ni que, en último término, el Estado, como representante del pueblo entero, ha de decir la última palabra.

El volumen *National Güilas,* basado en artículos que antes habían sido publicados en la revista New *Age,* apareció por primera vez con el nombre de Orage. Hobson estaba entonces fuera del país; pero protestó y su nombre fue añadido en la segunda edición. De hecho, él había redactado y Orage revisado el texto, siendo los dos responsables de su forma final. *New Age* no era una revista de gran circulación, pero tenía lectores muy inteligentes y un notable cuerpo de colaboradores, incluyendo a Arnold Bennett, que escribió reseñas de libros bajo el nombre de Jacob Tonson; G. K. Chesterton, Hilaire Belloc, y la mayoría de los principales intelectuales de izquierda. Los artículos, y el libro que le si' guió, atrajeron poco la atención de la clase obrera, pero mucho la de los intelectuales socialistas. La propuesta de gremios parecía ofrecer como un puente entre el sindicalismo y las asociaciones, por una parte, y el socialismo de Estado o colectivismo, por otra. Además, podían ser interpretadas a voluntad, ya en un sentido revolucionario o en uno moderado. Los que las leyesen podían pensar que los gremios se establecerían mediante un proceso de lucha obrera que obligaría a los políticos a aceptarlos; pero también podían despertar la esperanza de convertir a los políticos del Partido Laborista y a las Sociedades socialistas a la 'Democracia Obrera" y de persuadir a un gobierno laborista o socialista, que, llegado el momento, entregasen el control de la industria a los trabajadores tanto manuales como intelectuales.

El socialismo gremial atrajo especialmente a muchos socialistas cristianos, sobre todo a muchos miembros de la iglesia anglicana llamada "alta", que eran contrarios al control "erastiano" del Estado sobre la Iglesia, y pedían que se restaurase la libertad de la iglesia para gobernar sus propios asuntos. Uno de los jefes de este movimiento fue John Nevill Figgis (1866-1919), un teórico político y social cuyos escritos llevaron agua al molino del ala izquierda de los socialistas cristianos, especialmente su obra *Churches in the Modern State* (1913). Otra persona influyente fue el "Vicario Rojo" de Thaxted, Conrad Noel (1869-1942), que escribió una *Life of Jesús* socialista, y tomó parte activa en el movimiento socialista gremial. Otra fue Maurice B. Reckitt, que actuó enérgicamente tanto en el movimiento gremial como en la liga socialista de la iglesia, con la cual también estuvo en conexión Penty. R. H. Tawney (nacido en 1880), también, puso en relación al socialismo cristiano con los socialistas gremiales; y William Temple (1881-1944), Arzobispo de Canterbury, estuvo muy próximo a este movimiento.

Sin embargo, los socialistas gremiales reunieron principalmente a su alrededor a un grupo pequeño, pero vigoroso de jóvenes intelectuales, procedente principalmente de Oxford, entre los cuales nos contamos

William Mellor (1888-1942), Maurice Reckitt y yo mismo. Hasta 1915 no tuvieron una verdadera organización. Cuando yo publiqué mi *World of Labour* en 1913, no me llamaba a mí mismo socialista gremial, aunque simpatizaba mucho con las ideas del grupo de la revista *New Age.* Sin embargo, al terminar ese año, ya había aceptado que me clasificasen como tal. Orage, cuyo interés se concentraba en New *Age,* no quería que se estableciese ninguna organización. Prefería dejar que sus ideas se difundiesen poco a poco a través de su revista. Su resistencia no fue vencida sino hasta principios de 1915, y entonces se creó la Liga de Gremios Nacionales. Por consiguiente, su historia, y la del movimiento socialista gremial después de sus primeras etapas, pertenece a un período posterior al que constituye el tema de este volumen.

Hay que decir algo más, no obstante, acerca de las ideas gremiales tal como se desarrollaron hasta 1914, y acerca de su relación con el movimiento socialista. Los escritores comunistas generalmente rechazan el socialismo gremial por considerarlo esencialmente como una forma de doctrina "pequeño burguesa", afectada de "utopismo" y destinada a obscurecer las realidades de la lucha de clases y a evitar las consecuencias necesarias del marxismo. Comprendo lo que quieren decir. El socialismo gremial fue fundamentalmente una doctrina ética y no materialista. Se propuso en contra tanto del socialismo de Estado como de lo que pronto había de ser llamado comunismo, y para afirmar la importancia capital de la libertad del individuo y del grupo, y la necesidad de extender la responsabilidad social a todo el mundo, haciéndoles, hasta donde fuese posible, dueños de sus propias vidas y de las condiciones bajo las cuales había de ser realizado su trabajo diario. Sostenían los socialistas gremiales que no era la pobreza, sino la esclavitud y la inseguridad los males mayores que los obreros tenían que vencer. Verse libres del temor al desempleo, la libertad en el trabajo y el derecho a trabajar bajo inspectores y gerentes elegidos por ellos mismos y librar a los sitios de trabajo de jefes nombrados desde arriba, ya fuese por el patrono capitalista o por el Estado, eran los fundamentos necesarios de la democracia obrera, sin la cual la democracia política sólo podía ser una ficción. Lo que el hombre fuese en su labor diaria, eso sería en su ocio y como ciudadano. "El control de los trabajadores" tiene que establecerse desde abajo, basándolo en una democracia del taller y en el "derecho al trabajo".

Hasta más tarde no se vio claramente cuanto separaba a los distintos defensores del "control de los obreros". Para algunos de los sindicalistas obreros, y más tarde para los comunistas, significaba control de los obreros *como clase social,* que había de ser ejercido mediante la dictadura del proletariado en su conjunto, y era por consiguiente completamente compatible con la centralización y con la disciplina impuesta, siempre que la disciplina fuese impuesta por representantes de la clase.

Por otra parte, los socialistas gremiales eran fuertemente antiautoritarios: el "control obrero" que defendían era, sobre todo, control por el grupo mismo de trabajadores sobre sus propios asuntos, dentro del marco de un control más amplio de acción formulado y ejecutado de la manera más democrática posible, y con la mayor difusión de la responsabilidad y del poder.

Había sin duda diferencias de matiz y de doctrina entre los mismos socialistas gremiales. Hobson y Orage, como hemos visto, defendían una estructura de los gremios que controlasen y organizasen la producción bajo reconocimiento del Estado; pero esta opinión encontró oposición creciente entre los socialistas gremiales, muchos de los cuales (yo mismo) eran contrarios a la idea misma del Estado soberano y de una autoridad universal. En lugar de ello proponíamos una doctrina de pluralismo político, basado en el concepto de función. Esto implicaba un reto a la teoría generalmente aceptada del gobierno democrático representativo. Sosteníamos que ningún hombre podía verdaderamente representar a otro: lo más que un hombre podía hacer era actuar como representante de propósitos comunes que compartía con otros. Por consiguiente, toda verdadera representación tenía que ser funcional; y no podía haber ninguna autoridad singular que representase a todos en todos sus propósitos. Esto llevaba a una sociedad pluralista, en la cual no habría "soberano", sino en su lugar una distribución.del poder que conservaría la libertad del individuo permitiéndole acudir a un grupo funcional para que le protegiese contra las pretensiones de otro, naciendo la decisión final de un acuerdo entre los diferentes grupos, y no de una orden de un superior universal. Por supuesto, se objetaba que tenía que haber una autoridad final de derecho, si la unidad de la sociedad no había de disolverse en una anarquía; pero los socialistas gremiales pluralistas replicaban que no veían la necesidad de que la sociedad, para mantenerse unida, tuviese que aceptar en definitiva una autoridad única superior. En este punto coincidían con los anarquistas "federales" en contra de los marxistas. Invocaban a Proudhon y a Kropotkin y a William Morris en contra de los autoritarios, rechazaban la opinión de que todos los problemas políticos tienen que ser pensados en primer lugar refiriéndolos a un poder centralizado.

Que esta actitud era muy intelectualista, y en este sentido "pequeño burguesa", es sin duda verdad. Pero no parece evidente que por esto sea mala. Que apareciese cuando apareció, y que, más tarde, influyese menos, no fue por mero accidente. Surgió en un momento en que, desde distintos puntos de vista, la idea del papel creador de los grupos sociales desafiaba a la vez a las ideas atomistas del utilitarismo de Bentham y a las doctrinas de masas del autoritarismo, en que se basan tanto la actitud hegeliana como la marxista. Cedió cuando tanto en la Rusia

postzarista como en el Occidente, la guerra y sus consecuencias engendraron una nueva tendencia a concebir los problemas de la sociedad a base de un poder de masas, y perdieron valor una vez más las ideas liberales. En este respecto el sindicalismo, los sindicatos obreros, el socialismo gremial, el feminismo militante y los distintos movimientos en favor de la independencia religiosa con respecto al poder secular, tenían características comunes, y, como hizo notar Sorel, concordaban con la filosofía de Bergson y la importancia que daba al *élan vital.* Además, todas ellas eran contradictorias en sí mismas, en el sentido de que podían combinarse con evangelios muy democráticos o con otros jerárquicos, de tal modo que sus protagonistas chocaron entre sí en el período de la posguerra, y todo el movimiento se dividió. Sin embargo, estos últimos desarrollos tendremos que estudiarlos en el próximo volumen.

Por lo que se refiere a lo exterior, lo que sucedió en la Gran Bretaña entre 1910 y 1914 ha sido bien descrito por George Dangerfield en un libro que tituló *The Strange Death of Liberal England.* A los pocos años de la gran victoria electoral de 1906, que pareció prolongar la vida del liberalismo y darle una nueva forma adaptada a las condiciones del siglo XX, la base ideológica del nuevo liberalismo fue destruida, no por el nacimiento del Partido Laborista, sino por haber surgido repentinamente varios retos separados a la concepción de una evolución social ordenada, a que eran fieles tanto el liberalismo como el laborismo. De hecho estas fuerzas que surgieron realizaron la destrucción del Partido Liberal; pero, al hacerlo, en gran parte agotaron su propio impulso, dejando un vacío que en el período intermedio entre las dos guerras mundiales se consideraron con derecho a llenar como rivales el comunismo y el fascismo.

CAPÍTULO V

# ALEMANIA: LA CONTROVERSIA REVISIONISTA

Al ser derogadas las leyes antisocialistas y al caer Bismarck del poder terminó una época de la historia del socialismo alemán, y empezó otra. Durante doce años el Partido Social-Demócrata había sido perseguido: sus periódicos habían sido suspendidos, su organización prohibida, y sus jefes acosados por la policía. Si Bismarck hubiese podido hacer todo lo que quería, al partido le hubiese sido imposible presentar candidatos para el Reichstag o para los Landstags de los diferentes estados alemanes; pero el Reichstag mismo se había negado a intervenir en la libertad de sus propias elecciones, y en algunos de los estados se conservaba una considerable libertad parlamentaria. El partido, aunque duramente perseguido, fue capaz de luchar en las elecciones y de hacer propaganda electoral, y sus diputados, cuando eran elegidos, podían hablar libremente en el Reichstag o en los Landtags de los estados, e incluso podían hablar a sus electores siempre que tuviesen cuidado de no dar motivo para que interviniese la policía. Reuniones de cualquier magnitud del partido sólo podían celebrarse fuera del país, en Suiza; y Suiza proporcionaba también un lugar para la publicación del partido, *The Social Democrat,* el cual era introducido de contrabando en Alemania en gran escala.

Al principio, el número de votos socialistas disminuyó. En las elecciones para el Reichstag de 1877 había llegado a 493,000; en 1881 había bajado a 312,000. Pero después aumentó rápidamente: a 550,000 en 1894 y a 763,000 en 1887. En 1890 los social-demócratas celebraron su nueva libertad con una votación de 1.427,000, cerca del 20 % del total. Lograron ocupar 35 puestos en el Parlamento; en 1878 habían ocupado 9 y 24 en 1884. En 1887 habían quedado reducidos a sólo 11 por haberse unido contra ellos los partidos antisocialistas; pero incluso entonces el número total de votos había aumentado, tanto de manera absoluta como proporcionalmente.

La social-democracia alemana había conseguido ser muy admirada en el extranjero por su notable éxito en hacer frente a la persecución. De hecho fue durante el período en que el partido estuvo proscrito cuando fue teniendo imitadores en una y otra nación, y parecía trazar el camino al socialismo europeo casi en todas partes, si no en todo el mundo. Las condiciones de su existencia necesariamente afectaban su actuación. La jefatura oficial tuvo que ser ejercida por sus representantes parlamentarios, que eran los únicos que podían hablar o actuar con toda libertad.

La organización del partido mismo tenía que ser clandestina; y era imposible establecer un sistema de secciones que perteneciesen a un organismo central. Así se inició el arreglo de elegir "hombres de confianza" para estar en contacto con pequeños grupos de miembros, un sistema que fue mantenido hasta después de 1890, y llegó a ser un elemento importante en la estructura básica del partido. Las circunstancias exigían un alto grado de control centralizado y de direcciones desde arriba. Era imposible reunir una asamblea completamente representativa del partido, y por esta causa el programa del partido adoptado en Gotha en 1875 permaneció sin alteraciones. Las declaraciones del partido eran hechas en el momento de las elecciones por los principales candidatos, y entre elección y elección por los representantes en el Reichstag o en los Landtags de los Estados. Wilhelm Liebknecht y August Bebel eran los principales oradores del partido: Eduard Bernstein y Karl Kautsky comenzaban a ser conocidos como sus teóricos. Los cuatro eran ardientes marxistas: Bemstein era amigo íntimo de Engels: sus desviaciones revisionistas ni siquiera se sospechaban todavía. Él y Kautsky colaboraron estrechamente en exponer la nueva política del partido después del Congreso de Erfurt de 1891.

Cuando terminó el período de represión, el partido se dio prisa tanto para reformar su organización como para redactar un nuevo programa. Casi al mismo tiempo los sindicatos obreros, que habían sido casi destruidos después de 1874, pero que se les permitió rehacerse, bajo severas restricciones, durante los últimos años de la década de 1880, emprendieron la formación de una nueva organización central propia; y un nuevo movimiento cooperativo, basado en los principios de Rochdale, empezó a desarrollarse entre los obreros industriales. A estos dos movimientos les interesaba conseguir libertad para desarrollarse, lograr el reconocimiento legal y ejercer presión en favor de reformas económicas inmediatas. Los socialistas, si habían de conservar a sus miembros de la clase obrera y aumentar su influjo en ella, tenían que ponerse de acuerdo tanto con los sindicatos obreros como con las cooperativas y adoptar una actitud constructiva en relación con las reformas que deseaban los miembros de estas organizaciones. Esto planteaba un problema no pequeño a los jefes socialistas. Mientras su partido estuvo proscrito, era natural que empleasen el Reichstag como tribuna para la propaganda socialista. No se podía pensar en que pudiese influir en la política del gobierno: su misión había sido luchar contra ella en toda ocasión posible; pero después de la salida de Bismarck y con un nuevo y joven emperador, Guillermo II, que empleaba ideas de reformas sociales avanzadas, con libertad para organizarse y con grandes esperanzas despertadas por sus éxitos electorales, tenían que considerar de nuevo su actitud y decidir hasta qué punto seguirían siendo un partido revolucionario.

Durante los años en que estuvo proscrito no pudieron hacer otra cosa, pero ahora ¿hasta qué punto variarían las cosas al volver a la legalidad?

Esta pregunta no era fácil de contestar; y casi desde el principio recibió varias respuestas, porque la situación difería considerablemente en partes distintas de Alemania. Para el Reichstag había, y lo había habido siempre desde que fue creado en 1867, derecho al voto para todos los varones. Sin embargo, no había ninguna clase de gobierno democrático responsable. El Reichstag no intervenía en el poder ejecutivo ni participaba de él. En lo ejecutivo gobernaba el emperador directamente o a través de su canciller; y el Bundesrat federal, dominado por Prusia, estaba más cerca de los resortes del poder que la cámara elegida por el pueblo. Además, en Prusia misma, que era con mucho el Estado más grande y más poderoso, no había nada de democracia. El Landtag era elegido mediante un sistema de tres clases de votantes que hacía prácticamente imposible que los socialistas consiguiesen ningún puesto de ningún modo, a menos que estuviesen dispuestos a entrar en arreglos electorales con los partidos liberales burgueses en contra de los conservadores. En los demás Estados la situación variaba: en algunos el derecho al voto estaba muy extendido, de tal modo que los socialistas habían podido abrirse camino en ellos incluso durante los años de represión: en otros, en realidad, no podía hacerse nada. En los Estados que tenían constituciones más liberales, había existido la tendencia a que los socialistas y los progresistas actuasen juntos en las elecciones del Estado y en las municipales; pero en Prusia y en algunos otros Estados había habido un enconado antagonismo entre socialistas y liberales, que, en su mayor parte, defendían una política extrema del *laissez-faire* en cuestiones de legislación obrera y de mejoras sociales.

En los primeros tiempos, antes de que los partidarios de Marx y Lassalle se hubiesen fusionado para formar un partido unido, uno de los grandes puntos de discusión entre ellos había sido si se debía o no cooperar con los partidos burgueses más progresistas. Los partidarios de Lassalle habían tenido el hábito de decir que todos los que no eran socialistas formaban una masa reaccionaria única, contra la cual los socialistas tenían la misión de luchar políticamente. La aceptación de este punto de vista en el programa Gotha, de 1875, había sido uno de los defectos principales que Marx había encontrado en él; porque Marx había insistido una y otra vez en la necesidad de actuar con la burguesía progresista a fin de conseguir avances hacia una democracia constitucional, aunque generalmente añadía algo acerca de que era necesario que los socialistas, en la hora de su triunfo, se volviesen contra los que antes habían sido sus aliados. Marx había acusado a los partidarios de Lassalle de emplear sus censuras sin distinción contra todos los partidos no socialistas para disimular su verdadera preferencia por los imperia-

listas reaccionarios en contra de los capitalistas liberales; pero este motivo de diferencia, de hecho había desaparecido durante los años en que tanto los partidarios de Marx como los de Lassalle fueron víctimas de una persecución común. Sin embargo, continuaba existiendo una profunda diferencia, que no dejaba de tener relación con la causa original del desacuerdo. ¿Habría de ser considerado el Reich alemán, tal como fue establecido en 1870, como el enemigo, o había de ser aceptado como un hecho? ¿Debía la social-democracia hacer la oposición no sólo a la política del gobierno del Reich sino también al Reich mismo? En la mente de los socialistas esta cuestión estaba estrechamente relacionada con la anexión de Alsacia y Lorena, a la cual ellos se oponían. Ahora, después de 20 años ¿aceptarían este acto de imperialismo agresivo como un hecho consumado, o defenderían la devolución, y se opondrían al Reich? Más tarde esta cuestión se convirtió en la determinación de si los diputados socialistas debían votar alguna vez en favor del presupuesto del Gobierno, y se mezcló con otros problemas más amplios de defensa nacional y de expansión colonial; pero ya llegaremos a esto en el momento debido: ahora, lo que nos interesa es el problema con que se enfrentaron los social-demócratas inmediatamente después dt haber sido derogadas las leyes antisocialistas.

En 1869, Wilhelm Liebknecht, en un discurso que fue impreso en un folleto y que llegó a ser famoso, dio expresión a un punto de vista extremadamente revolucionario con respecto a la acción parlamentaria. "El socialismo —decía— no es ya una cuestión de teoría: es sencillamente una cuestión de fuerza, que no puede ser resuelta en el Parlamento, sino en el campo de batalla, como cualquier otra cuestión de fuerza... Para los pueblos como para los príncipes la violencia tiene la última palabra." A continuación atacaba la ilusión de que el sufragio universal era 'la llave milagrosa que abriría las puertas del poder público a los desheredados". Y añadía: "sin duda el sufragio universal es un derecho sagrado del pueblo, y una condición fundamental del Estado democrático —del Estado democrático socialista—; pero, considerado aparte, separado de la libertad civil, sin libertad de prensa, sin derecho de asociación, bajo la dominación de los sables de los policías y de los soldados, y, en una palabra, dentro del Estado absolutista, el sufragio universal sólo puede ser el juguete e instrumento del absolutismo". ¿Qué sucedería, se preguntaba, en el "caso casi inconcebible de que los socialistas tuviesen mayoría en el Reichstag?" Si esa mayoría tratase de transformar las instituciones fundamentales de la sociedad alemana, "una compañía de soldados dispersaría a la mayoría socialista, y, si estos caballeros no aceptasen pacíficamente su expulsión, un puñado de policías los conduciría a la cárcel, en donde tendrían tiempo para reflexionar acerca de su quijotismo".

En 1891, en el congreso de Erfurt, Liebknecht habló en sentido diferente, cuando contestó a los ataques del ala izquierda dirigida por el impresor de Berlín, Wilhelm Werner. Su actitud hacia el parlamentarismo había sufrido un gran cambio bajo la influencia del avance electoral de los social-demócratas.

> Sostengo, todos nosotros sostenemos, que el centro de gravedad de la actividad de nuestro partido no se halla en el Reichstag, sino fuera de él, y que nuestra actividad en el Reichstag, mientras no tengamos una influencia decisiva, debe tener como objetivo sobre todo la propaganda; pero ¿porque no tengamos una influencia decisiva, se sigue que debemos condenar el parlamentarismo? El parlamentarismo es sencillamente el sistema de representación del pueblo. Si hasta ahora no hemos conseguido resultados en el Reichstag, la culpa no es del parlamentarismo: es sencillamente consecuencia de que no tenemos todavía en el país, en el pueblo, el poder necesario. Si tuviésemos detrás de nosotros tantos votos y tanta fuerza como tienen los partidos burgueses, el Reichstag, sería para nosotros tan poco infructuoso como lo es para ellos... Decir esto no es sostener que todo problema puede ser resuelto mediante la legislación, pero que alguien me enseñe otro camino que lleve a nuestro fin: Sé que hay otro camino, el cual, en opinión de algunos pocos de nosotros, es más corto: el de la violencia. .. pero ese camino conduce al anarquismo, y es culpa grande de la oposición no haber tenido en cuenta este resultado... En el proceso del tiempo la mera fuerza debe ceder a los factores morales, a la lógica de las cosas. Bismarck, el hombre de la fuerza bruta, el hombre de la política de hierro y sangre, yace postrado, y la social-democracia es el partido más fuerte de Alemania... La esencia del revolucionarismo está, no en los medios, sino en el fin. La violencia ha sido durante miles de años un factor de reacción. Probad que nuestro fin es falso, y entonces podréis decir que el partido ha sido apartado por sus jefes del camino de la revolución.

En efecto, el año 1891, los jefes de la social democracia alemana, animados por su eficaz resistencia bajo la represión y por sus notables éxitos electorales, llegaron a creer que pronto llegarían a conseguir una mayoría de puestos en el Reichstag, y que ya no sería posible que esa mayoría fuese dispersada por los soldados del gobierno, o que sus jefes, si ofrecían resistencia, fuesen llevados a la cárcel por unos cuantos policías. Se habían convertido en parlamentaristas, porque habían llegado a creer, como no lo habían creído antes, o al menos como no lo había creído Liebknecht ni los del partido creado en Eisenach, que el Reichs-

tag podía ser empleado como un instrumento para producir la transformación de la sociedad de una base capitalista a una socialista. Los partidarios de Lassalle desde el principio habían adoptado la actitud de tratar de utilizar su posición en el Reichstag para favorecer la reforma social. Habían participado mucho en los debates, presentando enmiendas y votando en favor de lo mejor y en contra de lo peor, incluso cuando lo mejor estaba aún lejos de lo que ellos querían. Habían sido censurados por hacer esto, sobre todo por el mismo Liebknecht, en nombre de la ortodoxia marxista; pero entre los del partido de Eisenach hubo desde el principio algunas dudas acerca de los méritos de la actitud intransigente de Liebknecht. Bebel ya la había puesto en duda en 1869; y la cuestión había sido planteada en la asamblea del partido en Stuttgart el año siguiente. Allí fue aprobada una propuesta de transacción defendida por los dos protagonistas. En ella se decía que el partido de Eisenach debía tomar parte en las elecciones para el Reichstag, "principalmente por razones de propaganda", y que "debía tomar parte en la labor del Parlamento por bien de la clase obrera, pero en general debía mantener una actitud negativa hacia la labor del Parlamento. De este modo Liebknecht, en 1870, había conseguido casi todo lo que quería; pero ahora, en 1891, aparecía como protagonista de la causa contraria.

Después del Congreso de Erfurt, la oposición de izquierda se separó del Partido Social-Demócrata y formó un Partido Socialista Independiente. Pero lo siguieron pocos partidarios, y entre éstos había no pocos anarquistas de matices diferentes. El Partido Socialista Independiente pronto se deshizo: los que no eran anarquistas volvieron al Partido Social-Demócrata, y aceptaron la actuación en el Parlamento, sazonándola con declaraciones de marxismo revolucionario, que había llegado a ser la política oficial. Poco después se hallaron aliados con Liebknecht y Kautsky en contra de los divisionistas.

En 1891, al preparar la revisión de la constitución del partido en Erfurt, Engels publicó, en el *Neue Zeit,* la carta suprimida en que Marx atacaba el programa de Gotha de 1875. Esto fue un factor material que llevó al partido a comenzar el nuevo programa con una afirmación sin atenuaciones de su fe marxista; pero, como vimos, el programa de Erfurt guardaba silencio acerca de puntos como el del carácter clasista del Estado y la necesidad de vencerlo por la fuerza. Pedía sufragio universal, incluyendo el sufragio femenino, el voto secreto, la representación proporcional, elecciones bienales, pago a los miembros del Parlamento, legislación directa mediante la iniciativa y el veto, y autonomía en todos los grados de la administración: Reich, estados, provincias y municipios. Pedía también la elección popular de los funcion?rios públicos y la responsabilidad de estos funcionarios ante la ley. En resumen, el programa de Erfurt contenía una petición radical de reforma

constitucional; pero dejaba abierta la cuestión de si los cambios pedidos habían de conseguirse mediante la acción parlamentaria apoyada por la presión de la opinión pública, o por medios revolucionarios.

Sin embargo, los jefes del partido estaban sin duda interesados en cuál sería la política acertada para el futuro inmediato: ésta consistía en emplear su nueva libertad para conseguir una mayoría de los electores y enfrentar al joven emperador y a sus consejeros con un movimiento popular tan fuerte que no se atreviesen a recurrir a la fuerza en su contra. Esto parecía sensato; ¿pero cuál era la mejor manera de conseguir el apoyo electoral necesario? ¿Sería seguir adoptando dentro y respecto al Parlamento la actitud esencialmente *negativa* que Liebknecht había recomendado antes al partido? Esto parecía difícil; porque, en el intervalo, el gobierno de Bismarck había establecido las leyes de seguro social, que difícilmente podía considerarse no beneficiosas para los obreros; de tal modo que tenía que admitirse que incluso el Estado existente era capaz de establecer medidas útiles, y, si era así, la vigilancia de los social-demócratas en el Reichstag podía ser útil para mejorarlas, o, en todo caso, para lograr que fuesen derogadas las disposiciones peligrosas. Además, los sindicatos obreros, que crecían, pidieron reformas sociales, y esperaban ayuda de los miembros socialistas del Reichstag. En estas circunstancias, una política de actividad constructiva en el Parlamento parecía ofrecer esperanzas de conseguir que aumentase la ayuda de los electores.

Sin embargo, el reconocimiento de esto planteó otras dos cuestiones. ¿Deberían los social-demócratas mantener la política de completa independencia y de no cooperación con los demás partidos o deberían prepararse para llegar a arreglos ya en el Parlamento o con el propósito de una ayuda mutua en las elecciones? Segunda: ¿debería el partido seguir considerándose como el representante de la clase obrera industrial, o debería hacer un esfuerzo para atraerse la ayuda de los aldeanos, que constituían un sector grande de los electores en muchas partes de Alemania?

Respecto a la primera de estas cuestiones, los jefes social-demócratas habían tomado una decisión en 1890, cuando el futuro de las leyes antisocialistas todavía no era seguro. Tres años antes se había decidido (en el Congreso de St. Gall, de 1887) que los socialistas se abstendrían de votar en la segunda votación cuando su propio candidato hubiese sido eliminado en la primera. Como la política seguida consistía en presentar candidatos socialistas en todas las circunscripciones donde fuese posible, esto significaba, en realidad, que nunca habría de apoyarse en las elecciones a los candidatos de ningún otro partido. Sin embargo, en la práctica los miembros se negaban a obedecer la decisión del partido, y votaban en gran número en favor de los liberales o progresistas en la

segunda vuelta. En 1890, ante un problema de enorme importancia para el futuro del partido, los jefes social-demócratas juzgaron que era su deber declarar que el acuerdo tomado en St. Gall no era practicable, y dieron instrucciones a sus partidarios para que votasen en favor de candidatos que se comprometiesen a actuar en contra del restablecimiento de las leyes antisocialistas. Esta política dio buenos resultados; y después llegó a ser la política normal del partido en sucesivas elecciones para el Reichstag. Una política análoga fue seguida también en aquellos Estados del imperio en que el derecho al voto estaba bastante extendido. Pero en Prusia, donde, como hemos visto, seguía en vigor el sistema de votar con arreglo a las "tres clases", no había posibilidad de proceder del mismo modo. La única manera de conseguir que algunos representantes fuesen elegidos para la Dieta de Prusia, era hacer un pacto electoral con los partidos burgueses desde el principio, a fin de unir los votos de dos de las tres "clases". A esta política de alianzas electorales se mantuvieron firmemente opuestos los social-demócratas después de 1890; y como era completamente inútil el luchar en las elecciones sobre otra base, la política oficial fue de abstención completa. En 1893, sin embargo, Bernstein, en un artículo publicado en el *Neue Zeit,* atacó esta política, y recomendaba a su partido que pactase con los burgueses progresistas de Prusia en las elecciones. Esta cuestión fue discutida en la asamblea del partido celebrada en Colonia en ese año, y, a instancias de Bebel, la propuesta de Bernstein fue rechazada por unanimidad fundándose en que "desmoralizaría" al partido.

El Estado en que, gracias a que estaba muy extendido el derecho al voto y al gran desarrollo de la industria bajo muy malas condiciones de trabajo, los socialistas hicieron más progreso en las elecciones para la Dieta, fue Sajonia. Sin embargo, en 1896 este progreso fue detenido bruscamente. Bajo la influencia de Prusia, los otros partidos se unieron contra los socialistas para alterar la ley electoral. Fue reintroducido un sistema electoral de "clases" análogo al de Prusia; y la representación socialista desapareció de la Dieta, aunque los socialistas siguieron ganando cada vez más lugares de Sajonia en el Reichstag. Éste y otros hechos mostraron que el camino para la conquista pacífica del poder político no estaba tan abierto como se había supuesto después de las victorias de 1890. Si en Sajonia el avance electoral del socialismo había sido contrarrestado contra un golpe reaccionario ¿no podían utilizarse los mismos métodos para impedir que los socialistas consiguiesen mayoría en el Reichstag? ¿Estaba el sufragio universal tan firmemente establecido que no podía ser derogado, o todavía tenían vigencia las palabras que Liebknecht pronunció en 1867?

Bajo estas condiciones se planteó de nuevo la cuestión de participar en las elecciones de Prusia. Bebel se declaró convertido frente al

peligro: Liebknecht se opuso todavía enérgicamente. La asamblea del partido celebrada en Hamburgo el año de 1897 discutió ampliamente este punto, y decidió que era preciso dejar a las organizaciones locales del partido que decidiesen si habían de tomar parte o no, pero que "estaban prohibidos toda clase de compromisos o alianzas con otros partidos". Este acuerdo no fue útil para nadie; porque la participación sin alianzas estaba llamada a no dar resultado. En ese momento el partido se halló frente a una amenaza por parte del Emperador de una nueva legislación represiva; y en la asamblea de Stuttgart de 1898 los defensores de la participación consiguieron un verdadero avance. Todavía se dejaba al partido local que decidiese si había de tomar parte o no en las elecciones de Prusia; pero en donde el partido local decidiese participar, se le permitía llegar a arreglos con los otros partidos, siempre que los candidatos de éstos se obligasen a defender el sufragio universal y a votar en contra de cualquier ley represiva que pudiera ser propuesta.

En Prusia se trataba de buscar apoyo burgués en contra de un régimen absolutista. En algunas otras partes de Alemania se planteó una situación diferente. Baviera, por ejemplo, era a la vez un país católico y predominantemente campesino; y los socialistas no tenían esperanzas de conseguir allí mayoría, a no ser que obtuviesen que tanto los aldeanos más pobres como los obreros industriales se pusiesen de su lado. Buscando este objetivo, los social-demócratas bávaros en 1898 se aliaron con el Partido Católico del Centro. Esto fue inmediatamente combatido como contrario a la política aprobada de independencia de los social-demócratas, y en el Congreso de Hannóver de 1899 hubo un enconado debate, que terminó con un extenso acuerdo que definía de nuevo la actitud del partido.

> El partido, a fin de lograr su fin, emplea todos los medios que, estando en armonía con sus principios fundamentales, prometen éxito sin hacerse ninguna ilusión acerca de la naturaleza y esencia de los partidos burgueses como representantes y defensores del orden político y social existente, no se niega, en determinados casos, a unir su acción con algunos de ellos, ya se trate de aumentar la fuerza electoral del partido, o de ampliar los derechos y libertades del pueblo, o de mejorar considerablemente la situación social de la clase trabajadora, o de fomentar el cumplimiento de los deberes hacia la civilización, o de combatir proyectos hostiles a la clase obrera o al pueblo. Sin embargo, el partido conserva siempre en su actuación su completa autonomía y su independencia y considera cada éxito que tenga sólo como un paso que le acerca a su objetivo final.

Este acuerdo fue una victoria notable de los defensores de las alianzas electorales; pero dejó intacto el problema de la participación en las elecciones de Prusia con arreglo a las "tres clases". Finalmente, en el Congreso de Mainz de 1900, se decidió que los socialistas tomasen parte en las elecciones de toda Prusia, pero que presentarían candidatos propios en las primeras elecciones, y que pactarían con los otros partidos sólo a través de los representantes suyos que hubiesen sido elegidos en la primera vuelta. (El método de elección de la Dieta de Prusia era indirecto: los electores, por clases, elegían sus delegados, y los delegados unidos elegían después los representantes que se sentaban en la Dieta.) De este modo el Partido Social-Demócrata recorrió una larga distancia en la década posterior a 1890 hacia la política de transacción electoral y parlamentaria. En efecto, completó su conversión de partido revolucionario en partido parlamentario.

En esta notable evolución, los aldeanos fueron factor muy importante. En la teoría social-demócrata se hacía resaltar la tendencia histórica hacia las grandes empresas y la concentración del capital en un número cada vez menor de personas. A ningún otro elemento de Marx se le dio tanta importancia: el proceso de "socialización" de la producción era la garantía de la realización del socialismo. La palabra 'socialización", tal como la emplea Marx en El *Capital,* no quiere decir nacionalización o propiedad social, sino que las empresas individuales son sustituidas por empresas cada vez mayores, la cooperación de una multitud de obreros bajo una dirección unificada para hacer los productos últimos, el creciente carácter "social" o colectivo de la producción bajo la influencia de la técnica moderna y de la organización financiera concentrada. Este proceso constituye, en opinión de Marx, un elemento necesario en la evolución de la sociedad y lleva irresistiblemente a una situación en la cual todo producto es resultado del trabajo combinado de la cooperación de muchos individuos que trabajan juntos quieran o no, a pesar de los antagonismos de clase que los dividen. Esta "socialización" del proceso de la producción, según Marx, preparaba el camino para el momento en que, como el capitalismo se muestra incapaz de ordenar su conducta o de evitar la repetición de crisis cada vez más graves, estaría el proletariado en situación de adueñarse del poder político y de establecer una "socialización" racional, haciendo que los medios de producción pasasen, de ser de propiedad privada, a propiedad pública, y planificando después la producción de la industria con objeto de atender a las necesidades de todo el pueblo.

De este modo las grandes empresas, los *trusts* y la concentración de la propiedad en pocas manos eran consideradas por los social-demócratas como etapas necesarias en el camino hacia el socialismo; y las pequeñas empresas eran consideradas con desdén, como meras supervi-

vendas de una época anterior, y destinadas inevitablemente a decaer y a ser superadas a medida que las realizaciones capitalistas llegasen a una etapa superior. Este desdén se extendía no sólo a los artesanos, a los pequeños comerciantes y a las pequeñas empresas industriales, sino también a los campesinos que labraban un trozo de tierra sólo con las herramientas más sencillas y, con la más rudimentaria división del trabajo y con una estúpida devoción por la propiedad y transmisión mediante herencia de sus míseras posesiones. En la sociedad venidera, decían los teóricos social-demócratas, repitiendo a Marx y a Engels, los aldeanos serían eliminados como restos anacrónicos de barbarismo; la tierra sería explotada con métodos científicos de cultivo en gran escala lo que produciría mucho más con mucho menos costo; y los aldeanos, desposeídos, habiendo quedado reducidos a la situación de proletarios por la "industrialización del campo mediante la agricultura capitalista, participarían de la emancipación general que seguiría a la conquista del poder político por el proletariado".

Había dos puntos negros en este cuadro optimista. En primer lugar, los aldeanos obstinadamente se negaban a desaparecer. Sin duda, la agricultura capitalista hacía algunos progresos, pero también los hacía la agricultura aldeana en tierras antes no cultivadas o poco cultivadas por grandes terratenientes del tipo feudal anterior al capitalismo. Algunos teóricos social-demócratas, incluyendo por un tiempo a Kautsky, hicieron afanosos intentos para interpretar las estadísticas de que disponían en el sentido de que confirmaban su suposición de que la agricultura aldeana tenía que desaparecer ante el avance de la agricultura capitalista; pero los hechos eran más fuertes que ellos. Poco a poco, tuvo que admitirse que en gran parte de Europa la agricultura aldeana aumentaba, y no disminuía, y que la propiedad de la tierra se dividía más en lugar de concentrarse cada vez en menos manos. Entonces se afirmó que el aldeano, aunque sobreviviese, iba siendo, cada vez más, presa de los prestamistas y de los financieros, y que su nivel de vida iba bajando más y más a causa tanto de la competencia que le hacía el agricultor industrial como de las exacciones que le imponían los terratenientes, los prestamistas y los comerciantes. Pero aun así, los hechos desconcertaban a los teóricos del partido, incluso porque se veía que la sustitución de otras formas de negocios en pequeña escala era mucho menos rápida de lo que ellos habrían esperado.

El segundo punto negro era la negativa de los aldeanos a desaparecer para convertirse en proletarios y trabajar en las grandes industrias o en las grandes explotaciones agrícolas industrializadas, haciendo mucho más difícil para los socialistas la obtención de una mayoría parlamentaria actuando como representantes solamente del proletariado. Por supuesto, esta dificultad era más aguda en las partes menos industriali-

zadas de Alemania, y especialmente en las partes de Alemania occidental en donde predominaba la agricultura aldeana. En la Alemania oriental era posible tratar a los labradores explotados, semisiervos de los grandes dominios feudales, como análogos a los obreros industriales, y atraerlos con programas de expropiación de los dueños feudales del suelo. Pero eso no serviría para atraer a los aldeanos del sur y del oeste de Alemania, que no eran asalariados sino, en medida cada vez mayor, pequeños propietarios, cuyo apoyo podían conseguir mejor los parlamentarios prometiéndoles reformas que afirmasen sus derechos de propiedad y de transmisión, y que les facilitasen obtener capital y crédito en forma no demasiado onerosa. La cooperación agrícola, sobre todo en forma de sociedades de crédito, ya había hecho progresos importantes en el sur y en el oeste de Alemania, pero esto no se debía a los social-demócratas; los católicos y los liberales, no los socialistas, habían fomentado la cooperación agrícola de este tipo, y la habían empleado en contra del socialismo como medio de fortalecer la economía aldeana. En realidad, mientras que los liberales, contrarios a la intervención del Estado, en general habían limitado su ayuda a estimular la cooperación voluntaria, los católicos estaban dispuestos a pedir la ayuda del Estado para proteger a los aldeanos contra las intromisiones de la agricultura capitalista y del poder de los financieros privados.

Ante un numeroso electorado de aldeanos, con muchos descontentos, pero apasionados por la propiedad y el cultivo privados ¿qué harían los socialistas? Los bávaros, como hemos visto, trataron de fortalecer su posición electoral aliándose con el Partido Católico del Centro; pero esto no resolvía el problema de los aldeanos. Los socialistas buscaban la manera de que los aldeanos se hiciesen social-demócratas; ¿pero cómo podían ni siquiera intentar esto sin negar sus propios principios? A fin de obtener el apoyo de los aldeanos, tendrían que ofrecer algo querido por éstos; y tendría que ser algo que, en lugar de adelantar su sustitución, reforzase de hecho su posición de la tierra y les ayudase a competir con más éxito con los agricultores en gran escala y con los importadores de productos agrícolas. Lo cual retrasaría el proceso mismo de "socialización", en el cual los social-demócratas ponían sus esperanzas como medio para la victoria.

Durante todo el período que siguió a 1890, la social-democracia alemana estuvo luchando con este difícil dilema. Los bávaros, dirigidos por Georg von Vollmar (1850-1922) se convirtieron en los protagonistas de la doctrina de que los aldeanos pobres, en todo caso, debían ser considerados como esencialmente proletarios, incluso cuando cultivaban su tierra propia con el trabajo de su familia. Sostenían que los socialistas en modo alguno podían esperar hasta que la agricultura aldeana y otras formas de producción en pequeña escala desapareciesen.

Ayudar a los aldeanos y atraerlos como aliados del proletariado industrial, lejos de debilitar la causa socialista, sería de gran ventaja cuando llegase el momento de derrocar a la sociedad capitalista. Haría menos doloroso el parto del nuevo orden social.

Los socialistas bávaros se daban cuenta del peligro de que los aldeanos pudiesen aprovechar la ayuda de los socialistas y pagarles volviéndose contra ellos desde su posición reforzada. Por consiguiente, trataron de elaborar una política que evitase esto. Hallaron la respuesta pidiendo que el Estado se encargara de todas las hipotecas agrícolas, que se estableciera un monopolio del crédito agrícola y se redujeran los intereses de los préstamos hechos a los agricultores; de forma análoga nacionalizaría todo el seguro agrícola y tomaría en sus manos tanto la explotación de los bosques como el mantenimiento de todos los derechos comunales en el uso de la tierra. El Estado debía emplear además todo su poder en fomentar la cooperación agrícola, de forma que, en lugar de afirmar la agricultura individual, condujese al desarrollo del cultivo en gran escala, elaboración colectiva de los productos agrícolas y compra de material y venta de productos también colectivas.

En Württemberg, Hesse y Badén los social-demócratas pronto adoptaron programas agrarios siguiendo el modelo de los de Baviera; y este problema fue puesto a discusión en el Congreso socialista de Francfort-del-Meno de 1894. Los contrarios a la política seguida en Baviera acusaban a sus defensores de perjudicar los intereses de los obreros agrícolas, los verdaderos aliados de los proletarios. Este argumento lo expusieron principalmente delegados del oriente de Alemania, es decir, de la región de los latifundios. El Congreso deió esto a un lado, aunque insistió en que tenían que tomarse medidas especiales para ayudar a los trabajadores agrícolas asalariados, a quienes se debía conceder el derecho a organizarse, y cuyas horas y condiciones de trabajo debían ser reguladas por una ley. Fue nombrado un comité especial para que presentase en la asamblea siguiente un proyecto acerca de este asunto; y fueron nombrados miembros del mismo tanto Liebknecht y Bebel como Vollmar.

Oportunamente el comité presentó un informe que, en general, aceptaba la política de los socialistas de Alemania del sur. Pero Karl Kautsky, en el *Neue Zeit,* a continuación atacó violentamente toda la política de recurrir a la ayuda de los aldeanos adoptando propuestas dirigidas a reforzar su posición mediante la ayuda del Estado. El comité, tratando de dar a sus propuestas un carácter socialista, había hecho resaltar la necesidad de que los bosques fuesen explotados públicamente y de que se aumentara el poder para la adquisición pública de la tierra; pero Kautsky lo atacó tan enérgicamente por este aspecto de sus propuestas como por las medidas destinadas a ayudar a los agricultores aldeanos. Sobre el último punto rechazó indignado la idea de que

los agricultores aldeanos tuviesen nada en común con los obreros industriales. Sostuvo que no eran más que un sector de las clases que vivían explotando a los trabajadores, y no merecían ser considerados, excepto como consumidores, y como tales se beneficiarían de las partes del programa de Erfurt que mejorarían la situación de todo el público consumidor y no sólo de los trabajadores. Kautsky afirmó con vehemencia que, a pesar de todas las pruebas en contrario, los agricultores aldeanos iban siendo eliminados, porque luchaban por una causa perdida en contra de la agricultura capitalizada de los Estados Unidos y de otros países con llanuras; y dijo que los socialistas debían aceptar su decadencia como parte de la "miseria creciente" que necesariamente había de acompañar a las últimas fases del capitalismo, la de crisis y la de derrumbamiento. Sostenía Kautsky que no era necesario que los social-demócratas se basasen en más clases sociales que la del proletariado, la cual podía estar segura de la victoria que se aproximaba, a medida que crecían las dificultades del capitalismo. Sería una verdadera traición a los principios del partido y un abandono de la doctrina fundamental marxista, el convertir al socialismo de una doctrina de clase, que se basa en la misión histórica del proletariado, en una amalgama de radicalismo pequeño burgués y de oportunismo político.

Aunque Kautsky se opuso de este modo enérgicamente a que se hiciese a los aldeanos ninguna concesión que reforzase su posición en contra de la competencia de la agricultura capitalista y de los productos alimenticios importados, no sostuvo que incluso después de 'la revolución" la clase de los aldeanos desaparecería inmediatamente o debería desaparecer. Además, en su libro sobre *El problema agrario,* escrito después de la controversia sobre la política agraria social-demócrata de 1893-4, se presentó como defensor de varias medidas que, según su opinión, ayudarían a mejorar la pobreza del aldeano y a asegurar la ayuda de éste en favor del partido social-demócrata, sin el peligro de arraigar aún más al aldeano en su pequeña granja. Estas medidas iban orientadas principalmente a mejorar los impuestos en los municipios rurales y a aumentar sus ingresos, más bien que a dar asistencia directa a los aldeanos como grupo especial. Bernstein, haciendo la crítica de estas propuestas de Kautsky, con razón advirtió que, en la práctica, ayudarían mucho más a los aldeanos ricos que a los pobres, y poco o nada al labrador que trabajaba por un salario. En contra de Kautsky, defendía una política de ayuda directa a los aldeanos que, según decía, eran tan numerosos, que en muchos distritos electorales su voto era decisivo entre los partidos capitalistas y los socialistas. Sostenía Bernstein que la social-democracia debía obligarse a tomar medidas que ofreciesen una mejora inmediata de la situación de los pequeños aldeanos, sin preocuparse de las consecuencias que tuviesen fortaleciendo la economía del

sector aldeano. ¿Por qué no, si a diferencia de Kautsky, él creía que los aldeanos como clase social aumentaba en casi toda Europa, y no estaban destinados a una desaparición próxima?

Kautsky atacó el informe del comité agrario del partido por otra razón, aparte su tendencia a permitir que la clase social de los aldeanos sobreviviese. Censuró, con no menos vehemencia, al comité por proponer una serie de medidas cuyo resultado sería aumentar el poder del Estado. Afirmaba que los socialistas, lejos de aumentar la autoridad y las funciones del Estado existente, debían considerarlo como el representante central de la clase explotadora, y debían hacer todo lo posible por destruir su poder. Algunas de las medidas que el comité recomendaba serían admirables, si el proletariado controlase ya al Estado; pero sería desastroso conceder al Estado capitalista funciones que debían ser confiadas a su conquistador y sucesor proletario. La primera tarea del proletario era conquistar el poder político. Hecho esto, podía emprender la tarea de reorganizar la agricultura; pero mientras continuase el Estado capitalista, estas medidas influirían en contra del socialismo. Además, su adopción, a petición de los socialistas, haría que el Partido Social-Demócrata participase en la responsabilidad por el éxito de las empresas que buscan ganancias, echaría al partido la culpa de las pérdidas que necesariamente se producirían al favorecer una forma anticuada de organización de producción, y haría que en los distritos rurales se alejasen los verdaderos propietarios por aliarse los socialistas con sus explotadores.

Los artículos de Kautsky produjeron una gran cpmmoción. Cuando el informe del Comité fue presentado al Congreso de Breslau en 1895, su opinión prevaleció. El informe fue rechazado por una mayoría de tres a uno; y el partido dejó consignado que rechazaba todo intento de favorecer la agricultura aldeana o de presentar los intereses de los aldeanos y de los proletarios como si tuviesen algo de común. También adoptó la opinión de Kautsky de que no debiera hacerse nada que aumentase el poder del "Estado explotador", poniendo de este modo obstáculos en el camino de la victoria del proletariado. Es verdad que también decidió estudiar de manera completa el problema agrario y publicar una serie de informes basados en este estudio; pero de hecho esta última propuesta fue completamente abandonada; y el problema agrario desapareció de la agenda de los Congresos posteriores del partido. Sin embargo, la controversia continuó, aunque el partido tuvo cuidado en que estas diferencias internas suyas no se manifestasen tomando una decisión. En 1898 Kautsky publicó un extenso volumen acerca de *El problema agrario,* reafirmando y ampliando sus opiniones; y cinco años más tarde Eduard David, que había pertenecido al comité de 1894-5, replicó en su obra El *socialismo y la economía agrícola.* Los

socialistas de Alemania del sur fueron dominados, pero no quedaron convencidos; en la práctica continuaron defendiendo en sus propios Estados una parte considerable del programa suyo que había sido rechazado.

Karl Kautsky (1854-1938) en esta época ya había conseguido que se le considerase como el principal expositor ortodoxo del marxismo. Nacido en Praga, y por consiguiente austríaco de nacimiento, fue educado en la Universidad de Viena y, dedicándose después al periodismo socialista, trabajó principalmente en Suiza y Londres durante la década de 1880. En 1883 fundó el *Neue Zeit,* en Stuttgart, pero pronto tuvo que emigrar, publicando su periódico en Zurich, y más tarde en Londres. En 1890 regresó a Stuttgart, pero se trasladó a Berlín en 1897 y después a Viena. El *Neue Zeit,* que siguió dirigiendo hasta 1917, pronto fue la principal revista marxista, y es una fuente valiosísima para estudiar las controversias de los marxistas. En 1892 Kautsky publicó su libro exponiendo el nuevo programa llamado de Erfurt del Partido Social-Demócrata-Alemán. Ya había escrito varios libros, entre ellos un estudio sobre la *Utopía* de Tomás Moro; pero su *Programa de Erfurt* fue la primera de una larga serie de obras en las cuales defendía su concepción del marxismo en contra de opositores de distinta clase, entre los cuales sobresalen Eduard Bernstein y Nikolai Lenin. Después de 1914 se puso enérgicamente en contra de Alemania en la primera Guerra Mundial, y luego se unió al grupo socialista independiente dentro del movimiento Social-Demócrata-Alemán. Después de 1918 fue nombrado editor de los archivos del ministerio de relaciones exteriores alemán, y a él se debe la publicación de documentos secretos relativos a los orígenes de la guerra.

En 1887 Kautsky publicó *Las doctrinas económicas de Karl Marx,* un manual que expone las concepciones básicas del marxismo. Se convirtió, en efecto, en la exposición oficial popular: fue traducido a numerosas lenguas y conservó su popularidad durante muchos años. Su programa de Erfurt tuvo no menos importancia como la mejor guía para conocer la política de la Social-Democracia-Alemana, y durante la década de 1890, sus artículos en el *Neue Zeit* influyeron mucho en la política del partido. Cuando se desarrolló la controversia revisionista hacia el final del siglo, era natural que Kautsky apareciese como campeón principal de la ortodoxia marxista en contra del ataque de Bernstein. Tanto Wilhelm Liebknecht como August Bebel ocupaban puestos más altos en la jerarquía del partido, y se opusieron a las opiniones de Bernstein; pero eran políticos activos a la vez que periodistas, mientras que Kautsky era sobre todo un teórico, e intervino poco en política, excepto a través de sus escritos.

Como veremos, Kautsky consideraba que el diagnóstico social de

Marx era completamente correcto. Su libro sobre las doctrinas económicas de Marx es una exposición escueta de la teoría marxista de la plusvalía, sin ningún elemento critico. Acepta enteramente la distinción que hace Marx entre trabajo productivo y no productivo, y entre trabajo pagado y no pagado. También aceptó sin atenuaciones la exposición de Marx de las "contradicciones" del capitalismo, incluyendo la opinión de que las crisis tenían que repetirse cada vez con mayor gravedad y que conducirían a la "crisis final", en la cual sería derrocado el sistema capitalista. Aceptó además la doctrina de la "creciente miseria" de los trabajadores, y de que inevitablemente la pequeña burguesía se convertiría en proletariado. Hacía resaltar sobre todo la idea de la "concentración" capitalista, del inevitable crecimiento de las grandes empresas a expensas de las pequeñas, de la acumulación de riqueza cada vez en menos personas y la progresiva "socialización" de la producción que prepararía el camino para el socialismo. Pero, lejos de ver en la existencia de esta tendencia una razón para que los socialistas apoyaran la nacionalización y el aumento de poder en el Estado, señaló una distinción profunda entre la política que los socialistas deberían seguir antes y después de su conquista del poder político. Repitió la opinión de Marx de que el Estado existente tiene que ser considerado como un instrumento de la opresión de clase y, por consiguiente, como enemigo de los trabajadores; y sostenía que por esta razón los socialistas debieran hacer lo más posible por debilitar su autoridad, y en modo alguno debían utilizarlo como un instrumento constructivo de la reforma social. Ante la evidente dificultad de resistirse a las demandas de los sindicatos obreros para que los socialistas del Reichstag y de los Landtags de los Estados apoyasen medidas para mejorar la situación de los obreros, estaba dispuesto a atenuar un poco su actitud, pero sólo en la medida de aceptar que los socialistas apoyasen la legislación que fortaleciera el movimiento obrero sin aumentar el poder del Estado. Según su opinión, el momento para emplear constructivamente al Estado sólo llegaría cuando los trabajadores" se apoderasen de él, incluyendo tanto su rama ejecutiva como la legislativa; e insistía en que esta conquista tenía que ser hecha por los trabajadores como clase, y que el Partido Social-Demócrata tenía que adueñarse del poder como representante de la clase trabajadora, y que en modo alguno debía atenuar su doctrina de la lucha de clases a fin de atraerse el apoyo de otras clases sociales. Negaba que hubiese ninguna necesidad de esa atenuación: en opinión suya las otras clases que podían ser atraídas para unirse a una forma atenuada de socialismo, estaban llamadas en todo caso a desaparecer, y llegarían a estar del lado del proletariado a medida que quedasen reducidas a la situación del proletariado a causa del desarrollo de la concentración capitalista. Si los socialistas se prestaban a cualquier transac-

ción con el objeto de atraerlos, el resultado inevitable sería que la doctrina socialista perdería su coherencia lógica y degeneraría en un mero oportunismo.

De este modo Kautsky aparecía, en la década de 1890, como el defensor del marxismo revolucionario contra toda clase de transacción; pero, aunque insistía en la base proletaria del partido, y empleaba con frecuencia frases que parecían ponerlo del lado de los defensores de la dictadura del proletariado, en realidad concebía el derrocamiento del Estado existente y la conquista del poder político por el proletariado principalmente en forma de un avance pacífico mediante la acción parlamentaria y de propaganda, y coincidía con Liebknecht en considerar que la esencia de la revolución consistía más en el fin realizado que en los medios. Cuando hablaba del Estado "obrero" del porvenir pensaba en un Estado en el cual el partido de los trabajadores habría conseguido una clara mayoría del voto popular, y habría empleado su poder en la legislatura, ayudado por su influencia en los sindicatos obreros y en general entre el pueblo, para insistir en una transformación de todas las instituciones fundamentales de la sociedad. Pensaba que esto se produciría, no por una acumulación gradual de reformas fragmentarias, sino como consecuencia repentina de haber alcanzado el poder suficiente, dentro y fuera del Parlamento, para imponer un cambio revolucionario que los defensores del capitalismo serían demasiado débiles para resistir. Preveía que esto sucedería con seguridad porque las tendencias históricas del capitalismo necesariamente lo producirían a causa de la acentuación de los antagonismos de clase a medida que las "contradicciones" del capitalismo se hiciesen más y más agudas.

Esto explica por qué más tarde Kautsky apareció, en su controversia con Lenin y Trotsky, como el principal adversario teórico de la "dictadura del proletariado", como la concibieron los bolcheviques en el año 1917 y después. Fue Kautsky el pensador que insistió más que ninguno en que en ningún país era llegado el momento para establecer el socialismo hasta que el desarrollo del capitalismo hubiese llegado lo bastante lejos para que la mayoría del pueblo estuviese al lado del socialismo, y que cualquier intento de establecer el socialismo antes que la situación estuviese madura para ello, conduciría necesariamente a hacer traición a la democracia y a una perversión del socialismo convirtiéndolo en una especie de tiranía blanquista.

Kautsky era entonces esencialmente un centrista más bien que un hombre de la extrema izquierda. En la década de 1890 aparecía como un izquierdista (aunque incluso entonces se oponía enérgicamente a los izquierdistas extremos, como Werner) porque era contrario a la derecha, primero de los disidentes bávaros dirigidos por Vollmar y después de los revisionistas dirigidos por Bernstein.

La importancia que Kautsky daba a la tendencia histórica hacia la concentración del poder económico le llevó inevitablemente a la creencia de que la sociedad socialista del porvenir heredaría esta tendencia y la llevaría aún más lejos. Era defensor de una economía muy centralizada y planificada, pero sólo después de que el poder político hubiese pasado a manos socialistas. Por esta razón hubo siempre dos aspectos de su pensamiento que parecen contradictorios y pueden conducir a una mala inteligencia. Admiraba la centralización y la disciplina: concebía el futuro en forma de una planificación completa concebida y controlada centralmente; pero también era decididamente contrario a toda forma de planificación centralizada que llevase consigo antes de la "revolución" un aumento en el poder del Estado capitalista; y a causa de esto con frecuencia se le consideraba equivocadamente como defensor del anti-estatismo, y se vio aliado temporalmente con socialistas liberales que eran contrarios a la centralización en principio, y que la consideraba incompatible con una verdadera democracia. Kautsky no tenía estas opiniones liberales: la centralización le parecía un elemento esencial de progreso, un carácter necesario de la evolución determinada de la sociedad humana, un postulado fundamental del pensamiento socialista. Esta actitud, que él derivaba de su interpretación de la concepción marxista de la "socialización", se adaptaba a la mentalidad de los jefes de la social-democracia alemana. Al partido se le había impuesto una fuerte disciplina centralizada durante los años de represión, y se pensó que era todavía necesaria cuando pudo reanudar sus actividades públicamente. Se recordaban vivamente los inconvenientes que habían resultado en la década de 1870 de la existencia de dos partidos socialistas rivales que las autoridades podían presentar uno contra otro. La unidad se había realizado en Gotha en 1875, con sacrificios en la doctrina; y esta unidad se había consolidado al establecerse las leyes antisocialistas. A Liebknecht y a Bebel, lo mismo que a Kautsky, les parecía que la unidad, no sólo en la organización sino también en la política a seguir, era indispensable para la conquista del poder político, tanto más teniendo en cuenta que incluso después de 1890 la social-democracia estaba sometida, especialmente en Prusia, a una considerable opresión policiaca y tenía que enfrentarse con un Estado en el cual los elementos feudales y militaristas seguían siendo muy fuertes.

Pero en ello había algo más. La *idea* de unidad estaba muy arraigada en el espíritu alemán, incluyendo el espíritu de los jefes socialistas alemanes. Los alemanes eran entonces, como siguen siéndolo hoy, un pueblo disciplinado, que prefiere que le digan (o decir a otro) dogmáticamente lo que hay que hacer. Para la mayor parte no era difícil persuadir a los Congresos social-demócratas de que aceptasen la opinión de que las minorías debían estar dispuestas a ponerse en fila y a aceptar

la obligación de una obediencia leal a las decisiones de la mayoría. Es verdad que habia tendencias desviacionistas, especialmente en el sur de Alemania, demasiado fuertes para ser completamente reprimidas; pero incluso en Baviera los social-demócratas en general aceptaban la linea del partido cuando un Congreso nacional había tomado una decisión en contra de ellos. Las generalizaciones acerca del carácter nacional con frecuencia son sospechosas; pero difícilmente se podrá negar que la filosofía hegeliana y el impulso hacia la unificación nacional contribuían juntos a dar al socialismo alemán, como a otros aspectos del pensamiento alemán, una fuerte tendencia a acentuar la solidaridad y la acción disciplinada que la distingue fuertemente del socialismo de los países latinos o de la Gran Bretaña. Además, los alemanes son un pueblo sistemático: les gusta sentir que lo que hacen descansa en una firme base de principios filosóficos: les gusta el dogma. En manos de Kautsky, el marxismo llegó a ser un credo mucho más rígido que nunca lo había sido para el mismo Marx. Marx, con su base hegeliana, proporcionó los ingredientes esenciales para este dogmatismo: Kautsky hizo más rígido al marxismo prescindiendo de todas las cláusulas secundarias de Marx. En general, los social-demócratas alemanes preferían la versión de Kautsky al original: era más sistemática, por no decir más inflexible y más fácil de aprender de memoria.

Por último, había en Kautsky un fuerte elemento de pacifismo que era extraño al pensamiento de Marx. Odiaba la guerra y la violencia. Esto le condujo a acentuar fuertemente el internacionalismo de la doctrina socialista. En su internacionalismo coincidía con Liebknecht y Bebel, que habían probado ambos su devoción a él en el momento de la guerra franco-prusiana, y habían seguido manteniéndose contrarios a las tendencias imperialistas del Reich unificado. Kautsky, sin embargo, no era sólo un proletario internacionalista, sino también un amante de la paz. Creía que, en el mundo moderno, la guerra era resultado directo del capitalismo; y de este modo su pacifismo reforzaba, en lugar de debilitar, su socialismo; pero también le hacía creer y desear la posibilidad que los trabajadores conquistasen el poder sin una guerra civil.

Éste era el principal teórico del marxismo cuando Eduard Bernstein lanzó sobre esa doctrina su ataque "revisionista". En realidad, Bernstein declaró que no atacaba al marxismo mismo, sino sólo algunas partes de la doctrina del maestro, que en modo alguno eran esenciales a su significación principal. Trató de establecer una distinción entre el núcleo central del marxismo, que él aceptaba como verdadero, y lo daba por supuesto, y ciertas consecuencias nacidas de una interpretación equivocada, debida al mismo Marx, del movimiento de las fuerzas históricas contemporáneas. Si hubiese atacado al marxismo en su conjunto, sin duda hubiese sido expulsado a tambor batiente del Partido

Social-Demócrata casi sin ser escuchado; pero no hay motivo para suponer que él limitó su ataque por esta razón. Bernstein creía en el marxismo, como un sistema general de pensamiento, o creía que creía en él. Sin embargo, las "revisiones" que proponía se aproximaban mucho a destruir la interpretación especial del marxismo contenida en el programa de Erfurt y que constituía un artículo de fe para los social-demócratas, de acuerdo con su idea de que era necesaria una filosofía básica común y una política fundada directamente en ella.

Eduard Bernstein (1850-1932) nació en Berlín, de padres judíos. Al salir de la escuela trabajó en un banco, en donde prestó servicios desde los 16 años a los 28. Después fue secretario particular de Karl Höchberg, un rico patrocinador del Partido Social-Demócrata. Tres años más tarde, después de haber sido aprobadas las leyes antisocialistas, tuvo que marcharse de Alemania y establecerse en Suiza, donde dirigió *El Social Demócrata,* el periódico órgano del partido, gran número de ejemplares del cual eran introducidos clandestinamente en Alemania. Expulsado de Suiza en 1888, fue a Londres, y allí permaneció hasta 1901, como corresponsal en Inglaterra del periódico *Vorwaerts.* En Londres estuvo en relación estrecha con Engels en sus últimos años. Influyeron mucho en él tanto los fabianos como el Partido Laborista Independiente, que gozaba de las simpatías de Engels en contra de la Federación Social-Demócrata, que declaradamente se consideraba a sí misma como marxista. Bernstein fue consultado acerca de la redacción del programa de Erfurt, y Kautsky le agradeció su ayuda en la elaboración del libro en que Kautsky lo exponía. Entonces no parece que ninguno de ellos se diese cuenta de que estaban en desacuerdo en nada importante; pero en 1896 Bernstein colaboró en el periódico de Kautsky, el *Neue Zeit,* con una primera serie de artículos que provocó una viva controversia dentro del partido, y que poco después hizo objeto al autor de una censura oficial. Bernstein replicó en un volumen titulado Die *Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie* (1899, traducido al inglés con el título de *Evolutionary Socialism).* Durante la controversia que siguió, Kautsky replicó en representación de los marxistas ortodoxos en su *Bernstein und das Sozialdemokratische Programm* (1899), y Rosa Luxemburgo en su *Sozialreform oder Revolution?* (1899). Los revisionistas fueron derrotados en las votaciones del congreso del partido que se celebró en Hannover el mismo año; pero no fueron expulsados del partido. Bernstein, después de tomada esta decisión, continuó insistiendo en su punto de vista y encontrando un apoyo importante de la minoría. Dos años más tarde el asunto fue planteado de nuevo en el Congreso de Lübeck. Bernstein fue acusado de haber faltado a la lealtad hacia el partido por la manera exclusiva con que había seguido defendiendo sus ideas "descuidando toda crítica de

la sociedad burguesa y de sus partidarios". Fue Bebel quien nuevamente presentó una moción contra él. Cuando ésta fue aprobada, Bernstein se levantó y dijo que, naturalmente, una votación del congreso no podía modificar sus convicciones, pero que jamás podía ser indiferente para él. "Estoy convencido de que esta resolución es objetivamente injusta respecto a mí, y de que se basa en supuestos falsos; pero ahora que el camarada Bebel ha declarado que esta resolución no contiene un voto de no confianza, declaro que en adelante el voto de la mayoría del Congreso será estimado por mí, y que ofrezco todo el respeto debido a una división semejante del Congreso."

Lejos de ser expulsado del partido, Bernstein, que desde 1900 había vivido en Alemania, fue poco después elegido para el Reichstag, con la ayuda conjunta de los que habían estado frente a frente en la gran controversia revisionista. Continuó actuando en el partido, y se halló, durante la primera Guerra Mundial, unido otra vez con Kautsky en la minoría contraria a la guerra.

El movimiento reformista dentro del Partido Social-Demócrata-Alemán después de 1890 empezó mucho antes de que Bernstein tomase parte alguna en él. El primer disparo fue un discurso que pronunció el diputado de Munich, Georg von Vollmar, en 1891. Dijo Vollmar: "es indudable que a veces ha habido grandes crisis en las cuales la historia ha dado, o parece que ha dado, un salto; pero, en general, lo que sucede es una lenta evolución orgánica... todas las situaciones políticas y sociales son de carácter relativo, son formas de transición. Emplear la forma que existe a fin de ejercer influjo en la de mañana, ésta es la tarea propia de nosotros". Vollmar continuó afirmando la importancia de reformas inmediatas y de programas ajustados a las condiciones inmediatas: señaló especialmente las leyes protectoras del trabajo, derechos completos para asociarse; regulación social de los consorcios de negociantes, supresión de los impuestos de consumos y algunas otras reformas secundarias. En un segundo discurso, contestando a los críticos que habían censurado su actitud reformista, Vollmar afirmó que la historia reciente de los países adelantados mostraba con claridad que la situación de los trabajadores podía ser mejorada y de hecho había sido mejorada por esas reformas. Pero las reformas convenientes no podían conseguirse manteniéndose alejados de la obra legislativa y negándose a tener ningún trato con los demás partidos o con el Estado, salvo el de una abierta hostilidad. A fin de obtener concesiones es necesario negociar y transigir a la vez que luchar.

Vollmar repitió sus ideas en la asamblea de Erfurt, y fue derrotado con razón después de que Bebel declaró, en un discurso impresionante, que, si ellas hubiesen sido adoptadas, nada podía salvar al partido de que degenerase en un mero oportunismo. Era función de la social-de-

mocracia, decía Bebel, presentar, no las demandas que los demás partidos podían más fácilmente apoyar, sino, las que ningún otro partido *podía* defender, porque afectaban a las raíces mismas del sistema de clases.

Al año siguiente Vollmar volvió al ataque en un artículo sobre el "socialismo de Estado", publicado en Francia en la *Revue Blanc.* Después de atacar al "Socialismo de Estado" reaccionario de Bismarck, dijo a continuación que estas palabras podían emplearse para aplicarlas no sólo a ese sistema, sino también "a varias medidas que nosotros mismos podemos pedir". "Puede llamarse 'socialismo de Estado' a toda *estatificacián,* todo traslado de una rama de la explotación de una empresa privada a las manos del Estado existente." Los socialistas, indicaba, han votado en favor de la nacionalización de los ferrocarriles y en favor del establecimiento de varias formas nuevas de empresa pública; y han tenido razón en hacerlo, porque era un paso necesario en el camino para mejorar las condiciones sociales. Sostenía que para los socialistas era imposible oponerse a ampliaciones de la actividad del Estado que ellos sabían deseables en sí mismas, sólo porque fuesen contrarios al carácter de clase del Estado existente. En la controversia que se produjo a continuación, Vollmar afirmó que el Estado, a pesar de su carácter de clase, en la práctica estaba obligado a tener en cuenta ciertas responsabilidades respecto al público, de las cuales prescindía completamente el capitalismo privado. "El motivo del interés personal inmediato, que es eficaz en la industria privada, desaparece en gran medida en la empresa del Estado."

Vollmar, que había pedido en 1891 que los socialistas se constituyeran en el partido de las reformas sociales inmediatas, ahora añadía que debía convertirse en el partido de la nacionalización. Esto produjo una gran tormenta, porque en Alemania desde hacía tiempo existía un buen número de socialistas de Estado académicos que rechazaban la lucha de clases y negaban la necesidad de un cambio revolucionario en el carácter del Estado; y este grupo, que había ejercido alguna influencia en la política social de Bismarck, era aborrecido en los círculos social-demócratas. Cuando la cuestión fue planteada en la asamblea del partido celebrada en Berlín en el año de 1892, Liebknecht rechazó con vehemencia la doctrina de Vollmar. "Cuando el Estado existente se encarga de algo —dijo—, no cambia su naturaleza. Ocupa el lugar del patrono de una empresa privada: los obreros no mejoran en nada, pero el Estado refuerza su poder y su capacidad para la opresión." "Este socialismo llamado de Estado —declaró—, es en verdad un socialismo de Estado, y con él aumentará la esclavitud económica, y se intensificará la esclavitud política y viceversa." Sin embargo, tres años más tarde, en el congreso que el partido celebró en Breslau, Liebknecht mismo dijo, con respecto a la petición de que el Estado se encargara de las hipotecas agrícolas,[1]

[1] Véase p. 252.

que si las propuestas del comité agrario del partido eran aceptadas y puestas en práctica,

> Indudablemente el poder del Estado se extenderá, pero no será reforzado. Sucede en esto lo mismo que en el ejército: mientras más aumenta, más elementos populares entran en él, y más débil se hace como instrumento contra el pueblo. Del mismo modo, mientras más numerosas son las personas cuya existencia depende del Estado, y mientras más numerosas son las obligaciones que éste adquiere, menos puede el *junker* dominar al Estado."

Este lenguaje no tenía nada de revolucionario; y, como vimos, era demasiado para el Congreso, que rechazó el informe del comité, a pesar del hecho de que tanto Liebknecht como Bebel eran miembros de él, y pidieron la aprobación. Hago mención del cambio del frente de Liebknecht en este punto, porque ayuda a poner de manifiesto, que los que eran reconocidos como jefes del partido no estaban tan distantes del oportunismo de Vollmar como ellos suponían. Kautsky, por otra parte, adoptó una línea consecuente durante toda la controversia, y de ningún modo admitía proyectos para extender la autoridad y los poderes del Estado existente; para él, la nacionalización era esencial, pero tenía que producirse después de haber conquistado el poder político y no antes.

Un estudio de los informes del congreso del partido pone en claro que hasta el momento en que Bernstein lanzó su desafío, tanto Liebknecht como Bebel se iban desplazando rápidamente hacia la derecha. Después el desafío hizo que volviesen a reafirmar enérgicamente sus creencias marxistas básicas; pero cuando el revisionismo fue derrotado en las votaciones, no quisieron expulsar del partido a tambor batiente a sus defensores. Por el contrario, reanudaron de nuevo su interrumpido movimiento hacia la derecha.

Bernstein inició su ataque con un artículo, el primero de una serie titulada *Problemas del socialismo,* que fue publicada en 1896 en el *Neue Zeit*. Su primer artículo se titulaba "Ütopismo y eclecticismo" r acusaba al partido de ser "utópico", porque, aunque rigurosamente excluía especulaciones acerca de la futura organización de la sociedad, se permitía estar dominado por la idea de un futuro salto repentino del capitalismo al socialismo. Todo lo que se hacía antes de este salto era considerado como un mero paliativo: una vez conquistado el poder, se esperaba que la nueva sociedad socialista resolviese todos los problemas, "si no en un día, en todo caso en tiempo muy breve". Esto era "suponer milagros sin creer en ellos". En artículos sucesivos combatió sobre todo la idea de que la sociedad capitalista estaba a punto de derrumbarse, estaba cerca de la "crisis final", que iniciaría la época de la conquista del

poder por el proletariado. No negaba que esta creencia tenía su fundamento en las enseñanzas de Marx: sostenía que Marx se había equivocado. Pero si no debía haber un derrumbamiento rápido de la sociedad capitalista ¿qué iba a ser de la política aceptada por la social-democracia de aplazar toda reforma constructiva para después de "la revolución"? ¿Se creía que los trabajadores debían esperar por tiempo indefinido sin reclamar reformas que pudieran obtenerse dentro del sistema capitalista y del Estado capitalista? ¿Si lo hacía así el partido, no perdería el apoyo de aquéllos y cedería a otros partidos la gloria de mejorar la situación del pueblo?

Fue con motivo de esto que Bernstein escribió la famosa sentencia en la cual declaró que para él el "movimiento" era todo, y lo que usualmente se llamaba "el objetivo final del socialismo", nada. Sus críticos se fijaron especialmente en esta declaración interpretándola como un abandono de la fe socialista. Bernstein no pudo asistir al congreso del partido celebrado en Stuttgart el año 1898 en la cual fue discutido este artículo, porque entonces era un desterrado que tenía prohibido entrar en Alemania. Envió una larga carta, en la cual explicaba lo que quería decir. En modo alguno era indiferente, escribía, respecto "a la realización final de los principios socialistas", sino sólo "acerca de las formas de arreglo final de las cuestiones".

> Nunca he tenido demasiado interés en el futuro aparte de los principios generales: no he podido concebir con detalle una imagen de lo que sucederá. Mi pensamiento y mis esfuerzos se dedican a los deberes presentes y al futuro inmediato, y me ocupo de meras perspectivas lejanas sólo en la medida en que me guían para una línea de conducta para una acción presente adecuada.

Con estas palabras Bernstein decía en efecto que compartía la desconfianza del partido en el utopismo y en todos los intentos de construir por adelantado cualquier imagen de la futura sociedad socialista. Pero en realidad quería decir mucho más que esto, como lo puso en claro su libro *Socialismo evolucionista,* publicado al año siguiente. De hecho sostenía que el socialismo vendría, no como un sistema construido por los socialistas al día siguiente de haber conquistado el poder, sino como una acumulación de pequeños cambios que serían producidos por la acción social dentro de límites establecidos por las necesidades mismas del desarrollo económico. Según su opinión, no habría una transición repentina de la sociedad capitalista a la socialista, sino más bien una transformación gradual de la una en la otra; y sería imposible decir que el gran cambio hubiese ocurrido en un momento determinado de este proceso evolutivo.

Por supuesto, esto era precisamente lo que los fabianos, sobre todo Sidney Webb, habían estado diciendo durante más de doce años antes de que Bernstein escribiese su primer artículo. La filosofía fabiana de la historia, como hemos visto, era apenas menos determinista que la de Marx en relación con el curso general de la evolución social, y apenas menos económica en su acentuación de la importancia principal de los factores económicos; pero en donde Marx veía que la historia se producía de una época a época por saltos repentinos, Webb y su discípulo Bemstein veían un proceso evolutivo, en el cual eran excepcionales los saltos repentinos, y la regla general era el cambio gradual que se iba acumulando. Para Marx, el *método* de cambio, a diferencia de su causa fundamental, debía hallarse en la lucha de clases, y en la revolución en la cual las clases que ascendían derrocaban a las clases en decadencia, que ya no podían por más tiempo explotar con eficacia las fuerzas de la producción. Para Webb y Bernstein, por otra parte, la lucha de clases, aunque no la negaban como hecho, no era el instrumento de cambio verdaderamente importante. Las cosas cambian, porque cambian las condiciones básicas de la vida social, y porque los cambios de estas condiciones hacen que los hombres (más bien que las clases sociales) adapten sus instituciones para satisfacer las nuevas necesidades. La clase podría ser uno de los factores implícitos; pero no era el factor esencial que venía a ser, más bien, la capacidad humana para adaptar las instituciones sociales al servicio de las necesidades humanas.

A los ojos de los dirigentes ortodoxos de la social-democracia alemana, la falta principal de Bemstein era que al negar que la sociedad capitalista estaba a punto de derrumbarse, y que al suceder esto se ofrecía al proletariado la ocasión para conquistar el poder, estaba a la vez negando de hecho la importancia primordial de la lucha de clases, que era la base misma de todo el programa de la acción de la clase obrera establecido por Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista.* Marx había conciliado el determinismo económico con la actividad revolucionaria, en contra de limitarse a esperar que las cosas sucedieran por sí mismas, incluyendo la actividad revolucionaria de la clase obrera como parte del proceso evolutivo determinado. Había dicho que el proletariado, al organizar y planificar acertadamente, de acuerdo con la tendencia histórica, podía "abreviar y atenuar" los dolores del parto de la nueva sociedad. Esto suponía que, aunque el socialismo necesariamente habría de venir, la manera y fecha de su advenimiento no estaban determinadas aparte de la habilidad y valor con que el partido proletario hiciera frente a sus tareas; pero también dejaba entender que ninguna equivocación por parte suya podía causar un fracaso final. El proletariado habría de ganar al final; y su victoria tendría que ser la de una clase social que realizara su propia emancipación en un momento histórico de revolución

social. Había una contradicción; porque si la norma de la naturaleza, incluyendo a la humanidad, era la de una necesidad estricta ¿no se seguía de ello que toda clase social, y en realidad toda persona, necesariamente tendría que actuar precisamente como lo hacía? Pero la incompatibilidad se disimulaba afirmando, primero, que lo que los hombres, y aún más las clases sociales, hacían podía afectar el curso de la historia, y, en segundo lugar y a renglón seguido, que lo que las clases y los hombres en masa hacían estaba inexorablemente determinado por las leyes del desarrollo social.

Bernstein estaba ante el mismo dilema; pero su manera de escapar de él era prescindir del determinismo. "El materialismo filosófico o el materialismo de la ciencia natural, es determinista en un sentido mecánico. La concepción marxista de la historia no lo es. No asigna a las bases económicas de la vida de las naciones ninguna influencia determinante incondicional respecto a las formas que toma esta vida."

Al sostener esto, Bernstein citaba pasajes de Marx, y aún más de Engels, pasajes en los cuales se reconocía que fuerzas no económicas podían ejercer un influjo en el curso de la historia, y, asimismo, pasajes en los cuales se afirma que los hombres mediante su conducta influyen en la manera y en la rapidez de la adaptación social. Era fácil hallar estos pasajes, porque es indiscutible que Marx creía que "el hombre hace su propia historia", y Engels, al defender la concepción materialista contra sus críticos, admitía en gran proporción la influencia de los factores no económicos incluyendo las ideas, y estaba de acuerdo en que él y Marx habían exagerado y simplificado demasiado en sus primeras exposiciones de su teoría. No había nada heterodoxo en que Bernstein repitiese lo que ya Engels había dicho: la heterodoxia estaba no en admitir los factores no económicos entre las verdaderas fuerzas históricas, sino en negar la doctrina central del determinismo social. Era legítimo, dentro de la escuela marxista, admitir ideas entre las fuerzas *secundarias,* siempre que se considerase indiscutible que el curso *general* de la evolución social estaba determinado por fuerzas económicas, que actuaban manifiestamente en la lucha de clases. Sin embargo, esto era precisamente lo que Bernstein negaba, aunque reconocía la gran importancia de los factores económicos. No expuso este punto con mucha claridad: ni probablemente está muy claro qué es precisamente lo que quería decir; pero no cabe duda de que ponía en cuestión la idea entera de que el socialismo era inevitable, aunque no admitiese completamente que esto era lo que estaba haciendo.

> En la medida en que otras fuerzas, además de la puramente económica, influyen en la vida de la sociedad, en la misma medida cambia la norma de lo que llamamos, en un sentido objetivo, ne-

> eesidad histórica. En la sociedad moderna tenemos que distinguir dos grandes corrientes. Por una parte aparece una comprensión creciente de las leyes de la evolución y especialmente de la evolución económica; a este conocimiento va unido, parte como causa y parte como su efecto, una capacidad creciente para *dirigir* la evolución económica. La fuerza natural económica, como la física, cambia en el sentido de pasar de ser la que domina al hombre a ser su servidora desde el momento en que su naturaleza es conocida. En teoría, la sociedad consigue una libertad mayor que nunca la ha tenido respecto al cambio económico, y sólo el antagonismo de intereses entre sus elementos, sólo el poder de los elementos privados y de los elementos sociales, impiden el paso completo de la libertad en teoría a la libertad en la práctica. Sin embargo, el interés común aumenta sin cesar en poder en contra del interés privado, y la regla elemental de las fuerzas económicas es superada en la medida en que las cosas suceden así y siempre que suceden así. El desarrollo de estas fuerzas se anticipa y, por consiguiente, es realizado más rápida y fácilmente. De este modo, lo mismo los individuos que las naciones quitan cada vez una parte mayor de sus vidas del imperio de una necesidad que los obliga sin su voluntad o en contra de ella.

Este pasaje era un golpe dado directamente en el corazón del marxismo, no sólo porque negaba la ley de la necesidad, sino también porque invocaba en contra de ella no la conciencia del proletariado, sino la del interés común, suponiendo la concepción misma de la "solidaridad social" que Marx había censurado con tanta frecuencia. Bernstein incurrió de nuevo en pecado cuando siguió diciendo:

> La sociedad moderna es mucho más rica que las sociedades anteriores en ideologías que no están determinadas por la economía o por la naturaleza que actúe como una fuerza económica. La ciencia, las artes, toda una serie de relaciones sociales, dependen hoy mucho menos de la economía que antes; o mejor dicho, a fin de evitar malas interpretaciones, el punto del desarrollo económico a que ahora se ha llegado permite a los factores ideológicos, y especialmente a los morales, más campo para la actividad independiente de lo que antes se acostumbraba. Por consiguiente, la interdependencia de causa y efecto entre la evolución técnica y económica y la evolución de otras tendencias sociales se está haciendo constantemente más indirecta; y de acuerdo con esto las necesidades de la primera están perdiendo mucha de su fuerza para determinar la forma de la última.

Esto era una consumada herejía, aunque Bernstein declaraba que todavía aceptaba en general una concepción "económica", si no "materialista" de la historia. Era una reafirmación de ideologías y de la ética y una negación del socialismo "científico", o por lo menos de su suficiencia. Éste fue el punto en tomo al cual se desató la batalla principalmente en sus primeras fases; pero cuando Bernstein hubo expuesto toda su argumentación, hubo más puntos polémicos. Afirmaba que, lo que él hacía, era distinguir las concepciones marxistas esenciales de las que sólo eran secundarias y no esenciales y salvar las primeras desechando muchas de las segundas. ¿Pero qué es lo que quedaba después de lo que él había hecho?

En primer lugar, Bernstein ponía en duda la solidez de la concepción de Marx acerca de la plusvalía. Pero parece innecesario ocupamos de esta parte de su argumentación, excepto para decir que lo sustancial de su doctrina era que esa concepción no ayudaba en la práctica, porque según mostraba el mismo Marx, la proporción de plusvalía no estaba en relación constante con el nivel alto o bajo de los salarios de los trabajadores, cuya explotación se suponía que era medida por aquélla. Toda la concepción era abstracta: era una construcción intelectual que en modo alguno podía comprobarse mediante los hechos de la vida diaria. El valor de estas construcciones debía ser medido por su utilidad; y el veredicto de Bernstein fue que la teoría de la plusvalía, tal como la expuso Marx, no era necesaria para explicar la explotación, y, de hecho, no la explica, y sirve sólo para introducir confusión en este punto.

No digo más acerca de esta cuestión, porque, en realidad, no figuró mucho en la controversia revisionista. Fue dejada a un lado en favor de otros puntos. El punto principal siguiente de Bernstein era una negación de que la tendencia hacia la concentración capitalista (que él reconocía como existente) se produjese de hecho con una rapidez o a una fuerza análoga a las que Marx le atribuía. Acusaba a Marx, al establecer lo que era verdadero, de haber ignorado todas las fuerzas que actúan en el sentido contrario. Especialmente, adujo en contra de Marx la gran difusión en la posesión de acciones que había ido unida al desarrollo de las empresas por acciones. No había cada vez menos propietarios del capital: por el contrario, cada vez había más. Era indudable que las empresas cada vez eran mayores; pero las grandes empresas tenían muchos propietarios, la mayor parte de los cuales poseían sólo muy pequeña parte de capital. Esto quiere decir que la clase media de pequeños capitalistas no tendía a desaparecer, incluso cuando las empresas tendían a hacerse más grandes: lo único que sucedería era que la clase media cambiaba de forma. El accionista va sustituyendo al pequeño empresario; y la consecuencia es que hay más explotadores que nunca. Además, las grandes empresas estaban eliminando a las peque-

ñas sólo en ciertas esferas y no en todas. Habían quedado muchos pequeños negocios, incluso en la producción; y en el comercio su número había aumentado mucho. Tampoco era verdad que la tierra estaba pasando a un número menor de manos; por el contrario, aunque existían excepciones locales, la tendencia general en Europa era hacia la multiplicación de pequeñas propiedades de aldeanos. De esto se seguía que la clase media en modo alguno estaba pasando a las filas del proletariado: en realidad, había de tenerse en cuenta la formación de una clase media creciente de gerentes e inspectores unida a la industria en gran escala. Es significativo, decía Bernstein, que Marx hubiese dejado sin terminar el capítulo de Eí *Capital,* en el cual había empezado a analizar la composición de las clases sociales.

Bernstein trata a continuación de las estadísticas referentes a los ingresos, las cuales muestran que el número de ingresos medianos ha aumentado rápidamente. Después investiga si los obreros están de hecho sumergidos en una situación de "miseria creciente", y llega a la conclusión de que no. ¿Si no son ellos, quién consume la gran cantidad de artículos necesarios que se reconoce que son producidos?

En todos estos puntos los marxistas ortodoxos discuten las conclusiones de Bernstein, y a veces también sus estadísticas. Pero en cuanto a los hechos estadísticos, realmente no negaban la verdad de lo que él decía. Incluso Kautsky fue llevado por último a modificar lo que había sostenido acerca de la decadencia de los aldeanos, aunque seguía sosteniendo que estaban llamados a una "miseria creciente" por la competencia cada vez más eficaz de una agricultura más capitalista. Respecto al problema de la concentración capitalista en general, los ortodoxos se veían orillados cada vez más a sostener que, incluso si la *pro-piedad* del capital no iba pasando a un número menor de manos, sí el *control,* ya que el pequeño accionista no ejercía control sobre el empleo que se daba a su capital. Y las pequeñas empresas iban cayendo cada vez más bajo al dominio del capital financiero y de las grandes empresas que controlaban el mercado. Esto, sin embargo, aunque en gran parte era verdad, no afectaba al punto principal de Bernstein, el de que la clase media no iba desapareciendo, sino más bien rejuveneciéndose en formas nuevas, con la consecuencia de que la lucha de clases, en lugar de hacerse más aguda, se iba atenuando mediante las clases y grupos intermedios.

Respecto a la "miseria creciente" de los trabajadores, algunos de los críticos de Bemstein trataban de argumentar que los trabajadores, a pesar de todas las apariencias, cada vez eran más pobres. Otros, dándose cuenta de que esta tesis en modo alguno podía ser sostenida ni respecto a Alemania ni respecto a la Gran Bretaña, volvían a afirmar que se estaba empobreciendo *relativamente,* en el sentido de que su participación en el producto nacional total disminuía, incluso en el caso

de que su consumo crecía en cierta medida. Sin embargo, esto, en el mejor de los casos, era muy dudoso como una generalización; e incluso si fuera verdad ¿la miseria *relativamente* creciente, acompañada por una elevación absoluta en el nivel de vida, acentuaría necesariamente la lucha de clases? Otros sostenían, de manera más plausible, que el nivel de los trabajadores en los países adelantados había sido mantenido e incluso mejorado temporalmente, porque había aumentado la explotación del trabajo colonial. Por último, esta clase de argumento con frecuencia iba unido a otro, en el cual se afirmaba que el capitalismo, a medida que avanzaba, iba pasando por un periodo de crisis repetidas cada vez más intensas, agravadas por rivalidades imperialistas, y que estas crisis pronto anunciarían el período de "miseria creciente", incluso si ésta todavía no hubiese llegado.

Bernstein negaba abiertamente esta opinión de que el capitalismo mostrase ninguna tendencia a moverse rápidamente hacia una "crisis final". En los últimos años de la década de 1890, cuando estaba escribiendo su libro, los hombres podían observar que habían pasado más de 10 años sin que se hubiese producido una crisis capitalista comparable en gravedad a las de las décadas anteriores. Después de la prosperidad de los últimos años de la década de 1880, había habido algún retroceso, pero no crisis. Los años de la "Gran depresión" (que entonces estaban más presentes que después) habían quedado atrás. La producción había aumentado de prisa, y el paro no había sido tan grave, incluso en los años de retroceso, como lo había sido en las décadas del 70 y del 80. Los negocios habían aumentado: nuevos territorios se habían abierto a ellos: no había ningún verdadero signo de que el capitalismo hubiese llegado al máximo de su expansión y que estaba decayendo, y desde luego no había fundamento para anunciar su rápida caída. De acuerdo con esto, los que aconsejaban que toda acción constructiva se aplazase hasta después de que la crisis revolucionaria hubiese llevado a los trabajadores al poder, en realidad estaban aconsejando un aplazamiento, no de pocos años, sino de una duración indefinida, y seguramente larga. Esto planteaba la cuestión de que si realmente convenía esperar. ¿No era mejor considerar qué mejoras podrían lograrse, sin llegar a derrocar el capitalismo, y hacer lo más posible para asegurar las mayores concesiones que pudieran lograrse dentro de esta limitada situación?

Por supuesto, éste era prácticamente el punto principal del asunto; porque la argumentación de Bernstein pedía un cambio fundamental en la práctica del Partido Social-Demócrata, tanto como en su teoría. Implicaba, no sólo el estar dispuesto a reconocer que algún bien podía venir del Estado existente como autor de una legislación social deseable, sino también un cambio de actitud hacia los sindicatos obreros y los

contratos colectivos de trabajo. Los social-demócratas alemanes desde el principio se habían inclinado a considerar los sindicatos obreros principalmente como base para reclutar partidarios del socialismo y como ayuda para desarrollar la conciencia de clase en los trabajadores, y a quitar importancia a los posibles resultados de los contratos colectivos con los patronos capitalistas respaldados por el poder del Estado. Habían dicho a los miembros de los sindicatos obreros que estos nunca serían suficientes, porque siempre tendrían que enfrentarse con el poder económico y el poder político unidos de las clases gobernantes, una alianza que sólo podría ser rota mediante el derrocamiento del Estado capitalista. Bernstein no dudaba de que esta alianza era inevitable, y pedía a los trabajadores que empleasen su poder para actuar colectivamente a fin de asegurar que el Estado estableciese una legislación protectora, y a la vez conseguir en los contratos con sus patronos mejoras de condiciones. Si tenía razón en sostener que el camino hacia el socialismo consistía en ganancias fragmentarias, más bien que en una revolución, su argumentación estaría conforme con las mejoras conseguidas por los sindicatos obreros y también mediante la acción política. De este modo los sindicatos obreros serían elevados a una situación de colaboración con el partido como factor de la misma importancia, y ya no serían meros auxiliares. Esto en modo alguno era una idea que agradase a los jefes ortodoxos, que se inclinaban a sospechar que los sindicatos obreros deseaban poner sus distintos intereses de grupo por encima de los que eran propios de la clase obrera en su conjunto. En su opinión, los sindicatos obreros representaban sólo a algunos de los trabajadores: el partido encarnaba la misión de clase de todo el proletariado.

Los sindicatos obreros alemanes habían participado en gran medida de la represión impuesta a los socialistas después de 1878. En la década de 1890 fueron ganando terreno rápidamente; pero todavía no eran fuertes; y a debilitarlos contribuyó además la división en tres movimientos que estaban en desacuerdo: el "libre" (de hecho casi todo el social-demócrata), el cristiano (principalmente católico) y el de Hirsch-Duncker (liberal). De éstos, los sindicatos 'libres" eran con mucho los más fuertes; pero en 1898 tenían sólo unos 400,000 miembros, los sindicatos cristianos tenían unos 100,000 y los de Hirsch-Duncker un número todavía menor. Dos años más tarde los sindicatos 'libres" aumentaron hasta 680,000, los sindicatos cristianos hasta unos 150,000, los sindicatos liberales decayeron. Como vimos, los sindicatos 'libres" habían formado un organismo central, la Comisión General, en 1890, bajo la dirección social-demócrata. Existía un pequeño grupo influido por los sindicatos franceses contemporáneos, que eran partidarios de una política "sindicalista", del control obrero y acción directa, y pedían ser independientes de la social-democracia; pero tuvo poca influencia. La clase obrera ale-

mana tenía una mentalidad política, más bien que sindical: excepto en las regiones católicas, los trabajadores urbanos eran casi todos social-demócratas. Sin embargo, esto no quería decir que estaban dispuestos a aplazar sus esperanzas de una situación mejor hasta después de la "revolución". Creían que el Partido Social-Demócrata les ayudaría, no sólo para suprimir las restricciones que aún existían respecto al derecho de coalición (sobre todo respecto a las actividades entre sindicatos dentro de la federación alemana), sino también apoyando sus peticiones para una legislación del trabajo, incluyendo el reconocimiento de su derecho a hacer contratos colectivos y la implantación del arbitraje en los conflictos con los patronos. De hecho los social-demócratas tuvieron que incluir estas medidas en su programa inmediato, aunque seguían diciendo a los sindicatos obreros que no podía conseguirse mucho sin conquistar el poder político.

Después de rechazar la idea de una próxima "crisis final" del capitalismo, Bernstein examinó las razones que existían para que no fuese probable una crisis grave en el futuro próximo. La asamblea internacional socialista de 1896 había aprobado una resolución pidiendo a todos los trabajadores de todos los países, en vista de la proximidad probable de esa crisis, que aprendiesen las técnicas requeridas para ejercer con éxito el poder gubernamental. Bernstein censuró al congreso por su utopismo. Hizo notar que Engels había dicho que las ampliaciones repetidas del mercado a causa del desarrollo económico de nuevos países, habían facilitado la situación del capitalismo por el momento, aunque también había insistido en que a la larga su efecto sería el hacer las crisis más graves. Bernstein estaba de acuerdo con el primero de estos puntos, pero sostenía que el segundo no estaba probado. En todo caso, no se advertía signo alguno, decía, de que la fase expansionista habría de terminar pronto.

Éste fue uno de los puntos principales en que Rosa Luxemburgo le combatió, haciendo resaltar los grandes avances realizados por el capital financiero que conducía a intensos conflictos y rivalidades imperialistas acompañados de la explotación creciente del trabajo colonial barato y del empleo de éste para hacer bajar el nivel de los trabajadores en los países más adelantados. La argumentación de Rosa Luxemburgo señalaba la probabilidad de que las rivalidades económicas condujesen a la guerra, y la oportunidad para la acción revolucionaria que. presentaría la carga producida por la guerra en las clases gobernantes de los países capitalistas. Éste era un tipo de argumentación algo diferente de la argumentación marxista tradicional acerca de la tendencia inherente al capitalismo a producir crisis a causa de la multiplicación de instrumentos de capital más allá del número de ellos cuyos productos podrían ser absorbidos por los mercados existentes. En realidad, no estaba nada

claro cuál había sido en verdad la doctrina marxista acerca de las crisis. En el tercer volumen de *El Capital,* entonces recientemente publicado, había sostenido que la causa última de las crisis era la incapacidad de los consumidores para comprar la cantidad creciente de productos, una doctrina del "subconsumo". Pero Engels había negado repetidamente que Marx siguiese esta doctrina: que había dicho era una doctrina de Sismondi y de Rodbertus más bien que de Marx. En el segundo capítulo de *El Capital* Marx había rechazado esta teoría, señalando que "las crisis siempre van precedidas de un período durante el cual los salarios crecen y los trabajadores de hecho reciben una participación mayor que la usual del producto anual destinado al consumo, lo cual parecía indicar que la elevación de salarios, incluso del salario real, no era el camino de evitar una crisis. Además, había formulado en este volumen una teoría que ponía en relación a las crisis con el período de cambio y renovación en el equipo de capital fijo. El pasaje referente al "subconsumo" en el tercer volumen, en realidad, había sido escrito antes que el volumen segundo, aunque apareció impreso más tarde. Bernstein estaba de acuerdo con Engels en que Marx no había atribuido las crisis al "subconsumo", excepto en el sentido especial de que el poco consumo de las masas causaba una lucha entre los grupos capitalistas rivales para aumentar su control del mercado limitado. Pero, mientras que Marx y Engels habían sostenido que las crisis, cualquiera que fuese su causa, estaban destinadas a ser cada vez más intensas, Bernstein, como hemos visto, consideraba esto como algo no probado, basado en una *mística* más bien que en un diagnóstico científico.

En realidad, era parte esencial de la argumentación de Bemstein que gran parte de la doctrina de Marx no era en modo alguno científica, en el sentido de estar fundada en un estudio de los hechos, sino que era parte de una vasta construcción teórica, a la cual después eran adaptados los hechos o se precindía de ellos, cuando esta adaptación era imposible. Creo que no se daba cuenta de lo fatal que esta admisión tenía que ser para toda la estructura del marxismo, del cual él declaraba que aceptaba la parte fundamental.

En el tercer capítulo de su libro, Bemstein, a continuación, atacaba la idea de que los trabajadores, incluso si fuesen capaces de adueñarse del poder, pudieran ejercerlo eficazmente. Era parte de la opinión ortodoxa social-demócrata, que la centralización de la industria y formación de *trusts* preparaban el camino al socialismo, al crear instituciones económicas que los trabajadores triunfantes podrían emplear y administrar para beneficio de la comunidad. Bemstein no discutía esto; pero indicaba qué enorme era todavía el número de empresas separadas, de las cuales sería preciso encargarse y administrar, y negaba valor a la idea de que esto pudiera hacerse inmediatamente, al día siguiente de un

golpe revolucionario victorioso. Decía que era evidente que, incluso si los trabajadores se adueñaban del poder político, la gran mayoría de estas empresas tendrían que dejarse por el momento en manos de las personas que sabían dirigirlas, y que el paso a la propiedad y administración pública tendría que ser un proceso largo y gradual. Esto le llevó a considerar las posibilidades de una empresa cooperativa, como alternativa a la administración por el Estado; y se puso enérgicamente del lado de las cooperativas de consumo y en contra de las cooperativas de producción, que tradicionalmente habían sido muy defendidas por los socialistas. Citaba, aprobándolo, el libro de Beatrice Webb, *The Co-operative Movement,* en el cual sostenía que las cooperativas de producción habían sido un fracaso comprobado, y había hecho resaltar el gran éxito conseguido por las cooperativas de consumo que siguieron el modelo de Rochdale. Siguiendo a Beatrice Webb, Bernstein elogiaba a las cooperativas de consumo como una solución verdaderamente democrática al problema de "producción para uso", y censuraba a las cooperativas de producción como ejemplos de un grupo que buscaba ganancias, y como ejemplos de fracaso en esto. Berstein quería que el partido ayudase seriamente a las cooperativas alemanas de consumidores, que todavía se hallaban en su infancia, y que fuesen reconocidas como una forma de propiedad y control socializados. Pero no indicaba que esto resolvería el problema de controlar la industria después de apoderarse repentinamente del poder político. Este problema lo consideraba insoluble; y, por consiguiente, rechazaba la idea por completo, proponiendo en su lugar el desarrollo gradual de la capacidad democrática para ejercer el poder mediante los sindicatos obreros y las cooperativas de consumo, como también mediante la experiencia de la actuación política tanto en el nivel del municipio como en el de la región y del Estado.

En esta parte de su libro Bernstein, siguiendo todavía a Beatrice Webb, rechazaba la idea de la autonomía de los trabajadores en la industria. "Es sencillamente imposible —escribía—, que el gerente sea empleado de aquellos a quienes dirige, que dependa respecto a su posición del favor o del mal humor de ellos. Siempre ha sido imposible mantener esta situación, y siempre ha conducido a un cambio en la forma de la fábrica basada en una asociación." Añadía que, mientras más grande era una empresa, menor era el deseo de los trabajadores de participar en su dirección. Su conclusión era que la administración por el Estado, por la región y por el municipio, debiera ser ampliada y completada por las cooperativas de consumo; pero decía que estas cooperativas no podían ser creadas artificialmente, para llenar un hueco: era preciso que se las dejase crecer espontáneamente. "Lo que la comunidad no pueda tomar en sus manos, ya sea mediante el Estado, la región o el municipio, será mucho mejor, sobre todo en tiempos tormentosos, dejar que marche por

sí sólo." De este modo Bernstein se declaraba en favor de dejar una gran parte de empresas en manos privadas, hasta que alguna agencia que representase a la colectividad estuviese en situación de dirigirlas eficazmente, y pudiese conseguir una verdadera ventaja adquiriéndola. Defendía, al menos para un periodo futuro largo, lo que ahora se llama una "economía mixta".

A continuación, Bernstein, en su libro, estudia la relación entre socialismo y democracia. Ataca la idea de la "dictadura del proletariado" como incompatible con el principio democrático. Opinaba que a la democracia va unida la idea de una justicia igual para todos. Según esto, implicaba limitaciones al derecho de la mayoría a imponerse a la minoría. Incluso si el proletariado constituyese la mayoría del pueblo, esto no le daría derecho a prescindir de una norma de justicia. La democracia significa la supresión de un gobierno de clase, no la sustitución de una forma de éste por otra. La social-democracia no puede hacer nada mejor que defender sin reservas la teoría de la democracia del sufragio universal, con todas las consecuencias tácticas que de ello se sigue. En la práctica, esto era lo que la social-democracia había hecho, pidiendo, no sólo el sufragio universal, sino también la representación proporcional y el derecho a la legislación directa mediante el voto popular. Estas demandas eran completamente incompatibles con las dictaduras: y siendo así ¿qué sentido tenía el aferrarse a frases pasadas de moda? Habiendo de este modo prescindido de otro dogma del marxismo, Bernstein completaba su argumentación recomendando a los socialistas que moderasen sus ataques al liberalismo. Es verdad, decía, que el liberalismo moderno había surgido para ventaja de la burguesía capitalista, y que los partidos liberales habían llegado a ser simplemente "guardianes del capitalismo".

> Pero en relación con el liberalismo, como gran movimiento histórico, el socialismo es su legítimo heredero, no sólo por sucederle en el tiempo, sino también por las cualidades de su espíritu, como lo muestra toda cuestión de principio sobre la cual tenga que adoptar una actitud la social-democracia.

A continuación Bernstein declaraba: "Creo que la clase media, sin exceptuar a la alemana, en general está bastante sana, no sólo económicamente, sino moralmente." Esto era el preludio a una sección que trata de los peligros de la burocracia y de la necesidad de una administración descentralizada dentro del marco general de una planificación nacionalmente unificada. Bernstein cita no sólo la obra de Marx *La Guerra Civil en Francia,* sino también a Proudhon, en favor de una estructura federal de la sociedad, y exalta las virtudes de la municipalización. Habla de la tarea del socialismo como "liberalismo organiza-

dor", y añade que "si la democracia no ha de sobrepasar al absolutismo centralizado en el desarrollo de la burocracia, tiene que construirse sobre una autonomía elaboradamente organizada, con una correspondiente responsabilidad económica y personal de todas las unidades de la administración como también de los ciudadanos adultos".

El resultado práctico de esta defensa del liberalismo es que los socialistas deben ponerse, no a destruir toda la estructura de la sociedad capitalista, sino más bien a enmendarla.

> El feudalismo, con sus organizaciones y corporaciones inflexibles, tuvo que ser destruido casi en todas partes mediante la violencia. Las organizaciones liberales de la sociedad moderna se diferencian de las del feudalismo precisamente por ser flexibles y capaces de cambio y desarrollo. Necesitan, no ser destruidas, sino sólo que se las desarrolle más. Por esto necesitamos organización y una acción enérgica, pero no necesariamente una dictadura revolucionaria.

Bernstein después cita sentimientos análogos de Pablo Iglesias, el jefe socialista español, y de *The Labour Leader* y *The Clarion,* como representantes del punto de vista socialista inglés. "La democracia —seguía diciendo—, es una condición del socialismo en medida aún mayor de lo que ordinariamente se supone: no es sólo el medio, sino también la sustancia"; pero aún habría de hacer más crítica a la doctrina de Marx. En la sección siguiente Bernstein citaba del *Manifiesto Comunista* la declaración de que 'los trabajadores no tienen patria", y la comentaba del siguiente modo:

> Esta declaración acaso podía aplicarse en cierta medida al trabajador de la década de 1840, sin derechos políticos, excluido de la vida política. Hoy, a pesar de lo mucho que han aumentado las relaciones internacionales, ha perdido ya gran parte de su verdad; y seguirá perdiéndola cada vez más, a medida que el trabajador, mediante la influencia del socialismo, vaya pasando de ser un proletario a ser un ciudadano. El trabajador que tiene los mismos derechos como elector en las elecciones del Estado y en las locales y es, por consiguiente, copropietario de la propiedad común de la nación, cuyos hijos son educados por la comunidad, y cuya salud ésta protege, y a quien asegura contra injusticias, tiene una patria, sin que por esto deje de ser un ciudadano del mundo, exactamente del mismo modo que las naciones se relacionan entre sí de manera más estrecha sin dejar de vivir su vida propia.

Este pasaje era el preludio de la afirmación de que los socialistas alemanes ya no podían ser indiferentes a la suerte de su país o negarse a tener ninguna responsabilidad en su defensa.

> Del mismo modo que no es de desear que ninguna otra de las grandes naciones civilizadas pierda su independencia, tampoco puede ser indifirente a la social-democracia alemana que Alemania, que ha tomado y toma parte honrosa en la obra de civilización del mundo, no sea aceptada como igual en el concilio de las naciones.

Este pasaje naturalmente exponía a Bernstein a la censura de patrioterismo. Contestó que, mientras más grande llegase a ser el ejército alemán, más trabajadores habría en él, y menos podría el gobierno utilizarlo para una guerra ofensiva en contra de otras naciones.

> Pero la social-democracia no está llamada a hablar en favor de que se renuncie a la protección de los intereses alemanes presentes o futuros, porque a los patrioteros ingleses, franceses o rusos les molesten las medidas que se adopten... Considero que es una labor legítima de la política imperial alemana el asegurar el derecho a tener voz en la discusión de esos casos [los problemas internacionales que afectan al equilibrio del poder]; y oponerse como en principio a medidas exigidas para este fin, es algo, creo yo, que queda fuera de la esfera de tareas de la social-democracia.

Éstas eran palabras peligrosas; y Bemstein las agravó refiriéndolas específicamente a la política colonial alemana. Él defendía la adquisición por arrendamiento de la bahía de Kiaochow, en China, y, en efecto, se declaró favorable a la expansión colonial.

> El supuesto de que la expansión colonial sería un obstáculo para la realización del socialismo, descansa en el fondo en la idea completamente anticuada de que esta realización depende del estrechamiento constante del círculo de los ricos y de la miseria creciente de los pobres.

Negaba que la expansión colonial pudiera ser empleada para proteger al capitalismo contra las crisis, o que tuviera efectos perjudiciales en las condiciones políticas alemanas. Reconocía que el "patrioterismo naval" tenía alguna relación con la política colonial, pero sostenía que había existido antes de que se plantease la cuestión del colonialismo.

> Tiene alguna justificación, cuando se han adquirido colonias, que se examine cuidadosamente su valor y su porvenir, y que se controle la situación y tratamiento de los indígenas, como también otras cuestiones de administración; pero esto no es una razón para pensar, *a priori,* que esa adquisición sea algo censurable.

Es verdad que, por el momento, Bernstein negaba que Alemania necesitase colonias; pero decía que también era necesario pensar en el futuro, cuando pudiera ser deseable para Alemania traer de sus propias colonias algunos de los productos que importaba. Negaba que la ocupación de países tropicales por los europeos hubiese generalmente perjudicado a los indígenas, y decía abiertamente que "a los salvajes sólo se les podía reconocer un derecho condicional a la tierra que ocupaban. En último término la civilización más elevada puede exigir un derecho superior. No la conquista, sino el cultivo de la tierra, da el título histórico legal para su uso".[2] Incluso citaba a Marx en apoyo de su opinión, tomando la siguiente cita del volumen tercero de El *Capital:*

> Ni una sociedad entera, una nación, ni todas las sociedades contemporáneas tomadas en su conjunto, son propietarias de la tierra; sólo son como arrendatarias, como usufructuarias, y tienen que dejarla mejorada como *boni paires familias* para las generaciones siguientes.

Esta parte del libro de Bernstein, más que ninguna otra, aseguró el rechazo de todo su programa por el Partido Social-Demócrata. Él tenía partidarios, incluso por su defensa de los derechos nacionales de Alemania y de la política nacional; pero su doctrina nacionalista iba contra la tradición social-demócrata, profundamente arraigada, de hostilidad al carácter militarista del Reich. Hacía recordar las censuras de Marx contra los partidarios de Lassalle de ser cómplices de Bismarck y de los *junkers.* Por supuesto, es verdad que Bernstein no tenía la intención de apoyar el militarismo alemán: lejos de estar dispuesto a ponerse al lado de los *junkers* en contra de la burguesía, estaba muy bien dispuesto hacia ésta y odiaba mucho la fanfarronería y la autoridad militarista. Sin embargo, creía en la misión civilizadora del pueblo alemán, que elevaba a una aceptación del derecho de las "grandes naciones civilizadas" a extender su cultura, incluso obligando a los menos cultos, "a desarrollar sus territorios bajo la dirección de los más avanzados". Hay que decir, para atenuar su actitud, que escribía antes que el nacionalismo

[2] **Éste era, por supuesto, el argumento de Bernard Shaw. Véase pp. 187 y siguientes.**

hubiese influido mucho en los pueblos menos adelantados, y mientras el reparto de África entre la Gran Bretaña, Francia y otras potencias colonizadoras, con exclusión de Alemania, estaba en plena operación. Como hemos visto, Bernard Shaw en la Gran Bretaña se colocó en contra de las Repúblicas Boer, basándose en el argumento, no muy diferente del de Bernstein, de que un pueblo no tenía derecho a su tierra a no ser que la utilizase debidamente para la producción. Sin embargo, Bernstein, al defender las anexiones coloniales y el derecho de Alemania a afirmar mediante la fuerza armada su lugar en los concilios de Europa, hería profundamente el sentimiento antiimperialista del Partido Social-Demócrata Alemán en la década de 1890. Los social-demócratas acababan de salir de su largo período de persecución y prohibición por el gobierno imperial. Incluso si tenían fuertes sentimientos nacionalistas, no estaban preparados para que éstos les llevasen a identificar al pueblo alemán con el imperio alemán de Bismarck.

Bernstein fue demasiado lejos en sus opiniones acerca de estos puntos para tener ninguna posibilidad de que fuesen aceptadas por el partido en el momento en que las expuso. Su conducta posterior mostró que en realidad no era un patriotero, y que no había abandonado su internacionalismo al aceptar una parte del espíritu nacionalista. Ni lo que él decía era muy diferente, en cierto respecto, de lo que habían dicho marxistas más ortodoxos. La social-democracia alemana estaba animada, como antes que ella lo había estado Marx, por un vivo sentimiento de que Rusia constituía un peligro. Sus jefes consideraban al zarismo como una forma de gobierno infinitamente peor incluso que el imperialismo prusiano, y a los rusos como a un pueblo oriental bárbaro que amenazaba a la civilización occidental, de la cual la Alemania del Este (de donde era Bernstein) guardaba y vigilaba la frontera. El mismo August Bebel había declarado que los socialistas alemanes tendrían derecho a unirse a la defensa de la patria en contra de un ataque ruso; y la conciencia de culpabilidad que tenían muchos socialistas alemanes por la anexión de Alsacia-Lorena, aumentaba los temores producidos por la alianza franco-rusa. Este temor a Rusia era la causa de que muchos social-demócratas estuviesen mal dispuestos a mantener la política de votar constantemente en el Reichstag en contra de los gastos militares. Bernstein expuso su opinión de una forma que hizo seguro su rechazo; pero entre sus contrarios había muchos que simpatizaban con buena parte de ella, aunque no se inclinaban a sacar las conclusiones teóricas que él había unido a ella.

En el último capítulo, Bernstein molestó una vez más a los ortodoxos apelando a Hegel y a Kant e invocando la memoria del socialista moderado Friedrich Albert Lange (1828-75) como padre de la social-democracia. En Lange él veía "claramente unidos, a un firme e intrépido

campeón de las luchas de la clase obrera por la emancipación, un amplio espíritu científico libre de prejuicios, que hacía que siempre estuviese dispuesto a reconocer las equivocaciones y las nuevas verdades". Estaba conforme en "que acaso un espíritu tan amplio como hallamos en las obras de Lange sólo se encuentra en personas que carecen de la penetrante agudeza que es característica de espíritus precursores como el de Marx". Pero él acusaba a Marx de ser en el fondo dogmático y no científico.

> [Marx] construyó una poderosa estructura dentro del marco de una armazón que ya encontró existente; y en esa construcción siguió estrictamente las leyes de la arquitectura científica siempre que no chocaban con las condiciones requeridas por la forma de la armazón, pero las descuidaba o las evitaba cuando la armazón no permitía que fuesen observadas. Cuando la armazón ponía límites a la construcción, en lugar de derribar la armazón, alteraba la construcción a costa de las proporciones correctas y de este modo las hacía depender de la armazón. ¿Fue la conciencia de esta relación irracional lo que hizo que una y otra vez no terminase su obra para no alterar determinadas partes de ella?

Ésta es una crítica penetrante del sistema marxista con su marco ricardiano y hegeliano. Bernstein llamó a la dialéctica hegeliana "jerga" (la expresión es suya), y apeló en contra de ella a Kant. "La socialdemocracia —decía—, necesitaba de un Kant que juzgase la opinión recibida y la examinase críticamente con la mayor penetración, y él mostraría que su aparente materialismo era el summum de la ideología (y que, por consiguiente, llevaba con mucha facilidad al error), y le advertiría que el desprecio del ideal, exagerando los factores materiales hasta convertirlos en fuerzas omnipotentes de la evolución, es engañarse a sí mismo, lo cual ha quedado y seguirá quedando de manifiesto en todo momento por la conducta de quienes la proclaman." Pedía a la socialdemocracia que se emancipase de doctrinas anticuadas, y "que adaptase el pensamiento a lo que ella en realidad era entonces: un partido democrático y socialista de reforma".

De este modo Bernstein se incluía entre los neo-kantianos, contra los cuales Lenin, entre otros, habría de lanzar más tarde ataques furiosos. Y había echado por la ventana la concepción revolucionaria del socialismo de una manera dramática por lo absoluta.

> Tan pronto como una nación ha llegado a la situación en que los derechos de la minoría propietaria han dejado de ser un obstáculo grave para el progreso social, y en la cual las tareas negativas de la acción política son menos urgentes que las positivas, el

pedir que se recurra a la fuerza revolucionaria se convierte en palabras sin sentido.

A este pasaje Bernstein añadió una nota, la cual es una cita del Partido Laborista Independiente Inglés, que dijo en su revista mensual *News:* "afortunadamente, *revolución,* en este país, ya no es más que un término afectado" (enero 1899). Pero a los social-demócratas alemanes les extrañaba que le dijesen que en su país "el derecho de la minoría hacendada ya no era un obstáculo serio para el progreso social". Además, esto, sin duda, no era verdad.

Ésta fue en sustancia la defensa del "revisionismo" que Bernstein presentó al Partido Social-Demócrata Alemán. Difícilmente podía esperar que fuese aceptada toda ella, ni siquiera en sus líneas principales, en ninguna asamblea del partido. Planteaba demasiadas cuestiones, suponía el abandono de dogmas a que estaban demasiado unidos, y trataba el "maestro" demasiado ásperamente para no sentirse herido. En todo caso, el partido, después de una discusión larga y a veces enconada, decidió no decir nada como tal partido acerca de las cuestiones que Bernstein había planteado, y limitarse a aprobar una moderada censura contra él por la manera como había defendido su opinón. Era claro que esta censura no significaba su expulsión del partido, ni siquiera que se prohibiese discutir ulteriormente cualquiera de los problemas planteados. Bebel, que presentó la propuesta oficial, dijo claramente que Bernstein, a pesar de sus herejías, no era considerado como un "mal camarada" o como un renegado. Que esto sucediese muestra que los jefes se dieron cuenta de hasta qué punto apoyaban dentro del partido, no ya al revisionismo en conjunto, sino muchas de las críticas que Bernstein había hecho de la ortodoxia marxista. En efecto, el congreso votó en contra del revisionismo, pero no en favor de su expulsión; y más tarde el partido se inclinó constante y rápidamente en la dirección que Bernstein quería. Wilhelm Liebknecht murió en 1900, antes de que tuviese lugar la votación definitiva acerca del revisionismo en el congreso de Lübeck al año siguiente. Iban sobresaliendo nuevos jefes del partido, la mayoría de ellos menos devotos de la tradición marxista que sus antecesores. La influencia teórica de Kautsky declinaba. Rosa Luxemburgo, la nueva fuerza considerable en la izquierda del partido, contaba sólo con una minoría entre la generación joven. El revisionismo no consiguió alterar el dogma oficial; pero tuvo una influencia creciente en la manera de actuar del partido y en el pensamiento práctico de quienes lo dirigían.

CAPÍTULO VI

# ALEMANIA DESPUÉS DE LA CONTROVERSIA REVISIONISTA: APARIENCIA Y REALIDAD

El Partido Social-Demócrata Alemán, durante el período que va desde la derrota de los revisionistas hasta que estalló la primera Guerra Mundial, ocupó una curiosa posición de independencia completa en la teoría, combinada con una tendencia creciente hacia la timidez en la práctica. Realmente fue en gran medida víctima de su propio éxito. Había logrado formar una masa muy fuerte de apoyo electoral como principal adversario del régimen autocrático y militarista, que todavía dominaba los asuntos del imperio alemán; y tenía la esperanza de que persistiendo en sus actividades de propaganda y de organización llegaría a contar con una franca mayoría de los electores, e incluso podría, a pesar de la desfavorable distribución de los distritos electorales, que favorecía a las regiones rurales, elegir una considerable mayoría del Reichstag. No se hacía la ilusión de que el mero hecho de conseguir esa mayoría le diese automáticamente el control del Estado; pero creía que el Kaiser y sus ministros verían que no era posible gobernar en contra del Reichstag, y que, contando con esta ventaja, estaría en situación de imponer un cambio grande en todo el sistema de gobierno, se viese o no obligado a emplear medios no constitucionales para producir ese cambio. Esto hacía que pospusiese la posible necesidad de actuar en contra de la constitución, hasta después de que hubiese conseguido una mayoría del pueblo, y tuviese en sus manos la autoridad del Reichstag. Además, era indudable que esto no podría realizarse sin el apoyo, no sólo de una gran mayoría de los obreros industriales, sino también de otros elementos procedentes del campo y de pequeños comerciantes y profesionistas; y, por consiguiente, al partido le preocupaba no atacar a sus posibles apoyos, y aparecer simultáneamente como un partido socialista revolucionario y como un partido reformista, que era esencialmente moderado en sus objetivos políticos inmediatos.

En la situación política que existió en Alemania hasta 1914, el gobierno del Kaiser estaba lejos de disponer de una mayoría segura en el Reichstag. Para conseguir que fuesen aprobadas sus leyes y sus presupuestos, necesitó del apoyo de sucesivas coaliciones parlamentarias de partidos antisocialistas, desde los conservadores a los progresistas radicales y el predominante Partido Católico del Centro. Los radicales, que en 1910, bajo la jefatura de Friedrich Naumann, se unieron para formar un Partido Progresista, estuvieron generalmente, pero no siempre, en la

oposición. El Partido del Centro algunas veces entró en la coalición, y a veces estuvo fuera de ella; los liberales generalmente, y los conservadores siempre, estuvieron del lado del gobierno. Hubo momentos en que los social-demócratas, aliándose no sólo con los progresistas, sino también ya con los liberales o con el centro, podían haber dejado al gobierno en minorías, y acaso hubiese convencido a la mayoría para que votase en favor de reformas sociales incluidas en sus programas, pero que no podían conseguirse sin la ayuda de otros partidos, e incluso conseguir reformas electorales y de estructura que significasen avances hacia la democratización de la maquinaria del Estado. Los partidos burgueses todos querían en grado distinto una liberalización del sistema del Estado, especialmente mediante el establecimiento de un gobierno constitucional con ministros responsables ante el Reichstag en lugar de serlo ante la Corona; y los liberales y progresistas también estaban en favor de una nueva distribución de distritos electorales a fin de reducir el influjo de los terratenientes. Pero el Partido Social-Demócrata mantuvo firmemente la opinión, no sólo de que no había de cooperar en el Reichstag con ningún otro partido, sino además que nunca votaría en favor del presupuesto presentado por un ministerio no socialista, incluso cuando los fines para los cuales se necesitaba el dinero eran los que el había aprobado o los métodos propuestos para obtenerlos, tales, que hiciesen recaer la carga sobre las clases más acomodadas. Se había admitido como cuestión de principio que los social-demócratas, siendo contrarios al sistema existente y al Estado que quería mantenerlos, debían negarse a toda acción que sostuviese al gobierno defensor de ese régimen.

Esta actitud tenía sentido en el supuesto de que el Partido Social-Demócrata estaba en camino de conseguir una mayoría independiente en el Reichstag, y pronto estaría en situación de hacer imposible que continuase funcionando el régimen existente. Había motivos muy fuertes para negarse a hacer alianzas con cualquier otro partido, si podía asegurarse que la negativa habría de acelerar el debilitamiento de los partidos medios y reducir a los reaccionarios, incluso cuando se viesen obligados a unirse contra los socialistas en una minoría incapaz de llevar adelante el gobierno. Pero había muchos en las filas social-demócratas que dudaban de este diagnóstico de las posibilidades electorales; y había otros que sostenían que, si alguna vez pareciese que iba a surgir una situación así, el Kaiser y sus partidarios reaccionarios no tendrían escrúpulos en alterar las condiciones electorales en contra de los socialistas, o incluso recurrir a un golpe de Estado militar a fin de evitar que se apoderasen del poder político. Por consiguiente, había partidarios de cooperar con los partidos burgueses a fin de conseguir una constitución más liberal, basándose en que, bajo la constitución existente, no podía tenerse una mayoría sin su ayuda, o en que sería mucho más difícil para

los militaristas y reaccionarios producir un golpe de Estado en contra de una alianza de burgueses y socialistas que en contra de los socialistas solos.

La situación en su conjunto se hacía más complicada por las grandes diferencias, dentro del Reich, entre la constitución de Prusia y las de algunos Estados alemanes menores. En Prusia, el sistema de votación por clases hacía indiscutiblemente imposible para los socialistas conseguir una mayoría en el Landtag, ni siquiera una representación eficaz, mientras que en algunos otros Estados del imperio el sistema electoral era análogo al del Reich, y en algunos de ellos dependía de la línea seguida por los socialistas el que tuviesen el poder gobiernos burgueses progresistas o de derecha. Esta última situación existía especialmente en Baviera y en Badén; y en estos Estados y en algunos otros los social-demócratas se habían resistido a la línea intransigente seguida por el conjunto del partido. Ya vimos en un capítulo anterior[1] cómo los bávaros, bajo la jefatura de Vollmar, discutieron acerca de este punto mucho antes de que Bernstein iniciase su campaña revisionista, y cómo ellos apoyaron el revisionismo, porque se ajustaba más a su deseo de entrar en arreglos electorales y parlamentarios con los partidos que representaban principalmente a los aldeanos. El revisionismo, como una doctrina principalmente teórica, no ha de identificarse con el reformismo, que surge de consideraciones de política práctica: sin embargo, es un hecho claro que el apoyo en favor de Bernstein vino principalmente o de los reformistas que querían tener libertad para entrar en alianzas políticas o del ala moderada de los sindicatos obreros.

En el Reichstag, en todo caso después de la gran victoria electoral de 1912, los social-demócratas, si hubiesen querido, podían haber sido el partido más grande dentro de una alianza en contra del sistema del gobierno irresponsable.. En Baviera, por otra parte, los católicos estaban demasiado fuertemente arraigados para que los socialistas pudieran tener una posición dominante, y en general los liberales y radicales burgueses eran bastante más fuertes en otras legislaturas de Estados que en el Reichstag, de tal modo que las coaliciones hubiera sido necesario hacerlas en términos de igualdad. Por supuesto, en los Estados, excepto en Prusia y en Sajonia, aunque el poder y las funciones eran limitados, existía un cierto grado de gobierno responsable; y las coaliciones, si hubiesen llegado a tener programas comunes dentro de estos límites, hubieran estado en situación de realizarlos, ya fueran los socialistas los que estuviesen en el gobierno o se limitasen a apoyar a éste. En efecto, los social-demócratas, en algunos de estos casos, apoyaron, aunque no se unieron, a gobiernos progresistas de los Estados, y consiguieron, me-

i Véase pp. 260-61.

diante ello, una cierta cantidad de legislación progresista. Pero incluso este apoyo no fue bien recibido por los jefes nacionales, basándose en que comprometía la independencia del Partido Social-Demócrata y retrasaba la obtención de la esperada mayoría socialista.

De este modo se produjo la paradójica situación de que, mientras más insistía el Partido Social-Demócrata en su objetivo revolucionario y en la necesidad de una independencia completa a fin de conquistar la maquinaria del Estado, más moderado se hacía en la práctica a fin de quitar votos burgueses y aldeanos a los otros partidos. Tenía que suavizar con fines electorales, no sólo el programa social, sino también su antagonismo hacia la Iglesia católica, y aparecer como el director del pueblo en la lucha contra el gobierno aristocrático y el militarismo aristocrático aún más que como el campeón del proletariado y del socialismo. En la práctica, no podía escapar a la necesidad de apoyar medidas de reforma social que una mayoría de sus miembros, especialmente los sindicatos obreros, deseaba; pero tenía a la vez que unirse al partido del centro y a los progresistas para hablar en favor de esas medidas, y votar en contra de ellas, porque un voto afirmativo significaría votar en favor del régimen existente. Esto es verdad especialmente de la política del Reich, a diferencia de la política de cada Estado; pero, incluso en los estados, la política central del partido era la de oponerse a las etapas finales de medidas que él había aprobado, a fin de evitar compromisos con el sistema existente.

Una debilidad grande y constante de los social-demócratas alemanes fue su incapacidad para llegar a un acuerdo acerca del programa agrario. Una razón de este fracaso era la gran diferencia de situación respecto al arrendamiento de tierras y al trabajo rural en las distintas partes de Alemania. El este y el sur de Alemania eran, en general, regiones de cultivo aldeano en granjas pequeñas, con una cierta proporción de aldeanos acomodados; mientras que la Alemania del Este era, también en general, una región de grandes propiedades feudales, con una población numerosa y muy oprimida de labradores agrícolas sin tierra, que trabajaban en muy malas condiciones. La línea divisoria era el río Elba. En los distritos aldeanos, los social-demócratas tenían que decidir si tratarían de llegar a un acuerdo con los labradores aldeanos y con sus representantes políticos, o, por el contrario, oponerse a ellos, por esperar que poco a poco irían desapareciendo como clase social por ser incapaces de competir con los productos de la agricultura en gran escala y, más especialmente, con los productos importados de las granjas del Nuevo Mundo. Por supuesto, esto planteó el problema de la protección agrícola, que era defendida por los terratenientes, pero censurada por la mayoría de los socialistas, porque hacía subir el costo de la vida y porque reforzaba a los elementos feudales de Ja sociedad alemana. Sin embargo,

algunos pocos socialistas prescindieron de ella; pero muchos más, especialmente en el sur, eran partidarios de que públicamente se ayudase a los aldeanos proporcionándoles crédito barato y reduciendo las rentas y los impuestos. En contra de esta opinión los marxistas ortodoxos objetaban que esa ayuda beneficiaría principalmente a los aldeanos más ricos, que estarían en mejores condiciones para aprovecharse de ella, y, además, que perpetuaría un sistema anticuado de cultivo en pequeña escala, que debía ser sustituido por la aplicación de métodos capitalistas. Esto dio lugar a una discusión entre la Baviera de Vollmar y los del Norte, y después entre Bernstein y Kautsky. Como hemos visto,[2] en 1894, la asamblea del partido había adoptado un bosquejo de un programa agrario favorable para los aldeanos, pero no ofrecía nada para los labradores sin tierra del este de Alemania; mas este programa, elaborado por un comité especial, había sido rechazado en el congreso siguiente. Después, el partido nombró a numerosos comités sucesivos para que redactasen un programa agrario; pero no se llegó a un acuerdo, y se fue aplazando una y otra vez el tomar una decisión. Los marxistas ortodoxos hacían resaltar la importancia de dirigirse a los labradores rurales asalariados más bien que a los aldeanos; pero ni en las regiones aldeanas ni en las feudales del país consiguieron establecer una organización importante. Era un partido de mentalidad urbana, excepto en algunas partes del Sur; y, a pesar de todas las pruebas en contrario, la mayor parte de ellos se aferraron al dogma de que los agricultores en pequeña escala estaban económicamente llamados a desaparecer, y debían el no haber lesaparecido a que las clases gobernantes y las iglesias los consideraban como un baluarte contra el socialismo.

En general, excepto en su agitación para la reforma electoral en Prusia, el Partido Social-Demócrata ponía mucho cuidado en evitar todo lo que pudiese llevarlo a un conflicto con la policía o con los tribunales de justicia. Mientras más revolucionario era en teoría, más moderado se sentía forzado a ser en la práctica. En la lejanía se le aparecía una nueva clase de Estado y un nuevo sistema social, que llegarían a existir cuando él hubiese "conquistado el poder político" al conseguir mayoría en el Reichstag y obligar al Kaiser y a los reaccionarios a ceder. Mientras no llegase esta victoria, los socialistas tendrían todavía que enfrentarse con el poder de un Estado hostil, y que no se consideraba responsable ante el pueblo; y porque éste era el carácter del Estado existente, consideraban equivocado y peligroso hacer nada que pudiera aumentar su poder. La nacionalización no podía ser defendida, porque significaría dar aún más poder al Estado existente: los socialistas se basaron en esto para oponerse a la nacionalización del Reichsbank. Ello no les impedía defender una legislación obrera y social que favoreciese los in-

2 Véase pp. 271-72.

tereses de los trabajadores; pero incluso para esta defensa tenían que basarse en mostrar que, de este modo, no aumentaría el poder del Estado enemigo. El Partido Social-Demócrata, sobre todo por la presión de los sindicatos obreros, en realidad dio cada vez más importancia a la legislación social; mas no podía pasar de esto a cualquier programa de socialización constructiva antes de la conquista del poder público. Ponían toda la carne socialista en el asador electoral; y esto significaba que trataba de reunir detrás de él un apoyo electoral lo más grande posible. Tenía que atraerse a los grupos sociales medios, para que votasen en favor de los socialistas y esto en la práctica significaba atenuar aún más su doctrina que si hubiesen estado dispuestos a entrar en alianzas temporales con el ala izquierda de la burguesía.

Otra complicación era que el liberalismo, excepto en Alemania del Sur, era muy débil y estaba falto de independencia. Los liberales nacionales, a diferencia de los progresistas, eran esencialmente un partido de grandes capitalistas: banqueros, comerciantes e industriales, y estas clases sociales estaban obteniendo enormes ventajas económicas del rápido desarrollo industrial del Reich alemán. Por consiguiente, aunque deseaban modificar la estructura autocrática y, especialmente, disminuir el influjo de los terratenientes partidarios de que la agricultura fuera protegida, de ningún modo estaban dispuestos a una acción enérgica en contra del régimen, y, en general, lo apoyaban en su política imperialista agresiva. Una Alemania fuerte, con un gobierno del Reich que favoreciese la expansión del comercio y de la industria y el desarrollo del colonialismo, fomentaba sus intereses; y estaban dispuestos a apoyar al militarismo prusiano en su política exterior, aunque a la vez censurasen la estructura constitucional. De aquí que no hubiese un movimiento liberal capitalista que actuase en favor de un gobierno parlamentario, como sucedía con el liberalismo de otras naciones económicamente adelantadas; y los social-demócratas tenían que ocupar el lugar de los liberales como defensores principales de la democracia liberal, y tratar de combinar esto con su misión de establecer una sociedad socialista. Ello, en la práctica, significaba el dar gritos de combate socialistas, pero subordinando la política socialista a la agitación en favor de reformas liberales.

Antes que nada, la política del socialismo después de la revolución de 1871 significaba que el partido tenía que mantenerse unido a toda costa y ser manejado como una máquina electoral y de propaganda completamente unificada. Las disensiones que causasen una división, destruirían la posibilidad de la esperada mayoría en el Reichstag; y, con arreglo a esto, era preciso que hubiese un frente unido y una disciplina centralizada en el partido. Sin embargo, esta disciplina nunca podía llegar hasta el punto de expulsar a un sector considerable del partido; porque, de hacerlo, podrían surgir partidos socialistas rivales, como los

que existían en otros países. Por lo tanto, en la práctica, a los disidentes se les permitía bastante libertad, incluso si la disidencia era sobre puntos fundamentales. Bernstein no podía ser expulsado; Vollmar y sus partidarios de Baviera, y más tarde Ludwig Frank y sus partidarios de Badén, tenían que ser conservados en el partido y había que permitir que sus decisiones fuesen interpretadas con gran amplitud; y de este modo, en la izquierda, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht tenían sencillamente que ser tolerados, a menos que se convirtiesen en el núcleo de un partido más revolucionario y más internacionalista. Por encima de esto, el sentimiento nacional en favor de la unidad era sumamente fuerte, y el hecho de que los rebeldes contrarios a la política establecida se concentrasen principalmente en ciertas regiones, sobre todo en el sur de Alemania, era una razón más en contra de permitir una separación, que pondría en peligro la unidad del socialismo como expresión de la unidad de la nación.

El Partido Social-Demócrata Alemán se enorgullecía de ser internacionalista y de hacer la guerra al imperialismo militarista tanto en Alemania como fuera de ella. En esto, sus jefes principales, salvo muy pocos, no eran insinceros; pero la mayoría de ellos no llegaban a darse cuenta de que también eran muy nacionalistas. Su nacionalismo, en la medida en que se orientaba fuera de Alemania, era en realidad principalmente anti-ruso, aunque tenía también un elemento considerable de hostilidad hacia el imperialismo inglés, que cerraba el camino a Alemania en tantos lugares. Se basaba sobre todo en el temor a la Rusia zarista como un poder bárbaro que amenazaba las fronteras orientales del Reich, y que competía con las ambiciones alemanas respecto al sureste de Europa; y Rusia era considerada tan peligrosa como aliada que como enemiga, porque sólo podía ser aliada de los elementos más indeseables del Reich: de los reaccionarios de Prusia en contra de las fuerzas más liberales del Oeste. Cuando se planteaba la cuestión de la defensa nacional en los debates de los socialistas alemanes, siempre era la defensa en contra de Rusia lo que dominaba la mente de los oradores. La única ocasión en que los social-demócratas alemanes se inclinaron rápidamente hacia la izquierda en su actitud internacional, hasta el punto de votar en principio en favor de la huelga general, fue cuando les impresionó la noticia de la Revolución rusa de 1905; y cuando la revolución fracasó, volvieron a adoptar en seguida la antigua actitud.

En general, el Partido Social-Demócrata Alemán, a pesar de haber afirmado reiteradamente que creía en una futura revolución, se aferraba a una acción constitucional. Siempre temía que sus notables progresos electorales fuesen interrumpidos por una represión legal análoga a la que Bismarck había empleado contra ellos. Incluso después de que las leyes antisocialistas habían sido derogadas, los socialistas alemanes esta-

ban sometidos a una continua inspección de sus reuniones por la policía prusiana, que podía suspender una reunión en cualquier momento, si consideraba que se habían expresado sentimientos sediciosos o subversivos. También existía una ley de prensa de carácter represivo muy severa para los directores y periodistas socialistas; y siempre fue dudoso cuáles eran los verdaderos límites de la legalidad. Hasta cierto punto los socialistas se enfrentaban a las autoridades; pero tenían que estar siempre sobre seguro, y esto indudablemente influyó en su conducta. En realidad, a medida que el partido fortaleció más su organización y llegó a poseer imprentas, locales para clubes **y** oficinas y otras propiedades de valor, más temían chocar con la ley. Éstos temores eran aún más grandes en los directivos de los sindicatos obreros que en los políticos, porque los sindicatos acumulaban fondos y prestaban muchos servicios benéficos; y a medida que los sindicatos obreros se hacían más fuertes y más ricos, aumentaba su influencia en el partido, y se inclinaban más a cumplir la ley escrupulosamente.

Con este temor de prohibición o persecución legal iba unido el temor de que el sistema electoral fuese modificado en desventaja suya. En Prusia, por supuesto, la situación era enteramente diferente en el Reichstag y en el Landtag. En las elecciones para el Reichstag existía la misma necesidad, como en otras partes de Alemania, de atraerse a los electores neutrales, y más probabilidades de conseguir su apoyo teniendo en cuenta el carácter extraordinariamente reaccionario de todo el sistema prusiano. El liberalismo progresista era débil en Prusia; y los social-demócratas eran la avanzada de la oposición aun en mayor medida que en el resto del país; pero en la política del Landtag la constitución de Prusia no permitía a los social-demócratas ningún triunfo electoral apreciable ni siquiera aliándose con los grupos no socialistas. Hasta 1906 no consiguieron elegir un miembro del Landtag prusiano. Después hubo tres con la ayuda de electores burgueses; pero este pequeño grupo no pudo hacer nada frente a la enorme preponderancia de los partidos reaccionarios. Por esto, la política socialista en Prusia se limitó casi únicamente a pedir la reforma constitucional. En 1906 fue aprobada una ley que aumentaba el número de miembros de la Dieta y hacía algunas reformas muy poco importante en el sistema electoral para la redistribución de representantes; pero las enmiendas de los radicales proponiendo el dereho al voto para todos los varones y el voto secreto fueron rechazadas por gran mayoría. En 1908, los radicales de la Dieta propusieron otra vez la reforma electoral, pero encontraron una terminante negativa de von Bülow, y fueron derrotados otra vez. Los social-demócratas recurrieron a una amplia campaña de manifestaciones callejeras, lo cual condujo a graves choques con la policía. El estado de los ánimos era tal, que, a pesar de los obstáculos puestos en su camino por

las limitaciones del sufragio y por el sistema de votación por clases, siete social-demócratas fueron elegidos con el apoyo de electores radicales, que se enfrentaron a la actitud del gobierno. La propuesta de reforma volvió a ser presentada en la Dieta en 1909, acompañada otra vez de grandes manifestaciones y de disturbios; y otra vez fue rechazada por los partidos dominantes. Cuatro de los siete representantes social-demócratas perdieron sus puestos por razones técnicas, pero fueron reelegidos; y los desórdenes se extendieron de Berlín a otras poblaciones de Prusia. En 1910, el Kaiser, bajo esta presión, anunció que la ley electoral sería reformada; mas cuando el gobierno presentó sus propuestas, se vio que no tenía la intención de hacer un verdadero cambio. Habría de continuar el sistema de votación por clases, y el voto no sería secreto. Las únicas modificaciones eran la de sustituir el voto indirecto por el directo en ciertos casos y la de aumentar la representación de las clases profesionales en perjuicio, no de los terratenientes, sino de la burguesía rica. El anuncio de este proyecto hizo que se renovasen las manifestaciones en medida mayor que nunca. Por último, el gobierno consiguió que el proyecto fuese aprobado por los votos de los conservadores y del Partido del Centro, después de haber conseguido el voto secreto el Centro, pero retirando su propuesta de voto directo a petición de los conservadores. Aunque la agitación continuó, ningún cambio en la constitución de Prusia se había logrado cuando la guerra estalló en 1914.

En otros estados del imperio alemán la situación era mejor; pero en Sajonia, que era un baluarte socialista, la ley electoral reaccionaria de 1896 siguió vigente para recordar a los social-demócratas que las fuerzas de la reacción habían entonces hecho frente con éxito al avance de su partido alterando la ley electoral y restableciendo un sistema de votación por clases, que les quitaba la posibilidad de repetir en el Landtag su inmenso triunfo en las elecciones para el Parlamento del Reich. Los socialistas temían que lo que se había hecho en Sajonia, pudiese ser repetido en otras partes. La mejor garantía que veían sus jefes, era hacer a su partido lo más fuerte posible numéricamente bajo las normas constitucionales existentes, excepto cuando éstas fuesen tales que no les permitiesen actuar.

En Prusia y en Sajonia, por lo que se refiere a las elecciones para el Landtag, poco o nada podía hacerse sin una reforma constitucional; y por esto, en esos dos estados, los socialistas emprendieron campañas de masas en favor de la reforma electoral, realizando su agitación sobre todo fuera de las cámaras elegidas, pero invocando la ayuda de los elementos progresivos que pertenecían a ellas. En ambos casos, como resultado de estas campañas, recibieron promesas de cambios constitucionales; pero, cuando se hicieron públicas las propuestas, se vio que eran casi ineficaces. En Sajonia, los social-demócratas consiguieron ganar

algunos lugares más; pero en la autocrática Prusia la votación por clases hizo imposible para ellos ningún avance antes de 1918. Como Prusia dominaba la cámara alta federal del Parlamento del Reich, esto era bastante para poner un obstáculo invencible en el camino de una reforma constitucional para establecer un gobierno responsable.

Así es que el socialismo alemán tuvo que recorrer un camino difícil; y sus dificultades aumentaron por la creciente prosperidad económica del país, que hizo posible una rápida elevación en el nivel de vida, y permitió a los sindicatos obreros ganar victorias importantes respecto a salarios y a condiciones de trabajo sin encontrar una resistencia muy fuerte. Además, era parte de la política del gobierno mejorar los servicios sociales y la legislación obrera a fin de contrarrestar la propaganda socialista; y esta política, aunque no tuvo éxito en el sentido de apartar a los trabajadores de la social-democracia, sí afectó de manera apreciable la actitud que ellos y los sindicatos obreros, en su representación, tomaron dentro del movimiento socialista. En 1906, cuando se hizo evidente la derrota de la Revolución rusa, se celebró una reunión secreta de los jefes de los sindicatos obreros y del partido, quienes, como hemos dicho, habían propuesto el año anterior que se aprobase una resolución que aceptaba la posibilidad de recurrir a una huelga general. Los jefes del partido bajo la presión de los sindicatos, accedieron a que, por ninguna razón, intentarían declarar una huelga general sin previo consentimiento de los sindicatos obreros; y este acuerdo fue después aprobado por el congreso del partido. Esto fue generalmente considerado como el comienzo de un período de influencia creciente de los sindicatos en la política del partido, una influencia ejercida por los jefes de la organización central de los sindicatos más bien que por la masa de los miembros de éstos, y que se inclinaba fuertemente del lado del reformismo.

Después de la muerte de Wilhelm Liebknecht en 1900, la jefatura del partido pasó sin discusión a manos de August Bebel (1840-1913), que había sido, con aquél, fundador del partido creado en Eisenach, del cual nació el partido existente. Bebel era un buen orador y un pilar de la ortodoxia marxista, como la entendían los social-demócratas alemanes de la antigua escuela. Generalmente fue considerado, hasta sus últimos años, como perteneciente al ala izquierda del partido; y en general esto era exacto. Era fuertemente contrario a los reformistas del sur de Alemania, que deseaban llegar a un acuerdo con los burgueses progresistas y apoyar a gobiernos progresistas en los Estados; y, cuando surgió el asunto del revisionismo, se puso decididamente contra Bernstein e hizo causa común con Kautsky rechazando tanto las herejías económicas de los revisionistas como el intento de Bernstein de basar la filosofía socialista en fundamentos kantianos en lugar de los marxista-hegelianos. Era un convencido materialista, y a su mentalidad le satisfacía por completo

el sistema marxiste, que había aprendido de Wilhelm Liebknecht en su juventud, y dentro del partido siguió la tradición de Liebknecht. Sin embargo, en modo alguno era en la práctica tan de izquierda como lo parecía en teoría; y aunque combatió a los reformistas y revisionistas, no deseaba llevar su oposición hasta el extremo de expulsarles del partido. Creía sinceramente que era necesaria la unidad, y estaba dispuesto a permitir que disidentes desviacionistas como Frank y Bernstein realizasen su propaganda sin ser molestados, a condición de que se sometiesen a una censura ocasional. Su contribución principal a la bibliografía socialista fue su libro, *La mujer,* en el cual pasa revista a la historia de las relaciones entre los sexos, y se declara en favor de la igualdad de derechos. Su autobiografía en tres volúmenes, *Mi vida,* es una rica cantera de información referente a la historia interna del partido alemán.

Durante estos años estuvo muy unido a Bebel el austríaco Karl Kautsky, considerado generalmente como el principal teórico del marxismo después de la muerte de Engels y, como Bebel, un gran mantenedor de la tradición ortodoxa. También él fue considerado, hasta pocos años antes de 1914, como perteneciente al ala izquierda por razón de su oposición vehemente contra los revisionistas y reformistas, y por su seguridad en que el socialismo surgiría necesariamente de la concentración y "mistificación" crecientes de las empresas capitalistas. Ya hemos examinado lo esencial de la doctrina del Kautsky, y no es necesario repetirlo aquí. Lo que interesa ahora es que, desde el momento en que apareció un ala izquierda combativa bajo la jefatura de Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Georg Ledebour y Franz Mehring, Kautsky ocupó una posición centrista entre los reformistas y los revolucionarios, y chocó cada vez más con los últimos, a medida que éstos intentaban que el partido se apartase de sus crecientes tendencias reformistas durante los años que precedieron al de 1914.

Kautsky fue un teórico, y no un jefe práctico en los asuntos del partido. De los hombres que rodeaban a Bebel y que conducian la máquina del partido, los más importantes eran Ignaz Auer (1846-1907), un veterano del Congreso de Eisenach, que había llegado a ser secretario del partido ya en la asamblea de Gotha, el año de 1875, y conservó este puesto hasta su muerte; y Paul Singer (1844-1911), que llegó a ser presidente en 1890. Auer era del sur de Alemania, un guarnicionero. Luchó y fue herido en la guerra de 1870. Tomó parte activa en la segunda Internacional, pero sobresalió sobre todo como organizador v táctico hábil, más bien que como pensador. Escribió poco: su única obra notable, publicada en 1889, tiene valor, porque da a conocer la historia del socialismo alemán en el destierro durante las leyes antisocialistas de Bismarck. Paul Singer era un hombre más capaz, un judío comerciante e industrial de Berlín; hizo una considerable for-

tuna en los negocios, y más tarde dedicó la mayor parte de ella a la causa socialista. Fue elegido para el Reichstag por Berlín en 1884, y en 1887 llegó a ser miembro, y en 1890 presidente, del Comité Central del Partido. También fue notable como organizador: a él y a Auer se debe principalmente el grado muy alto de organización a que llegó el partido. En la Internacional, a menudo ocupó la presidencia en ocasiones importantes, pero no era un gran orador. Ni hizo ninguna contribución considerable al pensamiento socialista: generalmente seguía a Bebel en asuntos de política y a Kautsky en la doctrina. Realmente era por instinto un centrista, con un fuerte deseo, por encima de todo, de mantener al partido unido.

La muerte de tres de estos cuatro en rápida sucesión: Auer, Singer y Bebel, dejó un vacío en la dirección central del Partido Social-Demócrata; y nuevos hombres se dieron a conocer rápidamente durante los años inmediatamente anteriores a 1914. El sucesor de Bebel como jefe del partido fue Hugo Haase (1863-1919), que se separaría del partido de la guerra con Bernstein y Kautsky en 1915, y que se uniría a ellos dos años más tarde para fundar el Partido Socialista Independiente. Haase era de profesión abogado: nació en el este de Prusia y representó en el Reichstag a Königsberg. Tomó una parte activa en el movimiento pacifista de la Segunda Internacional y en varios movimientos en favor de una inteligencia franco-alemana, y en 1914 se opuso, en la reunión del partido, a que se votasen los créditos de guerra, aunque por el momento aceptó el veredicto de la mayoría. Pero siempre fue un moderado y nunca un izquierdista.

Los otros nuevos jefes fueron Friedrich Ebert (1870-1925) y Philip Scheidemann (1865-1939). Ebert, hijo de un sastre de Heidelberg y él mismo guarnicionero, había actuado mucho tiempo en el Partido Social-Demócrata antes de ser elegido para el Reichstag en 1912. Pertenecía decididamente al ala derecha del partido, y llegó a ser el jefe de su mayoría, favorable a la guerra después de 1914. La revolución alemana en 1918 había de llevarlo a la presidencia de la república de Weimar. Philip Scheidemann, su principal auxiliar durante los años de la guerra, tenía una reputación de izquierdista antes de la guerra, cuando fue "sustituido de la vicepresidencia del Reichstag por negarse a una visita de ceremonia y homenaje al Kaiser. Pero siempre estuvo más cerca de la derecha que de la izquierda. En 1918 llegó a ser primer ministro en el primer gobierno republicano alemán, aunque sólo para dimitir al año siguiente como protesta por el tratado de paz, y abandonar la política para llegar a ser Burgomaestre de Cassel, su ciudad natal. Sus *Memorias de un social-demócrata* (traducción inglesa, 1929) son una fuente importante para la historia del partido, especialmente de los años de guerra.

Otra figura notable del período anterior a 1914 fue el jefe de los socialistas de Badén, Ludwig Frank (1874-1914), que pertenecía al ala derecha del partido. Frank era el principal representante y ejecutor de la política que prevalecía en el sur de Alemania, de alianzas electorales de los social-demócratas con los burgueses progresistas, y él y sus partidarios persistieron en esta política, y en sostener con sus votos a gobiernos burgueses de izquierda, a pesar de reprobarlo reiteradamente los Congresos social-demócratas y en contra de las censuras de Bebel. Frank actuó en la Segunda Internacional, y tomó parte principal en varios movimientos dirigidos a favorecer una inteligencia franco-alemana y a procurar una acción unida de los obreros franceses y alemanes en contra de la guerra. Sostenía que la mayor esperanza de acabar con la autocracia prusiana y de liberalizar las instituciones del Reich estaba en formar un bloque democrático basado en los Estados del sur de Alemania, en Francia y en Alsacia-Lorena; y luchó por introducir el sufragio para todos los varones en Alsacia-Lorena (que fue conseguido en 1912) como medio para este fin. Conocido por sus opiniones pacifistas, insistió, sin embargo, en ingresar en el ejército en 1914, diciendo que Rusia llegaría a ser liberal como resultado de la guerra. Antes de que terminase el año murió en batalla.

Aún más hacia la derecha estaba Eduard David (1863-1930). David, que era de Hesse, ingresó en el Partido Social-Demócrata cuando era estudiante, y llegó a ser el representante de una política agraria que estaba en franco desacuerdo con las enseñanzas ortodoxas de Marx. En su libro más importante, *Sociálismus und Landwirtschaft* (1903) se muestra contrario a la opinión de que el desarrollo económico necesariamente conduciría a que la agricultura aldeana fuese sustituida por el cultivo capitalista en gran escala, y pedía una política dirigida a conservar la clase aldeana y a aumentarla dividiendo los latifundios. Consideraba que la propiedad aldeana era a la vez deseable por sí misma y enteramente compatible con el socialismo. Esto hizo que tuviese una viva controversia con Kautsky. En la controversia revisionista estuvo, naturalmente, al lado de Bemstein. En el Reichstag, para el cual fue elegido por primera vez en 1903, fue un miembro influyente del ala derecha. Fue Subsecretario de Relaciones Exteriores en el gobierno del Príncipe Max de Badén, el año 1918, y después Ministro del Interior con la República. Tuvo una participación considerable en la redacción de la Constitución de Weimar.

Otra personalidad del ala derecha fue Georg von Vollmar (1850-1922), de Baviera, cuyas opiniones acerca de la cuestión agraria y acerca de la colaboración con partidos no socialistas fueron examinadas en un capítulo anterior. Sin embargo, Vollmar, después de una serie de conflictos con Bebel, que culminaron en una famosa disputa

en el Congreso social-demócrata de Dresden en 1903, actuó menos en el partido. Enfermó y, sin alterar sus opiniones, dejó la lucha a otros.

Por último, entre los jefes del ala derecha, es necesario mencionar a los dirigentes de los sindicatos. Entre ellos sobresalió Cari Legien (1861-1920), el formidable presidente de la comisión de los sindicatos obreros alemanes y secretario de la Internacional de Sindicatos Obreros. Legien, un carpintero de Hamburgo, fue uno de los que principalmente creó la Organización Central de Sindicatos Obreros después de ser derogadas en 1890 las leyes antisocialistas. Fue un activo social-demócrata, pero se opuso fuertemente a cualquier intento de subordinar los sindicatos obreros al partido, o de emplearlos para fines políticos. Decididamente contrario a las huelgas en masa, creía que los sindicatos obreros debían concentrarse en su tarea de mejorar los salarios y las condiciones de trabajo, y que debían estar dispuestos para entrar en relaciones amistosas con los patronos con este fin, cuando los patronos estuviesen dispuestos a seguir una línea razonable. Su ideal era la "fábrica constitucional" en la cual los obreros compartirían el control con los patronos, hasta que en una etapa posterior los patronos privados serían sustituidos por el Estado socialista. De modo análogo, en la esfera política aspiraba a una transición gradual, pasando de la monarquía constitucional a una república democrática, la cual establecería instituciones socialistas. Dentro del partido, él se hallaba en el extremo del lado reformista. En su actuación dentro de los sindicatos fue partidario de una disciplina vigorosa, aficionado a un lenguaje fuerte y a fuertes medidas en contra de los militantes del ala izquierda, y nunca se sentía más feliz que cuando aleccionaba a sus contrarios acerca de la obligación que tenían de obedecer las órdenes. Se opuso fuertemente a la Internacional de Sindicatos Obreros acerca de la cuestión de la huelga general, contra la cual luchó también en la Internacional socialista. A él se debe más que a nadie la creciente influencia de los sindicatos obreros en el partido alemán después de 1905. Por una paradoja, le correspondió a él, en 1920, declarar la huelga general en contra del golpe de mano de Kapp.

Con Legien colaboró estrechamente el cigarrero Adolf von Elm (1857-1916), que fue una figura prominente tanto en los sindicatos obreros y en las cooperativas como en el Partido Social-Demócrata. Von Elm había trabajado en los Estados Unidos antes de que llegase a ser jefe del sindicato de cigarreros de Hamburgo en 1883. Ocho años más tarde se encargó de la gerencia de la Sociedad Cooperativa de Trabajadores Tabacaleros de Hamburgo, que prosperó; y en 1899 tomó parte principal en el establecimiento de la cooperativa de consumo de Hamburgo, "Produktion", que estuvo a la vanguardia de las modernas cooperativas alemanas de consumo. Fue presidente de la Unión Central de

Sociedades Cooperativas de Consumo, y a él se debe principalmente que el Partido Social-Demócrata ayudase activamente a esta organización, y que pidiese a todos los socialistas que contribuyesen a su desarrollo. Al mismo tiempo, von Elm continuó tomando parte muy activa en los sindicatos obreros. En el partido apoyó a los revisionistas, y, en el Reichstag, hasta que se retiró de él en 1906, perteneció al ala derecha. Sin embargo, su preocupación principal era organizar fuertes sindicatos obreros, apoyados en fondos cuantiosos, y cooperativas de consumo que, aunque fuesen enteramente independientes del Partido Social-Demócrata, trabajarían asociadas a él.

El ala izquierda que se formó en el Partido Social-Demócrata, especialmente después de 1905, estaba dirigida por Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Clara Zetkin, Franz Mehring y Georg Ledebour. La controversia entre la izquierda y el centro, que durante los años anteriores a 1914 sustituyó en gran parte a la controversia entre el centro-izquierda y la derecha, se desarrolló principalmente en torno a dos cuestiones: al antimilitarismo y la huelga general, que ordinariamente los alemanes llamaban la "huelga de masas", a fin de distinguirla de la huelga general de los anarquistas y de los sindicalistas. Karl Liebknecht (1871-1919), hijo de Wilhelm Liebknecht, fue el protagonista en la demanda de que los socialistas alemanes hicieran una activa propaganda antimilitarista, incluyendo llamamientos directos a las fuerzas armadas. En 1907 publicó su folleto, *Militarismo y antimilitarismo,* que le costó una sentencia de 18 meses en una fortaleza, y fue pronto repudiado por el Partido Social-Demócrata. En 1912, Potsdam lo eligió para el Reichstag; y fue el primer miembro que desafió a la mayoría y votó en contra de los créditos de guerra en 1914. Después de haber organizado el movimiento *Spartacus* durante la guerra, fue asesinado en 1919 con Rosa Luxemburgo como víctima de la república de Weimar. Karl Liebknecht fue un hombre de gran valor y de opiniones revolucionarias inflexibles. Enviado al frente como soldado durante la guerra, hizo lo más que pudo para fomentar la revuelta entre las fuerzas armadas; y cuando estuvo fuera del ejército y de la prisión, se dedicó a crear una organización rebelde entre los obreros de las fábricas. Sin embargo, no era un teórico original: fue un luchador que detestaba la guerra, y que estaba dispuesto a actuar conforme a sus principios sin transigencia alguna.

Entre los jefes del ala izquierda de la social-democracia, Franz Mehring (1846-1919) ocupó una posición importante como historiador del partido y como uno de sus escritores más fecundos. Fue al principio un periodista liberal contrario a Bismarck. Ingresó en el socialismo el año 1890 y en seguida se unió a su sector más avanzado. Su *Historia de la social-democracia alemana,* publicada por primera vez en 1897-8, es en efecto un estudio de todos los antecedentes del movimiento socia-

lista, destacando tanto en los factores culturales como en los económicos y políticos. Es de notar cómo hace justicia tanto a Lassalle y a sus partidarios como a Marx y al partido fundado en Eisenach, y que examina el marxismo, aunque aceptando sus doctrinas esenciales, con un espíritu críticamente objetivo. Fue uno de los pocos socialistas que entraron en la Dieta Prusiana antes de 1914. Durante los años anteriores a 1914, Mehring trabajó en relación estrecha con Rosa Luxemburgo; y esta colaboración fue reforzada durante los años de guerra. Mehring fue uno de los inspiradores del movimiento *Spartacus;* su biografía de Marx es con mucho la mejor.

No menos unida a Rosa Luxemburgo estaba la jefa del sector femenino de la social-democracia alemana, Clara Zetkin (1857-1933), quien durante muchos años, desde 1892, dirigió *Gleichheit* como órgano del feminismo socialista, y actuó en todas las esferas del trabajo educacional y cultural del partido. Ardiente internacionalista y creyente en la revolución internacional obrera, participaba de la hostilidad de Rosa Luxemburgo en contra de las crecientes tendencias nacionalistas del partido. Se opuso enérgicamente al revisionismo, y creía en la huelga general como avanzada de la revolución social. En 1914 se opuso activamente a la guerra; y en 1917 formó parte del Partido Social Independiente. Después de la guerra se unió a los comunistas, pero pronto entró a formar parte del grupo de oposición de Paul Levi. Sin embargo, cuando Levi fue expulsado del partido comunista, a ella se le permitió, o se le persuadió, para que permaneciese en sus filas, y durante sus últimos años vivió sobre todo en la Unión Soviética.

Georg Ledebour (1850-1947) no estuvo tan a la izquierda como Mehring o Clara Zetkin; pero estaba más bien con ellos que con el centro. Se unió al grupo del Reichstag contrario a la guerra de 1914, fue el principal delegado alemán en la conferencia de Zimmerwald en 1916 y, después de ingresar en el Partido Socialista Independiente al fundarse y permanecer en él hasta su fin, se negó a volver al Partido Social-Demócrata cuando los independientes acordaron fundirse con él en 1922.

También Rosa Luxemburgo (1871-1919), fue un apóstol del antimilitarismo; pero mientras Karl Liebknecht concentró su atención en este punto, para ella constituyó sólo una parte de una cuestión mucho más amplia: la de revolución en contra de reforma. Su conflicto con los jefes del Partido Social-Demócrata (con el centro tanto como con la derecha) empezó sobre todo con respecto a la huelga general y a su carácter esencialmente revolucionario. Como sus opiniones serán examinadas detenidamente en un capítulo posterior[3] no es necesario exponerlas aquí con detalle. Era partidaria de emplear la huelga general no como una demostración política glorificada dirigida a conseguir una con-

[3] Véanse pp. 424 ss.

cesión especial, por ejemplo el voto para todos los varones, sino como un arma revolucionaria que pondría en acción a las masas, y llevaría al derrocamiento del orden existente. Los jefes de los sindicatos obreros, cuando tuvieron que hacer frente, de mala gana, en 1905 a la mera posibilidad de que se les pidiese que declarasen una huelga general, no estaban en modo alguno preparados para considerar nada de este tipo. Suponían que lo más que podía suceder era una huelga de sus afiliados, que formaban sólo una fracción de la clase obrera. Excluían a los empleados públicos y a los ferroviarios, a quienes el Estado no permitía que se asociasen, la gran masa de obreros de las minas y de la industria pesada, a quienes sus patronos capitalistas les prohibían ingresar en los sindicatos obreros libres, y también a los miembros de los sindicatos obreros relacionados con el Partido del Centro, de las asociaciones católicas de oficios organizadas bajo los auspicios directos de la Iglesia y los sindicatos liberales (de Hirsch-Duncker). Mostraron, para su propia satisfacción, que los efectos de una huelga general limitada a sus propios miembros sería muy restringida, y estaría muy lejos de paralizar al país; y terminaban diciendo que el intentarlo sería invitar al gobierno a que confiscase sus fondos y sus edificios y destruyese su organización. Los jefes social-demócratas, por su parte, aunque bajo la influencia de la excitación causada por el estallido de Rusia en 1905, habían aceptado una resolución en el Congreso del partido considerando como posible recurrir a la huelga general, pero en ningún modo habían aprobado el tipo de huelga en que pensaba Rosa Luxemburgo. Habían aceptado la huelga general sólo como un arma que podía ser invocada frente a una actuación del gobierno para destruir los derechos constitucionales existentes; e incluso Bebel, al hablar de esta resolución, había llamado la atención sobre el punto de que sólo podía esperarse el triunfo, si esa huelga era cuidadosamente preparada y organizada por adelantado, que era precisamente lo que Rosa Luxemburgo sostenía que nunca podría hacerse. En realidad, ella y Bebel pensaban en dos tipos de huelga completamente diferentes: él en una manifestación ordenada, que tomaría la forma de una suspensión del trabajo, y que iría dirigida a conseguir un objetivo particular y limitado, y ella en una dislocación en masa del funcionamiento de la estructura social, a la cual se unirían las masas, y que serviría como punto de partida para una insurrección.

Pero incluso el punto de vista muy precavido del Partido Social-Demócrata respecto a la posibilidad de emplear la huelga general como un arma de defensa, fue bastante para despertar los temores de los jefes de los sindicatos obreros. A fin de aplacarlos, los jefes del partido prometieron, no sólo consultarles por anticipado, sino también que el partido tomaría la responsabilidad de hacer el llamamiento a la huelga,

si alguna vez se llegase a la decisión de emplear la huelga general para fines políticos. De este modo los sindicatos obreros quedarían libres de responsabilidad por ella, y el gobierno, decían, no tendría base para actuar legalmente en contra de ellos. Así fue arreglado el asunto: se declaró, que no había compatibilidad entre la decisión del Congreso de los sindicatos obreros de 1905 en contra de la huelga general y la decisión del Congreso Socialista del mismo año en su favor. En el Congreso Socialista de Mannheim de 1906, la política de huelga general fue realmente eliminada por la promesa de no recurrir a ella sin el consentimiento de los sindicatos obreros.

Sin embargo, no había nada esencialmente revolucionario por lo que se refiere a la huelga general, aunque sí lo había en la concepción que de ella se formaba Rosa Luxemburgo. Los austríacos y los belgas la habían empleado en favor de la reforma electoral; y había sido utilizada con éxito en los países escandinavos. Ninguno de éstos eran baluarte del socialismo revolucionario; pero los sindicatos obreros alemanes y la mayoría de los socialistas alemanes eran contrarios a ella, incluso en su forma más limitada y pacífica, excepto en la posibilidad de que constituyese la respuesta a un golpe reaccionario que pretendiera suprimir el derecho existente a votar o asociarse. Estaban convencidos de que el gobierno alemán no dudaría en hacer fuego si la intentasen; y lo que menos deseaban era dar ocasión al ejército prusiano a que disparase contra ellos. No creían, como Rosa Luxemburgo que, si se elegía el momento oportuno para pedir a los obreros que se declarasen en huelga, no sólo los miembros de los sindicatos, sino *todos* los obreros, aun los no sindicados se unirían a la huelga: los ferroviarios, los mineros, los obreros de la industria pesada, los empleados públicos, etc., en un gran levantamiento espontáneo que se extendería a las fuerzas armadas y dejaría impotentes a los reaccionarios. Creían firmemente que los alemanes no se conducirían así; y yo creo que en esto tenían razón.

Los social-demócratas alemanes, en realidad, en 1907 tuvieron una experiencia de lo que sucedía cuando adoptaban la actitud de luchar en unas elecciones para el Reichstag sobre un problema que los colocaba directamente en oposición al Estado como campeón del sentimiento nacionalista. En 1906 los social-demócratas, el partido del centro y los polacos se habían unido para negar los créditos que el gobierno necesitaba para intensificar su represión de los "herreros" de Sudáfrica Alemana. El canciller, von Bülow, había contestado disolviendo el Reichstag, y los partidos burgueses se habían unido en contra de los candidatos social-demócratas. En las elecciones, a principios de 1907, el Partido Social-Demócrata había perdido 38 puestos de 81 que tenía, aunque el número total de votos había aumentado ligeramente. Se llegó

a este resultado a causa de que en la segunda elección, que tenía lugar cuando en la primera ningún candidato contaba con una clara mayoría, los otros partidos se unieron como patriotas en contra de los socialistas, que fueron considerados como enemigos de la defensa nacional y de la expansión colonial. Al informar a la Asamblea Socialista Internacional de Stuttgart, el Partido Social-Demócrata juzgó que era indudable que había sido tratado de la manera más injusta. Y, efectivamente, así fue; porque no sólo había reconocido expresamente el deber de la defensa nacional, sino también que estaban justificadas las empresas coloniales, y se había negado a unirse a los verdaderos adversarios del imperialismo colonial. En modo alguno había sido su intención que el oponerse a la guerra en contra de los "herreros" significase un ataque general a la colonización o que rechazaban el deber de la defensa nacional. Se vieron arrastrados a una situación que sus jefes no habían deseado; y un estudio de los resultados de la elección había mostrado, que, si bien había aumentado el número de votos de los obreros, había perdido el apoyo de una gran masa de electores de la clase media que eran el factor decisivo en muchos distritos urbanos. Las grandes mayorías de los distritos industriales, dada la existente distribución de las circunscripciones electorales, que había permanecido sin alterar desde 1871, no compesaban el alejamiento de los electores neutros en la segunda votación. La lección que aprendieron los jefes de la social-democracia, era que, en su busca de una mayoría que les pondría en situación de transformar la sociedad alemana, en modo alguno debían enfrentarse a los elementos democráticos de la clase media. Partiendo de este supuesto empezaron a reorganizar sus fuerzas; y en 1912 recibieron la recompensa con la elección de menos de 110 diputados en contraste con los 43 de 1907 y la obtención de 4.250,000 votos comparados con 3.250,000, con la ayuda de un gran aumento de electores de la clase media. En aquella ocasión hablaron menos de su internacionalismo, y se luchó con base en cuestiones de política interior, lo cual fue una ventaja para ellos.

La verdad es que la expansión nacional era popular entre la mayoría de los electores, y que la defensa de ella crecía dentro del mismo Partido Social-Demócrata, al menos entre los jefes y entre los sindicatos obreros. Desde 1906 el partido se había inclinado poco a poco hacia la derecha; porque el centro se había movido hacia la derecha desde la derrota de la revolución rusa y el desastre electoral de 1907. No sólo Kautsky y Haase, sino también Bernstein y algunos revisionistas, habrían de mostrar después de 1914 que conservaron su espíritu internacionalista; pero esto no les impidió, por el momento, que se inclinasen hacia la derecha a fin de mantener la unidad del partido, al cual, desde el punto de vista de las elecciones, le era más fácil luchar con su izquierda que no con su

ala derecha. De una manera creciente durante los años anteriores a 1914, los social-demócratas centristas llegaron a ser prisioneros de la derecha: mientras más se aproximaba la guerra, más difícil les era mantener su posición. El acuerdo que la Internacional tomó en Stuttgart nominalmente exigía del partido que realizase una acción enérgica en contra de la amenaza de guerra y, si ésta estallaba, aprovecharla como oportunidad para derrocar el sistema capitalista; pero pocos de sus jefes tomaron esto en serio, y menos que nadie la mayoría de los jefes alemanes. Después de 1914 incluso el centro izquierdo lo relegó a fin de aspirar a una paz negociada. El grupo Luxemburgo-Liebknecht quedó reducido a una pequeña minoría hasta después de 1917.

Sin embargo, hasta 1914 el socialismo alemán siguió presentando un frente imponente al mundo. No sólo tenía el movimiento socialista numéricamente más fuerte, sino también de organización más completa. Su movimiento sindical obrero, estrechamente unido al partido, crecía rápidamente, y estaba también muy organizado. El movimiento de sociedades cooperativas, especialmente las de consumo, se desarrollaba con rapidez, y estaba sobre todo bajo la influencia socialista. Los socialistas disponían de un formidable ejército de periódicos y revistas, y producían muchos libros y folletos. Sus actividades educativas se habían extendido; y habían establecido una escuela propia para formar a los funcionarios y jefes del partido. También actuaron mucho en la esfera cultural; tenían teatros y salas de concierto propios, como también hermosos lugares de reunión y clubes. Las asociaciones femeninas social-demócratas eran fuertes, a pesar de las grandes restricciones que la ley prusiana ponía a la participación femenina en la política. El partido tenía una extensa organización deportiva, y sus secciones juveniles eran muy activas, aunque éstas habían sido puestas bajo un control estricto del partido cuando mostraron signos de desviarse hacia la izquierda. Hasta 1907 Karl Liebknecht había estado a la cabeza de la organización juvenil de partido: cuando publicó su folleto antimilitarista fue privado de su puesto, y en su lugar fue nombrado Friedrich Ebert. Al mismo tiempo la organización juvenil fue reformada y sometida al firme control de la maquinaria del partido. En realidad, todo lo que podía hacerse por la mera eficacia de la organización, lo hicieron el Partido Social-Demócrata y los sindicatos obreros alemanes para admiración de ellos mismos y del resto del mundo.

Y sin embargo, ¿qué había en ellos de equivocado? Sobre todo el negarse a enfrentarse con los hechos. Habían puesto toda su fe en la esperanza de conseguir una masa tan grande de ayuda electoral que no sólo le diese mayoría en el Reichstag, sino que les permitiese emplear esa mayoría para obtener el gobierno responsable del Reich y obligar a reformar la constitución de Prusia de tal modo que también allí obten-

drían el poder, y tendrían libertad completa para reorganizar el Estado de acuerdo con sus deseos. Habían supuesto que estas cosas podrían realizarse por la mera solidaridad de los electores y por la organización disciplinada. Nunca habían pensado realmente en la dificultad de que la mayoría que deseaban tener, difícilmente podía conseguirse sin el apoyo de una gran masa de votantes neutros que votarían por ellos sólo si, para satisfacer sus deseos, desvirtuaban su propio programa, y en la cual no se podía confiar si llegaban a enfrentarse abiertamente con el poder armado del gobierno imperial. Se inclinaban demasiado a sólo contar votos y demasiado poco a preguntarse cuántos de los que votaban por ellos estarían preparados a actuar en favor de ellos en una lucha decisiva en contra del poder del Estado. Aunque eran republicanos, nunca se lanzaron a incluir la república en su programa: aunque en teoría eran revolucionarios (su mayoría votó en contra de los reformistas y de los revisionistas) su revolución se posponía a la victoria electoral. Si realmente hubiesen sido revolucionarios, se habrían dado cuenta de que las revoluciones necesitan estar apoyadas por su espíritu revolucionario de, por lo menos, una parte importante del pueblo; pero, lejos de estimular en sus partidarios el desarrollo de un espíritu revolucionario, hicieron cuanto pudieron para amortiguarlo siempre que se manifestaba. La verdad es que eran reformistas, aunque no lo reconociesen, y por esto no eran capaces de obtener el máximo de resultado de la política reformista que seguían en la práctica. Se hallaban entre los dos instrumentos, el marxismo y el revisionismo, incapaces de renunciar a uno ni de escapar en la práctica del otro.

¿Por qué sucedía esto? Era sobre todo, creo yo, porque el Reich alemán, bajo la dirección de Prusia, se había convertido en el símbolo de la unidad y grandeza nacional en una forma que ellos no podían ni aceptar ni tampoco oponerse a ella francamente. No podían aceptarlo porque era autocrático, semifeudal, militarista y hostil a todos sus objetivos sociales; pero al mismo tiempo no podían rechazarlo completamente, porque encarnaba su deseo de unidad nacional y su gusto por el poder coordinado. Les gustaba lo grande, como aparecía claramente en su concepción de la sociedad socialista futura como heredera del capitalismo "mistificado", en que instintivamente no les gustaban los aldeanos, y en que se volvían contra todo lo que era indisciplina o anarquía. En un aspecto, este gusto por la centralización les mantuvo fieles a la teoría marxista; en otro, hizo que admirasen, incluso cuando lo odiaban, al Estado prusiano. Con frecuencia se ha dicho que en el fondo eran más partidarios de Lassalle que de Marx, **y** que, en el Congreso de Gotha, fueron los partidarios de Lasalle los que realmente triunfaron, y no los del partido fundado en Eisenach. Algo había de esto; pero no se trataba, después de 1871, de que la influencia de Marx y la de

Lassalle actuase en sentido contrario. La unificación del Reich había establecido el predominio de Prusia, y el marxismo tenía que aceptarlo como un hecho consumado. Los marxistas ortodoxos hicieron esto de manera más fácil que los reformistas y revisionistas. Entre los reformistas del sur de Alemania este proceso fue más difícil. En la formación del credo ortodoxo social-demócrata se mezcló el lasallismo con el marxismo.

Estas contradicciones que existían en el corazón mismo de la social-democracia alemana, eian, por supuesto, observadas y comentadas por muchos críticos fuera de Alemania y sobre todo en Francia. Sin embargo, los éxitos del Partido Social-Demócrata Alemán, en cuanto a organización y elecciones, eran lo bastante grandes para impresionar profundamente a los socialistas de otros países que tenían menos que mostrar. Impresionaron profundamente a Engels, que los observaba desde Inglaterra; a Guesde en Francia; a Iglesias en España; a Branting en Suecia; a Hyndman en Inglaterra; a Hillquit y Berger en los Estados Unidos; a Adler en Austria; a Turad en Italia; a Troelstra en Holanda, **y** a muchos más; impresionaron también a Plekhanov, en Rusia, y no sólo a Plekhanov, sino también a Lenin. El edificio era realmente imponente; y grande fue su caída.

## CAPÍTULO VII

# FRANCIA HASTA 1905

El socialismo alemán, a pesar de sus diferencias internas, formó desde 1875 en adelante un enorme partido unido, que se mantuvo más estrechamente unido por la represión que Bismarck practicó contra él. Por otra parte, el socialismo francés, que volvió a tener vida otra vez después de su eclipse casi completo en 1871, pronto se manifestó tan dividido como siempre, y mantuvo la multiplicidad de sus facciones en lucha hasta 1905, cuando, por mandato de la Internacional Socialista, se formó el Partido Socialista Unificado por la fusión de por lo menos seis grupos nacionales, además de varias organizaciones regionales. Ni siquiera la clase obrera francesa llegó a unirse; porque los sindicatos obreros, que recientemente se habían unido en la Confederación General del Trabajo (en 1902) conservaban su independencia completa respecto a los socialistas y a todos los partidos políticos, y proclamaban en contra de la política parlamentaria del Partido Socialista Unificado su credo del sindicalismo y la acción directa.

En el segundo volumen de esta obra se relató brevemente el renacimiento del sindicalismo y del socialismo en Francia después del eclipse producido en la década de 1870. Allí vimos que la Asamblea del trabajo celebrada en Marsella en 1879 decidió en el momento mismo en que fue aprobada la amnistía de los *communards,* establecer una Federación de Obreros Socialistas de Francia, que proclamó como "partido de los trabajadores". Su espíritu inspirador fue Jules Guesde, cuyo periódico, *Égalité,* fundado en 1877 había contribuido a preparar el camino. Desterrado después de la Comuna, se había establecido en Suiza, y allí había estado en relación con varios grupos socialistas, incluso con anarquistas; pero también le había impresionado el desarrollo del partido alemán, y cuando regresó a Francia y fundó su periódico consiguió que le apoyasen Wilhelm Liebknecht y César de Paepe. En 1878 hubo una exposición internacional en París; y los grupos sindicalistas y socialistas de París decidieron convocar un Congreso internacional obrero que se reuniese con motivo de ella. El gobierno prohibió el Congreso; y la mayoría de los grupos que lo convocaron se sometieron a la prohibición. Guesde y algunos otros se negaron a esto e intentaron celebrar el Congreso desafiando a la policía. La reunión fue disuelta; y los jefes quedaron presos. Desde la prisión enviaron un manifiesto pidiendo que se estableciese una organización eficaz y nacional obrera y socialista. Esto contribuyó a preparar el camino para

el acuerdo tomado el año siguiente por el Congreso de Marsella. Desde este momento Guesde se movió constantemente en la dirección del marxismo: quería crear en Francia un partido socialista centralizado siguiendo el modelo alemán, y después del Congreso de Marsella visitó a Marx en Londres, en 1880, pidiéndole consejo. De vuelta en París, redactó en colaboración con el hijo político de Marx, Paul Lafargue (1842-1911) un proyecto de constitución y una declaración de objetivos para el proyectado partido nuevo; y éstas, basadas sobre todo en la constitución de Gotha de los social-demócratas alemanes, fueron aprobadas en París en junio de 1880. Ésta fue una reunión regional: el Congreso de Marsella había establecido varias federaciones regionales, que habrían de reunirse y preparar el camino para un Congreso Nacional que tendría lugar hacia el final del año en el Havre. En esta reunión hubo vivas disputas. Los delegados, procedentes de organizaciones obreras de tipo muy distinto, representaban muchas tendencias en desacuerdo. Los mutualistas, es decir, el ala derecha, partidaria de la paz social y de la cooperación de clases, se separó por un lado, y los anarquistas por otro. Los mutualistas fundaron una organización nacional propia; los anarquistas decidieron celebrar una asamblea internacional, que se reunió en Londres el año siguiente.[1] Pero estas separaciones no significaron, en modo alguno, la unión de los que quedaron. El Congreso de Marsella había declarado que "Ante todo, el proletariado debía romper completamente con la burguesía" y se había declarado también en favor de convertir en propiedad colectiva 'la tierra y las minas, las máquinas, las empresas de transporte, los edificios y el capital acumulado". El comité organizador, en su informe, había declarado que estas demandas eran la reacción producida por la prohibición del Congreso Internacional proyectado para 1878 y por la negativa de los radicales burgueses a apoyar las peticiones de los obreros. La asamblea había rechazado la cooperación como un medio adecuado para emancipar al proletariado, y había adoptado decididamente la "lucha de clases"; pero la mayoría socialista que aprobó estas opiniones estaba formada por elementos diferentes. Además de los anarquistas, que no aceptaban la acción política, había blanquistas, que querían organizar un levantamiento revolucionario; guesdistas, que deseaban formar un poderoso partido socialista apoyado por las masas; sindicalistas, que sostenían que el partido político debía desempeñar un papel secundario en el movimiento obrero; y 'los integralistas", que creían en el uso combinado de todos los métodos políticos y sindicales, sin prescindir ni de las actividades reformistas ni de la revolución. Había además, entre los que deseaban crear un partido obrero para conseguir lugares en el

i Véase vol. II, pp. 302 ss.

Parlamento y en otras organizaciones públicas, opiniones contrarias acerca de la línea de acción que deberían seguir los representantes elegidos por la clase obrera. Los guesdistas, siguiendo la línea de los alemanes, daban importancia al empleo del Parlamento como medio para hacer propaganda socialista y luchar contra el gobierno, y daban poca importancia a tratar de emplearlo para realizar reformas inmediatas, lo cual en realidad era poco posible sin la colaboración de los partidos burgueses de izquierda; pero había otros, que pronto habrían de unirse bajo la jefatura de Paul Brousse, que sostenían que, si no en el Parlamento, en todo caso en el gobierno local, la representación obrera podía ser utilizada para realizar reformas positivas, y no eran realmente contrarios, a pesar del acuerdo de Marsella, a toda clase de pactos y cooperación con los grupos burgueses, al menos en los asuntos locales y provinciales.

Ni los guesdistas mismos se inclinaban a poner todas sus esperanzas en el proletariado industrial. El manifiesto guesdista de 1878 hacía resaltar las injusticias de que eran víctimas los aldeanos y la pequeña burguesía, que estaban siendo explotados por el capital financiero y por contribuciones injustas. Los guesdistas esperaban conseguir el apoyo de estas clases en favor de un partido obrero, sosteniendo, como los social-demócratas alemanes, que estaban desapareciendo por el rápido avance de los grandes negocios y finanzas, y podían ser atraídos por el socialismo recurriendo a su sentimiento de agravio y de frustración. De este modo los guesdistas predicaban al mismo tiempo la lucha de clases, y aconsejaban un pacto combinado de la izquierda; y su posición central les oponía por una parte a los socialistas políticos más moderados y por otra a la izquierda de los sindicalistas que no querían nada con la pequeña burguesía y estaban en favor de que los trabajadores agrícolas asalariados se uniesen a los sindicatos obreros más bien que de buscar un acuerdo con los aldeanos.

En 1881 Paul Brousse se puso a la cabeza de los contrarios a Guesde presentándose como defensor del "posibilismo". Por esto se entendía una política que trabajase en favor de reformas inmediatas bajo el capitalismo, en lugar de aplazar toda acción constructiva hasta después de haber conquistado el poder político. Brousse insistía enérgicamente sobre todo en la necesidad de una participación activa en la política local a fin de apoderarse del control del mayor número posible de municipios en los distritos industriales y de tener una representación en los consejos de los departamentos (o provincias). La situación de Francia era distinta de la de Alemania, en donde el sistema electoral local hacía casi imposible que el partido obrero llegase a tener verdadera fuerza en el gobierno local, mientras que era relativamente fácil conseguir puestos en el Reichstag. En Francia, había posibilidad de que los jefes de la clase obrera fuesen elegidos alcaldes de los municipios indus-

tríales, o concejales; y ya algunos obreros ocupaban estos cargos, aunque muchos de ellos procedían de los grupos del ala derecha, que se habían separado en la asamblea del Havre el año 1880. Brousse quería organizar nacionalmente un partido obrero empezando sobre todo por el nivel local; y sostenía que esto sólo podría lograrse haciendo que el partido fuese el defensor de peticiones inmediatas a la vez que aspirase a una completa transformación social. Teniendo esto en cuenta, defendía en proporción considerable la autonomía local en contra de la política guesdista de fuerte centralización de tipo alemán; y este aspecto de su política le atrajo la ayuda tanto de la izquierda como de la derecha.

La disputa se manifestó en el Congreso de St. Étienne del año 1882. Hubo una división de la cual salieron dos partidos rivales. La mayoría posibilista conservó el control de la Federación de los obreros socialistas de Francia, y le dio el nuevo y segundo nombre de Partido Obrero Socialista Revolucionario: los guesdistas celebraron un congreso aparte, y formaron un Partido Obrero Francés siguiendo el modelo centralizado marxista. Se ha dicho con frecuencia que esta división fue una clara separación de la izquierda y la derecha; pero no fue así. Fue una separación de los marxistas que querían un partido estrechamente unido de tipo alemán, de los políticos más moderados y a la vez de los defensores de la autonomía local. Estos últimos incluían elementos considerables del ala izquierda, especialmente los que daban mucha importancia a la acción obrera en lugar de la parlamentaria, y querían que los sindicatos obreros tuviesen una intervención grande e independiente en la formación de la política socialista.

Paul Brousse (1854-1912) era doctor en medicina. Habiendo salido de Francia después de la Comuna, fue primero a España y después a Suiza, en donde conoció a Bakunin y trabajó con la federación del Jura. Después de residir en Inglaterra volvió a Francia cuando fue proclamada la amnistía, y se unió a Guesde y a Lafargue. Hizo de su periódico, Le *Prolétaire,* el órgano del movimiento posibilista, y en 1883 expuso su política en un folleto, *La propriéte collective et les services publics.* Del casi anarquismo había pasado a un socialismo gradualista que daba importancia al control local. Sostenía que las industrias y los servicios llegaban gradualmente a estar maduros para la socialización a medida que pasaban bajo un control en gran escala, y que la primera etapa debía ser que los organismos públicos municipales, regionales y nacionales, según los casos, se apoderasen de los servicios públicos esenciales. Era contrario a las ideas de Guesde, tanto por su insistencia en la iniciativa y autonomía local como porque creía que era necesario encargarse de las industrias y de los servicios cuando estuviesen maduros para ello, sin esperar a que los administrase un

nuevo "Estado de los obreros". Su hostilidad contra la centralización le atrajo el apoyo de muchos socialistas que no aprobaban sus opiniones gradualistas.

Jules Guesde (1845-1922) y Paul Lafargüe, después de la división con los broussistas, fundaron como hemos visto el Partido Obrero Francés. Lafargue, que se había casado con una hija de Marx, Laura, había nacido en Cuba, y se hizo médico, como Brousse. Tomó parte activa en la Primera Internacional como figura principal de la sección marxista que fundó en Madrid, en contra del anarquismo de la mayoría de las secciones españolas. En 1882 se estableció permanentemente en Francia y tomó parte principal en la formación del Partido Obrero. Fue un activo escritor y también un propagandista.

Apenas se habían formado estos-dos partidos cuando la huelga de Montceau-les-Mines y el supuesto complot anarquista de Lyon dio lugar al proceso y prisión de muchos jefes del anarquismo francés.[2] Al año siguiente, sin embargo, el gobierno francés cambió su política, y, bajo la influencia de Pierre Waldeck-Rousseau (1846-1904) hizo aprobar una ley que daba mayor libertad de alianzas a los sindicatos obreros, añadiendo a esto el requisito de que deberían registrarse y dar los nombres de sus dirigentes a la policía. En relación con esta nueva ley, Waldeck-Rousseau, como Ministro del Interior, envió una circular a los prefectos de los departamentos ordenándoles que estimulasen la formación de sindicatos obreros, en la esperanza de persuadirles para que adoptasen una política pacífica, incluyendo el arbitraje en las disputas referente al trabajo. El propósito de esta política era separar a los sindicalistas y socialistas revolucionarios de los moderados y alejar lo más posible de los primeros la simpatía de la clase obrera, para que el gobierno pudiera proseguir más fácilmente sus medidas de represión contra ellos. Pero uno de los efectos de la ley fue legalizar el establecimiento de una Organización Sindical Central, distinta a los Congresos meramente ocasionales; y el Congreso Lyon del año 1884, dominado por los guesdistas, procedió a establecer una Federación Nacional de Sindicatos. Ésta fue necesariamente una agrupación poco unida, porque en Francia entonces apenas existían sindicatos nacionales. Cada oficio tenía su propio sindicato local, y éstos estaban agrupados principalmente en uniones o círculos locales que reunían a los sindicatos de varios oficios. En 1884 sólo los impresores tenían realmente una verdadera organización nacional, a cuyo frente estaba Auguste Keufer (1851-1924), que había de llegar a ser el jefe principal del grupo moderado del movimiento sindicalista francés. Los obreros sombrereros y los talabarteros tenían también federaciones nacionales; pero la Federación del Libro

[2] **Véase vol. II, pp. 306 ss.**

era la única organización nacional que tenía fondos importantes y una organización bien unida. Por consiguiente, la Federación Nacional de Sindicatos, necesariamente se formó sobre todo con sindicatos locales de oficios determinados o de agrupaciones locales poco unidas. Para ahorrar gastos, era frecuente que un delegado del Congreso representase a varios sindicatos; y la debilidad económica de todo el movimiento hizo difícil el asegurar la representación de delegados o incluso que un comité o consejo representativo actuase de un Congreso a otro. Esto exponía a la Federación al peligro de que se apoderase de ella una minoría activa; y de hecho los guesdistas consiguieron controlarla.

El Congreso de Lyon se opuso enérgicamente a las disposiciones de la nueva ley referente al registro de sindicatos, pero los efectos de ésta en el desarrollo de los sindicatos obreros fueron indudablemente favorables; los broussistas y los guesdistas pidieron a sus simpatizantes que ingresasen en los sindicatos obreros, que tomasen parte activa en su labor; pero las actitudes de los partidos rivales hacia los sindicatos obreros mostraban una diferencia importante. Los guesdistas, como una parte de los marxistas alemanes, no estaban interesados en la labor diaria de los sindicatos obreros, y se inclinaban a negar que pudieran producir ningún verdadero beneficio económico a los obreros. Dominados por la idea de que el capitalismo estaba destinado a producir condiciones de una "miseria creciente" y que sólo la conquista del poder político podía mejorar la posición de los obreros, consideraban a los sindicatos meramente como una escuela en la cual los obreros podían aprender las lecciones de la lucha de clases y convertirse al socialismo político. Los broussistas, por otra parte, incluían tanto a "posibilisfas" que deseaban reforzar los sindicatos obreros mediante los contratos colectivos de trabajo bajo el capitalismo, como a revolucionarios que veían en los sindicatos obreros un instrumento en potencia de la acción revolucionaria de la clase obrera. De acuerdo con esto, los broussistas estaban dispuestos a ayudar a los sindicatos para su desarrollo propio, más bien que intentar dominarlos; mientras que los guesdistas estaban siempre tratando de imponer su sello marxista en los sindicatos.

A la larga, la política guesdista fue víctima de sí misma; pero en el primer momento, a causa de su buena organización, tuvo un gran éxito. La Federación Nacional de Sindicatos celebró su primer Congreso en 1886. Declaró que las diferencias políticas debían dejarse a un lado en interés de la unidad de clase; pero también adoptó una serie de resoluciones esencialmente guesdistas. Se declaró en favor de la propiedad pública de los medios de producción, y dio su apoyo al programa del Partido Obrero. Sin embargo, incluso en esta etapa, se planteó un problema que desconcertó a los guesdistas: el de la huelga general.

La idea de la huelga general en modo alguno era nueva. Había

sido defendida por William Benbow y por la Sociedad Nacional de Regeneración de Owen de Inglaterra en la década de 1830 y había sido adoptada bajo el nombre de "Mes Sagrado" por la Convención "cartista" de 1839.[3] Después se habló mucho de ella en Francia y Bélgica y había llegado a constituir un elemento de las concepciones anarquistas acerca de la manera como habría de comenzar la revolución social; pero al comienzo de la década de 1880 se había manifestado otra vez en los Estados Unidos con motivo del movimiento en favor de la jornada de ocho horas. Los partidarios de Owen habían propuesto en 1834 que los trabajadores consiguieran la jornada de ocho horas mediante un acuerdo general para negarse a seguir trabajando más de ocho horas; y una propuesta análoga era objeto de propaganda entonces en los Estados Unidos. De los norteamericanos tomó la idea el carpintero anarquista parisiense, Joseph Tortelier (1854 1928), que era un conocido orador de multitudes, defendiendo la huelga general para conseguir la jornada de ocho horas; y esta propuesta fue convertida por los anarquistas franceses y los sindicalistas revolucionarios en la de una huelga general que se convertiría en una revolución dirigida a derrocar el capitalismo y a que el proletariado victorioso se adueñase del poder. Los guesdistas censuraron este proyecto como un puro disparate. Guesde dijo que si los obreros ni siquiera podían ser persuadidos a votar en favor de los candidatos socialistas, era menos probable aún que tomasen parte en una huelga revolucionaria en favor del socialismo; pero no pudo convencer a la Federación de Sindicatos Obreros para que renunciase a su idea, la cual, discutida por primera vez en 1885-6, reapareció después en cada uno de los congresos siguientes. En este momento apareció del lado socialista un nuevo grupo político. En 1885 Benolt Malón (1841-93), que había huido a Suiza después de haber tomado parte en la Comuna de París, fue después a Italia, en donde influyó considerablemente en el desarrollo socialista, y al regresar a Francia trabajó con Guesde en la creación del Partido Obrero, fundó la *Revue Socialiste* y, abandonando a los guesdistas, creó una Sociedad para la Economía Social, con la intención de que sirviese como organismo independiente para la investigación socialista de modo análogo a la Sociedad Fabiana, que acababa de ser establecida en Londres. Malon, por haber residido en Italia y también en Suiza, durante el destierro, se había puesto en relación con muchos socialistas extranjeros. Desde 1882 a 1885 había estado publicando los sucesivos volúmenes de su extensa *Historia del socialismo,* a la cual había incorporado muchas contribuciones de socialistas describiendo este movimiento en sus propios países. Del revolucionarismo había pasado a través de un semi-marxismo a una posición evolucionista,

[3] **Véase vol. I, pji. 149 ss.**

a la cual dio el nombre de *socialismo integral,* queriendo indicar con esto que el movimiento hacia el socialismo no era sólo de fuerzas económicas, sino de toda la sociedad, en el cual intervenían no sólo factores económicos sino igualmente factores legales y éticos. Esta doctrina le aproximaba mucho a algunos aspectos del posibilismo; pero no era un broussista. Adoptó una posición de independencia respecto a los grupos socialistas rivales, y trató de crear una organización de pensadores socialistas que abarcarían en su concepción, sin partidismos, todos los aspectos del movimiento socialista contemporáneo. En sus manos la *Revue Socialiste* llegó a ser un periódico notable de la teoría socialista; y su Sociedad para la Economía Social pronto contó con el apoyo de varios hombres de gran capacidad, entre ellos a Alexandre Millerand, el futuro ministro cuya entrada en el gobierno Waldeck-Rousseau el año 1899 había de producir una crisis mundial en el movimiento socialista, y Jean Jaurès, el futuro jefe del Partido Socialista Unificado.

La sociedad de Malon nunca tuvo ni muchos miembros ni atrajo mucho la atención. Era esencialmente un grupo de intelectuales; y atrajo especialmente a jóvenes abogados ambiciosos y otros profesionistas a quienes repelían las ortodoxias rivales de los partidos socialistas, y deseaban mantener su libertad de acción, a la vez que aceptaban los principios socialistas. Se puso de manifiesto que atraía especialmente a hombres que trataban de entrar en el Parlamento como socialistas sin aceptar la disciplina de ninguno de los partidos organizados. Por esto, sus miembros se desarrollaron más bien como un grupo parlamentario que como una organización. Se convirtieron en socialistas independientes, un grupo de diputados que no tuvieron una organización formalizada hasta que se vieron obligados a crearla durante la crisis que surgió a consecuencia del *affaire Dreyfus.* Mientras tanto la *Revue Socialiste* era una tribuna abierta para la discusión de las ideas y políticas socialistas.

Malon habían empezado a desarrollar sus ideas en un libro, *La Question sociale,* que publicó en Lugano el año 1876. En 1882-3 publicó en dos volúmenes *Le Nouveau Parti* en apoyo del intento de Guesde de crear un partido socialista sobre una base amplia. Sus opiniones después de haber reñido con Guesde fueron expuestas en *La Morale sociale* (1886), y, de manera más completa, en su obra teórica principal, *Le Socialisme intégral,* que apareció en dos volúmenes en 1890 y 1891.

Por el momento, la iniciativa de Benoît Malon al fundar su revista y su sociedad tuvo poca influencia en la marcha de los acontecimientos. En 1886 el presidente Grévy ordenó que fueran puestos en libertad los anarquistas presos, y se inició un régimen más suave. Esto acentuó las diferencias que existían dentro del partido, en el cual, a medida que los broussistas se inclinaban hacia una política de avance gradual, un

ala izquierda, dirigida por el antiguo *communard,* Jean Allemane (1843-1935), fue diferenciándose como defensora de una política de acción sindical directa, desacreditando los métodos parlamentarios y pidiendo una independencia completa de los proletarios respecto a la burguesía. El desacuerdo se manifestó en 1890, cuando los partidarios de Allemane se separaron de los broussistas y fundaron un nuevo partido obrero socialista revolucionario. (Los posibilistas habían prescindido de la palabra "revolucionario" en su nombre poco antes.) El partido de Allemane recogió la mayor parte de las relaciones de los sindicatos obreros con los posibilistas y llegó a ser un vigoroso defensor de la huelga general revolucionaria.

Mientras que los posibilistas reñían entre sí, Francia temporalmente había apartado su atención de la *cuestión-social* a causa del movimiento "boulangista". El general Boulanger se dio a conocer primero como reformador del ejército y como defensor de los derechos del soldado de filas a un tratamiento mejor. Había sido apoyado por Clemenceau, y se había hecho muy popular su fuerte hostilidad contra el imperio alemán y su defensa de una política de revancha. Su jingoísmo lo convirtió por el momento en un héroe nacional; y a pesar de sus relaciones con los radicales fue entusiastamente estimulado por los bonapartistas, los realistas, y en realidad por todos los enemigos de la Tercera República. Bajo estas influencias pidió que se reformase la constitución a fin de fortalecer la autoridad ejecutiva, un programa que consiguió mucho apoyo, porque la posición de la República había sido sacudida por una serie de escándalos financieros, en los cuales estaban implicadas personalidades políticas importantes. Elegido diputado por el Norte y más tarde por París, reprodujo sus peticiones en la cámara de diputados, y empezó a amenazar con un *cowp d'état.* Tan grandes fueron las fuerzas que reunió a su alrededor por la hostilidad contra el régimen existente, que generalmente se creía que tenía fuerza para derrocar cuando quisiese la Constitución y ocupar él mismo el poder por medio de un plebiscito. Pero lo aplazó, y pasó su oportunidad. Cuando al fin el gobierno decidió arrestarlo, en lugar de hacer un llamamiento a la nación para que se levantase en apoyo suyo, huyó a Bruselas, y todo el movimiento se derrumbó. Fue procesado por traición y condenado en ausencia. Esto sucedió en 1889: dos años más tarde se suicidó en Bruselas sobre la tumba de su amante.

El asunto Boulanger produjo gran revuelo en las filas socialistas como en todas partes. Muy pocos socialistas, incluyendo a algunos de los principales partidarios de Blanqui, apoyaron a Boulanger por razón de su radicalismo. Los guesdistas trataron de mantenerse al margen de todo este asunto, considerándolo como una lucha interna entre burgueses, que no afectaba a los proletarios revolucionarios. Su reluctancia a poner-

se al lado de la república burguesa, especialmente teniendo en cuenta los escándalos financieros que fueron conocidos últimamente, explican esta actitud, la cual, sin embargo, les hizo perder buena parte del apoyo de la clase obrera. Por otra parte, los broussistas se pusieron al lado de los defensores de la república burguesa; y esto contribuyó a precipitar la división del partido posibilista, y a que aumentasen los partidarios de quienes defendían la huelga general, como instrumento mediante el cual el proletariado podía afirmar su poder con independencia de la influencia corruptora del parlamentarismo y sin entrar en alianzas con la burguesía liberal.

Hemos visto que en 1889, cuando el asunto Boulanger se aproximaba a su vergonzoso final, se celebraron en París dos asambleas rivales de la Internacional Socialista, una convocada por los guesdistas y la otra por el partido posibilista, todavía no dividido.[4] Lo que ahora nos interesa es la decisión de que se celebrase el primero de mayo como fiesta del trabajo, y relacionarlo especialmente con la demanda internacional de que se estableciese la jornada de ocho horas. La ocasión inmediata para este acuerdo fue lo hecho por los sindicatos obreros de los Estados Unidos, que habían utilizado el primero de mayo con este propósito. Pero en París la iniciativa fue tomada por el guesdista Raymond Lavigne (1851-1930) apoyado por Liebknecht y Bebel en representación del Partido Social-Demócrata Alemán, el grupo dominante en el congreso marxista. Se decidió que el primero de mayo se celebrase en 1890 con manifestaciones nacionales en todos los países representados en la asamblea, con la jornada de ocho horas como el principal objetivo inmediato. No quedó claro cuál había de ser la forma precisa de la celebración. Algunos querían que se suspendiese el trabajo por completo: un día de huelga general; pero los alemanes insistieron en que cada organización nacional debía decidir libremente sus propias medidas, de acuerdo con las circunstancias de cada país.

Así sucedió que un grupo quedó en libertad de unir la idea de la fiesta de primero de mayo con la idea de la huelga general revolucionaria, y otro la aceptó con entusiasmo precisamente como medio para combatir esa misma propuesta. Los guesdistas, apoyados por los social-demócratas alemanes, se mostraron más enérgicos que nunca en contra de la huelga general; en cambio sus contrarios de los sindicatos obreros franceses se pusieron a trabajar para convertir esta nueva celebración en una preparación para ella. De hecho, las manifestaciones del primero de mayo que se realizaron por toda la Francia industrial en 1890 dieron lugar a varios choques graves con la policía; y en el año siguiente, en Fourmies, en el norte, cerca de la frontera de Bélgica, los soldados, que

Véase cap. I, pp. 21 ss.

habían sido llamados por los patronos, dispararon contra la manifestación obrera, matando a una joven de 18 años. Esto produjo sensación, y contribuyó a fortalecer el ala combativa de los sindicatos obreros. Los congresos anuales convocados por la Federación Nacional de Sindicatos, que en realidad estaban abiertos a todos los sindicatos que quisieran enviar delegados, se convirtieron más que nunca en campo de batalla entre los guesdistas y sus contrarios, siendo la cuestión principal la huelga general. Ya en 1888, la Federación Nacional de Sindicatos en su congreso de Bouscat había adoptado el acuerdo de pedir a los sindicatos que "se separasen de los políticos que los decepcionaban" y había declarado que, mientras las huelgas parciales no podían servir más que de medio de agitación y organización, "sólo la huelga general, es decir, la cesación completa de todo trabajo y la revolución, podían conducir a los obreros hacia su emancipación".

Poco después de este acuerdo, un nuevo y poderoso defensor de la huelga general apareció en Aristide Briand (1862-1932), que más tarde fue su gran enemigo, pero que entonces estaba en la extrema izquierda del movimiento obrero. En 1892 Briand presentó a la Asamblea Obrera de Marsella un informe sobre la huelga general y sobre la manera como podría producirse; y aquel mismo año el futuro jefe del sindicalismo francés, Fernand Pelloutier, también la defendió. Además, de 1892 data el verdadero comienzo de sindicalismo con la fundación de la Federación de Bolsas de Trabajo, de la cual Pelloutier fue nombrado secretario en el año siguiente.

La primera bolsa de trabajo había sido fundada en París en 1888 como consecuencia de la libertad de organización concedida por la ley de sindicatos obreros de 1884. Era una agrupación federal de los sindicatos obreros de París, que tenía por misión principal actuar como una bolsa de trabajo bajo el control de los sindicatos obreros, y en oposición a las oficinas privadas de colocación *(bureaux de placement)* organizadas conforme a los intereses de los patronos. Estas oficinas no sólo cobraban a los obreros que encontraban colocación, sino que no daban trabajo a los que se sabía que eran miembros de los sindicatos: eran miradas con gran hostilidad por los obreros militantes. Como parte de la política de fomentar los sindicatos obreros moderados y la conciliación social, Waldeck-Rousseau había pedido a los prefectos y a las autoridades locales que ayudasen a los sindicatos obreros a desarrollar un mecanismo para colaborar en cuestiones como la formación profesional y la colocación de trabajadores, con la esperanza de apartarlos de la acción combativa. La Bolsa de Trabajo de París fue concebida entonces como un medio de guiar a los sindicatos hacia procedimientos más pacíficos, y pronto bolsas análogas fueron establecidas en varias ciudades, generalmente ayudadas por subvenciones de las autoridades locales en consideración a la

labor que hacían organizando el suministro de trabajadores y las condiciones de la formación profesional. Los posibilistas, que, como hemos visto, actuaban en los asuntos de gobierno local, apoyaron vigorosamente el nuevo movimiento.

Hasta 1892 las bolsas estuvieron aisladas unas de otras, salvo que algunas de ellas enviaron delegados a los congresos nacionales y regionales convocados por la Federación Nacional de Sindicatos. Como representante de la bolsa de Saint-Nazaire, Pelloutier presentó su propuesta en favor de la huelga general en el congreso regional de Tours el año 1892. Ya en este tiempo la mayor parte de las bolsas, en lugar de haber realizado las esperanzas del gobierno, habían quedado dominadas por los militantes de los sindicatos obreros. De hecho habían llegado a ser el punto principal de unión para los sindicalistas que se oponían a que los guesdistas predominasen en la Federación Nacional de Sindicatos. Cuando, en 1892, establecieron su federación aparte y se separaron de la Federación Nacional de Sindicatos, tuvieron la suerte de encontrar en Pelloutier un jefe que sabía bien lo que quería y era un genio para la organización.

Fernand Pelloutier (1867-1901), procedía de una familia de la clase media y recibió una instrucción clásica. Le faltó salud toda su vida: murió a la edad de 34 años. Empezó como radical, trabajando primero como periodista para Briand, y después ingresó en el partido de Guesde, con el cual se mantuvo en contacto hasta que en 1890 quedó incapacitado durante dos años a causa de una grave enfermedad. Al terminar la convalescencia rompió con los guesdistas, y manifestó que estaba desilusionado con todos los partidos políticos. En lugar de la política, que dividía a los obreros, aconsejaba la acción obrera para establecer la nueva sociedad. Aceptaba la huelga general como objetivo, como instrumento de la futura revolución; pero, a diferencia de muchos de los que la defendían, no creía que se produjese por sí misma al llegar el momento oportuno o que triunfase, a menos que los trabajadores se hubiesen preparado de antemano para apoderarse del poder y para ejercerlo. Tampoco participaba de la opinión, común a los guesdistas y a muchos de los sindicalistas militantes, de que era utopismo inútil pensar sobre las instituciones de la nueva sociedad que habría de surgir de las ruinas del capitalismo. Por el contrario, tenía una clara visión de la naturaleza de la sociedad que él quería que los obreros estableciesen y de los medios necesarios que debían prepararle el camino. Esta visión era, en efecto, una nueva clase de comunismo anarquista caracterizado por el lugar principal que asignaba a los sindicatos obreros, no sólo al establecerlo, sino al administrarlo después de la revolución. Efectivamente, Pelloutier inventó el sindicalismo, y, como secretario de la Federación de bolsas de trabajo desde 1895 hasta su muerte en 1901, puso

los cimientos de la fase sindicalista de los sindicatos obreros franceses, que llegó a su culminación sólo después que él tuvo que dejar prematuramente la jefatura a causa de su última enfermedad y de su muerte.

La concepción de Pelloutier de la sociedad futura tenía como punto central la comunidad local de productores. Mientras que los comunistas-anarquistas habían concebido la "comuna" como una agrupación general de ciudadanos libres, él la concebía como una agrupación federal de productores. Cada industria, organizada en un sindicato local que abrazaría todas las ocupaciones dentro de él, sería dirigida por los productores locales en beneficio de la comunidad, la cual poseería los medios de producción, en la medida que sobreviviese algún concepto de propiedad. Los delegados de los distintos sindicatos formarían el organismo comunal para la administración de los asuntos generales de la comunidad local; y las administraciones más extensas que fuesen necesarias serían ejercidas por las comunidades federadas de productores. Estas ideas tenían mucho de común con las que César de Paepe había defendido en los días de la Primera Internacional;[8] pero Pelloutier, a diferencia de Paepe, daba la mayor importancia al sindicato, al sindicato obrero local, como la institución social básica de la futura sociedad libre. Era un defensor decidido del control "obrero", creyendo en la capacidad de los trabajadores para el gobierno industrial autóctono, y rechazaba la opinión de que en interés de una administración eficiente, los trabajadores de una fábrica tenían que seguir trabajando bajo gerentes que no fuesen elegidos por ellos mismos. Sin embargo, se daba cuenta de que los obreros en modo alguno estaban preparados para asumir esas responsabilidades; y por ello consideraba que la misión inmediata más importante de los sindicatos obreros era educar a sus miembros para las tareas de la "propia emancipación". A él le parecía que las bolsas de trabajo constituían el instrumento apropiado para este fin. Decía que era esencial para los sindicatos obreros que se encargasen completamente de la *colocación* (o suministro de trabajo) estableciendo así un monopolio del factor obrero de la producción. Del mismo modo tenían que encargarse del control de aprendizaje y de todas las formas de enseñanza profesional, y tenían que formar en sus propias filas hombres capaces de ocupar puestos técnicos y directivos. Además, tenían que adquirir conocimientos sociales y económicos. Toda bolsa de trabajo debía tener su biblioteca y su círculo de estudios, de los cuales todo sindicalista activo debía considerar como un deber el hacer uso. Si fuese posible conseguir para la ayuda de las bolsas fondos municipales, tanto mejor: más podrían hacer así en la preparación de los trabajadores para la revolución y para el ejercicio del poder. Pero los sindicatos obreros no deben moderar sus objetivos y su táctica

[5] **Véase volumen II, capítulo vni.**

a fin de asegurar subvenciones municipales: tienen que ser organizaciones de lucha, porque sólo el seguir políticas inmediatas combativas y enérgicas les colocará en el estado de espíritu necesario para conquistar el poder. Tiene que haber huelgas, como preparación para la huelga general que se producirá cuando ellos estén preparados para la misma.

La obra más conocida de Pelloutier es su *Histoire des bourses du travail,* publicada en 1902, un año después de su muerte. Allí hace la historia, tanto de la organización creada por él como de sus propias ideas. También colaboró con su hermano, Maurice Pelloutier, que más tarde escribió su biografía, y una notable obra descriptiva, *La Vie ouvrière en France,* que apareció en 1900; y escribió varios folletos y manuales para ser empleados en las bolsas a fin de favorecer los proyectos educativos concebidos por él. En la primavera de 1899 su estado de salud llegó a ser tan grave, que tuvo que retirarse al campo y limitarse a escribir, dejando a otros el trabajo de organización; pero su influjo siguió dominando en la Federación de Bolsas de Trabajo hasta su muerte prematura.

Tal fue el inspirador del movimiento sindicalista francés, no un agitador proletario, sino un intelectual estudioso, con una gran fe en la educación y en el dominio de sí mismo como condiciones necesarias para el buen ejercicio del poder, y en la "capacidad para un gobierno autónomo de la clase obrera" que ya Proudhon, en su obra *Capacité politique des classes ouvrières,* había expuesto una generación antes. Después de la muerte de Pelloutier el movimiento sindicalista había de pasar a ser dirigido por una persona muy distinta, Victor Griffuelhes, un proletario inflexible, interesado más en la lucha revolucionaria que en la naturaleza de la nueva sociedad que sería establecida después de la victoria de los trabajadores. Pero el utopismo de Pelloutier continuó vivo en el movimiento sindicalista después de dejar de dirijirlo su gran inspirador. Fue uno de los elementos de una doctrina que llegó a estar formada por distintas influencias, cuando después de la muerte de Pelloutier la Federación de Bolsas de Trabajo dejó de existir como organización separada y entró a formar parte de la reorganizada Confederación General del Trabajo.

El año 1892, cuando fue establecida la Federación de Bolsas de Trabajo, fue también el del *affaire Ravachol** con el cual se inició una nueva serie de asesinatos de anarquistas. Pero esto no imipidió que los socialistas de varios matices tuviesen un éxito considerable, nacional y localmente, en las elecciones celebradas en 1893. En ese mismo año la Asamblea Obrera de París aconsejó la fusión de la Federación Nacional de Sindicatos y de la Federación de Bolsas de Trabajo, después de que el gobierno había clausurado la Bolsa de Trabajo de París. Al año siguiente Pelloutier, en colaboración con

*** Véase vol. II, p. 311.**

Henri Giraud publicó su manual, *Qu'-est-ce que la grève genérale?* y tomó posesión del cargo de secretario auxiliar de la Federación de Bolsas de Trabajo. Unos meses más tarde, en 1895, llegó a ser secretario general. Mientras tanto, el Congreso Obrero de Nantes de 1894 había decidido establecer un comité especial, con fondos y facultades de acción independientes, que se encargase de la tarea de preparar a los trabajadores para la huelga general. Ya entonces los guesdistas decididamente habían perdido el control de la Federación Nacional de Sindicatos, en la cual poco a poco dejaron de tomar parte. Los nuevos elementos que controlaban la Federación Nacional de Sindicatos y el Comité de la Huelga General incluía allemanistas y algunos blanquistas, pero también había un fuerte contingente de anarco-comunistas dirigidos por Émile Pouget. Parecía natural que la Federación de Bolsas de Trabajo siguiese en el consejo del Congreso de París y aceptasen la fusión con la Federación Nacional de Sindicatos; pero las bolsas, bajo la jefatura de Pelloutier, se negaron. Pelloutier y su grupo miraban a la Federación Nacional de Sindicatos con alguna sospecha, y censuraban su ineficacia; y Pelloutier vio que el camino a seguir era desarrollar sus proyectos educativos a través de las bolsas, y creyó que probablemente fracasarían si la Federación de Bolsas de Trabajo renunciaba a su independencia. Ante esta negativa, la Federación Nacional de Sindicatos decidió reorganizarse y pedir a cada una de las bolsas que se pasase a ella abandonando la Federación de Bolsas de Trabajo. En el Congreso Obrero de Limoges, de 1895, la Federación Nacional de Sindicatos fue transformada en la Confederación Nacional del Trabajo, subdividida en dos secciones, una de las cuales representaba a los sindicatos nacionales y locales, o federaciones de sindicatos locales, especialmente de oficios o industrias, y la otra de bolsas de trabajo y de uniones de sindicatos u organizaciones análogas. La Federación de Bolsas de Trabajo fue invitada de nuevo para que se afiliase, pero de nuevo se negó. De este modo las dos organizaciones llegaron a ser rivales; y su rivalidad continuó, con un breve intervalo durante el cual la Federación de Bolsas de Trabajo primero se unió y después se separó de la Confederación Nacional del Trabajo hasta después de 1902. Hasta 1896 hubo una tercera organización, llamada Secretariado Nacional del Trabajo, que también trataba de actuar como agencia coordinadora. Éste había sido establecido por iniciativa de la Asamblea Internacional Obrera de 1891, que recomendó el establecimiento de estas agencias en todos los países con la idea de utilizarlas como medio para enlazar a los distintos movimientos nacionales. Esta gestión no tuvo éxito: el Secretariado Nacional francés nunca tuvo muchos partidarios. Terminó en 1896, dejando que compartiesen su campo la Confederación General del Trabajo y la Federación de Bolsas de Trabajo.

El mismo año el Partido allemanista se dividió, y los disidentes que pedían una política más revolucionaria, formaron la Alianza Comunista Revolucionaria. De este modo hubo no menos de seis partidos socialistas nacionales: guesdistas, broussistas, allemanistas, blanquistas, comunistas e independientes, luchando todos entre sí, aunque en ocasiones especiales algunos de ellos se unían y la mayoría llegaron en 1896 a un acuerdo, según el cual, aunque podían oponerse uno al otro en la primera votación de las elecciones, todos votarían en la segunda a favor del candidato socialista que hubiese tenido más votos. Además de los partidos, y coincidiendo con ellos en grados diversos, había varios grupos anarquistas, los sindicatos obreros combativos de la Confederación General del Trabajo y la Federación de Bolsas de Trabajo. El grupo moderado de los mutualistas, que se había separado en la asamblea de Marsella en 1879, desapareció, y su jefe, Barberet, llegó a ser un funcionario oficial encargado de los servicios de información obrera. Quienes ahora se vestían con el traje de moderación eran una parte de los socialistas independientes, sucesores del grupo de Malon, dirigidos por Alexandre Millerand. En 1896, en un banquete socialista que se celebró en Saint-Mandé y al cual asistieron muchos jefes socialistas, entre ellos Guesde, Jaurès e incluso Vaillant, el jefe blanquista, Millerand pronunció un discurso, que se hizo famoso, defendiendo la política reformista. Este banquete fue organizado para celebrar los triunfos municipales de los socialistas y para procurar una mejor inteligencia entre los partidos socialistas; y el propósito del discurso de Millerand era precisar qué tenían de común los distintos grupos socialistas.

Alexandre Millerand (1859-1943) había sido diputado desde 1885 y era uno de los miembros directivos del grupo independiente. En 1896 dirigía *La Petite République,* en la cual él y Jaurès defendían con afán la unidad socialista. Sólo tres años más tarde habría de aceptar un puesto en un gobierno radical; pero en esta ocasión no se esperaba esto. Sin embargo, Millerand ya estaba claramente en la derecha socialista. En su discurso combatió la idea de que los socialistas deberían tratar de conseguir sus objetivos por otros medios que no fuesen los constitucionales, o sin lograr el apoyo de una mayoría del pueblo. Habló con entusiasmo de las virtudes del derecho al voto para todos los varones y, refiriéndose claramente al general Boulanger, censuró los *coups d'état* y a los dictadores en potencia. Proclamó como objetivos del socialismo la difusión general de la libertad y de la propiedad y declaró su devoción por la república. Además, empezó rechazando la idea de que el socialismo podía ser introducido de pronto, y lo presentó como una tendencia inevitable que los socialistas no podrían crear, pero sí sólo guiar cooperando con las fuerzas necesarias de la evolución social. En esta parte de su discurso, aunque el lenguaje era marxista, el significado estaba más cerca

del evolucionismo fabiano de Sidney Webb. Millerand presentó el desarrollo de la propiedad pública de los medios de producción en gran escala en primer lugar en su exposición de lo que era esencial al socialismo; y claramente dio a entender que este proceso de socialización gradual se produciría bajo el Estado existente, y no se aplazaría, como Kautsky hubiese dicho, hasta después que los obreros hubiesen conquistado el poder. Como los fabianos, daba mucha importancia a las empresas municipales, empezando por poner los servicios esenciales en manos públicas. Habló de irse encargando de las industrias y servicios nacional o localmente uno tras otro, a medida que estuviesen maduros para ello; y, como los social-demócratas alemanes y los fabianos, basaba su argumentación en la tendencia inevitable hacia el monopolio capitalista, que prepararía el camino para la propiedad y administración públicas. Afirmaba que los pequeños propietarios no tenían nada que temer del socialismo, porque sus negocios no serían incautados. No hizo mención especial del problema de los aldeanos.

En la parte final de su discurso, Millerand examinó el problema del internacionalismo. Se declaró partidario de la solidaridad internacional de la clase obrera, pero al mismo tiempo se proclamó nacionalista y dispuesto a unirse en caso necesario a la defensa de la patria. De este modo rechazó por completo el internacionalismo antimilitarista, que era la doctrina de los jefes de la Confederación general del trabajo, y coincidió con Bemstein en considerar como un disparate la afirmación de Marx en el *Manifiesto comunista,* de que 'los trabajadores no tienen patria."

Es notable el hecho de que el discurso pronunciado en Saint-Mandé, lejos de provocar protestas violentas por parte de los oyentes de Millerand, parece que fue recibido con entusiasmo, y que contribuyó a una unidad más estrecha de acción entre los principales partidos socialistas, incluyendo a los guesdistas e incluso a una sección de los blanquistas, que difícilmente podían estar de acuerdo con ello. Ha de recordarse que fue pronunciado en un momento de crisis para la república, sólo pocos años después de que la vida misma de ésta había parecido amenazada por Boulanger, y que una sección de los blanquistas había apoyado al movimiento boulangista, y de este modo había despertado en los demás un sentimiento más fuerte de la necesidad de unirse alrededor de la estructura política democrática de la república. Pero, incluso así, el asentimiento de los hombres que escucharon el discurso de Saint-Mandé es notable; y contribuyó a fortalecer la desconfianza hacia los políticos que ya era muy grande en gran parte de la clase obrera francesa, y, por consiguiente, a acentuar la tendencia sindicalista dentro del creciente movimiento de sindicatos obreros.

El discurso de Millerand fue pronunciado no mucho antes de que

la nueva crisis de la república que surgió del *affaire Dreyfus* se manifestase y diese otro impulso a la unidad de los socialistas. Hacia fines de 1897 la batalla del caso Dreyfus se dio en condiciones más favorables con la publicación del *J'accuse* de Émile Zola. El capitán Alfred Dreyfus, un oficial judío del ejército francés, había sido acusado de entregar documentos militares a los agentes de una potencia extranjera, y había sido condenado y enviado a la isla del Diablo a base de pruebas que luego se mostró que eran falsas. Este *affaire* se originó en 1894; pero el movimiento de protesta lanzado por quienes lo apoyaban tardó en adquirir fuerza, y al principio parece que los socialistas le prestaron poca atención. Sin embargo, provocó una violenta campaña de anti-semitismo disfrazado de patriotismo. El anti-semitismo era ya fuerte entre los círculos reaccionarios de Francia, y había sido avivado por un grupo organizado dirigido por Édouard Drumont (1844-1917), cuyo escandaloso libro, *La France Juive,* había aparecido en 1886. Desde 1892 Drumont había dirigido un periódico anti-semítico, *La Libre Parole,* en el cual atacaba especialmente a los judíos implicados en los escándalos financieros que habían sido demasiado frecuentes en aquellos años, sobre todo el escándalo del canal de Panamá de 1892. Cuando el asunto Dreyfus, Drumont hizo pleno uso de él para despertar el sentimiento patriótico contra los judíos. Zola, que asumió la defensa de Dreyfus, fue procesado y condenado por sus acusaciones contra las autoridades militares, y tuvo que salir del país. Pero poco después los *dreyfusards* pudieron probar que los documentos alegados para mostrar la culpabilidad de Dreyfus habían sido falsificados, y que personas que ocupaban altos cargos en el ejército y en el ministerio de la guerra habían participado en el fraude. El gobierno se vio obligado a ordenar una investigación, causando indignación en los contrarios a Dreyfus, los cuales insistían en afirmar que era culpable. Un grupo de fanáticos, dirigidos por Paul Déroulède, incluso proyectaron un levantamiento anti-republicano. Tan insistentes y poderosos fueron los enemigos de Dreyfus que cuando fue juzgado de nuevo le condenaron otra vez a pesar de las pruebas claras del fraude. Sin embargo, entonces la reacción en favor suyo fue tan fuerte, que el presidente Loubet inmediatamente lo perdonó y lo puso en libertad. Ni siquiera entonces fue aceptada su inocencia, y no fue reincorporado al ejército, del cual había sido expulsado con ignominia pública. Hasta 1906 no se inició un nuevo proceso ante la Corte de Casación, con el resultado de conseguir una absolución completa y que Dreyfus volviese a ocupar su rango militar.

Este extraordinario y lamentable asunto tuvo, con respecto al socialismo, dos efectos principales. Por un lado, hizo que los políticos socialistas se unieran en favor de la república amenazada y que se aproximasen entre sí la mayoría de los grupos socialistas, y, por otro produjo una

reacción antipolítica, anti-estatal entre muchos franceses, que condujo entre los obreros al fortalecimiento del sindicalismo en su forma revolucionaria. De este modo trazó un nuevo límite de separación entre los partidos socialistas y los sindicatos obreros. Los partidos socialistas formaron en 1898 un Comité Unido de Vigilancia para proteger a la república; y los blanquistas se transformaron en un partido político formalizado, en lugar de su Comité Central Revolucionario. (Tomaron el nombre de Partido Socialista Revolucionario; pero en la práctica su revolucionarismo quedó muy debilitado.)

Durante el mismo año de 1898 los sindicatos obreros sufrieron un grave retroceso. Habían sido afectados por la excitación general que produjo el asunto Dreyfus, pero no habían tomado parte alguna en él, aparte de utilizarlo para mostrar la corrupción de la política y de los políticos. Desde 1894 el Comité para la huelga general creado en el Congreso Obrero, de Nantes, había empezado a hacer propaganda y a tratar de familiarizar a los obreros con la idea de una revolución que se realizaría con la ayuda inicial de una paralización general del trabajo. La idea dominante era que la huelga general no podía ser proyectada con provecho o dispuesta para una fecha precisa; se produciría cuando llegase el momento oportuno, siempre que la clase obrera hubiese sido preparada para esperarla y para utilizarla con fines revolucionarios. La opinión general era que comenzaría con una gran huelga en una industria determinada, o acaso en una región determinada, y que los obreros de otras industrias o de otras regiones dejarían entonces el trabajo por decisión propia, estimulados probablemente por algún incidente entre los primeros huelguistas y la policía o los soldados que hubiesen sido llamados para ayudar a los patronos a romper su resistencia. Sorel todavía no había dado a conocer su concepción de la huelga general como un "mito social": se esperaba que realmente sucediese y que iniciase la revolución; pero en opinión de los jefes del movimiento, una huelga general preparada y organizada con anticipación estaba llamada a fracasar: el abandono del trabajo y las manifestaciones en masa que seguirían tenían que producirse espontáneamente como expresión del sentimiento de la clase obrera, y de no ser así faltaría el requisito del entusiasmo de las masas.

En 1898 los jefes de la Confederación Nacional del Trabajo creyeron que su momento había llegado. Se había producido una extensa huelga en el ramo de la construcción; y la federación de ferroviarios había presentado un programa de peticiones, y estaba preparando una huelga para conseguirlas. Una huelga nacional de ferroviarios, que incluyese a empleados públicos de los ferrocarriles del Estado, planteaba un importante problema legal; porque se dispuso que los derechos de coalición y de huelga conseguidos en 1884 no tenían aplicación para

los empleados públicos. Por consiguiente, era dudoso que una huelga de ferroviarios fuese legal, y seguramente provocaría una fuerte acción del gobierno en contra de los huelguistas. Los partidarios de la huelga general revolucionaria daban por supuesto que la reacción del gobierno en contra de los huelguistas, de quienes esperaba que recurriesen a una acción vigorosa a fin de evitar que continuase el servicio con la ayuda de esquiroles, despertaría la indignación de la clase obrera y haría que los obreros de otras industrias acudiesen a la huelga para ayudar a los ferroviarios. El Comité Central de la Confederación General del Trabajo decidió enviar una carta secreta pidiendo a los sindicatos obreros que estuviesen dispuestos para unirse en ayuda de los ferroviarios; pero la carta llegó a conocimiento del gobierno y la interceptó. Cuando llegó el momento, la huelga de ferrocarriles fue un fracaso completo. Amenazados de despido y de la supresión de sus sindicatos, los ferroviarios, excepto unos pocos, siguieron trabajando; y todo el movimiento se vino abajo. En la investigación que se hizo después para averiguar qué era lo que no había marchado bien, el secretario de la Confederación General del Trabajo, Lagailse, quedó bajo fuertes sospechas de haber comunicado los planes de esta organización al gobierno, y se le quitó su puesto. La Confederación General de Trabajo se puso a reorganizar sus fuerzas bajo una dirección enérgica del ala izquierda; pero había sufrido un golpe grave.

Todavía estaba curándose sus heridas en 1899, cuando la crisis producida por el asunto Dreyfus llevó al poder un ministerio de defensa republicana presidido por Waldeck-Rousseau. El nuevo primer ministro, deseando llevar a los socialistas a una alianza general de las fuerzas republicanas, ofreció el ministerio de comercio y de industria al socialista independiente Alexandre Millerand, que aceptó sin consultar ni al Comité Socialista de Vigilancia, ni siquiera a sus propios compañeros de partido. Éste fue el primer caso desde 1848 de que se ofreciese a un socialista un puesto en el gabinete, y, por supuesto, la entrada de Louis Blanc en el gobierno republicano de 1848 había sido resultado de una revolución y no de un cambio parlamentario del poder. La aceptación por parte de Millerand provocó en seguida una tormenta en las organizaciones socialistas. Él mismo defendió su actuación como necesaria para salvar la república, y declaró que seguía fiel a los principios que había expuesto en su discurso de Saint-Mandé. Jean Jaurés y el resto de los independientes, algunos con dudas y otros decididamente, se unieron en su ayuda. La unidad socialista quedó rota: los guesdistas y los blanquistas consideraron el acto de Millerand como deslealtad al socialismo, y formaron una Unión Socialista Revolucionaria en oposición. Los socialistas independientes, los broussistas y los allemanistas (despojados de su ala derecha por la división de 1896) se unieron en una liga

que tomó el nombre de Partido Socialista Francés, pero que dejó a los partidos separados con existencia independiente. Con bases similares, los guesdistas y los blanquistas partidarios de Édouard Vaillant se unieron también con el nombre de Partido Socialista de Francia.

Esta ruptura no se hizo completa hasta que el congreso de Lyon de 1901 puso de manifiesto la incompatibilidad de los puntos de vista rivales. Mientras tanto, Millerand había presentado un programa de reformas obreras y se había proclamado apóstol del *socialismo reformista.* Millerand deseaba alterar la situación de los sindicatos constituyéndolos como personas reconocidas legalmente y capaces de litigar; dotarlas del poder de realizar operaciones comerciales y fomentar la práctica de "contratos colectivos de trabajo", bajo los cuales los sindicatos se encargarían colectivamente de proporcionar y organizar el trabajo necesario para las distintas ocupaciones a un precio convenido; introducir el arbitraje obligatorio en las disputas entre obreros y patronos; y disponer que una huelga no sería declarada sin que la aprobase la mayoría de los obreros afectados, lo cual se haría mediante voto secreto, y se repetiría con breves intervalos, sin lo cual, la huelga sería declarada ilegal. Deseaba establecer consejos de trabajo en las distintas industrias, reorganizar, con representación completa de los sindicatos obreros, el Consejo Superior del Trabajo fundado en 1891; y también establecer en todos los establecimientos importantes Consejos de trabajo para fomentar la mejora de relaciones entre patronos y obreros.

Esta política de paz social fue censurada vehemente por los jefes de los sindicatos obreros tanto en 1899-1900, cuando fue propuesta por primera vez, como cuando lo hizo de nuevo Millerand en 1906. "Quieren domesticarnos", dijo Victor Griffuelhes, el representante combativo de la Confederación General del Trabajo. Se indicó que el convertir a los sindicatos obreros en personas legales las expondría a reclamaciones por daños ocasionados por las huelgas (como sucedió en la Gran Bretaña casi al mismo tiempo en el caso Taff Vale), y que la regulación propuesta de las huelgas pondría fuera de la ley las huelgas repentinas, que era el arma favorita de los sindicalistas. La Federación de Bolsas de Trabajo, del mismo modo que la Confederación General del Trabajo, censuró los proyectos de Millerand como una intromisión completamente ilegítima en el derecho de los sindicatos obreros a disponer sus asuntos como quisieran.

Por el momento, no se hizo nada más; pero el intento de Millerand de domesticar a los sindicatos obreros fue un factor importante (y otro la muerte de Pelloutier) para que las dos organizaciones obreras centrales pensasen en unir sus fuerzas. En 1902 la Confederación General del Trabajo y la Federación de Bolsas de Trabajo se unieron en una sola organización, con los sindicatos obreros y las bolsas de trabajo como

asociados iguales y un comité central que representaba a los dos secciones a base de igualdad. Por entonces las bolsas de trabajo habían perdido en su mayor parte los subsidios municipales y habían dejado de trabajar con los ayuntamientos, incluso cuando éstos estaban bajo control socialista; y en varios casos las bolsas locales se habían convertido en sub-secciones de las uniones de sindicatos que abarcaban todo un departamento o grupos vecinos de centros industriales. Pelloutier había hecho grandes esfuerzos para extender su influencia a los distritos agrícolas, sobre todo organizando a los artesanos de las poblaciones pequeñas y de las aldeas, y poniéndolos a trabajar como misioneros en favor de los trabajadores agrícolas asalariados. Pero esta política no hizo muchos progresos fuera de alguno de los distritos vinícolas.

Una sección de la Confederación General de Trabajo unida consistía en bolsas de trabajo y en uniones de sindicatos locales o de departamentos. La otra estaba formada por federaciones nacionales de sindicatos de oficios o de industria y de sindicatos locales separados, para los cuales no existía una federación nacional. Los sindicatos locales, excepto en tales casos, ya no eran admitidos: la calidad de miembro se podía adquirir de dos maneras, o a través de la adhesión a una bolsa de trabajo o sindicato, o a una federación nacional o en pocos casos regional. La política de la Confederación General del Trabajo era favorecer la agrupación de sindicatos en federaciones a base de industrias más bien que de oficios, porque esto era evidentemente lo adecuado si los obreros se apoderaban pronto del control de la industria. Pero en la práctica no era posible imponer la unidad industrial en todos los casos; y las federaciones de oficios tuvieron que ser permitidas dentro de la Confederación General del Trabajo, ante la presión constante para que modificase sus hábitos.

Antes de que existiese la fusión llamada Confederación General del Trabajo, su antecesora había creado, en 1900, un órgano oficial, *La Voix du Peuple,* dirigido por el antiguo anarquista Emile Pouget (1860-1932), que antes había logrado un éxito considerable con su combativo e interesante periódico, *Le Pére Peinard?* El jefe de la Confederación General del Trabajo era el antiguo blanquista Victor Griffuelhes (1875-1922), un obrero batallador, con conciencia de clase, hecho a la rudeza, y que sospechaba mucho de los intelectuales que aspiraban a la jefatura. A diferencia de Pelloutier, Griffuelhes no se preocupaba con teorías acerca de la sociedad futura: lo que le interesaba era la lucha diaria, que consideraba como un medio para educar a los trabajadores en su hostilidad hacia el capitalismo y en la acción combativa, que habría de culminar un día, no muy distante, en la huelga general revolucionaria. Pero esto

[6] **Véase vol. II, pp. 306 *ss.***

no quería decir que Griffuelhes se hiciese ilusiones acerca de la capacidad o la voluntad de poder del trabajador corriente. Constantemente censuraba la "estupidez de borregos" de la mayoría, y ponía su fe, no en la voluntad que ellos tuviesen de actuar, sino en la sugestibilidad de las masas. Creía que podían ser llevados a la acción revolucionaria por la dirección decidida de una "minoría consciente", idea que tomó de Blanqui y que formó parte especial del evangelio sindicalista como se desarrolló en la Confederación General del Trabajo bajo su jefatura. A Griffuelhes se debía también principalmente la línea fuertemente antimilitarista que adoptó la Confederación General del Trabajo y a la preeminencia dada por ésta a la concepción de la huelga general internacional como medio para evitar la guerra. Su principal lugarteniente, Pouget, llegó a ser secretario del departamento de sindicatos dentro de la Confederación General del Trabajo. Georges Yvetot (1868-1942), segundo de Pelloutier, se encargó del departamento de bolsas de trabajo. La Confederación General del Trabajo, reforzada por haber terminado su rivalidad con la Federación de Bolsas de Trabajo, emprendió una lucha renovada, y entre en lo que Edouard Dolleans ha llamado su "edad heroica".

Pero antes de que tratemos del desarrollo de la doctrina sindicalista después de 1902, tenemos que examinar lo que sucedió al socialismo francés después de la entrada de Milleránd en el ministerio de Waldeck-Rousseau. Los guesdistas, los blanquistas, y la alianza comunista que se había separado del partido allemanista, en seguida publicaron un manifiesto en contra de lo hecho por Milleránd, y anunciaron que éste no podía obligar a nadie más que a sí mismo, y que ellos se habían retirado de la Unión Socialista en la Cámara de Diputados. Persuadieron a la Federación de Obreros Socialistas para que convocasen un congreso abierto a todas las organizaciones obreras que aceptasen la lucha de clases como base del socialismo internacional: el congreso tendría que decidir acerca de si era lícita la participación socialista en un gobierno burgués. Pero cuando se reunieron los 800 delegados, que representaban a 1,400 grupos organizados, no se dio una orientación clara. Por 818 votos en favor y 634 en contra, el congreso declaró que la lucha de clases no permitía a los socialistas tomar parte en un gobierno burgués; pero a continuación aprobó por 1,140 votos contra 240, una segunda propuesta reconociendo que circunstancias excepcionales podían llevar al partido socialista a considerar '1a conveniencia de esa participación". Además acordó que "en el estado existente de la sociedad capitalista, debía darse consideración especial a ganar posiciones electorales, pues la expropiación política de las clases capitalistas debía realizarse antes de la revolución".

Después de haber deliberado sobre estas ambiguas declaraciones, la

asamblea pasó a constituirse como "partido", no fusionando las organizaciones que la constituían, sino formando una organización federal poco unida, en la cual estarían representados los diferentes grupos. Al partido obrero guesdista, por ser el grupo mayor, se le dieron 12 puestos en el Comité General. Al Partido socialista revolucionario de los blanquistas 6, a la Federación de obreros socialistas 3; y había también 4 delegados de los sindicatos obreros, 1 de las sociedades cooperativas y 7 de las federaciones regionales autónomas que habían asistido al congreso. Todos ellos constituyeron el Partido Socialista de Francia; pero como cada grupo continuó con su organización separada, el resultado de su unión no fue grande, excepto en la Cámara de Diputados y en otros organismos públicos electivos, en los cuales sus miembros trabajaban juntos como un grupo. En el otro lado, los independientes, los broussistas, los restos de allemanistas y algunos otros grupos, se unieron de modo análogo en un Partido Socialista Francés Federal, también poco unido, y apoyaron al gobierno de Waldeck-Rousseau en su lucha para conservar la república democrática y exoneraron a Milleránd teniendo en cuenta la necesidad apremiante de esta defensa. De la esfera nacional, esta cuestión fue llevada al congreso internacional socialista que se reunió en París en 1900. Allí, como hemos visto, la famosa propuesta de Kautsky, redactada por éste, pero presentada a la asamblea por Émile Vandervelde, trataba de formular una respuesta al problema planteado por la conducta de Milleránd, de tal modo que dejase en claro que la gran mayoría de los socialistas le reprobaba, sin que de hecho cerrase la puerta a la participación socialista en toda las circunstancias. Ya vimos el texto de esta resolución.[8]

Esta resolución, redactada por el teórico principal del marxismo alemán, que entonces se hallaba en medio de su lucha con los revisionistas, vino a oponerse en su conjunto a Milleránd, quien indudablemente no contaba con el apoyo de "la gran mayoría" de los socialistas franceses, y que ciertamente no actuaban como "mandatarios" ni incluso de los partidos que estaban dispuestos a aprobar su participación. Sin embargo, no decidió claramente la cuestión de principio, como querían los guesdistas y sus aliados: ni implicaba la expulsión, de la Internacional, de los partidos que la habían aprobado o que se había negado a condenar lo que Milleránd había hecho. Jaurès, que había defendido a Milleránd en el combate, anunció al final que aceptaba el veredicto de la Internacional, pero no se puso fin al desacuerdo y conflicto que existía dentro del socialismo francés: tuvieron que pasar tres años más de presión ejercida por la Internacional para producir la unificación, y cuando se produjo, las diferencias más bien fueron atenuadas que suprimidas.

8 **Véase p. 51 ss.**

En Francia, los grupos rivales de partidos celebraron desde 1901 a 1905 sus congresos separados, y cada uno formuló su propio programa. El Partido Socialista de Francia se proclamó el "partido de la revolución", y tomaba como base la lucha de clases, nacional e internacional, para la conquista del poder político y la expropiación de las clases propietarias. Rechazó "todo compromiso con cualquier sector de la burguesía", y pidió la "socialización de los medios de producción y de cambio", que caracterizó como la "tranformación de la sociedad capitalista en una sociedad colectivista o comunista". Declaró que aunque era parte de su misión establecer "reformas que pudieran mejorar las condiciones de la clase trabajadora en su lucha", bajo ninguna circunstancia "mediante participación en el poder central, mediante el voto del presupuesto o mediante alianzas con los partidos burgueses, proporcionaría ningún medio para que pudiera prolongarse el predominio del enemigo burgués".

El Partido Socialista de Francia, en su congreso de Tours en 1902, también formuló una declaración. Esta empezaba afirmando la conexión entre el socialismo y el desarrollo tanto de la democracia como de las formas de producción. "Entre el régimen político que es resultado de la Revolución [francesa], y el régimen económico existe contradicción. La evolución de los medios de producción ha puesto al mundo bajo el dominio de fuerzas capitalistas; sólo la acción proletaria puede curar el desorden universal; pero el camino adecuado no es ni rechazar la hipótesis de hechos revolucionarios, ni descuidar las grandes posibilidades de una presión legal. El socialismo es republicano: es la república misma, porque es la extensión de la república al régimen de la propiedad y del trabajo." A continuación el programa se declaraba en favor de la solidaridad internacional en contra de la guerra, y procedía a bosquejar una serie de reformas que habían de realizarse dentro de la estructura política existente, entre ellas la democratización del Estado, el laicismo, el desarrollo de la educación, la reforma de los impuestos, la protección del trabajo y las leyes de seguro social.

En las elecciones generales de 1902, los grupos rivales reunieron casi la misma suma de votos: 400,000 cada uno; pero mientras el Partido Socialista de Francia consiguió sólo 12 puestos, el Partido Socialista Francés, gracias a las coaliciones electorales con grupos burgueses, consiguió 37. En 1904 el primero tenía unos 18,000 miembros cotizantes, y el último cerca de 10,000. Cada fracción tenia su prensa; pero los moderados pronto habían de tener la mejor: *Humanité* fue fundada en 1904 y de inmediato se convirtió en el principal periódico socialista.

La participación de Milleránd en el gobierno de Waldeck-Rousseau no puso término a su relación con el socialismo. Continuó considerándose a sí mismo como perteneciente al "Partido Socialista", una frase que

los franceses empleaban habitualmente para designar el complejo conjunto de partidos y grupos de que se componía el movimiento político socialista. En 1903, cuando ya no estaba en el poder, reunió en un volumen varios de sus discursos, empezando con el de Saint-Mandé, de 1896; y a esta colección le dio el título de Le *Socialisme réformiste français.* En una introducción a este volumen, Milleránd resumía su punto de vista. Insistía en el sentimiento que identificaba la causa del socialismo con la de la república y con el sistema electoral democrático. Declaraba la necesidad imperiosa para los socialistas de, en lugar de aislarse de la república y de la vida contemporánea de Francia, desempeñar una parte activamente constructora en las cuestiones contemporáneas tanto nacionales como de gobierno local, y no temer alianzas con los partidos burgueses de la izquierda, siempre que esas alianzas fuesen necesarias para asegurar o extender la democracia, o para conseguir el establecimiento de reformas útiles. Afirmaba su apoyo a los sindicatos obreros y a las sociedades cooperativas; pero decía que, en lugar del caos existente en los asuntos económicos, quería ver a la industria organizada para desempeñar una parte apropiada en la vida de la nación. Quería que los trabajadores compartiesen la responsabilidad de la eficacia productora y, en lugar de reñir constantemente con los patronos, llegar a un acuerdo con ellos. Con este fin, reiteraba su creencia en el valor de los consejos obreros *(conseils d'usine)* para negociar con la gerencia de las fábricas y hacer contratos colectivos para la ejecución del trabajo. Declaró otra vez su fe en el arbitraje y en la paz. social. Considerando al socialismo como una tendencia inevitable más bien que como un sistema preconcebido, atacaba a los que creían que podía ser establecido de pronto mediante la conquista del poder por el pioletariado. Esperaba, como Berstein, más bien un movimiento gradual hacia el socialismo que una llegada incluso remota a la meta socialista. Este avance gradual consistiría no sólo en que pasasen a manos públicas un servicio esencial tras otro, sino también en el desarrollo de una serie de medidas protectoras para los trabajadores y de legislación social, incluyendo normas mejores acerca de sanidad y educación y el establecimiento del seguro social. Unido a esta legislación iría un avance en la actividad del gobierno local: el Partido Socialista Francés adoptó un amplio programa municipal en 1904.

Milleránd hizo resaltar el deber que tenían los socialistas de extender la libertad personal y de promover la distribución de la propiedad de los medios de goce. Decía que los socialistas, lejos de desear la abolición de la propiedad privada, propugnaban por que se extendiese a todos; lejos de desear poner límites a la libertad, eran devotos ardientes de los derechos del hombre. En estos respectos tenían en gran medida un terreno común con los radicales burgueses; y debían sacar el mayor

partido posible de lo que tenían en común, a fin de facilitar la adopción de sus ideas. Sostenía que, en la práctica, los socialistas en el Parlamento y en los organismos locales de gobierno, cualesquiera que fuesen los principios según los cuales decían actuar, debían los éxitos que habían conseguido a la labor común con otros progresistas en lugar del aislamiento fundado en la doctrina de la lucha de clases.

Por último, dirigiendo su atención a los problemas internacionales, volvió a acentuar la opinión que había expresado en Saint-Mandé de que no había incompatibilidad entre el nacionalismo y el internacionalismo. Rechazando el patrioterismo, afirmó la necesidad de la defensa nacional. Decía que Francia iba a la vanguardia del ideal profesado por los socialistas, y que el desarme unilateral sería un crimen en contra de este ideal. A continuación pedía a los socialistas franceses que desechasen el término ambiguo y desorientador de "revolucionario", y que se proclamasen abiertamente como "reformistas", "pues reformistas somos".

Estos principios, tal como los aplicaba Millerand, pronto le habían de llevar fuera de las filas del movimiento socialista, y otra vez al poder como personaje principal en un gobierno burgués que no estaba basado, como el de Waldeck-Rousseau, en una necesidad inmediata e imperativa de unirse para la defensa de la república amenazada. Su defensa de la colaboración con los partidos burgueses no sólo en una crisis excepcional, sino en una política constante, no fue aceptada por la mayoría de los miembros del Partido Socialista Francés. Habían estado dispuestos a defender su actuación en 1899 como una necesidad desagradable; pero la mayoría de ellos en modo alguno estaba inclinada a probar todo su programa de reconciliación de clases y de colaboración amistosa entre patronos y obreros. No le faltaron partidarios distinguidos entre los socialistas independientes: René Viviani (1863-1925), que había de ser primer ministro cuando estalló la guerra en 1914, siguió siempre unido a él, y Aristide Briand (1862-1932), que hasta poco antes había sido el defensor vehemente de la huelga general, pronto hizo su gran cambio y llegó a ser colaborador de Millerand y de Viviani en gobiernos burgueses. Pero Jaurès llevó consigo a la mayoría de los afiliados al Partido Socialista Francés al Partido Socialista Unificado de 1905; y el *socialismo reformista* sólo continuó como credo de una facción parlamentaria, un grupo de políticos eminentes que no tenían un partido organizado en el país. Los socialistas franceses, aunque en gran medida practicaban el reformismo, no estaban más dispuestos a aceptar el nombre que los social-demócratas alemanes a unirse al revisionismo de Bernstein como el credo aceptado. Sin embargo, la situación francesa difería mucho de la alemana. En Alemania, los sindicatos obreros habían sido, y seguían siendo, seguidores dóciles del Partido

Social-Demócrata, a pesar de su independencia personal respecto a él. En Francia los sindicatos obreros hallaron en el sindicalismo una filosofía y un programa propio, que reafirmaba la "revolución" como objetivo y consideraba a todos los políticos como "falsarios", porque trataban de actuar mediante métodos parlamentarios, y eran de este modo arrastrados a la "colaboración de clases", en lugar de llevar la lucha de clases a su terreno natural: el económico, *sur le terrain de classe.*

## CAPÍTULO VIII

# FRANCIA DESPUÉS DE 1905. EL PARTIDO UNIFICADO Y LOS SINDICALISTAS. JAURÈS Y SOREL

Algunos esperaban, cuando los socialistas franceses unieron sus fuerzas políticas en 1905 bajo la jefatura de Jean Jaurès, que la nueva situación llevaría también a unir la rama política y la obrera. Los "antipolíticos" de los sindicatos obreros con frecuencia se habían manifestado en contra de cualquier relación con los partidos socialistas, basándose en que el resultado sería dividir a los trabajadores, tanto desde el punto de vista obrero como del político en facciones en pugna, y el resultado de esto sería que quedarían sin poder ni para proteger los intereses inmediatos de sus miembros ni para perseguir con alguna esperanza de éxito sus objetivos más amplios. Este argumento perdió su fuerza cuando los socialistas acordaron formar un partido unificado, excepto, por supuesto, entre quienes creían que la unión se disolvería rápidamente. En realidad, era evidente que la unificación no había hecho desaparecer las diferencias entre la derecha v la izquierda, y que no sería fácil mantener unidos los elementos que estaban en desacuerdo; pero lo mismo podría decirse de la Confederación General del Trabajo, que tenía igualmente su ala revolucionaria y su ala reformista, y, entre las dos, una masa cambiante de opinión, que unas veces se inclinaba a un lado y otras a otro. Sin duda, en el campo obrero había argumentos en favor de la unidad aún más fuertes; porque los sindicatos obreros no tenían mucha posibilidad de éxito ni en las negociaciones ni en las huelgas si no presentaban un frente unido; mientras que, bajo el sistema de segunda votación vigente en Francia, era posible que los candidatos socialistas rivales luchasen entre sí en la primera votación, y que sus partidarios uniesen sus fuerzas en la segunda. Sin embargo, la unidad política dio más fuerza al Partido Socialista; y cabía pensar que la consecuencia lógica de ello sería un acuerdo entre el partido unido y los sindicatos obreros.

No sucedió tal cosa ni nada que se aproximase a ello. Por el contrario, la Confederación General del Trabajo en su Congreso de Amiens de 1906 aprobó por una enorme mayoría una declaración en la cual proclamaba la completa independencia de los sindicatos obreros, y rechazaba toda clase de alianza con los partidos políticos. Una pequeña sección, dirigida por V. Renard, de la Federación Textil, trató de persua-

dir a la asamblea para que se aliase con el Partido Socialista; pero fue dejada a un lado por la oposición unida de los sindicalistas revolucionarios y de los reformistas. Los reformistas, cuyo representante principal era Auguste Keufer, de la Federación del Libro, quería que los sindicatos obreros se limitasen extrictamente a actividades económicas, y evitar que éstas se mezclasen con las cuestiones políticas. Los revolucionarios, por el contrario, querían que los sindicatos obreros actuasen políticamente, pero que lo hiciesen mediante la acción directa y sin tomar parte en los asuntos parlamentarios. *On peut arracher directement les lois utiles,* exclamaban; porque en la mayoría de los casos no tenían inconveniente en tratar de conseguir una legislación favorable para los obreros, incluso dentro del sistema capitalista; pero insistían en que los trabajadores tenían que lograr esa legislación mediante su propia fuerza, con manifestaciones y huelgas, y no confiando en que los políticos de ningún partido las obtuviesen para ellos. De este modo los moderados y los revolucionarios podían unir sus fuerzas para votar en contra de la propuesta de establecer alianzas entre la Confederación General de Trabajo y el Partido Socialista; y muchos miembros del Partido Socialista eran de esta opinión, porque temían que cualquier tentativa de establecer una alianza destruiría la unidad de los sindicatos obreros. El mismo Jaurès tuvo siempre mucho cuidado en presentarse como partidario de *l'autonomie syndicale.*

Dentro de la Confederación General de Trabajo los revolucionarios tenían mayoría sobre los reformistas; pero la minoría era considerable. Además, la mayoría en modo alguno era homogénea. Estaba formada por los defensores de huelgas agresivas, basadss en la doctrina de la lucha de clases, pero estaba dividida en anarquistas, sindicalistas puros y socialistas, que no se oponían a la acción parlamentaria, aunque para ellos lo principal era la acción directa y sostenían que los sindicatos obreros, en cuanto organizaciones, debían mantenerse apartados de la lucha electoral; muchos de ellos pertenecían al Partido Socialista; y en Amiens quedó bien claro que tenían perfecto derecho a esto, y a ser políticos activos si querían, siempre que no tratasen de llevar a los sindicatos políticos a la política de partidos. La Confederación General del Trabajo nunca fue anarquista, aunque lo eran algunos de sus jefes: ni siquiera era antiparlamentaria, en el sentido de exigir que sus miembros lo fuesen. Y mucho menos era "sorelista", en el sentido de tomar su doctrina o su política de aquel filósofo de la violencia tan poco digno de confianza. Desarrolló su doctrina básica de que los trabajadores tienen que confiar en sus propios esfuerzos y que dar por sí mismos sus batallas sin confiar en la ayuda de nadie, diferenciándose por completo de Sorel, que era herencia de un pasado revolucionario reinterpretrado por Fernand Pelloutier, pero que provenía, a través

de Eugéne Varlin y de los días de la Comuna, de las tradiciones de 1848 e incluso de 1796.

Con frecuencia se ha dicho que los años que van de 1902 a 1909 son el "período heroico" del sindicalismo francés. Su figura sobresaliente durante este período fue Víctor Griffuelhes (1874-1923), que fue nombrado secretario de la Confederación General del Trabajo en 1902. Griffuelhes fue una persona notable. De oficio zapatero de señoras, persistió en practicar su oficio especializado en el tiempo que le quedaba libre, incluso mientras dirigió los asuntos de la Confederación General del Trabajo. Era rudo hasta la grosería y sumamente áspero de lenguaje, incluso para aquellos con quienes tenía que trabajar en relación más estrecha, de tal modo que se atrajo muchos enemigos tanto dentro de la Confederación como fuera de ella. No era anarquista, pero sí "blanquista", sintiendo gran desprecio por la estupidez del hombre corriente; y nunca llegaba a censurar las flaquezas y la estupidez de sus mismos partidarios. A esta actitud unía una fuerte antipatía hacia los intelectuales que trataban de entrometerse en los asuntos de la clase obrera. Tenía muy despierta la conciencia de clase, pero concebía su clase sobre todo como una *élite* de proletarios revolucionarios cuya misión era dirigir a las masas exponiendo sus quejas inmediatas y entrenándolos de este modo para la acción revolucionaria. Desde el principio desdeñó algo la insistencia dé Pelloutier en la necesidad de que la clase obrera se instruyese, y hablaba despectivamente del peligro de convertir el movimiento sindical obrero en un asunto de círculos de estudio en lugar de dirigirlo hacia el combate. Más tarde, después de dejar su puesto directivo en la Confederación General del Trabajo, le convirtió Alphonse Merrheim (1871-1925), el jefe de la Federación de Metalúrgicos y, después de él, figura sobresaliente en el sindicalismo revolucionario, a la opinión de que al fin y al cabo era necesario que los trabajadores, o por lo menos los más activos de ellos, comprendiesen los procedimientos del capitalismo, y se preparasen para la tarea de dirigir la industria en la sociedad futura, y que no eran incompatibles la instrucción y la acción. Pero por temperamento no era un educador, sino un agitador, y creía que mientras más desacuerdo hubiese entre los trabajadores y sus patronos, más revolucionarios se harían aquéllos y menos estúpidos. Porque él quería que fuesen combatientes tanto los patronos como los obreros: mientras menos sensatos fuesen los patronos, más conveniente le parecía; mientras recurriesen éstos al gobierno para que enviase soldados que protegiesen a los esquiroles o que disparasen contra los manifestantes, más próxima sentía que estaba la revolución. En efecto, siempre siguió siendo un blanquista, pero concebía la revolución social en forma de una acción obrera precursora de la insurrección.

A los ojos de Griffuelhes y de Merrheim, de Émile Pouget, de Georges Yvetot y de Paul Delesalle (1870-1948), para nombrar a los jefes principales del ala izquierda de la Confederación General del Trabajo durante los "años heroicos", el gran peligro con que se enfrentaba el movimiento obrero era el de la "domesticación". Creían que, desde el ministerio Waldeck-Rousseau de 1899, los socialistas reformistas deliberadamente habían empezado a amansar a los sindicatos obreros ofreciéndoles concesiones aparentes y reformas sociales engañosas.

Esto era, por supuesto, precisamente lo que Alexandre Millerand trataba de hacer. En su opinión el revolucionario era una locura, y lo acertado para los obreros apartarse de la tradición revolucionaria y adoptar la política de reformismo que él había bosquejado en el discurso de Saint-Mandé en 1896. Millerand quería que los sindicatos obreros dejasen las manifestaciones de masas y las declaraciones de huelga, y que pidiesen la ayuda del Estado para convencer a los patronos que negociasen con ellos a fin de llegar a acuerdos colectivos obligatorios, y en el caso de que no llegasen a un acuerdo, aceptasen un arbitraje apoyado por el Estado. Al mismo tiempo quería que el Estado estableciese una legislación protectora para la mejora de la situación del obrero, y que introdujese formas de seguro social, especialmente pensiones para los ancianos basadas en contribuciones de los patronos y de los trabajadores. Los sindicalistas no querían nada con esta política de paz social, que consideraban como un mero engaño. Para ellos el Estado capitalista era un enemigo, incapaz de ser convertido en un instrumento de bienestar, y el patrono también un enemigo a quien había que combatir y no llegar a un acuerdo con él excepto con el carácter de una tregua ocasional en la continua lucha de clases. Eran contrarios a todo acuerdo colectivo que sujetase a los trabajadores al capitalismo y que convirtiese a los sindicatos obreros en organismos para disciplinar a sus miembros en favor de los intereses de la producción capitalista.

De este modo existía un claro conflicto de principios, que muy pronto se tradujo en un positivo conflicto de fuerzas, porque cuando los trabajadores, al seguir su política de "acción directa", se declaraban en huelga y se negaban a aceptar los ofrecimientos del gobierno o de las autoridades públicas locales para actuar como mediadores imparciales, a estas mismas autoridades les pedían los patronos que actuasen en contra de la conducta no razonable de los huelguistas, a fin de conservar la paz y de asegurar que continuase la producción, permitiendo que trabajasen esquiroles o, en caso de servicios esenciales, que ellas mismas proporcionasen esquiroles enviando soldados de los regimientos de ingenieros para que ocupasen los lugares de los huelguistas. A un choque violento siguieron otros: derribaron a tiros (o a porrazos) a manifestán-

tes y a huelguistas, y a un buen número de ellos los mataron: los sindicatos obreros hicieron declaraciones de protesta en las cuales incitaban a los soldados para que no disparasen; las autoridades detuvieron a los dirigentes responsables de estas proclamas, y hubo más demostraciones de protesta y en ellas más muertos y más heridos. En realidad, no había nada nuevo en esta clase de violencia, que tenía detrás de ella una larga historia. La diferencia estaba en que en el período siguiente a 1900 era realizada en gran parte bajo los auspicios de hombres que eran, o habían sido, recientemente socialistas, y todavía se llamaban a sí mismos socialistas, aunque habían llegado a ser ministros en gobiernos burgueses. Al *affaire Millerand* sucedió el *affaire Viviani,* cuando Rene Viviani, siguiendo el ejemplo de aquél, llegó a ser Ministro del Trabajo en el gabinete Clemenceau de 1906. Después se produjo el aún más sensacional *affaire Briand,* cuando Aristide Briand, que a diferencia de Millerand y Viviani había sido, como hemos visto, una figura sobresaliente de la extrema izquierda y defensor principal de la huelga general, cambió de pronto de manera de pensar y, como Primer Ministro de un gabinete radical, puso término a una huelga de ferroviarios en 1910, no sólo ocupando las estaciones con soldados y enviando ingenieros militares para que ocupasen los lugares de los huelguistas, sino también llamando a filas a los ferroviarios que eran reservistas del ejército y poniéndoles a trabajar para hacer fracasar la huelga. Briand ya había sido expulsado del Partido Socialista Unificado en 1906, por haber aceptado un puesto en el gobierno Clemenceau; y alrededor de él, de Millerand y de Viviani se había formado en la Cámara de Diputados un grupo no oficial de socialistas de "coalición" que estaban en viva contienda con el Partido Socialista Unificado. En 1910, antes de que Briand llegase a ser Primer Ministro, esta facción había llegado a organizarse oficialmente como un Grupo Socialista Republicano de la Cámara, partidario de una política de "concentración republicana" y de alianza con los radicales burgueses, y que censuraba enérgicamente la actitud antisocial de la Confederación General del Trabajo.

Aparte la cuestión de la paz social, había otros dos puntos de desacuerdo entre los sindicalistas y los socialistas reformistas: el antimilitarismo y el derecho de asociación y de huelga en los servicios públicos. La ley de 1884, al legalizar los sindicatos obreros, no comprendía a los empleados públicos, que eran considerados fuera de la esfera propia tanto de los contratos colectivos como de las huelgas porque al Estado se le trataba como un poder superior. En la práctica, la asociación de los empleados públicos había sido hasta cierto punto tolerada; pero esto no implicaba ningún reconocimiento del derecho a contratos colectivos, como distinto de enviar representantes a los ministros o de tratar de influir en la Cámara exponiendo sus reclamaciones. El go-

bierno había mantenido su derecho a disolver como ilegal cualquier asociación de empleados públicos que traspasasen los límites permitidos; y durante estos años de perturbación, a medida que la Confederación General del Trabajo empezó a influir en grupos como el de los empleados de correos y los maestros de enseñanza primaria, este poder de disolución fue invocado repetidamente. La cuestión se agravó en 1909. En marzo de ese año se declararon en huelga los empleados de correos, sobre todo para que fuese destituido el Ministro sumamente impopular que los dirigía. Tomado por sorpresa, Clemenceau hizo unas semipromesas en base a las cuales los huelguistas volvieron al trabajo. Cuando las que habían sido consideradas como promesas no fueron realizadas, y el impopular jefe del departamento de correos siguió en su puesto, la huelga fue declarada de nuevo, pero con mucho menos apoyo. La confederación General del Trabajo pidió a otros sindicatos que ayudasen a los huelguistas; pero con poco resultado. Clemenceau se sintió con fuerza bastante para disolver la Organización de Trabajadores de Correos, despidiendo a todos sus dirigentes. La Confederación General del Trabajo no pudo hacer nada: los sentimientos enconados que esto dejó detrás preparó el camino para una acritud aún mayor creada por la manera como actuó Briand en contra de la huelga de ferroviarios al año siguiente.

Durante estos acontecimientos la misma Confederación General del Trabajo estaba en un estado de crisis. En 1908, con ocasión de graves choques con la policía y los soldados, que surgieron por conflictos obreros en Draveil y en Villeneuve-Saint-Georges, el gobierno de Clemenceau había detenido y encarcelado a Víctor Griffuelhes, Emile Pouget, Georges Yvetot y otros dirigentes de la Confederación General del Trabajo, y un nuevo grupo de dirigentes de segunda fila se encargó temporalmente de la organización. Griffuelhes, como hemos visto, se había atraído muchos enemigos, tanto por su política combativa como por su manera áspera de tratar a la oposición. Mientras estaba preso se le acusó de irregularidades en la administración de los fondos de la Confederación General del Trabajo, y sus contrarios lograron insistir en que se hiciese una investigación. Griffuelhes, irritado, dimitió su cargo. El resultado de la investigación fue exonerarlo completamente de toda acusación de falta de probidad, y probar que nada había ocurrido, salvo alguna deficiencia en la contabilidad. Pero aunque, después de puesto en libertad, la asamblea de la Confederación General del Trabajo declaró que tenía confianza completa en su integridad, no fue repuesto como Secretario General, siendo elegido para este cargo un miembro del ala derecha llamado Louis Niel. Esto sucedía en 1909; y Niel estuvo actuando durante la crítica fase de la huelga de correos de aquella primavera. Actuó de una manera tan débil que el ala derecha pronto se rea-

firmó y consiguió que dejase el puesto. Léon Jouhaux (1879-1953), que estaba muy unido a Merrheim y pertenecía a la izquierda sindicalista, lo sustituyó, y así empezó su larga carrera como figura sobresaliente en la Organización Nacional Francesa.

La huelga de ferrocarriles de 1910 planteó una nueva cuestión. Como hemos visto, Briand le puso término sirviéndose de soldados y llamando a filas a los huelguistas. Ahora bien, de las líneas francesas de ferrocarriles sólo una era propiedad del Estado, y la del Norte, en la cual empezó la huelga, era propiedad de una compañía por acciones privada, y estaba dirigida por ella. Los huelguistas no eran empleados públicos; pero el gobierno sostuvo que la ley no permitía la huelga en un servicio público vital, y que tenía perfecto derecho a tomar medidas excepcionales para poner término a la huelga en interés del público. Los socialistas de la Cámara de Diputados, como los sindicatos obreros, protestaron enérgicamente contra esta opinión, y sobre todo contra el hecho de llamar a filas a los huelguistas; pero Briand, venciendo su oposición, reformó su gobierno y continuó su política de represión. La serie de derrotas que sufrió a manos del gobierno no rompió, pero afectó gravemente el poder de la Confederación General del Trabajo. Después de 1910 el número de afiliados a los sindicatos obreros disminuyó y la Confederación General del Trabajo se puso a rehacer su organización sobre bases más firmes. Lo que ha sido llamado "período heroico" del sindicalismo había terminado: había provocado no sólo una acción enérgica por parte del gobierno, sino también una gran consolidación de la organización de los patronos al unir el Comité de Forges y otras asociaciones que representaban sobre todo a la industria pesada. La Confederación General del Trabajo trató de hacer frente a la nueva situación persuadiendo a los sindicatos de oficios que la constituían para que se uniesen a base de industrias, a fin de enfrentarse a los patronos en condiciones más equilibradas, y también revisó su estructura local enlazando las bolsas de trabajo locales, cuyo número había aumentado mucho en uniones departamentales, una para cada departamento de Francia, con las bolsas locales como elementos constitutivos de las uniones, pero sin que adelante tuviesen derecho a una representación separada en el Comité de la Confederación. Éste fue un cambio importante; porque las bolsas, como su número aumentaba, habían dominado cada vez más en el Comité de la Confederación a expensas de las federaciones nacionales de oficios o de industrias. Estas últimas, que más bien se iban centralizando, querían ejercer más control en la política de la Confederación General del Trabajo; y la nueva constitución de ésta, al variar el equilibrio en su favor, debilitó el ala izquierda con ventaja de los grupos más moderados. Sin embargo, la autoridad superior dentro de la Confederación General del Trabajo seguía siendo la

asamblea o congreso, la cual estaba formada por un delegado por cada sindicato local, sin tener en cuenta su tamaño, sin ninguna disposición acerca de si la votación había de ser por papeletas o por representación, ya fuese ésta de las bolsas o sindicatos o de las federaciones nacionales como tales. Hubo intentos repetidos para cambiar este sistema de votación a fin de dar a cada sindicato un voto proporcionado al número de sus afiliados: en principio todos fueron rechazados, por pensar que cada unidad local productora, grande o pequeña, hacía necesariamente una contribución a la vida de la comunidad y debía tener representación directa en las decisiones finales acerca de la política a seguir. Además se estuvo de acuerdo en que sería difícil resolver de qué modo se decidiría con el número de miembros que debía tener cada sindicato para votar. Los afiliados a los sindicatos obreros franceses manifiestamente pagaban con poca regularidad sus cuotas, y el número efectivo de los miembros de un sindicato era con frecuencia mucho mayor que el de los afiliados que cotizaban. Además, algunos sindicalistas creían que era de desear mantener unidos regularmente como miembros sólo a los militantes con conciencia de clase y que se debía descansar en su influencia para arrastrar a la mayoría tras de sí cuando se requiriese una acción positiva.

A medida que las federaciones nacionales adquirieron más fuerza, y especialmente cuando organizaron servicios benéficos y llegaron a tener fondos centrales de resistencia, los jefes nacionales naturalmente trataron de contar con un número mayor de miembros y con cuotas regulares. Pero la tradición oficial de la Confederación General del Trabajo era contraria a convertir a los sindicatos en sociedades de beneficios mutuos, y en la extrema izquierda incluso se ponían objeciones a la existencia de un fondo para huelgas centralizado. Sólo algunas pocas organizaciones, como la Federación del Libro, establecieron servicios de ayuda mutua; y generalmente incluso las huelgas se realizaban sin la ayuda económica especial, en todo caso nunca en la medida necesaria siquiera para cubrir las necesidades más elementales. La Confederación General del Trabajo continuó, casi siempre, confiando en los fondos de emergencia reunidos para apoyar una huelga determinada y en las *soupes communales,* es decir, en que se proporcionasen directamente alimentos y otros artículos necesarios a los huelguistas y a sus familiares. Raramente podían sostener una lucha prolongada. A menos que triunfasen rápidamente, lo corriente era que pusiesen término a la huelga, y en seguida empezaban a prepararse para declararla otra vez en la primera oportunidad. Ésta era una de las razones por las que se oponían a acuerdos obligatorios y a procedimientos regulares en los contratos colectivos. Eran esencialmente luchadores de guerrilla, que hacían una guerra selvática contra los capitalistas y sus agentes, las autoridades pú-

blicas. Durante los años anteriores a 1914 esta actitud fue alterándose gradualmente a medida que los patronos formaron su contra-organización y a medida que las federaciones trataron de enfrentarse a ella con métodos más centralizados de los sindicatos obreros. Pero el localismo persistió en la mayoría de las secciones de la Confederación General del Trabajo; e incluso entre los centralistas había muchos que, aunque considerasen necesaria una mayor centralización, estaban decididos a no dejar que ésta destruyese la combatividad del movimiento. Los metalúrgicos y los obreros de la construcción eran los principales exponentes de esta opinión, en contra de los moderados de la Federación del Libro y de los obreros textiles por una parte, y por otra el extremo localismo de los anarquistas, que tenían fuerza en algunas bolsas de trabajo.

La otra gran cuestión planteada a la Confederación General del Trabajo, y también al Partido Socialista, durante estos años fue la del antimilitarismo. El antimilitarismo tenía varios aspectos relacionados entre sí. En primer lugar, existía la amenaza creciente de una guerra europea, manifestada en una serie de crisis surgidas por las rivalidades entre las grandes potencias. Para los jefes de la clase obrera francesa esta amenaza se presentaba principlmente de dos maneras: fundamentalmente como originada en una lucha entre Alemania y la Gran Bretaña por el dominio económico, y en menor medida como resultado de las ambiciones opuestas de Rusia, Austria-Hungría y Alemania en el sureste de Europa y en el Cercano Oriente, complicada con las rivalidades anglo-alemanas y por las pretensiones anglo-austriacas y anglo-rusas en el Mediterráneo Oriental. El temor mayor de los antimilitaristas franceses era que Francia pudiera ser arrastrada a una guerra con Alemania como aliada de la Gran Bretaña, y que sirviese a los fines imperialistas ingleses; y por esto su primera preocupación era conseguir un entendimiento con la organización obrera alemana para formar un frente común en contra de la guerra y de los preparativos militares. Querían, por supuesto, atraer a este frente común a otras organizaciones obreras y socialistas, incluyendo las inglesas; pero tendían a pensar que esto dependía sobre todo de una acción unida de las organizaciones francesas y alemanas, y a sospechar de los ingleses, que no tenían ni un poderoso partido socialista ni una organización sindical declaradamente socialista o partidaria de la lucha de clases. Pensaban sobre todo en los trabajadores franceses y alemanes para hacer imposible que las clases gobernantes de los dos países los lanzasen a luchar entre sí, y creían, que si podían llegar a un entendimiento con los alemanes para una acción común, que era sumamente probable que las organizaciones obreras de otros países se uniesen a ellos.

Sin embargo, existía la cuestión difícil de qué forma había de tomar este entendimiento franco-alemán, y de qué métodos habían de ser em-

pleados frente a la amenaza de guerra. Los sindicalistas de la Confederacón General del Trabajo, siguiendo su política de independencia completa respecto a los partidos políticos, querían negociar una política común con la organización de sindicatos obreros alemanes y conseguir que esta política fuese confirmada y extendida a través del Secretariado Internacional de Sindicatos Obreros que había sido establecido en la Conferencia Internacional de Sindicatos Obreros de 1903. La primera de estas conferencias internacionales, puramente sindicales, se había celebrado, por iniciativa alemana, en Copenhague en 1901; y en la tercera, reunida en Dublín en 1903, Karl Legien, el Secretario General de la Comisión Central Alemana de Sindicatos Obreros, había sido encargado de actuar como Secretario Internacional. Sin embargo, lo que había sido creado no era, en efecto, más que una oficina internacional de correspondencia; no se habían definido bien las funciones de esta nueva internacional o sus relaciones con la Oficina Socialista Internacional creada dos años antes; ni tampoco había existido en la mayoría de sus participantes intención alguna de dotarla con las características propias de la actuación política. Sin embargo, esto es lo que querían hacer los jefes de la Confederación General del Trabajo. A sus ojos era la organización sindical, y no los partidos políticos, la que encarnaba sobre todo el espíritu de la clase obrera, y debía ser el agente principal para crear el espíritu de una solidaridad internacional de clase y emplearla como arma tanto en contra de la guerra como para derrocar a la sociedad capitalista; por supuesto, el arma elegida por ellos era la huelga general, que deberían utilizar los obreros para evitar la guerra, y, si las circunstancias lo permitían, para abrir el camino a una insurrección y al establecimiento de un nuevo orden social. Querían persuadir a las organizaciones sindicales de otros países, y especialmente a la de Alemania, para que se comprometiesen a enfrentarse a la amenaza de guerra con una huelga general internacional, y hacerlo sin intervención de los políticos socialistas a los que se consideraban demasiado ligados con los regímenes parlamentarios de los distintos Estados para ser capaces de la acción no constitucional que la situación requería.

De acuerdo con esto, la Confederación General del Trabajo presentó una propuesta para que fuese discutida en la próxima Conferencia Internacional de Sindicatos Obreros, en la cual se defendían las actividades antimilitaristas y el empleo de la huelga general para evitar la guerra. Legien, como Secretario Internacional, se negó a incluir esta propuesta en la agenda, basándose en que planteaba cuestiones políticas que se hallaban completamente fuera de las funciones de los sindicatos obreros y que, si acaso, debía tratar de ella la Conferencia Socialista Internacional. Los franceses, no queriendo renunciar a su propósito, se ausentaron de la Conferencia Internacional de Sindicatos

Obreros de 1905, celebrada en Amsterdam. A principios del año siguiente, Griffuelhes hizo un viaje especial a Berlín para entrevistarse con Legien y otros jefes alemanes, en la esperanza de persuadirles para llegar a un acuerdo acerca de las actividades antimilitaristas y antibelicistas, y permitir que el asunto se plantease en la reunión siguiente de la Internacional de Sindicatos Obreros. Halló a Legien y a sus colegas inconmovibles de su decisión. En su opinión, los sindicatos obreros, aunque debían actuar como aliados de la social-democracia en forma no oficial, deberían limitar sus actividades al campo estrictamente social, y debieran dejar que las cuestiones políticas fuesen tratadas por los partidos socialistas. Insistían en que los franceses, si deseaban plantear la cuestión del antimilitarismo y la huelga general, deberían hacerlo a través del Parido Socialista Francés y la Internacional Socialista, en la cual los sindicatos obreros alemanes estarían representados como parte de la delegación social-demócrata. Por supuesto, esto en modo alguno satisfizo a Griffuelhes ni a sus colegas de la Confederación General del Trabajo, que estaban a punto de reafirmar, en la declaración de Amiens, la completa independencia de los sindicatos obreros respecto a los partidos políticos y el carácter esencialmente revolucionario, y, por consiguiente, "político" de la organización sindical obrera, y dijeron claramente que los alemanes se oponían, no sólo a que la huelga general fuese examinada por la Internacional de Sindicatos Obreros, sino también a la huelga general misma, cualquiera que fuese quien la auspiciase. Legien y sus colegas disgustaron especialmente a Griffuelhes al afirmar la necesidad de que los sindicatos obreros se encerrasen dentro de los límites de la legalidad a fin de evitar su prohibición y de servir a los intereses económicos inmediatos de sus miembros. Los sindicatos obreros, en opinión de los jefes alemanes, eran sobre todo organizaciones para negociar en favor de la protección de los intereses de sus miembros bajo cualquier sistema económico. No tenían una misión revolucionaria: la revolución social era algo que correspondía al Partido Social-Demócrata, al cual ellos ayudarían y al cual tratarían de que se uniesen sus miembros, pero del cual se mantendrían independientes a fin de continuar mejor su labor dentro de los límites establecidos por la ley. Griffuelhes, mientras estuvo en Berlín, vio, además de los jefes de sindicatos obreros, a algunos de la social-democracia; pero no halló en éstos mejor acogida. Seguirían combatiendo en el Parlamento en contra del militarismo y de la guerra, y votarían contra los gastos militares, y harían propaganda por el país acerca de estas cuestiones; pero no querían tener nada que ver con la idea de un compromiso unido de la clase obrera francesa y de la alemana para recurrir a la huelga general como medio de hacer frente a la amenaza de guerra.

Después de esta negativa, los sindicalistas franceses no renunciaron

a su intento de persuadir a los alemanes para que cambiasen de opinión. Volvieron a las Conferencias Internacionales de los sindicatos obreros y trataron el año 1909, en París, de alterar la estructura de éstas con la esperanza de modificar su actitud. Querían, que en lugar de ser un punto de reunión de representantes elegidos por las organizaciones nacionales de sindicatos obreros, se convirtiese en una Conferencia de delegados elegidos directamente por los sindicatos obreros de los distintos países, y que tuviesen facultades para decidir la política a seguir. Pero esta propuesta fue derrotada; y hasta 1914 la Internacional de Sindicatos Obreros siguió siendo nada más que una Conferencia ocasional de los jefes de las distintas organizaciones nacionales y un secretariado para el cambio de información. Además, le debilitó la negativa del Congreso Inglés de Sindicatos Obreros de tener relación con ella. La Gran Bretaña estaba representada no por el Congreso de Sindicatos Obreros sino por la Federación General de Sindicatos Obreros, mucho más pequeña, a la cual no pertenecían muchos de los sindicatos más grandes. El Congreso de Sindicatos Obreros todavía no tenía el carácter de una organización obrera central y de coordinación: todavía era más bien una agencia de los sindicatos obreros para ejercer presión en el Parlamento. De hecho prefería enviar delegados a la Asamblea Socialista Internacional que no a las reuniones de los sindicatos obreros, porque era en las primeras en donde principalmente se discutían las cuestiones de legislación obrera. En la Internacional de Sindicatos Obreros la Confederación General del Trabajo formaba un ala izquierda fracasada. En la Conferencia de Budapest de 1911 sus representantes trataron en vano de conseguir la admisión de los obreros industriales del mundo en paridad con la Federación Norteamericana del Trabajo (American Federation of Labor), también se intentó formar una internacional socialista, con representantes de las minorías sindicalistas y de sindicatos industriales de Italia, Holanda, América del Norte y de otros países unidas a la Confederación General del Trabajo y a los españoles; pero no se llegó a una verdadera organización.

Mientras tanto, la cuestión del antimilitarismo y de la huelga general contra la guerra había pasado de los sindicatos obreros a la esfera política, y había sido discutida con calor en sucesivas asambleas de la Internacional Socialista. Ya hemos dado a conocer estos debates en el capítulo que trata de toda la cuestión referente a la acción de la Internacional con respecto al continuo peligro de guerra.[1] Aquí es más apropiado considerar otros aspectos de la campaña antimilitarista tal como era realizada en Francia.

La Confederación General del Trabajo, en sus tentativas para ase-

[1] Véase capítulo n.

gurar una acción internacional de los sindicatos obreros en contra de la guerra, trataba de extender a otros países la política sindicalista a la cual se comprometió en la declaración de Amiens, es decir, a la política de confiar en la acción directa de la clase obrera sin invocar la ayuda de ningún partido político; pero de ningún modo defendían la línea de la Confederación General del Trabajo todos los apóstoles franceses del antimilitarismo. A la izquierda de los jefes de la Confederación General del Trabajo había un grupo de puros insurrecionistas, que sostenían que la respuesta de los trabajadores a la amenaza de guerra debía ser no sólo una huelga general, sino una verdadera rebelión; y este grupo en gran parte coincidía con quienes predicaban una doctrina extremadamente antipatriótica representada principalmente por Gustave Hervé (1871-194?). Este último sostenía hasta el extremo el dogma de que "los trabajadores no tienen patria", y que las fronteras nacionales no cuentan para los explotados y desposeídos. Eran partidarios de una resistencia positiva al servicio militar obligatorio y rechazar por completo toda concepción de nacionalidad. Los jefes de la Confederación General del Trabajo, aunque de acuerdo en gran parte con esta posición teórica, no estaban inclinados a llevar las cosas tan lejos. Lo que hicieron fue introducir, por la presión de su ala izquierda, el *sou du sóldat* (los centavos del soldado), la pequeña subvención enviada al soldado que estaba en filas por su sindicato obrero para recordarle su solidaridad con el resto de su clase, y para reforzar la advertencia de que no debían dejar que se les emplease como "rompehuelgas" o disparar contra los trabajadores que se manifestasen en defensa de las demandas de su clase. La Confederación General del Trabajo y las organizaciones y periódicos asociados a ella emprendieron una activa propaganda dirigida a los soldados en estos términos, y con frecuencia se salieron de la ley. Sin embargo, no trataron de que los conscriptos se negasen a hacer el servicio militar o a obedecer órdenes, salvo las que exigiesen de ellos una acción en contra de sus camaradas obreros. Pero era claro que, para que la declaración de una huelga general contra la guerra tuviese éxito, era necesario pedir a los soldados que no hiciesen nada para hacer fracasar la huelga, y, por consiguiente, desobedecer las órdenes que seguramente les darían. En realidad, toda la concepción de la huelga general contra la guerra realmente suponía el estar dispuestos a convertirla en una insurrección, a menos que el gobierno cediese. Nunca se dijo claramente qué sucedería si los trabajadores de un país se declaraban en huelga mientras los de otro beligerante no lo hacían, aunque, por supuesto, esta objeción la hicieron quienes eran contrarios a toda esta política.

Mientras tanto los socialistas franceses habían elaborado su propia solución referente al problema del antimilitarismo. Bajo la in-

fluencia de Jaurès hicieron punto central de su política la sustitución de los ejércitos permanentes por ejércitos no profesionales de ciudadanos, es decir, por un pueblo armado, entrenado para el uso de las armas, no por años de servicio continuo, sino por períodos breves dedicados a ejercicios militares que no los apartarían durante largo tiempo de su medio corriente. Bajo este sistema, se afirmaba, el ejército, en lugar de ser un instrumento que el gobierno podría utilizar en contra de los trabajadores, se convertiría en posesión del pueblo mismo, que podría emplearlo en contra de un gobierno que persiguiese objetivos militaristas u otros de carácter antisocial. Además, un ejército así sería fuerte para la defensa, si el país fuese atacado, pero prácticamente inútil para una guerra agresiva. Éste fue el tipo de argumento que Jaurès adoptó en su libro *L'Armée nouvelle,* que apareció en 1910.[2] El Partido Socialista Francés en modo alguno estaba dispuesto a aceptar el antipatriotismo de Hervé y de sus partidarios o a rechazar las demandas de defensa nacional, si Francia se veía atacada. *Lo* que quería era hallar una solución que mantuviese los medios de defensa, pero que excluyese tanto la guerra agresiva contra otro Estado como la guerra colonial que era necesaria como parte de la política de expansión. La clase de ejército que proponía no podía ser utilizado ni para conquistar colonias ni como guarnición de ellas cuando hubiesen sido conquistadas; y el plan de Jaurès, por consiguiente, parecía llenar los requisitos políticos, aunque por supuesto, estaba expuesto a la objeción de los técnicos militares de que un ejército así en realidad sería incapaz de resistir de manera efectiva a un ejército profesional fuertemente equipado y mecanizado a la moderna. Por esta razón, si no por otras, no podía esperarse que esta idea fuese aceptada fuera de los círculos socialistas, a menos que pudiera ser "inculcada" a otros movimientos socialistas y especialmente a los alemanes. Por consiguiente, tenía que ser difundida en un plano internacional.

El anti-colonialismo y el anti-imperialismo, a los cuales se acaba de hacer referencia, eran parte importante de las discusiones francesas acerca del militarismo y de la guerra. A los ojos de los socialistas y también de los sindicalistas, el peligro de la guerra nacía principalmente de las rivalidades imperialistas que en el fondo eran disputas acerca del derecho de apropiarse y explotar los recursos nacionales de los países menos desarrollados, y de explotar a sus pueblos como consumidores y como mano de obra barata en beneficio de los grandes capitalistas de los Estados imperiales. Para los franceess la cuestión del norte de África se presentaba como la principal, en relación sucesivamente a Egipto, Túnez, Argelia y Marruecos. Sin embargo, se inclinaban, como

[2] **Era también la política de la Internacional Socialista, reafirmada en sucesivas asambleas. Véase pp. 44, 73 ss.**

hemos visto, a considerar toda esta cuestión como si principalmente se refiriese a los conflictos imperialistas entre la Gran Bretaña y Alemania, y a buscar una solución, primero y sobre todo, favoreciendo una acción común de las organizaciones obreras francesas y alemanas en contra de las tendencias imperialistas de los dos países, con la esperanza de que esta *entente* fortalecería a los antí-imperialistas de la Gran Bretaña y de otros países. En esta cuestión, como en casi todas, los sindicalistas iban a la vanguardia del Partido Socialista en la censura al "colonialismo", no sólo porque traía el peligro de una guerra, sino porque facilitaba la explotación económica de los pueblos coloniales.

La cuestión del servicio militar y de la actitud del movimiento obrero respecto a él se hizo especialmente aguda cuando, en 1912, la propuesta de ampliar el período de servicio militar de dos a tres años llegó a ser un problema político inmediato. El congreso de Brest de 1913, que se reunió después de haber sido aprobada la ley de tres años, repitió su demanda en favor de sustituir el ejército permanente por una milicia nacional, decidió hacer una campaña en contra de la ley de tres años y en favor del arbitraje internacional y de un entendimiento con Alemania, y expresó su satisfacción por la actitud adoptada por los socialistas y sindicatos obreros franceses y alemanes cuando se produjo la crisis de Agadir. Entonces, después de que hubo fracasado un intento de la Confederación General del Trabajo para organizar una manifestación unida de los sindicatos obreros de Francia, Alemania y la Gran Bretaña, la Comisión de los Sindicatos Obreros Alemanes invitó a una delegación francesa de 45 miembros para que visitaran Berlín, en donde éstos hablaron a grandes y entusiastas manifestaciones antibelicistas. En reciprocidad, los alemanes Molkenbuhr y Gustav Bauer fueron a París, en donde hablaron a manifestantes análogos. Los socialistas de Alsacia-Lorena al mismo tiempo se declararon enemigos de toda guerra de revancha dirigida a recuperar las provincias perdidas por Francia en 1871; y los socialistas franceses aplaudieron vigorosamente esta actitud. Los alemanes, en realidad, estaban muy dispuestos a manifestarse, y eran completamente sinceros en su oposición a la guerra que veían aproximarse; pero esto no les hacía estar más dispuestos para comprometerse a hacer frente a esta amenaza con una huelga general preparada de acuerdo con los sindicalistas franceses, de cuya habilidad para conducir con éxito un movimiento de este tipo dudaban mucho, no menos, en efecto, que de su propia capacidad para una acción de masas en contra de una guerra en la cual pudieran entrar tanto Rusia como Francia y la Gran Bretaña.

Por supuesto, mucho antes de esto, el Congreso de Stuttgart de la Internacional Socialista había adoptado la conocida resolución en que las distintas delegaciones había tratado de formular una política colee-

tiva para actuar frente a cualquier amenaza inmediata de guerra y también frente al fracaso para evitar que la guerra estallase. En 1911 lar delegaciones de Francia y de Alemania que visitaron al otro país, actuaban, creían ellas, siguiendo el espíritu de esta resolución, cuya ineficacia todavía no se había hecho manifiesta, aunque muchos franceses pensaban que lo era.

Durante todo el período que va de 1906 a 1914 el Partido Socialista Francés se había preocupado de la cuestión de la huelga general, no sólo como arma a la que podía recurrirse en contra de la amenaza de guerra, sino también en general. Ante la enorme mayoría en favor de la declaración de Amiens, con su afirmación de una independencia completa de los sindicatos obreros respecto a la política de partido, el Partido Socialista tenía que decidir qué actitud habría de tomar respecto a esta declaración de independencia. La "declaración" empezaba con dos afirmaciones preliminares, referentes respectivamente a la actitud que habían de tomar los individuos y las organizaciones. La primera de éstas sostenía que el individuo afiliado debía quedar en entera libertad para tomar parte, fuera de su grupo sindical obrero, en cualquier forma de lucha que correspondiese a su opinión filosófica y política, pero se le debería exigir que no introdujese en su sindicato obrero las opiniones que profesara fuera de él. La segunda establecía que, "a fin de que los sindicatos obreros pudieran alcanzar la mayor fuerza posible, habría de realizarse directamente la acción económica en contra de la clase patronal, y que la organización confederada, como grupos sindicales obreros, no tenía que ocuparse de partidos o sectas, las cuales son libres fuera y aparte de los sindicatos obreros de trabajar en favor de una transformación social según sus propias doctrinas".

Como preámbulo a estas afirmaciones, la declaración de Amiens establecía que la Confederación General del Trabajo reuniese, con independencia de todas las escuelas de pensamiento político, a "todos los trabajadores conscientes de la necesidad de luchar por la abolición del sistema de salarios". Después afirmaba que esta declaración implicaba "un reconocimiento de la lucha de clases, que, sobre una base económica pone a los trabajadores en rebelión contra toda forma de explotación y opresión, material y moral, ejercida por la clase capitalista en contra de la clase obrera". Continuaba diciendo que precisaba más esta afirmación teórica añadiéndole los puntos siguientes:

> Respecto a las demandas diarias [el sindicalismo], busca la coordinación de los esfuerzos de los trabajadores, el aumento de bienestar entre ellos mediante la realización de mejoras inmediatas, tales como disminuir las horas de trabajo, elevar los salarios, etc.
>
> Esto, sin embargo, es sólo un aspecto de su labor: está prepa-

rando el camino para la emancipación completa que sólo puede ser realizada mediante la expropiación de la clase capitalista. Aconseja la huelga general como medio de este fin y sostiene que el sindicato obrero, que ahora es un grupo de resistencia, en el porvenir será un grupo responsable de la producción y distribución, la base de una organización social.

El Congreso declara que esta doble tarea de la actividad diaria y de la que se refiere al futuro deriva de la situación actual de los asalariados, la cual ejerce presión sobre todos los trabajadores y hace que todos ellos tengan la obligación, cualesquiera que sean sus opiniones o sus tendencias políticas o filosóficas, de ser miembros de su sindicato (es decir, el sindicato local) como grupo básico.

La declaración de Amiens compromete de este modo a la Confederación General del Trabajo a la lucha de clases como base de la acción sindical, a la independencia política respecto a partidos políticos y sectas filosóficas y a la huelga general como arma. Además afirma que en la sociedad futura los sindicatos obreros se encargarán del control de la producción y de la distribución, sin decir explícitamente si el Estado desaparecerá o continuará existiendo, o, en el caso de que continúe, cuál sería su relación con los sindicatos obreros. Esta vaguedad era necesaria, porque la "declaración" tenía que conseguir el apoyo tanto de los anarquistas como de los socialistas, y asimismo del grupo central de sindicalistas que no estaba relacionado ni con el anarquismo ni con el Partido Socialista.

El Partido Socialista, ante la aprobación de la "declaración" por una enorme mayoría, tenía que decidir si la aceptaba y sacaba de ella el mayor resultado posible, o la desafiaba afirmando en su contra la necesidad de una alianza entre las ramas política y obrera del movimiento. En el Congreso Socialista de Limoges de 1906 la Federación del Norte, que era un baluarte guesdista y una de las dos secciones mayores del partido, propuso la segunda solución. Casi todos los directivos más importantes; excepto los guesdistas, fueron de la opinión contraria, y hablaron y votaron por la otra proposición, presentada en nombre de la Federación del Tarn, representada por Jaurès. Jaurès, el antiguo socialista independiente; Vaillant, el blanquista; Jean Allemane y Gustave Hervé, el antimilitarista extremo, se unieron para apoyar la propuesta de los del Tarn, que decía lo siguiente:

El Congreso, sosteniendo que la clase obrera no puede emanciparse completamente sino combinando la fuerza política con la acción sindical, llegando el sindicalismo hasta la huelga gene-

> ral, y mediante la conquista total del poder político con el fin de una expropiación general del capitalismo;
>
> Convencido de que esta doble acción será tanto más efectiva si los organismos políticos y obreros gozan de autonomía completa;
>
> Tomando nota de la resolución de Amiens, que sostiene la independencia de los sindicatos obreros con respecto a todos los partidos políticos y que al mismo tiempo asigna a los sindicatos un objetivo que sólo el socialismo como partido político reconoce y persigue; sosteniendo que esta concordancia fundamental entre la acción política y la económica del proletariado producirá necesariamente, sin confusión, subordinación o desconfianza, una coordinación libre entre los dos organismos;
>
> Invita a sus militantes a hacer lo más posible para disipar toda clase de malas inteligencias entre la Confederación General del Trabajo y el Partido Socialista.

La diferencia de votos entre los dos grupos fue muy pequeña. La propuesta de los del Tarn fue aprobada por 148 votos en contra de 130 de los guesdistas que en general defendieron el mismo punto de vista que los social-demócratas alemanes. De este modo, el Partido Socialista Francés se comprometió no sólo a aceptar la independencia de los sindicatos, sino también a defender la huelga general como una forma de acción de los sindicatos obreros, sin especificar en qué clase de huelga general pensaba el partido o en qué uso de ella. Esta aprobación, sin duda alguna, era en parte táctica. Lo menos que el Partido Socialista, o al menos Jaurès, quería, era verse envuelto, al día siguiente de la unificación en un grave conflicto con la Confederación General del Trabajo. Un conflicto así difícilmente hubiese dejado de dividir nuevamente al partido, mientras que los guesdistas, siendo una minoría, no estaban en situación de separarse y de luchar en dos frentes, tanto en contra de la Confederación General del Trabajo como en contra de la mayoría socialista. Por consiguiente, los guesdistas continuaron dentro del partido, y constituyeron dentro de él una minoría bastante grande para imponer limitaciones considerables a su capacidad para realizar tanto el espíritu como la letra de la decisión tomada por la mayoría. Durante los debates que siguieron acerca de la huelga general, tanto en Francia como en la Internacional Socialista, la delegación francesa tenía el obstáculo de un profundo desacuerdo dentro de sus filas; y sólo el talento de Jaurès para la transacción pudo mantener unidas a las dos facciones adversarias.

Desde la unificación de 1905 hasta que lo asesinaron en 1914, la víspera de la guerra, Jaurès fue la figura sobresaliente en el Partido Socialista Francés y también la figura individual más grande en los con-

gresos de la Segunda Internacional. Era un gran orador, con gran dominio de la frase y de la voz; un distinguido escritor, especialmente en el campo histórico, y, lo que más interesa aquí, un redactor sumamente hábil de resoluciones o informes dirigidos a asegurar la adhesión de grupos y facciones que luchaban entre sí. Sabía mejor que nadie cómo había que intervenir en una discusión enconada con una propuesta que, incluyendo las frases favoritas de cada facción, conseguía que todos firmasen un mismo informe o votasen en favor de una resolución común. Con frecuencia se le acusó en estas ocasiones de emplear únicamente un escamoteo verbal que llevaba a una falsa armonía, y de que de este modo ponia un remiendo a las diferencias en lugar de reconciliarlas. En realidad, esto lo hizo varias veces; pero lo hizo, no para mostrar su inteligencia o para aumentar su poder, sino porque consideraba esencial que los socialistas franceses llegasen a ser y se mantuviesen como un partido unificado e, internacionalmente, que los partidos de la Internacional debían estar unidos más bien que divididos en campos ideológicos antagónicos. Este conflicto de unidad entre los socialistas y de buenas relaciones entre los partidos socialistas y los sindicatos obreros fue el primer principio de su propia doctrina socialista, y estaba dispuesto a subordinar casi todo lo demás a esto. De este modo, primero defendió a Millerand y a los reformistas, al menos hasta el punto de no desear verlos fuera del partido, y después aprobó su expulsión y se puso en contra de la colaboración en ministerios burgueses cuando se convenció de que sólo así se conseguiría mantener unida a la masa principal del partido. Y así también, cuando los sindicatos obreros adoptaron la declaración de Amiens y rechazaron la alianza con el Partido Socialista Unificado, no sólo aceptó su decisión, sino llegó a persuadir al partido para que se pronunciase claramente en favor de ella, porque vio en esta aprobación la única esperanza de que las dos alas de la organización pudiesen en verdad seguir unidas amistosamente. De modo análogo persuadió al partido en contra de los guesdistas, para que aprobasen la política de la huelga general, porque vio que oponerse a ella hubiese significado dividir a la clase obrera en dos grupos. Acaso se diga que estas actitudes son las de un oportunista más bien que las de un hombre animado por principios claramente concebidos; pero habría que contestar que el oportunismo fue el principio de Jaurès, en el sentido de que, dentro de límites muy amplios, estaba dispuesto a ser lo que el "sentimiento común" (no el sentido común) de la clase obrera indicaba como camino mejor para mantenerla como fuerza unida. Por supuesto, tenía convicciones profundas que ponían límites a lo que podía hacer. Era un ardiente humanista liberal, en el mejor sentido de estas dos palabras. Creía que era misión del socialismo continuar la obra de la gran Revolución Francesa; completar más bien que destruir lo que ella realizó.

Veía en la república, no a un enemigo, sino una institución que debía ser defendida como encarnación de la gran "idea de la revolución"; y, aunque era un revolucionario, lo era con el espíritu de quien continúa una revolución que ya está en marcha más bien que con el de quien trata de hacer una nueva revolución, de tal modo que su revolucionarismo era completamente compatible con el reformismo, y completamente incompatible con cualquier doctrina de violencia destructora que se basase en rechazar los valores burgueses. En realidad, era por instinto un moderado en la acción; pero se negaba a ser más moderado que los obreros, que él dirigía, o de lo requerido por la necesidad de hacerles combatientes, es decir, lo bastante combatientes para obligar a sus enemigos a que los tomaran en cuenta. Daba gran valor a las reformas inmediatas; pero no estaba dispuesto a aceptarlas de forma que significase la "domesticación" del movimiento obrero, porque se daba perfectamente cuenta del hecho de que la "domesticación" destruiría su poder.

Jaurès era sobre todo un gran humanista. Cuando hombres como Gustave Hervé le decían que los trabajadores no tenían patria, replicaba con pasión que esto era completamente falso. El trabajador francés tenía como su "patria" toda la vida cultural de Francia, basada no sólo en grandes tradiciones de realizaciones revolucionarias, sino también en la posesión preciosa de la lengua francesa y de la gran sucesión de obras literarias francesas y de la expresión de Francia en todas las bellas artes. Por algo había empezado Jaurès su carrera como profesor de filosofía. Incluso como político y como periodista siguió siendo el filósofo de un amplio humanismo, y trató de que los obreros fuesen completamente dueños de una sociedad en todos sus aspectos, y no solamente del Estado o de los asuntos económicos. Con este espíritu dirigió *L'Humanité,* tratando de hacer de cada número no sólo un medio de dar las noticias del día, sino también de trasmitir un gran mensaje de emancipación social y cultural. Su primera página era asombrosamente buena, conteniendo especialmente en sus artículos editoriales, brillantemente concebidos, mucho más que un mensaje políticamente estrecho. Bajo su control, *L'Humanité* llegó a ser una gran fuerza educadora, que influyó sobre todo en maestros y en socialistas militantes, pero escrito con tanta sencillez que le permitía llegar a un círculo muy amplio de lectores con un atractivo que podían comprender y aceptar. Por supuesto, Jaurès no hizo esto por sí solo: fue brillantemente ayudado por Edouard Vaillant, no menos entusiasta de la educación socialista, y por las colaboraciones menos frecuentes de grandes escritores como Anatole France (1844-1924). Sin embargo, la inspiración principal venía de Jaurès, y fue mantenida año tras año hasta su muerte prematura.

Estas cualidades no hicieron de Jaurès un gran pensador político constructivo. Sus principales contribuciones a la política socialista fueron elaborar la concepción de un nuevo ejército basado en un pueblo armado y su intento de resolver el problema de aplicar la doctrina socialista a los aldeanos. En el primero de estos puntos arrastró al partido consigo y obtuvo muy considerable apoyo en la Internacional. En el otro, el Partido Socialista Francés, después de repetidos debates en sus Congresos, todavía en 1914 no había llegado a tomar una decisión; pero en este respecto no estaba peor que otros partidos socialistas que se enfrentaron al mismo problema, y en todo caso el intento de Jaurès era mucho más realista que el de Kautsky, del que hemos tratado en una capítulo anterior.

Cabe dudar si la política expuesta en *L'Armée nouvelle,* a pesar de todo el apoyo que recibió, era igualmente realista; pero no por eso era necesariamente peor. Permitió a Jaurès lograr que siguiese siendo poco numerosa la minoría extremadamente antipatriótica dirigida por Gustave Hervé, que rechazaba toda forma de lealtad a la nación, incluyendo cualquier forma de defensa nacional, y proponía en su lugar una política de insurrección de los trabajadores sin tener en cuenta fronteras nacionales. Jaurès, del mismo modo que los jefes del Partido Social-Demócrata Alemán, sostenía el derecho a la defensa nacional en contra de una agresión extranjera: su problema era hallar la manera de hacer efectivo este derecho sin armar al Estado existente con armas que pudiera volver en contra de los trabajadores y sin darle tampoco fuerzas que pudiera emplear agresivamente en contra de otros Estados o en guerras imperialistas coloniales. La respuesta parecía proporcionarla el ejército de ciudadanos, que mantuviese sus propias armas preparadas para el llamamiento en favor de la defensa nacional, y no en campamentos o cuarteles aislados, sino continuando sus actividades diarias de la vida civil. Sin duda el ejemplo de Suiza había mostrado que incluso una milicia de ciudadanos podía ser usada para poner fin a una huelga;[3] pero contra este peligro había que presentar el hecho de que los huelguistas, lo mismo que el resto del pueblo, estarían armados, de tal modo que el ejército sería tanto del pueblo como del Estado, y podría, si la revolución llegase, actuar lo mismo del lado del pueblo que en contra de él. Por consiguiente, el plan implicaba la democratización de los cuadros de oficiales tanto como el de los soldados de filas; y Jaurès trató de elaborar los medios para realizarlo. Su plan aparece más prometedor si se le considera, no aislado, sino como parte de una propuesta socialista aprobada internacionalmente para reducir los armamentos a lo meramente defensivo y para aceptar por todos el arbitraje como un

[3] **Véase capítulo xv.**

medio de resolver los conflictos internacionales. La dificultad está en que considerarla de este modo implica, como necesidad previa, la victoria del socialismo, o por lo menos de un pacifismo anti-imperialista en todas las naciones importantes, v no solamente en Francia. Si se presentase como una propuesta de acción unilateral por parte de Francia, sería muy difícil que fuese compatible con una defensa nacional eficaz, incluso en 1909, y cada vez se hizo más dudoso a medida que cada gran potencia aumentaba sus armamentos y los hacía técnicamente más adelantados. En parte era por esto por lo que en la mente de los socialistas franceses había una estrecha relación entre las propuestas sobre el ejército y la de una inteligencia con la organización obrera alemana.

En la cuestión agraria Jaurès nunca pudo aceptar la opinión ortodoxa social-demócrata de que los aldeanos eran una clase destinada a desaparecer rápidamente por el avance de la agricultura capitalista en gran escala. Comprendía la tenacidad con que los que eran dueños de su tierra se aferraban a ella, y el deseo de poseer la tierra que trabajaban entre los labradores de sistema de aparcería. No estaba dispuesto a unirse con los socialistas que considerando a los aldeanos, a diferencia de los labradores rurales que trabajaban por un salario, como una clase reaccionaria, sostenían que no debía hacerse nada que fortaleciese su posición, porque de este modo se ponían nuevos obstáculos al avance del socialismo. Por el contrario, él insistía, no sólo en que nada debía hacerse para desposeer al aldeano propietario en contra de su voluntad, sino también en que el Estado debía intervenir para reducir las rentas de la tierra y alterar en ventaja del aparcero la forma en que participaba de los productos de la tierra. Quería la incautación de tierras cultivadas por grandes propietarios o que se arrendaran a quienes las cultivaban o las trabajaban en aparcería, y reemplear la renta reducida o la participación en los productos para formar un fondo de capital destinado a mejorar la agricultura bajo auspicios públicos. Pensaba que el cultivo en gran escala aumentaría, y que llegaría a ser organizado mediante el sistema de cooperativas bajo propiedad pública, pero que el cultivo en pequeña escala continuaría produciéndose, incluyendo cultivos en escala muy pequeña realizados por labradores, que trabajarían durante parte de su tiempo en las granjas colectivas. Hacía resaltar la medida en que ya los agricultores aldeanos trabajaban juntos sin una organización formal, ayudándose mutuamente en la recolección y prestándose mutuamente los animales, los canos y las herramientas. Consideraba estas costumbres como señales de una cooperación natural, que se desarrollaría mucho más en un medio social favorable, en el cual el labrador ya no sería explotado por el terrateniente o el usurero ni capaz de explotar al trabajador rural en beneficio propio. Concibiendo el futuro de la indus tria bajo el socialismo en forma de gobierno autónomo de los trabajadores

y no de una administración burocrática del Estado, lo cual le desagradaba, veía que el futuro de la agricultura estaría basado en una combinación de cultivo cooperativo, controlado por los trabajadores, con una supervivencia de las granjas individuales reforzada por métodos cooperativos de aprovisionamiento y de mercados. Elaboró estas ideas al comienzo de su carrera como socialista, y nunca se apartó de ellas; pero el Partido Socialista Francés nunca las aceptó ni las rechazó. No pudo llegar a tomar una decisión en esto, y congreso tras congreso fue aplazando la solución.

Es claro que había un elemento oportunista en las opiniones de Jaurès sobre la cuestión agraria, como en la mayoría de los demás problemas de política práctica. No quería convertir a la clase aldeana en un enemigo; y sabía muy bien que, aunque los aldeanos propietarios constituyeran sólo una minoría de los productores agrícolas, siendo más numerosos los trabajadores rurales, los aparceros y los arrendatarios, eran capaces de oponer obstáculos poderosos al avance del socialismo, si el partido socialista se ponía frente a ellos. Pero su actitud en modo alguno era solamente oportunista. Como firme creyente en que la misión del socialismo era completar y no destruir las realizaciones de la gran Revolución, hubiese considerado como una traición atacar a los aldeanos, en lugar de darles una oportunidad justa de adaptarse a las condiciones de la sociedad socialista; y, como contrario a la burocracia y a la centralización, no quería que fuesen desposeídos, sino únicamente incluidos dentro del marco de una planificación cooperativa, en el cual se les podía dar libertad para dirigir sus propios asuntos.

Hasta cierto punto, Jaurès empleaba la fraseología del marxismo, que era la lengua corriente entre los partidos de la Segunda Internacional, y aceptaba una parte importante de la doctrina económica de Marx; pero realmente nunca fue un marxista. Siempre hacía resaltar los elementos éticos del socialismo y sus raíces en una democracia que él concebía como realización de las tendencias democráticas existentes y no como una especie de dictadura de clase. Era decididamente contrario tanto a la doctrina dictatorial del blanquismo como a la marxista. Por inclinación era un parlamentario, y de ningún modo estaba dispuesto a considerar al Estado como un mero comité ejecutivo de la clase gobernante. Sin embargo, esto no quiere decir que perteneciese al ala derecha constitucionalista: insistía en que los trabajadores, en su lucha por el poder, no podían permitir que se les encerrase dentro de los límites de una legalidad burguesa. Reconocía que acaso tendrían que actuar de manera no constitucional, despreciar la ley o levantarse en una rebelión; pero consideraba esta posibilidad, no con la alegría de un revolucionario instintivo, sino como una necesidad desagradable que debería evitarse hasta donde fuese posible, porque le preocupaba mucho que las difi-

cultades de crecimiento de la nueva sociedad destruyesen los valores humanos y culturales que merecían ser conservados en ella.

La segunda figura sobresaliente en el Partido Socialista Francés en los años posteriores a 1905 fue Tules Guesde que, habiendo comenzado como radical y pasado por una fase semi-anarquista en Suiza y en Italia después de la Comuna de París, llegó a ser, con Paul Lafargüe, el constructor del Partido Obrero siguiendo fielmente los pasos de la Social-Democracia Alemana. Guesde era un pensador sin originalidad alguna: su fuerza se basaba en la organización y en su fidelidad a la ortodoxia marxista tal como entonces era entendida. Creía fuertemente en la centralización y en la subordinación de todo el movimiento obrero a la dirección de un partido basado en una disciplina estricta y en la conformidad a una linea determinada. También compartía la convicción, fuerte entre la mayoría alemana, de que la llegada del socialismo era inevitable como resultado del desarrollo económico del capitalismo hacia una concentración de poder cada vez más grande. Era partidario de la acción parlamentaria, y de utilizar el Parlamento para realizar reformas inmediatas parciales; pero siempre señalaba los límites estrechos de las verdaderas ventajas que podrían lograrse de este modo mientras que el capitalismo siguiera existiendo, e insistía en que la principal tarea, la de derrocar al capitalismo, no podría llevarse a cabo sin emplear medios revolucionarios. Compartiendo la concepción de Marx de que el Estado era agente de una clase social, se opuso enérgicamente a los posibilistas, dirigidos por Paul Brousse, en sus intentos de avanzar hacia el socialismo desarrollando las empresas municipales y la administración pública de ciertos servicios; porque sostenía que estas formas de empresa pública caerían bajo el control del Estado burgués, y éste las emplearía en contra de los trabajadores. No era menos hostil al sindicalismo, que, sostenía, dividiría a los trabajadores en su busca de intereses corporativos en lugar de unirlos a fin de conseguir el objetivo socialista de una distribución basada en la cantidad de servicios prestados a la sociedad.

Todo esto era, por supuesto, corriente en la doctrina centrista de la Social-Democracia Alemana; pero era mucho menos aceptado en Francia. Era mejor recibida en el norte de Francia, que siempre fue el principal baluarte guesdista. Durante algún tiempo, antes de que se desarrollase el sindicalismo, los guesdistas habian establecido un control considerable sobre el movimiento de sindicatos obreros; pero nunca lo recobraron, excepto en pocos lugares. En 1914 Guesde, a pesar de su marxismo, se unió inmediatamente a la causa nacional y llegó a ser ministro en la coalición de guerra. Sus obras, excepto sus recuerdos *Ca et la* (1914), carecen de importancia; son principalmente folletos que exponen de manera popular la doctrina marxista. Sin embargo, fue un periodista muy activo desde los días de *Égalité,* que él inició en

1877 antes de su conversión completa al marxismo hasta su largo período como director de *La Voix du Peuple* y otros periódicos dedicados a la teoría y práctica de sus ideas social-demócratas estrictamente ortodoxas.

La tercera figura principal era el antiguo *communard* y partidario de Blanqui, Edouard Vaillant, que había llevado al Partido socialista blanquista a la unificación y fue después miembro del partido unificado. Vaillant (1840-1915), que tenía una formación de médico y científico, estuvo aliado con Guesde en contra de Jaurès cuando el *affaire Millerand:* era un contrario decidido a la colaboración con los partidos burgueses. Pero no estaba como Guesde bajo la influencia de la Social-Democracia Alemana. Pensaba mucho menos en un partido de masas disciplinado que en una *élite* revolucionaria, y por esto en su actitud estaba más próximo a los sindicalistas combatientes que ningún otro jefe parlamentario. Era muy antimilitarista y anti-imperialista, y desempeñó parte activa en la Segunda Internacional durante las discusiones de ésta acerca del problema de la acción socialista en contra de la guerra, por ejemplo, como asociado de Keir Hardie en la propuesta Hardie-Vaillant de 1910.[4] Su baluarte era París. Había sido elegido para el ayuntamiento de París ya en 1884, nueve años antes de que llegase a ser diputado; y su mejor labor constructiva la hizo en el desarrollo de la enseñanza en París. Fue el principal experto en educación dentro del Partido Socialista. Después de la unificación, a pesar de su revolucionarismo teórico, trabajó muy unido y muy amistosamente con Jaurès, mucho más que Guesde, resentido éste por la preeminencia de Jaurès. A pesar de la disminución de su ardor revolucionario fue muy popular entre el ala izquierda de París.

De los otros jefes socialistas, Paul Lafargue, hijo político de Marx y fundador con Guesde del Partido Obrero, se suicidó en 1911, con su esposa, Laura. Había nacido en Cuba en 1842, se formó en Francia como médico y, a causa de sus actividades políticas, se refugió en Inglaterra, donde conoció a Marx. Marx lo envió a España, donde intentó fundar una sección marxista de la Primera Internacional[5] en contra de los bakunistas. Estuvo fuera de Francia hasta 1882, cuando regresó y se unió con Guesde, con el cual redactó el programa del Partido Obrero, y llegó a ser uno de los principales expositores franceses de las doctrinas marxistas, escribiendo varios libros sobre distintos aspectos del socialismo y criticando las ideologías capitalistas, especialmente respecto a la propiedad y a la religión; pero salvo que fue aliado de Guesde, no fue una figura activa de gran importancia después de los primeros años del partido Guesdista.

Paul Brousse, el jefe posibilista, nacido en 1854, que había pasado

[4] Véase pp. 90 ss.

[5] Véase p. 307.

de un semi-anarquismo a defender las empresas municipales socialistas y a la formación de una fuerza socialista mediante la participación activa en el gobierno local, murió en 1912, y no parece que un nuevo jefe ocupara su lugar. Jean Allemane, otro *communard,* nacido en 1843, cuyo partido era el que había estado, hasta la unificación, más próximo al sindicalismo de izquierda, dejó de tener importancia después de 1905.

Las demás figuras que es necesario considerar son los teóricas más estrechamente relacionados con el sindicalismo, especialmente George Sorel y Hubert Lagardelle. Como vimos, es completamente equivocado suponer que Sorel tuvo un influjo considerable en el desarrollo del movimiento sindicalista, ni siquiera en el de su ideología. Los jefes sindicalistas nunca aceptaron la concepción de Sorel de la huelga general como un "mito social". Aunque estaban conformes con mucho de lo que él dijo en favor de su movimiento, pensaba acertadamente que había tomado sus ideas de este movimiento, más bien que imponerlas sobre él.

George Sorel (1847-1922) fue, realmente, un pensador de índole muy especial, a quien es imposible caracterizar, excepto en términos negativos. Había varias cosas en las cuales decididamente no creía; y la unidad que pueda descubrirse en sus escritos consiste principalmente en estas negaciones. No creía en la democracia, ni en el progreso, ni en el valor de la razón como base para una acción social, ni en el valor de tratar de llegar a un acuerdo. Estaba mucho más en contra de la burguesía que en favor de los obreros y, en realidad, que en favor de nadie; y si había algo que realmente le satisfacía era el ser pesimista; en muchos de estos respectos se parecía mucho a Proudhon, a quien admiraba grandemente, a quien con frecuencia invocaba; pero le que hallaba de más análogo en el pensamiento de Proudhon era la aceptación de contradicciones, no como males que habrían de ser superados, sino como el verdadero contenido de la vida, tanto de los individuos como de la sociedad. Durante largo tiempo admiró a Marx, y se consideró a sí mismo como un marxista, lo cual nunca fue ni nunca podría haber sido. Lo que le agradaba del marxismo era la concepción de la lucha de clase y de la revolución, la proclamación retadora de la misión histórica del proletariado; pero era completamente ajeno a su actitud el considerar al proletariado conducido a una victoria inevitable por el avance de las fuerzas de producción. Le gustaba pensar, en sus días de marxista, que el proletariado se hallaba ante un heroico conflicto, cuyos resultados eran completamente dudosos: un conflicto que se desarrollaba en un mundo que en cualquier momento podía derrumbarse sobre los combatientes y sumirlos en un desastre común. Lo que le atraía era la lucha, no la esperanza de victoria, excepto cuando pensaba en ésta, no como tal victoria, sino como la derrota del lado opuesto.

He dicho que Sorel no creía en el progreso, pero esto no es comple-

tamente cierto. En un sentido estrictamente técnico creía en él. Había estudiado la carrera de ingeniero, y pasó los años formativos de adulto practicando su profesión en Ponts et Chaussées antes de empezar a actuar como un profeta; y tenia el punto de vista de un ingeniero acerca del progreso como un hecho técnico. Lo que él añadía era que, desde el punto de vista humano y moral, este progreso era una ilusión. Éste no añadía nada a la estructura del hombre, excepto en la medida en que proporcionaba constantemente algo nuevo para que los hombres luchasen por ello, estimulando de este modo sus cualidades heroicas, si es verdad que las tiene. Incitaba a la clase obrera a fin de que se organizase para combatir; pero quería que los capitalistas mejorasen también su organización con objeto de proporcionar a los obreros un enemigo capaz de poner a prueba sus recursos. Su desprecio por los políticos, de todos los partidos, se basaba principalmente en su opinión acerca de ellos, como personas que aspiraban a una vida tranquila, y siempre estaban tratando de transigir y de llegar a soluciones pactadas o por lo menos acuerdos sobre sus discrepancias en lugar de gozar de los despojos. Detestaba a la gente "razonable", a quienes siempre veía como atenuando la realidad, en lugar de llevar toda diferencia hasta un punto de principio, acerca del cual no pudieran ceder; pero cuando los políticos se hacían doctrinarios, no les censuraba menos por querer imponer la uniformidad violentamente, aprisionando así el espíritu humano.

Sorel, en sus primeros escritos sociales fue influido por Antonio Labriola* y por Benedetto Croce en su breve fase marxista.[7] Durante varios años escribió como un socialista, y no se apartó de la dirección principal del pensamiento marxista. Su período sindicalista empezó al publicar en 1898 *L'Avenir socialite des syndicats,* en el cual proclamaba que "el proletariado debía ponerse a trabajar, desde este momento, para liberarse de toda dirección que no sea interna a él mismo. Mediante el movimiento y la acción debe conseguir la capacidad jurídica y política. La primera norma de su conducta debe ser mantenerse exclusivamente como clase obrera, es decir, excluir a los intelectuales, cuya dirección tendría por resultado restaurar las jerarquías y dividir a la masa de los trabajadores. La fundación de los intelectuales es la de auxiliares". El empleo de la palabra "capacidad" en este pasaje es un eco de Proudhon. Sorel declara a continuación: 'Tara resumir todo mi pensamiento en una fórmula, diré que todo el futuro del socialismo estriba en el desarrollo autónomo de los sindicatos obreros." Dos años más tarde, Sorel escribía que el "socialismo ha terminado", es decir, como movimiento político. Después publicó, en rápida sucesión, *Introduction a l'économie*

• Véase capitulo m.

[7] Véase capitulo xx.

*moderne* (1903), *Les Illusions du progrès* (1906), *La Décomposition du marxisme* (1908), *Réflexions sur la violence* (1908), y *La Révolution dreyfusienne* (1909): todas estas obras pertenecen al período de la actividad más combativa de la Confederación General del Trabajo bajo la jefatura de Griffuelhes, Pouget y Merrheim. Después, al terminar el "período heroico", la corriente cesó; y Sorel se marchó en busca de nuevos héroes dispuestos a aceptar su evangelio de la "violencia". Por el momento los halló entre los ultra-conservadores y realistas, y riñó con el grupo de la Acción francesa por ser "indebidamente democrático". Cuando se produjo la revolución bolchevique, las cualidades de luchador que tenía Lenin, hicieron que añadiese un apéndice en su elogio a las *Réflexions sur la violence;* pero esto no evitó que fuese citado por Mussolini como uno de los principales inspiradores de su concepción del fascismo.

Entre los principales odios de Sorel está el de la "Ilustración" del siglo XVIII, a la cual atribuía todos los errores del mundo moderno. Los "filósofos" del siglo xvm, en su opinión, habían llevado al mundo por un camino equivocado, hacia un falso optimismo, a un racionalismo mal orientado y a una creencia dogmática en la virtud del número de cabezas, a lo cual llamaban "democracia". Habían cometido el error fatal de considerar a la inteligencia como un instrumento para inspirar acuerdos a los hombres, cuando lo que necesitan es estímulo para el desacuerdo para hacer que sus cualidades morales se manifiesten en la acción. Sorel consideraba que quienes, como Jaurès, juzgaban que la "Ilustración" del siglo xviii era el fundamento ideológico de un impulso continuo de progreso social, la interpretaban de una manera completamente equivocada, y la degeneraban en liberalismo. Insistía en que la tarea del presente no era completar la revolución liberal socializándola, sino apartarse por entero de la tradición liberal. En su fase sindicalista, pedía constantemente al proletariado que no se desorientase tomando las ideas de la burguesía y tratando de adaptarlas a sus propias exigencias, sino que se apartase por completo de la tradición burguesa y crease, mediante la acción, una ideología enteramente nueva sobre bases que podían construirse sólo con la experiencia de la lucha diaria. El carácter de esta nueva ideología, o más bien de esta nueva forma de vida, porque no esperaba o deseaba que el proletariado la formulase en términos teóricos, nunca la precisó claramente: en realidad, esto no era posible, porque sólo surgiría a medida que fuese practicada. Cuando la Confederación General del Trabajo no cumplió lo que él esperó de ella durante los "años heroicos", perdió todo interés. No pretendo saber lo que hubiese sido el comunismo para él si hubiese vivido para poder observar su desarrollo. Probablemente, colocado al margen, hubiese pedido tanto a Stalin como a Trostsky que se combatiesen, sin preocuparse por quién había de ganar y, en realidad, gozando con su lucha y

considerando lo mismo la "revolución permanente" y el "socialismo en un solo país" como ejemplos excelentes del "mito social".

El libro de Sorel más conocido, en realidad el único muy leído, es *Réflexions sur la violence,* en el cual expone tanto su idea de la función creadora de la "violencia" como su concepción del "mito social". ¿Qué entendía Sorel por esta "violencia" que defendía y exaltaba? No necesariamente la violencia física, aunque estaba incluida en ella, sino esencialmente el negarse a transigir, y una decisión a actuar que se hacía más fuerte mediante la oposición. Despreciaba el mero razonamiento: pedía acción, e insistía en que lo que estimulaba a los hombres para la acción no era la convición intelectual, sino una fe que en esencia era irracional, aunque él la revestía de una apariencia de aspiraciones y proyectos razonados. En su período sindicalista estuvo muy influido por la concepción de Bergson del *élan vital,* y se consideraba a sí mismo como el expositor de una versión social de la filosofía bergsoniana. Este *élan,* que existe en la naturaleza de los hombres, tenía que expresarse en forma de proyectos de acción, y no como ideales. Para la clase obrera del siglo XX su formulación específica era la huelga general, pero no cualquier clase de huelga general, sino sólo la huelga general como instrumento para el derrocamiento completo del orden social existente. Sentía el mayor desprecio por la "huelga general política" empleada como medio para conseguir el sufragio universal, como lo habían intentado los austríacos y los belgas, porque la consideraba como una perversión, debida a los políticos, de una noble aspiración revolucionaria. La huelga general, tal como existía en la mente de los obreros que tenían conciencia de clase, era en esencia un acto de insurrección, un desafío a toda autoridad. ¿Qué importaba el que de hecho nunca sucediera? Su importancia estaba, no en el hecho mismo, sino en el estímulo que proporcionaba para la acción combativa. Bajo este estímulo, se produciría mucha acción; y era de poca importancia qué forma tomaría esta acción siempre que fuese emprendida con el debido espíritu: el de una moralidad militante, que le daría el carácter de una cruzada, de una guerra. Sorel era sumamente aficionado a metáforas guerreras: insistía mucho en que la lucha de clases era una guerra. Exaltaba las virtudes militares, y consideraba la guerra como una experiencia ennoblecedora, especialmente una guerra hecha en favor de una "causa". Una acusación importante que hacía en su crítica del capitalismo y de la burguesía, era, no que hacían la guerra, sino que siempre estaban remendando algo en lugar de luchar por ello.

El lector ya hace tiempo habrá advertido que Sorel me desagrada profundamente como pensador; aunque siento gran simpatía por el sindicalismo que defendió durante algún tiempo. Acaso a veces sea necesario luchar, y una cobardía no hacerlo; pero, aun en el mejor de los

casos, guerrear es un mal necesario, y no hay en ello nada ennoblecedor. Todo lo contrario. Es perfectamente posible admirar la iniciativa, el *élan* y la decisión sin caer en la posición equivocada de admirar la combatividad por sí misma. También es perfectamente posible aceptar las "contradicciones" como un elemento necesario en la vida de la sociedad, como lo hizo Proudhon, sin considerar cada "contradicción" como ocasión para una lucha que conduzca a la exterminación mutua, a la manera hegeliana, o como una oportunidad para ejercitar las virtudes heroicas sin objetivo alguno, como yo creo que efectivamente hacía Sorel a pesar de todo su "moralismo". Griffuelhes también tenía este vicio, cuyo resultado es generalmente que sus defensores, en lugar de entrenar a sus devotos para acciones cada vez más heroicas, acaban por cansarles, como sucedió tanto a la I.W.W. americana y a la Confederación General del Trabajo. Pero en todo caso Griffuelhes y Haywood creían que ellos iban a alguna parte: perseguían, no un "mito social", sino lo que consideraban que era un objetivo realizable. No eran, como Sorel, pesimistas, lamentándose de que no corriese la sangre.

Por supuesto, el pesimismo de Sorel estaba estrechamente relacionado con su irracionalismo, que relaciona su pensamiento social con el de Vilfredo Pareto, y que hizo que los dos llevasen agua al molino fascista. Pareto ve el origen de todas las actividades sociales del hombre, en último término, en lo que él llama "residuos", impulsos irracionales que llevan a las sociedades por uno u otro camino, según el tipo de impulso que domina a las "*élites* gobernantes". Creía que este dominio toma la forma de un proceso cíclico, en el cual un tipo de residuo, o más bien, una combinación de residuos, es sustituido por otro en una sucesión, a medida que hombres de iniciativa e imaginación y nuevos intrigantes burocráticos con talento para "combinar", se apoderan de la estructura social. Mientras tanto, Robert Michels exponía en sus escritos, especialmente en su obra acerca de los *Political Parties* (1912), las tendencias corruptoras de la acción política y los procesos de manipulación de las *élites* que hacían de la acción democrática del tipo aceptado como normal por los políticos "liberales", una farsa, una mera apariencia para manejar burocráticamente al material humano crédulo. Michels, que trabajó y estudió tanto en Suiza e Italia como en Alemania, perteneció al grupo que se reunió en torno al *Mouvement Socialiste* de Hubert Lagardelle, e hizo de él, durante los primeros años del siglo xx, el principal órgano teórico de la concepción sindicalista del socialismo. Como Sorel, fue un crítico penetrante de la social-democracia marxista. Sobre todo, atacó al Partido Social-Demócrata Alemán, al que calificaba de "gran autómata". .. "Congelado en un nacionalismo hinchado, hosco. .. mudo, ciego y sordo para los clamores de los hombres." Para él, como para todos los sindicalistas, el marxismo político parecía estar

en descomposición y decadencia, temeroso de llamar a la acción a sus muchos partidarios por temor a ofender el sentimiento popular y a desencadenar fuerzas que no sería capaz de controlar.

Hubert Lagardelle, que fundó *Le Mouvement Socialiste* en 1899 y lo sostuvo hasta 1914, era la figura central del grupo de intelectuales que durante este período se pusieron del lado del sindicalismo en contra de los socialistas parlamentarios. Escribía sumamente bien; y sus escritos, aunque de modo intransigente, estaban libres de la soreliana "fabricación de mitos" y de la mera exaltación de la violencia. Era un sagaz estudioso, tanto de movimientos como de ideas, con muchas relaciones internacionales y con raíces mucho más profundas en el movimiento socialista que las que tuvo jamás Sorel; e hizo de su periódico el punto de atracción de una gran cantidad de controversias interesantes durante un período en que la *Revue Socialiste* de Benoît Malón había perdido mucho de su impulso en manos de sus sucesores. Su rival intelectual más importante fue *L'Humanité,* el diario fundado por Jean Jaurès en 1904 y adoptado, después de la unificación, como el órgano oficial del Partido Socialista, siempre bajo la dirección de Jaurès. Desde el principio, Jaurès hizo de *L'Humanité* tanto un periódico de teoría y opinión como de noticias, incluyendo en él largos artículos a la manera del *Arbeiter Zeitung.* Esto fue bastante pronto modificado para conseguir una mayor circulación; pero *L'Humanité* conservó gran parte de su carácter original y fue una fuerza poderosa para llegar a formar el partido unificado. Fue naturalmente el blanco de constantes ataques de quienes militaban en el campo sindicalista.

La mejor expresión del punto de vista de Lagardelle se halla contenida en su volumen de estudios titulado *Le Socialisme ouvrier,* que fue publicado en 1911. También editó varios "symposios", en los cuales reunió contribuciones de diversos países; uno de ellos fue *Syndicalisme et socialisme* (1908), que contenía estudios de Michels, Griffuelhes, Arturo Labriola y B. Krichevsky, y La *Grève générale et le socialisme* (1904). Lagardelle se diferenciaba de algunos sindicalistas en no ser absolutamente contrario al Partido Socialista, que él consideraba un instrumento de la clase obrera necesario, aunque destinado a ser superado a medida que los sindicatos obreros fuesen aumentando en poder e hiciesen innecesarias la acción parlamentaria y, en realidad, toda "política". "Es indiscutible —escribía— que la democracia obrera necesita para su constitución y desarrollo, todavía por algún tiempo, de la democracia política; pero emplea la democracia política sólo para destruirla." Y también: 'la misión de un partido socialista en el Parlamento sólo puede ser ayudar mediante la legislación a la obra de organización autónoma del proletariado". "El sindicalismo —decía—, no niega los partidos, pero sí su capacidad para transformar el mundo." Insistía en que

"el sindicalismo siempie ha afirmado como principio que las instituciones burguesas sólo serán eliminadas a medida que sean reemplazadas por las instituciones obreras", y que la misión principal de los obreros era crear sus propias instituciones y elaborar a través de ellas su propia ideología basada en la concepción de una producción cooperativa para utilidad común. En esta actitud Lagardelle fue apoyado fuertemente por Alphonse Merrheim, el jefe de los metalúrgicos dentro de la Confederación General del Trabajo, que constantemente insistía en la necesidad de consolidar los sindicatos obreros, y de que los trabajadores adquiriesen y se difundiese entre ellos un conocimiento exacto del verdadero funcionamiento de la industria y de las finanzas capitalistas, como necesarias no sólo para triunfar en la lucha diaria en favor de condiciones mejores, sino también como una preparación para apoderarse del control. Lagardelle, que tenía una mentalidad constructiva, se distinguía también de muchos sindicalistas en insistir en la necesidad de que los sindicatos obreros tuviesen más funcionarios de tiempo completo y una organización más fuerte de los comités, haciendo que los puestos fuesen ocupados de manera más permanente. Aunque era un crítico sumamente vigoroso de las tendencias reformistas dentro de los sindicatos obreros, se daba cuenta de que éstos sólo podían convertirse en agencias directoras de la nueva sociedad si su organización se reforzaba mucho, y se modificaban muchas de sus ideas sobre la actividad espontánea. Creía en la validez de conseguir reformas con o sin la ayuda de la ley: su oposición a los reformistas se basaba en la crítica de que 'los reformistas no veían en el reformismo más que la reforma", mientras que las reformas debían ser consideradas sólo desde el punto de vista de su contribución a formar la estructura del control de la clase obrera "dentro del ámbito de una sociedad capitalista". Llamó al sindicalismo "socialismo de instituciones" como una expresión de esta idea, que aparece constantemente en su obra.

Otro miembro del grupo *Mouvement socialiste* que merece ser mencionado es Édouard Berth, cuyo libro *Les Méfaits des inteüectuels* apareció en 1914. Berth había sido durante muchos años colaborador regular del *Mouvement.* Fue el vocero de la opinión de que la nueva sociedad tiene que organizarse por completo alrededor de la producción y a base de una ideología de "productor". Atacó al marxismo en su forma social-demócrata como una "filosofía semi-burguesa", como una doctrina de "socialismo político, parlamentario y dogmático que veía en el proletariado un arma material que sería manejada por el pensamiento encarnado en un estado mayor de intelectuales burgueses". Quería que el proletariado crease una filosofía enteramente suya; pero del mismo modo que Sorel, chocó en este punto con el empleo que la Confederación General del Trabajo hacía del sabotaje como arma en la lucha obrera. Insistía en que una parte indispensable de la nueva ideo-

logia proletaria, tenía que ser el sentir orgullo por realizar un buen trabajo; y el acostumbrar a los trabajadores a trabajar mal y al sabotaje deliberado como armas de la lucha de clases los incapacitaría para encargarse del control de la industria. Daría por resultado que su carácter degenerase, y conduciría a un retroceso en lugar de un avance en la civilización humana. Este mismo argumento fue empleado por Sorel; pero no produjo efecto ni en Griffuelhes ni en Pouget, que consideraban legítima toda arma en la lucha contra la explotación capitalista. Griffuelhes se interesaba poco por la sociedad futura: toda su atención se concentraba en la lucha. Pouget sí se preocupaba por esto; pero era un anarquista apocalíptico, que creía que la revolución cambiaría la naturaleza de los hombres, de tal modo que no habría peligro alguno de que los malos hábitos contraídos en el sistema social existente pasasen al nuevo.

El socialismo francés, aunque mantuvo su cohesión como organización política después de la unificación de 1905, tuvo el obstáculo de la disputa continua entre los parlamentarios y los sindicalistas. La conducta de Millerand, y aún más la de Briand, después de su separación del movimiento, puso argumentos poderosos a disposición de los antiparlamentarios, y Jaurès, aunque dejó por completo de apoyar al colaboracionismo, tuvo que seguir contemporizando durante mucho tiempo. Tenía que enfrentarse no sólo con los sindicalistas, que insistían en que *la lutte de classe ne peut être menée que sur le terrain de classe,* es decir, en el campo obrero, sino también con los guesdistas, que querían oponerse al principio de la autonomía de los sindicatos obreros, y a quienes les desagradaba su tolerancia con los obreristas; y también le molestaban constantemente los antimilitaristas extremos dirigidos por Gustave Hervé. Las obras de Hervé *Leur Patrie* (1905) y Mes *Crimes* (1912) produjeron gran impresión, y su periódico *La Guerre Sociale,* fundado en 1907, tuvo muchos lectores. Las violentas ideas insurrecionistas de Hervé nunca se aproximaron a tener una mayoría en los congresos del partido, en donde los partidarios de Jaurès y de Guesde se unieron para desecharlas; pero la negación completa por Hervé y su grupo de que los trabajadores tuvieran una patria que defender o alguna razón para hacer concesiones al espíritu de nacionalidad fue siempre una espina clavada en el costado de los internacionalistas más discretos. En 1914 Hervé cambió repentinamente de pensar, convirtiéndose en un patriota tan intransigente como antes había sido acusador del patriotismo en todas sus formas; pero hasta 1914 significó un problema para Jaurès, al despertar los temores de los socialistas del ala derecha, haciendo más difícil mantener el derecho a la defensa de la propia nación sin llegar a defender el aumento de armamentos y a renunciar a la tentativa de llegar a una inteligencia con los socialistas alemanes, y a que la Internacional ejerciese una influencia constructiva en favor de la paz.

## CAPÍTULO IX

# RUSIA HASTA 1905

La Segunda Internacional durante toda su historia fue sobre todo un punto de reunión para los socialistas del occidente de Europa, cuya preocupación principal era la de formar partidos sccial-demócratas, que participasen en la lucha política con el fin de lograr el poder parlamentario. En algunos países esto suponía, como preliminar necesario, la obtención del derecho al voto, por ejemplo, en Bélgica y en Austria-Hungría; pero en todos los países que desempeñaban papel principal en la Internacional y proporcionaban sus representantes más eminentes, ya existía alguna forma de representación parlamentaria, y la preocupación inmediata de los partidos socialistas era la de encontrar la manera de apoderarse de las instituciones representativas principales. En realidad, no estaba claro qué uso habrían de hacer del poder parlamentario cuando lo conquistasen: los revolucionarios y los reformistas tenían opiniones diferentes acerca de la posibilidad de emplear los Parlamentos como instrumentos de la construcción socialista y acerca de la naturaleza y extensión, y también del valor de las reformas que podrían lograrse por medios parlamentarios. Pero coincidían en querer conseguir el control del Parlamento, aunque estuviesen en desacuerdo acerca de lo que deseaban hacer después de tener el control. Éste fue el problema acerca del cual lucharon en su batalla continua en contra de los anarquistas, que fueron expulsados de la Internacional precisamente porque rechazaban esta forma de acción política. Incluso España tenía sus Cortes para proporcionar un objetivo a los esfuerzos de un partido socialista ortodoxo.

Por otra parte, en Rusia no había un Parlamento para que lo conquistasen los socialistas. La estructura zarista era autocrática, en una medida a la cual no se aproximaban las autocracias de Prusia y de Austria-Hungría. Por supuesto, los rusos podían pedir el establecimiento de un Parlamento de tipo occidental y creer que algún día llegaría el constitucionalismo a Rusia, como había llegado en varias formas y grados a otros países, a medida que habían avanzado en formas civilizadas de vida; pero no existía ninguna institución basada en algún principio representativo a través de la cual o a base de la cual los socialistas rusos pudieran orientar su labor. El socialista ruso era, por fuerza, un revolucionario, no sólo en el sentido de concebir la marcha del socialismo como obligada a pasar necesariamente por la revolución, sino también en el otro sentido, de que la única forma de acción abierta en el pre-

senté, fuera del terreno del puro pensamiento, era revolucionaria. En realidad, no podía pensar, o por lo menos expresar o comunicar su pensamiento, sin exponerse a los peligros de ser tratado como un revolucionario y de convertirse en revolucionario incluso en contra de su voluntad.

Era imposible, pues, para los rusos adaptarse al clima de la Segunda Internacional o desempeñar algo más que un papel marginal en sus actividades y debates. Eran como forasteros, con problemas propios muy diferentes de los socialistas occidentales, incluso cuando empleaban las mismas palabras o los mismos conceptos filosóficos. Sin duda, a causa de que muchos de ellos vivieron durante largo tiempo desterrados en el Occidente, y adquirieron muchos hábitos e ideas occidentales, las diferencias fundamentales quedaban en parte ocultas, tanto para ellos como para los occidentales con quienes conversaban y debatían; pero era fácil que formasen un concepto equivocado de los occidentales, incluso después de haber vivido entre ellos. Especialmente, los marxistas rusos, que eran muy occidentalistas, tanto en su imaginación como de hecho, fácilmente se hacían ilusiones muy halagadoras acerca del verdadero carácter de la social-democracia alemana, que dominaba el pensamiento de la Segunda Internacional, y que daba a entender que era continuadora de las tradiciones revolucionarias del Manifiesto Comunista de 1848. Estas ilusiones habrían de tener resultados de la mayor importancia después de 1917, porque favorecieron la creencia de que la Europa Occidental *tenía* que estar muy próxima a la revolución socialista, siendo los alemanes los que iban en la vanguardia. Lenin, tanto como Trotsky, fue víctima de esta creencia equivocada, como lo demostró cuando en 1920 quiso abrirse campo a través de Polonia a fin de relacionarse con la revolución alemana, que él creía ya madura. La furia con que Lenin atacó a Kautsky en la guerra de folletos después de 1917, se debió en gran parte a que comprendió amargamente el verdadero carácter de la ideología de los jefes que equivocadamente habia tomado por revolucionarios como lo era él mismo.,

En Rusia, el socialista *tenía* que ser revolucionario: no le cabía hacer otra cosa, al menos después del breve periodo durante el cual pareció posible que Alejandro II pudiera asumir el papel de Zar reformista, como Herzen le había pedido en *Kolókol* en el momento de la emancipación de los siervos. Después de mediada la década de 1860 nunca hubo esperanza de poner término a la autocracia sino mediante la revolución: el único verdadero problema era si la tarea inmediata era ponerse a hacer la revolución de inmediato o, si esto era imposible, recurrir al terrorismo como el mejor recurso por el momento, o si debía darse prioridad a la labor de preparación intelectual y social para ella. La represión inmediata y violenta empleada contra los intelectuales que, a principios de la década de 1870, intentaron ponerse en contacto con

el pueblo yendo hacia él y viviendo con él, mostró que la autocracia no permitiría hacer nada públicamente para destruir las barreras que separaban a las pocas personas ilustradas de la masa principal del pueblo. Era sumamente peligroso incluso hablar de cuestiones políticas en un medio de intelectuales, al menos que se ocultase cuidadosamente todo aspecto subversivo. Chernyshevsky, aunque evitó todo ataque directo al sistema establecido, pagó sus opiniones avanzadas con la prisión y después con el destierro en Siberia; y el muy moderado Pedro Lavrov escribió sus obras en el exilio. Entre las figuras principales en el desarrollo del pensamiento narodnik, sólo Mikhailovsky logró que sus escritos pasasen la censura sin ser víctimas de la policía política. Lo consiguió distrayendo lo que quería decir en forma de comentarios filosóficos o sociológicos acerca de los grandes y respetados autores de Occidente; pero incluso así fue milagroso que lo dejasen en paz.

Una consecuencia de la intensidad de la represión en Rusia fue que, por la falta de contactos entre la mayoría de los intelectuales y el "pueblo", el pensamiento estaba de hecho divorciado de toda forma de acción excepto la más extremada. En la organización terrorista clandestina era posible para algunos intelectuales unirse a algunos trabajadores revolucionarios, y actuar; pero estos grupos eran inevitablemente muy pequeños y muy secretos; los levantamientos locales de los aldeanos y los movimientos huelguísticos que se producían en las ciudades surgían, en su mayor parte, sin ninguna participación de los intelectuales, y la mayoría de los grupos de estudiantes y de otros intelectuales que se reunían para hablar de política, no tenían contacto ni con los aldeanos ni con los trabajadores urbanos, y lo único que podían hacer era hablar. En estas circunstancias era inevitable que la discusión se produjese dentro de un vacio social, y adquiriese un tono sumamente especulativo; porque no había nada que la acercase a la tierra. Las condiciones para crear un movimiento organizado sobre una base organizada no estaban todavía maduras; y esto daba más lugar a desacuerdos acerca de la clase de movimiento organizado que los revolucionarios, es decir, en realidad los intelectuales, debían tratar de crear.

La gran cuestión planteada mucho antes por Herzen todavía estaba sin resolver. ¿Tenían los rusos, buscando su emancipación, que recorrer el camino recorrido por el Occidente, a través del capitalismo y del desarrollo industrial a un socialismo basado en el poder de la clase obrera industrial, o podían, aprovechando las lecciones del Occidente, avanzar por una ruta diferente hacia un socialismo predominantemente agrario, basado en la comunidad aldeana, sin necesidad de llegar a ser industrializado o de la "dictadura capitalista", que en otras partes se habia desarrollado paralelamente con la industrialización? De la contestación dada a esta pregunta dependía la naturaleza del llamamiento que los

socialistas necesitaban hacer y a qué grupos debiera ser dirigido. Si el único camino abierto para el socialismo era el desarrollo industrial bajo auspicios capitalistas, probablemente el socialista debía hacer todo lo posible para favorecer el desarrollo del capitalismo y de la industria, incluso si odiaba a ambos, y su llamamiento debía dirigirse principalmente a los obreros industriales, aunque fuesen pocos y evidentemente todavía demasiado débiles para realizar mucho por sí mismos. Si, por otra parte, existía una verdadera posibilidad de utilizar a los elementos comunales de la organización aldeana rusa como base para un socialismo agrario, en el cual los mujiks desempeñarían el papel asignado en el Occidente al proletariado industrial, lo más necesario era oponerse al desarrollo del capitalismo, que rápidamente iba destruyendo la antigua estructura de la aldea, y crear entre los aldeanos un núcleo de sentimiento socialista para dar coherencia y dirección a la masa de descontentos de la población rural. Incluso así, podía seguir siendo necesario hacer propaganda principalmente en las ciudades, a causa de las dificultades casi insuperables de hacer llegar el mensaje a las aldeas; pero el propósito era convertir a los obreros industriales, habitantes de las ciudades, en misioneros de los mujiks cuando regresasen, como lo hacían frecuentemente, a las aldeas de las cuales habían sido sacados para trabajar en los ferrocarriles o en otras obras urbanas.

En la práctica, sin embargo, las cuestiones fundamentales habían encontrado respuesta; los grupos rivales de intelectuales socialistas realizaban su propaganda y se ponían en contacto con el "pueblo", sobre todo en las ciudades, porque a las aldeas era difícil acercarse. Pero se agitaban como rivales, con diferentes concepciones acerca del socialismo y del destino de Rusia en sus mentes. Además, hasta el decenio de 1890, incluso estos contactos humanos eran muy difíciles de establecer en vista del atraso de la industria rusa y de la vigilancia de las autoridades para romper las uniones obreras tan pronto como éstas se producían. En la década de 1870 y en la de 1880 los intelectuales en su mayoría tenían que contentarse con discutir entre ellos mismos, y con estudiar los escritos que conseguían pasar por la censura o que entraban de contrabando procedentes de grupos de refugiados que habían ido al extranjero por propia voluntad o que habían escapado de confinamientos dentro del país.

Después del encarcelamiento de Chernyshevsky y del destierro de Lavrov en la década de 1860, el primer puesto entre escritores de izquierda dentro de Rusia lo ocupó Nikolai Konstantinovich Mikhailovsky (1842-1904), que desde 1869 escribió las legalmente publicadas *Otechestvenniya Zapiski* (Memorias de la patria) sin interrupción hasta 1883, y que después, desde 1890 hasta su muerte, dirigió la revista mensual *Russkoe Bogatstvo* (La Fortuna Rusa). Desde 1879 a 1883

también escribió con frecuencia para el periódico ilegal de *Narodnaya Volya* (La voluntad del pueblo), la organización terrorista a quien se debió la muerte de Alejandro II en 1881. A través de todo este período consiguió evitar que le detuviesen y logró que sus escritos se salvasen de la censura, aunque no, por supuesto, sin alguna mutilación de sus artículos y gran cantidad de subterfugios y de evitar deliberadamente asuntos peligrosos. Su pensamiento social se halla en un gran número de artículos, que generalmente tienen la forma de una crítica literaria, y de estudios generales sociológicos y que en ninguna parte han sido reunidos. No es fácil en modo alguno hacer de ellos un cuerpo consistente de doctrina; pero su orientación principal es clara.

En las exposiciones que se han hecho Mikhailovsky es colocado generalmente al lado de Lavrov, como fundador de la escuela rusa de "Sociología subjetiva"; y a fin de apreciar su influencia y las controversias que se produjeron acerca de sus doctrinas es esencial caracterizarlo, hasta donde nos sea posible, con claridad. Lo "subjetivo" aquí, se opone a lo "objetivo"; y la sociología marxista se opone como "objetiva" al subjetivismo de Lavrov y de Mikhailovsky. El marxismo es "objetivo" porque atribuye la influencia determinante del desarrollo social a fuerzas objetivas, sobre todo a las "fuerzas de producción", y no a las ideas subjetivas de pensadores individuales. Mikhailovsky es un subjetivista, no porque niegue el influjo de estas fuerzas objetivas, sino porque afirma la importancia correlativa de la actividad individual creadora y de las ideas formadas en las mentes de los hombres. Además, cuando trata de los factores que considera como objetivos, insiste en considerar a los económicos simplemente como un elemento del medio objetivo que imprime su carácter sobre las instituciones y la conducta sociales del hombre. Además de esto hay otro sentido en el cual Mikhailovsky es un subjetivista: da mucha importancia al hecho de que los únicos seres capaces de sentir que pueden hallarse en la sociedad son hombres o mujeres individuales, y que los grupos sociales, en último caso, no son más que un número determinado de individuos que actúan juntos. Niega que los grupos tengan ninguna realidad objetiva aparte de la de los individuos que los componen, y en todo caso, como consecuencia, niega la realidad de las clases sociales como factores objetivos en el desarrollo histórico. Desde el punto de vista marxista esto es, en realidad, lo esencial de su delito.

Y sin embargo, Mikhailovsky habla otras veces como si los grupos sociales poseyesen una realidad objetiva distinta de la de sus miembros. Esto sucede cuando escribe acerca de los fundamentos biológicos de la vida social del hombre, y cuando utiliza la clasificación biológica de Ernest Haeckel, en la cual aparece lo que él llama el "cormen", o "colonia", es decir, el grupo social, como la etapa más alta del desarrollo

orgánico, como un "organismo" que trasciende al hombre (o animal) individual del mismo modo que el hombre o el animal trascienda la jerarquía de órganos que él unifica bajo un control común. En otros pasajes Mikhailovsky niega una y otra vez que la sociedad, o cualquier grupo, sea un "organismo"; pero aquí parece estar diciendo precisamente lo contrario. La explicación es que Mikhailovsky no niega que la sociedad, considerada biológicamente, pueda tener las características de un organismo que trascienda a sus miembros individuales. Sin embargo, considera esto como un horror, y como un destino que la sociedad, considerada desde un punto de vista psicológico, puede evitar mediante el ejercicio de la voluntad creadora para mantener la independencia del hombre individual. Mikhailovsky ve al individuo en la sociedad moderna bajo la amenaza de verse privado de su individualidad soberana, para ser convertido en un mero órgano del "cormen" supraindividual, el cual le impone una división del trabajo que le niega la satisfacción completa de sus inclinaciones naturales. Considera que es función del individuo luchar contra esta tendencia y producir una conciliación entre sus propios derechos y los de la sociedad que le es necesaria; y, como piensa que la sociedad se va convirtiendo esencialmente en una estructura psicológica más bien que biológica, porque su desarrollo está influido por las voluntades creadoras de los hombres, encuentra en el razonamiento del hombre individual y en sus fuerzas creadoras la manera de escapar de la mera sujeción a las fuerzas a que se debe la integración biológica a expensas del individuo.

Por supuesto, todo esto, desde el punto de vista marxista es un error muy grave. Es verdad que la concepción marxista del determinismo económico no excluye en modo alguno la acción de los hombres que, insiste Marx, "hacen su propia historia"; pero Marx hace del individuo creador el representante de una clase y atribuye la función creadora a la clase misma como una fuerza histórica objetiva. Al hacerlo trata de conciliar el materialismo económico con el activismo humano. Mikhailovsky, por su parte, también cree en una especie de determinismo y en un punto de vista "científico", anti-metafísico, respecto a la teoría de la historia; pero para él la concepción de la necesidad es subjetiva. No es la necesidad económica, sino la psicológica la que rige el desarrollo social: la gran fuerza impulsora de la historia es el esfuerzo del individuo para satisfacer tanto sus necesidades mentales como las físicas.

A este punto de vista psicológico va unido otro que desagrada igualmente a los marxistas: una insistencia en la importancia creadora de las aspiraciones éticas. Mikhailovsky, como Lavrov, sostiene una y otra vez que la idea de progreso no tiene sentido a menos que esté basada en la valoración ética. Desarrolla este punto especialmente a lo largo de sus críticas referentes a Herbert Spencer y a los darwinistas, es

decir, de quienes tratan de convertir las ideas de Darwin acerca de la evolución en base de la doctrina social. La creciente complejidad de un organismo, o de una sociedad, sostiene, no es prueba de su superioridad; ni la aptitud para sobrevivir en un medio dado equivale en modo alguno a que se merezca sobrevivir. Lo mejor es lo que ilumina a los individuos para pensar mejor, no lo que la "naturaleza" favorece; porque las preferencias de la "naturaleza" no coinciden con las aspiraciones humanas. La misión del hombre es conquistar la naturaleza, someterla a sus propósitos; y estos propósitos tienen en sí mismos un elemento ético. Descansan en valores que han sido concebidos en las mentes de hombres individuales. Puede admitirse que estas valoraciones son sólo relativas, y que están muy influidas por los medios especiales en que viven quienes las hacen; pero esta relatividad subjetiva no las invalida, o evita que sean las fuerzas motivadoras de la historia.

Mikhailovsky, y en medida aún mayor Lavrov, halla pruebas de estos impulsos psicológicos y de su contenido ético, tanto en las sociedades primitivas como en las avanzadas y tanto entre los animales como en los hombres; pero piensa que están destinadas a tomar una forma más amplia en las sociedades del futuro. La función del individuo que piensa dentro de la sociedad, tal como él la concibe, es hallar formas de vida social y organización que armonicen las demandas del todo y de los grupos incluidos en el todo con la necesidad de que el individuo viva su propia vida como persona completa. En las sociedades más primitivas, sostiene, la división social del trabajo toma principalmente formas que implican la cooperación de un cierto número de personas que ejecutan tareas análogas, siendo todavía cada tarea una manera de expresión propia compatible con el sentimiento de un esfuerzo cooperativo libre. A diferencia de esto, el resultado de la subdivisión de tareas en la sociedad de industrias en gran escala, es quitar al trabajo su valor de expresión del individuo, y, por consiguiente, privar al individuo de su personalidad integral. Aquí debe entenderse la noción de "tarea" como incluyendo no sólo el trabajo industrial, sino también una tendencia mucho más extendida del mundo moderno hacia una especialización perjudicial. Por ejemplo, Mikhailovsky invoca la misma idea al considerar el problema de las relaciones sexuales. El deseo de amar y de ser amado, dice, es uno de los impulsos fundamentales, y en las sociedades más primitivas encuentra expresión satisfactoria en un grupo familiar dentro del cual las funciones de los dos sexos no se hallan exageradamente diferenciadas. Mientras más se acentúa su diferenciación, tanto menos tienen en común el marido y la mujer en el sentido de compartir tareas, y tanto más tiene cada uno que buscar en el otro a fin de hallar una relación satisfactoria. De aquí que prevalezca la desilusión y la infidelidad conyugal entre los grupos más avanzados

de las sociedades contemporáneas, mal que sólo será curado reduciendo la diferenciación artificial de funciones y haciendo que una vez más los hombres y las mujeres, pero en un plano más elevado, se asocien tanto en la actividad social como en sus relaciones sexuales. Todo esto es parte del "individualismo" de Mikhailovsky: lo lleva a una fuerte preferencia por la cooperación social en pequeños grupos dentro de una sociedad mayor, a una viva oposición contra quienes equivocadamente toman la diferenciación como tal por progreso, y a negarse a aceptar que el industrialismo sea base de la marcha de la humanidad hacia la emancipación. Prefiere la agricultura a la industria, y los oficios a la producción industrial, porque la agricultura y los oficios son compatibles con la división del trabajo sin la subdivisión desintegradora que implican las operaciones en gran escala.

Su hostilidad contra el culto a la diferenciación como criterio de progreso no es el único motivo para que Mikhailovsky discuta con los apóstoles de la evolución que eran sus contemporáneos. Censura enérgicamente el empleo indebido que hacen de las analogías biológicas al describir y valorar los fenómenos sociales. E insiste, esta vez en su crítica de Comte, en que la psicología no es una rama de la biología, sino una ciencia por derecho propio; y que la sociología, como estudio valorativo de la sociedad, tiene que basarse en fundamentos psicológicos. Reconoce que existen leyes biológicas que pueden ser estudiadas mediante métodos positivos, inductivos, que son apropiados para indagar ciertas clases de hechos, y esas leyes tienen valor completo dentro de sus esferas propias; pero cuando estudiamos los seres humanos ya como individuos o en sus relaciones sociales, nos movemos en un terreno en el cual tanto los valores subjetivos como los hechos objetivos tienen que ser considerados, y en el cual el "deber ser" tiene tanta importancia como el "ser". Las concepciones darwinianas del desarrollo biológico en forma de selección natural y de variaciones ocasionales son, por consiguiente, impropias o, al menos, inadecuadas. Mikhailovsky, como la mayoría de sus contemporáneos, incluyendo a Spencer, sigue la teoría evolucionista más bien en la forma de Lamarck que en la forma de Darwin. Creía en la herencia de los caracteres adquiridos y en el poder del organismo individual para adaptarse por el esfuerzo a los cambios de su medio. Pero incluso si no hubiese creído que esto era verdad biológicamente, habría mantenido de todos modos su verdad psicológica y sociológica. Su punto esencial no era biológico; era que los hombres poseen un poder mental para adaptarse al medio social y para darle forma e imponer a la sociedad sus propias concepciones éticas acerca del criterio sobre quiénes son los mejor dotados para sobrevivir y florecer.-

Desde el punto de vista marxista, atacar la concepción darwiniana de la evolución y preferir la de Lamarck era otro grave delito, no por-

que los marxistas admitiesen la "supervivencia más apta" bajo las condiciones de la competencia capitalista, sino porque pensaban que la concepción materialista de la historia correspondía en lo social al darvinismo en la esfera biológica. Engels dijo repetidamente que Marx había hecho en la ciencia social lo que Darwin había hecho en biología; y el aspecto determinista de la doctrina darwiniana parecía coincidir con la concepción marxista con la lucha de clases, con el estudio de la historia en forma del "origen de las especies económicas". No era ética ni idealista: hacía resaltar la fuerza formativa del medio objetivo en contra de la capacidad creadora del hombre individual. Parecía coincidir con la opinión de que primero son las "cosas" y después las ideas como derivaciones de ellas. Además, aunque Darwin mismo era lo suficientemente ilógico para no ser un ateo, daba una explicación de los hechos de la naturaleza que dejaba el universo sin Dios, y hacía fácil tratar a la religión como una expresión de las actitudes de clase: el "opio del pueblo" proporcionado por las clases gobernantes como auxiliar de su poder temporal. En cambio Mikhailovsky, partiendo de su punto de vista psicológico, consideraba la religión como un hecho mental que respondía a una necesidad real, porque era un hecho, del individuo humano, y, por consiguiente, no puede ser explicada como una mera "superestructura" ideológica sobre las realidades básicas de las relaciones económicas.

Mikhailovsky no era un "creyente". Su idea de la religión estaba más próxima a la de Comte, que a su vez derivaba de la de Saint-Simon, quien tomó la parte negativa de ella de Condorcet. Por una parte veía que el elemento sobrenatural de la religión iba siendo constantemente reducido por el progreso del conocimiento científico; pero, por otra parte, pensaba que el impulso religioso estaba profundamente arraigado en los hombres, y que buscaba constantemente nuevos medios de expresión que correspondiesen a las formas cambiantes de las relaciones sociales. Históricamente, decía, toda nueva forma de relación social ha estado acompañada por la difusión de una idea religiosa. Explicaba esto diciendo que la religión sirve de "lazo inseparable entre las cosas que son y las que deben ser". En otras palabras, consideraba a la religión como medio de unir el conocimiento científico con los principios éticos que guían a la conducta. "Estas *disjecta membra* de la vida del espíritu —escribió—, tienen que ser reducidas a unidad, y ésta es la función de la religión." Naturalmente, los marxistas no aceptaban nada de esto:[1] se niegan completamente a reconocer la independencia del imperativo ético; pero esta idea de la función de la religión se adapta exactamente a la creencia de Mikhailovsky en la función del individuo en el descubrimiento continuo de valores éticos.

[1] Aunque el grupo de Lunacharsky dijo algo análoga más tarde.

Este proceso de descubrimiento Mikhalovsky lo consideraba como obra de individuos que eran capaces de concebir ideas que se adelantaban a su tiempo, y que conseguían que estas ideas fuesen imitadas y adoptadas por sus prójimos. Hacía resaltar la capacidad creadora del individuo al llegar a nuevas concepciones éticas y cómo se sugestiona la inmensa mayoría de los hombres con las exhortaciones del "héroe", que corresponde muy de cerca a la idea posterior de Max Weber del 'líder carismático". Pero esta concepción del "héroe" no se limita al jefe que influye en los hombres para el bien. "El héroe —escribe—, es el nombre dado al hombre que por su ejemplo cautiva a la masa para bien o para mal, para acciones nobles o degradantes, racionales o irracionales". Explícitamente niega que al decir esto trate de revivir la teoría de la historia de "los grandes hombres" como la enseñaron Thomas Carlyle y otros. Los "héroes", o "grandes hombres", dice, no caen del cielo: brotan de la tierra bajo la influencia de su medio contemporáneo. Son "héroes" porque encarnan en alto grado los sentimientos, pensamientos y deseos implícitos en la situación social y a los cuales la masa está dispuesta a responder. "Un malhechor, un idiota o un loco puede ser tan importante como un genio de fama mundial, con sólo que el populacho le siga, se someta verdaderamente a él, le imite y le adore." A continuación Mikhailovsky explica cómo las multitudes eligen a sus "héroes" para bien o para mal, afirmando que en cada hombre existe un afán de ideal, que trata de encarnarse en un individuo, y que, mientras más monótona e insatisfactoria es la vida del hombre ordinario, más fácilmente cederá a cualquiera que tenga el don de convertirse en figura representativa. Estudia la influencia hipnótica de la oratoria, e intenta una explicación casi matemática de la intensidad de la emoción de la multitud. Ilustra su tesis general especialmente con la susceptibilidad de la masa de la Edad Media a la influencia de los danzantes, flagelantes y otras personas que fomentaban la excitación de las masas.

Por lo tanto, el "heroísmo", en el sentido que a esta palabra le da Mikhailovsky, es una fuente tanto de mal como de bien. Sus esperanzas de que esto produzca buenos resultados descansa en la capacidad de los hombres para responder tanto a las influencias éticamente racionales como a las irracionales, y a la difusión de la cultura como factor que contribuye al éxito de los innovadores morales en contra de sus rivales. Pero piensa que el buen "héroe" tendrá más probabilidades de éxito cuando la masa sobre la cual ha de actuar se componga sobre todo de individuos cuyas propias vidas estén integradas por la ejecución habitual de tareas con sentido y cooperativas, y menos probabilidades en donde la excesiva subdivisión del trabajo haya convertido al individuo en una mera "mano", que ejecuta solamente un proceso de detalle que en sí mismo no tiene significación, y lo priva de la coope-

ración directa con sus compañeros en una tarea completa inteligible para todos ellos. Por supuesto, esto está de acuerdo con su odio al industrialismo y con su creencia en que el aldeano y el artesano, por muy pobres que sean, tienen sin embargo la satisfacción que resulta de una actividad integrada y significativa.

También es evidente que la concepción de Mikhailovsky acerca de los "héroes" (a quienes hoy llamaríamos las *élites)* corresponde a la situación en que los intelectuales rusos de su tiempo se encontraban. Eran los que proporcionaban ideas nuevas; y su misión consistía en convertirse en "héroes" (si podían) presentando estas ideas en forma que las hiciese aceptables para la masa del pueblo. Si Mikhailovsky tenía razón acerca de los efectos que en la mente de los hombres producía la subdivisión del trabajo y la especialización de las tareas sociales, era más probable que los intelectuales fuesen mejor acogidos por sus ideas avanzadas entre los artesanos y aldeanos que entre los trabajadores empleados en grandes empresas, salvo en la medida en que estos últimos tuviesen una mentalidad de aldeanos y se hubiesen mantenido en contacto con las aldeas de las cuales procedían. Incluso si por la mera dificultad de hacer llegar su propaganda a la aldea los intelectuales socialistas tuviesen que trabajar principalmente en las ciudades, se atraerían más fácilmente al artesano y al aldeano que todavía quedase escondido bajo el obrero industrial que al proletario industrial como tal, y, lejos de favorecer el proceso de industrialización de Rusia, deberían hacer todo lo que pudiesen para evitarlo.

De este modo, las doctrinas de Mikhailovsky llevaban directamente a la conclusión de que las esperanzas de socialismo er Rusia no estaban en el desarrollo de una estructura industrial que imitase al capitalismo de Occidente, sino en la creación de una *élite* de revolucionarios dispuestos a pasar directamente al socialismo agrario sin una etapa intermedia capitalista y sin introducir el capitalismo en la agricultura misma. Esto significaba conservar la propiedad aldeana, pero tratando de transformarla dando nueva vida a las instituciones comunales en decadencia de la aldea, el mir, y al mismo tiempo favoreciendo por todos los medios posibles el desarrollo de la cooperación aldeana, lo cual debería hacerse mediante la acción libre de los aldeanos desde abajo, y no impuesta sobre ellos por una autoridad desde arriba. A fin de realizarlo, era preciso que los intelectuales se pusiesen en contacto con los individuos más inteligentes del "pueblo" formando así una *élite* más amplia que estaría en situación de hacer fermentar poco a poco la gran masa de aldeanos, cuya aceptación de las nuevas ideas era indispensable para el éxito de la revolución.

Evidentemente estas ideas generales acerca del avance hacia el socialismo admitían interpretaciones prácticas sumamente diferentes. En un

extremo podían interpretarse como si justificaran la actuación terrorista dirigida a debilitar la confianza en la eficacia de la autocracia zarista y a destruirla, y con ello favorecer revueltas aldeanas espontáneas. Los más partidarios del acento que Mikhailovsky ponía en el papel creador del individuo podían considerar que los actos individuales de terrorismo reunían las condiciones de una buena especie de "heroísmo"; y, como hemos visto, el mismo Mikhailovsky era un colaborador regular del periódico clandestino de *Narodnaya Volya;* pero sólo pocos defensores del terrorismo hacían suya esta opinión extrema. La mayoría de ellos justificaba el terrorismo sólo por estar impuesto al movimiento al negársele otras salidas, o sólo como medio de represalia contra los tormentos o ejecuciones de revolucionarios detenidos o contra funcionarios zaristas especialmente brutales. Muchos, en realidad, eran contrarios al terrorismo como sistema, pero se negaban a condenarlo abiertamente porque no estaban dispuestos a ponerse enfrente de los que lo practicaban por idealismo o a unirse al clamor y alarma de los antirrevolucionarios en contra de ellos.

En el otro extremo era posible llegar a la conclusión de que el camino acertado era tener paciencia, aprovechar todas las oportunidades que la represión del gobierno dejaran abiertas para formar un tejido social que ayudaría a desarrollar un espíritu nuevo de actividad cooperativa entre los aldeanos, para trabajar con los terratenientes más liberales a fin de mantener vivos los elementos comunales de la aldea, para tratar de fomentar el gobierno local en el campo mediante los Zemstvos,[2] para trabajar en favor de la difusión de la educación popular y para hacer todo lo posible para impedir el desarrollo de la industria en gran escala y de las empresas financieras.

Entre estos dos extremos existían muchas posibilidades intermedias, y la mayoría de los narodniks no estaba formada ni por los que practicaban el terrorismo ni por los partidarios de colaborar en una evolución. La mayoría estaba integrada por hombres y mujeres que querían aprovechar toda posibilidad de desarrollar un movimiento revolucionario de masas basado principalmente en los aldeanos, y creían que la única esperanza de revolución estaba en que se extendiese el descontento de los campesinos y en crear una *élite* organizada lo bastante numerosa y enérgica para proporcionar una dirección coordinada.

Pedro Lavrov (1823-1900), escribiendo en el destierro, llegó a ser el teórico más eminente de este tipo central de "narodnismo", figurando más a la izquierda el príncipe Pedro Kropotkin, representante del anarcocomunismo, pero no en el extremo terrorista. Ya se ha dicho algo sobre

[2] Los Zemstvos eran órganos del gobierno local rural, dominados por los terratenientes y los funcionarios, pero que incluían un considerable elemento 'liberal", como se puso de manifiesto en 1905.

Lavrov en el segundo volumen de esta obra.[3] Allí vimos que después de escapar al extranjero en 1870 se estableció en París y fundó *Vvered* (Adelante), que llegó a ser el principal periódico intelectual del movimiento narodnik. Al principio Lavrov fue partidario del gradualismo, de un largo período de educación y de propaganda ética como preparación necesaria para la revolución; pero cuando el despotismo zarista cerró todas las salidas a la agitación pacífica, sus opiniones sufrieron un cambio gradual. Aunque no tomó parte en las actividades de *Narodnaya Volya* durante su campaña terrorista en contra del Zar, apoyó el intento de rehacerla desde el extranjero después de 1881, y se unió a Leo Tikhomirov dirigiendo desde Londres el periódico *Vestnik Narodnoy Voli* de 1884 a 1886. Sin embargo, su importancia principal estriba en sus obras históricas, desde sus *Cartas Históricas,* escritas antes de salir de Rusia, hasta sus *Momentos Principales de la Historia del Pensamiento* publicados en 1900. Lavrov escribió estos libros bajo varios pseudónimos: Myrtov para las *Cartas Históricas, A.* Dolengi para los *Momentos Principales,* y Arnoldy y Shchukin para otras obras. Proyectaba ordenar todas sus ideas esenciales en una extensa *Historia del Pensamiento,* de la cual consideraba como introducción todas sus otras obras, pero este estudio enciclopédico nunca fue escrito.

Lavrov, como Mikhailovsky, se interesa especialmente por las relaciones entre los hechos y los valores, es decir, entre la ciencia y la ética. Insiste en el carácter absoluto de muchas verdades, que son verdaderas las conozcan los hombres o no, y que siguen siéndolo incluso cuando son olvidadas por completo; pero contrasta estas verdades con otras que contienen un elemento subjetivo, y son verdades sólo en cuanto son contestaciones correctas a preguntas que sólo pueden ser formuladas en ciertos momentos y en ciertas situaciones sociales; y considera los intentos de formular leyes de la historia como verdades relativas de esta clase que contienen un considerable elemento subjetivo. Los historiadores (y por esta palabra entiende a quienes formulan teorías sobre la historia) no se limitan a comprobar hechos: los seleccionan y agrupan de maneras especiales a fin de responder a determinadas preguntas, y prescinden de los hechos que no les parecen de importancia con relación a las preguntas que ellos hacen. De este modo llegan a verdades que esencialmente son selectivas más bien que comprensivas; y en las selecciones que hacen van guiados por sus conceptos éticos. Sostiene que el historiador no puede escapar a esta necesidad, a no ser que se satisfaga con ser un mero analista; porque no puede atribuir significados sin seleccionar o sin introducir las ideas éticas que dan forma a sus preguntas; pero este proceso no debe ser iniciado caprichosamente, sino

[3] Véase vol. II, pp. 58 ss.

a base del estudio objetivo de los hechos que pertenecen a la categoría a que puede atribuirse una verdad absoluta.

Esta distinción conduce a Lavrov a las discusiones interminables referentes al determinismo y a la libertad de la voluntad. Considera al universo como una estructura mecánicamente determinada que está abierta a la investigación científica dirigida al conocimiento de leyes comprobables; pero sostiene también que no todo puede ser estudiado de esta manera, y especialmente que los fenómenos sociales no pueden ser comprendidos a menos que se les considere en relación con su desarrollo histórico y con la medida creciente en que el hombre reflexiona sobre su propia conducta y, al hacerlo, la modifica. Entiende el problema de la sociología, que considera como un estudio normativo que aspira a favorecer el bienestar humano, como el descubrimiento del equilibrio de la solidaridad del grupo social con la libertad de expresión en la acción del individuo, un equilibrio que es necesario que sea examinado y ajustado de nuevo a medida que cambian las condiciones del medio. Cree que el instinto de solidaridad, la tendencia a formar grupos, son universales entre los hombres, y que los comparte el hombre no sólo con los animales superiores, sino incluso con los inferiores. Biológicamente piensa que todos los organismos proceden de "colonias", de unidades iguales, conectadas entre sí no muy estrechamente; y se diferencia de Mikhailovsky al considerar a las sociedades como organismos, que poseen una solidaridad psíquica basada en el placer o la satisfacción de conservarse juntos. La característica de las sociedades humanas ha de hallarse en su capacidad de convertir este placer primitivo de la solidaridad en formas superiores de cooperación, que toman la forma de costumbres y adquieren la sanción de prácticas rituales; pero los hombres no sólo adquieren costumbres para reforzar su solidaridad: también cambian su costumbre, paradójicamente, porque es propio de la naturaleza misma de una costumbre el resistir al cambio. ¿Cómo es, entonces, que se producen los cambios? Por la acumulación, en gran parte inconsciente, de pequeñas desviaciones que son aceptadas gradualmente en la práctica, y después son consideradas por la mente de los hombres como costumbres antiguas. Porque aunque la necesidad de adaptarse al cambio de la situación despierta en el hombre protestas prácticas que dan por resultado modificaciones en la conducta, el instinto de solidaridad hace que los cambios sean aceptados como parte de la forma tradicional de vida. Este instinto hace también que el espíritu crítico trate de construir la forma entera de vida de un pueblo en un sistema libre de contradicciones, como lo hicieron los griegos en el terreno de la filosofía, los romanos en el del derecho y la iglesia de la Edad Media en forma de escolaticismo. El mundo moderno, o por lo menos el Occidente, ha tratado de realizar una idea muy amplia de solidaridad a base

del Estado nacional; y con la aparición de la burguesía, esto ha tomado la forma de concepto de solidaridad de clase, que ha preparado el camino para la democracia como expresión última de solidaridad en un plano consciente.

Pero esta tendencia histórica a establecer la solidaridad social es sólo un aspecto del proceso de la evolución social. A su lado se desarrolla la lucha en favor de la libertad individual, cuyos fundamentos biológicos y psicológicos han de hallarse en la necesidad de excitación nerviosa que es propiedad común de los organismos vivos, y que lleva a una conducta diferente en individuos que pertenecen a la misma especie o grupo. En esto estriba toda la base de la individualidad y de la vida superior de los hombres. Mientras más alta es una especie menos aceptarán sus individuos el ser meras unidades que ceden a la presión de la sociedad. El individuo surge del grupo, y es modelado por él; pero también afirma sus gustos personales en contra del dominio del grupo. De este modo el individuo, afirmándose a sí mismo en contra de la sociedad, y modificando a ésta al hacerlo, llega a ser una fuerza social que desempeña un papel en la historia. En este punto el pensamiento de Lavrov coincide con el de Mikhailovsky; porque afirma que los individuos ilustrados y con espíritu crítico son los que tienen la responsabilidad de las innovaciones y de instruir y persuadir a sus contemporáneos. Es parte esencial de la doctrina de Lavrov que las personas ilustradas tienen este deber para con la sociedad: tienen que innovar y que predicar, no sólo a fin de satisfacer sus propias necesidades, sino también en beneficio del prójimo.

Históricamente, en realidad, este espíritu de innovación, dice Lavrov, con frecuencia ha hecho tanto daño como bien, porque ha sido utilizado no para favorecer los intereses de la sociedad entera, sino de una clase limitada; pero es la única fuente de que puede nacer el progreso; y, por consiguiente, el problema está en emplearlo para buenos fines sociales. Esto supone que el innovador debe darse cuenta de los límites prácticos dentro de los cuales puede la innovación dar buenos resultados, es decir, que debe comprender las leyes que determinan la marcha general del cambio social, y debe actuar dentro de la esfera permitida por estas leyes, y no arbitrariamente. En segundo lugar, supone que el innovador reconocerá la necesidad de solidaridad social y la amenaza para su propio bienestar que se producirá si esta solidaridad es destruida, o si él no trabaja en común con un grupo de sus prójimos. Ha de encontrar su lugar propio y trabajar dentro de un grupo que en gran parte tenga la misma mentalidad que él y, lo mismo que el resto de este grupo, tiene que reconocer la necesidad de actuar dentro de la unidad más amplia de la sociedad entera, y, generalmente, en armonía con ella, incluso cuando trate de cambiarla en ciertos respectos. Lavrov niega que sea incompa-

tibie un fuerte lazo de solidaridad que una a la sociedad entera con la existencia dentro de ella de una viva actividad mental que se esfuerze por el cambio. En realidad, piensa que la historia muestra que las únicas sociedades que progresan son aquellas en que han sido conciliadas la solidaridad con el criticismo social.

Este breve resumen de la doctrina social de Lavrov debe leerse relacionándolo con lo que sobre él escribimos en el segundo volumen de esta obra. Aquí he tratado de exponer su concepción de la función creadora del individuo y de su intento de conciliar esto con una aceptación modificada del determinismo social. A los ojos de los marxistas su grave delito es que su teoría no da importancia a la clase como instrumento de innovación social o más bien que, cuando hablaba de clase en este respecto, la consideraba como si tendiese a desviar la innovación, haciendo que, en lugar de favorecer el bienestar general de la sociedad, se convirtiese en ayuda de intereses particulares. Por supuesto, toda la concepción de Lavrov acerca de la importancia de la solidaridad en la vida social, significaba anatema para los marxistas, que veían en ella una negación pequeño-burguesa de la función creadora de las clases sociales. Esta negación del punto de vista de clase llegó a ser una característica marcada de gran parte del pensamiento narodnik y, más tarde, del "social-revolucionario".

Hasta la década de 1870 el marxismo fue poco conocido en Rusia. Herzen había publicado una traducción Rusa del *Manifiesto Comunista* en *Kolokol* en el decenio de 1860, y los socialistas rusos se enteraron de las actividades continuas de Marx en relación con la Asociación Internacional Obrera principalmente por lo que se refiere a su lucha épica con Bakunin. Bakunin mismo había hecho algo por dar a conocer a Marx entre sus discípulos de Rusia, y, como hemos visto, empezó a traducir Dos *Kapitál* después de su publicación en 1867. Marx tuvo algunos contactos con los desterrados rusos, sobre todo con Nicolás Utin y su pequeño grupo anti-bakunista de Ginebra. Mas en Rusia no había no ya una organización marxista, pero ni siquiera un grupo que hubiese sido muy influido por las ideas de Marx. Por lo que se refiere a Marx, hemos visto ya qué violenta era su antipatía hacia Rusia, y no sólo hacia el zarismo, sino también hacia el temperamento ruso. Le cogió completamente de sorpresa que en 1870 el grupo de Utin de Ginebra le invitase para que fuese representante de Rusia en el Consejo general de la Internacional. Acepta este encargo, y persuadió al Consejo Nacional para que admitiese al grupo de Utin como afiliado. En su carta de aceptación que fue publicada en *Narodnoye Dyelo* (La causa del Pueblo) pedía a los socialistas rusos que dirigiesen sus esfuerzos a liberar a Polonia del yugo ruso. "El hecho de que Rusia se apoderase violentamente de Polonia —escribió— constituye el apoyo pernicioso y la causa actual

del régimen militar de Alemania y, por lo tanto, influye en todo el continente. De aquí, al dirigir sus esfuerzos a romper las cadenas de Polonia, los socialistas rusos se imponen la noble tarea de destruir el régimen militar, tarea que es esencial como condición preliminar para la emancipación general del proletariado europeo."

Al dar cuenta a Engels de esta correspondencia le enteraba de algo más acerca de su verdadero pensamiento.

> Para mí es una posición extraña el actuar como representante de la joven Rusia. Un hombre nunca sabe a qué puede llegar o qué inesperadas compañías puede tener. En la contestación oficial ...hice resaltar el hecho de que la tarea principal de la sección rusa es trabajar en favor de Polonia (es decir, libertar a Europa de Rusia como vecina). Me pareció preferible no decir nada acerca de Bakunin...

La relación que empezó así, se desarrolló al publicarse en 1882 una traducción del volumen I de *Das Kapitál* hecha por Nikolai F. Danielson (1844-1918), más conocido por Nikolai-on, que llegó a ser uno de los principales economistas narodnik. También fue uno de los corresponsales regulares de Marx, y siguió escribiéndose con Engels después de la muerte de Marx. Es indudable que Marx fue influido por él cuando, después de haber aprendido el ruso a fin de estudiar el problema agrario ruso en las fuentes originales, escribió el conocido pasaje en su introducción a la traducción hecha por Vera Zasulich del *Manifiesto Comunista* acerca de la posibilidad de que en Rusia se pasase mediante una transición directa al socialismo, sin una etapa intermedia capitalista, mediante la transformación del *mir* en una forma superior de comunidad aldeana.

Danielson escribió mucho acerca de la situación económica de Rusia: su obra principal, que ha sido traducida al francés, es su *Historia del Desarrollo Económico de Rusia desde la emancipación de los siervos* (1893). Allí llega a la conclusión pesimista de que el desarrollo del capitalismo en Rusia estaba destruyendo rápidamente lo que quedaba de la comunidad tradicional aldeana; pero que el capitalismo no tenía posibilidad de establecerse con éxito como sustituto a causa de los límites estrechos de su mercado interior y de su inferioridad inevitable respecto a los países del Occidente como productor industrial. Sostenía que el aumento de la producción capitalista destruiría la economía aldeana y artesana, que con frecuencia descansaba en una coordinación de los oficios con la agricultura, y de este modo destruiría el único mercado en que podía esperar vendei los artículos producidos en masa; y creía que al mismo tiempo el desarrollo de los bancos capitalistas y la infil-

tración de los métodos capitalistas en el campo crearían meros distritos de alta producción enclavados en un campo empobrecido. Hacía resaltar la tendencia de la producción industrial a reemplazar a los artesanos varones por el trabajo peor pagado de mujeres y niños, aumentando así el desempleo urbano y haciendo bajar el nivel de vida en las ciudades. Su conclusión era que la industrialización actuaría sólo como una fuerza desintegradora, y que la mayor esperanza estaba en que esta desintegración condujese a una revolución predominantemente aldeana y a reconstruir la economía rusa sobre los cimientos debilitados, pero aún no destruidos, de la comunidad aldeana.

Estas opiniones, que representaban el punto de vista predominante entre el socialismo narodnik, al principio impresionaron lo bastante a Marx y a Engels para que Marx escribiese, en 1877, que "si Rusia continúa por el camino que ha seguido desde 1861, es decir, la industrialización, perderá la mejor oportunidad que nunca se ha ofrecido en la historia a ninguna nación para sobrellevar las vicisitudes fatales del régimen capitalista". Más tarde, en 1882, en su prólogo a la traducción Rusa del *Manifiesto Comunista,* se expresó de esta manera:

> Ahora la cuestión que se plantea es si la comunidad aldeana rusa (una forma de propiedad colectiva comunal que en gran parte ha sido ya destruida) puede pasar inmediatamente a la forma comunista superior de propiedad de la tierra, o si, por el contrario, tiene que pasar desde el principio por el mismo proceso de desintegración que ha determinado el desarrollo histórico del Occidente. La única contestación que hoy es posible dar a esta pregunta es la siguiente: si la revolución rusa llega a ser la señal para la revolución obrera del Occidente, de modo que la una sea complemento de la otra, entonces la forma presente de propiedad de la tierra en Rusia puede ser el punto de partida de un desarrollo histórico.

Engels, en su correspondencia con Danielson, a la vez amplió la respuesta de Marx y la modificó a la luz del crecimiento posterior del capitalismo ruso en los diez años siguientes. Engels sostenía que los rusos, si hacían su revolución, podían establecer con éxito la requerida estructura comunista de la aldea rusa, sólo si la victoria de la revolución en los países de Occidente, más avanzados, hubiese proporcionado ya un modelo de agricultura aldeana comunista para que ellos lo imitasen. Sostenía también que la marcha actual de los hechos no confirmaba las conclusiones de Danielson acerca de los límites estrechos de la expansión del capitalismo en Rusia; y que el desarrollo de la producción capitalista, ayudado por tarifas proteccionistas, estaba creando mercados para la

absorción de sus productos. Engels además hacía resaltar lo mucho que se había avanzado durante el decenio de 1890 hacia la destrucción de la antigua comunidad aldeana poniendo así más obstáculos en el camino de la solución narodnik.

Danielson por este tiempo encontró otros adversarios, con el desarrollo del marxismo dentro de la misma Rusia. Fue atacado tanto por el economista "marxista legal", Pedro Struver y por Plekhanov, y también por Lenin en su obra sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia. La opinión de Danielson estaba influida por el empobrecimiento de los aldeanos rusos a causa del descenso de los precios agrícolas durante los últimos decenios del siglo xrx y a causa de la carga agotadora de los impuestos. Veía en este empobrecimiento de los aldeanos una 'ley" del desarrollo económico que impedía la formación de un mercado suficiente para la industria capitalista, y también como la causa generadora de una revolución aldeana que el capitalismo ruso sería demasiado débil para resistir. De hecho, la tendencia de los precios agrícolas cambió en los últimos años del siglo xrx y se produjo una considerable expansión capitalista. Además, Danielson, en su hostilidad hacia el industrialismo, sobrestimaba sus efectos desintegradores, como puso de manifiesto su compañero narodnik, Vassily Pavlovich Vorontsov (1847-1918), cuyo libro sobre *El destino del capitalismo en Rusia* apareció en 1882. En general Vorontsov siguió la misma línea que Danielson al sostener que el capitalismo no podía desarrollarse con éxito en Rusia a causa de su tendencia inherente a crear en el interior una demanda demasiado reducida de sus productos para permitirle subsistir sin mercados exteriores, en los cuales la industria rusa no podría penetrar ante la competencia de países capitalistas mejor establecidos. Vorontsov no negaba que el capitalismo podría desarrollarse hasta cierto punto en Rusia; pero sostenía que seguiría siendo un crecimiento enfermizo, sostenido por un proteccionismo exagerado y que, incluso así, dependería de una intensa explotación del trabajo barato y estaría sujeto a graves y repetidas crisis. Los marxistas, incluyendo a Plekhanov y a Lenin, censuraban estas opiniones como mera reaparición de las teorías pequeño-burguesas ya refutadas, de Sismondi, del consumo mínimo.

Vorontsov, además de su obra sobre el capitalismo, escribió mucho acerca de la agricultura rusa y acerca de los artesanos rusos y de sus *artels.* Era un defensor destacado de las cooperativas, y creía que las tendencias cooperativas inherentes a los métodos agrícolas rusos servirían de base para avances técnicos que asegurarían un desarrollo económico y social sin necesidad de una intervención capitalista. Pensaba que la aldea podía llegar a un alto nivel de producción y consumo equilibrados sin necesidad de depender de una economía de mercado o de un mercado y unas finanzas capitalistas. Su libro acerca de *Técnicas pro-*

*gresistas en la economía aldeana* (1892) expresa sus esperanzas en este respecto, a base de un amplio estudio de los hechos. Políticamente pertenecía al ala derecha de los narodniks. Estudió la carrera de médico, fue primero un funcionario del *zemstvo y* después su profesión fue la estadística. Colaboró en *Vfered,* de Lavrov; pero se separó de la organización principal de los narodniks cuando éstos aprobaron los métodos terroristas, que él consideraba inútiles.

Danielson y Vorontsov eran los dos economistas narodniks más conocidos cuando el marxismo empezó a desarrollarse como movimiento importante en Rusia. Su desarrollo en modo alguno es fácil de seguir en sus primeras fases, tanto porque se manifestó en varias formas diferentes y al principio más siendo una mera influencia y no un movimiento aparte, como porque la historia de sus primeros tiempos ha sido en gran parte escrita de nuevo a fin de adaptarla a la línea correcta para el partido. Ahora generalmente se piensa que se inició como un movimiento al dividirse *Zemlya i Volya* porque una sección que incluía a Georgy Plekhanov decidió oponerse a la política terrorista del Zelyabov y establecer una organización llamada Chemy Peredyel (distribución de las tierras negras) con el programa de entregar a los aldeanos, sin compensación, la tierra que había sido dada a los terratenientes cuando fueron emancipados los siervos. Esto, que, por supuesto, era considerado sólo como una primera etapa, debía constituir la base de una propaganda entre los aldeanos y los obreros urbanos de mentalidad aldeana. Era claro que no había nada marxista en ese programa; y la única razón para relacionar Cherny Peredyel con el desarrollo del marxismo es que más tarde Plekhanov llegó a ser el principal representante ruso de las opiniones marxístas. En todo caso no duró mucho tiempo; en 1880 Plekhanov pasó al destierro, y poniéndose en contacto directo con el marxismo occidental, pronto llegó a ser un converso plenamente convencido del evangelio marxista, y especialmente de la importancia central del proletariado industrial y de su organización bajo la dirección de un partido dedicado a participar activamente en la íucha por el poder político.

Georgy Valentinovich Plekhanov (1857-1918), que rápidamente llegó a ser el principal intérprete ruso del marxismo y pronto el representante más conocido de la Social-Democracia rusa entre los socialistas del occidente de Europa, inició su carrera como narodnik en 1875, cuando era alumno de la Universidad de San Petersburgo. En seguida actuó en el movimiento clandestino, y dirigió varias publicaciones también clandestinas. Había salido de Rusia antes de que el grupo de Zelyabov consiguiese matar a Alejandro II, y siguió en el destierro hasta 1917, cuando volvió después de la revolución de febrero. Era esencialmente un teórico, más bien que un organizador o que un jefe revolucionario, y llegó a ser considerado como el gran sacerdote de la ortodoxia marxista,

y como el principal campeón en el ala izquierda del marxismo no sólo contra los narodniks, sino también contra toda clase de enemigos comprendidos entre los "marxistas legales" del tipo de Pedro Struve y los desviacionistas filosóficos tales como Bogdanov y Lunacharsky. Atacó vigorosamente las teorías sociológicas de Lavrov y de Michailovsky; a los llamados "economistas" como Martinov, que querían concentrar la atención en la lucha diaria de los trabajadores para mejorar los salarios y las condiciones de trabajo; a los admiradores rusos del revisionismo de Bernstein; a los anarquistas y anarco-comunistas, como Kropotkin; en realidad, a todo adversario o desviacionista de la versión estricta del evangelio marxista, entendida por él principalmente en el sentido que halló expresión en la teoría y práctica de la Social-Democracia alemana. Ha de recordarse que los alemanes, cuando Plekhanov los conoció, trabajaban bajo las condiciones represivas de las leyes anti-socialistas de Bismarck, que los había obligado a establacer el cuartel general del partido en el extranjero, en Suiza, y a organizarse dentro de Alemania como partido clandestino, aunque podían presentar candidatos en las elecciones para el Reichstag y hablar libremente en los debates de éste. Aunque la situación en Alemania durante el decenio de 1880 era muy diferente de la de Rusia, tenían en común la negación del derecho a organizarse abiertamente en favor del socialismo; y esto dio al partido alemán una engañosa apariencia revolucionaria, e hizo que sus teóricos, como Kautsky, empleasen frases revolucionarias que no eran tomadas en su pleno sentido, y que fácilmente eran mal interpretadas.

Plekhanov mismo había de mostrar más tarde que su propio revolucionarismo, que parecía tan absoluto en las décadas de 1880 y 1890, estaba en realidad mucho más cerca de Kautsky que de lo que había de ser llamado bolchevismo. Pero hasta la disputa que dividió al Partido Social-Demócrata ruso desde 1903 en adelante, su situación como apóstol del ala izquierda marxista se mantuvo indiscutible.

En el destierro, a principios de la década de 1880, Plekhanov se unió con varios compañeros de destierro, entre ellos con Pavel Borissovich Axelrod (1850-1925), y con Vera Zasulich (1851-1919). Axelrod, hijo de un posadero judío, había sido en su juventud partidario de Bakunin, pero después de haber pasado por una fase narodnik, estuvo fuertemente influido por las ideas de Lassalle. Estuvo con Plekhanov en Chemy Peredyel. El tercer miembro del trío, Vera Zasulich, como vimos antes, había sido absuelta por un jurado después de haber disparado contra Trepov, gobernador general de San Petersburgo, en 1878, como represalia contra el castigo corporal de que fue víctima el preso político Bogoliubov. Después de haber sido absuelta, lo cual hizo que el gobierno zarista pusiese término a los juicios por jurado para los procesados políticos, prudentemente salió de Rusia. En 1883 estos tres, con

Lev Grigorevich Deutsch (1855-1941), V. I. Ignatov (1854-85), y algunos otros fundaron el Grupo de Emancipación Obrera, el cual dio a conocer al año siguiente un programa basado sobre todo en el programa de Gotha del Partido Social-Demócrata Alemán. Antes de esto, Plekhanov había empezado en 1883 la larga serie de obras en que expuso el evangelio marxista. Esta serie se inició con El *socialismo y la lucha política,* seguido al año siguiente por *Nuestras diferencias,* en cuya obra trataba de ajustar cuentas con los narodniks. En estas obras Plekhanov combatía tanto al terrorismo como al anarquismo, y se colocaba en contra de los "jacobinos", que pensaban que la revolución consistía en que se apoderase del poder una minoría armada sin el apoyo de una clase obrera consciente y organizada. Insistía en que, mientras la masa de los obreros no despertase, un golpe así estaba llamado a fracasar. Se había convencido completamente de que era necesario organizar un poderoso partido obrero bajo dirección socialista, siguiendo el modelo de lo que hacían los alemanes, como preparación para la revolución futura.

En 1887 el Grupo de Emancipación Obrera dio a conocer una versión revisada de su programa, en el cual trataba de examinar el problema de la relación entre los obreros industriales y los aldeanos. Tenía señales de la influencia continua de la doctrina narodnik, y de los intentos del grupo para evitarla. Declaraban que "el baluarte principal del absolutismo estaba en la indiferencia política y el atraso intelectual de los aldeanos". Según Plekhanov, la esperanza de acabar con esta situación estaba en la relación continua entre el campo y la fábrica:

> Salido de la aldea como miembro empobrecido de la comunidad, el proletario vuelve a ella como agitador social-demócrata. Su aparición en este papel produce un cambio en la suerte hasta entonces sin esperanza de la comunidad aldeana. Su desintegración es inevitable sólo en la medida en que esa misma desintegración crea una nueva fuerza popular capaz de poner término a la dominación del capitalismo.

Desde el principio de la década de 1880 en adelante el marxismo ruso tuvo, tanto dentro como fuera de Rusia, el carácter de un movimiento organizado en contra de los narodniks; pero en modo alguno estaba claramente definido; y los grupos de que se componía variaban con rapidez extraordinaria tanto en los desterrados como en el interior, en donde constantemente se dividían y se reorganizaban. El decenio de 1880 fue en Rusia un período de desarrollo capitalista muy grande, financiado sobre todo por franceses; y en donde la industria tomaba grandes proporciones los socialistas se ponían en seguida a trabajar para constituir pequeños grupos de militantes, algunos bajo dirección marxista

y otros bajo dirección narodnik, pero muchos sin una filiación doctrinal claramente definida. Ya vimos antes que los sindicatos obreros empezaron a surgir en la década de 1870: el Sindicato de Obreros del Sur de Rusia, con su centro en Odesa, en 1875, y el Sindicato de Obreros Rusos del Norte, dirigidos por Stepan Khalturin y Víctor Obnorsky en San Petersburgo en 1878.[4] Una nueva Liga obrera del sur de Rusia fue organizada por Shchedrin y Kovalskaya en Kiev hacia 1880. Todas estas organizaciones tuvieron corta vida. La policía pudo disolverlas deteniendo a la mayor parte de sus dirigentes. Pero a pesar de la represión las huelgas se hicieron más frecuentes en la década de 1880. Entre 1881 y 1886 hubo 48 huelgas, con 80,000 trabajadores, siendo la mayor la huelga en la fábrica textil de Morozov en Orekhova-Zuyevo en 1885, dirigida por Pedro Moiseyenko, un antiguo miembro del Sindicato Obrero del norte de Rusia. Se recurrió a los soldados para acabar con esta huelga, y hubo más de 600 detenidos. Durante estos años las huelgas se declararon sobre todo en contra de las reducciones de los salarios hechas durante la depresión que se produjo hacia el final de la década de 1870.

Las huelgas de este período fueron dirigidas principalmente por socialistas; pero ninguna escuela socialista las monopolizó, ni los efímeros sindicatos obreros que surgieron tenían una filiación política definida. Políticamente, los grupos clandestinos que existían en la mayoría de las ciudades no podían relacionarse entre sí con regularidad, aunque casi todos ellos tenían algunos contactos con los grupos de desterrados en el extranjero, los cuales continuamente pasaban de contrabando periódicos y folletos ilegales. Los centros más activos eran Kiev en Ucrania, Odesa en el Mar Negro y Moscú y la región que le rodea (el centro principal de la industria textil) y sobre todo San Petersburgo, que empezaba a ser un centro importante de industria pesada. La construcción dt ferrocarriles contribuyó algo a facilitar las comunicaciones, y también a esparcir a los agitadores socialistas por el país; pero San Petersburgo estaba en relación más estrecha que otras ciudades con el mundo exterior, y llegó a ser el centro principal de la propaganda social-demócrata. En 1885 N. V. Vodovozov formó lo que se dice que fue el primer grupo decididamente social-demócrata de esa ciudad; y al año siguiente apareció otro grupo bajo la jefatura de Tochissky, que sobrevivió hasta participar y morir en la revolución de octubre de 1917; pero los grupos más importantes dentro de Rusia durante la década de 1880 fueron los dirigidos por Blagoev y Brusnev. Dimitir Blagoev,[5] cuyo grupo fue disuelto por la policía en 1887, publicó un periódico ilegal *Rabochy:* escapó a Bulgaria cuando su grupo fue destruido y llegó a ser uno de los jefes

4 Véase vol. II, p. 299.
5 Véase p. 453.

del movimiento socialista búlgaro. Murió en 1924. Lo sustituyó el ingeniero Mikhail Ivanovich Brusnev (1866-1937), cuya organización duró desde 1888 hasta 1892. Estos dos grupos estuvieron en contacto con el grupo de Emancipación Obrera de Plekhanov establecido en Ginebra.

La década de 1890 empezó mal, con hambre muy difundida y una grave epidemia de cólera en 1891, y con mucho malestar en las aldeas que padecían hambre y también en las ciudades. Un grupo de intelectuales intentó el mismo año formar un Partido del Derecho Nacional, para unir a liberales y revolucionarios en una lucha común en favor de la reforma constitucional: publicaron un periódico y varios folletos, pero el grupo fue suprimido en 1894. Los narodniks también formaron, hacia 1892, una nueva organización en el norte de Rusia, que hizo circular una serie de folletos clandestinos titulados *Hojas Volanderas,* pero se desarrollaron con mucha más rapidez los grupos social-demócratas. En 1893 empezó un nuevo movimiento huelguista, que culminó en las grandes huelgas de obreros textiles de San Petersburgo en 1896. Lenin inició entonces su actuación como agitador social-demócrata.

Vladimir Ilych Ulyanov (1870-1924), más conocido por el nombre de Lenin, se hizo marxista durante sus días de estudiante en la Universidad de Kazan. Su hermano mayor, Alejandro Ulyanov, había sido ejecutado en 1887 por su participación en el intento abortado de matar a Alejandro III, y esto fue el comienzo de la carrera revolucionaria de su hermano menor. Expulsado de la Universidad de Kazan, se trasladó primero a Samara, en donde creó un círculo marxista, y después, a fines de 1893, a San Petersburgo. Dos años más tarde consiguió unir a unos veinte grupos marxistas que encontró allí en una Liga de Lucha por la Emacipación de los Trabajadores, que pronto estuvo en relación estrecha con el Grupo de Emancipación dirigido en el extranjero por Plekhanov y con otros grupos de desterrados en Alemania, Francia e Inglaterra. Mientras tanto publicó su primer folleto importante, *Quiénes son los amigos del pueblo* (1894), una exposición de la doctrina social-demócrata en viva controversia contra los narodniks. El mismo año apareció la obra de Pedro Struve *Notas críticas acerca del desarrollo económico de Rusia,* el comienzo de una larga controversia entre los social-demócratas revolucionarios y el grupo de intelectuales que llegó a ser conocido por el nombre de "Marxistas Legales". Al año siguiente, Lenin fue detenido en San Petersburgo y desterrado a Siberia, en donde permaneció hasta 1900, estudiando y escribiendo mucho y estableciendo contactos con otros socialistas desterrados, a la vez que procuraba enterarse lo mejor posible de la suerte del movimiento revolucionario en la Rusia Europea.

La rápida remoción de Lenin de la jefatura del movimiento en San Petersburgo no puso término a la actividad de éste. Bajo la influencia

de Lenin había empezado a ponerse en relación con los obreros de las fábricas y a apoyar las huelgas con folletos especialmente escritos para ellas y también oralmente. Después de ser arrestado, Lenin escribió en la prisión un folleto, *Acerca de las huelgas,* en el cual pedía a los social-demócratas que se pusiesen a la cabeza de la organización obrera, y que luchasen por sus reclamaciones económicas a fin de atraerla al socialismo. Después de la remoción de Lenin, la Liga tomó parte en las grandes huelgas de 1896, lo cual condujo a que en el año siguiente fuese aprobada la Ley de fábricas, limitando la jornada de trabajo para los varones adultos a 11 horas y media, y estableciendo otras reformas. El movimiento huelguístico, tanto en San Petersburgo como en otros lugares, continuó durante poco años más en escala considerable. Y los social-demócratas tomaron parte creciente en él. Sin embargo, entre ellos surgieron, en parte como resultado de la Ley de fábricas de Witte de 1896, profundas diferencias de opinión acerca de la política a seguir. Una sección, conocida más tarde como los "Economistas", sostenía que lo acertado era dedicarse a la lucha económica, a formar sindicatos obreros y a organizar movimientos huelguísticos en favor de mejores salarios y condiciones de trabajo, y subordinar la campaña política a esos esfuerzos, hasta que surgiera un movimiento de masas obreras en el terreno económico. Decían que la agitación política no sólo no se atraía la ayuda de las masas, sino que además dividía a los trabajadores en escuelas rivales en lugar de unirlos. En contra de esta opinión protestaba con vehemencia la mayoría de los social-demócratas marxistas, insistiendo en la necesidad de una propaganda revolucionaria bien definida, y de la creación de un partido socialista organizado que dirigiese a la clase obrera y la preparase para la revolución. En este momento la discusión era algo confusa; porque los "Economistas" incluían tanto a revolucionarios que esperaban dar un carácter revolucionario a la acción obrera, como a moderados que esperaban que fuese legalmente reconocido el derecho a coaligarse, a establecer formas regulares de contratos colectivos y a convencer al gobierno para que se estableciesen otras medidas legislativas protectoras del trabajo. Él último grupo estaba dirigido por los "Marxistas legales" Pedro Struve (1870-1934) y Mikhail Ivanovich Tugan-Baranovsky (1865-1919); el primero encontró su forma de expresión en el periódico de San Petersburgo *Rabochaya Misl (El* Pensamiento de los Trabajadores), fundado en 1897 y dirigido por Takhtarev y por Lokhov.

Las opiniones rivales de las facciones social-demócratas estaban representadas tanto entre los desterrados como dentro de Rusia. Entre los que salieron de Rusia a principio de la década de 1890 estaba B. N. Krichevsky (1866-1919), que, después de haber estado en relación con el Grupo de Emancipación Obrera de Plekhanov durante algún tiempo,

en 1895 se unió con algunos otros para formar la Liga de Social-Demócratas Rusos, como un centro extranjero rival. Esta organización en 1898 empezó a publicar un periódico *Rabocheye Dyelo* (La Causa de los Trabajadores), que trató de ser reconocido como órgano principal del marxismo ruso: A. S. Martynov (1865-1935), que más tarde fue un dirigente menchevique, y V. P. Akimov (1875-1921), con Krichevsky, fueron sus directores.

En seguida se inició una viva disputa entre el grupo de Krichevsky y la facción de Plekhanov, que acusaba al primero de abrir demasiado la puerta a la doctrina "Economista" y a otras de transacción, y trató de fundar un periódico que fuese expresión de las opiniones del Grupo de Emancipación Obrera. Por supuesto, los dos grupos se afanaban por conseguir ayuda en Rusia, y ninguno de los dos estaba todavía dispuesto a excomulgar al otro. Ambos, de hecho, se consideraban a sí mismos como secciones de un partido social-demócrata común, que todavía no tenía existencia formalizada. Mientras tanto, dentro de Rusia, siguiendo el modelo de la organización fundada en San Petersburgo por Lenin, se habían establecido en muchas ciudades ligas derivadas de los pequeños y clandestinos círculos social-demócratas; y se habían hecho planes para celebrar un congreso secreto, en el cual se constituiría una organización nacional. También había una gran actividad socialista en la Polonia Rusa y en Lituania, especialmente entre los trabajadores judíos. En 1895 se creó un Partido Social-Demócrata Polaco, en franca oposición con el Partido Socialista Polaco, de carácter nacionalista, de Pilsudski, el cual estaba en estrecha relación con los polacos austríacos; y dos años más tarde un Partido Socialista Judío, conocido por el Bund, fue fundado para organizar a los trabajadores judíos de todo el territorio incluido en el Palé judío, es decir, tanto en la Rusia Blanca como en Polonia y Lituania. Lo mismo el Partido Social-Demócrata Polaco como el Bund a quienes se debieron numerosos movimientos huelguísticos durante este período, se consideraban a sí mismos como pertenecientes al movimiento social-demócrata que tenía su centro en Rusia, y tomaron parte en las negociaciones para el congreso constituyente. En 1898 se reunió secretamente en Pskov un pequeño congreso, que desde entonces fue considerado como el primer congreso del Partido Social-Demócrata Ruso. En total asistieron sólo 9 delegados, incluyendo los del Bund y ninguno de ellos era persona de gran importancia. Se reunieron durante tres días, y decidieron dar a conocer un manifiesto a los trabajadores de Rusia; nombraron un comité de tres que se encargase del trabajo de organización, pero todos los delegados y muchos dirigentes de los grupos social-demócratas de toda Rusia fueron detenidos casi inmediatamente después del congreso. Salió el manifiesto redactado por Struve, que no estuvo presente en el congreso; pero la organización desapareció, dejando

detrás algunas resoluciones, de las cuales la más importante afirmaba el derecho de toda nación a la autonomía, de acuerdo con la decisión tomada en el congreso de la Internacional Socialista celebrado en Londres en 1896.

La destrucción de la organización central del nuevo partido dentro de Rusia, hizo que los grupos del extranjero continuasen con sus rivalidades. El congreso de 1898 había decidido que la *Rabochaya Gazeta,* que se publicaba dentro de Rusia, en Kiev, se convirtiese en el órgano central del partido; pero siendo esto impracticable, los grupos del interior del país decidieron que tenían que crear un órgano central en el extranjero. El *Rabocheye Dyelo* de Krichevsky trató de serlo; pero la mayoría de los grupos de Rusia no estaban dispuestos a aceptarlo, y empezaron a discutir entre ellos acerca de la posibilidad de un periódico, en el cual desempeñase la parte principal el grupo de Plekhanov.

A principios de 1900 pusieron a Lenin en libertad de su destierro en Siberia, y volvió a la Rusia Europea, en donde en seguida se ocupó del proyecto de fundar un nuevo periódico y de rehacer el Partido Social-Demócrata. En Pskov, en donde se estableció cuando le prohibieron vivir en San Petersburgo, se reunió con varios representantes de las opiniones social-demócratas, incluyendo no sólo a Martov y a Potresov, sino también a Struve y a Tugan-Baranovsky, para estudiar proyectos del futuro periódico; a continuación viajó secretamente a varios lugares para consultar con grupos locales. En julio marchó al extranjero para reunirse con Plekhanov y su Grupo de Emancipación, y asegurar su participación en forma que hiciese de la nueva publicación un periódico independiente, no controlado por ningún grupo excepto por su propio comité directivo. En Alemania, consiguió la ayuda de Adolf Braun, del Partido Social-Demócrata Alemán, acordando que el periódico fuese impreso en Stuttgart por J. H. W. Dietz, el editor social-demócrata.

Entonces se pensaba que hubiese dos periódicos, uno de información y de propaganda y el otro "científico". El primero se llamaría *Iskra;* (La Chispa), porque como decía su lema, "la chispa encenderá la llama" el segundo sería *Zarya* (La Aurora), y estaría dedicado a artículos largos acerca de cuestiones teóricas. Hasta casi los últimos preparativos, Lenin estuvo en negociaciones con grupos e individuos pertenecientes a sectores muy distintos de la opinión social-demócrata; pero poco a poco el campo se fue estrechando. Por sus cartas se puede ver qué sospechosos le eran, no sólo Struve y los "marxistas legales", sino también los grupos que estaban en París y en Londres, incluyendo la Liga de los Social-Demócratas Rusos. Al final, el grupo de *Iskra* estuvo formado esencialmente por seis personas, tres antiguos miembros del Grupo de Emancipación Obrera, con tres que habían tomado parte en las discusiones dentro de Rusia. Los tres "Emancipacionistas" eran Plekhanov, Vera Zasulich y

P. B. Axelrod; los otros tres eran A. N. Potresov (1869-1934), Martov y el mismo Lenin. De estos últimos, Potresov, conocido también por el nombre de Starover, había actuado con Lenin en la Liga de Liberación de San Petersburgo, y había sido desterrado al norte de Rusia en 1898: ahora se fue con Lenin al extranjero. Martov (1873-1923), cuyo verdadero nombre era Yuly Osipovich Zederbaum, también había trabajado con Lenin antes y después de que éste se trasladase a San Petersburgo. Los dos habrían de ponerse al lado de los mencheviques en el congreso social demócrata de 1903 lo mismo que Axelrod y Vera Zasulich; pero en 1900 todos estaban en la izquierda de la organización, en la cual los "marxistas legales" representaban la extrema derecha y la masa principal de los "economistas" el centro derecha, con Krichevsky y el grupo de París, presidido por D. Ryazonov (1870-1945) ocupando una posición central.

El primer número de *Iskra* apareció en diciembre de 1900 y el de *Zarya* le siguió en marzo de 1901. Bastante antes de que se publicase ninguno de ellos llegaron al máximo las disputas doctrinales entre los emigrados que formaban la Unión de Social-Demócratas Rusos. En marzo de 1900 la parte de esta organización fuertemente contraria al "Economismo" se separó, y fundó un grupo rival de Social-Demócratas Revolucionarios, que se puso en relación con el grupo de *hkra.* El conflicto se produjo en parte por las disputas acerca de la fundación de *Iskra;* pero aún más por la publicación del folleto de Plekhanov *Vade Mecum* (1900), una colección de documentos que le sirvió para exponer las maniobras tácticas, y también los errores doctrinales de los "economistas" y de sus simpatizadores. En 1898 había aparecido un manifiesto, *Credo,* en el cual I. D. Kuskova (nació en 1869) dio a conocer lo esencial del programa de los "Economistas"; y durante el mismo año Tugan-Baranovsky había publicado su libro, *La fábrica rusa, su pasado y su presente,* apoyando la actitud de los "Economistas". A esto siguió una viva controversia en la prensa socialista rusa, tanto en el interior como en el extranjero; y en los grupos locales había mucha confusión en las opiniones. Empezaron a llegar peticiones para que se convocase un congreso pleno social-demócrata para que fijase la política del partido; pero no estaba claro quién tenía autoridad para convocarlo. La Liga de los Social-Demócratas rusos era una organización que podía reclamar este derecho; una segunda era el Grupo de Emancipación Obrera; y dentro de Rusia había varios grupos que tenían la esperanza de convertirse en el núcleo de un movimiento general. Lenin, de acuerdo con el grupo de Iskra, era contrario a una reunión inmediata de un congreso en pleno. Sostenía que una reunión de este tipo sólo agravaría la confusión, y que era preferible dejar que transcurriese un período para aclarar más las opiniones antes de llegar a una decisión que les

obligase. Lo que realmente se proponía era poner en claro la actitud de los "economistas" y excluirlos del partido y también emplear a *Iskra* para formular y defender un programa que después se pediría al congreso que aprobase.

Sin embargo, algo había que hacer, cuando menos evitar que la Liga de Social-Demócratas Rusos convocase un congreso que pudiera estar dominado por los partidarios del "economismo". Por esto, en 1901, el grupo *Iskra* organizó dos pequeñas reuniones preparatorias en Zurich para estudiar esta cuestión de un congreso. En la segunda de estas reuniones hubo desacuerdos profundos; y la separación de la mayoría de la unión de social-demócratas se hizo mayor. Entonces la Unión trató de tomar la dirección y, de acuerdo con unos grupos de Rusia, reunió en Belostok en 1902 una conferencia preparatoria que procedió a dar instrucciones para convocar a un congreso pleno, y designó a un comité organizador. Sin embargo, el comité fue detenido por la policía, y los preparativos fracasaron. Entonces, el grupo de *Iskra* volvió a tomar la dirección. Un proyecto de programa, redactado por Plekhanov con enmiendas de Lenin, fue publicado en *Iskra y* en *Zarya, y* fue el punto principal a discutir en el próximo congreso; y, después de muchas más maniobras para asegurar la situación, el segundo congreso del Partido Social-Demócrata Ruso se reunió en Londres en julio de 1903.

De este modo la social-democracia rusa, antes de que se reuniese el que en realidad fue su primer congreso, aunque nominalmente el segundo, ya estaba en guerra en varios frentes, sin contar su batalla principal en contra de la autocracia rusa. Estaba unida en contra de los narodniks por la creencia común de que Rusia estaba llamada a pasar por el proceso de un desarrollo industrial, y de que no existían razones válidas, objetiva o subjetivamente, para que el industrialismo capitalista dejase de arraigar y de crecer en suelo ruso. Coincidía en poner sus esperanzas de socialismo principalmente en el proletariado industrial que este desarrollo produciría, y que lo sometería a condiciones de explotación y a la falta de seguridad, abriéndolo así a la propaganda social-demócrata. También coincidían en creer que el capitalismo industrial era un sistema que llevaba consigo "contradicciones", que a su debido tiempo lo llevaría a la destrucción, y que al "socializar" los procesos de producción preparaba el camino para la propiedad social de los medios de producción y para la administración colectiva en interés de toda la sociedad; pero no estaban de acuerdo ni acerca de la forma en que se produciría esta transición ni de la rapidez con que se produciría; ni tampoco había acuerdo acerca de la parte que tomarían en la transición o en el movimiento obrero los aldeanos y los intelectuales. En contra de los narodniks, que pensaban más bien en "el pueblo" que en clases sociales y consideraban a los aldeanos y a los intelectuales como los

factores principales, sirviendo los intelectuales como de chispa para influir en el movimiento popular de masas con ideales socialistas, los social-demócratas coincidían todos en creer que la labor principal de construir la sociedad nueva habrían de realizarla los obreros industriales, ayudados por los intelectuales que estuviesen dispuestos a identificarse con ellos, y a la vez que arrastrarían tras ellos y bajo su dirección a los aldeanos, o por lo menos a los aldeanos más pobres; pero interpretaban de maneras diferentes esta doctrina; ni siquiera estaban completamente de acuerdo en que la transición necesariamente tomaría la forma de un levantamiento revolucionario de los obreros industriales en contra de las clases capitalistas.

La dificultad estaba, en realidad, en que lo que cada uno llamaba "revolución" no era lo mismo. En primer lugar, había la revolución que estaba destinada a derrocar el régimen zarista; y desde este punto de vista el enemigo era la autocracia, un enemigo común a toda clase de socialistas, y en lo cual coincidían con muchos que no eran socialistas. En segundo lugar, había la revolución económica, que debía de poner término a la explotación de los pobres por los ricos y poderosos, incluyendo a los terratenientes, financieros, burócratas, militaristas, comerciantes y patronos industriales, es decir, a varios elementos que con frecuencia estaban en desacuerdo entre sí, y que acaso incluía posibles aliados durante algunas etapas de la lucha. Incluso si fuese necesaria una revolución política para derrocar a la autocracia, esto no quería decir que hubiese también una revolución económica, o, por lo menos, una revolución socialista. Tampoco significaba que necesariamente debía producirse una revolución económica que tuviese para todos el mismo sentido como lo tenía la revolución política. Era posible sostener que la revolución política haría posible la "revolución" económica por medios pacíficos bajo el nuevo régimen político. De este modo, en un extremo estaban los que sostenían que las dos revoluciones tenían que realizarse a la vez, en uno y el mismo acto, mediante el establecimiento inmediato de un régimen económico socialista por los que triunfasen en la revolución política. Mientras que en el otro extremo estaban los que querían que la revolución política llegase sólo hasta establecer un gobierno constitucional y tratase después de avanzar gradualmente hacia el socialismo mediante la acción legislativa del nuevo gobierno nacional y localmente, y mediante las actividades progresistas de los sindicatos obreros, de las sociedades cooperativas y otras organizaciones obreras, ayudadas por el talento constructivo de las secciones avanzadas de los intelectuales, incluyendo a los técnicos que se pasarían al campo socialista.

El revisionismo, como lo predicaba Bernstein a los social-demócratas del Occidente, no dejaba de tener algún influjo en los social-demócratas rusos; pero bajo las condiciones rusas estaba llamado a tomar formas

algo diferentes, tanto a causa del grado mayor de autocracia, que casi eliminaba la idea de un gradualismo en política hasta que la primera etapa fuese realizada por la revolución, y también porque el atraso de la industria rusa, que excluía la posibilidad de un partido proletario apoyado por la mayoría del pueblo, parecía también imposibilitar el advenimiento inmediato de una economía predominante socializada, como la anunciada tanto por Bernstein como por Kautsky en el Occidente. Los social-demócratas de Occidente daban por supuesto que el capitalismo industrial sería la estructura predominante del sistema económico y se ocupaban únicamente de la manera de socializarlo. Por otra parte, los social-demócratas rusos querían que el capitalismo industrial se desarrollase, y por consiguiente tenían que considerar si podían reconciliar, y de qué manera, su hostilidad hacia él por explotar a los trabajadores con su actitud en favor del mismo como medio de un avance económico y de desarrollar el proletariado, preparando a éste para la conquista del poder. Los "marxistas legales", dirigidos por Pedro Struve, estaban dispuestos a ponerse al lado del capitalismo, al mismo tiempo que pedían a éste que aceptase reformas económicas en favor de los intereses obreros y que se aliase con los trabajadores en contra de la autocracia y de los terratenientes. Políticamente estaban del lado de la revolución como medio de establecer un gobierno constitucional, y esperaban que la revolución política prepararía el camino para un rápido desarrollo de las empresas capitalistas, acompañado, como había sucedido en el Occidente, por un desarrollo paralelo de las organizaciones obreras, que cada vez harían más presión sobre los capitalistas, y, en cierto momento, llegarían a ser lo bastante fuertes para producir el paso al socialismo.

Lenin, como hemos visto, se reunió y negoció con Struve y Tugan-Baranovsky, mientras estaba ocupado con los preparativos para el *Iskra* en 1900; y al hacerlo, reconocía que los "marxistas legales" eran todavía parte de la organización social-demócrata rusa, aunque, por supuesto, estaba decidido a apartarlos. Y en efecto, fueron separados antes de que se reuniese el segundo congreso; pero esto dejó dentro de la organización al grupo mucho más grande de los "economistas", que no deseaban, como Struve, una alianza con los capitalistas, sino que sostenían, por el momento, que la lucha política debería subordinarse a la económica, y que se prestase atención principal a la organización de los sindicatos obreros, fomentando la acción huelguista, y persuadiendo a los trabajadores para que presentasen demandas de mejoras como la jornada de ocho horas, la implantación de mejores condiciones sanitarias en las fábricas, mejores casas y la concesión del derecho a contratos colectivos y a elegir comités de fábrica. Los partidarios del "economismo" no eran necesariamente del ala derecha o reformistas contrarios a los revolucionarios, aunque algunos sí lo eran. Su propósito esencial era organizar un movimiento

obrero de masas atrayendo a los trabajadores mediante reclamaciones inmediatas sin perjudicar este llamado a las masas introduciendo la ideología socialista o despertando la oposición mediante ataques directos contra el zar o contra la religión. Sostenían que lo primero era conseguir que el mayor número posible de trabajadores se organizase en sindicatos obreros y en comités de fábrica, para lo cual los social-demócratas proporcionarían la dirección, más bien que establecer un gran partido socialista, que en el mejor de los casos sólo podía esperar tener como afiliados a una minoría.

El deseo de los "economistas" de concentrar la atención en la organización de los sindicatos obreros aumentó cuando al estallar repetidamente las huelgas en 1901 y 1902, las autoridades policíacas, en varias regiones, trataron de fomentar el establecimiento de sindicatos obreros bajo la dirección de espías policíacos y de agentes provocadores. Los métodos variaban según los lugares: desde la provocación deliberada de desórdenes, que proporcionaban una oportunidad para detener a los agitadores y para deshacer violentamente las organizaciones obreras, hasta el fomento de sindicatos "domesticados", a los cuales se les permitía manifestar quejas reales, siempre que no pasasen de lo que la policía consideraba como límites legítimos. Esta última forma de sindicato, inspirado por la policía, molestaba a los patronos tanto como la otra agradaba a los más reaccionarios de ellos; pero la policía no estaba necesariamente dirigida por la oposición de los patronos que, en muchos casos, eran ellos mismos contrarios a la autocracia y pedían la reforma constitucional. El inspirador principal del tipo "domesticado" de sindicato obrero fue Zubatov, jefe de la policía política de Moscú, "La Okhrana", y a causa de él este procedimiento fue conocido con el nombre de "zubatovismo". A principios de 1902 Zubatov fundó la sociedad para ayuda mutua de los trabajadores en la industria mecánica, bajo estrecha inspección de la policía; y esta organización llegó hasta el extremo de declarar huelgas en contra de patronos especialmente impopulares, incluyendo algunas empresas propiedad de capitalistas extranjeros. El gobierno francés protestó; y los empleados intentaron contrarrestar esto organizando comités de fábrica o sindicatos bajo su propio control. Zubatov fue cesado hacia el final de 1903; pero el abandono de sus métodos en Moscú no evitó que se empleasen otros análogos en diferentes lugares, como el caso de la organización del padre Gapon en San Petersburgo en 1905.[6]

El "zubatovismo, y los métodos más extremistas empleados por la policía en otros distritos, aumentó el deseo de los socialistas de organizar verdaderos sindicatos obreros a fin de apartar a los trabajadores de las organizaciones patrocinadas por la policía; pero aparte de esto, existía

e Véase p. 412.

una razón evidente para hacer todo lo posible a fin de fomentar los sindicatos obreros entre los trabajadores industriales, los del transporte y otros, en la esperanza de atraerlos más tarde hacia el socialismo. La mayoría de los social-demócratas no eran contrarios a esto; pero insistían en que los sindicatos obreros no podían ser efectivamente dirigidos por el socialismo sin un fuerte partido social-demócrata que los orientase y que le proporcionase jefes. Sin embargo, estaban divididos entre los que ponían principalmente sus esperanzas en el desarrollo revolucionario de la acción obrera, y que, por consiguiente, pensaban de manera análoga a los sindicalistas del Occidente, y los que sostenían que los sindicatos eran incapaces de ser más que un auxiliar de la acción de un partido socialista, como sucedía en Alemania y en Austria. Además, había el temor entre los social-demócratas más izquierdistas de que "el economismo" en la práctica llevaría a organizar sólo a los obreros especializados y a la creación de un tipo de sindicato obrero que se limitaría a servir los intereses económicos de una minoría, y que al fin se convertiría en una fuerza contrarrevolucionaria. La historia de los sindicatos obreros ingleses y norteamericanos se alegaba como una advertencia terrible de los peligros de este proceso.

Lenin, además de traducir la *History of Trade Unionism* de Sidney y Beatrice Webb y de completar su obra acerca de *El desarrollo del capitalismo en Rusia* publicada en 1899 durante su destierro en Siberia, había comenzado a atacar la tendencia "economista" ya en 1898, cuando apareció el *Credo* de Kuskova. También escribió en el destierro su folleto *Las tareas de los social-demócratas rusos* (1897), en el cual formuló su concepción de un partido revolucionario centralizado. Además de sus escritos en *Iskra* y en *Zarya* procedió, después de tener experiencia de las fuerzas que actuaban dentro del movimiento social-demócrata en 1900, a lanzar un ataque abierto contra los "economistas" y en general contra el ala derecha en su libro *¿Qué hacer?,* que fue publicado en 1902 como parte de su propaganda para preparar el próximo congreso. Allí sostenía que concentrar la atención en la lucha económica era condenar a los trabajadores a una esclavitud perpetua, porque necesitaban destruir el capitalismo, y no limitarse a luchar en favor de mejoras dentro de él, y no podían hacerlo mientras la autocracia les cerrase el camino para luchar contra el capitalismo. A continuación atacaba la idea de que la mera organización de sindicatos obreros llevaría a los trabajadores a aceptar espontáneamente el socialismo como un objetivo, afirmando que los sindicatos no podían realizar nada sin el impulso de una teoría revolucionaria que los consolidase e inspirase la conciencia de los trabajadores. "Sin una teoría revolucionaria —escribió— no puede haber movimiento revolucionario... La vanguardia sólo la puede ocupar un partido guiado por la teoría más avanzada." Decía que en contra

de los sindicalistas, la ideología socialista era una cuestión de conocimientos científicos, no una ideología espontánea de clase: si los socialistas dejaban de enseñar a los trabajadores el socialismo científico, la ideología burguesa usurparía el puesto vacante. Expuso el mayor contraste posible entre la ideología socialista y la burguesa, y negó que hubiese lugar para ninguna doctrina intermedia o para algún campo neutral entre ellas. El "Economismo", sostenía, está llamado a terminar en mero reformismo, y a destruir el espíritu revolucionario. Acusó a los "economistas" de ser los equivalentes rusos de los revisionistas, que estaban haciendo lo más posible por destruir el marxismo en el Occidente.

En 1902 no solamente hubo grandes huelgas industriales en Rusia, incluyendo una huelga general muy violenta en Bakú y Odesa, sino también muchas señales de un malestar campesino creciente. Esto, por supuesto, era llevar agua al molino de los narodniks, que por entonces se habían reorganizado en un Partido Social Revolucionario poco unido, en oposición activa a los social-demócratas. Es imposible fijar con precisión la fecha del Partido Social Revolucionario: parece haber empezado con una asamblea de grupos narodniks en la Rusia Central en 1898, en la cual se estableció una unión y un periódico, *Nuestra Tarea,* iniciado como órgano de este movimiento. Movimientos paralelos se produjeron en otras partes del país, especialmente en el norte de Rusia, donde el periódico *La Rusia Revolucionaria* empezó a publicarse en 1900. Aquel año se celebró una asamblea secreta con representación más amplia y decidió establecer un Partido Social Revolucionario. Al mismo tiempo fue creada una Escuela Agraria en el extranjero para formar agitadores, y los social-revolucionarios enviaron dos delegados al congreso de la Internacional Socialista celebrado en París. I. A. Rubanovich (1860-1920) fue su representante regular en los asuntos de la Internacional Socialista. Sin embargo, siguieron siendo una organización poco unida, que abarcaba muchas tendencias, y que insistía en que tuviesen bastante independencia sus grupos locales y regionales; sus afiliados eran desde terroristas de la antigua escuela a moderados que trataban de organizar cooperativas de aldeanos y de colaborar con los elementos más progresivos de los zemstvos rurales. Entre ellos fueron, durante este período, figuras sobresalientes, además de Rubanovich, Víctor Chernov (1876-1952), Katherine Breshkovskaya (1844-1914), desterrado en Siberia, y, en el ala derecha Félix Volkhovsky (1846-1914) y Nikolai Vasilievich Tschaikovsky (1850-1926), que habrían de llegar a ser, los dos, contrarrevolucionarios activos en 1914.

La creación del Partido Socialista Revolucionario, llamado también los "social-revolucionarios", fue seguida inmediatamente de nuevas actividades terroristas, a lo cual se oponían todos los sectores de los social-demócratas. También fue seguida de una rápida difusión de desórdenes

aldeanos, que no eran tanto producidos por los social-revolucionarios, pero que sí les proporcionaban una oportunidad para atraerse el apoyo de los campesinos. En este tiempo los social-revolucionarios habían perdido la mayor parte de su influencia sobre los obreros industriales en las grandes ciudades; pero seguían teniendo bastantes partidarios entre los aldeanos y los obreros industriales más dispersos en pequeñas ciudades y en distritos rurales. Su dirección seguían ejerciéndola casi exclusivamente intelectuales, y en las aldeas tendían a reclutar principalmente a los aldeanos más acomodados, especialmente a los que eran atraídos por alguna forma de cooperación. Su política no era muy clara, incluso respecto a problemas agrarios; pero tampoco lo fue, hasta 1903, la de los social-demócratas, que, en realidad, habían tendido a no tener en cuenta a los aldeanos. Pedían, por supuesto, la reforma agraria y la entrega a los aldeanos de más tierra, especialmente la tierra que había sido dada a los terratenientes en los días de la emancipación de los siervos. En general, eran partidarios del cultivo por los aldeanos dentro del marco de una comunidad aldeana renacida y reformada, en la cual esperaba que se desarrollasen mucho las empresas cooperativas; pero no eran meros reformadores: eran partidarios de la revolución política como preludio necesario para establecer la comunidad aldeana; de la descentralización administrativa y, en algunos casos, de un tipo de federalis^ mo casi bakuninista. Entre ellos había tanto anarquistas de la doctrina de Kropotkin como socialistas que consideraban necesaria alguna base de gobierno político. Y más allá de ellos había un sector marginal anarquista, que tenía partidarios lo mismo en las ciudades que en el campo, y estaba relacionado con el grupo sindicalista extremo de los "economistas".

Los social-revolucionarios no eran los únicos defensores de las cooperativas aldeanas. También las defendía una sección de los terratenientes liberales y de funcionarios relacionados con los zemstvos y por varios economistas liberales que eran partidarios de la reforma agraria. Este último grupo tenía contactos con los "marxistas legales", quienes, sin embargo, aspiraban al desarrollo de métodos capitalistas en la agricultura, y, por consiguiente, favorecían las grandes propiedades agrícolas y el establecimiento de bancos de crédito para favorecer las inversiones en agricultura. Frente a estos grupos, que favorecían a los agricultores aldeanos más prósperos y progresistas, los social-revolucionarios trataban de atraerse a todas las secciones de los aldeanos, mientras que los social-demócratas se inclinaban a establecer una separación cada vez mayor entre los "kulaks" y los aldeanos pobres cuya tierra no les bastaba para vivir, a no ser que encontrasen un trabajo complementario. También los social-revolucionarios se daban cuenta de que con frecuencia a los agricultores capitalistas les resultaba mejor emplear a pequeños agricultores

con salarios bajos y por poco tiempo que emplear a trabajadores de una manera permanente; pero no querían establecer dentro de la aldea divisiones profundas de clase que pudieran contribuir a la destrucción de lo que había quedado de la antigua comunidad aldeana.

En 1902 Struve, después de su rompimiento definitivo con Lenin y con Plekhanov, fundó su periódico propio fuera de Rusia. Fue publicado en Stuttgart, y llamado *Osvobozdenie* (Liberación). Desde este momento los "marxistas legales" tuvieron sus grupos propios completamente separados del Partido Social-Demócrata. En 1903 celebraron una asamblea propia, en la cual se unieron a los liberales que pertenecían a los zemstvos. Poco más tarde la mayor parte de ellos habrían de pasar, durante la revolución de 1905, al Partido (constitucional-democrático) de los Cadetes.

Por consiguiente, cuando la asamblea social-demócrata se reunió en 1905, este elemento ya no estuvo representado; y los "economistas" también habían dejado de existir como grupo organizado dentro del partido. Hemos visto que el proyecto de programa de partido que había de presentarse a la asamblea había sido redactado con anticipación por Plekhanov, cuya primera redacción había sido muy corregida por Lenin. En forma revisada, había sido publicado en *Iskra* bastante antes del congreso, y su contenido había sido expuesto en muchos artículos y también en el escrito de Lenin *¿Qué hacer?* En el congreso fue aprobado con una oposición sorprendentemente pequeña, apoyado por la autoridad del grupo Iskra, el cual incluía a quienes pronto iban a ser dirigentes importantes de la fación menchevique. No fue el programa, sino el problema de la organización del partido lo que produjo la división histórica de bolcheviques y mencheviques; pero detrás de este asentimiento aparente de opinión hubo antes muchas disputas detrás de bastidores.

Estas discusiones no fueron publicadas de manera completa hasta 1924, en la *Miscelánea de Lenin.* El punto principal de la controversia fue el de la dictadura del proletariado, en la cual Lenin insistía con éxito en contra de Plekhanov. Ésta fue también la cuestión más discutida en la asamblea misma, pero fue aceptada en la siguiente forma, en apariencia inequívoca:

> Una condición esencial para la revolución social es la dictadura del proletariado, es decir, la conquista por el proletariado de un poder político tal, que le permita destruir todos los intentos de resistencia por parte de los explotadores.

A esto seguían peticiones del derecho al sufragio universal, directo e igual, de una asamblea constituyente que estableciese una constitución, de libertad de palabra y de reunión, y de imprenta, del derecho a orga-

nizarse en sindicatos obreros y a declararse en huelga, de abolición de las detenciones arbitrarias, etc.; y algunos delegados encontraron que no eran compatibles estas demandas con la afirmación en favor de la dictadura. Fue Plekhanov quien contestó estas objeciones diciendo:

> El triunfo de la revolución es la ley suprema; y si el triunfo de la revolución exigiese la limitación temporal de algún principio democrático, sería criminal no establecer esa limitación. Según mi opinión, incluso el principio del sufragio universal tiene que ser considerado desde el punto de vista del principio fundamental de la democracia a que ya me he referido. En hipótesis, uno puede concebir una situación en la cual los social-demócratas serían opuestos al sufragio universal. Hubo un tiempo en que las repúblicas burguesas italianas privaron de los derechos políticos a las personas que pertenecían a la nobleza. El proletariado revolucionario puede restringir los derechos políticos de las clases superiores, -del mismo modo que las clases superiores han limitado los derechos del proletariado.

Este pasaje* pone en claro que Plekhanov concebía esa dictadura exclusiva como medida excepcional, a la cual se recurriría en una emergencia, y no como la forma de gobierno que los trabajadores adoptarían normalmente o en la que persistirían como forma duradera de gobierno. Sin duda, Lenin pensaba en más que esto, aunque también él, como lo mostraría más tarde, pensaba en una asamblea constituyente elegida mediante el sufragio universal como natural consecuencia de la revolución. Prefirió que, en el congreso, fuese Plekhanov quien pulimentase el texto, muy satisfecho de haber conseguido que la declaración en favor de la dictadura hubiese sido aceptada como parte del programa social-demócrata.

Después de este punto, las partes del programa más discutidas fueron las que trataban de la cuestión agraria y del problema de la autonomía nacional. La cuestión agraria también había sido discutida con motivo de la redacción de Plekhanov. Había acuerdo en que los *otrezki* (las tierras cultivadas por los aldeanos y que fueron entregadas a los terratenientes en 1861) debián ser puestas en manos de los aldeanos para ser redistribuidas por los comités comunales; y, como ya vimos, los social-revolucionarios también hicieron esta petición. Lenin insistió, contra la oposición del comité Iskra, que el programa debía pedir también la nacionalización de toda la tierra, no sólo después de la revolución socialista, sino como parte del mínimo de demandas que habrían de hacerse a cualquier gobierno que estuviese en el poder después de la primera etapa de la revolución, la cual se esperaba que diese el poder

a la burguesía. También aquí Lenin insistió con éxito en este punto, que coincidía con una demanda análoga del programa de los social-revolucionarios. Sin embargo, los social-revolucionarios no establecían la distinción entre las dos etapas de la revolución, la burguesa y la socialista, la cual Lenin señaló claramente en el programa social-demócrata.

El primer congreso social-demócrata de 1898, como vimos, aprobó una propuesta afirmando el derecho a la autonomía nacional, y esto fue reproducido en la redacción del programa. En este punto estaban de acuerdo en el grupo Iskra, y, en realidad, casi todos los delegados; pero fue enérgicamente combatido por los delegados del Partido Social-Demócrata Polaco, dirigidos en el congreso por Adolf Warski.[7] Como ya vimos, los social-demócratas polacos se hallaban en viva contienda con su rival el Partido Socialista Polaco, dirigido por Pilsudski, en contra del cual insistían en la necesidad de que los trabajadores polacos se sumasen a los trabajadores rusos para una lucha común de emancipación. En el congreso sus objeciones fueron dejadas a un lado: Rosa Luxemburgo, su representante más poderosa, no estaba presente. Sin embargo, fueron apoyados por el Bund judío. En un momento ulterior de los debatees del congreso, cuando el programa ya había sido aprobado y se estaban discutiendo los estatutos del partido, el Bund estuvo otra vez en desacuerdo con la mayoría al pedir que fuese reconocido como el único representante de los trabajadores judíos de todo el territorio ruso. Ya entonces se había acordado que el partido debía constituirse sobre una base centralizada, con secciones territoriales que actuarían bajo una dirección central. El congreso rechazó la propuesta del Bund por considerarla incompatible con su estructura; y a continuación los cinco delegados del Bund se retiraron de la reunión. Otros tres delegados también se marcharon, por razones análogas, cuando la mayoría se negó a reconocer la Liga de Social-Demócratas rusos como sección extranjera del partido. Como veremos estas disidencias, al alterar el equilibrio del congreso, tuvieron consecuencias muy importantes.

La gran discusión que, antes de que el congreso terminase, había dividido a los demás social-demócratas en lo que pronto se convirtió de hecho en dos partidos contrarios, surgió, no acerca del programa sino, en primer lugar, acerca de la base para ser miembro del partido y, en seguida, acerca de las personas que habrían de ser encargadas de los asuntos del partido. La primera gran batalla fue librada entre Lenin y Plekhanov, por una parte, y Martov y Trotsky, acerca de cómo debería redactarse la cláusula que definía quiénes podían ser elegidos miembros. Lenin quería que se dijese que la admisión debía estar abierta a "aque-

t Véase pp. 452 ss.

líos que aceptasen el programa del partido y que lo apoyasen tanto materialmente como por la participación personal en alguna de las organizaciones del partido". Martov deseaba que se omitiese la referencia a "participación en alguna de las organizaciones del partido". El punto que se discutía en modo alguno aparecía claro en las palabras: pero detrás de éstas existían diferencias profundas en la concepción del partido. Lo que Lenin quería era un partido disciplinado, compuesto de individuos selectos que estuviesen dispuestos a trabajar bajo órdenes que recibirían de la organización especial del partido a que estuviesen unidos. Quería que estas organizaciones fuesen ramas locales bien delimitadas del partido, que actuasen bajo instrucciones recibidas de las organizaciones centrales directoras. Es decir, quería acabar con la práctica existente, que dejaba a cualquier puñado de social-demócratas libres para constituir su propio grupo y para unirse después a agrupaciones mayores formadas desde abajo. Deseaba que esta estructura fuese sustituida por una en que la autoridad descendiese desde el centro, de tal modo que evitase la existencia de facciones en lucha que se considerasen con derechos iguales. Deseaba también reprimir la tendencia de los intelectuales a actuar por sí mismos, y a fundir los grupos de intelectuales en ramas" que incluyesen también a proletarios, como un freno al análisis burgués de ideas, que él consideraba como algo completamente distinto de inculcar la ideología marxista correcta del "socialismo científico".

En el congreso, Lenin, fue apoyado por Plekhanov, fue derrotado por pocos votos en esta cuestión especial, y se aprobó la redacción de Martov, habiendo tomado Trotsky una parte prominente en la discusión poniéndose del lado de Martov. Sin embargo, era claro que el camino que de hecho tomase el partido dependía mucho menos de las palabras con que se redactase la regla referente a los miembros que de su programa, acerca del cual Lenin tenía criterio propio, y de las personas elegidas para dirigirlo cuando el congreso terminase. Este problema del personal era difícil; porque en la práctica tenía que haber dos organismos, uno encargado de organizar el partido dentro de Rusia y otro de los periódicos de éste publicados en el extranjero. Y a ésta iba unida la cuestión de cuál de los dos organismos decidiría en definitiva entre congreso y congreso en el caso de que surgiesen diferencias entre los dos. También había que examinar la demanda de la Liga de Social-Demócratas del extranjero, la cual estaba en manos hostiles al grupo de Lenin, para ejercer una inspección general de la labor realizada fuera de Rusia, incluyendo los periódicos publicados en el extranjero. Esta última demanda, como hemos visto, fue dejada a un lado en el congreso, el cual decidió confiar el control general del partido a una Comisión Central compuesta principalmente de miembros del interior de

Rusia, y el control de los periódicos publicados en el extranjero a un comité de Iskra especialmente elegido, o junta directiva, formada por miembros que viviesen fuera de Rusia, estableciendo además un Consejo unido compuesto de dos miembros por cada uno de estos organismos, y además por un presidente directamente elegido por el congreso, Consejo que resolvería las diferencias que surgiesen entre ellos y decidiría en caso necesario cuál sería la política a seguir entre un congreso y otro.

La gran controversia que siguió a la aprobación de este proyecto, fue acerca de la composición del comité de Iskra. El antiguo comité, que había sido casi independiente, había estado formado por Plekhanov, Vera Zasulich y Axelrod (miembros antiguos), con Lenin, Martov y Potresov (que estaban recién llegados del interior de Rusia cuando Iskra se fundó). Lenin propuso que se prescindiese de Vera Zasulich, de Axelrod y de Potresov, que se habían opuesto a muchas de sus opiniones en el congreso, y que el comité se redujese a Plekhanov, Martov y él mismo, suponiendo que esto les daría a él y a Plekhanov una mayoría sobre Martov. Gracias a que se retiraron los delegados del Bund y de la Liga de Social-Demócratas, consiguió que se aprobase su propuesta. Los ofendidos partidarios de Zasulich y de Axelrod, incluyendo a Trotsky, a continuación se negaron a intervenir en los nombramientos para el comité central del partido; y fue elegido un comité formado todo él por partidarios de Lenin, que en adelante fueron llamados bolcheviques. Así terminó el congreso, dejando a la minoría (que desde entonces se llamó menchevique) indignada, y a muchos de la mayoría, incluyendo a Plekhanov, en un estado de profunda preocupación mental por lo que ellos temían que habría de significar la división de la social-democracia en facciones impotentes que lucharían entre sí. Trotsky compartía esta preocupación. Durante el año que precedió al congreso él había estado en relación estrecha con Lenin y el grupo de Iskra, y había vivido como amigo íntimo de Axelrod y de Vera Zasulich. Había escapado de Siberia en el verano de 1902, y en el otoño Lenin le había llamado a Londres para que le informase acerca de la situación de los grupos del interior de Rusia, que él había estado visitando desde que escapó. Trotsky le agradó a Lenin, y lo introdujo en *Iskra,* en contra de la oposición de Plekhanov, que no simpatizó con él; y le extrañó que Lenin y Plekhanov se uniesen para expulsar a sus compañeros del comité, y le repugnó el intento de Lenin de establecer un partido estrecho bajo una rígida disciplina central. Estos sentimientos le llevaron al campo menchevique, aunque en muchos puntos estaba más próximo de los bolcheviques, y pronto había de reaccionar con no menos energías en contra del sectarismo menchevique que en contra de Lenin.

Sin embargo, por el momento lo que más importancia tenía era la actitud de Plekhanov. Cuando vio que el resultado del congreso no había sido crear el partido unificado en que él pensaba, sino dividirlo completamente, en seguida cambió de actitud, y empezó a intervenir como conciliador invitando a los mencheviques a regresar al partido. Trató de persuadir a Lenin para que accediese a reponer a los miembros destituidos del comité de Iskra; pero Lenin se atuvo firmemente a la decisión del congreso. Martov ya había dimitido del comité como protesta, dejando en él sólo a Plekhanov y a Lenin; pero Plekhanov también había sido nombrado presidente del Consejo unido y ocupaba dentro del partido una posición de mayor autoridad que Lenin. Bajo su responsabilidad invitó a los cuatro miembros antiguos a que volviesen a formar parte del comité, dimitiendo Lenin a continuación. De este modo *Iskra* quedó fuera del control de los bolcheviques, y se convirtió en el órgano de los mencheviques, con los cuales estuvo en adelante muy unido Plekhanov. Lenin fue elegido para la Comisión Central del Partido, que quedó bajo el control bolchevique. El Consejo unido desapareció. De este modo, desde 1903 en adelante, hubo de hecho dos partidos social-demócratas rivales, el bolchevique y el menchevique, con algunos supuestos conciliadores, entre ellos Trotsky, dudando penosamente entre los dos; pero, aunque la lucha fue enconada, ninguna facción estaba dispuesta a reconocer que existían dos partidos en lugar de uno: para los dos era parte esencial de su credo que sólo podía existir un partido social-demócrata, que era la vanguardia del proletariado y no una "secta". Por esto, cada facción pretendía ser la que representaba al único partido, y se conservó una sombra de unidad. Por algún tiempo habrían de volver a unirse, a causa de la revolución de 1905, sólo para separarse otra vez muy poco más tarde y continuar con sus disensiones hasta 1912, siendo todavía nominalmente miembros de un solo partido. Desde 1903 a 1905 riñeron furiosamente, ante el asombro de muchos de sus partidarios de toda Rusia, a quienes les era difícil comprender por qué luchaban. La Comisión Central de Rusia no tardó en empezar a bambolearse. Algunos de sus miembros fueron detenidos, y de los nuevos miembros elegidos en su lugar varios deseaban terminar con estas disensiones, y algunos se inclinaban hacia los mencheviques. Entonces los partidarios que Lenin tenía en Rusia crearon un nuevo Comité Organizador, que desafió la autoridad del Comité Central; y hubo un cambio constante de cartas combativas entre Lenin y los grupos social-demócratas en lucha. Casi desde el principio de la división Lenin había estado pidiendo enérgicamente que se reuniese un nuevo congreso para luchar nuevamente dando una batalla decisiva; pero también estaba decidido a asegurarse una mayoría. En efecto, ningún lado estaba dispuesto a asistir a un congreso convocado por los

partidarios del otro; ni tampoco accedían a que los conciliadores convocasen a uno abierto a los dos. Cuando se reunieron los congresos siguientes, fueron reuniones rivales bajo los auspicios de las facciones en lucha.

En 1904 Lenin publicó su famoso folleto *Un paso adelante y dos atrás* en defensa de la política que había defendido en el congreso del año anterior. Comenzaba con un ataque contra la concepción menchevique de un partido abierto a todos los que se declarasen de acuerdo con sus principios, y con el intento de definir la diferencia esencial entre clase y partido y entre el partido social-demócrata en particular y otros que se consideraban con derecho a este título. Decía que la diferencia entre clase y partido era fundamental. El partido era la vanguardia de la clase, señalado para dirigir por su clara concepción del camino a recorrer y por poseer una ideología científica. El partido no debía tratar de incluir en sus filas a toda la clase obrera: ni siquiera los sindicatos obreros podían hacer esto. Aún menos debía intentar admitir a todos y cada uno de los que declarasen que estaban conformes con él, sin tener en cuenta la clase social: este método no haría más que abrir la puerta a intelectuales chiflados y no de fiar; en nombre de la "libertad", pondría en peligro la disciplina, y arruinaría al partido con disputas sectarias. A los intelectuales se les debía acoger en el partido, pero sólo con la condición de que estuviesen dispuestos a aceptar su disciplina haciéndose miembros de una de sus organizaciones reconocidas, y obedeciendo cualquier orden que recibiesen de esa organización, la cual a su vez obedecería las órdenes recibidas de los organismos directivos centrales del partido, es decir, del congreso y del organismo establecidos por el congreso para ejercer su autoridad. Lenin insistía en que el partido tenía que ser un "todo organizado" ejerciendo por igual una disciplina proletaria en todos sus miembros. No debía mostrarse preferencia en favor de los intelectuales: los trabajadores, insistía Lenin, comprendían la necesidad de disciplina y estarían dispuestos a aceptarla. Los intelectuales debían hacer lo mismo o quedarse fuera del partido. Lenin desdeñaba mucho lo que él llamaba predilecciones "anarquistas" de los intelectuales pequeño-burgueses que se habían atrincherado en la Liga de Social-Demócratas rusos, que entonces era un baluarte menchevique. Decía que no tenían contacto ninguno con lo que pasaba dentro de Rusia. No se daban cuenta de que el partido, aunque esencialmente diferente de una clase social, había de tener sus raíces en la clase, y había de laborar dentro de la clase a fin de poder dirigirla.

Por otra parte, Martov y sus amigos, a quien se habían unido tanto Plekhanov como Trotsky, consideraban completamente equivocada la concepción del partido que tenía Lenin. Por supuesto, como declararon,

no identificaban el partido con la clase, ni suponían que toda la clase obrera podía ser llevada al partido, pero sostenían la idea de un partido de masas, como había sido creado en Alemania, que debiera estar abierto a todo trabajador y, en realidad, a cualquiera que estuviese dispuesto a afiliarse, a aceptar los principios establecidos y a contribuir a sus fondos. Creían que un partido así era la única manera de asegurar que hubiese sólo un partido social-demócrata influyente, en lugar de varios partidos fragmentarios en lucha. La unidad de acción, sostenían, tendría que conseguirse, como había sucedido en Alemania, no excluyendo a los que sostuviesen opiniones divergentes, sino permitiendo que todas esas opiniones fuesen defendidas dentro del partido, e insistiendo en que la minoría debería aceptar la decisión de la mayoría o marcharse espontáneamente. Martov, y aún más Plekhanov, quería un partido disciplinado; pero su concepción de la disciplina, que seguía el ejemplo alemán, era distinta de la de Lenin, como tendría que suceder si se pensaba que el partido era una organización de masas más bien que de una *élite,* y si debía existir, de hecho, lo mismo que ideológicamente, sólo un partido socialista, y no varios que defendiesen políticas diferentes, como sucedía, por ejemplo, en Francia. Creo que lo que sobre todo condujo tan rápidamente a Plekhanov del campo bolchevique al menchevique fue su profunda admiración por los alemanes y su horror a la idea de que hubiera dos partidos social-demócratas.

Martov no opinaba enteramente lo mismo que Plekhanov. En el terreno ideológico era una persona mucho más tolerante, y mucho menos seguro que Lenin o Plekhanov de que sólo existía un verdadero camino, y que él lo conocía sin lugar a dudas. Como Trotsky, era judío, e intemacionalista, tanto por instinto como por convicción racional. En él se daba mucho menos que en Lenin y en Plekhanov el "todo o nada" de los rusos, y estaba mucho más influido por las corrientes del pensamiento socialista occidental de su época. Plekhanov no se oponía al centralismo extremado de Lenin, como tal: en realidad, en este punto se puso al lado de Lenin en el segundo congreso. Se rebeló sólo cuando vio que el resultado de la política de Lenin no era implantar una unidad orgánica en el partido, sino dividirlo y destruir su unidad. Por supuesto, Lenin no deseaba conscientemente dividir el partido: esperaba imponerle su opinión y que se produjesen sólo disidencias individuales, sin fuerza suficiente para formar un partido rival. Sin embargo, cuando se vio que los mencheviques eran lo bastante fuertes para construir lo que efectivamente era un partido rival, no se desanimó. Creía que le seguiría la gran masa del proletariado social-demócrata y la mayoría de los intelectuales que le apoyaban dentro de Rusia, y que con esta ayuda podría reducir a la impotencia a los mencheviques desterrados y constituirse en el verdadero jefe de la parte del movimiento que

realmente influía, la parte que estaba dentro de Rusia y que tendría que hacer la revolución. Llegó a preocuparse mucho, aunque sin sentir temor, cuando se dio cuenta de que los mencheviques tenían partidarios dentro de Rusia, y, lo que aun era peor, que muchos de los grupos e individuos del interior de Rusia en que él había confiado deseaban llegar a una transacción con los mencheviques o desentenderse de lo que les parecía una innecesaria disputa sectaria. Esto aparece claramente en sus cartas escritas en 1904 y 1905, antes de que la división llegase al extremo de que se celebraran dos congresos rivales, pretendiendo cada uno el derecho a representar al Partido Social-Demócrata.

Mientras tanto, dentro de Rusia, los acontecimientos se producían rápidamente. El conde Sergius Witte, que había tratado de seguir una política liberal moderada, fue destituido por el Zar en agosto de 1903. Un año antes de esto Nicolás III, después del asesinato del ministro del interior, Sipyagin, por el estudiante Balmashov, había nombrado como sucesor suyo al antiguo jefe de policía, Viatscheslav Plehve, un violento reaccionario anti-semita. Plehve, en lugar de continuar la política de Zubatovist de favorecer los sindicatos obreros "domesticados", adoptó una política de provocación violenta, y trató de desviar el malestar creciente de las huelgas y de las revueltas aldeanas a pogromos anti-judíos. Bajo su dirección la policía deliberadamente organizó sociedades secretas anti-semitas, demostraciones, saqueos de tiendas y templos judíos, y pogromos que incluían asesinatos y malos tratos corporales de la población judía. Desde que fue nombrado, Plehve no dejó de hacer lo posible porque Witte cayese en desgracia y perdiese su puesto, y siguió una política de represión intensificada casi sin límites. No pudo evitar un desarrollo rápido del movimiento liberal basado en los zemstvos, los cuales habían constituido una Unión y empezaban a aprobar resoluciones pidiendo reformas tanto políticas como agrícolas, y que estaba fuertemente apoyado por el grupo liberacionista de Struve, el cual, como hemos visto, publicó su periódico, *Liberación* en el extranjero, pero que había llegado a organizarse dentro de Rusia como una Liga de Liberación; pero intensificó la campaña contra los socialistas, igualmente contra los social-demócratas y los social-revolucionarios, al mismo tiempo que realizaba sus pogromos. En julio de 1904 pagó sus culpas: fue asesinado por un grupo de social-revolucionarios, desempeñando la parte principal en el complot, Azev, un tipo extraordinario que era a la vez espía policiaco y el miembro principal de la organización terrorista central de los social-revolucionarios. La bomba que lo mató fue lanzada por el social-revolucionario Sazonov, que quedó gravemente herido por la explosión.

Por entonces los desastres de la guerra ruso-japonesa habían llegado ya hasta conmover los cimientos del zarismo, y la revolución de 1905

estaba ya en marcha. En agosto de 1904 Lenin reunió en Suiza una conferencia preliminar de sus partidarios del interior de Rusia para preparar el congreso bolchevique pleno que habría de reunirse al año siguiente, y también para completar los preparativos de creación de su nuevo periódico *V-perod* (Adelante), que había de reemplazar a *Iskra,* que ahora estaba en manos de los mencheviques, como órgano de la social-democracia bolchevique. El primer número apareció en enero de 1905. De hecho, el comité bolchevique organizador invitó tanto a los mencheviques como a sus propios grupos para que asistiesen al congreso de 1905, que se reunió en Londres el mes de abril; pero los mencheviques no aceptaron la invitación y celebraron un congreso o conferencia propio al mismo tiempo en Ginebra; pero cuando estas reuniones tuvieron lugar, la revolución rusa ya había empezado; por esto nos parece preferible aplazar el examen de su actuación.

## CAPÍTULO X

# LA PRIMERA REVOLUCIÓN RUSA

La revolución rusa de 1905 fue resultado directo de la guerra ruso-japonesa. Si el gobierno zarista no hubiese entrado en guerra, sin duda habría continuado el fermento de los años anteriores; pero lo más probable es que no hubiese sucedido nada que pudiera llamarse propiamente una revolución. Se habrían producido huelgas, pero nada que se aproximase a una huelga general extendida de extremo a extremo del país; y las huelgas habrían sido del tipo corriente, y habrían terminado pronto, ya por la acción del ejército o de la policía o porque los huelguistas, que no tenían fondos, no podían estar parados más de algunos días. Habría habido levantamientos aldeanos, pero estacionales, pues los aldeanos no podían dejar de sembrar o de hacer la recolección; y las autoridades habrían podido dominarlos fácilmente, aunque no impedir la repetición de los levantamientos en la siguiente estación favorable. Habría continuado, y acaso aumentado, la agitación tanto de los social-demócratas como de los social-revolucionarios, y protestas de los liberales con peticiones de reforma constitucional; pero si no hubiese habido guerra o más bien derrota en la guerra, los principales grupos de liberales reformistas no habrían podido ni soñar en desafiar directamente la autoridad del gobierno del zar. Fue en primer lugar la guerra, y después la derrota, lo que durante algún tiempo levantó a casi toda la población excepto a los terratenientes, la burocracia y los devotos de la Iglesia Ortodoxa para pedir insistentemente que se hiciese algo drástico.

¡Algo drástico! Pero en modo alguno estaba claro qué cosa: ni los distintos grupos pedían o querían las mismas cosas. Los aldeanos no querían que los apartasen de sus campos para servir en el ejército, y si ya se los habían llevado querían regresar. Deseaban impuestos menos pesados y precios más bajos para los artículos de consumo, más libertad personal y más tierra. Querían verse libres de los pagos de compensación que todavía tenían que hacer como resultado de la emancipación de la década de 1860; y querían que fuesen destituidos los capataces nombrados por el gobierno, y que continuamente intervenían en los asuntos de las aldeas; pero mientras algunos de ellos querían más libertad a fin de acabar con las comunidades aldeanas y convertirse en agricultores individuales prósperos y con crédito; otros pensaban en restaurar el poder de la comunidad y que se produjese un proceso nivelador en la aldea más bien que preparar el camino para que se desarrollase más la clase de los *kulaks* en beneficio de los cuales tendrían que trabajar los demás.

En la cuestión agraria les era difícil ponerse de acuerdo tanto a los liberales como a los socialistas. La mayoría de los liberales pedía que las tierras entregadas a los terratenientes en el momento de la emancipación fuesen dadas a los aldeanos, y que cesasen los pagos de compensación establecidos por las leyes emancipadoras; pero algunos deseaban compensar a los terratenientes por la pérdida de la tierra adicional, mientras que otros eran partidarios de suprimir la compensación; y algunos querían que continuase el cultivo aldeano, ayudado por sociedades cooperativas de crédito y mercado, mientras que otros querían desarrollar la agricultura capitalista y acabar con la estructura aldeana tradicional. También los socialistas estaban divididos, no sólo entre social-revolucionarios y social-demócratas, es decir, entre socialistas agrarios e industriales, sino también dentro de cada uno de sus partidos. Algunos deseaban pedir la expropiación inmediata de las tierras que poseían los grandes terratenientes; otros no deseaban llegar por el momento a socializar las tierras entregadas a los terratenientes como parte que les correspondió al ser emancipados los siervos. Todos los liberales y todos los socialistas pedían una reforma agraria; pero incluso palabras como socialización y expropiación significaban cosas muy diferentes según los contextos.

También en la cuestión constitucional todos los liberales y todos los socialistas pedían que terminase el gobierno autocrático; pero, hasta 1905, la mayoría de los liberales sólo pedían al Zar que reformase su gobierno, y no llegaban a demandar una asamblea constituyente elegida que decidiese acerca de la futura forma de gobierno, y mucho menos a exigir una república. Por supuesto, todos los socialistas querían una república; pero estaban divididos entre los que hacían de esto un objetivo inmediato y los que estaban dispuestos a ayudar a los liberales para conseguir una forma constitucional de gobierno, incluso si esto significaba, por el momento, conservar al Zar, o a algún otro miembro de la familia real como monarca constitucional. La gran mayoría, tanto de los social-revolucionarios como de los social-demócratas, pedía una república; pero las dos alas de los social-demócratas estaban completamente dispuestas a una revolución que, como resultado, estableciese una "república burguesa" y no un Estado socialista. En realidad, tanto los bolcheviques como los mencheviques estaban más dispuestos para esta etapa intermedia que la mayoría de los social-revolucionarios: esto era natural, porque los social-revolucionarios no pensaban que el atraso económico de Rusia era causa de que la situación no estuviese madura para una revolución socialista. Por el contrario, trataban de hacer la revolución socialista *antes* de que el capitalismo se hubiese desarrollado demasiado, para que el socialismo agrario se basase en las instituciones comunales de la aldea y en las empresas en pequeña escala de los

*artels* de artesanos. Mientras los bolcheviques censuraban a los mencheviques por estar dispuestos no sólo a ayudar a los capitalistas a establecer la república burguesa sino también a ser sus aliados para gobernarla, y mientras los mencheviques censuraban a los bolcheviques porque se negaban a hacer causa común con los revolucionarios burgueses, los dos grupos de los social-demócratas se unían para atacar a los social-revolucionarios, porque se oponían a la revolución burguesa, sirviendo de este modo a los intereses de la reacción, incluso cuando trataban de luchar contra ella.

La guerra cambió esta situación, en primer lugar al provocar violentas protestas contra el servicio militar, las más violentas de ellas en Polonia y en otros territorios no rusos, y que se extendieron, especialmente en Polonia y en la Rusia blanca, tanto a los trabajadores industriales como a los aldeanos. La represión brutal de los polacos fue un factor importante para despertar el sentimiento revolucionario, incluso antes de que se hiciesen sentir los efectos de las derrotas militares; y, por supuesto, mientras duró la guerra y el gobierno siguió mandando más y más tropas al Lejano Oriente con la esperanza de remediar la situación, las llamadas a filas continuaron y provocaron más y más disturbios locales. La falta total de preparación con que el Estado zarista entró en la guerra, agravaba estos efectos, haciendo que las llamadas a filas se sucediesen con rapidez prodigiosa y también aumentando los trastornos que éstas implican. Es indudable que el Zar y sus consejeros nunca habían esperado que los japoneses ofreciesen resistencia armada al avance hacia Corea y al establecimiento del control ruso sobre Manchuria. La rápida victoria de la escuadra japonesa sobre la rusa en Puerto Arturo en febrero de 1904 los sorprendió.

Después se sucedieron rápidamente desastre tras desastre, tanto por tierra como por mar. Para agosto de 1904 toda la escuadra rusa del Lejano Oriente había sido hundida, dispersada, internada o encerrada en Puerto Arturo. En enero de 1905 Puerto Arturo mismo se había rendido. En marzo, después de una serie de batallas sangrientas, los grandes ejércitos rusos habían quedado completamente derrotados y forzados a retirarse de Mukden hacia el interior. En mayo, la escuadra de auxilio que fue despachada desde Europa después de las primeras derrotas navales, había sido vencida, y la guerra quedó virtualmente terminada. En octubre de 1905 terminó oficialmente al firmarse el tratado de Portsmouth, en términos impuestos a Japón por las grandes potencias, que no querían que los japoneses, ni tampoco los rusos, fuesen dueños indiscutibles del Lejano Oriente.

La revolución rusa de 1905 se inició en enero con el "domingo sangriento" cuando la gran manifestación desarmada dirigida por el padre Gapon para pedir al Zar que remediase los sufrimientos del pueblo,

fue atacada a tiros y dispersada, con centenares de víctimas, en San Petersburgo a las puertas del Palacio de Invierno. Llegó a su máximo en octubre, con la gran huelga general que se extendió por todo el país, y que, con la ayuda de los ferroviarios y de los empleados de correos, paralizó casi por completo la vida de las ciudades y, durante algún tiempo, hizo imposible que el gobierno trasladase a los soldados en contra de los rebeldes. Después, la contrarrevolución se afirmó, y en medio de represiones feroces los desórdenes disminuyeron poco a poco a medida que los verdugos de Stolipin hacían su labor. Dejó establecida una Duma de miembros elegidos por el gobierno, dominada por grupos reaccionarios y una reforma agraria que destruyó lo que restaba de la antigua comunidad aldeana, y creó rápidamente una extensa clase de agricultores individuales que emplearon nuevos métodos como baluarte contra la revolución agraria.

El "domingo sangriento" (nueve de junio de 1905 según el cómputo antiguo) fue el resultado de una renovación de la política policiaca de Zubatovist en forma corregida y aumentada. El sacerdote, Padre Georgiy Apollonovich Gapon (1870-1906), había sido estimulado por las autoridades de San Petersburgo en febrero de 1904 para establecer su Asamblea de Obreros Industriales de Rusia como un instrumento para apartar al pueblo de las seducciones de los socialistas y de los sindicatos obreros clandestinos que estaban bajo la influencia de éstos. Se pensaba que la Asamblea proporcionaría varios servicios benéficos y organizaría también actividades educativas para los trabajadores de San Petersburgo, y con este fin recibió subsidios importantes de los fondos públicos; pero pronto empezó a convertirse también en un sindicato obrero. Después de estallar la guerra, los precios subieron rápidamente, mientras que los salarios bajaron por un tiempo. Gran número de trabajadores ingresaron en la Asamblea, y se formaron secciones en la mayoría de las grandes fábricas; pero los subsidios no fueron retirados; ni las autoridades intervieron en estas actividades, ni siquiera cuando los patronos empezaron a pedir que el movimiento de Gapon fuese prohibido. La policía no intervino ni siquiera cuando la Asamblea empezó a tratar de cuestiones políticas, o cuando varios de los afiliados a los partidos socialistas empezaron a tomar parte activa en su labor. Cualquiera que fuese su origen, no era una organización contrarrevolucionaria, sino que estaba capacitada para presentar peticiones muy amplias de una manera no revolucionaria. Gapon mismo no era un reaccionario, sino hasta cierto punto un sincero reformador que esperaba convencer al Zar para que despidiera a sus ministros reaccionarios e hiciera verdaderas concesiones al pueblo. La petición que la gran manifestación deseaba presentar al Zar, incluía no sólo una declaración de las injusticias económicas con solicitud de que fuesen remediadas, sino también demandas

para solucionar la cuestión agraria y para reformar la constitución. Había sido preparada durante varios meses; y se había consultado acerca de ella con el grupo "liberacionista", de Struve, pero al parecer no con las autoridades policiacas, que entonces se mantenían apartadas y dejaban que los reformadores más moderados tomasen la dirección, en la esperanza de emplearlos en contra de los elementos más revolucionarios.

El 9 de enero de 1905, Gapon dirigió su enorme manifestación hacia el Palacio de Invierno para presentar sus peticiones. Hubo algunos desórdenes en el camino, en algunos de los cuales Gapon mismo fue lanzado de su caballo y herido, de tal modo que no pudo seguir tomando parte en la manifestación; pero a la mayoría de los manifestantes se le permitió llegar a la plaza del Palacio de Invierno sin intervención ninguna. Sin embargo, la plaza había sido previamente rodeada por gran número de tropas; y, cuando estuvo llena, éstas empezaron a hacer fuego contra la gran multitud, causando cientos de víctimas. La multitud huyó y se dispersó. Pero hubo varias luchas dispersas en la ciudad entre los soldados o la policía y los manifestantes que asaltaron tiendas de armas, en busca de éstas, y muchos oficiales y policías aislados fueron atacados y desarmados. Se levantaron barricadas en algunos barrios de obreros, y la policía y los soldados tardaron varios días en recuperar el control completo.

Estos hechos sólo pueden explicarse suponiendo que las autoridades no estaban de acuerdo. Una parte del gobierno deseaba seguir una política conciliatoria frente a la intensidad del sentimiento popular, mientras que otra vio en la manifestación de Gapon una oportunidad magnífica para dar una lección a los obreros. En aquel día fatal el Zar estaba ausente de San Petersburgo, y ejercía la autoridad suprema el Gran Duque Sergio, que era un reaccionario extremo y que parece haber sido personalmente responsable de la concentración de tropas y de que se diese la orden de fuego. Pagó su falta al mes siguiente cuando fue asesinado por el social-revolucionario Kaliaev. Indudablemente los social-revoluciónarios se habían infiltrado en número considerable en la organización de Gapon, y habían contribuido a hacer más grande la manifestación; pero parece que la multitud estuvo completamente desarmada desde el principio, y es claro que, quienes recurrieron a la violencia, fueron los soldados y no los manifestantes.

Gapon, que huyó de Rusia después de la matanza, y publicó en el extranjero su *Historia de mi vida* (1905) sigue siendo una figura enigmática. No trató de ocultar que había estado en relación estrecha con la policía, y que había sido ayudado por ella para establecer su organización; pero se mantuvo como un sincero reformador cristiano que había esperado persuadir al Zar para que se pusiese a la cabeza del movimiento en favor de la reforma constitucional y económica. Recibió

muchos elogios en el extranjero, pero su conducta pronto disgustó a los revolucionarios desterrados, que lo habían acogido bien. En el otoño de 1905 regresó a Rusia y, lo que es asombroso, reanudó sus relaciones con la policía, al parecer prometiéndole informes acerca de las actividades como conspiradores de los social-revolucionarios. Se puso en comunicación con un dirigente social-revolucionario, Pinkas M. Rutenberg, y trató de atraerse su colaboración. Rutenberg fingió estar de acuerdo, y convino una entrevista con Gapon, de tal manera que su conversación fuese oída por otros miembros del partido ocultos en una habitación inmediata. Estos revolucionarios lo mataron entonces como espía.

Al tratar de juzgar a Gapon, es necesario considerar su caso en relación con el de Evno Azev (1870-1918), que, como vimos, desempeñó aun en mayor medida un doble papel. Azev era indudablemente un espía de la policía, que al mismo tiempo era de hecho presidente de la organización terrorista central de los social-revolucionarios, y desempeñó parte activa en la obra de éstos. Fue indudablemente una de las personas más responsables del asesinato de Plehve, el ministro reaccionario del interior, que estaba al frente de la policía. Al parecer, de hecho, desempeñó el papel de revolucionario y de espía de la policía con igual sinceridad o insinceridad. La explicación acaso sea, en realidad, que, como judío, odiaba a Plehve como principal instigador de la campaña de pogromos; pero esto difícilmente puede ser toda la explicación de su conducta. Parece haber sido un verdadero caso de personalidad dividida. Acaso a Gapon le sucediese lo mismo; pero parece más probable que no fue más que un demagogo algo desequilibrado, convencido de que su destino era ser caudillo del pueblo, y enteramente dispuesto a traicionar a los jefes rivales a fin de conseguir dinero para afianzar su propia influencia. Es difícil comprender a personas como Azev y Gapon en la atmósfera de países no acostumbrados al terrorismo ni a las formas más extremas de espionaje y provocación de la policía. Pero es más fácil comprenderlos ahora en Occidente que hace medio siglo, cuando al revelarse la conducta de Azev causó asombro general. Quien dio a conocer la verdad acerca de Azev en 1908 fue el desterrado ruso social-revolucionario Vladimir L. Burtzev (1862-1936), que estaba entonces al frente de la Liga de Social-revolucionarios de Izquierda de París y que se especializó en desenmascarar a los espías policiacos y a los agentes provocadores. Su revelación acerca de la conducta de Azev puso término a la disputa referente a las actividades terroristas dentro del Partido Social-Revolucionario.

Cuando tuvo lugar la manifestación de Gapon, San Petersburgo era ya teatro de una gran huelga que había empezado entre los obreros metalúrgicos empleados en las grandes fábricas de Putilov, a causa del despido de tres hombres que eran miembros de la Asamblea y que

habían tenido un choque con la gerencia. La huelga se extendió de las fábricas de Putilov a otras fábricas de la ciudad. Después del 9 de enero se extendió a otros centros en una gran oleada de huelgas, en las cuales influyeron las injusticias económicas y políticas y las protestas en masa en contra de la matanza, pero acaso lo que más influyo fue la oposición a la guerra. Ya en noviembre de 1904 la creciente hostilidad contra el gobierno entre la clase media había empezado a provocar una organización pública para presentar peticiones de reforma. Los miembros más avanzados de los zemstvos, en colaboración con los "liberacionistas", habían celebrado una conferencia pública, y habían decidido presentar una petición al Zar solicitando un gobierno constitucional y que se aumentase el poder del gobierno local para los zemstvos y los municipios. En relación con este movimiento se celebraron en muchas partes, a imitación de Francia, banquetes políticos, y se inició un extenso movimiento de organizaciones profesionales. Las clases profesionales acudieron a organizaciones, que establecidas nominalmente para leer trabajos científicos y para discutir problemas técnicos, abiertamente debatían asuntos políticos, y aprobaban resoluciones en favor de la reforma constitucional y agraria. Asustado por estas manifestaciones, el Zar, en diciembre de 1904, expidió un ucase extraordinario en el cual, sin hacer promesas precisas, habló de su deseo de establecer la "legalidad" y despertó vagas esperanzas que hicieron pensar a los liberales que el gobierno constitucional se aproximaba; pero los sucesos del 9 de enero y el asesinato del Gran Duque Sergio le hizo cambiar de opinión, y bajo la presión de los reaccionarios que lo rodeaban, publicó en febrero de 1905 otro manifiesto declarando su intención de mantener intacta la autocracia. Al mismo tiempo la policía invadió y clausuró las sesiones de varias sociedades profesionales, y ordenó que muchas de ellas fuesen disueltas. A esto siguió otro ucase, redactado por el ministro Bulygin, anunciando la intención del Zar de constituir una Duma, o asamblea, elegida por un electorado muy restringido, a fin de asegurar el predominio de los terratenientes, y que tendría sólo facultades consultivas y no poder para legislar o para investigar la labor de los ministros. Todo esto condujo a profundos desacuerdos entre los reformadores liberales, muchos de los cuales estaban atemorizados por las huelgas y por la prohibición de organizaciones profesionales. Los 'liberacionistas" de Struve celebraron una conferencia, en la cual se produjo una división. El ala izquierda se separó de la mayoría, la cual se unió con muchos de los liberales de los zemstvos para formar un nuevo partido —los Demócratas Constitucionales o Cadetes, bajo la jefatura de Paul Milyukov (1859-1943). Milyukov y su grupo, aunque, por supuesto, no estaban satisfechos con la asamblea consultiva propuesta, estaban dispuestos a recibirla bien como un primer paso y a participar en ella; mientras

que los liberales del ala izquierda deseaban boicotearla, sobre todo a causa de la forma sumamente anti-democrática de elección en la cual estaba basada.

El plan completo de la que llegó a llamarse la "Duma de Bulygin" no fue publicado hasta agosto; y antes de entonces la situación cambió considerablemente. Después de enero el movimiento huelguístico de los obreros se había extinguido, y durante algún tiempo la agitación de la clase media en favor de la reforma había ocupado el centro del escenario político, y era observada cuidadosamente por los socialistas, que ponían grandes esperanzas en ella como anuncio del derrumbamiento del régimen absoluto, pero que estaban divididos acerca de la línea que debían seguir con relación a ella. Dentro de Rusia, tanto los social-revolucionarios como los social-demócratas esperaban con afán la revolución, y un resultado de esto fue unir a las facciones rivales dentro de cada partido. Leonid N. Krasin (1870-1926), el ingeniero técnico de Kiev, que más tarde había de ser uno de los principales organizadores de la industria soviética, era entonces el principal jefe de los bolcheviques clandestinos dentro de Rusia. No estaba de acuerdo con la intransigencia de Lenin hacia la facción menchevique, y estaba haciendo todo lo posible para unir la acción de las dos facciones. En realidad, no había existido esta separación completa entre las dos ni en el movimiento ruso clandestino ni entre los jefes emigrados en el extranjero. Trotsky, aunque trabajaba con los mencheviques y escribía regularmente para *Iskra,* en seguida se unió a Krasin cuando secretamente volvió a Rusia en febrero de 1905, y pronto empezó a escribir manifiestos y folletos para el Comité Central, que estaba bajo la dirección de Krasin. Trotsky, según aparece en sus artículos de *Iskra,* pensaba que la situación en los primeros meses de 1905 era la de una insurrección ya en marcha, y que el proletariado era la única fuerza capaz de tomarla en sus manos y de conducirla al éxito. Por otra parte, Martov, al frente de los mencheviques en el destierro, aunque esperaba una revolución, sostenía que sería realizada bajo dirección burguesa, y que la misión de los social-demócratas era ayudar a los grupos de la clase media a ocupar el poder y actuar como aliado suyo. Así pues, Trotsky estaba más cerca de los bolcheviques que de los mencheviques: en realidad, fue más allá que el grupo encabezado por Lenin al anticipar que la revolución pasaría directamente de su fase burguesa a la proletaria. De hecho, Trotsky ya se había formulado a sí mismo, sobre todo bajo la influencia de Parvus, su concepción de la "Revolución permanente", que tendremos que examinar más adelante en este volumen.[1] Los social-demócratas, dentro de Rusia, tanto los mencheviques

[1] Véase capítulo xxvm.

como los bolcheviques, se inclinaban en su mayoría más a su opinión que a la de Martov, y estaban dispuestos a trabajar juntos en la lucha revolucionaria que se aproximaba. Mientras tanto, el partido social-revolucionario quedó algo desorganizado como resultado de la detención de todo su Comité Terrorista Central después del asesinato del Gran Duque Sergio, y estaba ocupado reorganizando sus fuerzas y discutiendo si debería continuar su campaña terrorista.

Las reuniones rivales de bolcheviques y mencheviques tuvieron lugar, una en Londres y otra en Ginebra, en mayo de 1905, durante la tregua que siguió a los acontecimientos de enero y febrero. Al congreso bolchevique, que fue con mucho el más numeroso, asistieron varios delegados, que más tarde habían de tomar parte sobresaliente tanto en la revolución de 1905 como en la de 1917, entre ellos Krasin, Kamenev, Rykov, Litvinov, Bogdanov y Lunacharsky. Su tono general fue sumamente hostil a la burguesía liberal y a los mencheviques, que estaban dispuestos a colaborar con ella; pero menos hacia los social-revolucionarios, con los cuales los bolcheviques reconocían que era necesario hacer causa común en el próximo levantamiento revolucionario. El congreso se ocupó detenidamente en formular de nuevo su política en relación con la cuestión agraria y los aldeanos. Reconoció que ya no bastaba, ni siquiera como medida inmediata, pedir meramente la entrega de los *otrezki*[2] y que se pusiese término a los pagos por compensación que tenían que hacer los aldeanos, y pidió la confiscación completa de las tierras de los grandes terratenientes y su redistribución por comités de aldeanos elegidos bajo los auspicios de un gobierno revolucionario provisional. Pidió que esta nueva distribución se realizase inmediatamente sin esperar, como aconsejaba el congreso menchevique, a que este paso fuese primero autorizado por la asamblea constituyente, que sería convocada por el gobierno provisional. Además, los bolcheviques declararon ahora que los aldeanos tenían que ser los colaboradores del proletariado para realizar la revolución, y que era preciso crear organizaciones campesinas en las aldeas con este propósito, basadas principalmente en los aldeanos más pobres, y en los elementos asalariados del campo. En la resolución acerca de este punto existía el esbozo de la idea de una lucha de clases en las aldeas entre los elementos casi proletarios y los *kulaks,* correspondiente a la lucha de clases entre los obreros industriales y los capitalistas en las ciudades, y de la realización de dos luchas simultáneas, una en el mismo lado de los capitalistas y de los *kulaks* en contra del gobierno, y la otra en contra de los capitalistas y de los *kulaks* para emancipar económicamente tanto a los obreros como a los aldeanos. Se puso de manifiesto que los

2 Véase p. 425.

delegados esperaban que los revolucionarios burgueses llegasen a un acuerdo con el zarismo más bien que a derrocarlo, y que tratarían de detener la revolución, tanto la rural como la urbana, a medio camino, y sostenían que la misión de los socialistas era tratar de que no hubiese transacciones con el sistema zarista, y que la revolución no fuera detenida de esta manera. Se acusaba tanto a los mencheviques como a los liberales de desear detenerla.

Sin embargo, las distintas políticas defendidas por las facciones rivales no consistían sencillamente en intransigencias por una parte y el deseo de transacción por otra. El congreso bolchevique pensó en la posibilidad de que fuera necesario que los social-demócratas entrasen a formar parte de un gobierno provisional con los grupos burgueses, a fin de impedir que éstos detuviesen la revolución, mientras que los mencheviques se oponían a esta participación basándose en que esto haría a los social-demócratas responsables de políticas predominantemente capitalistas, y perderían de este modo la confianza de los trabajadores. Los mencheviques, en efecto, sostenían que el gobierno provisional tendría que seguir una política capitalista, porque Rusia no estaba madura para el socialismo, y que los socialistas debían apoyarlo desde afuera para que realizasen esta política; mientras que los bolcheviques sostenían que la participación en el gobierno podía ser necesaria a fin de que la revolución llegase hasta donde fuera practicable llevarla, sobre todo en dos respectos: el derrocamiento del zarismo y establecimiento de una república, y la completa destrucción del poder de los terratenientes.

El congreso bolchevique trató también de problemas de organización del partido y de preparación para la insurrección *que* él consideraba eminente. Anuló la regla adoptada en el congreso anterior con motivo de una propuesta de Martov acerca de quienes podían ser miembros, y fue sustituida con otra redactada por Lenin;[3] y también establecía que, en adelante, tenía que haber una proporción mayor de verdaderos trabajadores en los comités del partido, proponiendo Lenin que como mínimo la preponderancia fuese de cuatro a uno. Este cambio era posible porque había aumentado mucho el número de miembros de la clase obrera durante los últimos meses, sobre todo como resultado de las huelgas. También se consideró necesario porque muchos de los intelectuales habían estado cooperando con los grupos profesionales en su agitación para las reformas, y porque esto había hecho aumentar las sospechas de que ellos transigieran posiblemente con el zarismo.

El fuerte tono anti-menchevique del congreso bolchevique hizo al principio pensar que sería difícil conciliar las tendencias de las dos facciones para que fraternizasen dentro de Rusia. Se debió en parte a que

[3] Véase pp. 406 ss.

fracasaron los intentos de llegar a celebrar un congreso común, en el cual los mencheviques sabían que serían derrotados, ya que la conferencia menchevique estuvo dominada por el grupo menchevique de desterrados dirigidos por Martov, Martynov y Krichevsky; pero también fue en gran parte resultado de la influencia personal de Lenin sobre los delegados. Fue sobre todo Lenin quien utilizó el congreso para asegurar una aprobación completa de sus ideas: los que votaron con él en el congreso no siempre siguieron plenamente su línea cuando regresaron a Rusia, y encontraron allí organizaciones social-demócratas que todavía incluían, si no verdaderos mencheviques, por lo menos muchos que aún creían en la necesidad de un partido unido, y pensaban que era mayor que nunca ante la inminencia de un levantamiento revolucionario. No hubo rompimiento entre Krasin y Trotsky cuando Krasin regresó de Londres. Siguieron trabajando juntos. Aunque el acuerdo oficial entre los grupos bolcheviques y los mencheviques dentro de Rusia había terminado por el desacuerdo acerca del congreso.

La primavera, después de la siembra, trajo nuevos levantamientos de los aldeanos y algunas huelgas de obreros industriales. En mayo una huelga general en Ivanovo-Voznesensk, el gran centro textil que está a 200 millas al sur de Moscú, condujo al establecimiento de lo que es considerado como el primer Soviet de Rusia, es decir, el primer organismo general compuesto de delegados de fábricas y de grupos análogos de toda clase de industrias. En junio, después de que los cosacos habían disparado contra una manifestación de trabajadores en Lódz', en la Polonia rusa, hubo un intento de insurrección, que fue rápidamente reprimido. Casi al mismo tiempo ardía una gran huelga en Odesa, que se extendió a otras ciudades del sureste de Rusia; y, durante la huelga el buque de guerra *Potemkin,* cuya tripulación estaba formada sobre todo por nuevos conscriptos, se amotinó, y poco después se unió a él un segundo buque, el *San jorge,* que formaba parte de una pequeña escuadra enviada contra los amotinados. Este motín ocurrió sólo pocos días después de la destrucción de la flota rusa en el Extremo Oriente, en la batalla Tsushima, que virtualmente puso término a la guerra ruso-japonesa.

La noticia de la rebelión naval se difundió rápidamente, y fue causa de nuevas huelgas y nuevos desórdenes, pero los amotinados, sin ninguna dirección y sin capacidad técnica para dirigir los buques, no sabían qué hacer. Empezaron a escasear los alimentos y el carbón. El *Potemkin* arribó al puerto rumano de Constanza, pero se le negaron provisiones. Después de navegar sin derrotero fijo, regresó a Constanza y se entregó a los rumanos. El *San Jorge* se había entregado antes al Almirante ruso: los jefes de los amotinados fueron ejecutados.

Lo que se había proyectado y esperado era una rebelión naval mu-

cho más extensa, y que la huelga de los puertos del Mar Negro se convirtiese en una insurrección; pero esto no llegó a suceder. Sin embargo, esta rebelión fue bastante para amedrentar al Zar, y a que su indecisión fuera mayor acerca del camino que debía seguir. Por una parte, permitió que actuasen los reaccionarios favoreciendo una nueva serie de pogromos organizados por las ligas reaccionarias llamadas los "Centenares Negros", mientras que por otra parte contemporizaba con los liberales más moderados. A las asociaciones de profesionales se les permitió organizarse y formar una Unión de Asociaciones, la cual pidió de nuevo la reforma constitucional. Se permitió que se reuniese un segundo congreso de zemstvos; éste decidió presentar al Zar una petición de reforma. Se disminuyó el estrecho control que se había impuesto a las universidades y éstas se unieron a la petición de reformas. Sin embargo, el Zar todavía trataba de realizar su plan de una asamblea consultiva cuidadosamente seleccionada, y que no habría de tener verdadero poder, y el plan de Bulygin fue proclamado en agosto. Estaba demasiado claro que sería inútil, incluso a los ojos de la mayoría de los liberales constitucionalistas. En septiembre otro congreso de los zemstvos rechazó el proyecto de Bulygin y reiteró sus demandas de una constitución, y en e lmes siguiente el Partido Cadete celebró su congreso constituyente.

Bastante antes de esto, se repitieron graves conflictos obreros. En agosto hubo una huelga general de Varsovia; se declaró la ley marcial, y la represión fue violenta. A principios de septiembre hubo una gran huelga en los campos petroleros de Bakú. Los "Centenares Negros" fueron movilizados en contra de los huelguistas, y hubo una guerra civil en toda la región. Los pozos de petróleo ardieron; muchos judíos fueron muertos en los pogromos. A fines del mes empezó una huelga de impresores en Moscú, y poco después se unieron a ellos otros oficios. Hubo grandes manifestaciones de huelguistas, que la policía no fue capaz de impedir. Se luchó en las calles: las tiendas de armas fueron saqueadas: los estudiantes universitarios se unieron a la lucha. El movimiento huelguístico empezó a extenderse a otras regiones, y tomó un nuevo carácter cuando los ferroviarios, que habían formado un sindicato a principios del año, abandonaron el trabajo paralizando las comunicaciones entre Moscú y San Petersburgo. Los ferroviarios de otras líneas dejaron también el trabajo, y les siguieron los empleados de correos y otros empleados públicos. En octubre, el movimiento se extendió a San Petersburgo, en donde se formó un Soviet de delegados de los trabajadores para hacerse cargo de la dirección. Rápidamente se extendió el movimiento huelguístico por casi toda Rusia, produciendo consternación en las clases gobernantes. No era posible trasladar a las tropas, las cartas no podían ser entregadas; la labor administrativa que-

dó casi paralizada. Los aldeanos, que en agosto habían formado una Unión de Toda Rusia sobre todo bajo la jefatura social-revolucionaria, lanzaron una nueva ofensiva en contra de los terratenientes; y en varios distritos su levantamiento tomó una nueva forma. Muchas casas de campo fueron quemadas, especialmente en los distritos de las "tierras negras"; y hubo grandes luchas en Letonia entre los "barones bálticos" y los explotados trabajadores rurales.

En San Petersburgo empezaron a publicarse abiertamente periódicos obreros y socialistas. El Soviet no era completamente otro gobierno; pero en algunos respectos, comenzó a conducirse casi como si lo fuera. El Zar pensó seriamente en huir de Rusia; vaciló entre abdicar, conceder una constitución y movilizar todos sus recursos para derrocar el movimiento. Hubo un momento en que se decidió por esta última alternativa; pero fue disuadido por su hermano el Gran Duque Nicolás, quien le informó que el ejército, que hasta entonces había estado disciplinado, podía rebelarse en seguida. Decidió hacer concesiones y llamó al Conde Witte para que lo aconsejase. A fines de octubre, por consejo de Witte, publicó un nuevo ucase en el cual prometió establecer un gobierno constitucional. Se abandonó el proyecto de Bulygin: habría una Duma elegida, con poderes legislativos, que no sería un organismo meramente consultivo, y el electorado sería ampliado hasta incluir aldeanos y a toda la clase media. No se consignaban detalles; pero la propuesta dividió a los reformadores de la clase media en un cuarto congreso de los zemstvos. En noviembre de 1905 los Cadetes rechazaron el nuevo plan, y pidieron una asamblea constituyente, mientras que el ala derecha, basada sobre todo en intereses de negociantes y financieros, lo aceptó y formó un nuevo partido, los octubristas, dispuestos a luchar en las próximas elecciones. Mientras tanto los reaccionarios se aliaron en una "Unión Patriótica" del pueblo Ruso, la cual se puso a organizar a los "Centenares Negros" en escala mucho mayor.

La huelga general llegó al máximo hacia fines de octubre. Había llegado entonces a ser principalmente política, siendo la petición de una asamblea constituyente su principal grito de combate, aunque también hubo otros, incluyendo una petición muy difundida de la jornada de ocho horas; pero no es natural que una huelga general dure mucho: o tiene que convertirse en una insurrección, o los huelguistas se ven obligados a volver al trabajo por falta de alimentos. Los trabajadores todavía no estaban preparados para una insurrección: la promesa que hizo el Zar de una Duma con poderes legislativos, contribuyó a que volviesen al trabajo. Casi inmediatamente después de haber vuelto al trabajo hubo un levantamiento de los marineros de Kronstadt. Fue dominado; y cuando sus jefes fueron sentenciados a muerte, los obreros de San Petersburgo se declararon otra vez en huelga como protesta

y las ejecuciones proyectadas fueron aplazadas. Un segundo levantamiento se produjo en la escuadra del Mar Negro, y fue aplastada; y después el regimiento Rostov, de guarnición en Moscú, también se rebeló, con el mismo resultado. Esto hizo que el gobierno se sintiese con ánimos para detener a Khrustalev-Nosar, el abogado que había sido designado presidente del Soviet de San Petersburgo, y Trotsky fue elegido para sustituirlo. A mediados de diciembre su audacia aumentó: detuvo a todo el Soviet reunido en sesión, incluyendo a Trotsky. Los combatientes que quedaron trataron de declarar otra huelga general de protesta; pero los obreros estaban sin jefes y agotados y la respuesta fue escasa. En San Petersburgo la ola revolucionaria empezaba a bajar, y la esperada rebelión no había estallado completamente.

Sin embargo, en Moscú todavía no habían llegado al máximo. Allí habían establecido un Soviet a fines de noviembre, y los social-demócratas y los social-revolucionarios habían formado una organización unida para dirigir la lucha. El Soviet de Moscú, a mediados de diciembre, decidió declarar una huelga general; y el organismo socialista unido decidió hacer de esto el comienzo de una verdadera insurrección. Ya los partidos socialistas habían buscado pequeñas cantidades de armas cortas: levantaron barricadas, y hubo batallas campales en las calles, quedando la mayor parte de la ciudad en manos de los revolucionarios durante varios días. Aunque solamente una pequeña minoría de los trabajadores tenía armas, para entonces el gobierno pudo enviar allí fuerzas considerables, traídas principalmente de otras partes del imperio, a fin de disminuir el peligro de que fraternizasen con los rebeldes. Después de dura lucha la rebelión fue derrotada, y al acabar con ella desapareció virtualmente la esperanza de una revolución triunfante. La república independiente, que se había mantenido en Georgia durante gran parte del año, fue conquistada al mismo tiempo; y las fuerzas del gobierno empezaron a dominar los levantamientos aldeanos de las provincias bálticas. La llegada de los fríos intensos del invierno hizo que fueran desapareciendo los levantamientos aldeanos en otros lugares de Rusia. En todas partes la reacción estuvo en situación de tomar la ofensiva contrarrevolucionaria.

En realidad, esto empezó a hacerlo desde el momento mismo de la proclama del Zar prometiendo una Duma con poderes legislativos. A esta proclama siguieron inmediatamente nuevos pogromos, y los "Centenares Negros" fueron organizados en gran escala; pero desde diciembre la represión pudo tomar también formas legales. En pos de los soldados, fueron enviadas a través de las provincias comisiones de castigo, e impusieron severas represalias contra los huelguistas y rebeldes, y contra todo el que consideraron como sospechoso de actividades revolucionarias. Muchos jefes socialistas escaparon al extranjero o se ocul-

taron, en muchos casos en Finlandia, que todavía estaba fuera de la jurisdicción de la policía rusa. La persecución unió a los que quedaron en libertad, especialmente porque en las últimas etapas de la huelga y el levantamiento de Moscú los bolcheviques y los mencheviques actuaron juntos. En diciembre una conferencia bolchevique, que se celebró en Finlandia, se declaró en favor de restablecer un único partido social-demócrata, incluyendo tanto a los bolcheviques como a los mencheviques; y una conferencia menchevique llegó a una decisión análoga. A esto siguieron negociaciones acerca de las bases de la unión, y se acordó que delegados para un congreso unido fueran elegidos por los miembros de filas y no por los comités locales del partido, como hubiera deseado Lenin. Esto dio derecho a votar a una gran masa de miembros nuevos, y tuvo por resultado que los mencheviques y los grupos intermedios consiguiesen tener mayoría en la delegación; de tal modo, que cuando el congreso unido se reunió en Estocolmo en abril de 1906, los bolcheviques se encontraron en minoría para las cuestiones principales. Por el momento se vieron obligados a reconocer la derrota y a aceptar una mayoría menchevique en los nuevos organismos gobernantes del partido; pero inmediatamente procedieron a restablecer una organización propia distinta a fin de hacer cambiar la situación. La victoria de los mencheviques en el congreso unido se debió sobre todo al hecho de que la probabilidad de una revolución triunfante por el momento había disminuido. En las nuevas circunstancias parecía esencial mantener unido lo que quedaba del partido, y no debilitar la organización en Rusia acentuando las diferencias doctrinales que no eran comprendidas por la mayor parte de los miembros de filas. En realidad los bolcheviques consiguieron conservar la forma de Lenin de la regla acerca de la elección de los miembros; porque frente a la situación revolucionaria la mayoría de los mencheviques estaban dispuestos a reconocer la necesidad de que hubiese mucha disciplina en el partido. Por otra parte, los mencheviques lograron que se aprobase una propuesta favorable al establecimiento de sindicatos obreros sin carácter de partido, en contra del deseo de los bolcheviques de que se declarasen explícitamente en favor de que fuesen dirigidos por el partido. En este punto los bolcheviques terminaron por retirar su proposición, y votaron por la resolución de los mencheviques, la cual fue redactada de tal manera que reconocía la necesidad de estrechas relaciones ideológicas, aunque no oficiales, entre los sindicatos obreros y el partido.

Las discusiones más largas del congreso de Estocolmo fueron acerca de la política agraria y acerca de las relaciones entre los proletarios y los aldeanos. Con la distancia del tiempo, consideradas ahora, estas discusiones parecen más bien inútiles; porque en lo principal las dos facciones estaban de acuerdo en la necesidad de establecer una alianza

entre el proletariado y los aldeanos a fin de hacer posible el triunfo de la revolución. Estuvieron de acuerdo también en desear que se incluyese en el nuevo programa la expropiación completa de los terratenientes y no sólo de los *otrezki.* Pero los mencheviques deseaban "municipalizar" las tierras de los grandes terratenientes entregándolas a los zemstvos locales para su redistribución, mientras que los bolcheviques querían "nacionalizarlas", es decir, entregarlas al nuevo gobierno revolucionario, que el esperado levantamiento pondría en el poder, y declararse en favor de la ocupación directa bajo los auspicios de Comités aldeanos revolucionarios. En este punto los mencheviques vencieron, sosteniendo que en la práctica la "nacionalización" como política inmediata significaría la entrega de las tierras de los grandes terratenientes a un Estado controlado por los capitalistas, que emplearía su poder en entregar gran parte de ellas para ser explotadas por agricultores capitalistas en perjuicio de los arrendatarios aldeanos. Sin embargo, los bolcheviques consiguieron que el programa se declarase en favor de la confiscación de las propiedades de los terratenientes sin compensar a los propietarios desposeídos.

Detrás del acuerdo aparente acerca de la necesidad de la colaboración urbana y campesina para realizar la revolución, había también grandes diferencias acerca de la naturaleza de esta colaboración. Ninguna de las facciones tenía muchos partidarios rurales, y cada una se afanaba por atraérselos; pero mientras Lenin pensaba en una dictadura unida de obreros y aldeanos bajo la dirección ideológica de los bolcheviques, la mayoría de los mencheviques, rechazando la idea de la dictadura y favoreciendo un partido amplio formado desde abajo y organizado a base del voto popular, temían que la admisión de los aldeanos en términos de igualdad con el proletariado pudiera llevar al partido al dominio de miembros campesinos ignorantes y, por consiguiente, inclinar al partido en contra de la industrialización y hacia el socialismo agrario defendido por los social-revolucionarios.

Existían también diferencias importantes acerca de la táctica. Una cuestión de trascendencia era si debía pensarse que, por el momento, la revolución había terminado, y proyectar una reorganización gradual de las fuerzas revolucionarias, o si debía conservarse la esperanza en uri próximo movimiento de masas, a pesar del hecho de que el fermento producido por la derrota en la guerra iba disminuyendo después de haber sido firmado un tratado de paz. Unida a esta cuestión estaba la actitud que habría de adoptarse acerca de la nueva Duma, que pronto abriría sus sesiones. Las dos ramas de los social-demócratas habían de hecho boicoteado las elecciones, hasta el punto de no presentar candidatos, aunque probablemente muchos votaron, ya por candidatos obreros o aldeanos o por cadetes en contra de los reaccionarios; pero había

habido oposición a esta política entre los mencheviques; y algunos socialistas independientes, la mayoría más relacionados con los social-revolucionarios que con los social-demócratas, habían sido elegidos, y pronto formaron un Partido Laborista sobre una base poco definida. Lenin, por su parte, quería boicotear a la Duma, sobre todo para evitar que los social-demócratas quedasen en una situación que los obligara a hacer causa común con los cadetes, es decir, con los burgueses liberales, de los cuales trataba de mantenerlos separados; mientras que los mencheviques partidarios de un boicot, lo eran sobre todo a causa de las condiciones bajo las cuales se llevaron a cabo las elecciones, y en muchos casos pidieron a sus partidarios, si tenían voto, que lo diesen a los cadetes en contra de los partidos más reaccionarios. La mayoría del congreso se declaró en contra de continuar el boicot, y algunos social-demócratas de Georgia fueron elegidos para la primera Duma después de haberse dispersado el congreso.

La otra gran cuestión del congreso de Estocolmo se refería a la actitud del partido nuevamente unido, acerca de la autonomía nacional y el problema de la autonomía cultural planteada por el Bund judío. Los social-demócratas polacos, como hemos visto, se separaron del partido ruso en 1903 porque se negaron a aceptar su decisión en favor de la autonomía nacional, la cual, sostenían, les impediría luchar en contra del nacionalismo del partido rival socialista polaco. Desde entonces, aparecieron nuevos partidos social-demócratas en Letonia y en Ucrania, y también en Georgia, y habían tomado parte importante en los movimientos revolucionarios de 1905, mientras el Bund había aumentado considerablemente el número de sus partidarios tanto en la Rusia Blanca como en Polonia y Lituania. El congreso de Estocolmo acordó, en su deseo de una unidad amplia, admitir como miembros a los partidos nacionales a base de una amplia autonomía, y admitir también como una organización separada al Bund que se ocuparía de los trabajadores judíos, aunque sin tener el monopolio de afiliarlos. Estos acuerdos implicaban apartarse mucho de la concepción de un partido centralizadamente disciplinado defendido por Lenin, quien, aunque tuviera que aceptarlos temporalmente, no parecía sentirse en modo alguno satisfecho hasta que no los derogase y volviese a establecer sus propias ideas, incluso a costa de dividir nuevamente el partido.

El nuevo Comité Central del partido elegido en Estocolmo estaba formado por siete mencheviques y sólo tres bolcheviques: Krasin, Rykov y Desnitsky-Stroev. Éste era el organismo que debía actuar dentro de Rusia. En el extranjero habría un comité editorial independiente del Comité Central; y éste se componía totalmente de mencheviques: Martov, A. S. Martynov, Potresov, F. I. Dan y P. P. Maslov (1867-1946) el principal representante de la política agraria menchevique. De este

modo, por el momento, los bolcheviques dejaron de dominar la organización del partido.

Trotsky, que había sido la figura sobresaliente en San Petersburgo durante los meses críticos de la revolución de 1905, no asistió al congreso de Estocolmo. Estaba en la cárcel, y pronto había de ser enviado a Siberia, de donde se escapó poco después de su llegada a principios de 1907. No perteneciendo a ninguna de las facciones social-demócratas, y viendo los defectos de las dos, podía haber desempeñado un papel importante influyendo en la política a seguir durante la situación fluida del partido en 1906. En realidad, pudo seguir escribiendo después de su detención; pero su ausencia dejó sin jefe a los que dudaban entre las dos facciones rivales, probablemente una clara mayoría del número de miembros que había aumentado rápidamente, desde unos pocos miles en 1904 a más de 150,000 a principios de 1906. Hasta 1905 la organización social-demócrata de Rusia había estado basada en comités locales que eran designados desde arriba y no elegidos desde abajo. Bajo estos comités se habían encontrado células de fábricas, grupos de estudiantes y diversos grupos especiales; pero todos éstos habían estado, al menos en teoría, sometidos a los comités locales, los cuales recibían sus órdenes del Comité Central elegido en el congreso. Incluso este Comité Central había sido designado por cooptación para llenar las vacantes, cuando sus miembros eran detenidos o tenían que huir al extranjero. Durante 1905, sin embargo, comités nombrados localmente habían sido sustituidos por comités compuestos de delegados de las células, y, por consiguiente, elegidos desde abajo; y tanto en las células como en los comités locales muchas cuestiones habían sido resueltas mediante votación abierta. Además, algunos asuntos de gran importancia habían sido sometidos a la decisión de todos los miembros, ya fuese en grandes reuniones o a través de las células. La concepción de Lenin de un partido centralizado desde arriba, no era seguida en la práctica; y el gran aumento del número de periódicos que circulaban, algunos de manera abierta, había proporcionado una tribuna para la discusión continua de los asuntos del partido. En el apogeo de la revolución, la censura zarista quedó completamente anulada, porque los impresores se negaban a imprimir ningún periódico que fuese sometido al censor; y los socialistas habían compensado su falta de imprentas ocupando las de sus contrarios, y empleándolas para imprimir sus propios periódicos, cambiando de un taller a otro cada día. Los cambios que así fueron introducidos en el carácter y organización del partido fueron causa en gran parte de la victoria de los mencheviques en el congreso de Estocolomo: no se trataba sólo de que la mayoría de los recién llegados prefería una estructura democrática a una centralizada, sino también de que los antiguos social-demócratas eran llevados por la experiencia de la acción de las ma-

sas en la revolución hacia la idea de un partido de masas, acogiendo a cualquier "camarada" que quería afiliarse y parecía dispuesto a actuar.

Cuando la conferencia bolchevique de diciembre de 1905 votó en favor de la unidad con los mencheviques, sus miembros tenían concepciones distintas acerca de lo que implicaba la unidad. Algunos, los "conciliadores", como fueron llamados, creían que la unidad podía durar, y que había lugar para grandes diferencias dentro de un partido unido y democráticamente organizado. Otros, sobre todo Lenin, consideraban esto como una mera ilusión, y estaban dispuestos a aceptar la unidad sólo porque les permitiría continuar su propaganda en favor del centralismo y de su concepción de la revolución y de la dictadura para toda la masa de social-demócratas y no meramente para una facción. En la conducta de los bolcheviques después del congreso de unidad prevaleció esta última actitud; en seguida formaron un comité propio para unir sus fuerzas, y no tuvieron reparos en desafiar la disciplina del comité central, dominado por los mencheviques y elegido por el congreso. La voluntad de Lenin prevaleció; y no empleó para nada la verdadera democracia como era entendida en el Occidente. En su opinión el centralismo significaba obediencia a la decisión central de un partido que seguía la línea general correcta; no quería decir ceder a una mayoría que se "desviaba" de la verdadera fe.

Entre los social-demócratas de 1905 existía mucha confusión acerca de cuáles deberían ser las relaciones entre el partido y la clase social. Cuando el Soviet de delegados de los obreros fue establecido en San Petersburgo por primera vez, los mencheviques y los social-revolucionarios tomaron parte en él; pero los bolcheviques al principio se negaron, y hubo que emplear con ellos toda clase de argumentos para que participasen. Algunos de ellos continuaron diciendo que no veían ninguna razón para la existencia del Soviet, que el partido debería proporcionar la dirección unificadora de la clase obrera, y que el Soviet podría convertirse en un rival peligroso, y fácilmente podría caer en manos no deseables. Estos críticos eran partidarios generalmente de un partido de masas, basado en células de fábrica y otras similares, y aceptando los sindicatos obreros tales como ya existían o subordinándolos enteramente a aquél. Contra ellos estaban los que con Lenin querían un pequeño partido de revolucionarios decididos, y acentuaban la necesidad de que el partido mantuviese contacto con las masas y las dirigiese, ayudándolas a establecer y a elegir organizaciones de masas como los sindicatos obreros. Esos bolcheviques defendían la participación en los Soviets de los obreros y tenían esperanzas de crear Soviets análogos entre los aldeanos y en el ejército; pero también insistían en que los bolcheviques debían conservar el poder decisivo en manos del partido, colocándose ellos a la cabeza de las campañas en favor de las cuestiones

que de manera más directa e inmediata atraían a las mass de los trabajadores. Frente a estos dos grupos existía un tercero, apoyado sobre todo por los mencheviques, que sostenía que debía intentarse crear un partido laborista de base muy amplia, lo bastante amplia para admitir a los social-revolucionarios y a los sindicatos obreros y otros grupos socialistas o de izquierda, y pedían un congreso obrero abierto para establecer esa organización muy amplia. Los principales defensores de esta tercera política eran Axeírod y Y. Lavrin (1882-1932), cuyo folleto, *Un Anvplio Partido Laborista y Un Congreso Laborista,* apareció en el otoño de 1906.

Los Soviets en modo alguno fueron invención de los bolcheviques, ni los bolcheviques en 1905 le dieron especial importancia. A la mayor parte de los bolcheviques les parecía que eran agrupaciones *ad hoc* de comités de fábrica y de sindicatos obreros creadas para coordinar los movimientos huelguísticos, y eran evidentemente necesarios para realizar huelgas generales, a fin de atraer a los trabajadores que no estaban organizados bajo el control de un partido. Esta actitud continuó hasta cierto punto incluso después de que el Soviet de San Petersburgo y en menor medida el soviet de Moscú, habían desempeñado papeles sobresalientes en los estallidos revolucionarios de 1905. El hecho de que no les agradase Trotsky, que era la figura sobresaliente de los soviets, aumentó también las sospechas de los bolcheviques, especialmente respecto al soviet de San Petersburgo: retrospectivamente, los bolcheviques preferían el soviet de Moscú, que había estado mucho más bajo su control, mientras que en San Petersburgo los mencheviques habían desempeñado un papel destacado. Pocos de ellos, o ninguno, prsvieron la parte que los soviets habían de tomar en la revolución de 1917, ni le prestaron mucha atención, excepto como formas de una federación de sindicatos obreros, a fin de trazar planes para la revolución siguiente. En realidad, historiadores bolcheviques en su deseo de desacreditar a Trotsky, habían criticado más y más la actuación del Soviet de San Petersburgo de 1905, aunque ninguna de estas críticas aparece en las declaraciones de Lenin o de ningún otro jefe, que yo sepa, de aquel tiempo.

En realidad, el Soviet de San Petersburgo fue un organismo muy notable. Nació de la organización formada para dirigir la huelga de impresores; a él se unieron nuevos grupos a medida que la huelga se fue extendiendo de industria a industria, y llegó a ser un agente ampliamente representativo del movimiento obrero local, con participación de los partidos socialistas y de otros varios grupos. Durante la huelga general de octubre llegó en efecto a ser una autoridad ejecutiva local, que en gran parte sustituyó a la autoridad municipal e incluso, en algunas cuestiones, a la policía. Dio permisos para que se realizasen obras indispensables, refrendó órdenes municipales, y mantuvo su propia disci-

plina. Como hemos visto, de hecho abolió la censura de la prensa, ordenando a los impresores que no editasen periódicos sometidos a ella; y se incautó de imprentas para imprimir sus propios periódicos y los de los partidos y grupos socialistas. Hizo todo esto durante un breve período, de hecho sin ser molestado, porque las autoridades no se atrevían a atacarlo. Pudo incluso evitar la rápida ejecución de los jefes del levantamiento de Kronstadt, y, antes de esto, conseguir una amnistía gracias a la cual salieron de la cárcel gran número de presos políticos, sobre todo social-revolucionarios. Sólo a mediados de diciembre, cuando los obreros de San Petersburgo ya no tenían provisiones, se atrevieron las autoridades a disolverlos y a detener a sus miembros, después de que, como prueba de su poder, detuvieron a su primer presidente, Khrustalev-Nosar, y tuvieron la seguridad de que había pasado el peligro de una insurrección.

Los ataques posteriores contra la jefatura de Trotsky se han basado sobre todo en la idea de que él y el Soviet debieron hacer que la huelga general fuese el comienzo de una insurrección, y no lo hicieron. El elogio del Soviet de Moscú se ha basado en el hecho de que al final intentó una insurrección, mientras el de San Petersburgo dejó de apoyarle. Pero es claro, que en el momento del levantamiento de Moscú ya no había verdadera posibilidad en San Petersburgo de un movimiento paralelo en gran escala. Allí el movimiento ya había disminuido. En caso de que San Petersburgo se hubiese levantado, tendría que haberlo hecho antes, en el momento de la huelga general de octubre o en todo caso a principios de noviembre. Pero entonces ni en Moscú ni en San Petersburgo pensaron en que la huelga fuese el momento para una insurrección. En las dos ciudades los jefes del movimiento que se preparaban para una insurrección sostuvieron que la situación no estaba madura para ello. Esperaban que apareciesen señales de disgustos suficientes en el ejército para darles una oportunidad; porque no podían esperar un triunfo, a menos que una buena parte de los soldados o se pasasen a su lado o, por lo menos, se negasen a disparar. Trotsky repetidamente aconsejó paciencia, con la esperanza de que la situación variaría en ese sentido; pero no sucedió así. Sin duda los grupos de izquierda de San Petersburgo, con la ayuda del Soviet, podían haber iniciado una insurrección en pequeña escala; pero hacer esto hubiera sido provocar una matanza. Parecía mejor que el tiempo hiciese su obra y, mientras se esperaba, evitar que los trabajadores desgastasen sus fuerzas en huelgas generales demasiado frecuentes. Esto es lo que hizo Trotsky, y por hacerlo fue más tarde censurado como menchevique antirrevolucionario, que realmente había estado en contra de una insurrección en cualesquiera circunstancias, lo cual indudablemente no es verdad.

Lo cierto es que la situación en 1905 nunca fue tal que hubiese hecho posible el éxito de una insurrección, porque los revolucionarios, aunque bastante fuertes en la marina, no tenían bastante influencia en el ejército, que estaba formado sobre todo por campesinos, que habían sido dispersados cuidadosamente, de tal modo que la mayoría de los regimientos estuviesen prestando servicios lejos de los suyos. A pesar de esto, las autoridades temían mucho un levantamiento; y tanto los social-revolucionarios como los social-demócratas estaban haciendo lo más posible para hacer llegar su propaganda hasta los cuarteles y para formar células militares. Acaso se hizo ligeramente; pero ningún partido estaba bastante seguro de su fuerza para ponerse a prueba en octubre. Cada uno de ellos esperaba entonces que el tiempo les ayudase; y resultó que el tiempo ayudó al gobierno.

Por supuesto, durante todos los meses críticos existió también la duda de si el Zar haría verdaderas y amplias concesiones, o incluso que abdicase sin una insurrección. Cuando Nicolás publicó su manifiesto de octubre prometiendo una Duma con poderes legislativos, las esperanzas de los liberales aumentaron, y con ellos las de los mencheviques que pensaban no en una revolución proletaria, sino en un gobierno burgués dirigido por los cadetes, para el cual los socialistas hubieran sido la oposición constitucional mediante un partido de masa del tipo social-demócrata alemán. Esto era lo que más temía Lenin: de aquí la violencia de su lenguaje acerca de los cadetes y de los mencheviques que deseaban ponerlos en el poder. Lenin en modo alguno desechaba la posibilidad de un gobierno burgués o incluso de ayudarle a ocupar el poder *en contra* del Zar: a lo que se oponía era a la idea de que los cadetes llegasen al poder de acuerdo con el Zar, apoyados en este acuerdo por los mencheviques, y que los mencheviques renunciasen a la revolución para desempeñar el papel de oposición constitucional. Lenin quería derrocar al zarismo, no pactar con él. Estaba dispuesto a entrar en un gobierno de coalición con los cadetes, siempre que llegasen al poder mediante la revolución y no mediante un acuerdo; mientras que los mencheviques eran contrarios a un gobierno de coalición, porque pensaban en un gobierno que conservase al Zar como a un monarca constitucional, y el formar parte de él sería incompatible con sus principios republicanos. Ésta es la causa de que con frecuencia pareciese que los mencheviques estaban a la izquierda de los bolcheviques, pues se oponían a un gobierno de coalición, pero la coalición que ellos censuraban y la coalición que Lenin consideraba legítima eran dos cosas completamente distintas.

En octubre, cuando la falsa Duma de Bulygin fue abandonada y se ofreció una Duma algo más real, los liberales y el ala derecha de los mencheviques tuvieron grandes esperanzas. Éstas quedaron completa-

mente frustradas cuando las verdaderas propuestas fueron dadas a conocer por etapas, no sólo porque el reconstituido Consejo del Imperio (un organismo completamente reaccionario) habría de tener el mismo poder que la Duma elegida, sino también porque el sistema de elección para la Duma estaba calculado para dar a los terratenientes y a los aldeanos una segura preponderancia. Las elecciones serían indirectas, mediante colegios electorales en cada distrito; y los colegios mismos serían elegidos por clases, votando separadamente tres clases: los terratenientes, los habitantes de las ciudades y los aldeanos, y de tal modo que se diera a los terratenientes ricos una posición privilegiada, haciendo que los delegados de los aldeanos fuesen elegidos por otro procedimiento de elección indirecta y colocando a los obreros industriales en una categoría especial inferior. Además, los distritos rusos estarían mucho más representados que los distritos habitados por los no rusos; y, como coronación de todo, el Zar se reservaba el poder de anular cualquier decisión de la Duma que no le agradase. Los ministros del Zar no serían responsables ante la Duma; ni en modo alguno el gobierno habría de nacer de la Duma, la cual en cualquier momento podría ser disuelta por el Zar y estaría siempre como en suspenso en una situación nada definida.

Como hemos visto, en octubre de 1905 los cadetes y sus aliados pidieron que se convocase una asamblea constituyente para hacer una nueva constitución; pero, cuando esto fue negado, decidieron tomar parte en las elecciones, a pesar del carácter reaccionario de las normas que iban a regir en éstas, lo cual fue dado a conocer en diciembre, y a pesar de otras condiciones restrictivas, la mayoría de las cuales sólo fueron dadas a conocer muy poco antes de las elecciones. Las dos alas de los social-demócratas y de los social-revolucionarios, que antes de terminar el año se habían dividido en facciones rivales, la maximalista y la minimalista, decidieron boicotear la Duma. Esto dejó a los cadetes el campo casi abierto en las ciudades, y en las aldeas no hubo verdadera dirección. Los terratenientes, en todo caso, habrían de elegir o puros reaccionarios u octubristas, con algunos cadetes que habían actuado en el movimiento de los zemstvos. De hecho, en la primera Duma los cadetes fueron con mucho el partido más fuerte, aunque no con una clara mayoría. Esto fue inesperado; porque se creía que los partidos más de derecha triunfarían. Witte, que había sido el autor principal del proyecto, tuvo que dimitir su puesto de ministro. Había hecho lo que el Zar requería de él, procurando un préstamo francés considerable con motivo de que Rusia había llegado a ser lugar seguro para inversiones capitalistas mediante la introducción de un gobierno constitucional, y cuando el préstamo ya estuvo seguro, los reaccionarios que rodeaban al Zar, y que odiaban cordialmente a Witte, no necesitaron ya de los

servicios de éste en vista de su fracaso para conseguir una Duma complaciente con los deseos oficiales.

De acuerdo con esto a mediados de julio apareció un ucase disolviendo la Duma. Al mismo tiempo Stolypin fue nombrado primer ministro; y en seguida tomó severas medidas en contra de los aldeanos rebeldes, que fueron sentenciados, por consejo de guerra, algunos a muerte y otros a penas menos graves. Los cadetes, negándose a admitir el derecho del Zar a disolver la Duma, se trasladaron a Viborg (Finlandia) con los miembros que quisieron seguirles, en donde intentaron continuar sus sesiones. Desde Viborg, con el apoyo de los partidos de izquierda, hicieron un nuevo llamamiento, en el cual pedían otra Duma e instigaban al pueblo a que se negase a pagar los impuestos y a prestar el servicio militar a menos que esto se hiciese, pero tuvieron cuidado en no pedir una revolución armada. Sucedió que la disolución de la Duma provocó no sólo de nuevo numerosos desordenes entre los aldeanos, sino también otro motín naval en Kronstadt y algunos pequeños levantamientos en el ejército; pero fueron dominados con éxito. Los socialistas hicieron un llamamiento para declarar la huelga general; pero no fue tan extensa como la del otoño anterior, y no se intentó hacer de ella el punto de partida para una insurrección. Indudablemente el movimiento obrero había disminuido. Aunque los levantamientos aldeanos fueron mayores que nunca, no se produjeron de manera coordinada, y pudieron ser aplastados uno tras otro, si no iban acompañados de un movimiento que los apoyase en las ciudades o porque dejasen de circular los ferrocarriles. Los tribunales militares de Stolypin, reforzados en septiembre, terminaron pronto la revolución rural de 1906.

En noviembre Stolypin publicó el proyecto del gobierno para una reforma agraria. Afirmaba que había suficientes tierras utílizables para los que las necesitasen sin necesidad de confiscar las de propiedad privada. El gobierno proporcionaría tierras de las que pertenecían a la Corona; pero el verdadero problema no era tanto la falta de tierra como el empleo deficiente que se hacía de ella. La manera de mejorar su explotación era dejarla libre de las restricciones tradicionales, consolidar su posición, permitir que la tierra se comprase y vendiese libremente, y para su desarrollo ofrecer fondos a través de un banco de crédito. Stolypin trató de fomentar el desarrollo de una numerosa clase de agricultores progresistas *(kulaks)* con acceso al capital y al crédito, que estarían en situación de emplear, mediante salarios, a un número mucho mayor de aldeanos pobres y de agricultores sin tierras. Su ley acabó con lo que quedaba de la antigua comunidad aldeana y estableció el comercio libre de la tierra. Su objetivo era a la vez aumentar la producción agrícola fomentando mejores cultivos y crear en las aldeas una clase de agricultores que llegaría a ser un baluarte contra la agitación socialista, y se

uniría a los grandes terratenientes para defender el orden establecido en contra de los aldeanos pobres. Sus medidas tuvieron un éxito notable en los dos sentidos. Durante los años siguientes produjeron una mejora considerable en los métodos agrícolas; y en muchos lugares consiguieron dividir a la aldea en contra de sí misma.

Sin embargo, inmediatamente, la parte más manifiesta del programa de Stolypin fue su acción drástica en contra del movimiento campesino y de sus inspiradores. "La horca de Stolypin" dio una triste celebridad en el mundo al inventor de los tribunales militares que produjeron el terror contrarrevolucionario en el campo. De los países occidentales llegaron numerosas protestas de los grupos horrorizados.

No obstante, todavía faltaba resolver el futuro de la Duma. Stolypin decidió hacer el ensayo de nuevas elecciones, con la esperanza de que el terror le diese una mayoría más dócil. Una vez más los socialistas tuvieron que decidir qué línea seguirían en las elecciones. Los social-demócratas ya habían resuelto en su congreso de abril abandonar la política de boicot. Decidieron presentar candidato, pero restaba resolver la cuestión de si lucharían solos o si tratarían de entrar en alguna especie de coalición. En el último caso, existían dos posibilidades: luchar aliados con los cadetes en contra del gobierno, o formar un bloque de izquierdas con el partido laborista (Trudovics) y con los social-revolucionarios, luchando a la vez contra el gobierno y contra los cadetes. Una conferencia especial social-demócrata se reunió en noviembre de 1906 para examinar este punto, el cual dividió profundamente a la mayoría menchevique de los bolcheviques. Los mencheviques querían una coalición con los cadetes: los bolcheviques, apoyados por los social-demócratas polacos y por algunos de Letonia, pidieron una coalición de izquierda en contra de los cadetes. La primera política triunfó, frente a violentas objeciones de los bolcheviques; pero los bolcheviques consiguieron apoyo suficiente para poder insistir en que si ésta habría de ser la política central, no habría de ser impuesta a comités locales que tuviesen la opinión contraria. De este modo, en donde los mencheviques dominaban, ellos y los cadetes se apoyaron mutuamente; pero en una minoría de distritos los social-demócratas llegaron a un acuerdo con los Trudovics y con los social-revolucionarios. En San Petersburgo hubo una división: el partido local rechazó una coalición con los cadetes; sin embargo, los mencheviques se acercaron a ellos, pero los cadetes se negaron. La mayoría del partido luchó en una coalición con la izquierda: los mencheviques disidentes pidieron a sus partidarios que se abstuviesen de votar. Lenin, en uno de sus folletos más tajantes, atacó a los mencheviques por este asunto.

Durante este período de discusión intensa, también el partido social-revolucionario se dividió en dos grupos, la facción maximalista y la

minimalista. Hacia fines de 1906 una asamblea del partido decidió por mayoría suspender la acción terrorista, sobre todo a causa del descrédito que produjo en contra de ella la participación de *agents provocateurs.* Los disidentes que fueron excluidos del partido, llegaron a ser llamados maximalistas a causa de su negativa a acceder a trabajar en favor de un programa mínimo y posponer sus demandas más ambiciosas. Además de sus alegatos en favor del terrorismo, eran los representantes dentro de la organización social-revolucionaria de la política de acción directa con objeto de procurar fondos para fines revolucionarios robando a los bancos y a la Hacienda pública, atracando a agentes del Estado o de empresas que se sabía que llevaban dinero, exigiendo contribuciones mediante amenazas de personas o propiedades. Estos métodos, excepto el asesinato, habían sido bastante empleados por los bolcheviques y también por los social-revolucionarios; y la cuestión de su legitimidad fue discutida con calor tanto en los círculos social-demócratas como en los social-revolucionarios. La masa principal de los mencheviques, cuando llegaron a dominar la asamblea social-demócrata, se declaró en contra de ellos; pero algunos de los grupos mencheviques, especialmente' los de Georgia, siguieron otra opinión. A pesar de la decisión del congreso de unidad, estas prácticas continuaron en algunos lugares entre los social-demócratas; y los social-revolucionarios las emplearon todavía en mayor medida.

El maximalismo, como el credo del ala izquierda del movimiento social-revolucionario, seguía el ejemplo del extremismo narodnik: trataba de atraer a jóvenes intelectuales y también a otros individuos especialmente amargados de otras clases sociales; y en su aspecto terrorista y de robo de bancos es indudable que atrajo a los tipos criminales. Es natural que su manera de obtener dinero ejerciese una atracción especial en los criminales; y parte del dinero robado siempre fue a parar a bolsillos particulares. El ala izquierda de la organización social-revolucionaria fue siempre una mezcla de idealistas, de fanáticos medio locos, de criminales y de *agents provocateurs;* y a veces el mismo individuo reunía más de una de estas personalidades. El lado idealista de ello está bien expuesto en las *Páginas del diario de un maximálista,* de Grigori Nestroev, publicadas en París en 1910 con un prólogo de V. L. Burtsev. La opinión de Nestroev acerca de la revolución era sumamente ética e idealista: veía el peligro que para el carácter de un hombre tenía el entregarse a actos criminales y asociarse con criminales, incluso por los motivos más elevados; pero, no por esto podía abandonar la labor que él consideraba preciso realizar en bien de la revolución. Consideraba como parte esencial de las tareas revolucionarias no sólo el difundir la conciencia de clase y favorecer la organización de clase, sino también desarraigar la creencia fetichista en el carácter sagrado de la propiedad pri-

vada y en el respeto hacia la ley, que frecuencia paralizaba la acción de las clases explotadas. Nestroev estaba lejos de ser un nihilista, o un anarquista del tipo de Nechaiev. Tenía una conciencia delicada, y estaba dispuesto a condenar los actos criminales realizados con fines egoístas; pero del mismo modo que Lenin, ponía por encima de todo la causa de la revolución, si bien para él constituía un imperativo ético del individuo más bien que una necesidad histórica. Las elecciones para la segunda Duma en modo alguno resultaron como esperaba Stolypin. Los cadetes perdieron terreno, bajando de 187 a 123. A su derecha estaban 34 octubristas y 63 reaccionarios extremos; a la izquierda unos 100 'Trudovics", 14 socialistas populares (la derecha de los social-revolucionarios), 34 social-revolucionarios, un continente de 66 social-demócratas, compuesto de 33 mencheviques, 15 bolcheviques y 16 que no pertenecían a ninguno de estos dos grupos. La segunda Duma era decididamente más radical que la primera; pero era igualmente impotente. Cuando se reunió, en marzo de 1907, la ola revolucionaria había sido decididamente rechazada. El gobierno había abandonado todo pensamiento de transacción con los cadetes en la cuestión constitucional. Stolypin tenía su solución propia acerca del problema agrario, la cual se proponía realizar sin pedirles ayuda. Desde marzo a junio a la segunda Duma se le permitió seguir hablando, y a los socialistas que la empleasen como plataforma para dirigirse al pueblo; pero Stolypin sólo esperaba un momento conveniente para librarse de ella, y ya estaba trazando planes para asegurarse de que no tendría la Duma sucesor del mismo carácter.

En la primera Duma, además del gran contingente de cadetes, apareció un considerable partido laborista (Trudovic), compuesto, a causa de la abstención de los partidos socialistas, de un número muy mezclado de miembros elegidos sobre todo por lo distritos aldeanos, y algunos por los obreros urbanos. Éstos, en número de 100 aproximadamente, se unieron en un partido sin programa ni política muy claros, que en las cuestiones constitucionales apoyaban sobre todo a los cadetes, pero que pedían una reforma agraria completa y legislación social. La mayoría de sus miembros estaba más cerca de los social-revolucionarios que de los social-demócratas. Había también algunos, pocos, social-demócratas, sobre todo de Georgia, de distritos no rusos, en donde los partidos habían tomado parte en la elección.

Los 'Trudovics" eran radicales en sus ideas sociales, pedían que se distribuyese de nuevo la tierra por organismos elegidos localmente y compuestos sobre todo de aldeanos más bien que por comisiones centrales enviadas desde San Petersburgo, y en cuestiones políticas, demócratas extremados en muchos casos, de manera más bien ingenua. Entre sus jefes estaba Aleksei Aladyin (nacido en 1873), un antiguo

estudiante de origen campesino, que había estado en el destierro y había llegado a ser un revolucionario profesional, y Stepan Anakin (1869-1946), un maestro de aldea de familia campesina. Pero también in cluía a algunos intelectuales de izquierda que no eran de origen campesino. Hicieron lo más que pudieron para plantear la cuestión agraria en la Duma; pero en las primeras etapas lograron muy poco: los cadetes se esforzaron en pedir el sufragio universal y un gobierno responsable ante el Parlamento de tipo occidental.

La primera Duma duró desde abril hasta julio de 1908. Empezó a trabajar acompañada de nuevas huelgas numerosas, con objetivos sobre todo económicos, y que en su mayoría triunfaron, y también por disturbios campesinos. En seguida se vio claramente que el gobierno no estaba dispuesto a acceder a las peticiones constitucionales, aunque tras de bastidores hubo negociaciones para incluir algunos cadetes en el gobierno, y los cadetes incluso llegaron al principio a tener esperanzas de que fuesen invitados a formar un ministerio bajo la presidencia de Milyukov. Antes de mucho tiempo, la Duma puso su atención en otra gran cuestión urgente: la reforma agraria. Sobre este asunto aparecieron diferencias considerables, no sólo entre los cadetes y los partidos más de derecha, sino también entre los cadetes y los "Trudovics". Los cadetes eran partidarios de que se enajenasen muchas de las tierras de los grandes terratenientes para entregarlas a los aldeanos, pero no de una expropiación completa, que era lo que pedían casi todos los 'Trudovics". Mientras que estos dos partidos trataban de llegar a una transacción, los grupos del ala derecha persuadieron al gobierno, ya dominado por Stolypin, para que anunciase que, cualquiera que fuese la decisión de la Duma, no habría ninguna enajenación de tierra de propiedad privada, ni siquiera de la tierra que estuviese sin cultivar. A continuación los cadetes acordaron dar a conocer un público "llamamiento al pueblo" protestando contra la acción del gobierno, pero redactado en términos moderados, incluyendo un requerimiento para que el pueblo permaneciera tranquilo y se abstuviese de acciones ilegales. ¡Esto en un momento en que se habían producido levantamientos campesinos y aumentaban las señales de disgusto en el ejército! Cuando el "llamamiento" de los cadetes fue puesto a votación, fue apoyado sólo por los votos de los cadetes. Los partidos del ala derecha y los social-demócratas votaron contra él, y los "Trudovics" se abstuvieron. Este desacuerdo dentro de la Duma la aprovechó el gobierno como ocasión para disolverla: la división entre los cadetes y los partidos de izquierda hacía, el parecer, muy improbable que actuasen unidos.

La segunda Duma estaba abierta cuando los social-demócratas celebraron el quinto congreso del partido, el cual al fin se reunió en Londres después de que los delegados recorrieron gran parte de Europa

buscando un lugar para reunirse, y se quedaron sin fondos, hasta que tuvieron que pedir dinero prestado a Joseph Fels, el partidario de Henry Georgite negociante en nafta, a fin de pagar sus gastos. Fue un congreso numeroso, en el cual los bolcheviques (105) sobrepasaron algo a los mencheviques (97), pero quienes decidían eran 44 social-demócratas polacos y 29 de Letonia y 53 delegados del Bund judío. Estos últimos grupos tomaron diferentes actitudes en puntos diferentes, pero, en general, la mayoría apoyó a los bolcheviques. La política de alianza con los cadetes fue decididamente condenada, y aprobada la colaboración electoral con los "Trudovics" y con los social-revolucionarios. La propuesta Axelrod-Lavrin pidiendo una conferencia en que todos estuviesen representados para formar un amplio partido laborista fue rechazada. El acuerdo referente a los sindicatos obreros afirmaba la necesidad de que el partido los dirigiese y que hubiese relaciones precisas de organización entre ellos y el partido. Frente a este triunfo bolchevique, el congreso condenó las actividades de los "partidarios" del tipo de robos de fondos públicos o de asaltos a los bancos y ordenó que fuesen disueltas las organizaciones de "combate", es decir, de los organismos que habían sido especialmente encargados de preparar la insurrección, de buscar armas y de entrenar a los combatientes para luchar en las calles. El problema de la insurrección no figuraba en la agenda, y no fue discutido directamente. La mayoría ya había formado la opinión de que la revolución no era posible por el momento, y que estaba ante un nuevo período de labor clandestina. Los bolcheviques trataron de convencer al congreso para que condenase a los representantes que el partido tenía en la Duma por colaborar demasiado con los cadetes y no seguir una política bastante combativa, especialmente en lo que se refería a la cuestión agraria; pero fueron derrotados. Los polacos y el Bund, como también los de Letonia, eran contrarios a todo lo que pudiera dividir el partido, y tampoco estaban conformes con los bolcheviques acerca de cuáles debieran ser las relaciones entre los obreros industriales y los aldeanos, a los cuales, como los mencheviques, asignaban sólo un papel subordinado. Para emplear el lenguaje de escritores posteriores, los polacos, dirigidos por Rosa Luxemburgo, eran culpables de "desviaciones trotskystas" respecto a la doctrina de la "revolución campesina", y tendían a considerar al proletariado industrial como la única fuerza revolucionaria capaz de producir el advenimiento del socialismo.

Tanto Trotsky como Stalin estuvieron en el congreso de Londres; pero Stalin dijo poco, mientras que Trotsky habló mucho, atacando igualmente a los mencheviques y a los bolcheviques, y tratando de unirlos, denostando a ambos grupos de tal modo que se atrajo una gran cantidad de malevolencia; atacó enérgicamente a los mencheviques 'liquidadores", nombre dado a los que deseaban acabar con la organización

combatiente y constituir el partido como un partido de masas siguiendo el modelo alemán; y estuvo de acuerdo con Lenin en la necesidad de una alianza de los obreros y los aldeanos, aunque asignaba el principal papel revolucionario al proletariado industrial. Frente a estas opiniones atacó tanto a los bolcheviques como a los mencheviques, porque pensaban sólo en una revolución burguesa, e insistía en su concepción de una "revolución permanente", que sería realizada en todas sus etapas por el poder de la clase trabajadora organizada. Trotsky también se colocó en contra de los bolcheviques en el problema de las actividades de los "partidarios", y defendió la idea de un partido organizado democráticamente desde abajo en contra del centralismo de Lenin y de su insistencia en una disciplina estricta; pero, al lado de esto, glorificaba la lucha clandestina y hacía resaltar la necesidad de prepararse para que el partido dirigiese una nueva insurrección cuando llegase el momento. Votó unas veces con un grupo y otras con el otro, indignando a los dos por negarse a reconocer que las disputas entre ellos fuesen realmente importantes, y diciendo a los dos que no levantasen "murallas de papel". "Si pensáis que es inevitable una división —decía—, en todo caso esperad a que acontecimientos, y no meras resoluciones, os obligen a separaros. No os adelantéis a los acontecimientos."

Éste era un consejo inaceptable y ningún lado lo siguió. Durante el congreso, las facciones rivales siguieron celebrando reuniones aparte para decidir cuál habría de ser su actitud en los debates del pleno; y cuando terminó, los bolcheviques reconstituyeron en seguida su comité central aparte al lado del Comité Central elegido en el congreso.

En junio Stolypin actuó. Primero pidió a la Duma que aprobase la detención de varios de sus miembros, que él acusaba de dedicarse a hacer propaganda entre las fuerzas armadas. Después, cuando esto fue negado, disolvió la Duma, y detuvo, entre otros, a todo el grupo social-demócrata, excepto a los que escaparon al extranjero o consiguieron ocultarse. Los que detuvo fueron enviados a Siberia, en donde la mayoría de ellos estuvo hasta que la revolución de 1917 los puso en libertad. Habiendo terminado de este modo con la segunda Duma, Stolypin se puso a trabajar para estar seguro de que la tercera, que se proponía convocar, no fuese como ella. Por un ucase imperial alteró todo el sistema electoral de modo que asegurase la preponderancia de los reaccionarios. A los polacos y a otros pueblos no rusos se les quitó el derecho al voto, a la clase de los "hidalgos" se le dio mucha más preponderancia en los colegios electorales; el peso de las ciudades fue disminuido. Las elecciones que se celebraron a fines de septiembre y principios de octubre redujeron el número de los cadetes a 53, mientras que fueron elegidos 133 octubristas y 145 miembros de la extrema derecha. Los social-demócratas fueron reducidos a 14, y el grupo laborista al

mismo número: los social-revolucionarios desaparecieron. Lo restante de la oposición estaba formado por polacos, musulmanes y una variedad de "progresistas", que en total sumaban 65. La cuarta Duma, elegida en 1912, habría de estar formada por casi los mismos elementos que la tercera. En las dos la derecha, incluyendo a los octubristas, superaba al centro y a la izquierda combinados en la proporción de dos a uno.

La Duma, por consiguiente, dejó de contar después de 1907 como factor que contribuyese ni siquiera a una moderada reforma constitucional; y el socialismo de todo tipo tuvo que depender otra vez de la propaganda clandestina. La tercera Duma aprobó obediente la política de Stolypin: sus sesiones coincidieron con nuevos pogromos. Las reformas agrarias de Stolypin se pusieron en marcha: muchos reformadores moderados renunciaron a su defensa del constitucionalismo y aprobaron las medidas del gobierno favoreciendo el desarrollo de las empresas capitalistas y las mejoras del cultivo, y con ello un nuevo elemento de estabilidad en la vida económica del país. Continuó el malestar y disturbios esporádicos, y a veces actos de terrorismo. En 1911 el mismo Stolypin cayó víctima de un asesino. Pero la primera revolución rusa había terminado.

En los años posteriores a 1907 desapareció casi por completo el movimiento de masas dentro de Rusia que se había desarrollado durante la fase revolucionaria. Tanto el Partido Social-Demócrata como el Social-Revolucionario quedaron reducidos a casi nada: los sindicatos obreros conservaron sólo una influencia precaria. Hubo pocas huelgas, y ante la política combinada de Stolypin de represión y en cierto modo de reforma, los disturbios campesinos también desaparecieron. Sólo siguieron existiendo pequeños grupos socialistas, y entre ellos fueron frecuentes las detenciones y muy numerosas las deportaciones a Siberia. Sin embargo, allí como consecuencia lógica de la política de Stolypin de trabajar con la naciente clase capitalista y con los octubristas en la Duma y del desarrollo del elemento *kulak* en las aldeas, aumentó un relajamiento importante de la autocracia y del régimen policiaco, excepto con relación a los grupos que eran considerados claramente peligrosos y que esperaban poder preparar un nuevo intento revolucionario.

Para los que estaban dispuestos a acomodarse al régimen zarista modificado, hubo más libertad de palabra. Disminuyó la censura de la prensa, y los pequeños grupos de izquierda que continuaban en la Duma pudieron realizar alguna agitación legal. En estas circunstancias hubo muchos socialistas pertenecientes al ala derecha de los social-demócratas y de los social-revolucionarios que llegaron a creer que la política conveniente era disolver las organizaciones clandestinas y dedicarse a hacer uso de las oportunidades que tenían para actuar dentro de los límites de la ley.

Por supuesto, estos límites no estaban en modo alguno claramente definidos; porque las autoridades podían lanzarse a voluntad a detener a un grupo que sospechaban que realizase actividades subversivas, podían suprimir un periódico agresivo y, en último caso, podían todavía actuar tan represivamente como desearan. Sin embargo, era parte de la política de Stolypin dejar cierto margen para la propaganda legal y tratar de apartar a los "moderados" de los extremistas. En la esfera de la industria eran permitidos sindicatos obreros de cierta clase; pero no se les permitía formar ni uniones nacionales que traspasasen ciertos límites, ni grupos federales de diferentes oficios e industrias para constituir consejos o soviets de oficios. Todavía estaban prohibidas las organizaciones políticas de aldeanos u obreros; pero los más moderados podían actuar en cierta medida.

En estas circunstancias surgió una gran disputa dentro del Partido Social-Demócrata nominalmente unido. En realidad, todo el período que va de 1906 a 1914 fue de enconada lucha entre facciones, no sólo entre bolcheviques y mencheviques, sino también dentro de estas facciones rivales y entre ellas y los llamados centristas (que no han de confundirse con los centralistas), o "conciliadores", que trataban de reconciliarlos. Las luchas más importantes eran las siguientes: I) bolcheviques y centristas en contra de "liquidadores", es decir, aquellos mencheviques y otros grupos de derecha que deseaban liquidar las organizaciones clandestinas y dedicarse sobre todo a la propaganda legal; 2) leninistas en contra de "desviacionistas de izquierda", divididos en "otzovistas" y "ultimatumistas", que deseaban que los social-demócratas se retirasen de la Duma y se dedicasen principalmente a actividades clandestinas y no a las legales; 3) leninistas en contra de los "empirio-criticistas" y "empirio-monistas", que deseaban revisar las bases filosóficas del marxismo en un sentido "neo-kantiano"; *4)* Leninistas en contra del grupo del Lunacharsky, que trataba de elaborar una doctrina revisada acerca de las relaciones entre el socialismo y la religión 5) los leninistas y el ala derecha de los mencheviques en contra del grupo central de Trotsky, generalmente conocido por el nombre de conciliadores, los cuales eran partidarios de un partido amplio que aceptase diferencias de opinión como legítimas sin imponer una disciplina rígida, pero que también se negaban a prescindir de la "insurrección" o de la labor clandestina; *6)* la mayoría de los bolcheviques en contra del nacionalismo cultural, el cual tenía su principal baluarte en el Bund judío, pero que también estaba representado por los georgianos y otras minorías nacionales dentro del imperio ruso; *7)* la mayoría de los bolcheviques *en favor* de la autonomía nacional en contra de Rosa Luxemburgo y de la mayoría de los social-demócratas polacos, que también tenían algunos partidarios en los Estados bálticos.

La decadencia de la agitación de masas y la desaparición de toda posibilidad inmediata de una revolución, hizo luchar entre sí a los inquietos, y les dio tiempo para diferir acerca de cuestiones teóricas. Las luchas entre facciones producidas en estos años eran en parte resultado del deseo contrariado de actuar; pero detrás de la mayor parte de ellas se hallaba la profunda diferencia entre el centralismo inflexible de Lenin y la hostilidad a toda clase de liberalismo y las concepciones más liberales y de democracia popular de la mayoría de sus contrarios. Fue Lenin quien deliberada y resueltamente provocó la mayor parte de las disputas y se negó a transigir en ninguna de ellas, aunque a veces *retrocedía* para atacar mejor.

Sería muy cansado seguir con detalle el curso de estas disputas en las distintas conferencias de los grupos de partido. Después del "congreso de unidad" de 1906 sólo hubo otro congreso pleno del partido social-demócrata —el de Londres de 1907—. Después sólo hubo conferencias, consistiendo la diferencia en que una conferencia sólo podía discutir y no tomar decisiones que obligasen. Podían aconsejar; pero con arreglo a la constitución aprobada en el congreso de unidad, las decisiones acerca de política entre congreso y congreso sólo podía tomarlas el Comité Central. Hasta 1912 estas conferencias pretendían representar por lo menos a todo el Partido Social-Demócrata; pero aquel año los bolcheviques convocaron a una conferencia a la cual fueron invitados sólo pocos grupos escogidos de mencheviques, y, esta reunión se arrogó por sí misma los poderes de un congreso, expulsó al ala derecha de los mencheviques e hizo la división definitiva y completa dentro de la social-democracia. Desde 1908 los mencheviques habían estado publicando en Ginebra un periódico *La Voz del Social-Demócrata; y* Trotsky había estado dirigiendo su propio periódico, *Pravda,* primero en Lvov y después en Viena. El principal órgano bolchevique durante casi todo este tiempo fue el *Proletario,* el cual pretendía ser el órgano oficial de todo el partido. Otros periódicos aparecieron y desaparecieron, incluyendo periódicos de información tanto clandestinos como legales, y también periódicos doctrinales. En diciembre de 1908 se reunió una conferencia en París, a la que acudieron 16 delegados procedentes de las dos facciones principales. Reconoció el cambio de situación en Rusia: la *aproximación* entre el gobierno y la burguesía, la disminución del izquierdismo entre los intelectuales, el eclipse del movimiento de masas y la tendencia hacia lo que Lenin llamaba "liquidacionismo". Sostuvo el derecho del Comité Central a controlar al grupo social-demócrata de la Duma; y votó en favor de que el partido volviese al centralismo, que había sido abandonado durante el período revolucionario. En estos puntos la minoría menchevique fue derrotada: los bolcheviques se salieron con la suya; pero los "otzovistas" también fueron derrotados. La

lucha en contra de los "desviacionistas de izquierda" fue reanudada en una reunión del comité de el *Proletario* y de varios delegados bolcheviques de comités locales en el verano de 1909. Lenin persuadió a los reunidos para que denunciasen las actividades de los grupos de izquierda: los "otzovistas", que querían que los social-demócratas se retirasen de la tercera Duma; los "ultimatumistas", dirigidos por Bogdanov, que querían presentarles (la mayor parte eran mencheviques) un ultimátum exigiéndoles que obedeciesen al Comité Central, o en caso contrario serían expulsados; y los "diosistas o de Dios", dirigidos por Lunacharsky, que fueron completamente condenados por presentar al socialismo como si fuese en esencia una nueva religión.

Los desviacionistas no se mantuvieron pasivos después de ser condenados. Todos estos grupos se unieron para establecer en Capri una escuela destinada a formar propagandistas, que duró varios años. También crearon su propio periódico, *Vperyod, y* tuvieron una viva controversia con el *Proletario y* con los leninistas que lo controlaban. Los profesores de la escuela incluían a Máximo Gorky, el novelista (1868-1936); Anatoly Vasilievich, Lunacharsky (1875-1933); A. Bogdanov (A. A. Malinovsky, 1873-1928); G. A. Alexinsky (nacido en 1879); y M. N. Lyadov (nacido en 1872), todos figuras prominentes del movimiento bolchevique.

Al mismo tiempo también los mencheviques chocaron entre sí. La mayoría de los jefes que estaban en el extranjero, entre ellos Martov, Axelrod y Dan, se habían inclinado mucho hacia la derecha. En realidad, el cambio fue tan rápido que Plekhanov se separó de ellos, se retiró de *La Voz del Social-Demócrata, y* empezó a publicar un periódico rival. Plekhanov se oponía aún a reconocer una división definitiva de la social-democracia, o el abandono de la labor clandestina para preparar una nueva revolución. Reanudó sus relaciones con los bolcheviques, y escribió varios artículos para el periódico del partido; pero pronto chocó con la reafirmación de Lenin por la política de rígido centralismo y de exclusivismo en la actuación del partido, y después, hasta 1914, se mantuvo en una posición vacilante y difícil al margen de la batalla del partido, luchando entre su deseo por un partido unido sobre una base estrictamente marxista y su repugnancia por un control autoritario.

Como contribución a la controversia con Bogdanov y sus amigos, Lenin escribió en 1908 su libro, *Materialismo y empirio-criticismo,* en el cual censura con vehemencia a quienes se apartan del materialismo estricto, y tratan de reconstruir la filosofía marxista sobre cimientos neokantianos. Lenin no fue un filósofo: sólo conocía la filosofía profesional a través del marxismo; pero en su indignación furiosa en contra de quienes trataban de introducir en la social-democracia lecciones apren-

didas del filósofo científico austríaco Ernst Mach (1838-1916) y del filósofo alemán Richard Avenarius (1843-96), empezó a leer filosofía, especialmente a los empiristas ingleses, a fin de prepararse para demoler sus herejías. El nombre de empirio-criticismo fue dado por Avenarius a su sistema, que descansaba en un intento de coordinar el pensamiento y la acción y de aclarar las relaciones entre el conocimiento y la experiencia derivada del medio. Avenarius, como Mach, proclamaba el "principio de economía" en el pensamiento, pero su punto de vista era más bien científico que filosófico y especulativo. Mach era sobre todo un fisiólogo, pero en un primer período fue influido por la lectura de Kant, cuya doctrina sobre el fenómeno la interpretaba en el sentido de que la sensación era el único contenido de la experiencia. De sus estudios fisiológicos pasó a un examen detenido de los métodos de todas las ciencias, tratando de eliminar todos los elementos metafísicos. En contra de los meros materialistas, rechazaba toda la concepción de "sustancia" por hallarse fuera del límite del conocimiento posible. Entrando en el campo de la psicología, concibió una teoría de los procesos mentales puramente sensorial, muy afín a la de Avenarius. Según Mach, las leyes científicas no eran afirmaciones definitivas de hechos, sino instrumentos convenientes para la investigación. En Rusia, Bogdanov y su grupo se adhirieron a estas ideas. Bogdanov concibió una teoría que llamó empirio-monismo, según la cual el contenido sensorial de la experiencia, más bien que objetos materiales, constituía el mundo cognoscible, y debía ser considerado como la realidad.

A Lenin le parecía que esta doctrina destruía la base materialista del marxismo, y especialmente la concepción materialista de la historia. Parecía implicar una negación de que la historia humana estaba determinada por fuerzas objetivamente reales: las fuerzas de producción, y que llevaba consigo el recaer en el "subjetivismo" que constituía el delito principal de las doctrinas "narodniks" de Mikhailovsky y de Pedro Lavrov. Lenin veía poca diferencia o ninguna entre la doctrina de Mach o la de Bogdanov y el idealismo del obispo Berkeley. El idealismo y el subjetivismo eran para Lenin como un trapo rojo para un toro: en reacción contra ellos está próximo a afirmar el "crudo materialismo", del cual Marx se esforzó por separar su doctrina. En realidad *Materialismo y empiriocriticismo* es un libro malo, incluso desde el punto de vista del marxismo. Es inflexible y como de aficionado, y muestra incapacidad completa para apreciar los puntos delicados. Sin embargo, polémicamente tuvo éxito dejando señalados al neo-kantismo, al empirio-criticismo y al empirio-monismo como herejías inadmisibles, que significaban caer en el idealismo y abrir el camino para que entrasen conceptos morales en la estructura del socialismo marxista. Ni Mach ni Avenarius tenían ninguna relación con el marxismo o con

alguna forma de socialismo, aunque Mach llevó sus ideas al campo de las ciencias sociales. Lo que les interesó fue la naturaleza y contenido del conocimiento humano; pero a los ojos de Lenin la concepción materialista implicaba la afirmación de la realidad última de los objetos materiales; y cualquier negación de esto o de la posibilidad de conocerlo, dañaba la raíz misma del materialismo y, por consiguiente, del marxismo en su conjunto.

Esta controversia se mantuvo viva entre los bolcheviques durante los años de 1908 y 1909, y en parte desvió la atención de la disputa con los mencheviques. Ningún congreso o conferencia social-demócrata se celebró en 1908; y en 1909 no hubo más que la reunión ampliada del comité de el *Proletario.* En enero de 1910, sin embargo, hubo una reunión de todo el Comité Central, y los "conciliadores" hicieron un intento más para reunir a las facciones. Sorprende que esta reunión consiguiese llegar a una resolución unánime, empleando frases ambiguas que cada grupo podía interpretar a su gusto. Aún es más sorprendente que los delegados estuviesen de acuerdo en terminar con los grupos fragmentarios, en fundir el *Proletario* con el periódico menchevique del ala derecha *La Voz del Social-Demócrata,* y en dar un subsidio al periódico *Pravda* de Trotsky. Fue nombrado un nuevo comité editorial, formado por Lenin, Zinoviev, Martov, Dan y el polaco Warski: una agrupación que no podía esperarse que marchase bien; y fue creada una Oficina Extranjera del Comité Central, en la que estaban representados todos los grupos principales, incluyendo a los polacos, a los letones y al Bund.

No es de sorprender que esto nunca marchase bien. Una parte de los mencheviques se negaron a colaborar; y *La Voz del Sociál-Demócrata* siguió apareciendo. En Rusia, los mencheviques, que habían sido propuestos en su mayoría, se negaron a servir en el nuevo Comité Central. Plekhanov y una sección de los mencheviques trataron de conseguir un acuerdo; pero efectivamente, los mencheviques se dividieron, que era acaso lo que Lenin iba buscando. Sin embargo, durante más de un año no hubo ninguna otra manifestación definida. Los polacos, los letones y el Bund poco a poco se retiraron del Comité Central y de otras organizaciones del partido, y actuaron fuera de él por sí mismos. Luego, en junio de 1911, los bolcheviques decidieron poner término a la farsa de la unidad. En unión de los polacos y del grupo de Plekhanov, rechazaron al Comité Extranjero de organización establecido el año anterior, y formaron uno nuevo en su lugar, sobre todo con partidarios suyos, y le dieron instrucciones para que convocase una conferencia del partido. Sin embargo, este nuevo organismo se dividió casi inmediatamente, pues Plekhanov se retiró cuando se dio cuenta de que los bolcheviques habían roto completamente con el ala derecha de los men-

cheviques. Los bolcheviques decidieron a continuación proceder por sí mismos, sin el grupo de Plekhanov ni el de los polacos. Todavía crearon otro Comité de Organización, formado sobre todo por hombres nuevos, y decidieron convocar una conferencia del partido compuesta de sus propios partidarios, y con una pequeña ala izquierda menchevique del interior de Rusia. Este comité convocó a una conferencia que se reunió en Praga en enero de 1912, y decidió expulsar del partido al ala derecha de los mencheviques y proclamarse a sí misma la verdadera representante de la social-democracia marxista. En seguida la conferencia de Praga se atribuyó los poderes propios de un congreso pleno y, en efecto, se convirtió en el congreso fundador del Partido bolchevique separado.

Los polacos, los letones y el Bund judío, todos ellos fueron invitados a Praga, pero se negaron a ir. El Bund estaba en general de acuerdo con los mencheviques; los polacos defendían la conciliación, y acusaban al grupo de Lenin de dividir el partido; los letones estaban entregados a una lucha de facciones entre ellos mismos. La conferencia fue decididamente asunto bolchevique. Censuró al gobierno ruso y a los liberales que cooperaban con él; censuró al ala derecha menchevique por haber abandonado la revolución, y reafirmó sus objetivos insurreccionales. Para la nueva etapa adopto una divisa con tres,puntos: dirigiría a los trabajadores en la lucha por una república democrática, por la jornada de ocho horas y por la confiscación de los latifundios. La conferencia reafirmó completamente la estructura del partido anterior a 1905 como una máquina centralizada y disciplinada; en modo alguno rechazaba las actividades legales: en realidad tomó medidas para desarrollarlas; pero afirmó enérgicamente la necesidad de una organización clandestina decididamente revolucionaria.

Ante este golpe, los "conciliadores", y también los excluidos mencheviques, como era natural, se indignaron. En enero de 1912 establecieron juntos un comité rival de organización con la misión de convocar a una conferencia "general" del partido abierta a todos los grupos. Plekhanov se negó a unirse a este organismo y se mantuvo alejado. Los social-demócratas polacos ingresaron en él, pero se retiraron casi inmediatamente. Los letones, el Bund y el grupo *Vperyod* accedieron a participar. Sin embargo, durante la misma conferencia, este último grupo se separó y volvió a ingresar en el partido bolchevique, y un cambio en el grupo letón hizo que él también se retirase. Trotsky, muy a disgusto suyo, se encontró con que tenía que tratar con una conferencia dominada por los desterrados del ala derecha menchevique y los centristas: Martov, Axelrod y Dan. El resultado fue un programa redactado dentro de los límites de la legalidad, el establecimiento de un nuevo partido efectivamente menchevique, y que pasasen al partido bolchevique

bastantes mencheviques disconformes con el "liquidacionismo", al cual eran también contrarios Trotsky y los "conciliadores".

Cuando la conferencia de mencheviques y "conciliadores" se reunió, la situación en el interior de Rusia había empezado a cambiar dramáticamente. Se habían producido nuevas huelgas, y reaparecía el malestar en la marina y en el ejército. Desde 1909 el comercio y la industria habían prosperado; y ahora, al fin, los trabajadores se estaban organizando para exigir su participación. En abril de 1912 estalló una gran huelga en las minas de oro de Lena, y dispararon contra manifestaciones de obreros. Las protestas se extendieron por Rusia con muchas huelgas. El primero de mayo hubo huelgas y manifestaciones en San Petersburgo y en otras muchas ciudades. Los bolcheviques tomaron en seguida medidas especiales para conseguir el control de la organización sindical renovada, y lograron colocar a hombres suyos en las posiciones clave de la mayor parte de los sindicatos, excepto los impresores, que se mantuvieron obstinadamente mencheviques. Cuando el nuevo sistema de seguro social fue implantado el mismo año, los bolcheviques consiguieron apoderarse de los comités obreros establecidos en relación con él. En abril ya habían fundado en San Petersburgo un diario legal, *Pravda,* que llegó a tener mucha mayor tirada que su rival menchevique *Luch* (El Rayo de Luz). Después de la matanza de Lena, las huelgas empezaron a tomar un aspecto político, pidiendo de nuevo un cambio constitucional. El movimiento huelguístico continuó durante los años siguientes, llegando a su apogeo en las grandes huelgas y manifestaciones del primero de mayo de 1914. A continuación vino la guerra, con la cual empezó una nueva fase que no corresponde a este volumen.

Queda por decir algo acerca de las controversias internas de los social-demócratas de que no se ha tratado en la exposición anterior. Se referían principalmente a dos puntos: al nacionalismo y a la concepción de la "revolución permanente". Sin embargo, es mejor examinar estos puntos no como problemas específicamente rusos, sino dentro del contexto más amplio del socialismo europeo en su conjunto.

## CAPÍTULO XI

### POLONIA-ROSA LUXEMBURGO

Siempre que existió un movimiento revolucionario, durante la mayor parte de la época que terminó en 1918, los polacos intervinieron en él. Ellos ayudaron a los Cartistas ingleses y proporcionaron jefes militares a la Comuna de París. Los polacos actuaron en los movimientos socialistas de la mayoría de los países; hubo grupos de socialistas polacos no sólo en la mayor parte de los países del Occidente de Europa y en los Estados Unidos, sino también en la América Latina y en la India. En donde quiera que fuese preciso luchar, los polacos lucharon valientemente en favor de los oprimidos; pero, desgraciadamente, también lucharon entre sí, no sólo aristócratas contra las clases bajas, sino también socialistas en contra de socialistas.

Polonia era un país dividido: casi todo el reino de Polonia, juntamente con Lituania, bajo el gobierno ruso; Posen en el Oeste, bajo Prusia: Galitzia, en el Sur, como parte del Imperio Austro-Húngaro. Esta división enfrentaba a los polacos con un problema: el tratamiento que recibían en las tres partes era considerablemente distinto; y las tres grandes potencias a que estaban sometidos eran rivales por el predominio en la Europa Central y Oriental. En la Polonia rusa, la revuelta de 1863 puso de manifiesto una profunda división entre la aristocracia polaca y el pueblo: nunca pudieron unirse ambos en un movimiento común, y a causa de sus antagonismos fueron aplastados más fácilmente. Después la Polonia rusa perdió las libertades que había tenido, la política de los Zares consistía en rusificar, y en la destrucción de la lengua y de la agricultura polacas; y esta política fue seguida especialmente en contra de la aristocracia. La emancipación de los siervos, que siguió inmediatamente a la represión de la revuelta, fue mucho más completa que en Rusia, porque iba dirigida a reducir el poder de los terratenientes polaccs. Sin acabar con los latifundios, hizo posible que se formase una clase importante de aldeanos con granjas, en situación de mejorar económicamente, pero con la condición de aceptar el gobierno de los Zares y de asimilarse la educación rusa y el control administrativo.

Al mismo tiempo, los polacos gobernados por Alemania se veían sometidos a un proceso de colonización mediante el establecimiento de alemanes en tierras polacas; y esto produjo una lucha prolongada entre los habitantes nativos y los colonizadores, consiguiendo en general los polacos triunfar en el sentido de continuar con su tipo de vida, a pesar de todo lo que el gobierno prusiano hizo para alemanizar el país. En

la Galitzia los polacos sometidos a Austria tuvieron más suerte, por lo menos las clases altas. El Imperio Austro-Húngaro, una mezcla de nacionalidades, no podía ponerse a germanizar a sus muchos pueblos. La clase gobernante germánica tenía que buscar aliados tanto entre los aristócratas checos y polacos como entre los húngaros; y, después de ser derrotado por Alemania en la década de 1860, decididamente trató de atraerse a las clases altas de Galitzia, que llegaron a ser, a través de sus diputados en el Reichsrath un bualuarte del gobierno imperial, y a cambio lograron, no una posición de asociados iguales en una Monarquía triple, como ellos hubiesen querido, pero en todo caso una proporción considerable de autonomía en sus asuntos provinciales. Esto les convino mucho, porque permitió a los polacos austríacos, como raza superior, gobernar arbitrariamente a una población compuesta principalmente de aldeanos ucranianos o rutenos, respecto a cuyas demandas de derechos nacionales propios ni siquiera los polacos más democráticos tenían más simpatía que sus compatriotas de más allá de la frontera en los territorios ucranianos o rutenos de la Polonia rusa.

El nacionalismo polaco seguía siendo verdaderamente una fuerza viva; pero estaba muy dividido no sólo entre aristócratas y demócratas, sino también entre súbditos austríacos, alemanes y rusos. En realidad algunos soñaban en una Polonia independiente y unida; generalmente bajo el supuesto de que se reanudaría el gobierno polaco sobre pueblos sometidos dentro del área que los polacos arbitrariamente consideraban como suya. Pero durante largo tiempo después de la derrota de 1863 no parecía haber esperanza alguna de conseguir la libertad nacional luchando simultáneamente en contra de las tres grandes potencias que ocupaban a Polonia; y, por consecuencia, había algunos que proyectaban para La Gran Polonia una situación de autonomía o incluso de tercer asociado dentro de Austria-Hungría, y otros que pensaban en una Polonia autónoma todavía unida a Rusia, y todavía otros más, aunque sólo pocos, que consideraban a Alemania como un posible libertador. Toda la situación se complicaba por la fuerte rivalidad entre Austria-Hungría y Rusia, y hasta cierto punto Alemania, en los Balcanes, porque esto se hallaba relacionado con el problema polaco, y dividía a los nacionalistas polacos tanto como a quienes les gobernaban.

Era inevitable que estas divisiones afectasen al socialismo polaco. Los socialistas de Galitzia —es decir, los polacos entre ellos—, eran en su mayor parte fuertemente anti-rusos, poco menos que los aristócratas polacos de Galitzia que compartían el poder en Viena con las castas gobernantes de alemanes y de checos. Los socialistas de la Polonia rusa, por otra parte, estaban profundamente divididos entre un grupo fuertemente anti-ruso, que tendía a cooperar con los polacos de Austria, y un grupo que sostenía que la única posibilidad de libertad para Polonia

estaba en hacer causa común con los socialistas rusos, a fin de derrocar al zarismo. Este último grupo tendía a pensar tanto en los socialistas alemanes como en los rusos para que los ayudasen en su labor de liberación; porque sus jefes dudaban mucho de la posibilidad de que en Rusia triunfase una revolución sin la ayuda del proletariado de Occidente, por lo cual entendía principalmente Alemania, como el país del movimiento social-demócrata occidental más adelantado y poderoso. Así pues, el socialismo polaco, casi desde el momento de nacer, fue una fuerza dividida, incluso sin tener en cuenta otra división que se produjo en él a causa de la presencia en Polonia de una numerosa población judía y de una fuerte tendencia anti-semítica, incluso entre muchos demócratas polacos.

El socialismo no existió como movimiento organizado dentro de Polonia sino hasta la década de 1870. Mucho antes de esto hubo jefes aislados, incluso grupos que estaban influidos por ideas socialistas de Occidente. Joachim Lelewel (1786-1861), el historiador de la Edad Media, que fue miembro del gobierno provisional de 1830-31, adoptó muchas de las ideas de los primeros socialistas, sobre todo de Fourier. Desterrado después de 1831, se estableció en Bruselas, y allí escribió su *Historia de Polonia,* fundó una Sociedad Democrática, y colaboró en periódicos de izquierda. Sus escritos acerca de la propiedad y el cultivo comunales de la tierra influyeron en el pensamiento del socialista belga, pero no creó ningún movimiento en Polonia. Los polacos participaron muy poco en los movimientos revolucionarios de 1848. La región de Poznan se había agotado en el levantamiento abortado de 1846. La república todavía independiente de Cracovia había desaparecido, y fue ocupada por Austria en 1848; y en Galitzia los austríacos atajaron con éxito una revuelta polaca fomentando una *jacquerie* de los aldeanos rutenos en contra de sus amos polacos. Tampoco participó el socialismo como movimiento organizado en el levantamiento de 1863, el cual fue dirigido principalmente por aristócratas. Los primeros intentos para crear un movimiento socialista se hicieron en la década de 1870, bajo la dirección de Ludwig Warinski (1856-89), y Stanislaw Mendelssohn (1857-1913). Warinski empezó su carrera socialista como estudiante en San Petersburgo; trabajó en una fábrica de Varsovia a fin de ponerse en contacto con obreros; huyó a Galitzia cuando estuvo en peligro de ser detenido, y allí continuó sus actividades revolucionarias. Fue desterrado de Austria en 1879, y se trasladó a Ginebra. En 1881 volvió a Varsovia y ayudó a formar la organización clandestina, "Proletariado", que organizó numerosas huelgas. Fue detenido otra vez en 1883, y murió en la cárcel. Warinski estuvo en relación con la organización terrorista rusa, Naradnaya Yolya, y simpatizó con sus ideales, pero en lugar de asesinatos favoreció las huelgas destinadas a desorganizar la

economía y el gobierno. Aunque su carrera activa fue breve, sus ideas arraigaron fuertemente en el movimiento socialista polaco, hasta bien entrada la década de 1890, y realmente dejó una huella duradera.

En 1885 las autoridades rusas consiguieron quebrantar el poder de "Proletariado", deteniendo a la mayoría de sus jefes, cuatro de los cuales fueron ahorcados: pero quedó un residuo, y al año siguiente tuvo un ingreso importante: Rosa Luxemburgo (1870-1919), que entonces tenía 16 años. En seguida actuó. Dos años más tarde "Proletariado" fue reorganizado y empezó otra vez a formar sindicatos obreros y a promover huelgas. Sin embargo, al año siguiente el movimiento económico y el político estuvieron separados. Se formó una Liga polaca de obreros que se encargó de los sindicatos, mientras que "Proletariado" prestó su atención a la acción política clandestina. Ese mismo año Rosa Luxemburgo, bajo la amenaza de ser detenida, escapó a Suiza con la ayuda del correligionario socialista Martín Kasprzak, y se estableció en Zurich como estudiante. En Zurich conoció a un grupo de emigrados socialistas rusos, entre ellos a Plekhanov, Axelrod y Parvus, y también a varios polacos, entre ellos sus futuros colaboradores Julián Marchlewsk' y Adolf Warski. De Plekhanov y de sus amigos aprendió la doctrina mandsta; y al año siguierite se-unió al grupo Leo Jogiches (1867-1919) (conocido también por Jan Tyszka) con quien ella siguió en relación toda su vida. Jogiches, que era persona acomodada, había escapado de Polonia después de haber estado preso por sus actividades socialistas. Él y Plekhanov hicieron planes para un periódico marxista, pero no se pusieron de acuerdo acerca de su control, y nada resultó del proyecto. En 1892 hubo grandes huelgas el primero de mayo en la Polonia rusa, especialmente en Lódz y en Varsovia; y en Lódz los cosacos dispararon contra la manifestación de huelguistas. En conexión con este movimiento "Proletariado", la Liga de trabajadores polacos y algunos otros grupos se unieron para formar el Partido Socialista Polaco con Jogiches y Warski como jefes principales. El nuevo partido fundó un periódico, *Sprava Robotnicza* (La Causa de los Trabajadores), dirigido por Warski, que duró hasta 1896.

Rosa Luxemburgo, cuando todavía vivía en Zurich, representó al nuevo partido en la asamblea internacional socialista que se celebró allí en 1893. Pero ya se manifestó un desacuerdo. En 1892 los emigrados polacos de París habían formado la Unión de socialistas polacos en el extranjero, que también estuvo representada en la asamblea de Zurich, y sus delegados discutieron las credenciales de los que habían sido enviados por el Partido Socialista Polaco, entre ellos Julián Karski (1866-1925), a quien no se le permitió ocupar su lugar. Sin embargo, a Rosa Luxemburgo se le permitió informar al congreso acerca de la situación de la Polonia rusa, y aprovechó la oportunidad para exponer

las opiniones que ella y Jogiches hablan ya elaborado. Ella era partidaria de un partido conspirador, pero organizado democráticamente, para tratar de crear un movimiento de masas entre los trabajadores ocupándose de sus problemas económicos y organizando huelgas, y al mismo tiempo luchar políticamente por el establecimiento de libertades democráticas, pero manteniéndose completamente independiente de todos los partidos burgueses.

Respecto a esta necesidad de independencia estricta hizo resaltar la importancia de apartar el movimiento obrero de toda conexión con el movimiento nacionalista en favor de una Polonia independiente. La rival Unión de socialistas polacos en el extranjero era partidaria del nacionalismo; mientras que Rosa Luxemburgo, Jogiches y Warski sostenían que la conducta aceptada de los socialistas de la Polonia rusa era identificarse con la lucha de los trabajadores rusos y de todos los grupos nacionales de la clase obrera dentro del imperio ruso para derrocar al Zar en una revolución que ellos pensaban que sería esencialmente internacional. Éste había sido el programa de "Proletariado" y de Warinski, y fue trasmitido por sus sucesores al nuevo Partido Socialista Polaco. Sin embargo, no era ésta una política que atrajese ni a los polacos austríacos ni a buen número de los socialistas de la Polonia rusa, entre ellos algunos de los antiguos correligionarios de Warinski, como Mendelssohn y H. Yanowska. Hubo una división; y el grupo presidido por Jogiches fundó un nuevo partido, el Partido Social-Demócrata del Reino de Polonia, es decir, que pretendía representar sólo el territorio del antiguo reino polaco, que estaba gobernado por los rusos. Sin embargo, en 1899 aspiró a incluir a Lituania, en donde se había formado un Partido Social-Demócrata bajo la jefatura de Félix Edmundovich Dzerzhinsky (1877-1926), que más tarde había de tomar parte sobresaliente tanto en el movimiento ruso como en el polaco.

La disputa entre los socialistas polacos continuó en la Asamblea internacional de Londres de 1896. Incluso se hicieron acusaciones por los delegados del Partido Socialista Polaco y especialmente por el jefe polaco de Galitzia. Ignacy Daszynski (1866-1936), de que Rosa Luxemburgo y Warski eran espías de la policía y se les había encargado de que desorganizasen el movimiento. Un comité de investigación presidido por Pedro Lavrov, había ya rechazado los cargos contra Warski por infundados; pero esto no impidió que los renovasen. Incluso mientras Daszynski lo repetía, el Partido Social-Demócrata Polaco fue perturbado por numerosas detenciones de sus militantes. Quedó en gran medida incapacitado para actuar hasta 1899, cuando se produjo un renacimiento considerable. Mientras tanto, Rosa Luxemburgo estuvo en Francia en 1896 y 1897, y en 1898 publicó su primer libro importante, una tesis doctoral acerca del desarrollo de la industria en Polonia. Poco

después se casó con Gustav Lübeck, un amigo de su familia, con el objeto de adquirir la nacionalidad alemana en lugar de la rusa, a fin de facilitar su trabajo en favor del socialismo. Fue sólo un matrimonio legal basado en la amistad y no en el amor. Ella había querido, mucho antes, a Jogiches; pero no se casaron. En realidad ella estuvo medio inválida desde su infancia, a causa de un tratamiento médico equivocado; a lo largo de su activa carrera su estado de salud siempre fue malo.

Después de su matrimonio, Rosa Luxemburgo fijó su residencia en Alemania y actuó muy activamente en el Partido Social-Demócrata Alemán. Trabajó especialmente con el ruso A. L. Helphand, más conocido por Parvus, que entonces escribía los artículos editoriales para el *Sächsische Arbeiterzeitung* en Dresde, y que atacaba enérgicamente las ideas revisionistas de Bernstein. Escribió para Bruno Schönlank (1859-1901), que dirigía el *Leipziger Volkszeitung.* En 1898 Parvus fue expulsado de Sajonia, y a Rosa Luxemburgo la nombraron redactor-jefe del *Sächsische Arbeiterzeitung* en su lugar. Ella continuó su política, una de cuyas características era dar mucha importancia a la lucha de los sindidatos obreros; pero pronto encontró dificultades por haber expuesto ataques vehementes contra el diputado socialista por Dresde Georg Gradnauer, el director, que pertenecía al ala derecha. Dimitió su puesto, y se trasladó a Berlín, y continuó todavía colaborando en el periódico de Schönlank. En Berlín llegó a ser amiga íntima del matrimonio Kautsky, y escribió con regularidad para la revista de Kautsky, *Neue Zeit,* el principal órgano teórico de la Social-Democracia Alemana. Continuó su enérgico ataque contra los revisionistas, y en 1900 volvió a publicar algunos de sus artículos en un pequeño libro, *¡Reforma social o revolución?,* el cual la elevó a la categoría de representante principal de la extrema izquierda del movimiento alemán. También atacó enérgicamente a quienes defendían la entrada de Millerand en el gobierno Waldeck-Rousseau, incluyendo a Jean Jaurès, quien sin embargo, siguió siendo gran amigo suyo, y cuyo talento ella admiraba profundamente. Al mismo tiempo siguió interesándose en los asuntos polacos y rusos, secundando a Lenin en su campaña contra los Economistas, y colaborando tanto en los periódicos polacos como en los alemanes. Cuando la huelga general belga fracasada, de 1902, censuró a Émile Vandervelde, el presidente de la Oficina internacional socialista, por haber hecho de la huelga sencillamente una manifestación en apoyo al Partido laborista y por sus compromisos con los liberales, cuando, en su opinión, hubiera debido recurrir a la combatividad natural de los trabajadores, dando de este modo al movimiento huelguístico un carácter mucho más revolucionario. Este punto habría de desarrollarlo mucho más en las controversias acerca de la huelga general que ocuparon a la Internacional durante los años siguientes.

En 1903, después de la derrota de los revisionistas en la asamblea del partido alemán, Rosa Luxemburgo riñó con los jefes alemanes, incluyendo tanto a Kautsky como a Bebel. Del mismo modo que Kautsky, ella era partidaria de una acción enérgica en contra de los revisionistas, hasta el punto de expulsarlos, si se negaban a retractarse; pero los jefes del partido creían sobre todo en la necesidad de mantener la unión dentro del partido; ella y Kautsky no hallaron apoyo para esta cuestión.

La disputa de Rosa Luxemburgo con Kautsky surgió con motivo de otro problema, si bien estaba relacionado con el anterior. Ella sostenía que era deber del partido prepararse activamente para la revolución, en lugar de limitarse a hablar de ella; y era completamente contraria a la idea de que "la Revolución" podía ser aplazada hasta que el partido hubiese conseguido una mayoría parlamentaria para realizarse después sin recurrir a la violencia, sino mediante una renuncia negociada del régimen antiguo. Ella no creía que fuese posible esa renuncia: pensaba que era mucho más probable que, si parecía que los social-demócratas estaban próximos a conseguir mayoría, el partido volviera a ser declarado ilegal, y acaso fuese suprimido el derecho de sufragio para todos los varones, como había sucedido en Sajonia. Por consiguiente, quería que el partido estuviese decididamente preparado para actuar ilegalmente, para hacer propaganda entre las fuerzas armadas, y para enfrentarse al gobierno a fin de derribarlo; pero en estas cuestiones los jefes del partido estaban aún menos dispuestos a considerar sus consejos. Respetaban mucho la legalidad, y estaban decididos, hasta donde pudiesen, a continuar su campaña dentro de la ley con objeto de atraerse a los electores dudosos, y a no dar al gobierno ningún pretexto para renovar la táctica de persecución seguida por Bismarck.[1]

Antes de esto, en 1902, Rosa Luxemburgo había llegado a ser redactor-jefe del *Leipziger Volkszeitung;* pero también esta vez ocupó el cargo poco tiempo. Chocó con la censura, y prefirió dimitir a aceptar las supresiones de ésta. Su correligionario izquierdista, Fianz Mehring (1846-1919), el historiador del socialismo alemán, ocupó su lugar.

En 1904 Rosa Luxemburgo estuvo por primera vez en la cárcel acusada de insultar al emperador alemán. A principios del año siguiente, después de haber sido puesta en libertad, ingreso en la redacción del principal periódico social-demócrata, el *Vorwaerts,* de Berlín. Allí estaba cuando estalló la revolución rusa de 1905, y allí escribió dos de los tres folletos, publicados bajo el título colectivo de: *La revolución ha estallado: ¿qué vendrá des-pués?* Esta revolución la excitó mucho y le desesperaba el no hallarse en medio de ella; pero estaba enferma, y pensó que su deber principal era interpretarla para los alemanes. Hasta di-

[1] Véase en el capítulo vi un examen más detenido del "revolucionarismo" del partido alemán.

ciembre de 1905 no pudo entrar, y esto con grandes dificultades, en Polonia, llegando a Varsovia cuando los polacos ya habían sido derrotados en la lucha. En realidad, Varsovia había anunciado la llegada de la revolución mediante una serie de grandes huelgas y levantamientos campesinos durante el año 1904, provocados en gran parte porque los polacos fueron llamados a prestar servicio militar al estallar la guerra ruso-japonesa. Estos movimientos, brutalmente reprimidos, habían sido causa de una lucha considerablemente extendida con las fuerzas rusas; y, en noviembre de 1904, el Partido Socialista Polaco había decidido recurrir a la insurrección. En ese mes se habían producido luchas muy serias en las calles de Varsovia, y el levantamiento había sido brutalmente sofocado; pero en enero de 1905 volvieron a estallar grandes huelgas en Lódz y en algunas otras poblaciones, y también estas huelgas en algunos Casos se convirtieron en semi-insurrecciones, que fueron sangrientamente reprimidas. A fin de enfrentarse con estos conflictos, el Partido Socialista Polaco había hecho lo más posible por reunir armas. En 1904 Pilsudski, en representación del partido, fue al Japón al estallar la guerra ruso-japonesa, y trató de persuadir al gobierno japonés para que les proporcionase armas. Volvió con las manos vacías; pero el periódico del Partido Socialista Polaco, *Róbotník,* que había sido fundado en 1894, continuó siendo partidario, sin embargo, de dedicarse sobre todo a formar grupos de luchadores, una política que Rosa Luxemburgo y los social-demócratas polacos censuraron por considerar que estaba llamada al fracaso, a menos de que fuese acompañada, o, mejor, precedida, por la creación de un movimiento obrero de masas animado por una voluntad revolucionaria. La política de los social-demócratas,. tal como la expuso Rosa Luxemburgo, consistía en emplear todo esfuerzo posible en desorganizar el Gobierno mediante huelgas de masas: dislocar la industria y los transportes, y llevar a los obreros a la acción a fin de que adquiriesen una mentalidad más revolucionaria. Ella indicó que la insurrección sólo podría triunfar, si los soldados se negaban a obedecer las órdenes recibidas, y que, en Polonia, donde había de guarnición tropas rusas, era muy difícil tener éxito de propaganda entre las fuerzas armadas. No era contraria a la táctica de insurrección; pero quería preparar el camino para ella y esperar que los motines de Rusia se extendieran por sí mismos a las fuerzas que estaban de guarnición en Polonia, y de este modo se crearan las condiciones necesarias para triunfar. Pensaba que la revolución de Polonia no era una revolución nacional contra Rusia, como en general pensaba el Partido Socialista Polaco, sino parte integrante de la misma revolución rusa.

El Partido Socialista Polaco, como partido que aspiraba a una Polonia unida e independiente, se consideraba con derecho a representar no solamente la Polonia rusa, sino también la Polonia alemana y austria-

ca. Su primer jefe había sido Boleslau Limanowski (1837-1935); pero tuvo que emigrar primero a París y después a Suiza y renunciar a una labor activa. Regresó a Polonia y se le permitió establecerse allí, sin ser molestado, en 1908. Su lugar en la Polonia rusa lo ocupó Józef Pilsudski (1867-1935), quien se hizo socialista siendo estudiante en Kharkov, y fue desterrado a Siberia en 1887. En 1892 se le permitió regresar a Vilna, en donde ayudó a organizar el Partido Socialista Polaco. Dos años más tarde fundó el periódico, *Robotnik* (El Trabajador), el cual continuó dirigiendo hasta 1900. Aquel año fue detenido; pero se escapó de la prisión y se fue primero a Londres y después, en 1900, a Cracovia, en la Polonia austríaca, en donde durante algún tiempo estuvo en relación estrecha con Daszynski. Después de la derrota de la revolución rusa de 1905 siguió dirigiendo el ala nacionalista del socialismo polaco. Sus aventuras posteriores, durante y después de la primera Guerra Mundial, pertenecen a una parte posterior de esta historia.

En la Polonia rusa, el año 1905 empezó con una huelga muy extensa, que fue apoyada tanto por el Partido Socialista Polaco como por los social-demócratas; pero pronto la gran huelga fue sustituida por una serie de pequeñas huelgas referentes sobre todo a reclamaciones económicas particulares; y el Partido Socialista Polaco no tuvo nada que ver con ellas, porque directamente no eran de utilidad para sus objetivos de una insurrección nacional. Por otra parte, los social-demócratas apoyaron las sucesivas huelgas como medio de poner en acción a los trabajadores, y trataron de coordinarlas presentando como grito de combate la jornada de ocho horas; Rosa Luxemburgo también hizo lo más que pudo para promover disturbios entre los campesinos para reforzar el proceso desorganizador que ella creía presupuesto indispensable para el triunfo. Los jefes del Partido Socialista Polaco contestaron acusando a los social-demócratas de promovedores de huelgas y de estimular a los trabajadores a disipar su energía en lugar de reservarla para un esfuerzo de insurrección nacional. Daszynski, desde Galitzia, llegó hasta condenar toda huelga, porque tendían a identificar la lucha de los trabajadores polacos con la lucha de los trabajadores rusos, en lugar de unirlos para un movimiento nacional polaco, que aprovecharía la oportunidad proporcionada por las dificultades internas de Rusia a fin de realizar sus propios fines. Lo que Daszynski tenía con claridad en su mente era que, si la revolución rusa triunfase, los polacos deberían aprovechar la facilidad que ofrecería el derrumbamiento del gobierno polaco para proclamar su independencia, no como asociados en la revolución triunfante, sino incluso, si fuera necesario, en contra de ella. El odio a Rusia era demasiado profundo entre los jefes del Partido Socialista Polaco para pensar en nada que significase cooperación, incluso con un gobierno ruso revolucionario.

En junio de 1905, cuando fue declarada una nueva huelga en Varsovia, el Partido Socialista Polaco se opuso a ella. Hasta ese momento el Partido Socialista Polaco había tenido sin duda alguna muchos más partidarios que el Partido Social-Demócrata Polaco, que en realidad había sido muy débil; pero el hecho de que los social-demócratas apoyasen el movimiento huelguístico les valió un gran aumento en el número de afiliados, especialmente entre los obreros de las fábricas, mientras que el Partido Socialista Polaco continuó teniendo mucho apoyo entre los artesanos y entre los intelectuales de izquierda y los comerciantes. Estos mismos grupos, en los cuales había muchos judíos, también estaban fuertemente representados en el Bund, que, en general, se ponía al lado de los social-demócratas, y era, naturalmente, hostil al fuerte nacionalismo del Partido Socialista Polaco.

La táctica de insurrección favorecida por los partidarios de Pilsudski se hizo cada vez más impracticable a medida que, por toda Rusia, empezó a disminuir la oleada revolucionaria. Las bandas armadas del Partido Socialista Polaco habían estado empleando los mismos métodos que los grupos que luchaban en Rusia: asalto a los bancos, a las oficinas y a los edificios del gobierno, a fin de apoderarse de fondos y de molestar a la administración, siempre que hubiese una oportunidad para ellos; como en Rusia, la ola revolucionaria, al refluir, produjo una degeneración de este tipo de guerra de guerrillas, que se convirtió en algo que no es fácil distinguir del mero bandidaje; y los social-demócratas, como los mencheviques rusos, lo censuraron enérgicamente. Consecuencia de todos estos desacuerdos fue que en 1906 el Partido Socialista Polaco se dividió. Una sección se separó de la demanda de inmediata independencia nacional, y aceptó la necesidad de actuar en relación estrecha con los revolucionarios rusos. Esta sección se unió a los social-demócratas; y el Partido Social-Demócrata decidió afiliarse al Partido Social-Demócrata ruso. La otra sección siguió a Pilsudski, y dio a su partido el nuevo nombre de Partido Socialista Polaco Revolucionario, acusando a sus rivales de apóstatas de la causa de la revolución nacional.

Llegados a este punto tenemos que retroceder un momento para examinar la situación de la Polonia austríaca. Hasta 1911 los polacos de Galitzia formaron un grupo con el Partido Social-Demócrata federal de Austria. Tenían su propia organización autónoma, como las demás nacionalidades sometidas al gobierno de Austria: sus representantes en el Reichsrath formaron un grupo dentro del Partido Socialista Parlamentario Unido. A partir de 1911 estos arreglos federativos dejaron de existir. Los socialistas polaco-austriacos llegaron a constituir un partido separado, limitándose a cambiar delegados fraternales en las asambleas con los otros partidos nacionales. Su jefe, tanto antes como después de la separación, fue Ignacio Daszyúski, que había sido elegido

por primera vez para el Reichsrath austríaco en 1891. Durante algún tiempo estuvieron en relación estrecha con el Partido Socialista Polaco de Pilsudski, aunque riñeron más tarde; como vimos, Pilsudski trasladó sus oficinas centrales a Galitzia en 1907, después de haber sido derrotada la revolución en la Polonia rusa. Daszyñski y sus partidarios, como Pilsudski, eran muy contrarios a Rusia. Estaban al lado de Austria-Hungría para oponerse a la penetración de Rusia en los Balcanes, y algunos de ellos acariciaban la idea de atraerse a Polonia como un tercer elemento del Estado Austro-Húngaro. En Galitzia tenían un problema propio. Muchos trabajadores de otras partes de Austria estaban empleados allí; y gran parte de la población nativa no estaba formada por polacos, sino por ucranianos, a los cuales los polacos se inclinaban a considerar como un pueblo naturalmente sometido. Aunque la parte ucraniana de Galitzia era principalmente agrícola, los ucranianos de Austria habían tenido desde 1897 cierta organización socialista propia, y desde 1899 estaban organizados en un Partido Social-Demócrata Ucraniano dirigido por Mikota Hankiewycz y después Simón Wityk y por Jacko Ostapzuk, un campesino, todos los cuales consiguieron pronto ocupar puestos en el Reichsrath austríaco, y por Ivan Warsniak. Este partido colaboró con el Partido ucraniano revolucionario a través de la frontera de la Ucrania rusa, y defendió la política de trabajar por la liberación conjuntamente con el proletariado ruso. Hasta 1911, fue una de las secciones del Partido austríaco.

Después de esta digresión tenemos que volver a tratar de la situación existente en la Polonia rusa.

En marzo de 1906 Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches, quienes habían estado viviendo en Varsovia bajo nombres falsos, fueron detenidos y estuvieron presos. Rosa Luxemburgo logró escribir varios folletos y hacerlos salir de la prisión clandestinamente; pero enfermó y, después de algunos meses, las autoridades rusas, preocupadas por su nacionalidad alemana, la libertaron, bajo vigilancia de la policía. Poco después le permitieron salir del país, y fue a Finlandia, donde escribió su siguiente folleto importante, *La huelga de masas, el partido y los sindicatos obreros,* exponiendo su teoría de la acción revolucionaria de masas y el papel que el partido habría de desempeñar en relación con ella. Jogiches, mientras tanto, había sido enviado a Siberia, pero pronto escapó y reanudó su labor revolucionaria.

En 1907 Rosa Luxemburgo, como hemos visto, tomó parte con el carácter de delegada del Partido Social-Demócrata Polaco en el congreso que celebró en Londres el Partido Social-Demócrata Ruso.[2] Asistió también como delegada al congreso que en Stuttgart celebró la Internacional Socialista y tomó parte principal en el famoso debate acerca de

2 Véase pp. 452 ss.

la actitud de los partidos socialistas en caso de guerra. Como vimos, el párrafo último de la propuesta que finalmente fue aprobada, y que trata de la línea a seguir después de que la guerra hubiese estallado, fue redactado sobre todo por ella y Lenin, consultando con Kautsky, a quien le preocupaba el evitar expresiones que decidiesen al gobierno alemán o a clausurar el congreso o a tomar represalias contra el Partido Social-Demócrata Alemán.[8]

Al año siguiente Rosa Luxemburgo volvió a Alemania como profesora de la Escuela de Entrenamiento para miembros del Partido que había sido fundada en 1907 por el Partido Social-Demócrata Alemán. Sustituyó a Rudolf Hilferding, quien no pudo seguir por órdenes del gobierno, a causa de su nacionalidad austríaca. Enseñaba allí Economía Política. Y a su labor en esta escuela se deben principalmente los estudios que la condujeron a escribir su obra más conocida, *La acumulación del capital.* Este libro apareció en 1913, y fue seguido de una gran controversia entre los manristas, provocada por la crítica que en ella se hace de algunas partes de la doctrina económica de Marx, especialmente respecto a su teoría de las crisis capitalistas. En 1909 apareció un segundo volumen, en el cual contestó francamente a sus críticos. Su obra inconclusa *Introducción a la economía política,* aunque basada en las lecciones que dio en la escuela, de hecho no se escribió hasta 1916, y no fue publicada, sobre una redacción no corregida, hasta 1925.

Aparte de su labor en esta escuela, Rosa Luxemburgo continuó hasta 1914 participando activamente en los asuntos del Partido Social-Demócrata, siempre como representante de las opiniones de extrema izquierda. Cuando los social-demócratas realizaron a partir de 1908 su intensa campaña en favor de la reforma de la ley electoral, sumamente reaccionaria, de voto por clases, vigente en Prusia, defendió enérgicamente procedimientos más combativos. Cuando en 1910 el canciller alemán, von Bethmann Hollweg, presentó su propuesta para alterar el sistema, sin que en modo alguno mejorase la situación de la gran masa de los electores obreros, ella fue de los partidarios de la huelga general, a fin de forzar al gobierno prusiano para que pusiese término al sistema de voto por clases, y que introdujese el sufragio universal e igual. En este punto, en modo alguno estaba sola: la presión de la opinión entre los social-demócratas fue lo bastante grande para obligar al partido y a los jefes de los sindicatos obreros para que convocasen una conferencia especial que estudiaría la propuesta. Se decidieron en contra de ella; los jefes de los sindicatos obreros estuvieron aún menos dispuestos que los jefes del partido a arriesgarlo todo en contra del poder del Estado autocrático prusiano. En adelante, Rosa Luxemburgo se halló cada vez más en desacuerdo no sólo con el ala derecha de los social-demócratas

[8] Véase pp. 76 ss.

alemanes, sino también con el centro y con muchos de los que habían sido considerados como de la izquierda. En 1910 ella pidió al partido que se declarase públicamente en contra de la monarquía, y que adoptase como grito de combate la "república democrática". Sus relaciones con Kautsky se hicieron tirantes; y por último éste se negó a publicar en el *Neue Zeh* un artículo suyo que ya había sido rechazado por el *Vorwaerts.* Era en gran parte una contestación al escrito de Kautsky, *Der Weg zur Macht* (El Camino hacia el Poder) publicado en 1909. Entonces rompió con el *Neue Zeh, y* en unión de Franz Mehring y de su antiguo colaborador polaco Julián Karski, fundó un nuevo periódico, *Sozialdemokratische Korrespondenz,* para exponer la política de izquierda. Su primer número apareció en 1913.

A principios del año siguiente Rosa Luxemburgo volvió a estar en conflicto con la ley, a causa de sus discursos, no de sus escritos. En febrero de 1914 fue condenada a un año de prisión por incitar a los soldados para que se amotinasen en un discurso antibelicista; pero, debido a su falta de salud, la ejecución de la sentencia fue aplazada. Repitió el mismo delito, y fue procesada por segunda vez; pero se la dejó en libertad hasta bastante después del comienzo de la guerra. En febrero de 1915 fue encarcelada, y, excepto por pocos meses, permaneció presa hasta que la revolución alemana la puso en libertad a fines de 1918, para gozar sólo de algunos meses de actividad antes de su asesinato por oficiales reaccionarios a principios del año siguiente. La historia de estos últimos años suyos, sin embargo, no pertenece a este volumen, sino al último de esta obra.

Como resulta de lo que hemos contado, Rosa Luxemburgo es esencialmente una figura internacional, que no pertenece sólo al movimiento socialista de un país. Actuó en Polonia, en Rusia y en Alemania y en la Segunda Internacional, de la cual fue una de las figuras sobresalientes durante la década anterior a 1914. Intervino con más continuidad en los asuntos socialistas alemanes que en los polacos; pero indudablemente desempeñó parte muy importante, en unión de Leo Jogiches, en la orientación de un extenso sector, de la organización socialista polaca apartándola del nacionalismo e inclinándola hacia la colaboración con los trabajadores rusos, basándose en ideas esencialmente internacionalistas. El ser judía fue sin duda factor importante para determinar su actitud, especialmente frente a la poderosa corriente antisemita que existía entre los polacos, incluyendo a muchos de los socialistas polacos. Pero no era sólo judía, sino hija de padres cuya cultura era mucho más occidental que oriental; e intelectualmente se sentía mucho más en su medio en Berlín o en París que en Varsovia o en San Petersburgo. Como Trotsky, podía comprender a los socialistas de Occidente y entenderse con ellos intelectualmente, incluso aunque no estuviesen de

acuerdo. Con frecuencia se halló del lado de Lenin en contra de ellos, pero nunca pudo aceptar la concepción leninista del partido ni de la dictadura. En numerosos respectos tenía mucho en común con Trotsky; pero a pesar de su relación común con Parvus, del cual hablaremos más adelante, ella y Trotsky nunca estuvieron en relación estrecha. Con quien tuvo relaciones más estrechas fue con Jogiches, que estuvo con ella hasta el fin en el movimiento Spartakus, con Kautsky, hasta que riñeron en 1910, con la esposa de Kautsky, Luisa, hasta su muerte, con Clara Zetkin, y, en términos de intercambio intelectual, con Jaurès.

Las principales contribuciones que Rosa Luxemburgo hizo al pensamiento socialista se refieren a tres puntos: su opinión acerca de las relaciones entre socialismo y nacionalismo, su concepción del papel que el partido socialista debía desempeñar respecto a la acción de masas y a la huelga general, y su intento de revisar la teoría económica mandsta en la *Acumulación de capital.* Respecto a los dos primeros debía mucho a Jogiches, de cuyas ideas fue expositora tanto como de las suyas propias; respecto al tercero acaso debía algo a Hilferding, pero su contribución principal era esencialmente propia.

En cuanto a los problemas de nacionalidad y nacionalismo su actitud estaba indudablemente influida por su sangre judía y por el carácter exclusivo del nacionalismo polaco, no sólo con relación a los judíos, sino del mismo modo con relación a los rutenos y a los alemanes de la Polonia alemana. Le desagradaban profundamente las pretensiones de los polacos de ser superiores a otros pueblos, incluyendo a los rusos, y su tendencia a considerarse a sí mismos como una casta gobernante. Le agradaba hacer ver hasta qué punto, cuando se les ponía a prueba, las clases altas y capitalistas polacas, a pesar de sus pretensiones, estaban dispuestas a pedir ayuda a los rusos, a los austríacos y a los alemanes para reprimir cualquier movimiento de liberación producido por las clases bajas de su propio pueblo. La actitud de aquéllas le hizo desdeñar el nacionalismo en todas sus formas. No por esto dejó de estar dispuesta, como lo mostró en su folleto *En defensa de la nacionalidad,* publicado en polaco en 1900, a defender a los polacos de la Polonia alemana en contra de la política de germanización del gobierno imperial; y, por supuesto, era igualmente contraria a las medidas de rusificación del gobierno zarista en la Polonia rusa; pero para ella no era útil la idea de que cada nación tenía un derecho fundamental a la autonomía o la manera en que Lenin formulaba este derecho incluyendo el derecho de secesión porque ella quería establecer una autoridad obrera internacional por encima de las fronteras nacionales, y porque le preocupaba mucho el problema de los grupos raciales o lingüísticos dentro del territorio tradicional reclamado por una determinada nación como propio. Polonia planteaba estos problemas y otros: el nacionalismo polaco necesi-

taba definir su actitud respecto a los judíos, a los rutenos y a los aldeanos ucranianos y respecto a los letones, del mismo modo que respecto a sus gobernantes rusos, alemanes y austríacos. Pensaba que la división de clases era mucho más fundamental y decisiva que las divisiones de raza y de lengua; y, del mismo modo que Marx, consideraba al nacionalismo como un obstáculo sumamente poderoso para establacer la solidaridad de clase.

Como hemos visto, Rosa Luxemburgo no fue la inventora del tipo de socialismo polaco que ponía sus esperanzas en la acción unida de los pueblos sometidos al Zar para poner término al absolutismo ruso. Esta doctrina ya había sido expuesta por Warinski en representación del Proletariado, antes de que ella ingresase en la organización, y fue parte de la base de su colaboración con Narodnaya Volya. Para Warinski, como para Rosa Luxemburgo, el enemigo con quien primero tenían que luchar los polacos era el zarismo, o los polacos alemanes o austríacos, la autocracia de Prusia o el imperio austro-húngaro. Los dos querían unir a los trabajadores en el campo más amplio posible, en una lucha común contra las autocracias que los mantenía separados, y también contra los movimientos nacionalistas que amenazaban con mantenerlos divididos en grupos contrarios; pero no era posible hacer esto sin ser acusado de enemigo de la lucha nacional en favor de la liberación. Sin embargo, era mucha más fácil en Polonia que en países donde un grupo nacional vivía sometido a un estado gobernante extraño, porque en Polonia un movimiento puramente nacionalista no podía hacer causa común ni con los artesanos y comerciantes judíos ni con los aldeanos rutenos, mientras que a ambos grupos se les podía pedir que se uniesen con los polacos y con los rusos y con todos los demás pueblos del imperio ruso en una lucha común en contra de la autocracia. El llamamiento a los aldeanos como a los obreros, en cuya necesidad Rosa Luxemburgo insistía constantemente, no podía ser hecho con eficacia a base de un nacionalismo polaco; pero podía hacerse sobre una base de clase en contra de la explotación de los pobres y contra el Estado policía que existía para la defensa de los explotadores.

Por esto Rosa Luxemburgo chocó con Lenin en el punto de la autonomía nacional. Lenin buscaba la manera de unir a los pueblos sometidos dentro del imperio ruso para una cruzada común en contra del zarismo, y consideraba el grito de guerra de la autonomía nacional y el derecho de secesión como muy valioso para atraer su apoyo. Despreciaba tanto como ella el "nacionalismo burgués"; pero creía que el aceptar su grito de guerra hasta el extremo del derecho a la autonomía era necesario a fin de unir a los pueblos sometidos en contra de la aristocracia. Lenin no estaba menos convencido que ella de que, cuando llegase el momento de prueba, los aristócratas nacionalistas y los gran-

des capitalistas se pondrían al lado del zarismo en contra de los obreros y de los aldeanos; pero él creía que, si podía atraerse a los partidarios del nacionalismo para tomar parte en la lucha contra el zarismo, también podría, cuando llegase el momento decisivo, conservar su apoyo en contra de los nacionalistas aristócratas y burgueses que tratarían de traicionarlos tan pronto como empezasen a poner en peligro los derechos de propiedad. Lenin no pensaba sólo, ni siquiera principalmente, en el nacionalismo polaco: le preocupaban aún más los ucranianos, los transcaucasianos, los musulmanes de varias regiones de Asia y, por último, pero no menos, los finlandeses. Además, estaba influido por su propio internacionalismo. El Congreso Socialista Internacional había aceptado el derecho de autonomía nacional; y esto puso en sus manos un arma poderosa cuando quería censurar las tendencias imperialistas de los partidos socialistas de los grandes países imperiales de Occidente y hacer del nacionalismo colonial, donde existía, un aliado en la lucha contra el capitalismo mundial en su última fase imperialista. Para Lenin estos argumentos eran abrumadoramente fuertes, y le era difícil contenerse con quienes se oponían a ellos. Pero también comprendió por qué los social-demócratas polacos odiaban al nacionalismo polaco, y simpatizó con ese odio; sin embargo, Lenin, al sostener el derecho a la autonomía, manifestaba un odio violento contra el "nacionalismo cultural". Le parecía practicable, a la vez que aceptar la lucha en favor de la autonomía nacional, perseguir simultáneamente el objetivo de organizar el proletariado de cada nación en contra de sus explotadores, de tal modo que la revolución socialista se produciría como consecuencia de la revolución nacional dentro de cada país. Por otra parte, consideraba el nacionalismo cultural, es decir, el derecho de cada grupo racial o lingüístico a mantener sus propias instituciones culturales dentro de cada territorio o a través de las fronteras del Estado, como algo que mantendría a la clase obrera dividida contra sí misma en todo territorio en que trabajasen juntos miembros de distintas razas o grupos lingüísticos. Por consiguiente, rechaza en absoluto la demanda del Bund judío de poseer el derecho exclusivo a organizar aparte a los trabajadores judíos en cualquier lugar en que viviesen, aunque aceptase la demanda más moderada de que existiese una organización separada, sin derechos exclusivos, en los territorios donde predominasen los judíos. En este punto Rosa Luxemburgo estaba de acuerdo con él. Ella era judía; pero estaba afiliada al partido social-demócrata polaco y no al Bund.

La segunda gran contribución de Rosa Luxemburgo a la teoría socialista fue con respecto a las relaciones entre el partido socialista y la masa de trabajadores. A una persona que estudie detenidamente los escritos de Lenin le sería difícil negar noy, aunque se ha hecho con calor en el pasado, que en su actitud había un elemento considerable de

lo que a veces se llama "blanquismo", es decir, la creencia en el papel revolucionario de una *élite* conspiradora. No quiero decir que Lenin era un blanquista, sino sólo que, como Marx cuando escribió el *Manifiesto Comunista,* fue influido por algunas ideas blanquistas. Indudablemente Lenin no era un blanquista; porque nadie insistió más enérgicamente que él en la necesidad de que el partido se mantuviese en contacto estrecho con el movimiento de masas de los trabajadores, y en que participase activamente en la lucha diaria de éstos. El elemento blanquista de su pensamiento consistía en parte en su insistencia en la necesidad de un partido rígidamente disciplinado, organizado desde un único centro y libre para prescindir de procedimientos electorales democráticos al elegir sus comités y agentes locales; y la otra parte de él estribaba en su concepción de la dictadura, que llevaba implícito, al menos durante un largo período de transición, su ejercicio por un partido centralizado que actuara en nombre de la clase, más bien que por representantes de la clase directamente elegidos.

Éstos eran los dos puntos en que Rosa Luxemburgo no estaba conforme con él. También ella quería un partido fuerte y disciplinado, que actuase como vanguardia del movimiento de masas, y que tuviese gran participación en las luchas diarias de la masa, tanto en las económicas como en las políticas; pero ella opinaba enérgicamente que el partido no podía dar a las masas la dirección adecuada, o evitar las contaminaciones de un poder irresponsable, a menos que no se conservase tan democrático como fuera posible en su estructura interna, y que se hiciese continua y directamente responsable ante sus miembros de filas y, a través de ellos, ante la conciencia de todo el movimiento obrero en masa. Además, ella era partidaria de la dictadura sólo a condición de que ésta no fuese el gobierno de las masas por un partido, sino las masas representadas por un partido que respondía a sus deseos. Con frecuencia fue acusada por los bolcheviques (por ejemplo, por Zinoviev, en una famosa polémica) de poner su'confianza en la "espontaneidad", de las masas obreras y en negar la necesidad de que fuesen dirigidas. Fue acusada de renovar las ideas de Bakunin en la revolución nacional espontánea que sólo esperaba ser desencadenada; pero en realidad no era esto lo que ella pensaba. Creía muy firmemente que las revoluciones no podían hacerse porque las ordenasen pequeños organismos de revolucionarios decididos que no estuviesen en contacto con la opinión y el sentimiento de las masas, y que las oportunidades para una revolución victoriosa surgían de condiciones que los jefes revolucionarios podían observar, pero no crear. Pero creía igualmente que estas oportunidades podían perderse o desaparecer, si faltaba un partido bien organizado en relación estrecha con las masas y siempre alerta para aprovecharlas.

Sobre esta base, defendía, como Lenin, la participación del partido

en las luchas diarias de los trabajadores en favor de reformas parciales, con la condición (lo mismo que él hacía) de que debía hacerse todo lo posible para dar a estas demandas un carácter común, por ejemplo, generalizando completamente los lemas de combate como la jornada de ocho horas. Coincidía con Lenin en condenar el "economismo", que se limitaba a demandas reformistas económicas, y se negaba a utilizarlas como etapas hacia objetivos más revolucionarios, y acentuaba, incluso más que él, el valor educativo de la lucha meramente económica, especialmente cuando provocaba la acción represiva del gobierno, y enseñaba a los trabajadores la diferencia entre los capitalistas cuando pedían un gobierno constitucional y los mismos capitalistas que tenían que enfrentarse con una huelga, y pedían a las autoridades le pusiesen fin; pero ella atribuía a la acción huelguística una función más próxima que Lenin a la revolucionaria, porque trazaba una distinción menos rígida que él entre las dos clases de revoluciones, la democrático-burguesa y la socialista, y estaba menos segura de que debiera producirse una revolución burguesa que preparase el camino para la revolución socialista.

Tendremos que tratar de nuevo esta cuestión de las "dos revoluciones". Me ocupo de ella ahora sobre todo porque se relaciona con la concepción de la acción huelguística y especialmente con la de la huelga general. Generalmente se incluye a Rosa Luxemburgo entre los defensores enérgicos de la huelga general en los grandes debates de los años anteriores a 1914. Y esto es verdad; pero en el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart del año 1907 se presentó como fuertemente contraria a la propuesta de que el congreso se obligase a una huelga general en contra de la guerra. Indicó, con su vehemencia acostumbrada, que esa propuesta era un disparate utópico, dada la situación existente de la opinión obrera en las naciones interesadas; que la declaración de huelga, si se hacía, no sería obedecida; y que, si los obreros estuviesen dispuestos a obedecerla, los gobiernos tendrían buen cuidado de apartarse de la guerra en vista de ese estado de espíritu. Siguió esta línea no como contraria a la huelga general, lejos de ello, sino porque sostenía que las huelgas generales de carácter revolucionario, como necesariamente lo sería una huelga contra la guerra, no podría producirse por una orden, sino que surgiría sólo de una intensificación del sentimiento de las masas, que se produciría por sí mismo en un momento determinado, y no cuando lo pidiese un grupo de jefes o un partido, por muy fuertemente organizado que estuviera. Establecía una diferencia profunda entre la huelga general del tipo de las que se habían producido en Austria, en Bélgica y en otros países, en favor de la reforma constitucional, y la huelga general de carácter social, surgida del sentimiento de las masas, la cual se podía convertir, bajo una dirección adecuada, en punto de partida para una revolución victoriosa. No era contraria

al primer tipo de huelga general, que ella sólo consideraba como forma sumamente organizada de una demostración de masas con objetivo limitado; pero negaba su potencialidad revolucionaria. En cuanto a la otra clase de huelga general, la deseaba ardientemente, pero sólo cuando pudiera producirse por sí misma, y cuando el partido mismo estuviese preparado para dominarla y darle la dirección adecuada. Sostenía que esta clase de huelga no podía producirse desde arriba u ordenada para un día determinado; los trabajadores llegarían a ella por sí mismos, pero necesitarían que el partido los ayudase a llevarla a buen término.

Esta teoría no era sindicalista, aunque con frecuencia ha sido presentada como tal. La teoría sindicalista de la huelga general, como hemos visto, cuando considera la huelga como una realidad y no como un mito social,[4] espera todo de la espontaneidad de las masas. Rosa Luxemburgo, por otra parte, consideraba esta espontaneidad como condición para que la huelga se produjese, pero no en modo alguno como seguridad de su éxito.

Su tercera contribución principal al pensamiento socialista se halla contenida en sus dos volúmenes acerca de *La acumulación del capital.* En éstos se ocupa directamente de revisar la teoría de Marx acerca de las "Contradicciones del capitalismo", pero, de hecho, lo que se proponía era más bien contestar a Bernstein que refutar a Marx. Su segundo volumen, escrito para responder a sus críticos, lo redactó casi todo cuando estuvo presa durante la guerra a la cual consideraba como resultado directo del proceso capitalista que había tratado de analizar. *La acumulación del capital* no es un libro fácil de comprender, excepto para quienes conocen profundamente los escritos de Marx. Se ocupa en gran parte del segundo volumen de *Das Kapital,* el menos leído de los tres y con mucho el más técnico, y parte del intento de Marx de demostrar por qué la producción capitalista necesariamente pasa por crisis intermitentes, y por qué estas crisis tienen que ser cada vez más intensas y acabarán por destruir todo el sistema. Lo esencial del razonamiento de Marx es que, a medida que avanzan las técnicas de la producción, el obrero es constantemente desplazado por la máquina, de tal modo que en cada artículo producido tiende a entrar menos trabajo directo y más empleo de los bienes de capital (y por consiguiente más desgaste). De aquí que, incluso aparte del aumento de población, los obreros vayan siendo constantemente desplazados, y puedan hallar nuevamente trabajo sólo si la demanda de artículos aumentara con rapidez suficiente para hacer que ese trabajo quede compensado. Sin embargo, los trabajadores desplazados perderían su capacidad de compra; y la demanda de artículos de consumo, por consiguiente, tendería a disminuir, a.menos que los capitalistas aumentasen en medida suficiente el consumo de

[4] Véase p. 357.

artículos de lujo. No harían esto, porque desearían emplear gran parte de sus ingresos, no en el consumo, sino en inversiones destinadas a asegurarles ganancias mayores; pero nuevas inversiones, que superen a lo necesario para reemplazar a los bienes de capital inutilizados, no producirían ganancias, a menos que se hallasen mercados para el aumento de producción que resultaría de ellas. Los progresos de la técnica constantemente hacen posible el aumento de la producción; pero también, al desplazar a los trabajadores, reducen el mercado en que los productos podrían venderse. Por esto, el capitalismo pasa por crisis repetidas, de las cuales sólo pueden escapar desechando gran cantidad de bienes de producción que ya no pueden ser empleados con ganancia. La verdadera naturaleza de las crisis capitalistas consiste en que son los medios por los cuales se produce la destrucción del capital existente, pero superfluo. Cuando esto llega a realizarse, comienza un nuevo ciclo; pero los bienes de producción nuevos y más productivos que se emplean entonces no hacen más que agravar la situación y llega un momento en que producen otra crisis aún más destructora.

Por supuesto, este análisis implica el supuesto de que el aumento de producción no puede ser consumido por los trabajadores como resultado del aumento de los salarios. Marx, en su exposición de este punto, supone que los salarios *reales* son constantes, lo cual quiere decir que el desplazamiento de trabajadores disminuiría la demanda total de los consumidores procedentes de este origen. Pensaba que esto era consecuencia del hecho de que el desplazamiento aumentaría la competencia entre los trabajadores para encontrar ocupación y de este modo empeoraría su situación para regatear en los contratos; en realidad, en otra parte sostiene que el avance del capitalismo necesariamente crearía una tendencia a que los salarios reales bajasen a causa de esta competencia. Sin embargo, su opinión en su estudio de las crisis es que, incluso sin que la baja de los salarios agrave el desequilibrio, el capitalismo tiene que caer en una contradicción creciente entre su aumento de poder de producción y su tendencia hacia la creciente acumulación de capital por un lado, y por otro su tendencia a reducir el mercado de los bienes de consumo, porque, por supuesto, como la única utilidad última de los bienes de producción es la de producir bienes de consumo, y éstos no proporcionan ganancia al capitalismo a menos que sean vendidos, el aumento de producción de nuevos bienes de producción sólo hará que cada vez haya más bienes de producción que no se utilicen.

Habiendo demostrado de este modo la tendencia inherente al capitalismo a destruir el mercado de sus propios productos, Marx tenía que responder a la objeción de que estaba probando ya demasiado. Si tenía razón ¿por qué el capitalismo no se había derrumbado hacía tiempo? ¿Por qué las depresiones fueron sucedidas por nuevos avances? ¿Por qué

los capitalistas siguieron haciendo inversiones cuando las nuevas inversiones lo único que podían hacer era aumentar sus dificultades? Al último de estos puntos Marx contestó que los capitalistas tenían que seguir invirtiendo, en parte porque el capitalismo, por su misma naturaleza, tendía a ampliarse; pero también porque existía competencia entre ellos mismos, de tal modo que tenían que estar constantemente comprando las máquinas más modernas a fin de no quedarse atrás en la carrera. Las otras preguntas trató de contestarlas en parte, por lo que dijo acerca de la destrucción de las existencias de capitales durante cada crisis; pero en su razonamiento iba también implícita la idea de que el capitalismo era un sistema que tendía a ampliarse hallando continuamente nuevas salidas, eliminando formas más primitivas de producción y creando de esta manera nuevos mercados en los cuales podía colocar sus crecientes productos. Sin embargo, esta parte de la argumentación no aparece en el volumen segundo de *Das Kapital,* que fue dedicado a examinar las contradicciones internas del capitalismo como sistema. Es indudable que Marx había esperado que estas contradicciones condujesen a una rápida sucesión de crisis cada vez peores, y antes de mucho tiempo a una situación en la cual hubiese sido posible para los trabajadores derrocar el sistema; y en el volumen segundo, que al morir él quedó redactado sin que hubiese hecho una última revisión, presentar una demos tracción científica de que este derrumbamiento era inevitable.

Rosa Luxemburgo, escribiendo cerca de 30 años después de la muerte de Marx, tenía que enfrentarse con el hecho de que este derrumbamiento no se había producido, y de que las crisis, en lugar de agravarse, habían disminuido en intensidad. Además, los salarios reales, en lugar de bajar manifiestamente, habían subido en los países capitalistas, y se habían producido otras mejoras, incluyendo la duración menor de la semana de trabajo. Muchos economistas no habían dado valor a las profecías de Marx, y anunciaban un progreso ilimitado en el sistema capitalista. Muchos reformistas habían aconsejado a los trabajadores que, en lugar de buscar utopías socialistas, se dedicasen a obtener lo más que pudiesen del capitalismo, exigiendo salarios más altos, jornadas de trabajo más cortas, mejores condiciones de trabajo y legislación social. Muchos socialistas, y entre ellos sobre todo Eduard Bernstein, habían sostenido que era una ilusión esperar que el sistema capitalista se derrumbase; que los *trusts* y uniones de empresas eran muy capaces de evitar el derrumbamiento regulando los procesos de la producción y del mercado, y que el socialismo llegaría, no mediante el derrumbamiento o el derrocamiento violento del orden antiguo, sino mediante una tranformación gradual hacia instituciones colectivas, mediante una legislación establecida por un partido socialista apoyado por un electorado democrático.

Como hemos visto, Rosa Luxemburgo adoptó una actitud muy contraria al revisionismo de Bemstein; y también se había opuesto a los revisionistas rusos Pedro Struve y Tugan-Baranovsky. En modo alguno estaba dispuesta a desechar las profecías de Marx acerca de que era inevitable el derrumbamiento del capitalismo por razón de sus contradicciones internas; pero vio la necesidad de explicar por qué, en lugar de haberse derrumbado hacía tiempo, seguía avanzando cada vez con más fuerza. Halló la respuesta en el desarrollo de lo que el mismo Marx había indicado: la ampliación del mercado para los productos capitalistas hallando salidas para ellos en los sectores pre-capitalistas del mundo. Sostenía que el capitalismo había podido sobreponerse a repetidas crisis y seguir extendiéndose, porque había invadido constantemente territorios nuevos, sustituyendo métodos más primitivos de producción, aplastando a los artesanos de las aldeas, abriendo nuevos territorios por el desarrollo de los ferrocarriles y de la navegación, introduciendo métodos capitalistas en la agricultura, explotando nuevas fuentes de materias primas y, en general, vendiendo barato en el mundo no capitalista, tanto el sobrante de artículos de consumo que no podía vender a sus propios empleados en el interior, como los bienes de producción que no hallaban bastante salida dentro del propio país. Seguramente, a la larga, todo esto no haría más que agravar las contradicciones; porque a medida que en cada nuevo territorio se aplicaban los métodos capitalistas, los mismos problemas de demanda deficiente y de desplazamiento de trabajadores por las máquinas se reproducirían en una escala cada vez mayor. Además, los capitalistas existentes, al industrializar nuevos territorios, no harían más que añadir nuevas competencias en contra Je sí mismos, y empeorar la situación en los antiguos territorios capitalistas al utilizar los vastos recursos de trabajo barato utilizable en los países menos desarrollados. Sin embargo, ese "a la larga" podría alargarse mucho; y, mientras tanto, los capitalistas que estuviesen en posesión de las técnicas más avanzadas podrían obtener grandes ganancias, y podrían hallar salidas a la acumulación de más y más capital en las nuevas regiones que iban siendo abiertas. Rosa Luxemburgo sostenía que Marx se había equivocado, no en su demostración de las contradicciones del capitalismo, sino sólo al calcular el tiempo: no había admitido en proporción suficiente la posibilidad de que continuase la expansión capitalista mientras quedaran nuevos territorios, en los cuales pudieran emplearse los nuevos productos y hacerse con provecho nuevas inversiones.

Esta argumentación se unió a la gran controversia que se había producido acerca de las posibilidades de un desarrollo capitalista en Rusia. Como ya vimos, los economistas *narodniks* habían sostenido que el capitalismo no podría establecerse con éxito en Rusia excepto dentro de un campo muy limitado, porque no podría ni hallar mercados ade-

cuados en el interior, dada la pobreza del pueblo, ni exportar sus productos en competencia con los capitalistas más eficientes de otros países, que se habían adelantado a tomar posiciones para la competencia. Y tanto menos encontraría mercado en el interior al dejar sin trabajo a los artesanos, pues así empobrecería aún más los distritos rurales; y por mucho que se acentuase el proteccionismo, no podría servir más que a un mercado muy reducido de artículos de lujo. Los marxistas rusos, incluyendo tanto a los moderados (Struve y Tugan-Baranovsky) como a los social-demócratas, habían rechazado estas opiniones, y habían sostenido que era enteramente posible para la industria rusa tener un mercado interior. Existían muchas oportunidades para la colocación de capital dentro de Rusia, por ejemplo, en la construcción de ferrocarriles; y, al destruir la producción artesana, se proporcionarían mercados para los productos de las máquinas movidas a vapor. Todo el proceso del paso de una economía de subsistencia a una capitalista monetaria, podía producirse en Rusia del mismo modo que en otros sitios. Los partidarios de la industrialización de Rusia diferían acerca de lo que sucedería después. Un grupo estaba de acuerdo con Bernstein, en que el capitalismo mostraba su poder para superar sus propias contradicciones mediante la mejora de la organización de los mercados, incluyendo el alza de los salarios. Por otra parte, los social-demócratas sostenían la doctrina de Marx, y esperaban que el capitalismo ruso, como el capitalismo del resto del mundo, llegase en determinado momento a ser víctima de las contradicciones internas que aquél había expuesto.

Respecto a Rusia, Rosa Luxemburgo, como era natural, se había puesto al lado de los partidarios de la industrialización, pero contra los que habían adoptado el punto de vista revisionista en su forma rusa. Sostenía que el sistema capitalista estaba condenado a venirse abajo a la larga; pero creía que, en Rusia, el capitalismo podía mostrarse enteramente capaz de avanzar considerablemente haciendo, dentro del imperio zarista, precisamente lo que los capitalistas de países más avanzados habían estado haciendo mediante la penetración en los mercados y la utilización de los nuevos recursos de los territorios no desarrollados que se hallaban más allá de sus fronteras, ya mediante la colonización y la conquista, ya mediante el comercio pacífico. Como Lenin, vio en el imperialismo moderno la expresión de esta forma de la expansión capitalista.

Por supuesto, esta concepción del imperialismo incluía la tesis de que las guerras modernas habrían de ser consideradas como consecuencia de la expansión económica. Las guerras "coloniales" eran formas de penetración capitalista en los territorios no desarrollados; las guerras entre las grandes potencias eran el resultado del choque entre capitalismos rivales, que se disputaban el derecho de adquirir y explotar esos

territorios. A medida que una parte mayor del mundo fuese explotada para los fines de ganancias capitalistas, las rivalidades entre las grandes potencias capitalistas habrían de acentuarse, y habría de aumentar el peligro de una guerra. Ya iban creciendo rápidamente las cantidades gastadas en armamentos; y este gasto, que Rosa Luxemburgo pensaba que era pagado por los trabajadores mediante impuestos más elevados, que los gobiernos capitalistas trataban de hacer recaer sobre los pobres más bien que sobre los ricos, emprobecían más a la masa del pueblo, y acentuaba las contradicciones internas de los Estados capitalistas.

De este modo el libro de Rosa Luxemburgo era un intento para demostrar que el capitalismo no se había derrumbado conforme a lo que Marx esperaba, porque había podido ampliarse constantemente mediante la penetración de territorios y sectores de producción pre-capitalistas, sino también para confirmar las profecías de Marx como exposición acertada de lo que ocurriría cuando esta penetración hubiese pasado de una cierta fase. No sostenía que ésta continuaría hasta que todo el mundo hubiese quedado abierto y sometido al control capitalista: sostenía, que, mucho antes de que esto llegara a producirse, las rivalidades de los grupos capitalistas causarían guerras, en las cuales el capitalismo se destruiría a sí mismo, y haría posible la revolución socialista; pero, aunque en general prevalecía la concepción de Marx de las contradicciones capitalistas, atacaba ciertas partes de la exposición de éste, y todo su cálculo del tiempo, como equivocados.

Creo que esto es lo esencial del libro de Rosa Luxemburgo; pero gran parte de él está dedicado a exponer cuan poco sólida es la exposición que el mismo Marx hace del proceso de acumulación del capital en el volumen II de *Das Kapital.* En él Marx estudia este proceso bajo el nombre de "reproducción compleja del capital" en contraste con la "reproducción simple" como se encuentra en las economías pre-capitalistas. En donde domina la "reproducción simple, la producción corriente está dedicada en parte al consumo y en parte a renovar los bienes de capital a medida que se desgastan, de tal manera que cada año se repite una serie idéntica de procesos productivos, es decir, en el supuesto de que las técnicas de producción y el número de personas empleadas permanezcan invariables. Pero en el capitalismo la producción no permanece estática: incluso, aparte los cambios de técnica y del número de trabajadores, aumenta, porque los capitalistas, en lugar de consumir todos sus ingresos (las ganancias netas, después de reemplazar los bienes de capital desgastados o anticuados), reservan otra parte para invertirla con el propósito de ampliar la producción a fin de obtener más ganancias. Esta otra parte la gastan, por un lado, en comprar más bienes de capital y, por otro, en salarios para aumento del número de trabajadores; pero ¿cómo son capaces de hacer esto, y qué es lo que

los mueve para hacerlo? A fin de hacerlo, tienen que hallar compradores para todos los artículos que ya han producido, y tienen que poder esperar a hallar compradores para el aumento de artículos que el nuevo capital les permitirá producir. ¿De dónde vendrán estos compradores? Hasta cierto punto, los capitalistas pueden crear un mercado para sus productos extra comprándolos ellos mismos, o, más bien, comprándolos un capitalista a otro; pero si los capitalistas siguen comprando más bienes de capital, y de este modo aumentan la producción total, al final se hallarán con la dificultad de que, como la única utilidad última de los bienes de producción es producir bienes de consumo, la mayor oferta de ellos no hará más que intensificar la competencia, a menos que la demanda de los consumidores aumente lo bastante para adquirir cantidades mayores en el mercado. En otros términos, una elevada proporción de la acumulación del capital actúa en contra de él mismo, a menos que vaya acompañada de un aumento suficiente de demanda por parte del consumidor.

Desgraciadamente Marx, en su análisis del proceso de "reproducción compleja", emplea con fines ilustrativos un ejemplo en el cual presenta el proceso como si se prolongase durante un periodo de años, al parecer sin tener en cuenta el problema de la limitación del mercado de consumidores. En este ejemplo, dio por supuesto que continuaba el deseo de los capitalistas de invertir capital, y trata la producción de bienes de consumo como simple consecuencia de la demanda creada por ellos mediante esta inversión. De este modo parece sancionar la tesis familiar de los economistas ortodoxos, conocida como "Ley de Say", la cual dice que todo acto de producción crea un mercado para sus productos al distribuir, en relación con el proceso productor, *ú* poder de compra necesario para comprar el producto. Por supuesto, Marx no quería decir esto. Sencillamente se limitaba a presentar un modelo abstracto de funcionamiento de lo que sucedería mientras la voluntad de los capitalistas para invertir capital se mantuviese sin tener en cuenta las limitaciones del mercado definitivo de consumidores; pero se contradecía a sí mismo, y continuó con una serie de intentos para explicar de dónde procedían los fondos necesarios para mantener este proceso, explicaciones que, en la forma en que las dejó, no explicaban nada. Yo creo que cayó en un embrollo, y que, como he indicado antes,[5] si dejó de publicar el segundo volumen de *Das Ka-pital* antes de morir, acaso se deba a que se dio cuenta de que algo equivocado había en su argumentación, la cual de hecho quedó sin terminar, sin ser estudiadas algunas de las cuestiones que él mismo había planteado. Su "ejemplo", fue entonces tomado por algunos de sus sucesores en Rusia, especialmente por Struve, S. N. Bulgakov y Tugan-Baranovsky, como indicando que él había admitido la

8 Véase vol. II, p. 280.

posibilidad de que la producción capitalista siguiera ampliándose indefinidamente sin que le pusieran término las limitaciones del mercado de bienes de consumo.

Rosa Luxemburgo vio, y lo mostró de manera completa, la debilidad de la exposición de Marx. En realidad, sostenía que éste no había proporcionado en modo alguno una contestación a su propia pregunta fundamental. Ella insistía en que los capitalistas podrían y querrían seguir invirtiendo nuevos medios de producción, sólo si hallasen mercados, y que, como estaban reduciendo más bien que ampliando el mercado interior de bienes de consumo y, de este modo, indirectamente, de los bienes de producción para proveerlo, la única respuesta posible era que ellos vendiesen a "un tercero". Este argumento de "un tercero", había sido expuesto ya antes en una forma diferente. Struve y otros habían sostenido que el sobrante quedaría eliminado vendiéndolo a personas que no eran ni capitalistas ni obreros, por ejemplo, a las clases profesionales. Rosa Luxemburgo ponía en evidencia lo equivocado del argumento de "un tercero" en esta forma: ¿De dónde, se preguntaba, obtenía sus ingresos "ese tercero" sino del sobrante de valor que iba a parar a los capitalistas que ya había sido incluido en la parte que a estos correspondía en la demanda total? Pero ella presentó un argumento diferente acerca del "tercero" sosteniendo que la demanda adicional requerida procedía de territorios que estaban fuera de la estructura capitalista, y especialmente de los países y grupos no capitalistas en donde penetraban los artículos de la producción capitalista.

Como hemos visto, este argumento tampoco era completamente nuevo. Por ejemplo, Bulgakov le hizo frente afirmando que los capitalistas no entregaban sencillamente sus productos a los pueblos menos desarrollados, sino que los cambiaban por bienes producidos por estos pueblos, especialmente alimentos y materias primas. Estos bienes importados tenían por consiguiente que ser añadidos a la oferta de bienes producidos en el interior, y que buscaban salida en el mercado, de tal modo que la limitación de la demanda efectiva total de bienes de consumo (y con ello de bienes de capital) seguía siendo tan difícil como siempre. Sin embargo, este rechazo no era válido con respecto a los bienes enviados al extranjero como inversiones, y no cambiados por importaciones. La afirmación principal de Rosa Luxemburgo era que la exportación de capital había proporcionado la salida necesaria para el deseo de inversión de los capitalistas, y que de este modo había aplazado el derrumbamiento capitalista a costa de intensificar las rivalidades capitalistas en el mundo y de hacer a la larga el problema menos soluble que nunca.

Su libro fue recibido muy diversamente. Hubo poco tiempo para que sus correligionarios socialistas comprendiesen sus argumentos antes de que, al estallar la guerra, tuviesen que pensar en otras cosas. Entre

los marxistas su gran amigo Franz Mehring lo recibió cordialmente; pero muchos de los principales teóricos no estaban dispuestos a aceptar su revisión de la teoría marxista, y negaban que la expansión de la producción capitalista pudiera ser explicada de una manera completa por vender barato el sobrante de productos de la industria capitalista en los sectores no capitalistas de la economía mundial. Algunos —por ejemplo Otto Bauer— atribuían la expansión continuada sobre todo al aumento de población, que había ampliado constantemente tanto el mercado como el poder de producción; otros trataron de mostrar que, a pesar de las apariencias, las contradicciones del capitalismo habían ido aumentando y los trabajadores empeorando, de tal modo que podría esperarse la crisis económica próxima, o en todo caso la siguiente a ella que pusiese término a la situación y abriese el camino para una victoria socialista. Otros negaban que existiese una contradicción que no pudiera ser superada por la acción socialista y de los sindicatos obreros para elevar los salarios y mejorar la capacidad de consumo de la clase obrera mediante la legislación social.

Por supuesto, en *La acumulación de capital* hay mucho más de lo que ha sido mencionado en este breve resumen, que ha sido necesariamente simplificado en el proceso de extraer las ideas esenciales de un conjunto de argumentos secundarios relacionados con el texto de Marx. Ha de advertirse que la formulación que hace Marx de la cuestión en su segundo volumen, es tal, que respecto a la acumulación del capital acentúa el proceso de inversión en las industrias que producen bienes de capital más bien que aquellas que producen bienes de consumo. El aumento relativo de inversiones en el primero de estos grupos ha sido en realidad un rasgo muy saliente del desarrollo capitalista en todos los países adelantados; y era natural pensar que desempeñaba el papel dominante en el proceso de acumulación del capital, siguiéndole la inversión en las industrias de bienes de consumo. Al dar prioridad al desarrollo de la industria pesada, la Unión Soviética ha seguido el modelo de la evolución capitalista como fue caracterizado por Marx y por economistas posteriores, más bien que el que de hecho tuvo lugar en la fase textil de la revolución industrial inglesa. Pero incluso en esta etapa hubo inversiones considerables en la industria metalúrgica y en las minas de carbón, y también en canales como asimismo en fábricas textiles que empleaban máquinas de vapor.

Para Rosa Luxemburgo estaban en juego dos puntos prácticos en su intento de replantear la teoría de la acumulación del capital. El primero era si el capitalismo, como sistema mundial, estaba en peligro de una pronta desaparición por causas internas, ya que la estrategia de los revolucionarios respecto a él tenía que ser afectada por las posibilidades de que sobreviviese. En este problema, su conclusión era que, mien-

tras los revisionistas habían ido demasiado lejos en una dirección, los marxistas ortodoxos se inclinaban a ir demasiado lejos en la otra. El capitalismo estaba destinado a desaparecer algún día; pero sus contradicciones puramente económicas no lo matarían todavía, porque aún podía hacer inversiones en el extranjero; pero el hecho de que pudiese retrasar el derrumbamiento económico, no quiere decir que habría de sobrevivir, sino sólo que el suicidio era más probable que la muerte natural, o, más bien, que la mejor oportunidad de la revolución para terminar pronto con él, estaba en que estallase una guerra entre los grupos capitalistas enemigos. Esta opinión no la condujo, como tampoco a otros internacionalistas que compartían su opinión, a trabajar en favor de la guerra; pero sí hizo que considerasen la amenaza de guerra como una señal para que los trabajadores intensificasen sus esfuerzos revolucionarios. Éste era el significado del último párrafo que ella y Lenin redactaron para la resolución acerca de la guerra del congreso de la Internacional celebrado en Stuttgart el año 1907.

El segundo gran punto práctico era el de la política que habría de seguirse después de la revolución a fin de asegurar el empleo completo y bien equilibrado de los recursos de producción. Bajo el socialismo, en la misma medida que bajo el capitalismo, sería necesario dividir el producto corriente de la industria en tres partes. Bajo el capitalismo éstos eran según la fórmula de Marx C + *V* + S. De ellos, C, el producto del capital constante, era necesario para reemplazar el material e instrumentos de producción a medida que fuesen utilizados, de tal modo que quedase intacto el capital primitivo. *V* era la suma pagada en salarios y empleada para pagar lo que los trabajadores consu:nían. S era el sobrante, que, después de deducidos los gastos necesarios para mantener a los trabajadores no productores, como gerentes y empleados de oficinas, proporcionaba la renta, los intereses y las ganancias de las clases explotadoras. Bajo el socialismo esta tercera parte dejaría de ser pagada a los que antes se consideraban con derecho a ella; las otras dos continuarían, aunque su proporción respecto al producto total podría cambiar. Sin embargo, aparecería una nueva S, parte de la cual sería necesaria para proporcionar nuevo capital, para mantener bajo propiedad social el proceso de "reproducción compleja", mientras que otra parte sería pagada no a los terratenientes o capitalistas, sino a los ancianos y a los inválidos, o para atender a los niños o para servicios sociales en beneficio de todo el pueblo. Era necesario asegurarse de que, bajo la economía socialista, no volverían a aparecer con formas nuevas las contradicciones que existían bajo el capitalismo. El "ejemplo" de Marx era aplicable aquí: al dar a *"S"* su nuevo significado, podía transformarse en el ejemplo de una sociedad socialista. Estando *V* y S controladas colectivamente ya no sería necesario buscar fuera mercados con el fin de contrarrestar la falta

de demanda interior. £1 comercio internacional podría tomar su forma justa de cambio beneficioso de productos complementarios.

Muy recientemente *La acumulación de capital* (pero sólo su primer volumen) ha sido traducido al inglés, acompañado de un ensayo introductorio escrito por Mrs. Joan Robinson. La conclusión a que llega Mrs. Robinson es que ya hay que decir en favor de esta obra mucho más de lo que estimaron en el momento de su publicación tanto los socialistas como los antisocialistas. Hablando de la generación actual de economistas, escribe que "pocos negarían que la extensión del capitalismo a nuevos territorios era el origen principal de lo que un economista académico ha llamado la vasta prosperidad secular de los dos últimos siglos, y muchos economistas académicos atribuyen la situación de malestar del capitalismo en el siglo xx sobre todo al hecho de haberse 'cerrado las fronteras' en todo el mundo". Mrs. Robinson critica a Rosa Luxemburgo, porque en su análisis desconoce el alza de los salarios reales que se ha producido en todo el mundo capitalista, presentando por esto una imagen incompleta; pero ve en su libro una notable anticipación de concepciones que habrían de ser comprendidas por muchos sólo cuando la gran depresión producida entre las dos guerras mundiales dio de nuevo actualidad a las discusiones acerca de las posibilidades de un próximo derrumbamiento capitalista, y condujo a nuevos estudios acerca de las supuestas contradicciones inherentes a la producción capitalista.

INDICE GENERAL

Este libro se acabó de imprimir el día 30 de enero de 1974 en LITOARTE, S. DE R. L., Ferrocarril de Cuernavaca núm. 683, México 17, D. F., se imprimieron 5,000 ejemplares.

0890